Megan Maxwell

Ríete de las bodas



ESPASA

Índice

Portada

Portadilla

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Capítulo 80

Capítulo 81

Capítulo 82

Capítulo 83

Capítulo 84

Capítulo 85

Capítulo 86

Capítulo 87

Epílogo

Nota de la autora

Playlist

Créditos

RÍETE DE LAS BODAS

Megan Maxwell



Guerrera/o,
Enamórate de quien te sume.
Ama a quien sea capaz de bajar la luna por ti.
Adora a quien te demuestre que desea hacerte feliz.
La edad es simplemente un número
y el amor siempre es amor.
Por lo tanto, ama en libertad
y enamórate de la persona, no de su edad.
Mil besos,

MEGAN

Capítulo 1

Madrid, abril de 2026

En un precioso restaurante del centro de Madrid, Alma con su hija Natalia y su grupo de amigas de toda la vida cenan para celebrar la inminente boda de Virginia, una de las gemelas de Romina. Allí estaban las lobas. Alma. Nuria. Estíbaliz y Romina. Nombre que ellas se otorgaron hacía años al ser fieles seguidoras de la loba madre, que era la cantante Shakira. Y, por tanto, sus hijas eran las lobeznas.

—Por Virginia, la primera de nuestras lobeznas que se nos casa —levantó la copa Alma.

—Y por nosotras, ¡las lobas!

—Auuuuuu —aullaron divertidas mientras brindaban.

—Y por mi piso nuevo —dijo Nuria, que se acababa de mudar de casa.

Romina, emocionada, miró a su otra hija Carolina y comenzó a llorar. Todas la miraron, pero sonrieron. Romina era la más llorona de todas. La más sentimental. Y cuando segundos después se recompuso:

—Lo sé. Soy de lágrima fácil —afirmó, al ver cómo todas se centraban en ella.

—Mamá... deja de llorar —rio Virginia.

—Es que estoy muy emocionada.

Carolina, su otra hija, sonrió.

—Pues te vas a deshidratar —cuchicheó—. Últimamente no paras de llorar.

Romina asintió con cariño. Reconoció que llevaba razón.

—¿Cómo van los vestidos para la boda, tía Alma? —preguntó Estíbaliz.

Antes de que pudiera responder, se adelantó Carolina:

—Irán bien. Tía Alma en su precioso atelier estará haciendo maravillas con ellos.

—Yo dudo todavía sobre el velo. No sé si largo, corto, mantilla ¿o qué? —intervino Leyre.

—Pregúntale a la IA —indicó Virginia.

Las más maduras la miraron. ¿Hablaba de la Inteligencia Artificial? Natalia, captando por dónde iba Virginia, apostilló:

—No la miréis así. La IA ayuda muchísimo.

—Por favorrr —musitó Nuria—. ¿En serio creéis que la inteligencia artificial sabe aconsejar mejor que Alma o yo, que nos dedicamos al mundo de las novias?

Las chicas sonrieron.

—A ver, tía Nuria —replicó Natalia—. La IA seguro que le da una buena opción.

—¿Más que tu madre o yo?

Natalia negó con la cabeza. Su madre era una excelente diseñadora de vestidos de novia.

—Más que vosotras ¡noooooo! —afirmó con seguridad.

De nuevo el grupo volvió a chocar sus copas. Estaban felices. Muy felices.

—Bueno, lobas, ¿ya habéis encontrado vuestros disfraces para la fiesta que tenéis por el aniversario del que fue vuestro colegio? —preguntó Virginia.

Alma, Estíbaliz, Nuria y Romina sonrieron.

Se celebraba el cincuenta aniversario del colegio en donde habían estudiado de niñas y habían invitado a todos los antiguos alumnos. En cada graduación lo típico era organizar una fiesta de disfraces. Y para esa ocasión tan señalada no podía faltar algo semejante, por lo que la organización les había pedido que asistieran con un disfraz lo más parecido posible al que habían llevado en su graduación.

—Roberto y yo iremos de caballero y dama medieval, como fuimos en su momento.

—Yo fui de *hippie* —se rio Alma.

—Y yo de diosa griega —dijo Estíbaliz guiñándole el ojo a su hija Leyre.

—Y yo de Pitufina —se mofó Nuria.

Las jóvenes asintieron divertidas. A ellas les encantaba divertirse.

—Me muero por ver cómo está hoy en día Marcos Luengo —señaló Romina—. Recuerdo que eran tannnn guapoooo.

—Y tan alto.

—Y tannnn unicornioooo —afirmó Nuria.

—Yo estoy deseando ver a Micaela y Genoveva y ver cómo han sufrido el paso de los años —afirmó Estíbaliz—. Recuerdo que fueron vestidas como la prota de la película *Grease* y todo el colegio babeó por ellas.

—¿Seguirán tan guapas? —preguntó Alma.

Durante un rato hablaron de aquella fiesta que tenían el viernes de la siguiente semana.

—No es por jorobar el momento —dijo Carolina, tras dar un trago a su bebida—, pero Pablo y yo no estamos en nuestro mejor momento, y como siga así, al final no me caso. ¡Anulo la boda! ¡Que le den! Por idiota.

—Aire y fuego, ¿qué queréis? —musitó Estíbaliz, a la que le encantaba todo lo relativo a los horóscopos.

El grupo la miró. La relación de Pablo y Carolina estaba llena de altibajos cuando Romina, mirando a su hija, indicó:

—Carolina, ¿quieres que me dé un parraque?

—Mamáááá.

—Por Dios, hija. Te he dicho mil veces que vuestra boda es algo precipitada y que creo que...

—Mamá —la interrumpió Carolina—. Yo decido mi vida, ¿entendido?

Alma, por debajo de la mesa, tomó la mano de su amiga Romina. Al igual que Virginia tenía una relación idílica con el que iba a ser su marido, Carolina no. Pablo y ella no podían ser más diferentes.

—Ufff, por Dios, ¡qué calor! —intervino Alma, para cortar aquel tenso momento. Rápidamente se dio aire con la mano y mirando a sus amigas indicó—: La puñetera menopausia y sus calores tropicales.

—Calla —afirmó Nuria—. Seis años me duró. Y tan pronto me sentía en el Polo Norte como en el Caribe.

—No me lo recuerdes —cuchicheó Estíbaliz—, que estoy como Alma. Y encima, el otro día fui a la ginecóloga y me ha mandado unas pastillitas para la vitamina D. Al parecer la tengo baja.

—Yo he comenzado a tomar las de la osteoporosis —soltó Romina.

—Para la meno, yo tomo unas pastillas naturales muy buenas que me compró mi exsuegra Emilia —indicó Alma.

Las jóvenes, al escucharlas, sonrieron.

—Reíros, que todo llega en esta vida —dijo Alma, señalándolas con el dedo—. Y cuando os llegue la menopausia, o cualquier otra cosa, que os llegará, os acordaréis de lo que estamos diciendo en estos momentos, y espero que os lo toméis tan bien como nos lo tomamos ¡las lobas!

—Auuuuuu —aullaron las cuatro amigas.

Divertidas, todas sonrieron.

—Qué bueno Barry White —dijo Nuria, refiriéndose a la música ambiental.

—¿Quién es ese? —quiso saber Carolina.

—¿Tu hija no sabe quién es Barry White? —Nuria miró a Romina sorprendida.

—Pues, por lo que veo, no.

—Por favorrrrr, Romina —resopló Nuria—. Qué pobre cultura musical les habéis dado a las niñas. —Y mirando a Carolina, explicó —: Barry White, también conocido como el Maestro, fue un compositor, arreglista y cantante ¡increíble! —Carolina miró a su hermana Virginia. Nuria preguntó—: Nombres como David Bowie, Etta James, Bryan Adams, Annie Lennox, Tina Turner o las Spice Girls, ¿os suenan de algo?

Las jóvenes se miraron entre sí.

—Alguno sí —musitó Leyre.

Estíbaliz, al escuchar a su hija, sonrió.

—A mí me suenan todos —afirmó Natalia—. Incluso te podría mencionar a cantantes como Tino Casal, Janet Jackson, Stevie Wonder y Phil Collins o grupos como A-ha, Spandau Ballet o Police. —Alma sonrió, orgullosa de su hija. La música era algo que siempre le había acompañado en su vida y, por consiguiente, a su hija también; Natalia, tomando su mano, afirmó—: Tengo la gran suerte de tener una madre a la que le encanta la música, por lo que he crecido con ella, y reconozco que tengo una buena cultura musical. Aunque, hoy por hoy, para mi madre y para vosotras tres, «la loba jefa» sea la mejor.

Las cuatro amigas se miraron y sonrieron. Adoraban a la cantante Shakira. ¡Diosa suprema y mujer empoderada!

—Siempre me ha encantado este cantante —afirmó Nuria, moviendo los hombros al ritmo de Barry White—, y lo mejor es que tengo un vecino al que le debe de gustar también, porque lo pone mucho.

—¡Mira qué bien! —afirmó Estíbaliz.

Divertidas, hablaban sobre música cuando comenzó a sonar la canción *Risk It All*, de Bruno Mars.

—Diosssss, estoy enamorada de esta canción —murmuró Alma.

—Es una pasada de bonita —se mostró de acuerdo Carolina, que conocía a aquel cantante.

—Cada vez que la escucho —prosiguió Alma—, el vello de todo el cuerpo se me eriza y me hace creer que el amor puede existir.

—Cree antes en los marcianos... es más sano —se mofó Nuria.

Alma tarareó la canción.

—Pero ¿tú has escuchado las cosas tan bonitas que dice la canción? —dijo, mirando a Nuria.

Nuria asintió. Al igual que Alma, entendía muy bien el inglés.

—¿Os imagináis que alguien os diga que por daros la luna aprendería a volar? —preguntó Alma, al ver que Carolina se la traducía a su madre Romina.

—Por favorrrrrr, ¿qué te han puesto a ti en la bebida? —se rio Nuria.

—Cianuro, como poco —se mofó Alma, consciente de lo que había dicho.

Todas estallaron en carcajadas. Tanto Nuria como Alma eran dos grandes escépticas en el amor. Sus pasados en aquella materia no habían sido los mejores. De pronto, a Natalia le sonó el móvil.

—Tengo dos noticias que dar —dijo.

—¡Cuenta! —gritó Estíbaliz.

—La primera. Papá ya llegó a Badajoz.

Todas resoplaron. Aquello para ellas era irrelevante. Carlos no era objeto de su devoción.

—Por mí, como si se desintegra en el camino —murmuró Nuria.

—¡Tía Nuriaaaaa! —protestó Natalia.

—Mucho viaja a Badajoz —indicó Romina—. Este tiene algo allí.

Alma sonrió. La vida de su exmarido, con el que apenas tenía relación, le importaba cero.

—¿Y la segunda noticia cuál es? —pidió Estíbaliz.

Natalia sonrió y tomó aire.

—¡Se casa Susanita! —soltó. Todas se quedaron paradas, y ella aclaró—: Susana es mi prima. La nieta de Clara. La hermana de la yaya Emilia. Y mamá, tú y yo estamos invitadas. —Alma, sorprendida, parpadeó por aquella noticia. Natalia añadió en bajito —: Me lo acaba de decir papá en su mensaje. Pero me pide que nos hagamos las sorprendidas cuando nos lo cuente la yaya Emilia, ¿vale, mamá?

—Por supuesto, corazón.

—¡Esto de las bodas es una epidemia! —exclamó Romina.

—¡Mañana mismo me pongo mascarilla! —se burló Nuria.

Estíbaliz, con gesto tosco, le dio un golpe a su amiga en el brazo.

—Aunque nos faltan los riquísimos manolitos para acompañar el momento —dijo Romina al tiempo que levantaba su copa—, esto va para mis preciosas gemelas. Virginia y Carolina. Teneros, cuidaros y criaros ha sido lo más bonito que me ha pasado en la vida. Aún recuerdo cuando llegasteis, todo fue un caos para vuestro padre y para mí, pero lo repetiríamos mil veces. —Virginia y Carolina no pudieron evitar emocionarse por las palabras de su madre, que se apresuró a agregar—: Brindo porque seáis muy felices y porque me deis preciosos nietecitos.

—Mamáááá.

—Por Dios, Romina, déjalas que follen sin presión.

—¡Nuria! —gruñó Romina.

—Eso mismo iba a decir yo, ¡déjalas follar! —intervino Alma tocándose su rubio cabello.

—¿Por qué tenéis que llamarlo así y no cuchi cuchi? —masculló Romina.

Nuria y Alma se miraron. Para ellas el tema sexo no era nada tabú.

—Porque se llama así —replicó Nuria.

—Se dice hacer el amor o hacer cuchi cuchi —matizó Romina.

—Por favorrrr, Romina... —se mofó Nuria ante las risas de las jovencitas.

—¡¿Qué?!

—¡No seas cursi y antigua! ¡¿Cuchi cuchi?!

—Mira ¡las modernassss! —rio Estíbaliz.

—A ver, Romina —insistió Alma—. Con los tíos con los que tengo sexo, follo. No hay miradas cómplices, ni cariñito. Por lo que no hago el amor y mucho menos cuchi cuchi.

—Mamáááá.

—Pues como yo, ¡follo hasta saciarme! —matizó Nuria, que sonriendo añadió—: Podéis llamadme comilona.

—Tíaaaaa —rio Virginia.

—Al infierno derechitas que vais a ir —pronosticó Romina.

—Si en el infierno hay hombres sexis... ¡firmo! —rio Alma.

—Y yo. Que, oye, no todo será dolor y fuego —apostilló Nuria.

—Pero ¿os estáis escuchando? —gruñó Romina.

—A ver, que no cunda el pánico. Según la IA —Natalia, rubia como su madre miró la pantalla de su teléfono—, «follar», para los españoles, significa tener relaciones sexuales.

—Prefiero oír ¡hacer el amor! —insistió Estíbaliz.

—O cuchi cuchi —insistió Romina.

—Pero vamos a ver —rio Nuria—. ¿Cuál es vuestro problema por utilizar la palabra follar?

—¡Y dale con la palabrita! —refunfuñó Romina.

Finalmente, todas sonrieron. Aunque les encantaba soltarse pullas, se respetaban. Sus personalidades eran muy diferentes en su forma de ver la vida.

—Sois de lo que no hay —concluyó Romina—. Acabáis de romper un momento mágico con mis niñas, utilizando esa palabra tan malsonante.

—A cualquier cosa le llamas momento mágico —bromeó Alma.

Virginia sonrió. Entendía a su madre y entendía a sus tías. Por supuesto que quería tener hijos, pero de momento, con veintinueve años, aún era pronto para ello.

—A ver, lobezna —añadió Nuria—. Tú vive y disfruta, que el resto llegará.

—Como la menopausia —se mofó Leyre.

—Y tanto que llegará, ¡pero a todas! —afirmó Alma—. ¡Igual que a los tíos la pitopausia!

Minutos después, Virginia, Leyre, Carolina y Natalia se fueron al baño.

—Nuestras niñas se han hecho mayores —murmuró Estíbaliz, observando a su hija—. Este fin de semana se casa Virginia. El mes que viene Leyre y a la semana siguiente Carolina. Madre mía, ¡cómo pasa el tiempo!

Alma, Romina, Nuria y Estíbaliz se miraron con complicidad.

¿Cómo habían pasado tan rápidos los años?

Eran amigas desde el colegio. Primero se conocieron Nuria y Alma, que eran íntimas, y años después llegaron a sus vidas Estíbaliz y Romina. Juntas vivieron la adolescencia. Los primeros amores. Sus

primeros besos, sus primeros roces. Con los años, llegaron los novios, los trabajos formales, las muertes de familiares y las bodas, a excepción de Nuria, que permanecía soltera. Después tuvieron a los hijos, y se sucedieron los divorcios de Alma y Estíbaliz, el emprendimiento de Alma y Nuria en su proyecto de la tienda de novias, la nueva boda de Estíbaliz y la consolidación de la perfumería de Romina y Roberto. Y, por supuesto, ya en la madurez, hizo su aparición la dichosa menopausia.

—Lo de Carolina nos preocupa a Roberto y a mí. ¿En qué piensa esta hija nuestra casándose por un impulso? —murmuró Romina.

—Os lo he dicho mil veces —apostillo Estíbaliz—. Signos de fuego y agua, aunque se quieran, no suelen ser muy compatibles.

—Tan pronto se adoran, como se matan, ¿qué tienen en la cabeza? —insistió Romina.

Todas se miraron.

—Es su decisión y ante eso no puedes hacer nada —indicó Alma.

—Pero se está equivocando —recalcó.

—De los errores se aprende —matizó Nuria.

—Eso dice Roberto —admitió la desesperada madre.

Romina suspiró. Sus amigas tenían razón. Seguir pensando una y otra vez en algo a lo que ya le había dado cientos de vueltas era una tontería.

—El enganche que tengo con la serie coreana que estoy viendo es tremendo —cambió de tema.

—Lo que te gustan los culebrones. —Nuria esbozó una sonrisa.

—Deberíais verla —insistió Romina—. ¡Es tannnnn románticaaaaaa y bonitaaaaa!

Todas sonrieron. Romina era una loca del romanticismo, del amor y de las series.

—¿Otra serie turca? —preguntó Alma.

—No. Coreana.

—Por favorrr. —Nuria puso los ojos en blanco.

—Son fantásticas. Creedme.

Divertidas, las amigas se miraron.

—Venezolanas. Colombianas. Mexicanas. Turcas. Coreanas... —enumeró Nuria.

—Calla y escucha —la interrumpió Romina, emocionada—. La serie que estoy viendo es una preciosa historia de amor entre una persona de Corea del Norte y otra del Corea del Sur. Y ¡oh, por Dios! El capitán Ri me tiene enamorada. Teníais que ver cómo mira a la muchacha. ¡Es que me lo comoooooo! ¡Qué miradaaaaaa!

—¿Te lo comes antes que a Roberto?

Romina sonrió. Todas querían a Roberto. Un buenazo que idolatraba a su mujer y adoraba a sus amigas.

—A ver, ¿cómo se llama esa serie? —preguntó Nuria, antes de que ella pudiera contestar—. Quiero conocer el capitán Ri.

—*Crash Landing on You*, y la ponen en Netflix —indicó Romina, y añadió—: Y, por cierto, los hombres coreanos son caballerosos, protectores y detallistas.

—¡Cómo tu Roberto! —se mofó Alma.

—Pero follarán, ¿no?

—Nuria, por favorrrrrr. La vida es algo más que hacer cuchi cuchi —gruñó Romina.

—Cuchi... cuchi... —se burló Alma.

—¡Serás hortera! —rio Nuria.

—Y vosotras ¡mal habladas!

Nuria y Alma, al oír aquel término tan de Romina, se rieron a carcajadas.

—Venga, Romina, por Dios, no seas tan tiquismiquis —se quejó Estíbaliz—. Que lo que ves es en la televisión es ficción. ¡Es una

serie! Y tienen que hacerlos parecer así.

—No me mates el sueño —musitó Romina.

Nuria, que observaba su teléfono móvil, murmuró:

—Por favorrrr. Espero que alguno de mis nuevos vecinos esté como el capitán Ri. ¡Menudo unicornioooooo!

—Te lo dije. ¿Es o no es impresionante? —dijo Romina.

—Es... es... ¡Me lo pido para Reyes! —afirmó Nuria.

—¿Qué horóscopo es?

—Y yo qué sé, Estíbaliz —indicó Romina.

—Uisss, ¡pero si mide 1,85! Qué coreano tan alto y sexi, ¿no? —insistió Nuria.

El teléfono fue pasando de mano en mano. Todas querían ver a aquel actor surcoreano.

—Tiene su puntito —admitió Alma.

—Puntazo, loba, ¡puntazo! —la corrigió Nuria.

—Dudo que todos los coreanos sean así de guaperas —se rio Alma —. Los habrá feos y bajitos también.

—Pues claro —indicó Estíbaliz—. Guapos, feos, altos y bajos hay en todos lados.

—Este es de los guapos —afirmó Romina.

—Nunca he tenido un rollito con un asiático. —Alma juntó las manos con gracia y mirando al techo, dijo—: Mis queridos Masters del Universo, siempre he creído en vosotros, por lo que os voy a pedir un deseo: quiero tener un rollito con un sexi y guapo asiático.

—Pues no es por nada, loba, pero siempre oí que son sosos y la tienen chiquitita...

—¡Nuria, por favorrrrr! —se quejó Romina.

Las cuatro rieron a carcajadas.

—A eso que dicen, ¡ni caso! —remató Estíbaliz. Todas la miraron. Ella bajó la voz y prosiguió—: ¿Os acordáis el verano que me

divorcié, que mi madre se quedó con la niña y yo me fui con mi hermana y sus amigas a hacer un crucerito por los Fiordos? —El grupo asintió—. ¿No recordáis que os dije que coincidimos con un grupo de hombres de negocios americanos y que yo conocí a un tipo llamado Yan?

—¡Es verdaddddd! Estabas desatada en tu época de loba de los bosques —afirmó Nuria riendo.

—Yan, por cierto, sagitario, era chino, aunque había nacido en los Estados Unidos. Y la verdad, lo pasamos muy bien. Y de soso y chiquitita, nada de nada. ¡Menudo era Yan!

—Pero míralaaaaa —se mofó Alma—. Abriste fronteras.

—Y lo que no son fronteras —murmuró Romina.

Divertidas, se rieron. Romina, que veía cómo Alma observaba a su hija, dijo.

—Cuando menos lo esperemos se nos casa Natalia. Además, ya sabéis el dicho: ¡de una boda sale otra! Y más si coges el ramo de la novia. Y de momento, va a asistir a tres y a la de su prima Susanita.

Al oír aquello, Alma, olvidándose de lo que hablaban, sonrió. Su hija Natalia era una enamoradiza empedernida. Cuando conocía a alguien, lo daba todo. Pero igual que lo daba lo quitaba en el momento en el que comenzaban a atosigarla. Ella era una mujer de relaciones abiertas, y que alguien le cerrara su espacio la agobiaba.

—Si es lo que ella decide, ¡adelante! Aunque lo dudo. Natalia no es de casarse, perooooooo, si algún día pasa por su cabeza, que se lo piense muy bien, porque casarse es una lotería.

—Loba, no digas eso.

—Que encontraras un unicornio en Roberto ¡es maravilloso! —replicó Alma, dándose aire con la mano ante un nuevo ataque de calor tropical—. Pero permite que a las que encontramos caballornios, pensemos lo que nos dé la gana.

—La secundo —afirmó Estíbaliz, pensando en su primer matrimonio.

—Lo mejor es no casarse. ¡Miradme a mí qué feliz estoy, aunque folle y no haga el amor! —soltó Nuria.

—¡Y daleeeee! —siseó Romina, y como le encantaban los buenos dramas, murmuró—: Alma, no sabes la de veces que me arrepiento de haberte presentado al idiota de Carlos. Por mi insistencia te enamoraste de él.

En silencio se miraron. Lo que Romina decía era cierto.

—Por Dios, Romina, deja de martirizarte por eso —respondió Alma —. Aunque con Carlos todo fuera un desastre, gracias a él, tengo lo mejor que la vida me ha podido dar. Natalia es mi mayor regalo y por ella repetiría todo mil veces. Por lo tanto, ¡déjate de dramitas! Que yo el tema de mi excaballornio ya lo tengo más que superado. Y solo espero que, si mi hija el día de mañana decide casarse, sepa elegir mejor que yo.

—¿Qué me tengo que pensar bien? —preguntó Natalia, que acababa de regresar.

—Romina dice que la siguiente en casarte serás tú —le explica Alma a su hija—, porque de una boda sale otra, y más si coges el ramo de la novia, y tú vas a asistir a tres más la de tu prima Susanita.

Natalia ocupó su sitió sin mirar a sus amigas. Desde hacía un tiempo se veía con alguien que le gustaba mucho. Lo llevaba tan en secreto que todavía no les había hablado de él a su madre ni a sus amigas.

—Siento decirte esto, tía Romina —contestó la joven—, pero las bodas no son lo mío, por muy enamoradiza que sea. En todo caso, viviré en pecado junto a una pareja abierta, porque me parece mucho más emocionante.

—¡Oh, por diossss! —protestó Romina, que nunca había entendido su mundo liberal.

—Lobezna. Qué orgullosa estoy de ti —afirmó Nuria.

Alma se rio y chocó con complicidad la mano con su hija. Conocía muy bien a Natalia. Era independiente, resuelta en la vida y respetaba su manera de ver y disfrutar el sexo.

—Reíros de las bodas —insistió Romina, que era la más tradicional del grupo—. Pero de la mía salió la de Estíbaliz, y de la de ella, la de Alma.

—Y ahí se cortó la tontería —se mofó Nuria, haciendo sonreír a las jóvenes.

—Eran otros tiempos, Romina —matiza Alma—. Y, sobre todo, nosotras éramos muy ingenuas e inexpertas.

—Por no decir unas tontas que creíamos que los unicornios existían.

—¡Nuria, no te pases! —la reprendió Estíbaliz.

—¡Que no me pase! Mira... cada vez que recuerdo lo tonta que fui con el caballornio de la Perla. Os juro que...

—Respira... respira... que te estás poniendo azul —musitó Alma.

Nuria asintió. Hablar del que había sido su ex hacía ya algunos años siempre la alteraba.

—¿Escuchasteis ya la canción de *La perla*, de Rosalía? —preguntó, y al ver que sus amigas asentían, prosiguió—: ¿Está o no está escrita esa canción para él?

Todas asintieron. La canción no podía definir mejor a aquel sinvergüenza.

Nuria, por norma, era una mujer con buen humor, excepto cuando mencionaba al que fue su novio durante diez años. La Perla, como llamaban al tal Mario Alfonso, fue alguien a quien Nuria quiso mucho y se fio de él, hasta que, de la noche a la mañana, desapareció con

cien mil euros que Nuria había pedido al banco para comprarse un piso. Un piso que Nuria nunca se compró, pero cuyo préstamo pagó con mucho esfuerzo.

—Mira, lobezna —prosiguió Romina sin quitar ojo a Natalia—. Que tu madre con cincuenta y cinco años se haya cerrado al amor y solo busque rollitos de una noche, aunque no me guste, puedo llegar a entenderlo. Pero que tú, con treinta y cuatro años, pienses igual y abogues por las parejas abiertas para tener cuchi cuchi con quien quieras, ¡me horripila!

Se abrió el debate y todas opinaron sobre las relaciones y el amor. Como era costumbre, cada una tenía una visión diferente. La vida las había llevado por distintos caminos para poder opinar sobre ello. Al poco rato, las cuatro jóvenes se miraron. Tenían planes.

—Queridas, lobas —dijo Virginia, levantándose, al tiempo que lo hacían Leyre, Carolina y Natalia—, si no os importa, nosotras hemos quedado con las amigas para seguir celebrando mi despedida.

—Pero ¿no vamos a ir a un local de *striptease*? Yo que me había hecho ilusiones de meterle eurillos en el paquete a algún chulazo —preguntó Nuria.

—Por Dios, Nuria, ¡qué ordinariez! —se quejó Romina.

—¡Qué ideal! —afirmó Leyre.

Las jóvenes se despidieron entre risas.

—¿Qué tal si ahora que se han marchado las lobeznas, las lobas nos vamos a tomar unas copitas? —propuso Alma, mirando a sus amigas—. Han abierto un sitio nuevo de copas cerca de plaza de España.

—Mírala, ¡qué puesta está! —se mofó Estíbaliz.

—Lo sé, porque Ricardo, mi vecino —explicó Alma, con una sonrisa—, trabaja para una empresa sueca. Y estuve hace dos días con él y me dio unas invitaciones porque hoy tienen una fiesta allí.

—Uisss, ¡Caramelito! —soltó Nuria.

Alma se rio. Ricardo la llamaba de aquella absurda manera, Caramelito, porque decía que sus besos eran dulces como los caramelos. Todas sabían que Alma y Ricardo, cuando les convenía, tenían sexo. Era con el único hombre que repetía por comodidad. Ambos estaban divorciados. Solo querían divertirse sin compromiso y cuando les apetecía disfrutaban del momento. Nada más.

—No sé... —dudó Estíbaliz.

—El local se llama ¡DeLokos! Venga, ¡vayamos! —insistió, sacando las invitaciones de su bolso.

—¡Me apunto! —afirmó Nuria.

Romina miró el reloj. Eran las doce y diez de la noche.

—Me desmarco —dijo—. La boda de mi niña es el domingo, y quiero estar fresca como una lechuga. ¡Que soy la madre de la novia! ¡Y quiero estar espectacular!

—Pero si es viernes.

—Que noooo voy. ¡Quiero estar perfecta!

—¡Pero si ya lo eres! Y...

—No insistáis, ¡no voy a ir! —cortó ella con su habitual dramatismo—. Me voy a casita con mi unicornio, y no se hable más.

Ellas no insistieron. La conocían y sabían que, cuando Romina decía aquello de «no se hable más», no había nada que hacer.

—Venga. Te acerco en el coche —dijo Estíbaliz.

—¿Tampoco te vienes tú? —preguntó Nuria.

—¿Sola con vosotras dos? ¡Ni loca, que soy una mujer felizmente casada!

Cinco minutos después salieron del restaurante y se despidieron.

—¿Dónde está ese nuevo local? —preguntó Nuria, cuando vio alejarse a Romina y a Estíbaliz.

Capítulo 2

En la fiesta privada organizada por una empresa de telefonía sueca que se celebraba en el local DeLokos sonaba música del grupo sueco Abba. Se veía a la gente disfrutando.

—¡Saem!

El mencionado, al oír su nombre, se volvió. En aquel improvisado cuarto, Saem, como chef, terminaba sus últimas elaboraciones cuando su tío y socio Mario se acercó y preguntó, metiéndose en la boca un chicle de sabor maracuyá:

—¿Cómo llevas el *catering*?

—¡Lo tengo todo listo!

Saem, chef del evento, tras ver que todo estaba a su gusto, comenzó a dar directrices a los camareros sobre cómo servir y sacar la comida. Era importante. Tan pronto como los camareros comenzaron a sacar los platos, Mario y Saem chocaron sus manos.

—Ah, por cierto. Quiero darte algo —dijo Mario. Saem miró a su tío y cuando vio lo que le entregaba sonrió—. Ten un juego de llaves de mi piso nuevo. Nunca se sabe cuándo las puedo necesitar.

Saem asintió. Su tío acaba de mudarse a un precioso piso en el centro de Madrid.

—Me parece genial —afirmó, guardándose las llaves en el bolsillo.

Segundos después, Mario se alejó y Saem, tras ver que salían más platos, decidió darse una vuelta por el local para ver las reacciones de la gente ante su comida. Y sonrió al ver sus gestos de satisfacción.

En la sala, Saem se encontró a *influencers*, invitadas por la empresa sueca, que subirían estupendas reseñas a sus redes sociales, algo imprescindible para que las cosas funcionaran. Y con su habitual profesionalidad, saludó a los suecos organizadores del evento. Las relaciones profesionales se tenían que cuidar.

Al concluir los saludos, se dirigió de nuevo hacia donde estaba organizando el *catering*. Cuando vio que todo estaba en orden, volvió a la sala y al ver una de las barras congestionadas, sin dudarlo se metió en ella y comenzó a servir copas.

Al poco tiempo y con todo controlado, y mientras hablaba con unas chicas, se fijó en una mujer que en la pista lo daba todo con la canción *Soltera*, de la cantante Shakira.

La observó divertido mientras incomprensiblemente su corazón se aceleraba. Ella cantaba, reía, saltaba y bailaba la canción junto a otra mujer morena, y desde luego lo pasaban en grande.

La rubia que había llamado su atención, y que sin motivo aparente le había acelerado el corazón, era de estatura media, cuerpo con curvas y bonita sonrisa. Quizá no era la mujer más despampanante del local, pero desde luego, para él, sí. Y lo más importante. Era madurita. Siempre le habían atraído las maduritas. ¿Trabajaría en la empresa sueca o sería sueca?

Acabada la canción ella y su amiga salían de la pista cuando un hombre se acercó a ellas y la rubia lo abrazó. ¿Sería su pareja? Durante un rato, Saem les observó hablar e incluso vio cómo, al pasar un camarero con unas bandejas, ella cogía dos canapés. Por su gesto supo que le gustaron. ¡Genial! Aunque se percató de que le quitaba la rúcula que sobre ellos había.

Minutos después, dos hombres se les unieron y el que ya estaba con ellas se alejó. Saem lo siguió con la mirada y vio que se

marchaba del local con una joven pelirroja. Eso le hizo saber que no era la pareja de la rubia y extrañamente le alegró.

De pronto le dio la sensación de ser un mirón, así que se dio la vuelta y se alejó. Pero ¿qué hacía observando de aquella manera a esa mujer?

Durante varios minutos deambuló por el local comprobando que todo estuviese bien, pero sus piernas volvieron al punto de partida y se descubrió buscando de nuevo a la mujer. Pero ¿por qué no podía apartar sus ojos de ella y el corazón le latía así?

Molesto por su tonto comportamiento, se percató de que mientras a la morena uno de los hombres le hacía gracia, a la rubia no. Solo había que ver cómo se alejaba continuamente de él, y curioso se acercó con disimulo hasta ellos.

—Adiós. Que la fuerza te acompañe lejos de mí —la oyó decir. Le hizo gracia el comentario y todavía más cuando, al ver que el tipo se alejaba sin rechistar, añadía—: Si la estupidez doliera, ese estaría en fase crítica.

Divertido, Saem sonrió por su inventiva. Aquella de sueca no tenía nada.

—Pues no va el imbécil ese que parece un burro despeinado —habló de nuevo la mujer, dirigiéndose a su amiga— y me dice que no pierda mi oportunidad porque, con mi edad, hombres como él pocos voy a conocer.

—¡Idiota!

—Gilipollas y caballornio más bien.

Ambas, sin percatarse de que Saem las escuchaba, prosiguieron hablando.

—¿Interesante el tuyo? —preguntó la rubia.

—Sergio. Treinta y siete años, boca apetecible y culito respingón —respondió la morena.

—¿Qué signo zodiacal es? —se mofó Alma.

—Para el ratito que lo quiero, como si es de Saturno —murmuró Nuria, con una sonrisa ante aquella pregunta, que era típica de Estíbaliz.

Saem, incrédulo, sonrió.

¿Y luego decían de los tíos?

Divertido por la complicidad y sobre todo por la claridad que se percibía entre ellas en aquella conversación, se alejó. No debía seguir cotilleando como lo hacía.

Instantes después, vio cómo la mujer que había llamado su atención se alejaba sola hacia una de las barras. Esperó su turno respetuosamente para pedir una copa, por lo que Saem, sin dudarlo, fue hasta esa barra, se metió en ella y le preguntó:

—¿Qué deseas?

Alma se giró hacia su derecha al oírle. Allí, un hombre moreno de inquietantes ojos asiáticos la miraba. Eso hizo que inexplicablemente su corazón se acelerara.

—Ellos van delante —indicó.

Saem sonrió. Qué considerada. Y apoyándose en la barra, levantó una ceja.

—Yo no me chivo, si tú no te chivas —susurró.

Aquello a Alma le resultó gracioso. Y sorprendida del buen español que hablaba aquel asiático, pidió:

—*Gin-tonic*.

—¡Marchando!

En silencio, Alma no apartó la mirada de aquel tipo que tras la barra le preparaba lo que había pedido y sin saber por qué motivo estaba haciendo que su corazón fuera a mil revoluciones. Era bastante alto para ser asiático. Pelo moreno, ojos oscuros y dulcemente rasgados. Su boca era interesante, dientes cuidados y

sonrisa bonita. Si su amiga Romina viera a aquel asiático, le gustaría. Solo le faltaba ser coreano.

—¿Qué le has dicho al tipo que estaba contigo que se ha ido tan rápidamente?

—¿Eres un *voyeur*, un cotilla o qué? —preguntó Alma, sonriendo. Saem soltó una risotada; ella, intentando aparentar tranquilidad, a pesar de que él le ponía nerviosa, respondió—: Se pasó de listo, y le dije que soy inspectora de policía. Por lo que, si seguía molestándome, llamaría a algún compañero y esta noche dormía en el calabozo.

Boquiabierto, Saem parpadeó. ¿Policía? ¿Los suecos habían invitado a la policía?

—¿Lo dices en serio?

—¿Tengo cara de mentir?

Saem sonrió. Aquella rubita tenía unos preciosos ojos marrones, y tras mirar el pequeño lunar que tenía sobre el labio superior derecho, se dio la vuelta y abrió la cámara donde estaba el hielo.

Con fingido disimulo, Alma lo escaneó. ¡Qué buen culito el de aquel morenazo!

Por su rosto, le calculó unos treinta y cinco años. ¡Una monada de hombre!

—Qué bien hablas español.

Saem asintió. Era un comentario que le hacían demasiadas veces.

—Gracias.

—¿Chino o japonés?

—Ni uno ni otro. Español y coreano.

¡¿Coreano?!, pensó ella. Definitivamente, su amiga Romina se desmayaría. Pero al ser consciente de que su pregunta había sido incorrecta, dijo:

—Te pido disculpas si mi pregunta te ha parecido una grosería.

—Tranquila. He oído cosas peores. —Guardaron silencio unos segundos, y él, al ver su apuro, añadió—: Madre coreana y padre español. Aunque sé muy bien que mi genética es totalmente coreana. Pero nací en Madrid como mi padre y tengo mi DNI como español.

—Siento mi desacertada pregunta —volvió Alma a disculparse.

—No pasa nada.

Ambos sonrieron.

—¿Cómo te llamas? —preguntó ella.

—Saem.

—Bonito nombre.

—Diferente —apostilló él, que, sonriendo, añadió bajando la voz —: Aunque he de confesar que mi segundo nombre es Manuel.

—¿Saem Manuel?

Él asintió.

—Cosas de mis padres —dijo—. Aunque, por suerte, todos me llaman Saem. —Alma sonrió. Él preguntó—: ¿Y tú cómo te llamas?

—Sara —mintió.

—Precioso nombre.

—Gracias.

Saem terminó de preparar el *gin-tonic* y lo puso ante ella. Cuando Alma hizo ademán de sacar la cartera, él la detuvo.

—Invita la casa... Sara.

Esa voz...

Esa mirada...

Esa sonrisita...

Llevaba muchos años sola y divorciada como para saber que aquello era otra invitación. Entonces Nuria se le acercó con su acompañante y le dijo al oído mientras Saem atendía a otro cliente.

—Me voy con Sergio donde tú ya sabes.

Alma asintió. Donde tú ya sabes era un hotelito por horas, cuco y limpio, que ya conocían, y sin dudarlo, sacó su teléfono móvil del bolso y dijo graciosamente:

—¡Selfi!

Rápidamente, Sergio, Nuria y ella ante Saem, que en silencio los observaba, se hicieron una fotografía.

—Si le ocurre algo a mi amiga, te tengo fichado e iré a por ti —le dijo Alma a Sergio—. Soy inspectora del Cuerpo Nacional de Policía. Por lo tanto, ¡ojito!

Al hombre le cambió la cara. Aquella táctica la solían utilizar cuando alguna de las dos se marchaba con un tipo. Era una manera de saber con quién se iban.

—Qué monadaaaa... —le dijo Nuria a Alma en bajito, después de echar una ojeada a Saem.

—Demasiado joven quizá.

—Pero ¿qué dices? Si está en su punto justo.

Rieron.

—Es coreano —cuchicheó Alma.

—Nooooo.

Un gesto de diversión asomó a sus miradas.

—¿No le pediste a los Masters del Universo un rollito asiático? —soltó Nuria, tras un último repaso a Saem—. ¡Pues aquí lo tienes! No te digo nada y te lo digo todo. Si los Masters del Universo te han concedido el deseo, ¿se lo vas a rechazar? —Las dos rieron, y Nuria añadió—: Me piro, loba. Mañana te llamo. ¡Besisssss!

Cuando Nuria y su acompañante se marcharon, Saem dejó de atender a otros clientes.

—¿En serio eres inspectora de policía? —le preguntó a Alma.

Alma, que todavía estaba pensando en lo que Nuria le había comentado sobre que los Masters del Universo le habían concedido

el deseo, asintió. ¿Y si lo aceptaba?

—Inspectora Santana —mintió como una bellaca.

En ese momento, Mariola, una joven de la empresa de telefonía sueca que conocía, se acercó hasta él.

—Hola, Saem —lo saludó.

—Hola, Mariola —respondió él.

La recién llegada, encantada de haber atraído su atención, se humedeció los labios con sensualidad, y justo en el momento en el que la música cambiaba para volverse más íntima y comenzaba a sonar una preciosa canción, murmuró:

—Te dije que vendría a la fiesta.

Saem se percató de la sonrisita de Alma, que rápidamente dijo:

—¡Os dejo! ¡Gracias por el *gin-tonic*!

Y sin más, se alejó con su bebida en la mano, mientras escuchaba aquella bonita canción de Bruno Mars que últimamente no se podía quitar de la mente.

Mientras Saem hablaba con Mariola, con la que había tenido un rollo tiempo atrás, no podía dejar de mirar hacia donde estaba Alma. Aquella enigmática mujer le había acelerado el corazón. No podía dejarla marchar sin más.

—Mariola —dijo—. Ya hablaremos en otro momento.

Sin importarle el gesto de la joven, Saem se alejó y se aproximó a Alma.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Alma notó de nuevo su corazón a mil. Pero ¿qué le ocurría?

—Sí —respondió.

Se quedaron en silencio. Saem no dejaba de mirarla y ella, nerviosa, daba vueltas a su copa en la mano.

—Esta canción es preciosa, ¿verdad? —dijo ella.

Saem asintió. Aquella canción de Bruno Mars le gustaba mucho.

—Tan preciosa como tú —respondió.

Alma lo miró boquiabierta. ¿En serio había dicho aquello? Y, azorada, miró a la joven con la que Saem hablaba segundos antes, que podría tener la edad de su hija.

—Creo que tu amiga desea seguir hablando contigo —replicó.

—Posiblemente. Pero estoy hablando contigo.

—Vaya... —murmuró sorprendida.

—Vaya... —repitió Saem, imitándola.

A Alma le agradó oír eso. Que prefiriera hablar con ella, que era una mujer madura, en lugar de con aquella joven tan preciosa, le gustó.

—Tú que trabajas aquí, ¿dónde podría fumarme un cigarrito? —le preguntó.

—No se puede fumar en el interior del local.

—Ya lo sé.

Saem levantó las cejas.

—Un agente de la ley queriendo saltarse la ley.

—¡Nadie es perfecto! —Y al ver cómo la miraba, añadió, sintiendo calor—: Mira, la realidad es que estoy en plena menopausia, y aunque eso de que nos volvemos medio locas es mentira, reconozco que cuando me da el brote de calor, ¡me cago en la madre que parió a la puñetera menopausia! Por lo que un poquito de aire fresquito y un cigarrito me vendrían genial.

Boquiabierto, la miró. ¿Puñetera menopausia? ¿En serio le había dicho eso?

La realidad era que en el local no se podía fumar, pero quiso darle aquel capricho.

—¿Puedo cogerte de la mano? —le preguntó. Sorprendida por aquella pregunta, Alma parpadeó; él aclaró—: Es para llevarte a un

sitio en el que te dará el fresquito y podrás fumar. ¿Puedo o no? —insistió.

—Puedes.

Saem agarró con determinación su mano.

—Vamos —indicó.

Dejándose guiar por aquel desconocido, y consciente de que la tal Mariola con gesto molesto los observaba, se metieron por detrás de una de las barras.

—Las damas primero —dijo él, abriendo una puerta.

—Qué caballeroso —se mofó, recordando lo que su amiga Romina le dijo de los coreanos.

—Siempre. Mi tío me enseñó —afirmó Saem.

Sorprendida por aquella galantería, cruzó el umbral seguida por él.

—Es por aquí —señaló Saem.

Subieron por unas escaleras que los condujo a un ascensor. En silencio y sin que él soltara su mano, subieron hasta la decimosexta planta. Al salir del ascensor y atravesar una puerta, cuyo paso le cedió él de nuevo, Alma se quedó sin palabras.

Estaban en la azotea del edificio. A sus pies estaba la Gran Vía de Madrid en todo su esplendor.

—¡Vayaaaa! ¡Qué vistas hay desde aquí! —exclamó soltando la mano de Saem.

Él hizo un gesto afirmativo. Ella tenía razón.

—¿Tanto calor tienes? —le preguntó, al ver que Alma se abanicaba con la mano.

Ella asintió y, con naturalidad, se levantó el cabello con la mano.

—¡Ardo de calor y el corazón me va a mil! —contestó—. La puñetera menopausia es lo que tiene. Que tan pronto me muero de calor como de frío.

A Saem aquel comentario le hizo gracia.

—¿Te va el corazón a mil? —preguntó.

Sin saber por qué Alma cogió su mano y la puso sobre su corazón.

—Compruébalo tú mismo.

Con ese gesto Alma supo que se estaba comportando como una «loba», pero, sin moverse, lo miró, dispuesta a aceptar el regalito de los Masters. ¿Por qué no?

A Saem se le secó la boca. Tener su mano sobre el corazón de ella le hizo ver que tenía razón. Lo tenía acelerado. Y con la misma naturalidad, cogió la mano de ella, se abrió la camisa y la puso sobre su pecho.

—A mí también me va a mil —indicó.

Se miraron en silencio. ¿Qué hacían? ¿Cómo habían llegado a ese momento?

—Va muy rápido.

—El tuyo también —afirmó Saem.

Durante unos segundos y en silencio se miraron a los ojos con intensidad hasta que, de pronto, ambos retiraron las manos al mismo tiempo.

—Estoy por llamar al Samur —dijo ella.

Sonrieron. Pero ¿qué estaban haciendo?

—¿Trabajas en la empresa de telefonía móvil sueca? —quiso saber Saem, intentando salir de aquella extraña situación.

—No.

—¿Y cómo habéis entrado tu amiga y tú esta noche en el local?

—Colándonos. —Aquella contestación lo descolocó, pero ella se apresuró a explicarle—: Teníamos unas invitaciones. Tengo un amigo que trabaja para la empresa de telefonía que da la fiesta. Él me las dio. —Saem asintió. Alma trató de centrarse y le recomendó—: Vuelve al trabajo, no vayas a tener problemas con tu jefe por mi culpa. Tan pronto como me fume un cigarro, el corazón se me

normalice y el puñetero brote de menopausia se haya relajado, prometo bajar por el mismo camino por el que hemos subido.

Él sonrió.

—Prefiero quedarme contigo hasta que el corazón se te normalice —le respondió sin sacarla de su error—. Si mi jefe se entera de que te subí aquí y te pasa algo, se molestará.

—¿Tengo pinta de que me va a pasar algo?

—No. Pero, me quedo más tranquilo —replicó él sin evitar una sonrisa.

Alma, desconcertada, acalorada, acelerada y divertida, asintió. Encendió un cigarrillo y se apoyó en la misma pared en la que estaba él.

—La luna está preciosa, ¿verdad? —murmuró, contemplando el cielo estrellado, tras dar una calada a su cigarrillo.

—Sí.

Se quedaron callados unos segundos observando la luna, mientras ella fumaba y se daba aire con la mano.

—¿Casada, soltera, divorciada? —indagó él, curioso.

—Te ha faltado lo de viuda.

Ambos rieron.

—Viuda —volvió a mentir ella.

—Lo siento...

Alma movió la cabeza para quitarle importancia.

—¿Y tú? —preguntó.

—Soltero.

—¿Soltero, con relación o sin relación?

—Tengo una relación con alguien muy especial —confesó él, moviendo la cabeza—, pero nos damos nuestro espacio. Nos gusta ser una pareja abierta.

Alma asintió. Aquel rollo le iba a su hija también.

—Si eso es lo que os gusta, ¡estupendo!

—¿Qué hace una policía como tú hoy aquí? —quiso saber él.

—Tomarse una copa. Los polis también nos divertimos cuando podemos.

Saem sonrió. La personalidad de ella era arrolladora.

—¿Qué te pareció el *catering* del evento? —siguió preguntando.

—Rico. Me gusta la fusión entre cocinas, pero para mi gusto demasiados hierbajos. En los dos canapés que tome había rúcula.

—Pues que sepas que esos hierbajos, como tú los llamas, o la rúcula, son ricos en fibra y un alimento valioso en minerales, vitaminas y compuestos bioactivos.

—¿Defensor de los hierbajos?

—¡A muerte con los hierbajos!

—Siento decirte que, en mi caso, de lo que come el grillo, poquillo —admitió ella.

—¿No te gustan las verduras? —preguntó divertido.

—Muy poquito.

—Eso es porque no las has cocinado bien.

—Si mi madre te oye decir eso, ¡te corta el cuello! —Ambos rieron y ella, observando aquellos ojos tan atrayentes, añadió—: Me has preguntado y te he contestado. El *catering* era bueno, a excepción de esos hierbajos que se empeñan en poner hoy los chefs modernetes del momento. —Saem clavo sus ojos en ella. ¿Él era un chef modernete del momento?—. ¿Por qué me miras así? —preguntó ella.

—¿Cómo te miro?

—Pues como lo haces.

Saem sonrió. El poder de su mirada asiática siempre desconcertaba.

—Curioso el lunar que tienes sobre la comisura derecha de tu labio superior, inspectora Santana —indicó él.

Le gustó que recordara su apellido, así que Alma hizo un gesto afirmativo. Estaba claro que la escuchaba cuando hablaba, y estaba claro que su corazón seguía acelerado porque ese tío la ponía. La ponía mucho.

—¿Acaso te estás insinuando? —preguntó, lanzándose a la piscina.

—¿Y si lo hiciera...?

—Sería raro.

—¿Raro por qué?

—Porque, según una amiga, los coreanos sois fríos y distantes.

—Soy medio español.

Alma sonrió. Buena matización.

—¿Qué edad tienes? —preguntó, clavando los ojos en él.

—¿Por?

—Simple curiosidad. Y no te tomes a mal lo que te voy a decir, pero los asiáticos tenéis esa piel tan tersa y luminosa que, si te soy sincera, soy incapaz de descifrar tu edad.

—El colegio ya lo terminé hace años —se mofó, y al ver que ella hacía un gesto gracioso añadió—: Treinta y nueve.

—¿En serio?..., te echaba menos.

—Es que los asiáticos envejecemos muy bien.

Ella esperó que le preguntara su edad. Era lo normal. Pero esa pregunta no llegó. Estaba claro que aquel era todo un caballero.

—Yo tengo cincuenta y cinco años —dijo ella.

—Te echaba menos, y no es por hacerte la pelota —matizó.

—Gracias.

—Tienes una edad tan bonita como tú. —Aquellas palabras la sorprendieron. Era lo más romántico que un hombre le había dicho en su vida. Él continuó—: Si alguien me atrae, me fijo en la persona,

no en la edad. Porque si algo aprendí hace tiempo es que la atracción entre dos personas no entiende de números ni edades, pero sí de sensaciones y emociones.

—Vaya...

Sus miradas se intensificaron. Estaba claro lo que pensaban. Lo que ambos deseaban. Saem se acercó más a ella y paseó su dedo por aquel lunar tan tentador.

—Soy caballeroso y nunca hago nada que una mujer no desee —murmuró.

Alma lo entendió. En el idioma que le hablaba le acababa de decir que solo seguiría si ella así lo deseaba.

—¿Sigues con el corazón acelerado? —preguntó, dejando caer el cigarrillo al suelo.

—Sí.

—Yo también. Y creo que es porque ambos nos ponemos.

—Sin duda alguna —afirmó Saem, dándole una explicación a lo que le ocurría.

—Nada de preguntas. Cero obligaciones y cero reproches —pidió ella, sin apartar su bonita mirada marrón de él.

—Me parece bien.

—Y otra cosa.

—Dime.

—Esto no se va a repetir.

—No lo pretendo.

Alma asintió. Aquel tipo caballeroso jugaba a su mismo juego. Por ello, acercando su boca a la de él, tomó la iniciativa y lo besó. Al hacerlo se encontró con unos labios tersos, dulces y sabrosos. ¿Por qué no?

Saem, por su parte, consciente de que ella deseaba lo mismo que él, se dejó llevar. No era hombre de hacer esas locuras. El sexo le

agradaba, pero no con cualquiera. Pero aquella mujer, inexplicablemente, no solo le aceleraba el corazón. ¿Por qué no?

A partir de ese instante, olvidándose del mundo, los besos entre los dos se volvieron más locos, intensos, calientes y morbosos. Si un beso era caliente, el siguiente era ardiente, y cuando las caricias se hicieron más íntimas, Alma sacó su móvil y ante la sorpresa de Saem, exclamó:

—¡Selfi! —Acto seguido, y sin importarle la mirada de él, Alma hizo una fotografía. A continuación, le hizo creer que la había enviado a su amiga por WhatsApp y cuando guardó su teléfono, dijo—: Si me pasa algo, ella ya sabe a por quién tiene que ir.

—¿Lo estás diciendo en serio?

—Y tan en serio —afirmó, besándolo.

Boquiabierto por aquello que en la vida le había pasado, degustó aquel beso que lo estaba desarmando cuando Alma sacó de su bolso un preservativo y exigió:

—¡Póntelo!

—Qué mandona —se mofó él.

—Tengo edad para serlo y hay que cuidarse.

Viendo que ella le facilitaba el momento, sin perder tiempo, Saem se lo puso. Parar aquel loco, caliente y morboso momento en la azotea del edificio era lo último que pensaba. Y cuando Alma se bajó las bragas y se subió el vestido, Saem la cogió entre sus brazos y, alzándola en volandas sin esperar un segundo más, la penetró. Ella clavó sus dientes en el mentón. Al hacerlo ambos jadearon y mirándose a los ojos enloquecieron. Sexo en sus vidas tenían los dos, pero lo que estaban viviendo y disfrutando era diferente. Muy diferente.

El lugar, estar al aire libre bajo el cielo y la luna de Madrid y la intimidad les proporcionó un momento único e irrepetible, que, sin

duda, ambos disfrutaban con deleite y pasión.

Durante varios minutos se dejaron llevar por el simple juego del sexo, mientras sus cuerpos se acoplaban una y otra vez, proporcionándose oleadas de placer indescriptibles, hasta que inevitablemente el clímax les llegó.

Pasados unos instantes en los que ambos rebajaron sus pulsaciones y, sobre todo, tomaron aire, Saem, dándole un tierno beso en la punta de la nariz, preguntó sin soltarla:

—¿Estás bien?

—¿Qué?

—Que si te encuentras bien.

A Alma la descolocó oír eso. ¿Otra vez aquella pregunta?

—No lo preguntarás porque soy mayor que tú, ¿verdad? —respondió a la defensiva y dándose aire con la mano—, y creas que porque tengo el corazón acelerado me puede dar un infarto, porque, mira, el infarto te puede dar a ti, aun siendo más joven.

—¡Pues claro que no!

Molesto, Saem la dejó en el suelo. Pero ¿a qué venía aquello?

—El selfi, cuando me vaya, lo borraré.

—¡Lástima, inspectora! Te iba a pedir que me lo pasaras.

—Buen intento. Pero no te voy a dar mi número de teléfono.

—Cachis, ¡he fallado! —Ambos sonrieron, y luego él aclaró—: Si te he preguntado si estabas bien era porque me interesa saber que lo ocurrido entre los dos ha estado tan bien para ti como para mí. Solo era por eso. Me enseñaron a ser caballeroso con las mujeres.

Alma, conmovida por aquella aclaración, le dio un beso en los labios con mimo.

—Te pido disculpas por haber sido una malpensada —replicó.

—Disculpas aceptadas.

—Maldita menopausia. ¡Por Dios, qué calor! —refunfuñó Alma, y miró su reloj—. Me voy a ir antes de que me convierta en calabaza.

—¿Te vas a ir ahora?

—Sí.

—¿No quieres otra copa?

—No.

—Puedo llevarte a tu casa, si quieres.

—No. Tú tienes que trabajar.

—Oye. Creo que...

—Más vale que dejes de escaquearte, amiguito —lo cortó—. No quiero que, por mi culpa, tengas problemas en el trabajo y eso recaiga sobre mi conciencia.

¡Qué considerada!, pensó él.

—¿Tu corazón más tranquilo? —se interesó.

—Sí —mintió ella—. ¿Y el tuyo?

—Relajado —también mintió él.

Pensó en decirle que él y su tío Mario eran los dueños de aquel local, y que además él era un valorado chef de cocina que tenía su propio restaurante en Madrid, pero ella parecía ansiosa por marcharse.

—Vamos. Bajemos de aquí —insistió ella, empezando a ponerse en marcha.

—Espera. —Alma se detuvo—. Yo te traje. Yo te llevo de vuelta.

Al ver su gesto, ella sonrió.

—Pues venga. Llévame de vuelta —le dijo, tendiéndole la mano.

En silencio abandonaron la terraza y se metieron en el ascensor sin soltarse de la mano. Aquello era nuevo para Alma. Nadie había cogido su mano con la firmeza y la seguridad que él demostraba. Nerviosa, acelerada y acalorada, no sabía qué pensar.

—Deja de mirarme así —le pidió, al ver que la miraba con insistencia.

—No sé mirar de otra manera.

Tras abandonar el ascensor, y todavía de la mano, bajaron las escaleras y, cuando entraron de nuevo en el local, dos chicas muy monas los saludaron con la mano. Ella se soltó.

—Madre mía, ¡qué exitazo el tuyo! —murmuró Alma, al ver cómo le sonreían.

Saem no pudo evitar una sonrisa. Si algo nunca le faltaba eran mujeres. Otra cosa era que él quisiera algo con las que le sonreían de forma habitual. Sabía que ser asiático era algo que siempre había llamado la atención.

—Ha sido genial, Saem, pero ahora, adiós —dijo Alma, antes de que él pudiera añadir algo, y estableciendo una distancia entre los dos que en la azotea no existía.

Saem se quedó parado mientras las chicas se aproximaban a él. Alma continuó caminando, se giró, le guiñó un ojo y se esfumó. Alargar aquella despedida era una tontería. ¿Para qué, si no se volverían a ver en su vida?

De pronto, Saem reaccionó, se zafó de las chicas y salió corriendo a la puerta del local. Tenía que encontrarla.

La vio al borde de la acera esperando un taxi.

—¿En serio te vas a marchar sin darme tu número de teléfono? —le preguntó, aproximándose a ella.

—Y tan en serio —afirmó Alma, sorprendida al verlo allí.

—¿Por qué? —insistió él

—¿Para qué? —preguntó ella.

Acostumbrado a que las mujeres le dieran su número de teléfono sin pedirlo, Saem levantó las cejas cuando ella se acercó y, justo en el momento en el que un taxi se detenía, le susurró:

—Quédate con que ha sido divertido.

Y tras darle un rápido pico en los labios, se montó en el taxi y desapareció, sin ser consciente de que mientras él contemplaba cómo el taxi se alejaba, se preguntaba quién era aquella mujer que le había descontrolado el corazón.

Capítulo 3

—Virginia. Germán. ¿Venís a contraer matrimonio libres de coacciones y voluntariamente? —preguntó el sacerdote, mirando a los novios.

—Sí, venimos libremente —respondieron ellos, mirándose.

—Virginia. Germán —insistió el sacerdote—. ¿Estáis decididos a respetaros y amaros, siguiendo el modo de vida propio del santo matrimonio, durante el resto de vuestras vidas?

—Sí. Estamos decididos —asintieron los novios, felices.

En los bancos de la iglesia, sentadas entre los invitados, estaban las lobas y lobeznas.

—Alma... —murmuró Estíbaliz—, el vestido de Virginia es precioso y el de Romina ¡increíble!

—Lo sé —afirmó ella, que añadió—: Pero ante el juramento que acaban de hacer, ¡pobrecitos! No saben lo que dicen.

—¡Mamáá á! —rio Natalia.

—Estoy con ella —apostilló Nuria con seguridad.

—Vaya dos, ¡cerrad el pico! —protestó Estíbaliz.

Alma sonrió. Si en algo era escéptica era en el amor. Tras divorciarse del que fue su marido durante nueve años, decidió blindar su corazón. No iba a volver a sufrir por amor.

Alma se casó por el juzgado y vestida de calle a los veintiún años con Carlos porque se quedó embarazada y sus padres los obligaron. Si aquello no hubiera ocurrido, Carlos nunca hubiera accedido a hacer algo así, pues era muy ambicioso y Alma para él era poco. En

aquella época, Alma estaba enamoradísima de él, pero no era ni mucho menos correspondida. Tuvo a Natalia a los veintidós, y con el paso de los años y tras desenamorarse de aquel hombre que pasaba de ella, se divorció a los treinta. Prefería estar sola que mal acompañada.

Durante los primeros años de su divorcio pasó de los hombres y se centró en retomar sus estudios de diseño y moda y trabajar en lo que pudiera. Natalia era lo primero, por lo que estuvo en un supermercado, en oficinas limpiando, en varias tiendas de ropa y calzado y finalmente encontró un trabajo estable en la tienda de vestidos de novia de una amiga de Emilia, su exsuegra. Una mujer maravillosa que siempre la trató con cariño y dedicación. No como su hijo, que ahora solo acudía a ella para pedirle dinero cuando no llegaba a final de mes. Y Alma se lo daba, porque tenían una hija en común.

En aquella tienda de novias, Alma aprendió cómo llevar y gestionar una tienda de vestidos nupciales y decidió tener la suya propia. Diseñar le gustaba y los vestidos de boda le apasionaban. Por lo que fue a por su sueño. Terminó sus estudios de diseño y moda nupcial y abrió su propio negocio de novias junto a su amiga Nuria.

Con los años y animada por sus amigas se permitió regresar al mercado de los hombres, donde comenzó a disfrutar del sexo sin complicaciones.

¿Acaso no se merecía endulzar su vida?

Alma, a partir de su divorcio, luchó para crearse una vida de mujer independiente gracias a que pudo contar con sus amigas, especialmente con Nuria y con su exsuegra. Pero no con sus padres, que eran harina de otro costal. Se había esforzado mucho para conseguir el título de diseño y moda y había trabajado sin descanso

en la tienda con Nuria hasta que ambas asociadas sacaron adelante Diva y Radiante. Con los años, y gracias al éxito obtenido, pudieron comprar un espacioso local en una de las mejores calles de Madrid, donde seguían trabajando con tesón y empeño.

Diva y Radiante se había convertido en un referente del sector de vestidos de novia a nivel nacional, y su página web era una de las más visitadas, por lo que había recibido infinidad de premios.

Gracias a lo bien que les iba, Nuria pudo quitarse la deuda con el banco que la Perla le dejó, y Alma, cuando Natalia se independizó, y necesitada de alejarse un poco de la toxicidad de sus padres, vendió su piso de Móstoles y se compró un precioso ático en una bonita urbanización de Boadilla del Monte, en Madrid, donde vivía con su perro Sugar, un yorkshire gruñón y de lo más protector.

Al acabar la ceremonia, Alma, sus amigas y sus hijas esperaron en el exterior la salida de los novios, a los que echaron arroz, pétalos de rosa y purpurina plateada. Según Nuria, la purpurina daba magia a la vida.

En un momento dado, Alma se fijó en su amiga Romina. Estaba preciosa, pero no paraba de llorar. El día le tenía muy emocionada.

El convite se celebró en un precioso palacete al norte de Madrid y la comida fue excepcional. Todos estaban comiendo y disfrutando del momento cuando la madre de Alma se acercó a la mesa donde estaba sentada su hija, su nieta y sus amigos.

—¿Cómo lo pasáis por aquí? —preguntó con gesto agrio.

Nuria levantó su copa. No la soportaba ni a ella ni a su marido. Nunca se habían portado bien con Alma.

—De lujo, Cecilia —indicó, con cierta tirantez.

Alma miró a su madre. Aunque quería a sus padres, la relación con ellos era tensa y complicada. No habían superado la pérdida de Francisco, el hermano mayor, y menos aún que Alma se quedara

embarazada. Sus padres llevaban eso grabado a fuego y daba igual lo que hiciera porque siempre notaba un resentimiento hacia ella por la vergüenza que les había hecho pasar en su momento.

Alma creció con su hermano Francisco, un muchacho cuatro años más mayor que ella que la adoraba y que siempre había destacado en todo para orgullo de sus padres. Francisco era un *crack* en todo lo que se proponía. Había terminado su carrera de Derecho y trabajaba en un prestigioso bufete de abogados de Madrid para orgullo de todos. Pero, por desgracia, una noche en que se quedó a dormir en casa de un amigo, Francisco murió a consecuencia de una fuga de gas. Alma en aquel entonces tenía dieciocho años, y cuidó como pudo de unos padres desolados.

La muerte de Francisco hizo que a Paco y a Cecilia les cambiara el humor. Dejaron de sonreír. Dejaron de ver el lado bonito de la vida y se olvidaron de que tenían otra hija. Y cuando Alma con veinte años les dijo que estaba embarazada, todo explotó. ¿Cómo podía hacerles aquello su hija? ¿Por qué no era como el perfecto Francisco?

La llegada de Natalia fue para Alma un soplo de aire fresco, aunque para sus padres resultó una nueva incomodidad. Pero para que su hija tuviera unos abuelos, Alma soportó todo con resignación. Sin embargo, con el paso de los años, todo se recrudeció y Natalia también fue consciente de la situación y la aceptó como Alma. Si su madre lo hacía, ¿cómo no iba a hacerlo ella?

Los años pasaron y cualquier cosa que hiciera Alma no convencía nunca a sus padres. Nada estaba bien para ellos. Terminó de pagarles el piso de Móstoles. Les compró un apartamento en Denia para que se fueran de vacaciones siempre que quisieran. Los atendía cuando estaban enfermos. Pero nada era suficiente y a todo le sacaban punta. A diferencia de Emilia, la madre de su exmarido, que

tanto cuando estuvo casada como después de su divorcio siempre la trató con respeto y amor.

Todo lo que Alma hiciera, sus padres lo comparaban con lo que en su momento hizo Francisco. Pero eso a ella no le detuvo y siguió caminando. Debía hacerlo por su hija y por ella.

—Yaya, ¿has probado la carne? —preguntó Natalia.

—Sí. ¡Estaba riquísima! Y tu abuelo se ha puesto morado. —Todas sonrieron. Cecilia miró a su hija Alma y le recriminó al verla comer—: No comas tanto pan, que ya tienes cara de pan gallego.

—¡Yayaaaa! —protestó Natalia.

—¡Bendito sea Dios! Pero mírala —insistió Cecilia—. Se está poniendo redonda.

Alma tomó aire. Su madre. Era su madre. Nunca le decía nada bonito ni cariñoso.

—Sí, mamá. He engordado —admitió, encogiéndose de hombros y sabiendo que era mentira.

—¡Lo veis! —exclamó Cecilia—. Yo tengo razón. Soy su madre y la conozco muy bien. ¡Y esa cara de pan gallego es por algo!

Alma asintió y Estíbaliz, para evitar que Nuria soltara una de las suyas, decidió intervenir:

—Pues son los kilos mejor distribuidos que conozco.

—Sí tú lo dices —musitó Cecilia, con pesar.

Nuria cogió la mano de su amiga por debajo de la mesa. Quería que supiera que estaba con ella.

—Con cara de pan o sin cara de pan. Alma es la más guapa y glamurosa de la fiesta —soltó, incapaz de callarse.

—¡Sin lugar a duda! —secundó Natalia.

Alma sonrió. Sabía por qué lo hacían.

—El día que doña Cecilia no lleve la escopeta cargada, no será mi madre —murmuró cuando la vio alejarse.

—No sé cómo los soportas —musitó Estíbaliz con pesar.

—Porque son mis padres.

—Pues podrían demostrarlo, ¿no? —apostilló Nuria.

Alma y ella se miraron. Nuria, a diferencia de Romina y Estíbaliz, sabía de muchos feos y reproches que aquellas malas personas le hacían a Alma.

—Voy a decir una tontería que no va a ocurrir —dijo—. Pero si algún día encuentro un unicornio y me caso, que sepas que tus padres no estarán invitados a la boda.

—Me parecerá bien —afirmó Alma con seguridad.

Un nuevo brindis. Un nuevo beso de los novios.

—Por favorrr, ¡qué guapo está Roberto! —exclamó Nuria.

Todos miraron al padre de la novia, que sonreía. Al marido de Romina. Estaba muy guapo con su precioso y elegante chaqué. La madurez le sentaba muy bien.

—Está estupendo nuestro unicornio preferido —corroboró Alma.

Todas y cada una de ellas adoraban a Roberto. Él siempre había estado ahí desde el principio para Romina, las niñas y ellas. Roberto era un buen hijo, un marido atento, un padre maravilloso y un amigo increíble. Era el perfecto unicornio.

—Debería de haber más Robertos en el mundo —dijo Estíbaliz—, y que conste que no me quejo de mi Alberto, ¿eh?

Todas asintieron con la cabeza.

—¿Sabíais que los hierbajos son un alimento valioso en minerales, vitaminas y compuestos bioactivos? —señaló Alma mirando su plato.

—Miraaaa, la wikialma —se mofó Nuria.

Al hacer ese comentario, su mente voló hacia Saem y notó cómo su corazón se aceleraba de nuevo.

—Eso me dijeron —añadió Alma.

—¿Quién te dijo eso? —se interesó su hija.

—Don Hierbajo —respondió.

—¿Y quién es don Hierbajo? —preguntó su hija.

—Pregúntale a la IA —se burló Nuria—. Es un guaperas que los Masters del Universo le regalaron a tu madre y que no estaba nada mal.

—¡Vivan los Masters del Universo! —levantó Alma su copa.

El grupo la secundó, y tras un «¡vivan!» y brindar, Natalia soltó una carcajada. Le gustaba sentir a su madre viva y activa. Se merecía disfrutar de la vida.

—¿Y tenemos foto de don Hierbajo? —preguntó.

Alma negó con la cabeza. Tan pronto como se montó en el taxi aquella noche, la borró.

—No, cielo —cuchicheó Nuria—. Pero doy fe de que estaba muy, pero que muy bien.

—Descríbelo, tía Alma —pidió Leyre junto a su novio José.

—Alto. Moreno —omitió lo de coreano para que no le preguntaran más—. Treinta y nueve años. Ojos oscuros. Manos grandes, y una preciosa sonrisa.

—Guauuuuu, mamáááá.

—¡Qué ideal! —afirmó Leyre.

—Tú sí que sabes, tía —metió baza Carolina.

—Confieso que era una auténtica monada —afirmó Alma con convicción, sonriendo con Nuria.

—¿Treinta y nueve años? —preguntó Estíbaliz boquiabierta.

—Sí.

—No me seas antigua, Estíbaliz, que te veo venir —soltó Nuria, antes de que Estíbaliz hiciera algún comentario al respecto.

Estíbaliz miró a su marido Alberto, que hablaba con el futuro marido de su hija Leyre.

—Por Dios, Alma, ¡dieciséis años menor que tú! —no pudo evitar decir.

Alma asintió.

—Cariño. Para mayor ¡ya estoy yo! —afirmó, segura y sin perder la sonrisa.

Todas soltaron una carcajada.

—¿Desde cuándo te gustan los jovenzuelos como a Nuria? —volvió a la carga Estíbaliz.

—Desde que folla como yo y los Masters del Universo se lo regalan.

—¡Por favorrrrr! —gruñó Estíbaliz.

Nuria sonrió. Tras sufrir el desengaño de su novio, había tomado la decisión de que todos los rollos que tuviera serían más jóvenes que ella. Pasaba de los maduritos.

—Tía Estíbaliz. La IA dice que la edad no define una relación —intervino Natalia, que estaba trasteando con el móvil—, si hay respeto, atracción mutua y comunicación.

Estíbaliz torció el morrillo.

—Tu madre para los rolletes tiene muy buen ojo —soltó Nuria con una gran sonrisa.

—Para los rolletes y lo que quiera —añadió Natalia.

Si alguien en el mundo se merecía ser feliz era su madre, una mujer que lo había dado todo por ella. Natalia solo deseaba su felicidad.

—Lo que hay que oír —protestó Estíbaliz.

—Anda, borra ese gesto de «señorita remilgada» y pregúntale si sabe el horóscopo que era —se mofó Nuria.

—¡Que te den! —soltó Estíbaliz medio en broma, medio en serio.

—Tía, ¿lo volverás a ver? —preguntó Leyre, viendo a su madre reír.

—No.

—¿Por qué?

—Fue divertido, pero este cuerpo que tengo no admite repeticiones.

—Sois lo peor, ¡que lo sepáis! —musitó Estíbaliz.

Alma y Nuria se rieron.

—Y lo dice la que se tiró a medio Madrid cuando estaba divorciada —observó Nuria—, e incluso hizo un trío con dos bomberos y en cierto crucerito se pasó por la proa y popa a un chi...

—¡Nuria!

—Mamáááá —murmuró Leyre incrédula.

—¡Tíaaaa! —rio Carolina.

—Mamá, ¿hiciste un trío? —insistió Leyre.

—¡Nuria, cierra el pico! —exigió Estíbaliz y, mirando a su hija, indicó—: Ni caso. Tu tía es muy exagerada. ¡Sagitario tenía que ser!

—Buenoooooo —se mofaron Nuria y Alma, haciendo reír a todas.

Siguieron disfrutando del rico banquete de bodas entre bromas y confidencias. De repente, sonó una canción, y Virginia, la novia, se levantó de la mesa con su ramo y, tras pasearse por el salón, y darle un cariñoso beso a su hermana Carolina, se lo entregó a Leyre. ¡Ella era la siguiente novia! Ver aquello emocionó a Estíbaliz y sus amigas, Alma, Nuria y Romina, rápidamente la abrazaron. Su hija era la siguiente en casarse y entendieron su emoción.

Tras el vals de lo más tradicional que los novios bailaron, la orquesta contratada comenzó a tocar música del momento que animaba a todo el mundo a salir a la pista.

Los novios estaban felices. Las familias también y los invitados estaban pletóricos. Era un bodorrio divertido en toda regla.

Tras echarse varios bailes, Alma volvió a la mesa a descansar un rato.

—¿Con quién hablas? —le preguntó a su hija, que estaba tecleando en su teléfono.

—Con un amigo... especial.

—Vaya... —murmuró, sorprendida y acalorada, se dio aire con la mano y preguntó—: ¿Desde cuándo tienes a ese amigo especial?

Natalia miró a su madre. Aquel tipo con el que llevaba unos meses saliendo en secreto era tremendamente especial para ella. No podía dejar de pensar en él.

—Tengo que contarte algo, pero hoy no, ¿vale? —contestó, sorprendiéndola.

Boquiabierta, quiso indagar más. Saber. Pero si algo le había enseñado a Natalia era a respetar los tiempos de cada persona para contar sus cosas, así que se limitó a sonreír.

—Mañana he quedado con Óscar y Blas —dijo su hija—, el que se ha hecho cura. Iremos al rocódromo. Nos apetece escalar un ratito.

—¡Perfecto! —asintió Alma.

El resto de la tarde, Alma fue testigo de cómo su hija estaba más enganchada al teléfono que a pasárselo bien. Eso le hizo entender que ese alguien especial era muy muy muy importante para ella.

—¿Y no sabes quién es? —le preguntó Nuria.

—Ni idea.

—¿Y por qué no le preguntas? —insistió Romina, observando a su hija, la recién casada, bailar con su padre.

Alma suspiró.

—Porque me ha dicho que hoy no —respondió.

—Pero ¿cuándo? —insistió Romina.

Alma se encogió de hombros.

—No lo sé. Solo sé que Natalia y yo siempre nos hemos respetado en ese sentido. Es mayor de edad. Es su vida. Y no hay más que hablar.

—Alma. Llévanos a casa.

Al oír la voz exigente de su padre, Alma indicó:

—En cuanto acabe la fiesta, que no creo que tarde mucho, os llevaré.

—Alma no nos lleva —protestó Paco, mirando a su mujer.

—Ya te lo dije —apostilló Cecilia—. Como siempre, es una egoísta y solo piensa en ella.

—Por Dios —murmuró Romina, molesta.

—A ver. Como mucho en media hora esto se acaba, ¿no os podéis esperar? —preguntó Alma, acostumbrada a aquellos desplantes.

Paco y Cecilia se miraron.

—Mira. Por no discutir y montar un numerito, esperaremos —claudicó Paco.

—Mejor me callo —bisbiseó Nuria, cuando se alejaron—, porque como diga lo que pienso, el numerito lo voy a montar yo.

—Sí. Mejor cállate —susurró Alma.

Estíbaliz, ajena a lo ocurrido, se acercó hasta ellas.

—Ay, Dios mío, que mi niña se casa el mes que vieneeeee ¡qué nerviossss! —dijo, con gesto demudado.

Todas sonrieron y continuaron disfrutando de la boda. Era lo que tocaba.

A la una menos diez de la noche, tras pasar un precioso día de celebración, Alma se despidió de sus amigas y se reunió con sus padres para llevarlos.

—¿Quieres que te acerque a tu casa? —le preguntó a su hija.

Natalia negó con la cabeza.

—No. He quedado.

Alma asintió. Se moría de ganas por saber con quién había quedado su hija, pero consciente de que debía respetar su silencio, tras darle un beso, acompañada por sus enfadados padres, se

montó en su bonito coche y, tras cambiarse los zapatos de tacón por unas cómodas deportivas, arrancó su vehículo y se dirigió a su casa. Estaba agotada.

Durante el trayecto, su madre no paró de protestar. A todo en la boda le tenía que sacar puntilla.

—No me jorobes —murmuró Alma al ver que se le encendía el pilotito de la gasolina.

—¿Qué pasa? —preguntó su padre.

—Necesito gasolina urgentemente o nos quedamos tirados.

—Bendito sea Dios, ¡menudas horas para echar gasolina! —gruñó Cecilia—. ¡Solo falta que nos atraquen! Pero ¿tú dónde tienes la cabeza?

—Mamáááá...

—¡Qué desastre eres, hija! —protestó Paco—. Nunca cambiarás.

Por fortuna, encontró rápidamente una gasolinera y sin dudarlo se paró al ver varios coches repostando. Eso les daría más tranquilidad a sus padres.

—Cierra las puertas con el mando a distancia —le pidió su madre antes de que se bajara—. A estas horas, no se sabe lo que puede pasar. ¡A ver si nos van a secuestrar!

—De acuerdo, mamá.

Ataviada con un vestido largo en gasa color rosa chicle de lo más glamuroso, Alma entró en la gasolinera. Allí, tras bromear y pagar con el dependiente por lo elegante que iba, se despidió de él y con una sonrisa salió mientras se deshacía del moño que llevaba.

Al llegar a su coche vio a sus padres adormilados y, con cuidado, comenzó a repostar cuando oyó:

—¿Inspectora Santana?

El sonido de aquella voz hizo que a Alma se le acelerara el corazón. No. No podía ser. Se dio la vuelta y se quedó pasmada. Al

otro lado del surtidor, Saem, el chico coreano que había conocido unas noches antes, estaba allí.

Sin poder evitarlo, sonrió. ¿En serio se había creído que era policía?

—Baja la voz. Mis padres duermen —susurró, señalando el interior del coche.

Saem asintió. Cuando estaba a punto de echar gasolina a su coche, había visto bajar a Alma del suyo al otro lado del surtidor y se quedó boquiabierto con el corazón desbocado. Estaba preciosa con aquel vaporoso y glamuroso vestido rosa.

Sin moverse de sus sitios, ambos prosiguieron llenando los depósitos de sus coches. Alma, mirando las deportivas que asomaban bajo su vestido, murmuró:

—Con tacones no me gusta conducir.

—Sara, ¿de dónde vienes tan elegante?

Oír que la llamaba Sara, que no era su nombre, le hizo gracia. Estaba claro que aquel Saem se había creído todo lo que ella le había dicho.

—De una boda —respondió. Se dio cuenta de que su madre la miraba—. Hoy se casó la hija de una de mis mejores amigas.

—Vestida así serías la más bonita de la fiesta.

Ella sonrió. ¡Qué caballeroso!

—Gracias por el halago... —musitó.

Guardaron silencio unos instantes. Él terminó de repostar, pero no se movió de su sitio.

—¿Tus ojos son azules? —preguntó, curioso.

Alma asintió. Llevaba lentillas azules. Le encantaba cambiar el color de sus ojos.

—Sí.

Saem creía recordar que tenía los ojos más oscuros, pero no le dio mayor importancia.

—¿Te apetece quedar otro día para tomar algo? —preguntó.

—No.

Boquiabierto por su rápida negativa, pero sin ganas de perderla de vista otra vez, dijo:

—¿Qué posibilidad había de que nos volviéramos a encontrar?

Aquello le hizo gracia a Alma.

—Una entre un millón —replicó, consciente de que sus padres no podían oírlos.

—Pues que sepas que verte me ha vuelto a acelerar el corazón.

Se mostró sorprendida, porque a ella le había ocurrido lo mismo, pero no dijo nada.

—¿Te propongo algo? —prosiguió él.

—Ya te he dicho que no. No seas pesado o...

—¿O pasaré la noche en el calabozo, inspectora?

Alma no pudo evitar una sonrisa y, sin esperarlo, en su mente se recreó la imagen de los dos teniendo sexo en la azotea. Cómo la tocaba. Cómo la miraba. Cómo la besaba. Cuando este dijo:

—Mi propuesta, Sara, es la siguiente —insistió él—; si nos volvemos a encontrar, para no ser un pesado, tú te acercarás a mí y yo prometo invitarte a cenar.

Alma, acalorada por lo que su mente le había hecho recordar, sonrió. Que se volvieran a encontrar y que ella se acercara a él era bastante improbable.

—Ah, no... no... no... Si nos volvemos a encontrar, seré yo la que te invite a ti a cenar —respondió ella—. Vivimos en el siglo XXI y, como mujer, me gusta invitar.

Saem sonrió. Discutir por aquello en aquel momento era una tontería.

—De acuerdo.

—¿Aceptas?

—Acepto.

Al oír aquello, Alma se horrorizó. Pero ¿qué narices estaba haciendo? Se sintió confundida por cómo su cuerpo y en especial su corazón se aceleraban.

—Ha sido un placer volver a verte, ¿cómo te llamabas?

—Saem —indicó algo molesto.

¿En serio no recordaba su nombre?

Alma sí lo recordaba, pero prefirió darle a entender que no era así.

—Saem, adiós.

Él hizo un gesto con la cabeza sin moverse de su sitio. Y una vez más vio cómo aquella mujer se marchaba dejándolo con el corazón descontrolado.

Tan pronto encendió el motor del vehículo, Alma oyó desde el asiento de atrás:

—¿Qué hacías tú hablando con ese chino?

No respondió. Solo se tocó el pecho y, al notarlo acelerado, suspiró.

Capítulo 4

La fiesta en el antiguo colegio de Alma, Estíbaliz, Romina y Nuria estaba siendo divertida, aún con las miradas curiosas que de arriba abajo todos se echaban.

Reencontrarse con antiguos compañeros del colegio tras casi cuarenta años estaba siendo toda una aventura y más viéndose disfrazados. Era desternillante. Una auténtica locura. Allí estaban de nuevo los guapos. Los feos. Los normales. Los simpáticos y los invisibles.

Al llegar a la fiesta, en la pared había infinidad de fotografías de las fiestas de graduación de cuando todos tenían dieciséis años. Había fotos grupales e individuales. Por ello, al entrar, todos tenían que hacerse una foto, que se colocaba junto a la de su adolescencia. Así, todo el mundo que quisiera saludarse se podía localizar.

—Madre mía, en la vida hubiera reconocido a Anselmo —cuchicheó Estíbaliz.

Todas asintieron. El hombre que tenían a escasos metros de ellas era grande y atractivo, nada tenía que ver con el muchachillo escuálido y tímido que conocieron en su momento.

—Increíble. Ha pasado de ser un Shrek de pantano a prota de novela romántica —dijo Alma.

—La de ColaCaos que le tuvo que dar su madre.

—¡Ya te digo! —afirmó Romina.

—Según ha dicho Lorena, es directivo en una multinacional americana y le va muy bien —explicó Estíbaliz.

—Cuánto me alegro por él —dijo Alma.

Saludando a otros compañeros, se enteraron de que Lucía, Román y Lorenzo habían muerto. Encontrarse con aquellas tristes noticias era algo que nadie esperaba. Lucía murió a los veinticinco años víctima de un cáncer, Román en un accidente de tráfico y Lorenzo ahogado en el mar. Estaba visto que la vida tenía sus planes para cada uno, y se hiciera lo que se hiciera, no se podían eludir.

Durante horas hablaron, rieron o se emocionaron con aquellas personas que, durante su niñez y adolescencia, tanto para bien como para mal, fueron parte importante en su vida.

—¿Os habéis dado cuenta de que el setenta y cinco por ciento de todos los que estamos aquí estamos divorciados o separados? —preguntó Alma.

Las chicas asintieron.

—Si el atractivo se midiera en cabello, aquí estaríamos en bancarrota —soltó Nuria, mirando a su alrededor.

—Serás cabrona —se mofó Alma, al saber que se metía con las calvicies.

—Pues, para mí, algunos tienen su puntito —afirmó Estíbaliz, y señaló discretamente a su derecha—. Ángel Rodríguez, aún calvete, es un madurito potentón.

—Y Sebastián García —afirmó Alma.

—No me jorobéis, pero si aquí hay más entradas que en un estadio. Vamos, que la bola de discoteca ya la traen incluida.

—¡Nuria! —la regañó Romina.

—Lo digo con cariño, mujerrrr...

Todas rieron.

—Marcos. Marcos Luengo, estamos aquí —oyeron decir a alguien.

Acto seguido, se giraron y se encontraron con un tipo vestido de pirata nada atractivo y de aspecto cansado.

—Por favorrr... —soltó Nuria en bajito.

—Se me acaba de caer un mito —cuchicheó Romina.

—Este de guapo unicornio ha pasado a reno con resaca —rio Alma.

—¿Pero no era altísimo?

—O así lo veíamos nosotras, Estíbaliz —afirmó Alma, tan sorprendida como las demás.

Elvira, una de sus antiguas amigas, al verlas comenzó a dar saltitos y grititos de emoción y se acercó a ellas para abrazarlas. Estaba claro que los años habían pasado para todas, pero aún se reconocían. Durante un rato disfrutaron poniéndose al día y recordando vivencias pasadas que les hicieron reír a carcajadas.

—No es por ser malvada, pero creo que el tiempo nos ha tratado muy bien —señaló Elvira, después de ver a lo lejos a dos mujeres.

Alma, Romina, Nuria y Estíbaliz miraron a unas mujeres de aspecto dejado y cansado. No sabían quiénes eran.

—Son Genoveva y Micaela —les informó Elvira.

Sorprendidas, parpadearon. Aquellas que en su momento fueron las guapas, divinas y guais del colegio, ahora eran todo lo contrario.

—Sabéis que no me gusta ser mala y criticona, pero parecen nuestras abuelas. —Romina no pudo evitar el comentario.

—Gracias, Virgencita, por mantenernos en perfecto estado de exhibición —se mofó Nuria.

Riendo por aquello estaban cuando la actual directora del colegio tomó el micrófono y dijo unas palabras de agradecimiento a todos los asistentes. Minutos después, se bajaron las luces del salón y comenzó a sonar música de los años ochenta y noventa mientras unos camareros portando bandejas de canapés comenzaban a servirles.

Saem, que se encargaba del *catering*, desde la cocina del colegio indicó a un camarero:

—Saca esa bandeja, por favor.

Luego terminó de colocar unas cucharas de crema de patata con huevo de codorniz.

—Estas bandejas son las siguientes. Vamos. No perdáis ritmo —apremió a otros camareros.

Con diligencia y durante la siguiente hora, los jóvenes contratados por Saem para el evento sirvieron todas aquellas delicias que él y su equipo habían preparado. Cuando acabaron, Saem, quitándose la chaquetilla, se colocó un delantal, cogió una bandeja de postres y salió a la sala. Quería ver la reacción de los comensales al comer su *bingsu* de mango.

Divertido, observó a todo el mundo disfrazado cuando de pronto oyó una risotada. Rápidamente miró hacia su derecha, pero se encontró con varios grupos hablando y riendo. Reconocer a alguien bajo aquellos disfraces era complicado.

Saem prosiguió con su trabajo y enseguida vio cómo las mujeres le observaban, Claramente estaban interesadas en él, pero él siguió a lo suyo. Estaba trabajando y lo único que le interesaba era que todo estuviera perfecto.

Al llegar al final de la sala, hizo el mismo recorrido, pero a la inversa. Una mujer vestida de diosa griega lo paró.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—*Bingsu* —respondió Saem.

Alma, que regresaba del baño con Estíbaliz, al verle allí se quedó de piedra. A un palmo escaso de ella estaba Saem. El camarero que conoció aquella noche en el DeLokos y posteriormente se encontró en la gasolinera. ¿Otra vez los Masters del Universo lo ponían en su camino? Al verlo, el corazón se le aceleró y echándose el pelo oscuro

hacia el rostro, le entraron los calores de la muerte. Le había prometido que, si se volvían a ver, ella lo invitaría a cenar. Pero no. Eso no iba a ocurrir. Vestida de *hippie*, con la peluca negra y las gafas rosas era imposible que la reconociera.

—¿Qué es el *bingsu*? —preguntó Estíbaliz, ajena a sus tribulaciones, acercándose a Saem.

Él sonrió y con profesionalidad indicó, mirando con curiosidad a la de las gafas rosas.

—Es un típico postre coreano de hielo raspado, fruta, helado y leche condensada. Está muy dulce, y en este caso la fruta es el mango.

—Vaya... qué rico.

—¿Alma, nos cogemos uno?

¡Alma! Menos mal que le había dicho que se llamaba Sara.

—¡Genial! Tiene pintaza —afirmó.

Estíbaliz cogió uno, y cuando Alma cogió el otro, Saem, curioso, preguntó:

—Disculpa, ¿nos conocemos?

Alma quiso salir corriendo. Y al ver cómo Estíbaliz la miraba, para disimular su incomodidad y que no le preguntara, puso la voz más grave.

—No. Pero paz y amor, colega —respondió, y levantó dos dedos en un gesto divertido.

Cuando se marcharon, Saem no se movió. ¿De qué le sonaba aquella mujer?

Alma, con el corazón acelerado y desconcertada, tomó aire cuando se alejaron.

—¿«Paz y amor, colega»? —preguntó Estíbaliz, con tono de guasa. Sonriendo, Alma la miró, y ella añadió—: ¿Te has fijado en lo atractivo que era el camarero? ¿Será chino, japonés, coreano,

filipino? —Alma no respondió. Sabía perfectamente de dónde era. Estíbaliz seguía a lo suyo—: Un postre coreano, ¡verás cuando lo vea Romina!

Ambas sonrieron, y aunque Alma ya no volvió a ver a Saem, se preguntó: ¿por qué los Masters del Universo le hacía volverse a encontrar con él?

Capítulo 5

En las oficinas de Diva y Radiante, Alma miraba la pantalla de su ordenador. Concentrada, observaba los diseños que había terminado, cuando le sonó el teléfono y al ver el nombre de quién llamaba, saludó con una sonrisa.

—Buenos días, Emi.

Al otro lado del teléfono, Emi también sonrió. Aunque su hijo Carlos y Alma hacía años que se habían divorciado, ella la quería como una hija. Era especial. Atenta y cariñosa. Y más desde que su marido murió y Alma, más que su propio y único hijo, se ocupó de que ella estuviera bien.

—Hola, tesoro, ¿cómo va todo?

—Hoy el día ha comenzado fuertecito —respondió Alma, mirando con agrado la mesa de su despacho.

—¿Te sigues tomando las pastillas de trébol rojo que te compré para la menopausia?

Alma sonrió. Su exsuegra siempre estaba pendiente de ella.

—Sí, Emi. ¡Claro que sí!

—¿Cómo está mi periodista preferida? Llevo sin hablar con ella una semana.

—Perfecta y liada con su trabajo en la revista. ¡Ya la conoces!

—Te llamo para decirte que Susanita, la nieta de mi hermana Clara, ¡se casa! —le informó.

Alma sonrió.

—Vayaaaa, ¡pero qué sorpresa! —exclamó, como si no supiera nada.

—Sí, hija. La noticia nos ha pillado a todos de sorpresa.

—El amor es así: ¡loco e impredecible!

—Por cierto. El otro día fui al hospital a hacerme una prueba y de lejos vi a tu amiga Estíbaliz con su marido. ¿Se encuentran bien? —preguntó Emi.

Saber eso le sorprendió. Estíbaliz no les había dicho nada.

—Que yo sepa sí —respondió.

—Pues no sabes cuánto me alegro. Al verla, pensé que a lo mejor había recaído en lo que le pasó hace años.

A Alma se le erizó la piel. Estíbaliz, años atrás, había tenido unos tumores en el cuello uterino. Algo de lo que se trató y se recuperó.

—Por cierto —prosiguió Emi—. Mi hermana me ha pedido tu dirección para enviaros a Natalia y a ti la invitación de boda. Y Susana quiere tu teléfono para llamarte. Quiere pasarse por tu tienda de novias para que les enseñes a ella y a su pareja algo bonito y especial para ese día.

—¿Cuándo se casan?

—El 14 de febrero.

—¡Qué románticas! —se mofó Alma e indicó—: Dile que me llame cuando quiera.

—Y otra cosa. —Emilia bajó la voz—. Algo me dice que mi hijo Carlos sale con alguien.

—¿Y por qué lo crees?

—Porque lo veo muy pendiente del teléfono cuando viene a comer a casa. Y cuando lo llaman, sale a la terraza a hablar y sonríe como un tonto. Incluso ha cambiado de colonia.

Aquella noticia a Alma no le produjo ni frío ni calor. Desde que se habían divorciado, Carlos había tenido infinidad de relaciones con

mujeres.

—Si es feliz, es algo bueno para él —replicó.

—¿Sentará alguna vez la cabeza este hijo mío?

Alma suspiró. Lo dudaba.

—Cuando menos te lo esperes —afirmó, para darle una cierta esperanza.

—Elija la que elija, ninguna será tan maravillosa como tú.

—Aissss, ¡que te comoooooo!

—¿Y tú cuándo te vas a volver a enamorar?

—Cuando conozca al hombre perfecto.

—Pero ¿haces por conocerlo?

Divertida, bromeó un rato y cambió de tema. Era especialista en hacer aquello.

Al colgar el teléfono, el recuerdo de Saem se instaló en su mente. Su sonrisa. Su mirada. Y antes de lo que imaginó su corazón se aceleró. Pero ¿qué le ocurría? E incapaz de no hacerlo, se recreó en lo vivido con él y se acaloró. Se acaloró mucho.

Dándose aire con la mano estaba cuando decidió llamar por teléfono a Estíbaliz. Quería saber a qué había ido al hospital, pero ella no se lo cogió. Llamaría más tarde.

Acalorada y cagándose en la puñetera menopausia estaba Alma cuando Nuria entró en su despacho.

—No me lo digas... que sé lo que te pasa —le dijo. Con la mirada ambas se entendieron, y Nuria admitió—: No puedo con una reunión más.

—Pues esta tarde te recuerdo que tenemos otra para hablar de la campaña de bodas verano 2027 que hemos firmado con cierta marca de zapatos.

—¡Qué día llevo hoy! —resopló Nuria.

—¿Qué pasa? —preguntó Alma, quitándose unas gafas.

Nuria se sentó en el glamuroso sofá color beige que Alma tenía en su despacho.

—Primero que el que llevaba el sofá nuevo a casa se ha retrasado una hora —explicó—. Y luego, encima, llego a la oficina y el tonto de Peláez me dice que la foto que hemos decidido que salga en el inicio de nuestra web, la ve excesiva y fuera de contexto.

—¿Excesiva y fuera de contexto?

—Según él, la modelo es demasiado mayor y que vaya en bicicleta no es glamuroso.

Alma buscó en su ordenador. No recordaba la foto que habían seleccionado. Luego contempló la imagen en la que se veía a una mujer madura vestida con un precioso vestido de novia, algo despeinada y montando en bicicleta.

—Pero si es perfecta —dijo.

—¡Es brutal!

—Estamos en temporada de bodas. Y es una foto rompedora, fresca y actual en la que queremos mostrar que cualquier mujer, da igual su edad, puede verse preciosa con un vestido de novia.

—Lo sé. Explícaselo a él.

—Ni caso a Peláez. Y sí. Hablaré yo con él.

—Mejor. Porque como lo tenga que hacer yo otra vez, te juro que vamos a terminar muy muy mal.

Alma asintió. Diva y Radiante era una tienda de vestidos de novias para todas las edades.

—¿Has hablado con Estíbaliz? —le preguntó, levantándose para sentarse junto a su amiga.

—No. ¿Por qué?

Sin querer alarmar a su amiga ante algo que posiblemente no sería nada, al escucharla tararear, preguntó:

—¿Qué canturreas?

—Una canción de Barry White.

—¿Cuál?

—En español se llama «Eres el primero, el último, mi todo».

—Woooo, qué romanticona te veo.

—Mi vecino, que sigue con Barry White a todo trapo. Y la verdad, sus canciones son tan buenas que no me quejo.

—Por cierto, ¿esta vez el sofá llegó en el color que tu querías?

—Sí. Esta vez, sí. Me encanta verte sin lentillas —continuó Nuria—. Si yo tuviera tu color de ojos, no habría lentillas que me los ocultaran.

Alma sonrió. Siempre le habían dicho que tenía un color verde de ojos muy bonito.

—Pero como son mis ojos —replicó—, pues me pongo lentillas de colores, que ¡me encantan!

Nuria asintió.

—¿Sabemos algo del ligue de Natalia? —quiso saber. Alma negó con la cabeza, y Nuria, riendo, aventuró—: ¿Y si no te lo ha dicho porque es un famosete?

Alma suspiró. Su hija, por su trabajo como periodista cultural, estaba muy metida en el mundo de la farándula.

—Podría ser.

—¿Quizá es un futbolista, un cantante o un actor? Y conociendo sus gustos, será un buenorro de mucho cuidado que viva el mundo liberal. —Y luego propuso—: ¿Qué te parece si hoy comemos *sushi* y seguimos preguntándonos con quién está nuestra lobezna?

—No al *sushi*. Sí a lo otro.

—Vengaaaa...

—Que no. Hoy no me apetece. Prefiero italiano.

—Estoy de antojoooo.

—¿De trillizos?

—Cuatrillizos.

—Pues va a ser que no. Hoy no me apetece.

—Llevo pensando en el *sushi* todo el día.

—Peor para ti.

Veinte minutos después, tras pasar por el despacho de Nuria para recogerla, juntas salieron de las oficinas que estaban situadas en pleno barrio de Salamanca, junto a su bonita tienda. Todo ello ubicado en una excelente y noble zona de la ciudad.

Entre confidencias, las dos amigas caminaban por la calle mientras observaban escaparates y entraban en algunas tiendas donde Nuria encargaba cosas para su nueva casa. Estaba emocionada.

Capítulo 6

En el interior de la tienda de Loewe, Saem se encontró con Ji Woo, amiga y jefa de sala en el restaurante, y su novia Clara. Tenían un evento en el que Ji Woo quería ir perfecta, y cuando salió del probador con un vestido celeste con escote palabra de honor, preguntó:

—¿Este qué os parece?

Saem, que estaba sentado en un sillón, la miró.

—Bonito. Pero, para mi gusto, el anterior te quedaba mejor —admitió.

—Estoy con Saem —afirmó Clara.

—¿Os gusta más el de color verde oliva?

Saem y Clara asintieron.

—¿Te he contado que Saem se está viendo con alguien? —soltó Ji Woo mirando a su novia.

Clara miró a Saem, que levantó las cejas. Para sus temas personales era muy reservado, y cuando Ji Woo vio que no pensaba abrir la boca, le guiñó un ojo a Clara.

—Me probaré el vestido verde oliva otra vez —cambió de tema—. Pero si elijo ese, tendrán que hacerme unos arreglillos y no podré llevármelo hoy.

Con una sonrisa de complicidad se entendieron y cuando comenzó a sonar por los altavoces de la tienda cierta canción de Bruno Mars, Saem sonrió. Cada vez que la oía se acordaba de Sara. Instantes después, cuando Ji Woo desapareció en el interior del probador,

Clara y Saem prosiguieron hablando, aunque no de lo que inicialmente Ji Woo había mencionado. Saem, para su vida privada, era muy parco en palabras.

Cuando Alma y Nuria entraron en Loewe, como siempre, sonrieron. Aquella era una de sus tiendas preferidas.

—¿Qué te parece este? —preguntó Nuria, dirigiéndose hacia un bolso.

—Te pega. Es muy tú —afirmó Alma sin dudar.

—¡Me lo compro! —exclamó Nuria—. Pero lo quiero en verde pistacho.

—¡Estupendo!

Mientras Nuria hablaba con la dependienta y esta iba al interior del almacén para ver si lo tenían en ese color, Alma miró a su alrededor y entonces lo vio.

A la derecha de la tienda, sentado cómodamente en uno de los sillones junto a una guapísima chica de pelo castaño, estaba aquel hombre con el que no paraba de encontrarse, y de nuevo se le aceleró el corazón. ¿Otra vez?

Se puso nerviosa. Debía escapar. No quería que la viera. De pronto se fijó en que uno de los probadores se abría y una guapa asiática salía de él.

Vio cómo Saem y la chica de pelo castaño se levantaban, hablaban con la del probador y con confianza los tres se abrazaban. ¿Sería alguna de aquellas la muchacha de la relación abierta? ¿O, por el contrario, serían otras chicas?

Nerviosa, buscó donde ocultarse. La muchacha desapareció dentro del probador, y Saem y la otra chica se dirigieron hacia un burro donde había colgados más vestidos. Se metió tras el mostrador y se agachó.

—¿Qué haces? —le preguntó Nuria al descubrirla.

Horrorizada, Alma miró a su amiga.

—¡Esto es horrible! —cuchicheó.

—¿Qué pasa?

—¿¡Otra vez!?

—¿Otra vez qué?

—Otra vez los jodidos Masters del Universo me la están jugando.

—Pero ¿de qué hablas?

—¡No mires para atrás!

—¿Por qué?

—Porque posiblemente te reconozca.

—¿Quién?

Obviando lo que su amiga había dicho, Nuria miró hacia atrás y reconoció al guaperas.

—¿Ese es el camarero coreano? —susurró.

—Sí.

—¿Don Hierbajo?

—Sí.

—¿El que te acelera el corazón, se cree que eres viuda, te llamas Sara y te encontraste en la fiesta del col...?

—Que sí, pesada. Y baja la voz.

—Recuérdame que cuando comamos les suplique a los Masters del Universo un rollito como él. Por favorrr, ¡qué mirada!

—¡Nuria!

—Madre mía, ¡qué tipo más sexi!

—Nuria, ¡cállate!

—¿No me digas que ya te lo ha acelerado? —le preguntó con cierta guasa. Alma asintió, y ella, que recordó algo, sentenció—: Esto que haces es trampa.

—¡No me jorobes!

—Le prometiste que, si os volvíais a ver, te acercarías a él y lo invitarías a cenar. Y esta es la segunda vez que te lo encuentras.

—¡No digas tonterías, por favor!

—¡Pero si es monísimo!

Alma con disimulo se asomó y vio que la otra chica salía del probador, y que Saem y las dos mujeres, tras hablar con la dependienta, caminaban hacia donde estaban ellas.

—¡Joder, Nuria, que vienen hacia aquí! —se alarmó.

Divertida, Nuria miró a su alrededor y señalando la puerta por la que había desaparecido la dependienta, dijo:

—Si encuentro una salida, ¿comemos *sushi*? —Incrédula, Alma miró a su amiga, que se tocaba su inexistente barriga insistiendo—: Hazlo por mis trillizos.

Boquiabierta, resopló, pero ¿desde cuándo era tan chantajista? Y siseó.

—Alpacina. Comemos lo que quieras —siseó.

—La puerta de la derecha. Es la única escapatoria. Vamos, sal, ¡yo te cubro!

Sin tiempo que perder, Alma se incorporó y sin mirar atrás se escabulló seguida por su amiga.

—¿Qué posibilidad había de que nos volviéramos a encontrar? —murmuró cuando consiguieron su propósito.

—Los Masters del Universo, loba, te están gritando que pongas un asiático en tu vida. —Alma no contestó y Nuria, mirando por la rendija de la puerta, aventuró—: ¿Alguna será su novia o lo serán las dos? Dijiste que era de relaciones abiertas, ¿no?

—¡Nuria!

—Por favor... lo miran con adoración. Este está liado con las dos.

Alma no dijo nada. Se sentía ridícula allí escondida, pero no se movió. De pronto, apareció la dependienta que había ido a por el

bolso.

—Disculpen, señoras, pero aquí no pueden estar —les dijo.

Ellas, con gesto de apuro, asintieron. Lo sabían.

—Lo sé, cielo —dijo Nuria, con un tono dramático, antes de que Alma pudiera intervenir—. Y te pedimos todas las disculpas del mundo. Pero resulta que la chica de pelo castaño que está en la caja con esa pareja asiática fue la novia de mi hijo Kike. Y la muy lagarta lo dejó plantado en el altar hace dos semanas.

—¡Oh, Dios! —murmuró la dependienta horrorizada.

—Y... y... —prosiguió Nuria, dramatizando—. No quiero verla, ni organizar ningún escándalo. Pero esa mala pécora ha destrozado la vida de mi pobre Kike. Lo tendrías que ver. No duerme. No come. Mi niño está fatal. Y si estoy aquí metida, es para no arrancarle la cabeza.

La dependienta, tras comprobar que los tres estaban en la caja, y creyéndose todo lo que aquella mujer le decía, con gesto compungido, murmuró:

—Tranquilas. Las avisaré cuando se vayan.

—Gracias. Eres un amor —afirmó Nuria, abrazándola—. Una buena niña como tú es lo que se merece mi Kike.

Conmovida por sus palabras, cuando Nuria soltó a la dependienta, ella las miró.

—El bolso en verde pistacho no nos queda —le informó—, pero, si así lo desea, se lo podemos traer en unos días.

—Lo deseo —afirmó Nuria sin dudar.

Cuando salió la dependienta, Alma, estupefacta por la película que Nuria había montado, preguntó:

—¿Tu pobre hijo Kike?

—Era una mentira piadosa y he sido madre durante treinta segundos. Por favorrr, los quebraderos de cabeza que dan los hijos

—se mofó.

Entre risas cómplices, pero en silencio, las dos amigas esperaron. Alma los observaba a través de la rendija de la puerta. Por sus gestos, estaba claro que tenían mucha confianza. Saem estaba guapísimo de sport. Vestía pantalones negros, zapatillas de deporte y camisa blanca con rayas grises. Su sonrisa era preciosa. Perfecta. Y cuando estaba disfrutando de las vistas, Nuria musitó:

—No es por nada, pero se te cae la babita.

—No digas tonterías.

—No digo tonterías. Lástima que no me hubiera fijado yo antes en él para que se me acelerara el corazón y lo que no es el corazón.

Alma dejó de mirar. Pero ¿qué hacía observando a aquel hombre con tanta atención?

Minutos después, regresó la dependienta.

—Señoras, ya pueden salir. Ya se han marchado —les comunicó.

Sin dudarlo, Nuria y Alma salieron de su escondite. La segunda comprobó que los tres ya no estaban. Esperó a que Nuria encargara su bolso, y se dispusieron a salir.

—Muchísimas gracias. Has sido muy amable —le dijo a la dependienta.

Ya en la calle, Nuria se fijó en que Alma miraba a su alrededor con inseguridad.

—Tranquila —le dijo—. Ya no están. —Alma asintió, tocando su corazón ahora relajado. Nuria añadió—: Comemos *sushi* y pagas tú.

Alma soltó una carcajada, y se fueron a almorzar. Tenían hambre.

Capítulo 7

Durante el servicio de la cena en el restaurante Mesa Trece, Saem trabajaba con concentración mientras escuchaba la tranquila y dulce canción *My Love*, de la cantante sur coreana Gummy, que salía de su teléfono móvil.

A Saem le gustaba la cocina. Había heredado esa afición de su madre y de su abuela, unas excelentes cocineras y sus primeras maestras.

En Seúl, lugar de procedencia de ellas, su abuela regentó un restaurante llamado El Dragón de Seúl, hasta que murió. Su madre tomó el relevo hasta que una terrible enfermedad, cuando Saem tenía diecisiete años, se la llevó.

Eso provocó que su padre, Elías, y él dejaran Seúl y se trasladaran a vivir definitivamente a España, a Madrid, el lugar donde Saem había nacido y al que adoraban, pues su padre era oriundo de allí. Y lo mejor, ahí estaban sus abuelos y su tío Mario.

El Dragón de Seúl cerró sus puertas cuando murió su madre. Y el día en que Saem fue a despedirse de él, sentado en la mesa trece, la preferida de su madre y de su abuela, les prometió que algún día tendría su propio restaurante. Una promesa que cumplió unos años después, tras estudiar fuera de España, y de tener no pocas discusiones con su padre, que no veía bien que su hijo fuera chef de cocina.

Cuando tenía treinta y cinco años, y gracias a la ayuda de su padre, que era un alto directivo en un banco hispano-asiático,

consiguió un préstamo a bajo interés con el que compró un increíble local en la calle Alcalá donde montó un restaurante al que llamó Mesa Trece, en honor a sus predecesoras. Un restaurante repleto de innovación, creatividad y fusión entre la cocina asiática y la española, que, al cabo de cuatro años, se había consolidado y funcionaba muy bien.

—Sale para la mesa cinco —indicó Saem mirando a uno de sus camareros—, dos de gambas al ajillo con mantequilla de eneldo y aquavit. Y dos tartares de atún con aguacate, alga wakame y pomelo rosa.

—Chef. —Saem se giró al oír a Ji Woo, que trabajaba de jefa de sala—. La mesa cuatro quiere felicitarte. —Saem asintió, y ella puntualizó—: Son los amigos de tu padre, Felipe y Elvira, con unos amigos.

—¡Joder! —exclamó Saem.

Cuando tenía veinte años, en una fiesta que organizó su padre en casa, había acabado con Elvira, la mujer de Felipe, en su habitación. Ella y su marido eran muy liberales, por lo que a Felipe no le importó. Durante una temporada se vieron para tener sexo. Ella lo llamaba bomboncito asiático. Pero todo se terminó cuando él se marchó a Nueva York a estudiar. Al regresar, Elvira lo volvió a intentar, pero Saem, ya con las ideas más claras, la rechazó. Aun así, ella siempre que podía se le insinuaba. Si con veinte años ya era una fiera en la cama, ¿cómo sería casi con cuarenta?

—Venga, tú puedes, ¡ánimo! —lo espoleó Ji Woo, con cierta guasa.

Saem sonrió, y después de limpiarse las manos con un paño húmedo, detuvo la música que brotaba de su teléfono móvil.

—Equipo, regreso en un minuto —les dijo a todos.

Consciente de que Felipe y Elvira, aparte de buenas personas, eran buenos clientes, Saem salió a la sala y se acercó a la mesa cuatro.

—Buenas noches, ¿todo bien por aquí? —saludó con cortesía.

Ellos levantaron la vista.

—Saem, queríamos felicitarte por tu exquisita tarta de queso japonesa. ¡Estaba espectacular! —dijo Elvira, tras humedecerse los labios.

—Muchas gracias, Elvira. Es un placer saber que os gustó tanto.

Todos lo felicitaron, mientras Elvira lo miraba con deseo.

—¿Habéis estado ya en DeLokos, mi nuevo local? —les preguntó.

—Tu padre me habló de él. Me comentó que tu tío Mario y tú os habíais asociado en algo. ¿Es el que está en plaza de España?

—Sí. Si os apetece, os doy unas invitaciones para que vayáis, lo conozcáis y os toméis algo a mi salud.

—¿Tú estarás? —preguntó Elvira, tocándole con disimulo la pierna.

Saem la miró.

—Si termino pronto aquí, posiblemente vaya a tomar una copa —mintió—. Pero tío Mario estará allí y le agradará veros.

Encantada, Elvira aceptó las invitaciones, y luego Saem se alejó para hablar con Ji Woo.

—Dales unas invitaciones para DeLokos —le pidió.

—Elvira está deseando comerte —murmuró Ji Woo, divertida.

—Pero eso no va a ocurrir.

Ji Woo sonrió y Saem regresó a la cocina. Tenía que seguir trabajando. De improviso, en su mente se instaló Sara, que rápidamente le aceleró el corazón. ¿Por qué ella no quería saber nada de él y mujeres como Elvira no dejaban de intentarlo?

Durante el servicio con su equipo, formado por su jefa de cocina Rosa, Jeremy, Carla y Yeon-Seok, sacaron adelante todos aquellos

platos que los comensales les solicitaban, y cuando salió el último postre, Saem los miró y les sonrió al ver que el reloj marcaba las once y media.

—Servicio finalizado. ¡Buen trabajo, equipo! —les agradeció.

Como cada noche, todos sonrieron. La comida que preparaban era buena, pero el ambiente entre ellos era aún mejor. El trabajo era laborioso y a veces, agotador. Pero les encantaba. Aquella fusión de comidas y sabores era algo muy original, y, cuando comenzaron a limpiar, Saem se dirigió a su despacho. Estaba agotado.

Antes de sentarse ante su mesa, miró su teléfono y buscó en sus listas de Spotify a Whee In, una cantante surcoreana que le gustaba mucho. Tarareando la canción *Paraglide*, abrió su portátil y varios correos le entraron. Los revisaba cuando Ji Woo entró en el despacho. Trabajaba en el restaurante como gerente y jefe de sala. Se sentó frente a él mirando la pantalla del ordenador.

—¿Sigues viendo locales en Seúl? —le preguntó.

—Sí.

Ji Woo asintió. Conocía a Saem de toda la vida. Y aunque él se marchó de Seúl al morir su madre, habían continuado en contacto hasta que ella, con los años, se había trasladado a vivir a España, concretamente a Madrid, donde Saem la ayudó durante años a salir adelante y, cuando abrió su restaurante, sin dudarlo la contrató.

—Hay un par de locales que, si siguen en venta cuando vaya a Seúl, los quiero ver —indicó Saem—. Ya sabes que siempre ha sido mi sueño tener un restaurante frente al río Han.

El teléfono móvil de Saem vibró al recibir un mensaje.

—¿Con quién hablas? —preguntó ella mientras Saem contestaba.

Saem dejó su teléfono sobre la mesa bocabajo.

—Contigo —respondió.

Ji Woo resopló. Él era hermético en cuanto a relaciones.

—Durante el servicio llamó tu tío Mario y me pidió que te dijera que lo llames cuando puedas —le comunicó.

Saem asintió. Adoraba a su tío. Tenía una excelente relación con él. Ahora lo llamaría.

—Por cierto —cuchicheó Ji Woo—. Tengo que decírtelo o reviento, la chica que vino la otra noche a buscarte me dio buena vibra. ¿Dónde la conociste?

—¡Paso!

—Vengaaaaa... Porfi... porfi... porfi... dime dónde la conociste.

—Me la presentó Juan Carlos hace unos meses.

Oír aquello a Ji Woo le gustó. Tras la ruptura de Saem con Olivia, su novia durante varios años, no había vuelto a salir con nadie.

—Es más joven de lo que te suelen gustar —observó. Saem no respondió. Se limitó a acariciar la cadena que llevaba al cuello. Ella volvió a la carga—: ¿Os habéis visto en más ocasiones?

—Sí.

—¿Te acelera el corazón?

—No. Y aquí se acaba esta conversación.

Ji Woo no siguió preguntando. Que lo atosigaran a preguntas lo agobiaba.

—Esta noche hemos hecho una buena caja —cambió ella de tema, enseñándole unos papeles—. Y para el fin de semana por la noche ya tengo casi llena la sala.

Saem se alegró. En el restaurante trabajaban muchas personas y necesitaba poder hacer frente a sus sueldos a final de mes. Cogió los papeles que ella le tendía.

Durante un rato hablaron sobre trabajo.

—Clara viene a buscarme y vamos a ir a tomar algo, ¿te animas? —le propuso Ji Woo cuando remataron.

—No. Tengo planes.

—¿Con quién?

—No te lo pienso decir.

Ji Woo sonrió. ¿Serían con la chica que ella había mencionado?

—Me parece estupendo que tengas planes —replicó.

La puerta del despacho se abrió y entró Clara. Saludó a Saem y le dio un beso en los labios a Ji Woo.

—¿Nos vamos, cielo? —preguntó.

Ji Woo se levantó, le dio un cariñoso beso a Saem y, tras coger su bolso, salió con Clara.

Al quedarse de nuevo solo en el despacho apuntó en una libreta cosas que sabía que debía comprar para la cocina del restaurante y luego se dirigió hasta un archivador. Quería cotejar ciertas facturas. Al sacar una carpeta, algo cayó al suelo. Al agacharse a cogerlo vio que se trataba de una foto de él y Olivia. Su exnovia.

Se la habían sacado en las cataratas del Niágara en uno de sus viajes, y en ella se les veía a los dos sonriendo y abrazados. Su relación había sido bonita, aunque algo en su interior le gritaba que ella no era su destino, porque nunca le aceleró el corazón. Destino. Una mágica palabra en la que su madre siempre creyó.

Durante años, su madre le contó que tenía un bonito sueño donde veía a Saem dichoso y feliz con la mujer que era su destino. Aquella que le aceleraba el corazón y tenía los ojos verdes como los zafiros.

Cuando Olivia y él se conocieron, ella trabajaba como *influencer* para grandes marcas, y Saem quiso ver en ella aquello que su madre le había vaticinado. Pero ni le aceleraba el corazón, ni tenía los ojos verdes. Eso a él no le importó. Quería conocer a Olivia. Le gustaba.

En un principio, a ella le hizo gracia que fuera chef. La *influencer* y el chef, ¡sonaba bien! Pero, con el tiempo y cuando él se entregó a su profesión, lo odió. Ella quería salir todas las noches e ir a eventos los fines de semana. Y aunque Saem intentó darle eso que ella

demandaba, llegó un momento en el que estaba agotado. Tenía un restaurante que atender. Era su negocio, su vida, y ella tenía que comprenderlo.

Pero no. No lo hizo. Y tras infinidad de engaños y problemas, ella lo dejó.

Eso a Saem le destrozó. ¿En serio le importaba tan poco? ¿Realmente no lo quería? ¿De verdad que los años que habían pasado juntos para ella no habían significado nada?

Los tres primeros meses fueron duros para él. La añoraba a cada segundo del día y no podía dejar de mirar los *posts* que subía a sus redes sociales, donde se la veía a ella feliz, llena de vitalidad. Al final, cuando se dio cuenta de que aquello le hacía más daño, Saem tiró de su frialdad coreana y se centró en trabajar para olvidar. Al sexto mes, ella apareció una noche en el restaurante acompañada por su novio actual. Saem, en un principio, se quedó desconcertado. ¿Cómo podía hacerle aquello? ¿Cómo podía aparecer allí?

Pero también le hizo abrir los ojos y entender que ella no era su mujer. No era su destino.

Al cabo de un año ella comenzó a llamarlo. Decía que lo amaba. Que nadie la cuidaba y quería como él y se había dado cuenta de su error. Saem no la escuchó. Bajo ningún concepto iba a perdonar lo ocurrido. Ella no se lo merecía.

Así que tiró aquella fotografía a la papelera con indiferencia y comenzó a mirar las facturas que inicialmente quería cotejar. Olivia ya no era parte de su vida. Era su pasado.

Cuando acabó y volvió a su mesa, cogió su teléfono y sonrió al ver que quien le había escrito era la amiga divertida y liberal que le habían presentado. Y quedó con ella. ¿Por qué no?

A las tres de la mañana, tras pasar un rato agradable con ella en su casa, Saem se montó en su coche y regresó a su casa, situada

frente al parque del Oeste. Dejó su vehículo en el aparcamiento del edifico y subió a su piso.

Cuando abrió la puerta y encendió la luz, la sonrisa se le ensanchó al ver cómo su perra, una cachorra de bóxer color canela de apenas nueve meses, corría hacia él.

—Hola, Freya, ¿cómo está mi chica?

La bóxer, enloquecida por ver a su persona favorita, se lo comió a lametones. Saem se sentó en el suelo y se dejó besuquear. Adoraba a su perra. Ella lo había hecho sonreír otra vez, y recibir su cariño desinteresado era lo mejor.

Al disminuir el ataque de efusividad de Freya, Saem se levantó del suelo y fue hasta el salón donde leyó una nota en la que ponía:

> Freya cenó como una campeona. Hoy dimos un paseo bien largo por el parque y se comportó muy bien.
> ¡Buenas noches y descansa!
>
> DOLORES

Sonriendo, dejó la nota. Era de su vecina Dolores. Una mujer que adoraba a su perra tanto como lo adoraba a él, y que se ocupaba de mantener la casa limpia y de pasear a Freya todos los días que él, por trabajo y otras obligaciones, no podía.

Tras comprobar que Freya tenía agua en su plato, Saem se desnudó y se duchó. Después se tiró en la cama y tras poner el despertador a las diez y media de la mañana, se durmió junto a su perrita, a la que le faltó tiempo para subirse a la cama.

Capítulo 8

En uno de los salones de la bonita y glamurosa tienda de novias Diva y Radiante del barrio de Salamanca, Estíbaliz vivía un bonito momento personal rodeada por sus amigas. Su hija Leyre tenía la última prueba del vestido de novia, pues se casaba en una semana.

A la prueba, además de Alma, Romina y Nuria, no podían faltar Carolina, Virginia y Natalia. Todas querían ver a Leyre con su vestido y todas querían opinar sobre él.

Mientras esperaban la aparición de la novia, hablaban, veían fotografías de la fiesta de disfraces y comían los ricos manolitos de sabores. Natalia, algo alejada del grupo, wasapeaba en su móvil. Cuando Alma salió del probador para reunirse con sus amigas y disfrutar aquel momento, curiosa, miró a su hija.

—¿El amigo especial o la IA? —indagó Nuria por lo bajini.

Alma se encogió de hombros. Días antes, cuando salieron de comer de casa de sus padres, mientras caminaban hacia sus coches, intentó sacar el tema, pero Natalia la toreó. Sin duda, había tenido una buena maestra.

—Por cómo sonríe, imagino que es con el primero —contestó.

—¿Y cuándo va a hablar contigo?

—No lo sé.

—¡Me muero por saber! —insistió Nuria.

—Pues yo ni te cuento —replicó Alma.

Las dos sonrieron. En aquel momento, una de las dependientas de la tienda les ofreció unas copitas de cava.

—Natalia, cielo —dijo Nuria, levantando la voz—. Deja de tontear con quien lo estés haciendo, y ven para brindar.

Segundos después, Natalia se unió al grupo, agarró a su madre de la cintura, cogió una copa de cava y, levantándola, dijo:

—Por Leyre. Por los vestidos que mi madre y la tía han diseñado y por que la boda sea ideal.

Riendo por aquella palabra que Leyre tanto decía, brindaron encantadas.

—Y por mí —apostilló Carolina, después de terminarse su rico manolito de tres chocolates—. Porque la siguiente en casarse ¡soy yo!

Oír eso hizo que Romina comenzara a llorar, y Alma, tras darle un cariñoso beso en la frente, dijo, mirando a Carolina:

—Vuestra prueba del vestido la tenemos en unos días. Aunque tu madre no lo olvidará, ¡recuérdalo!

Instantes después, las dependientas de la tienda descorrieron las cortinas, y ante ellas apareció una preciosa y emocionada Leyre, portando un increíble vestido de novia que le quedaba como un guante.

—Tía Alma, ¡me encantaaaaa! —afirmó la novia a punto de llorar.

Alma sonrió y se acercó a ella para darle su último toque.

—Me alegra saber que he conseguido crear lo que tú querías —afirmó.

—¡Es idealllll! —exclamó, emocionada.

—Aisss... que me da un telele. Mira que los virgo somos tranquilos, pero... pero ¡me da! —murmuró Estíbaliz, conmovida al ver a su hija.

—Estás guapísima, Leyre. Y tía Alma es una artista —intervino Carolina.

Romina, que acaba de pasar por aquello con Virginia, y tras la boda de Leyre volvería a hacerlo con Carolina, tomó la mano de su amiga.

—No llores y disfrútalo —le dijo, llorosa—. Este momento con Leyre es solo una vez en la vida.

—O dos... —matizó Alma.

Estíbaliz miró a su amiga.

—No la mires así —le dijo Nuria—. Precisamente tú te has casado dos veces.

—Espero que en mi caso sea para toda la vida —replicó Leyre.

—Claro que sí, cariño —afirmó Alma, para darle positividad.

—Madre mía, Leyre, ¡estás increíble! —la piropeó Natalia.

—Cuando te vea José, ¡va a flipar! —se mofó Virginia.

Estíbaliz, superemocionada por ver a su niña, se levantó de su silla y se acercó a ella.

—Eres la novia más bonita del mundo, mi amor —murmuró.

—Gracias, mamá.

Madre e hija se abrazaron. La dependienta, tras cruzar unas palabras con Alma, se acercó y preguntó:

—¿Cómo ve el vestido la madre de la novia?

—Impresionante. Ha quedado espectacular. —Todas asintieron. Leyre con aquel vestido estaba deslumbrante, y Estíbaliz indicó—: Sigo dudando en cuanto al velo. ¿Le pregunto a la IA?

Alma negó con la cabeza. La Inteligencia Artificial no iba a saber más que ella, y le enseñó distintos velos.

—A ver, lobezna —le dijo a Leyre—. Puedes elegir entre velo corto, largo, de hilo, mantilla. Pero con este vestido, lo que a mi parecer queda impresionante es un velo de tul bordado. ¿Quieres que te probemos uno?

Leyre asintió y cuando Alma, minutos después, terminó de ponérselo, tras un generalizado «ohhhhh», Estíbaliz aseguró, sin asomo de duda:

—¡Este, cariño! Para mí, este es tu velo de novia.

La futura novia sonrió. Si a su madre le gustaba aquel, no iba a elegir otro.

—¡Es ideal! —exclamó, mirando a su tía Alma.

Felices y contentas charlaban mientras Leyre se cambiaba de ropa y ellas bebían cava. El banquete de bodas se iba a celebrar en una finca que estaba en Las Rozas y Estíbaliz estaba emocionada.

Cuando Leyre salió del probador, la dependienta se aproximó a Estíbaliz.

—Señora, cuando quiera, puede probarse su vestido —le dijo.

Sobreexcitada, Estíbaliz se levantó.

—Venga. Madre de la novia, pruébatelo —la animó Alma.

Ella corrió hacia el probador y Alma sonrió. Sabía lo importante que era para ella aquel momento, así que la acompañó y al entrar las dos en el probador, Estíbaliz musitó, viendo el vestido:

—Ohhh... es precioso.

Alma sonrió. Había trabajado duro para que el vestido de su amiga fuera lo que ella le había pedido.

—¿Estás bien, Estíbaliz? —le preguntó mientras ella se desnudaba.

—¡Perfecta! ¿Y esa pregunta?

Alma se lo pensó. No quería romper aquel momento de felicidad de su amiga preguntándole por su visita al hospital.

—Por nada —respondió, sin dejar de sonreír—. Solo quería saber que estabas bien.

Una de las dependientas entró en el probador.

—Alma, ha venido la señora Ribagorda de todos los Santos y quiere preguntarte algo relativo al vestido de su hija.

Alma asintió. Aquella clienta no era fácil y tras guiñarle el ojo a su amiga, salió del probador y fue a atender a aquella mujer.

Cuando concluyó, Alma observó con orgullo los vestidos que había diseñado y que estaban a su alrededor. Los había de gasa, tul, piqué, satén, mikado, duchese, organza, chifón, encaje, brocado, crepé. La variedad era increíble. Los tocó con mimo. Había creado cientos de vestidos de novia, que representaban cientos de ilusiones basadas en el amor. Algo que ella nunca había experimentado con una pareja.

¿Podía la vida ser más injusta?

Sin pedir permiso, Saem volvió a aparecer en su mente, y como siempre el corazón se le aceleró. ¿Cómo sería tener una relación con un hombre como él? Pero se lo reprochó de inmediato. ¿Qué hacía pensando esas ridiculeces cuando seguro que él no se acordaba de ella?

Escondido en una carpeta en el cajón de su despacho, Alma guardaba su traje de novia ideal. Algo que diseñó un día solo para ella. Nadie lo había visto y nadie lo vería, porque aquel bonito boceto era su sueño, que nunca sería realidad.

—Si yo tuviera que elegir un vestido de novia para mí hoy, sería este —oyó decir a Romina.

Al volverse, Alma la encontró a su lado y mirando el vestido que ella sujetaba con la mano, dijo:

—Podrás ponértelo en tus bodas de oro.

—Pues anda que no queda.

—Todo llegará —afirmó Alma.

Ambas rieron. Romina colgó el vestido.

—¿Has vuelto a adelgazar? —le preguntó Alma.

Romina se encogió de hombros.

—Toda mi vida a régimen para adelgazar unos gramos de mierda y ahora resulta que mi mejor régimen es la organización de las bodas de mis hijas. —De nuevo sonrieron, y Romina, señalando un vestido, conjeturó—: Con este estarías monísima si le dieras una oportunidad al amor.

—Gracias. Pero va a ser que no... —replicó Alma, alejándose de los bonitos vestidos y cogiendo un manolito de pistacho de la caja que había sobre una mesa.

—¿Por qué?

—Porque, aunque soy una romántica, los unicornios maravillosos no existen. Además, ya me casé una vez, y con una boda tuve bastante.

Romina resopló y devoró el manolito que llevaba en las manos. La mala suerte que había tenido su amiga con su exmarido le seguía jorobando.

—Eso que tú tuviste no fue una boda —respondió—. Fue un apaño en el ayuntamiento sin amor y sin ninguna gracia. Y maldita sea, itú te mereces un bonito amor que valore y sepa lo muchísimo que vales! Te mereces conocer a un maravilloso unicornio, lucir un precioso vestido de novia y tener una boda por todo lo alto.

—Por favorrr —puso los ojos en blanco Nuria.

—¿Merezco un bonito amor como el tuyo y Roberto? —preguntó Alma.

—Claro que sí. Incluso mejor —aseguró Romina.

Leyre, la futura novia, sonrió. La emoción que veía en su madre por la boda la tenía desbordada.

—Tía —dijo, mirando a Alma—. Sé que estás feliz por mí, pero también sé que piensas que me falta algún tornillo por casarme, pero es que estoy loca por José y él lo está por mí.

Alma sonrió. Todas conocían su escepticismo en cuanto al amor y las bodas.

—Leyre, ya sabes que mi madre, aun dedicándose al negocio de las bodas, no cree en ellas ni en el amor —intervino Natalia.

—¿Cómo que lo que yo creo? —preguntó Alma, sorprendida, mirando a su hija—. ¿Acaso tú no crees lo mismo?

—Sigo pensando que casarse es una locura —musitó ella, encogiéndose de hombros y con la dulzura que la caracterizaba—, y que el amor es una lotería, pero a veces si esa combinación es perfecta, ¿por qué no dejarse llevar?

Leyre, Carolina y Virginia sonrieron al escucharla. La dependienta se acercó a la primera con unos papeles y esta le siguió hasta un mostrador junto con Virginia y Carolina.

Alma, al ver que su hija se quedaba sola mirando de nuevo la pantalla de su teléfono móvil, se aproximó a ella, y saltándose la primera de sus reglas, murmuró:

—Natalia, ¿cuándo me vas a contar...?

—Otro día —la cortó.

A Alma se le aceleró el corazón y le entraron los calores. Necesitaba saber. Natalia le dio un cariñoso beso en la mejilla y se alejó hacia donde estaban sus amigas para evitar las preguntas de su madre.

—Respira, que te estás poniendo azul —le recomendó Nuria a una Alma boquiabierta.

—Me está dando un brote de calor —dijo Alma, dándose aire con una revista.

—¡La puñetera menopausia no respeta! —susurró Nuria.

—No entiendo por qué Natalia lleva lo que me tiene que contar con tanto secretismo —dijo Alma.

—Podéis pensar que las burbujas se me han subido a la cabeza —se metió Romina, tras beber un sorbo de su copa de cava—, pero yo creo que Natalia se ha enamorado.

—¿Otra vez? —se mofaron al unísono Alma y Nuria.

—¿Qué os parece mi vestido?

Alma, Romina y Nuria se giraron para contemplar a Estíbaliz. El vestido azul de corte sirena y escote asimétrico de gasa que se le ajustaba al cuerpo como un guante les hizo soltar un aullido cómplice. Estíbaliz supo que era una aprobación y se rio.

—Estás increíble —soltó Romina.

—Solo diré Diva y Radiante.

—¡Viva la madre de la novia! —levantó su copa Nuria.

Estíbaliz, feliz por ver las reacciones de sus amigas, dibujó una gran sonrisa en su rostro. Entre ellas no había mentiras. Todo se lo decían les gustara o no, y que dijeran aquello era bueno. En ese momento su hija y sus amigas entraron en la sala.

—Mamáááá, ¡estás idealllll! —gritó Leyre.

—Tíaaaaa, ¡pero qué pibónnnn! —exclamó Natalia.

—Esplendorosaaaaa —Virginia no se quedó atrás.

—Guauuuuuu —aulló Carolina.

Estíbaliz se miró en el espejo. Le agradaba lo que en él veía. Aquel vestido era justo lo que le había pedido a Alma.

—El azul es el color ideal para los virgo —declaró—. Es mi color.

Una hora después, cuando salieron de la tienda de novias, todas hablaban mientras Natalia wasapeaba con su móvil. Solo tenía ojos para su teléfono. Instantes después, las cuatro jóvenes se marcharon. Tenían sus propios planes, por lo que las amigas, como era viernes, decidieron irse a cenar juntas. Los viernes eran suyos.

Ya en el restaurante, disfrutando de la cena, Nuria dijo:

—Por cierto. Tengo que contaros una cosita, ¡ya tengo las entradas para ir a ver a Shakira!

—¡Me muero de felicidaddddddd! —afirmó Alma.

Encantadas aplaudieron. Por fin la loba madre visitaba España en su *tour* mundial; Estíbaliz, emocionada, preguntó:

—¿Al final para que día las conseguiste?

—Para el 25 de septiembre.

—¡Perfecto! —rio Romina.

Todas se miraron con gesto feliz. El 25 de septiembre sería un excelente día para disfrutar y recordar cuando Nuria miró a Romina.

—Menos mal que solo tienes dos hijas que se casen —le dijo—, porque si tuvieras cuatro, a la cuarta no llegabas. Pero ¿tú has visto las ojeras que tienes?

Romina asintió.

—Os juro que la boda de Carolina y Pablo me tiene totalmente desconcertada —confesó—. Hace dos días llegó enfadada como una mona y nos dijo a su padre y a mí que no se casaba. ¡Que anuláramos todo! Y al día siguiente, estaba tan contenta por la boda. Roberto y yo ya no sabemos qué esperar ese día.

Las amigas se miraron.

—Tachadme de inoportuna —dijo Nuria—, pero creo que Carolina va a cometer un gran error.

—Yo también lo creo —afirmó Romina con pesar.

—¡Y yo! —apostilló Estíbaliz.

Entre ellas se abrió el debate. Cada una comentaba lo que creía oportuno comentar.

—¿Sigues pensando en lo que ha dicho Natalia? —le preguntó Nuria a Alma, al verla más callada de lo normal.

Alma asintió. Y puso al día a Estíbaliz de lo ocurrido, porque se lo había perdido.

—Ay, Dios mío, que la niña se nos ha enamorado —dijo Estíbaliz.

—¿Otra vez? —se mofó Nuria.

—Pero esta vez de verdad —asintió Romina.

—¿Tú crees?

—Lo creo.

—Pero ella me lo hubiera dicho.

—¡O no! —matizó Nuria.

Alma resopló. Su hija y ella siempre lo comentaban todo. Entre ellas no había tabúes.

—Quizá no te lo ha contado por tu reticencia al amor —observó Nuria.

—¡Pero qué tontería es esa! —bramó Alma—. Yo quiero que sea feliz. Y si encuentra a un chico con el que se complementa, ¿cómo no me voy a alegrar por ella?

—¿Y si está embarazada? —cuestionó Romina—. Y como tiene parejas abiertas no sabe de quién es el bebé.

—Por favorrr —gruñó Nuria, llenándose la copa de vino.

—Natalia es muy moderna —insistió Romina—. Quizá está embarazada, ha decidido ser madre soltera y el chico que te quiere presentar no es el padre del bebé. Por eso tiene que hablar contigo y se lo está pensando tanto.

—¿Cómo eres tan peliculera? —se burló Estíbaliz.

—Será por todas esas series que ve —se rio Nuria—. Por cierto, ¿has terminado de ver la del capitán Ri?

Romina suspiró. Adoraba aquella serie.

—Sí —respondió—. Y ahora he comenzado a ver otra llamada *Treinta y nueve*, en la que trabaja la protagonista de la serie del capitán Ri, y me tiene en un sinvivir.

—A propósito, hablando de asiáticos, ¿os ha contado Alma que se lio con un coreano muy del estilo del capitán Ri? ¡Se ve que eso de

pedirles a los Masters del Universo a veces se cumple!

Alma miró a su amiga Nuria. Pero ¿por qué contaba aquello?

—¿¡Coreanooooo!? —preguntó Romina, antes de que ella pudiera replicar.

Sin poder evitarlo, Alma sonrió cuando Estíbaliz apostilló:

—Vaya... otra que abre fronteras.

—¡Y otras cosas! —soltó Romina.

Y se rieron a carcajadas.

—Vale. Conocí a un coreano de mirada increíble —claudicó Alma —, mono y caballeroso, además de ardiente en el sexo y...

—¿Ardiente en el sexo? —la interrumpió Romina—. Pero si los coreanos ni se tocan, ni se besan, ni...

—Este es medio español —aclaró, divertida, Alma al pensar en Saem.

—Los coreanos, para el tema sexo, son reservaditos —insistió Romina como experta en series coreanas.

—El que yo he conocido no —afirmó Alma, tocándose ya su acelerado corazón.

—¿Entonces tú y él...?

—Sí, Romina. Hemos follado.

—¡Almaaaaaa! —protestó ella.

—¿Y qué signo del zodiaco es?

—Estíbaliz —murmuró Alma, tocándose un ojo—. ¡Y yo qué sé!

—Pues deberías saberlo. Los signos del zodiaco hablan mucho de la persona.

—Por favorrr...

Tras un rato de risas por las burradas que en confianza se decían, Alma se quitó las lentillas marrones que llevaba.

—Que sepáis que los guionistas de esas series coreanas que, por si no estáis enteradas, se llaman k-dramas, o doramas, suelen ser

mujeres. Y lo que hacen es crear a hombres a la carta. Altos, guapos, exitosos, tiernos y protectores.

Sorprendidas, todas miraron a Nuria.

—¿Y tú como sabes eso? —quiso saber Romina.

—Porque me informé en la IA. —Sin quitarle ojo de encima, todas levantaron las cejas cuando Nuria confesó—: Vale. Lo admito. ¡Me he enganchado a *Crash Landing*!

—¡Tú!

—¡Yo!

—¡Tú, viendo una serie coreana! —se mofó Estíbaliz.

—Si la vieras, te gustaría —contraatacó Romina.

—¡Tengo cosas mejores que hacer! —se defendió Estíbaliz.

Alma y Estíbaliz, incrédulas, se miraron cuando Nuria cogió las manos de Romina y afirmó:

—Ahora entiendo que estés como loca por el capitán Ri. Por favorrr... ¡cómo mira a la prota! ¡Qué protector es con ella!

—¡A que sí! —afirmó Romina, haciendo un corazón con las manos.

Nuria al ver aquello divertida la imitó.

—Queréis dejar de ser tan ridículas, que ya tenemos una edad —las regañó Alma cariñosamente.

Acabada la cena, las cuatro amigas decidieron irse a un local a tomar algo. Allí se encontraron con varios conocidos, entre ellos, Alberto y Roberto, maridos de Estíbaliz y Romina respectivamente. Tres horas después, Romina, Estíbaliz y sus maridos se marcharon, y se quedaron solas Nuria y Alma.

—Creo que nos vamos a hacer un selfi con el amigo de Alberto —dijo Alma—, sin preguntarle el signo zodiacal.

Nuria lo miró. Aquel tipo, llamado Enrique, al que habían conocido aquella noche, era un divorciado madurito interesante que solo tenía ojos para Alma.

—¡A por el selfi! —se mostró de acuerdo Nuria.

Después de hacerlo, y esta vez sin explicar el porqué de ello, Alma y Enrique se marcharon del local. Ya eran mayorcitos como para saber lo que deseaban.

Alma llamó por teléfono a uno de los hoteles por horas que conocía. Y tras ver que tenían una habitación libre, la reservó y se dirigieron hacia allí. Su casa era su castillo y allí nunca llevaba a sus follamigos.

Las siguientes dos horas Alma y Enrique disfrutaron de sexo frío, placentero y sin compromiso. Si algo había aprendido Alma en esas citas era que tenía que buscar su placer, pues la gran mayoría de aquellos tipos solo pensaban en el suyo. Al cabo de las dos horas, se despidieron con cordialidad a la puerta del hotel, y Alma paró un taxi, se montó y se marchó. Había tenido un ratito divertido de sexo.

Mirando por la ventanilla del taxi, Alma disfrutaba del viaje, cuando por su mente se cruzó el guapo y sexi camarero del DeLokos. ¡Saem! Hasta su nombre era sexi.

Recordar cómo la besó, cómo la miró, cómo se preocupó por ella después del sexo o cómo su mano paseó por el interior de sus muslos le erizó todo el vello de su cuerpo. Inconscientemente, lo comparó con Enrique. Y aunque lo había pasado bien con él, con Saem había sido muy diferente.

Pero ¿por qué había sido diferente? ¿Y por qué seguía acelerándole el corazón?

Capítulo 9

El sábado por la mañana, Saem corría con su perra Freya por el parque del Oeste mientras sonaba en sus auriculares la canción *3D*, del cantante coreano Jung Kook junto a Jack Harlow.

Mientras corría se iba topando con varias mujeres con las que se cruzaba todos los días. Era consciente de cómo le buscaban con la mirada y él les sonreía. Saem sabía que por su físico asiático siempre había atraído a las mujeres que lo consideraban exótico y sensual. Y desde el aterrizaje en España de los k-dramas coreanos, todo se acrecentó.

Corría para hacer un poco de ejercicio antes de ir al restaurante a trabajar, cuando la canción se cortó al entrarle una llamada.

—Hola, papá.

—Hola, hijo. ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú? —Se detuvo.

—Bien. Te llamaba para proponerte comer juntos. ¿Qué tal lo tienes hoy? Necesito comentaros a ti y a Mario unas cosillas financieras del préstamo que pedisteis para el local.

Saem asintió. Su padre era un pez gordo de uno de los bancos hispano-asiáticos más ricos a nivel mundial. Era un tiburón de las finanzas y un excelente inversor, pero todo lo bueno que tenía en lo profesional le faltaba en lo personal.

—Hablé con Mario y sorprendentemente viene a comer —prosiguió—. Estoy por poner una crucecita en el calendario.

Saem se sorprendió. Su padre y su tío, a pesar de ser hermanos, no tenían nada en común, y con verse tres veces al año, ya era más que suficiente; si coincidían más significaba un choque inevitable, y ambos lo evitaban.

Los sábados Saem tenía mucho trabajo. El fin de semana, por fortuna para él, el restaurante estaba a reventar. Pero entendió que comer con su padre y con su tío era importante, así que no lo dudó y pensó en llamar a su equipo para que arrancaran con el servicio.

—Sin problema. ¿Dónde y a qué hora?

—A las dos en mi casa.

—¡De acuerdo!

—¿Te apetece comer *bibimbap*?

Al oírlo, Saem se relamió. Aquel plato, que era uno de los más populares en la cultura coreana, le encantaba. Consistía en una base de arroz, cubierto por carne y una mezcla de verduras y huevo.

—Le diré a Haneul que lo prepare —afirmó Elías.

Mamá Haneul, además de ser su segunda madre, era la mujer que se ocupaba del buen funcionamiento en la casa de su padre. Aquella mujer coreana era prima de su madre y preparaba un *bibimbap* que era para chuparse los dedos.

—Estaré ahí a las dos en punto —confirmó.

Tras despedirse, Saem tocó con cariño la cabeza de Freya y comenzó a correr de nuevo, y su perra, encantada, lo siguió. Correr, para ella, era un juego.

Al volver a casa, lo primero que hizo fue llamar a Rosa, su asistente en el restaurante, y tras indicarle que llegaría por la tarde, le puso agua fresca a Freya.

—Alexa, pon *Broken Record*, de GSoul —dijo.

Instantes después, comenzó a sonar en toda la casa aquella bonita canción; Saem se desnudó y se metió en su amplia y cómoda

ducha. Mientras tarareaba la canción y el agua caía sobre su cuerpo, recordó a Sara. Como decía la canción, no podía olvidarse de ella y no entendía el porqué.

Con los ojos cerrados pensó en su sonrisa, en su descaro, en cómo lo besó, y en cómo se entregaron al disfrute del placer aquella noche en la azotea.

Fue recordar su olor, su mirada, su tacto, su boca, sus besos, y el momento exacto en que ella le mordió la barbilla, y se puso duro como una piedra. Por lo que dejándose llevar por el momento, tocó con su mano su duro miembro y se masturbó, mientras la música sonaba.

Veinte minutos después, mientras sonaba la canción *Make Me Happy*, de la cantante surcoreana Whee In, salió de la ducha con una toalla alrededor de la cintura y se dirigió a la cocina a beber agua.

—¡Bendito sea Dios, rico! Qué espalda tienes —oyó a su espalda. Al volverse, se encontró con su vecina Dolores, a quién él llamaba Preciosa, que, mirándolo desde la puerta, dijo—: Disculpa, hermoso, pero creí que no estabas. Pasé para llevarme a Freya conmigo a casa, como todos los sábados. —Saem la miró sonriente, y ella apostilló—: Si no tuviera setenta y ocho años, ¡te ibas a enterar tú!

Divertido, Saem soltó una carcajada.

—Cuidado, Preciosa, que ya sabes que a mí me gustan las maduritas interesantes.

Ahora la que soltó la carcajada fue ella. Lo sabía. Conocía sus gustos en cuanto a mujeres.

—Cuidado tú, que yo cuando me pongo los rulos y me pinto el morrillo, ¡soy irresistible! —soltó ella.

—Voy a comer con mi padre y con mi tío. Por eso estoy todavía aquí —le explicó.

—¿Qué quiere ese tonto del bolo?

Saem se rio. Su padre y Dolores, las pocas veces que se habían visto, no se habían caído muy bien.

—Quiere comentarnos unos temas financieros —respondió.

—¡Ay, madre!

—Tranquila. No será nada grave.

La mujer asintió. Adoraba a aquel muchacho desde el primer día que se lo cruzó en el portal y este con caballerosidad le llevó hasta su puerta el carrito de la compra. Pero su padre era otro cantar. Sin conocerlo en profundidad, veía en él a un tipo estirado y altivo, nada que ver ni con Saem ni con Mario, su hermano, que era un hombre encantador.

Saem, para Dolores, era como un hijo. Su educación. Su responsabilidad. Su saber estar. Su carisma. Dolores y su marido Guzmán consideraron a aquel muchacho un amor desde el minuto uno en que lo conocieron. Con el paso de los meses, aquel joven y nuevo vecino tan agradable se había convertido para ellos en alguien muy especial.

Meses después, cuando Saem buscó a alguien que se ocupara de su casa —por su trabajo no podía hacerlo él—, Dolores se postuló rápidamente para el puesto. Encargarse de su casa y ganar unos eurillos le pareció una excelente idea. Solo tenía que subir del piso cuarto al quinto, y Saem aceptó. Mejor Dolores, que era de confianza, y no otra persona que no conociera.

La confianza entre ellos se afianzó y, con el paso de los años, Dolores pasó a ser Preciosa, un cariñoso mote que a la mujer le encantaba.

Ella y su marido Guzmán lo adoraban. No solo lo veían como un hombre guapo de increíble carisma, sino como alguien educado, responsable y que sabía estar y escuchar. Las conversaciones entre

los tres siempre eran interesantes, y saber que aquel joven les incluía en su vida y les tenía en cuenta, les hizo sentirse valorados y queridos.

Cuando Guzmán enfermó y murió, Saem estuvo al lado de Dolores. Al no tener hijos, él le ofreció ese afecto y apoyo que necesitó, no dejándola sola en ningún momento. Incluso se la llevó de viaje a Seúl con él para que desconectara. Por eso, cuando, con los años, la idiota de la *influencer* lo abandonó, ella estuvo a su lado. Conocía de primera mano todo lo que Saem había dado por esa relación, y al ver su sufrimiento, decidió, además de cuidarlo, hacerle un bonito regalo. Un perro.

La perrita de su sobrina había tenido cachorritos, y Saem necesitaba recibir un cariño extra al llegar a casa.

En un principio, Saem, al ver al cachorro, se descolocó. Con sus horarios en el restaurante y sus viajes, ¿cómo iba a cuidarlo? Pero Dolores, consciente de que el amor de esa perrita al llegar a casa era lo que Saem necesitaba, lo tranquilizó, y le indicó que ella le ayudaría a cuidarla.

—Por cierto, he hecho pisto manchego.

—Hummm, ¡qué rico!

—Esta noche, cuando traiga a Freya, te dejare un túper en la nevera.

Saem, agradecido, sonrió. Adoraba a Dolores.

—A ver, alhaja, ¿te quieres venir conmigo a casa? —le preguntó a la perra.

El ladrido de Freya fue rápido y contundente.

—¿Qué serie estás viendo ahora? —quiso saber Saem. Dolores con complicidad lo empujó y él, divertido, siguió indagando—: ¿Otra coreana?

—Una en la que Lee Min-Ho hace de monarca. Me la recomendó mi amiga Mari Carmen, y ¡está tannnnn guapo! —Saem sonrió. Como buen coreano, sabía quién era Lee Min-Ho; ella prosiguió—: Y que sepas que Conchita, la del quinto derecha, me dijo que cuanto más ve cierta serie, más te pareces a...

—Por Dios... —Se rio él, al saber a qué se refería.

Dolores asintió. Ella era una consumidora de series coreanas.

—Hermoso el muchacho de *Crash Landing*; él y tú ¡parecéis familia! —afirmó.

Saem acarició con cariño la cabeza de su perra y tras darle un cariñoso beso a la mujer en la mejilla, dijo:

—Pórtate bien con Preciosa.

Cuando Dolores y Freya se marcharon, Saem regresó a su habitación para vestirse, canturreando y bailando la canción *Water Color*, de la cantante Whee In. Adoraba la música coreana.

Capítulo 10

—José, ¿quieres recibir a Leyre como esposa, y prometes serle fiel en la adversidad y en la prosperidad, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, y amarla y respetarla todos los días de tu vida?

—Sí, quiero —respondió José.

La novia, radiante, sonrió, y el cura se dirigió a ella:

—Leyre, ¿quieres recibir a José como esposo y prometes serle fiel en la adversidad y en la prosperidad, en la enfermedad y en la salud, en la riqueza y en la pobreza, y amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

—Sí, quiero.

Desde uno de los bancos cercanos, Nuria y Alma sonreían.

—Lo de la fidelidad yo no me lo creería —murmuró Alma, viendo a sus padres sentados unas filas más adelante.

—Mamáááá —cuchicheó Natalia.

—Estoy con tía Alma —afirmó Carolina. Romina al oír a su hija, la miró, y ella añadió—: Mamá. Soy sincera. No me mires así.

—Tu madre y yo —matizó Nuria, dirigiéndose a Natalia— sabemos muy bien de lo que hablamos, pues durante años, gracias a dos caballornios, fuimos rayando los techos de Madrid.

—Y tanto —corroboró Alma, convencida.

—¡Tíaaaa Nuria! —murmuró Virginia, viendo el gesto de Natalia.

—Nuria, por Dios, ¿este es el mejor momento para hablar de eso? —protestó Romina.

—Podemos hablar de follar —se burló Alma.

—Se dice cuchi cuchi —rio Nuria.

—¡La madre que os parió!

—Mamá, no te alteres —le recomendó Carolina a su madre.

—¡Eso, como tú lo llamas, es parte de la vida! —respondió Nuria. Y señalando a los invitados que atentamente seguían la ceremonia sentados en los bancos añadió—: A ver si te crees que todos estos que están aquí con caritas de no haber roto un plato son fieles a sus parejas. O por el contrario más de uno o una está rayando el techo de la iglesia.

—Yo conozco a varios de los que están por aquí sentados, que van rayando los techos —indicó Alma con seguridad.

—Y yo —afirmó Carolina.

—¡Chicas, por favor! —les reprochó Romina.

—Por favorrr —intervino Roberto, el marido de Romina, con tono guasón.

Acabada la ceremonia, mientras los novios se hacían fotografías en el altar, Alma se acercó a sus padres. Sus amigas, por deferencia a ella, los invitaban a todas las bodas.

—¿Estáis bien? —preguntó.

—Hace mucho calor —protestó Cecilia, abanicándose.

Alma se mostró de acuerdo. Su madre tenía razón.

—¿No crees que el vestido que llevas enseña demasiado? —le recriminó su padre.

Inconscientemente, Alma se miró. Llevaba un bonito vestido compuesto por un corpiño rosa con falda de tul del mismo color.

—Pareces una cabaretera —gruñó su madre.

—Es la moda —replicó, sin perder su buen humor—. Y ya sabéis que a mí me gusta ir a la moda.

—Tú, como siempre, ¡tan moderna! —se quejó Paco, que añadió —: Por cierto, con esos ojos negros estas horrible. Pareces un vampiro.

Alma asintió. Negros. Verdes. Azules. Marrones. Daba igual el color de las lentillas. Ellos nunca le habían dicho un halago.

—¿Ese no es el marido de Estíbaliz? —oyó a su madre.

Alma al mirar a donde ella señalaba, hizo un gesto afirmativo.

—Es Luis y es su exmarido —matizó.

—Bendito sea Dios. Qué manera de magrearse en la casa del Señor —se escandalizó Cecilia—. Pero ¿quién es la muchacha que lo besa con tanto descaro?

Alma resopló. Allí estaba el exmarido de Estíbaliz con su nueva novia.

—Pues será una guarrilla —dijo su padre.

—¡Papá!

—Pues ya me dirás, Cecilia —prosiguió él—, qué hace esa muchacha tan joven con un hombre de esa edad que puede ser su padre. ¡Pues zorrear y guarrear! Está claro.

—Papá. Pero ¿qué dices?

—Digo lo que pienso. Mi verdad. Y como decís vosotros «los modernos», será una follamiga —sentenció él.

Sin ganas de discutir, Alma tomó aire. Sus padres eran críticos con todo.

—Id saliendo de la iglesia —les dijo—. Estaréis más fresquitos en el exterior.

Nuria y Romina se acercaron a abrazar a su amiga Estíbaliz, que, emocionada, lloraba como una magdalena. Junto a ella estaba su marido Alberto, y Nacho, el hijo que ambos habían tenido.

Alma, desde su posición, observaba a sus amigas, a las que adoraba con todo su ser, y sonrió al ver que Estíbaliz ya no lloraba.

Ahora sonreía.

—¿De qué os reís? —preguntó, acercándose a ellas, al tiempo que se abanicaba.

—No te lo vas a creer —murmuró Romina—. Pero Estíbaliz se ha enganchado a la serie coreana.

—¡Tú también! —Alma no daba crédito.

Estíbaliz asintió.

—Adoro al capitán Ri —admitió, haciendo un corazón con ambas manos.

Se rieron a carcajadas.

—¿Te está dando el brote? —le preguntó Romina a Alma al ver que se abanicaba.

—Me cago en la menopausia —soltó Alma, que seguidamente preguntó—: ¿Parezco una cabaretera y una vampira?

Sus amigas la miraron.

—¿Nuevo piropo de tus encantadores padres? —aventuró Nuria.

Alma asintió y ellas, tras mirar a Paco y Cecilia que salían de la iglesia, movieron sus cabezas.

—Las lentillas negras con tu pelo rubio creo que te endurecen la mirada.

—Ni caso. Estás divina y glamurosa.

—Tal cual —confirmó Nuria.

A escasos pasos de ellos estaba Luis, exmarido de Estíbaliz y padre de Leyre, con su nueva novia. Una jovencita de la edad de la recién casada.

—¿Veis normal que traiga a la tal Vega a la boda? —dijo Estíbaliz.

Todas negaron con la cabeza. Luis cambiaba de novia como de camisa.

—¿Pero qué le verán? —preguntó Romina.

—Pregúntale a la IA —propuso Nuria con sorna.

—Y todas veinteañeras.

—Se debe de creer el DiCaprio español —dijo Alma, y añadió—: Mis padres ya han dado por hecho que la guarrilla es ella, no él.

—No son machistas tus padres, nooooo... —se quejó Nuria.

Aquello las hizo reír de nuevo.

—¿Cuántos años le sacará a esa nena? —preguntó Romina.

—Por lo menos treinta —conjeturó Estíbaliz.

—¡Qué horror! —exclamó Romina.

—A ver, lobas —dijo Alma, sin dejar de abanicarse—. Si el amor es verdadero, la diferencia de edad es lo de menos.

—Pero se llevan muchos años —murmuró Romina.

—A ver, Romina. Aquí el problema es que Luis es un picaflor. No la edad —intervino Nuria.

—Lo que es es un sinvergüenza —afirmó Romina.

—Me importa un pimiento con quién salga y se acueste mi ex —insistió Estíbaliz—. Pero, hombre, ¡esto es la boda de su hija! Un poquito de respeto por ella, ¿no creéis?

—Ahí te doy la razón —afirmó Alma.

—Y tanto —se mostró de acuerdo Nuria, viendo cómo él le tocaba el culo a la joven que lo acompañaba.

—Ay, DIOS... creo que me voy a desmayar —se acaloró Estíbaliz con semejante espectáculo.

Alberto, para que su mujer dejara de prestar atención a lo que hacía su ex, tras una seña a las chicas, se las llevó a la sacristía. Allí tenían que firmar en el libro de actas.

Mientras Romina y Nuria le daban aire a Estíbaliz con un abanico, Alma pensó en su ex inevitablemente. En Carlos. Por suerte para ella, apenas tenía comunicación con él ni lo veía. Natalia sí tenía contacto. Eran padre e hija, y eso ella siempre lo iba a respetar.

Minutos después y conscientes de que tenían que dejar unos segundos a Estíbaliz con su marido, las tres amigas salieron de la iglesia. Al hacerlo, Nuria, viendo a los amigos de los jóvenes preparar el arroz y los pétalos de rosa, dijo.

—Voy un momento al coche a por la purpurina, que me la he dejado en el asiento.

—Tras la boda de Virginia tuvimos purpurina en el cuerpo ¡un mes! —dijo Romina cuando vio alejarse a Nuria. Ambas rieron, y Romina añadió—: Lo de Luis no tiene nombre. No tiene respeto por su hija, y una vez más lo está demostrando al aparecer en la boda con su último ligue. ¡Es que lo machacaba!

Alma asintió. Pensaba como ella, y entonces se fijó en el marido de Romina.

—Pero qué guapetón viene hoy Roberto, ¿no? —le dijo.

Romina lo miró.

—El que es guapo, es guapo —respondió con una gran sonrisa.

Mientras hablaban sobre aquello, Alma vio a su hija sentada en un banco con Virginia y Carolina. Reían. Hablaban. Ver aquella complicidad, como la que tenía ella con sus madres, la emocionó.

—Madre mía, madre mía, ¡aquí va a haber movida! —oyó decir a Nuria, que regresaba alterada, e hizo que le prestaran atención—. He ido al coche a por los pétalos de rosa y, mira por dónde, lo tengo aparcado junto al imbécil de Luis. Y resulta que apoyada en él hay una muchacha que no tendrá más de veinticinco años llorando. Al verla, le he preguntado qué le pasaba y me ha dicho que se llama Lorena y que está aquí con la intención de liársela parda a Luis en la boda de su hija.

—¡No jorobes! —exclamó Alma.

—¡Ay, por Dios, a Estíbaliz le va a dar un infarto!

Horrorizadas se miraron. Tenían que hacer algo antes de que aquello jorobara la boda de Leyre y, por supuesto, antes de que a Estíbaliz le diera un ataque. Por lo que, dispuestas a salvar el momento como fuera, Alma, viendo a sus padres hablar con los de Romina, murmuró:

—Vamos. Tenemos que evitar el desastre.

—¿Y la purpurina? —preguntó Nuria.

—¡Que le den a la purpurina! —soltó Romina.

Sin apenas tiempo, y conscientes de que se iban a perder la salida de los novios de la iglesia, se dirigieron hacia el aparcamiento, y cuando llegaron junto a aquella muchacha que se retorcía las manos, Nuria saludó:

—Hola de nuevo, Lorena.

—Hola —respondió la joven, mirándola a ella y a las extrañas que la acompañaban—. Da igual lo que digáis —dijo de pronto—. Voy a joderle el día a ese cabrón.

Aquello les dio una idea del nivel de enfado de la joven.

—Lorena, soy Alma. Y puedo entender tu enfado con ese cabrón, pero...

—No —la cortó—. Tú no puedes entenderlo porque no estás en mi posición, no has vivido lo que yo he vivido con él y no te has creído sus mentiras.

—Tienes razón —admitió Nuria—. Quizá nosotras no podemos entender todo eso que tú has vivido, pero lo que sí entendemos es que a quien le vas a arruinar el día de su boda es a Leyre. ¿Eso lo entiendes tú?

Ella las miró.

—Mira, Lorena —intervino Romina—. Ese sinvergüenza no se ha portado bien contigo. Posiblemente te prometió cosas que nunca ha cumplido y...

—Dejé a mi novio porque me dijo que me quería —la interrumpió —. Durante cuatro meses me hizo creer que yo era la mujer de su vida, y, hace dos semanas, me echó de su casa y comenzó a salir con Vega, mi compañera en la escuela de modelos. Lo llamo y no me coge el teléfono. Voy a su casa y no me abre la puerta, y yo... yo ¡necesito una explicación!

—¡Otro caballornio! —profirió Nuria.

Un silencio incómodo se instaló entre ellas.

—La explicación es que es un sinvergüenza —sentenció Alma—, que se aprovecha de las chicas inexpertas como tú, que os creéis todo lo que dice. No hay otra explicación. Y no, cariño. El mejor desprecio a este tipo de hombres es olvidarlos y que no vuelva a formar parte de tu vida. No te merece. Como no merece que tú estés aquí llorando por él.

Lorena comenzó a llorar. Sabía que Alma tenía razón. Lo sabía. Pero estaba furiosa. Rabiosa. ¿Cómo había sido tan tonta? ¿Cómo se había dejado engañar por él?

Alma, al oír los gritos de «¡Vivan los novios!», fue consciente de que en cualquier momento los invitados comenzarían a llegar al aparcamiento para recoger sus vehículos.

—Sé que estás enfadada y molesta por lo que te ha ocurrido —dijo—, pero, como diría mi padre: «No hay mejor desprecio que no hacer aprecio». Por lo tanto, pasa de él. No lo busques. Olvídalo. Esa persona no te merece. ¿Acaso no lo ves? ¿De verdad no ves que te resta más que te suma?

—¡Lo odio! —gritó la joven.

—Escúchame, Lorena —prosiguió Alma—. Mientras sigas anclada en esa rabia y en ese dolor, no vas a salir adelante y mucho menos vas a ser feliz. Los sinvergüenzas como Luis nunca van a cambiar. Son inmaduros Peter Pan, que nunca crecen y que se morirán sin

saber lo que es el respeto, la complicidad y el amor. Sé que es duro lo que has vivido. Que te engañen y te tomen por tonta no es agradable, pero debes remontar.

—A mí otro «perla» como Luis me engañó como a una tonta, pero eso me hizo aprender a no dejarme engañar por ningún hombre más —afirmó Nuria, y concluyó—: Y si yo pude superarlo y seguir adelante, tú también podrás.

Lorena lloraba y todas la miraban.

—No... no sé si voy a poder —murmuró.

—Puedes. ¡Claro que puedes, cielo! —insistió Alma—. Todos y todas, da igual la edad que tengamos, podemos remontar cuando nos lo proponemos, para así decirnos un día: ¡yo pude porque me respeté y me quise! Por lo tanto, Lorena, respétate y quiérete. Y si lo que buscas es un bonito y sano amor, ya llegará. Porque igual que hay caballornios como Luis, no has de olvidar que también hay miles de unicornios maravillosos que te pueden hacer feliz.

La joven no podía parar de llorar. Alma la abrazó.

—Todo pasa, cielo —le dijo con dulzura—. Aunque creas ahora que no, todo pasa. Y por favor, no pagues con Leyre el daño que su padre te hizo. Ella no es Luis. Leyre es una joven encantadora que tiene derecho a vivir el día de su boda con felicidad. No se lo estropees porque el cabrón de su padre no se haya portado bien contigo.

Durante varios segundos, Alma y la joven permanecieron abrazadas, y cuando finalmente se separaron, Lorena, tras unos segundos en los que limpió las lágrimas, murmuró.

—Tenéis razón. Leyre no se lo merece.

Nuria y Romina respiraron aliviadas, y tras una última sonrisa, Lorena se dio la vuelta y tomando aire se marchó.

—Ni una palabra de esto a Estíbaliz o colapsará. Ya se lo contaremos otro día.

Ellas asintieron.

—Madre míaaaaaa, Alma, qué bien hablas, jodía —musitó Nuria.

—Es que lo que ha dicho le ha salido del corazón —convino Romina.

—Corazón o no, lo importante es haber salvado la boda a Leyre —afirmó Alma.

Con el corazón encogido, las tres amigas se miraron.

—Si un caballornio como Luis le hace eso a mi hija, no sé lo que le hago —amenazó Romina.

—Yo me lo cargo —manifestó Alma con seguridad.

—Nunca entenderé a los tíos que solo buscan novedad y sexo, pero se embarcan en relaciones que luego lo que provocan es dolor —dijo Nuria.

—Yo tampoco lo entiendo. Soy divorciada. Tengo sexo cuando quiero, y no jorobo la vida de nadie. No busco una relación y siempre lo dejo bien claro. ¿Tan difícil para ellos es dejarlo claro también?

—Alma, es que si lo dejan claro —señaló Romina—, muchas veces no tendrían sexo.

—Pues que se joroben y sean honestos. Jugar con la vida y los sentimientos de la gente no es lícito. Es terrible. Joder, que esa muchacha, Lorena, no supera los veinticinco años, como no los supera la tal Vega que está con el cabronazo de Luis, que tiene sesenta.

—La diferencia entre hombres y mujeres —dijo Nuria—, salvo excepciones, es que nosotras, si no queremos nada más que sexo, lo dejamos claro y no implicamos a los sentimientos. Pero los hombres, con tal de conseguir ese polvo, son capaces de recitarte la Biblia en

verso prometiendo lo que nunca será, y luego pasa lo que pasa. Si nos apuramos, aún les podremos echar la purpurina —propuso Nuria al oír otro «¡Vivan los novios!».

Sin perder un segundo, las tres amigas corrieron hacia la puerta de la iglesia, y ante la cara de sorpresa de Estíbaliz que las vio aparecer desde el aparcamiento, comenzaron a echar la purpurina.

—Pero ¿dónde estabais? —preguntó con gesto tenso.

—¡Culpa mía! —mintió Nuria—. Se me olvidó la purpurina y fuimos al coche a por ella. ¡Vivan los noviosssssss!

Minutos después, cuando todos se dirigieron hacia sus coches para ir al banquete en Las Rozas, Natalia, cogida del brazo de su madre, caminaba muy sonriente.

—¿Y esa radiante sonrisa? —preguntó Alma.

—Porque soy feliz. —Alma asintió. Natalia prosiguió—: Mamá...

—Dime corazón.

—¿Puedo hacerte una pregunta, y que no te rayes?

Alma levantó las cejas. Que su hija le dijera de antemano que no se rayara, la puso en alerta.

—Claro que sí, corazón.

—¿Qué te parecería vivir fuera de España?

—¿A qué viene esa pregunta? —se sorprendió Alma. Natalia no contestó. Su madre insistió—: ¿Te quieres ir a vivir fuera de España?

—No.

—¿Entonces?

—A ver, mamá...

—No, a ver, mamá, no. Natalia, dime qué...

—Te he pedido que no te rayes.

—¿La revista para la que trabajas quiere mandarte fuera?

—No.

—¿Entonces?

—Mañana hablamos, mamá. Hoy no. ¡Vale!

—Pero...

—Mamá, por favor. —Alma, tras tomar aire, claudicó. No le quedaba otra. Su hija preguntó—: ¿Te parece si mañana comemos juntas en tu casa a las tres y haces tu riquísima lasaña de carne?

Alma asintió. Se moría por saber. Necesitaba entender qué era aquello de vivir fuera de España, pero procuró mantener la calma.

—Me parece fenomenal —respondió.

Segundos después, ambas se montaron en el vehículo y se marcharon hacia Las Rozas.

Como era de esperar, el banquete de bodas fue esplendoroso. Conociendo a Estíbaliz, allí no faltaba ni un detalle, y cuando sonó cierta música y Leyre se levantó con su ramo de novia en las manos, todos aplaudieron, y más cuando se lo entregó a Carolina. ¡Era la siguiente en casarse!

Capítulo 11

La fiesta de la boda se acabó a la una de la madrugada. A las dos menos diez, tras dejar a sus padres en su casa, Alma llegó a la suya. Con tranquilidad se desvistió, desmaquilló, se quitó las lentillas negras y se acostó. Pero estaba tan despejada que sacó a su Eric Zimmerman del cajón y pensando en aquel camarero llamado Saem se masturbó.

Cada vez que pensaba en él, y en especial en su enigmática mirada, el cuerpo le ardía de una manera incontrolable, y tras tener varios estupendos orgasmos, lavó y guardó a Eric en el cajón, e intentó dormirse.

Tras dar mil vueltas en la cama sin poder dejar de pensar en Saem, al ver que eran las dos y media decidió levantarse. Se fumaría un cigarrito y bebería un poco de agua. La adrenalina de su cuerpo no le dejaba dormir.

Con Sugar siguiéndole, Alma fue a la cocina. Allí abrió el frigorífico, de donde sacó una botella fresca de agua. Sedienta, se dirigió bebiendo hacia el comedor, donde se sentó en el sofá, se quitó varias horquillas de la cabeza, se encendió un cigarrillo y por inercia puso el televisor.

Durante un rato cambió de canales hasta que se dio por vencida y entró en una de las plataformas digitales que tenía. Allí buscó el título de la serie coreana a la que sus amigas se habían enganchado y se dispuso a verla, relajada.

Un capítulo. Dos. Tres. Y cuando terminó el cuarto y vio que eran las seis de la mañana, se regañó. ¿Qué hacía viendo aquello a esas horas? Pero la respuesta estaba clara. Aquella historia entre el capitán Ri y Se-ri la había enganchado de una manera que no esperaba, y estaba deseando ver el quinto capítulo.

Durante varios segundos dudó si irse a la cama o seguir con la serie, pero finalmente apagó la televisión. Tenía que dormir. Su hija vendría a comer para hablar con ella y quería estar lúcida y despejada.

Cuando estuvo en la cama, en su teléfono móvil buscó en internet el nombre verdadero del actor que hacía de capitán Ri. Y al ver las fotografías parpadeó. Nuria tenía razón. Aquel actor y Saem tenían cierto parecido. Aunque ¿no todos los asiáticos se parecían?

Inconscientemente, siguió pensando en la serie coreana. La caballerosidad y la protección que el capitán Ri le otorgaba a Se-ri, la protagonista, era la misma que Saem le había demostrado a ella. Pero la diferencia entre el capitán Ri y Saem era que mientras el primero, como buen coreano, solo miraba y no tocaba, Saem pasaba a la acción. En eso era muy español. Sonrió.

Cuando sonó el despertador a las once, Alma, agotada, lo apagó, y al sentir a su perro acurrucado a su lado, murmuró:

—Buenos días, Sugar.

El perrito, un yorkshire terrier de color claro, al oír su voz, comenzó a lamerle con cariño el cuello y las orejas. Sentía adoración por su dueña y pocas veces permitía que nadie se acercara a ella.

Tras jugar un rato con Sugar en la cama, finalmente Alma se levantó y se fue directa a la ducha. Con horror miró sus pintas en el espejo y tocándose el pelo se preguntó:

—¿Todavía tengo horquillas en la cabeza?

Sonriendo, se hizo burla a ella misma. Al quitarse el moño que le hicieron en la peluquería para la boda, su pelo se había quedado hecho un desastre. Abrió en su teléfono el Spotify, comenzó a cantar *Te aviso, te anuncio*, de Shakira, y bailando y cantando a pleno pulmón se metió en la ducha.

Mientras se enjabonaba le vino a la mente Saem. Su mirada. Aquella mirada tan magnética que tenía no la podía olvidar, y cogiendo la alcachofa de la ducha, la posicionó entre sus piernas y llevó los chorritos del agua a su clítoris. Volvió a pensar en Saem. En sus ojos. En su mirada. En la curvatura de su boca cuando sonreía y en su sensualidad cuando simplemente se movía.

Imaginó que estaba ahí con ella. Que los chorros calientes que le daban en el clítoris eran la lengua de Saem y cuando la locura la inundó, gracias a su imaginación, un exquisito clímax la tomó haciéndola jadear.

Uff... cómo la ponía pensar en el asiático.

Acalorada, acelerada y placentera por lo que acababa de hacer, mientras se terminaba de duchar, miró a su perro Sugar. Como siempre, la observaba sentado en la puerta, y sonrió. Menudo *voyeur* estaba hecho Sugar y menuda escenita porno en la ducha le acababa de regalar.

Cuando acabó, se puso el albornoz y una toalla envolviendo su pelo, y se dirigió hacia el enorme salón con cocina incorporada. Sacó la carne picada del congelador. Tenía que hacer lasaña para Natalia, y mientras se tomaba el café con unas galletas, la descongeló en el microondas.

Estaba mirando cómo se descongelaba la carne cuando su teléfono pitó. Había recibido un mensaje.

Excaballornio
Hola, Alma. Espero estés bien. ¿Estás en línea?

Al leer aquello de su ex, resopló. Él solo le escribía para pedirle dinero y tomando aire, contestó.

Yo
Hola, Carlos. ¿Qué quieres?

Rápidamente vio que él escribía, y segundos después leyó:

Excaballornio
Me sabe mal, pero ¿podrías dejarme 400 euros?
Este mes me ha llegado el seguro del coche y
voy fatal de dinero.

Gruñó ante la poca vergüenza.

Yo
Te recuerdo que todavía no me has pagado lo
último que te dejé.

Excaballornio
Lo sé. Tienes razón. Pero últimamente ando
bastante pelado. Por favor, necesito esos 400
euros y no se los quiero pedir a mi madre o a
Natalia.

Leer eso le jorobó. Siempre las utilizaba a ellas para ablandarla y escribió.

Yo
Ahora te hago un bizum.

Excaballornio
¡Gracias!

Sin darse tiempo a pensar, le hizo un bizum. Carlos era un sinvergüenza. Pero por evitarles el disgusto a su hija y a su exsuegra, cerró el tema. No iba a darle más vueltas.

Acabada de descongelar, metió la carne en el frigorífico y se fue a su habitación para vestirse. Se puso los vaqueros, una camiseta y las zapatillas de deporte, le colocó el arnés a Sugar y lo bajó a la calle. Su perrete necesitaba dar su paseo y hacer sus necesidades.

A las dos menos cuarto Alma y Sugar regresaron al ático. Liberó al perrete, se lavó las manos, puso música en su teléfono y comenzó a hacer la comida. Quería tenerlo todo listo para cuando Natalia llegara.

Con maestría preparó la lasaña. No era una excelente cocinera, pero lo que sabía hacer no se le daba mal. Y la lasaña era el plato preferido de su hija.

Tomándose una copa de vino estaba cuando sonó *Risk It All*, de Bruno Mars, y el camarero asiático le vino a la mente y se le aceleró el corazón. Cada vez que escuchaba aquella canción, se acordaba de él. Sentada sobre la encimera de la cocina observaba cómo se hacía la lasaña mientras tarareaba aquello de «Di que quieres la luna. Mírame aprender a volar».

¿Cómo sería que alguien te dijera algo así?

¿Qué se sentiría al sentirse querida de verdad?

Aquellas preguntas para ella no tenían respuesta.

Nunca había vivido un amor así y dudaba que lo viviera, porque la primera que no se daba la oportunidad era ella. Tarareó: «Estoy intentando ser tu hombre, hasta el fin de los tiempos», con pesar suspiró y se encendió un cigarrillo. Si en su juventud no había experimentado un amor como el que aquella u otras canciones describían, le costaba creer que ya en su madurez, a sus cincuenta y cinco años, lo hiciera.

La única pareja oficial que tuvo en su vida fue Carlos, el padre de Natalia, y ahora excaballornio. Y si algo le dejó claro él desde el primer momento fue que, por ella, nunca aprendería a volar.

Carlos fue el típico ligón del grupo y a ella le atraía su personalidad. En varias ocasiones sus amigas y su propia cabeza le gritaron que aquel chico no era para ella. Que lo olvidara. Pero, enamorada como una tonta, solo escuchó a su corazón. ¿Y si con el tiempo Carlos cambiaba?

A los pocos meses de conocerse, se quedó embarazada y, al enterarse, Carlos se lo tomó fatal. ¿Cómo podía ocurrirle a él eso? Dos días más tarde, cuando los padres de Alma hablaron con los de él, decidieron que se tenían que casar.

La boda se ofició en el juzgado de Móstoles por lo civil y no hubo banquete, ni vestido de novia ni nada que pudiera recordar como algo romántico, aunque las amigas de Alma, Nuria, Romina y Estíbaliz, junto con otros amigos, les hicieron una fiestecita informal en el bar de los padres de Roberto, el marido de Romina.

Alma y Carlos comenzaron a vivir juntos en un pequeño piso que se compraron en Móstoles, pero la convivencia entre ellos fue inexistente. Alma se pasaba los días sola cuando llegaba de trabajar en el súper donde curraba, mientras Carlos se marchaba con sus amigos de juerga. Nunca compartieron cama ni momentos.

Cuando nació Natalia, a Alma se le llenó el corazón. Adoraba a esa pequeñita. Pero Carlos continuó en su línea. Aunque no dudaba de que quisiera a la niña, nunca había sido su prioridad. Eso a Alma no le importó. Ya estaba ella para cuidarla.

Durante sus años de casados nunca bailaron una canción. Jamás vieron una película juntos en el sofá. En ninguna ocasión la invitó a cenar y jamás de los jamases le había halagado ni le había hecho un regalo. La relación entre ellos era inexistente.

Y en el treinta cumpleaños de Alma, una vez que se desenamoró y se sintió fuerte, le pidió el divorcio y él sin dudarlo aceptó. Eso sí, ante todos, Carlos dejó claro que el divorcio lo había solicitado ella.

Al enterarse, los padres de Alma le echaron una buena bronca. ¿Cómo se le ocurría pedir ella el divorcio? Incluso llegaron a decirle que antes tenía que haberles perdido permiso. Pero eso a Alma le entró por un oído y le salió por el otro. Era su vida y, aunque sus padres siguieran sin entenderla, quería vivirla.

Estaba pensando en aquellas cosas cuando sonó el telefonillo de la casa. Sugar rápidamente se puso a ladrar y Alma, bajándose de la encimera de un salto, indicó:

—¡Es Natalia, tontorrón!

Segundos después, cuando su hija entró por la puerta, Sugar se tiró a por ella con verdadera adoración. Durante varios minutos madre e hija se rieron por el loco recibimiento que Sugar le hizo a Natalia.

—Hummmm, mamá, qué bien huele —dijo ella cuando el perro se tranquilizó.

—En quince minutos estará la lasaña —informó Alma, sonriendo y encaminándose hacia la cocina.

Natalia asintió. Por su gesto se le notaba que estaba algo tensa; oyó entonces que sonaba la canción *Antología*, de Shakira, y la comenzó a cantar.

Había crecido escuchando la música de aquella cantante. A su madre le encantaba. Y segundos después, madre e hija con complicidad cantaban aquella preciosa y sentida canción mientras se miraban y sonreían.

Cuando terminó la canción y comenzó otra, Alma, que ya no podía aguantar más, sacó una copa de vino para su hija.

—Bueno, corazón, ¡soy toda oídos! —dijo.

La joven sonrió y, asiendo la botella de vino que había sobre la encimera, se sirvió.

—He conocido a alguien —anunció.

—Muy bien.

—Y como dice la canción que acabamos de cantar, estoy locamente enamorada de él. ¡Es mi unicornio!

Alma sonrió. No era la primera vez que su hija le decía haber encontrado a su unicornio.

—Corazón, ¡eso es fantástico! —exclamó, tomando su mano.

—No sé cómo ha pasado —insistió Natalia, feliz—. Pero el caso es que no puedo quitármelo de la cabeza, no me canso de verlo, de hablarle, de tocarle, de besarle, y lo mejor de todo, mamá, ¡es que él siente lo mismo por mí!

Alma asintió. Que su hija tuviera un amor correspondido era lo mejor que le podía pasar. ¿Qué madre no querría la felicidad para su hijo?

—¿Es alguien de tu trabajo?

—No.

—¿Lo conozco?

—No.

—¿Voy a tener que preguntarle a la IA quién es?

—Mamáááá...

Feliz por Natalia, Alma se sentó en uno de los taburetes que había junto a la encimera y tomó su copa de vino.

—¿Y cómo lo conociste? —quiso saber.

—En una fiesta.

—Cuéntame...

—Nos presentó un amigo en común. Y bueno, comenzamos a charlar, intercambiamos número de teléfono y desde ese día no hemos parado de hablar y de vernos siempre que hemos podido. Y mamá, ¡no veas cómo cocina! —Ambas rieron y luego Natalia, bajando la voz como si alguien fuera a oírla, musitó—: Es guapísimo.

Interesante. Puntual. Caballeroso. Me llama Preciosa. Princesa. Amor. Es superatento y es muy muy sexual.

—¡Nataliaaaaa! —se mofó, llevándose la copa de vino a los labios.

Ver la felicidad en su hija era su propia felicidad.

—Quiero presentártelo la semana que viene.

—¿Presentármelo?

Natalia asintió.

—A ver, corazón. No vayas tan deprisa —le pidió, levantando la mano.

—Mamáááá.

—Que me lo presentes es innecesario. Es tu ligue. Os estáis conociendo y...

—Y quiero que lo conozcas, porque es mi unicornio.

Alma parpadeó. Saber que su hija había conocido a un muchacho le gustaba, pero conocerlo le sobraba, de momento.

—¿Es precipitado? —le preguntó.

—No.

—¿A él tampoco le parece precipitado?

—No.

—Pero ¿cuánto lleváis juntos?

—Tres meses.

¡¿Tres meses?! Alma resopló.

—A ver, corazón. Creo que... —dijo.

—Para mí es importante que lo conozcas, porque creo que es ¡mi unicornio!

—¡¿Crees?!

—Sí, mamá, lo creo.

—Natalia, ¿en qué quedamos hace cinco meses?

Al pensar en John, la joven resopló.

—Lo sé. Te prometí que no volvería a presentarte a ningún ligue. ¡Pero es que quiero que lo conozcas!

Aquella insistencia comenzó a rayar a Alma, que recordó lo que le había dicho una de sus amigas.

—¿Estás embarazada? —preguntó, bajando la voz.

—Noooooo. Pero ¡qué dices mamá!

Alma cogió aire, sin entender aquella prisa de su hija.

—Me parece bien que me cuentes que has conocido a alguien que para ti es especial. Pero, tesoro, solo os conocéis desde hace tres meses.

—También se lo iba a presentar a papá, pero está de viaje por Extremadura y no regresa hasta dentro de unos días. Así que se lo presentaré cuando regrese.

—¿Has hablado con tu padre de esto?

—Sí.

—¿Antes que conmigo? —preguntó, molesta.

Natalia, al ver el gesto de su madre, resopló.

—Vamos a ver, mamá. Papá me llamó esta mañana para saber qué tal estaba, y como le vi receptivo, aproveché y se lo comenté. No pienses cosas raras.

Alma asintió. En cierto modo, le molestaba que su ex hubiera sabido de aquello antes que ella, pero finalmente entendió a su hija.

—¿Y qué dijo? —quiso saber.

Natalia, al pensar en lo hablado con su padre, puso los ojos en blanco.

—De entrada, no le ha parecido bien que me haya enamorado —admitió—. Perooooo le he recordado que tengo treinta y cuatro años. Que soy una mujer independiente. Que, a mi edad, vosotros ya os habíais divorciado, y que yo me enamoro de quien quiero y cuando quiero. —Alma sonrió, y justo en el momento en el que el

horno emitía un sonido y le indicaba que la comida ya estaba preparada, Natalia añadió—: En definitiva, mamá, he quedado con papá en que se lo presentaré cuando regrese de su viaje.

—Por Dios, Natalia.

—¿Qué, mamá?

—¿A tu padre también se lo vas a presentar?

En silencio madre e hija se miraron. Entre ellas siempre había existido una excelente sintonía.

—Ese hombre me encanta —admitió Natalia. Ver su mirada a Alma le enterneció. ¿Realmente su hija se había enamorado de verdad? La joven insistió—: Venga, mamá, ¡quiero que lo conozcas!

Alma suspiró. Había conocido a varios de los novietes de Natalia.

—Te dije que no quería conocer a ninguno más hasta que no fuera el definitivo —replicó, sacando la lasaña del horno—. A John y a Andrés les cogí mucho cariño el tiempo que estuvieron contigo, y luego...

—Mamá, este es el definitivo.

—Natalia, eso no se sabe. Como diría tu tía Estíbaliz, como buena Cáncer que eres, eres entusiasta y...

—No me jorobes el sueño, mamáááá.

—¿Puedo saber al menos cómo se llama?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no...

—¿Y ver una foto de él?

—No.

—¡Pero Nataliaaaaaa!

La joven soltó una carcajada.

—¿Tanto secretismo es porque es futbolista, actor o cantante? —preguntó.

Divertida, la joven sonrió.

—De momento solo quiero que sepas que nos queremos.

Alma, tras suspirar resignada, hizo un gesto afirmativo, y Natalia, feliz, saltó y aplaudió.

—Lo sabrás el domingo, puesto que el sábado que viene es la boda de Carolina. Le diré que haga una reserva en un bonito restaurante y comeremos juntos. ¿Qué te parece?

—¿Las lobeznas lo conocen? —quiso saber.

—No, mamá —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Ni Carolina, ni Leyre, ni Virginia lo conocen. Solo saben que salgo con alguien que me gusta mucho. Y que si no lo llevo como acompañante a la boda de Carolina es porque no creo que sea el lugar donde lo tengas que conocer. Y ahora, ¿qué tal si comemos? Estoy muerta de hambre.

Con la tensión por las nubes, Alma asintió. Estaba claro que su hija lo tenía todo estudiado, y cogiendo la espumadera, comenzó a cortar la lasaña en trozos.

—Pues a comer se ha dicho.

Esa tarde cuando Natalia se marchó, sin poder dejar de darle vueltas a lo que su hija le había dicho, llamó por teléfono a su amiga Nuria. Romina y Estíbaliz estaban con sus familias y quedó con Nuria para cenar. Necesitaba hablar del oculto amor de Natalia.

Capítulo 12

Cuando Saem dejó encaminado y controlado el servicio de cena en Mesa Trece, se despidió de su equipo y se marchó hacia DeLokos. Allí había quedado con su grupo de amigos.

Cuando llegó al local, estaba a reventar y mucho más esa noche, que era la del «DeLokoKaraoke», que se celebraba una vez a la semana. Después de saludar a varios de los camareros, al ver que sus amigos aún no habían llegado, su tío Mario y él se dirigieron hacia el pequeño despacho.

Durante un buen rato ambos miraron los papeles que Elías, padre de Saem, les había entregado. El tiempo que llevaban en funcionamiento les estaba dado unas buenas cifras y se felicitaron, encantados. Aquel local de copas era algo en lo que habían invertido juntos, después de que Mario dejara su anterior trabajo por motivos personales, y no podía estar saliendo mejor.

Acabada la improvisada reunión, salieron a la sala donde se encontraron con el grupo de amigos con los que había quedado Saem. Carlos, Sofía, Rai, Lucía, Esmeralda, Manu y algunos más.

Nuria y Alma entraron en el DeLokos.

—Comienzo a preguntarme qué hacemos aquí —dijo Alma.

—Buscar a tu regalo de los Masters del Universo. Al sexi camarero. Alias don Hierbajo. —Nuria sonrió. A pesar de la congestión que tenía, por el tonto catarro que se había pillado, indicó—. ¡Te morías por venir!

—Lo sé.

—Si tú no quieres ir a un sitio, no vas así te maten. Peeeerooooo aquí estamos. ¡Y ambas sabemos por qué!

Alma sonrió. Si alguien la conocía esa era Nuria, y tocándose el ojo y percatándose de que había salido sin lentillas, murmuró:

—Te odio...

—¡Pero me quieres más! Y, por cierto, no es por jorobar, pero una cervecita y nos vamos a casita, que estoy para meterme en la cama y sudar.

Alma asintió. Nuria, a pesar de no encontrarse bien, como buena amiga estaba haciendo el esfuerzo de salir con ella.

—Son las once y diez —dijo, mirando el reloj—. En una hora, como mucho, nos vamos.

—¡Perfecto!

Sin soltarse del brazo, llegaron a la sala principal. Allí, como era de esperar, la gente se divertía, y Alma miró a su alrededor en busca de Saem, pero no lo vio.

—¿Ves a don Hierbajo?

—No.

En ese instante un camarero pasó junto a Nuria y, ante el gesto de sorpresa de Alma, ella lo paró.

—Disculpa, guapetón. Buscamos a un compañero tuyo —le interrogó—. Un guaperas asiático, alto y con un culito monísimo, llamado Saem.

Al oír aquella descripción, el camarero sonrió. ¿Saem compañero?

—Creo que está al fondo —respondió con tranquilidad, sin sacarla de su error—. Junto a la barra de la derecha.

—¡Gracias! —Nuria se fijó en la cara de Alma y le preguntó—: ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Alma negó con la cabeza y no dijo nada, ¿para qué?

Como les había indicado el camarero, fueron hacia el fondo del local y entonces Alma lo vio y el corazón se le aceleró. Tenía una copa en la mano y charlaba entre risas.

—Una de dos —musitó Nuria, que lo vio también—. O tiene mucho morro o no está trabajando hoy.

Alma la entendió, cuando Saem, ajeno a que era observado, se tocó el cabello con sensualidad.

—Por favorrr —dijo Nuria—. Cuando el capitán Ri se echa hacia atrás el pelo es muy del estilo.

Desde su posición, Alma examinó a Saem. Su amiga tenía razón. Él y el capitán Ri tenían cierto parecido, pero calló. Seguramente los coreanos guapos se parecían entre ellos y no pensaba admitir que ella también había caído en las redes de la serie coreana.

Alma lo escaneó con cierto deleite. Pantalón vaquero, camiseta blanca sobre camisa azul de rayas abierta y, lo mejor, su enigmática mirada.

Pero ¿desde cuándo le volvían loca los asiáticos?

Nuria de un tirón, y muerta de la risa por ver cómo su amiga lo observaba, la hizo moverse e ir hasta la barra para pedir algo de beber. Se pidieron dos cervecitas y Nuria, al ver cómo varias mujeres se acercaban a él y le sonreían, no pudo evitar el comentario:

—No te digo nada, y te lo digo todo.

—Paso.

—¡¿Cómo que paso?!

Dándose la vuelta para no mirar, Alma clavó los ojos en su amiga.

—Está muy solicitado. Y... no pienso ser una más.

—¡Estamos aquí! —se mofó Nuria, sonándose la nariz y añadió—: Hemos venido para que lo invites a cenar y te lo tires de nuevo. No lo olvides.

—Que no.

—¿Al menos pregúntale el signo del zodiaco?

—¡Tú eres tonta!

La siguiente media hora, y ajeno a las miradas de Alma, Saem disfrutó con sus amigos del momento. Brindaban. Bebían. Bromeaban. Estar juntos siempre era sinónimo de diversión. De pronto, al darse la vuelta, se fijó en la mujer que estaba junto a la barra. ¿En serio aquella era la inspectora?

Haciéndose el distraído, pudo comprobar que ella lo observaba. Lo tenía localizado. En un momento dado, la miró. Sus miradas coincidieron y ella rápidamente apartó la suya. Aquello le hizo gracia a Saem. La inspectora se hacía la interesante y si quería jugar, jugarían.

Cuando las luces cambiaron y todo se volvió más íntimo, la primera canción que sonó fue *Risk It All*, de Bruno Mars. Saem pidió al DJ que la pusiera a posta, sin saber que cada vez que ella la escuchaba, lo recordaba también.

Mientras sonaba aquella dulce, romántica y bonita canción y varias parejas enamoradas bailaban y se besaban, Saem y Alma se buscaban con la mirada.

En varias ocasiones, sus miradas se encontraron, pero él no se movió. La primera vez que la vio, fue él quien fue tras ella. La segunda vez en la gasolinera, él puso todo de su parte. Pero esta tercera vez, tendría que ser ella quien diera el primer paso.

Nuria, viendo que su amiga, a pesar de que disimulaba, no podía quitar la mirada del grupo del fondo, dijo:

—¿Qué tal si vas a saludarlo?

—¡Ni loca!

—Pues voy yo...

—¡Ni se te ocurra!

—Te recuerdo que eres una loba.

—¡He dicho que no! —Divertida, Nuria soltó una carcajada, y Alma, molesta, cuchicheó—: Me ha visto, como yo lo he visto a él y...

—¿Desde cuándo necesitas tú que la otra persona dé el primer paso? Además, vuestro trato era que, si os veíais de nuevo, tú te acercarías a él. Y, joder, Alma, ¡hemos venido a eso! ¿No?

Alma resopló. Nuria tenía razón.

—Que no, Nuria. Que no —respondió, incapaz de moverse del sitio.

—¿No te acercas porque sus amiguitas son más jóvenes que tú?

Nuria había dado en el clavo. La diferencia de edad entre ella y las chicas con las que él estaba era tangible.

—¡Mejor vámonos! —exclamó, molesta.

—Ni hablar. Me apetece otra cerveza —se negó Nuria.

Después de pedir las copas, Alma animó a su amiga a cambiarse de lugar. No quería seguir estando en el campo de visión de Saem. Y menos aún quería que sus ojos continuamente lo buscaran.

Pero ¿qué le ocurría?

Nuria conocía perfectamente a Alma. Las presiones nunca le habían gustado porque era algo que le bloqueaban. Sabía que cuando ella dudaba por «algo», lo mejor era darle su espacio para que ordenara sus ideas: Y si quería ese «algo», sin duda Alma actuaría. Solo se tenía que tranquilizar.

Estaban posicionándose en otro espacio del local, cuando unas chicas subieron al karaoke y comenzaron a cantar la increíble canción de Shakira con Bizarrap *Music Sessions #53/66*, y todo el mundo se vino arriba. Ellas las primeras.

Divertidas, disfrutaban de aquella canción tan empoderadora y real como la vida misma, cuando Alma chocó con alguien y, al volverse para disculparse, se encontró con Saem, que bailaba con

una de las chicas de su grupo. Durante unos instantes se miraron. El corazón a ambos se les desbocó. La semioscuridad del local no les dejaba verse en su totalidad, pero, a Alma, Saem se le antojó guapo. Sexi. Tentador.

—Inspectora, ¡tú por aquí!

Alma, sintiéndose ridícula, asintió. Pero ¿qué le ocurría? Joder, ¡que ya era una mujer adulta! ¿Por qué aquel hombre con su mirada la hacía quedarse sin palabras? E intentando responder con normalidad, y no parecer tonta profunda, solo se le ocurrió decir.

—Ya ves...

Saem esperó. Deseaba que ella dijera algo más. Que pusiera algo de voluntad. Y al ver que no decía más se despidió.

—¡Pásalo bien!

Acto seguido, se dio la vuelta junto a su amiga y saltando al compás de la música se alejó, momento en el que Alma miró a Nuria.

—¿Has dicho «Ya ves»? —le preguntó ella, estupefacta.

Horrorizada por aquello, Alma resopló. Acababa de hacer uno de los mayores ridículos, y cuando iba a responder, aparecieron unos conocidos y comenzaron a hablar con ellos.

La siguiente media hora, a pesar de que intentó reír y disimular, se sintió tonta. Ridícula. A pesar de que procuraba no mirar, inconscientemente veía a Saem disfrutar de la noche con sus amigos y, en un momento dado, necesitada de aire y de fumarse un cigarrillo, le dijo a Nuria:

—Ahora vuelvo.

—¿Dónde vas?

—Necesito fumarme un cigarrillo.

—¡Voy contigo!

Alma negó con la cabeza.

—No. Quédate con el grupo. Enseguida vuelvo.

Alma se alejó y, recordando el camino por el que la había llevado Saem la otra vez, cruzó la barra y se metió por una puerta. Necesitaba llegar a la azotea.

Saem que, como Alma, tenía un ojo puesto en lo que ella hacía en todo momento, al ver que se alejaba se alarmó. ¿De verdad se marchaba sin decirle nada? Pero al ver lo que ella hacía supo adónde iba. Y sin pensárselo decidió correr por las escaleras. Tenía que llegar antes.

Capítulo 13

Cuando Alma llegó a la azotea, respiró. Aliviada porque el fresco de la noche le diera en el rostro, caminó hacia un lateral y encendiéndose un cigarrillo miró a su alrededor.

Madrid. La noche. La luna. En aquel lugar todo era siempre perfecto. De pronto, al ver a alguien apoyado en la pared mirando su teléfono móvil, se detuvo. No contaba con encontrar a alguien allí, pero el corazón se le aceleró. ¡Era Saem!

Alma pensó en escabullirse. Huir. Pero sus pies, que parecían tener vida propia, se encaminaron hacia él.

—No esperaba verte aquí —dijo.

Al oír su voz, él ni la miró. Sin que ella lo supiera, él había propiciado aquel nuevo encuentro.

—¡Ya ves! —le respondió con cierto tono de desgana, pero con el corazón acelerado.

El silencio los rodeó. Ahora era Alma la que esperaba que él dijera algo y entendiendo su postura distante, murmuró:

—Vale. Siento haberte respondido así. ¿No trabajas hoy?

—No.

Saem continuó mirando su teléfono móvil. Si ella quería hablar con él, se lo tendría que currar.

—Vine esta noche para ver si te encontraba —admitió ella, dando un paso adelante y sorprendiéndolo.

Saem se quedó desarmado. Para él, ya era suficiente con oír aquello. Y, guardándose el teléfono móvil en el bolsillo, dio un paso

hacia ella.

—Pues me has encontrado, Sara —replicó.

Saem entonces vio sus ojos. En esta ocasión no eran ni oscuros, ni azules; eran verdes.

—¿No tenías los ojos azules? —preguntó, confundido.

Alma sonrió.

—Hago trampa. Me encantan las lentillas de colores.

—¿Y de qué color son tus ojos?

—¡Verdes! Estos son los originales —reconoció, al ser consciente de que había salido de casa sin lentillas.

Saem parpadeó. Ojos verdes. Corazón acelerado. Su madre se tenía que estar partiendo de risa en aquel momento.

La tensión sexual que había entre ellos crecía y crecía, por lo que Alma dejó el cigarrillo sobre el murete, dio un paso hacia él y acercando sus labios a su boca, sin pedir permiso, lo besó.

Saem, encantado por aquel gesto, pasó su mano por la cintura de ella y acercándola a él profundizó en aquel húmedo y caliente beso lleno de morbo y lujuria, que los calentó aún más.

La hora que habían estado observándose en el local los había excitado a unos niveles que no lograban entender, y sin mediar palabras, se quitaron los pantalones, la braga y el calzoncillo, y después de que él se pusiera rápidamente un preservativo, Alma se acomodó en un pequeño poyete y Saem, metiéndose entre sus piernas, la poseyó.

Deseo... locura... lujuria... calor...

Tener sexo bajo el cielo de Madrid en aquel lugar oscuro y solitario era lo que ambos deseaban en aquel momento. Y sin hablar, pero besándose con auténtica ferocidad, sus cuerpos se encontraron sin pudor, mientras Saem, todavía sorprendido por el color de ojos de ella, intentaba entenderlo.

Minutos después, cuando el orgasmo les llegó y todo terminó, Alma le dio un dulce y último beso en el cuello que a él le erizó de nuevo la piel; se arreglaron la ropa.

—¿No ibas a saludarme? —preguntó Saem.

Alma suspiró. No sabía qué responder. Y jugueteando con el botón de su pantalón vaquero respondió sintiendo su corazón más tranquilo.

—No lo sé —respondió, al tiempo que se abrochaba el botón de su pantalón vaquero y notaba su corazón más tranquilo.

—Pero ¿has dicho que viniste para ver si me encontrabas?

—Así es —afirmó con seguridad, omitiendo que ya lo había visto con anterioridad dos veces—. Pero al llegar no quise ser una más del corral. —Avergonzada por lo que acababa de decir, al ver cómo la miraba, añadió rápidamente—: Si mal no recuerdo, te dije que la siguiente vez que nos encontráramos, te invitaría a cenar.

Saem perdiéndose en aquella mirada verde, asintió. Quería seguir conociendo a esa mujer.

—Dime día y hora —repuso, sin perder ni un segundo.

—Vayaaaaa... —se sorprendió ella por su efusividad. Y se rieron. Alma añadió—: Si quedamos, hay que cumplir cierta norma.

—¿Qué norma?

—Nada de preguntas personales. Esto es lo que es.

—Sin preguntas, ni compromiso ni obligaciones. ¿Verdad, Sara?

Ella hizo un gesto afirmativo. Pensó en rectificar su nombre. Decirle que se llamaba Alma y no Sara, pero realmente, ¿para qué? Con otros hombres con los que había estado, también se había inventado el nombre. ¿Por qué no seguir con la mentirijilla?

—¿Qué te parece el martes a las nueve de la noche? —propuso. Él asintió. Los martes era el día que justamente cerraba su restaurante —. Te llevaré a cenar a un sitio muy chulo. Ya lo verás.

—Me parece bien —afirmó, esbozando una sonrisa.

Entonces Saem, con tranquilidad, le entregó su teléfono móvil.

—Necesito tu número de teléfono —le pidió y de inmediato se percató del gesto de Alma, así que se apresuró a aclarar—: Es mejor tenerlo por si ocurriera algo. Imagina que un meteorito cae en mi casa. Debería avisarte, ¿no?

Ella, sonriendo, lo cogió. Tecleó su número y se lo devolvió. Él, sin dudarlo, le hizo una llamada perdida.

—Ahora tú también tienes mi teléfono —señaló cuando empezó a sonar el teléfono de Alma.

Ella levantó las cejas, Saem se acercó a ella y le dio un beso en los labios y se la quedó mirando de aquella manera que la ponía tan nerviosa.

—Nos podremos bloquear mutuamente si somos unos pesados. —Se rieron, y él preguntó—: ¿Dónde nos vemos el martes?

Era la primera vez que ella iba a invitar a cenar a un hombre.

—Qué te parece si nos vemos a las nueve en la plaza de Callao —propuso—. Junto al metro.

—Me gusta la puntualidad.

—A mí también —afirmó ella.

Luego Saem, agarrándola por la cintura, la acercó a él y notó cómo el vello de su cuerpo se erizaba.

—Recuerda, inspectora —le susurró al oído—. Tienes una cita conmigo.

Un nuevo beso llevó a otro. Y el siguiente a otros más. Besarse era como una droga para ellos. De repente comenzó a sonar el teléfono de Alma. Era Nuria.

—En un minuto estoy ahí —contestó con rapidez.

—Pero ¿dónde estás?

—¡Ya voy!

—Por favorrr, necesito meterme en la cama.

Se sintió fatal. Nuria había hecho el esfuerzo por ella.

—¡Juro que en un minuto estoy ahí! —se apresuró a añadir. Al colgar, le dijo a Saem—: Debo regresar con mi amiga.

Sin rozarse, caminaron hacia la puerta de la azotea. Una vez que la traspasaron, cogieron el ascensor, donde se volvieron a besar, y cuando las puertas se abrieron y salieron de él, al bajar las escaleras que los llevaba a la sala, Saem dijo:

—¿Te tomas ahora una copa conmigo?

A Alma le encantaría tomarse algo con él, pero pensó en su amiga.

—Lo siento, pero mi amiga no se encuentra bien y... —respondió, apurada.

—¿Necesitas que os lleve a casa? —la interrumpió él.

Ella se mostró encantada con aquella atención y caballerosidad.

—No, gracias. Tenemos GPS incorporado —se lo agradeció.

Sorprendido por su respuesta, sonrió, y antes de entrar en la sala, donde todo el mundo se divertía, Alma le dio un último beso que le hizo saber que ahí se quedaba lo ocurrido.

—¡Nos vemos el martes! —dijo.

Y sin más, salió a la barra, después a la sala mientras notaba los ojos de él clavados en su espalda.

Por fin se aproximó a Nuria, que estaba con un grupo de amigos.

—¿De dónde vienes? —quiso saber ella. Alma levantó las cejas, y Nuria, sabiendo que su amiga había ido a por ese «algo», al ver su sonrisita, cuchicheó—: ¿Don Hierbajo?

Alma asintió y divertidas se despidieron de los amigos, aunque antes de salir por la puerta, Alma echó una ojeada hacia atrás, y al ver que Saem la miraba con intensidad, dejándose llevar, le tiró un beso con gracia. Eso, a Saem, le encantó.

Esa noche, cuando Alma llegó a casa, se sentó de nuevo delante del televisor con Sugar en sus brazos. Necesitaba continuar viendo la serie y saber qué pasaba entre el capitán Ri y Se-ri.

Capítulo 14

El lunes Alma miró continuamente su teléfono. ¿Recibiría algún mensaje de Saem?

Pero no. No lo recibió. ¿Eso le gustaba o no?

Saem, por su parte, estaba igual. ¿Sara le escribiría?

La respuesta fue la misma. Ninguno de los dos se decidió a hacerlo.

El lunes por la tarde, con una sonrisa de oreja a oreja, Alma recibió en su atelier a Susanita y su novia Rosa, la madre de ambas y a su exsuegra. Durante un buen rato les enseñó vestidos e incluso las futuras novias se probaron algunos, y quedaron en que regresarían otro día, siendo más conscientes de cómo querían que fueran los modelos de que lucirían en su boda.

El martes, que comenzó como un día tranquilo en el trabajo para Alma, a las cuatro de la tarde se volvió caótico al irse la luz y las máquinas del atelier de costura dejaron de funcionar. El plan inicial de Alma era irse a las seis de la tarde a su casa, para ducharse y cambiarse de ropa para ir a la cena, pero a las ocho menos diez de la tarde seguía en su despacho discutiendo con la compañía eléctrica.

—¡Hoy juro que me cargo a alguien! —soltó Nuria, entrando en su despacho.

Alma, con un gesto, la ordenó callar. Bastante cabreada estaba ella con todo lo que estaba ocurriendo. Minutos después cerró su teléfono.

—¡Me han dicho que es por un problema en la zona y que básicamente me aguante hasta que lo resuelvan! —exclamó con voz agotada.

—¿Has visto qué hora es? —le preguntó Nuria, mirando el reloj.

Alma miró su reloj. Las ocho y veinte.

—Voy a escribirle un wasap para decirle que se anula la cena —murmuró, con un bufido.

En cuanto abrió su teléfono, Nuria se lo quitó de las manos rápidamente.

—De eso nada —le dijo.

—Estoy sudada —reconoció Alma, tocándose el vestido largo que llevaba—. No me he duchado y el problema no se ha solucionado, por lo que...

—Te vas a ir a cenar con él, aunque lleves chanclas con calcetines.

—Pero Nuria...

—No hay peros. Necesitas relajarte y desconectar, por no decir ¡follar! Ya me quedo yo aquí hasta que se solucione. Por lo tanto, coge el bolso y sal de la oficina, que yo te voy pidiendo un taxi para que te lleve a donde has quedado. —Alma cerró los ojos y cuando fue a protestar Nuria insistió—: Fuimos a ese local en busca de esta cita, y no vas a desaprovecharla, ¿entendido?

—Cualquiera que te oiga pensará que estoy desesperada —dijo Alma, sonriendo.

Las dos se rieron.

—No, cielo —replicó Nuria—. Desesperada no estás y lo que piensen los demás te importa tan poco como a mí. Pero la cita te vendrá de lujo para desconectar. Y si no, mañana me lo cuentas.

—Nuria, nunca he cenado con un hombre a solas.

—Pues, mira, hoy te vas a estrenar.

—¿Y de qué hablo con él?

—De lo que quieras.

—Pero es que se cree que soy inspectora de policía y viuda.

—¡Qué morbazo, chica! —se mofó la amiga.

Sin ganas de comenzar una nueva polémica, Alma se levantó. Se miró en el espejo.

—Vale. Pídeme el taxi —claudicó, después de coger su bolso.

Al salir del despacho, con paso seguro caminó hacia el ascensor. Una vez en él, mientras bajaba, se miró al espejo. Su apariencia con aquel vestido de verano largo era seria. Profesional. Ella quería haberse duchado, cambiado de ropa. Ponerse algo más acorde con la cita que iba a tener, pero las cosas se habían dado de aquella manera, y si quería ir a la cita, tenía que ser así.

Bajó de las oficinas a la tienda, y en la calle un taxi se detuvo ante ella, y al acercarse y comprobar que estaba a su nombre, se montó en él y miró su teléfono. Las ocho y treinta y cinco. Tenía veinticinco minutos para llegar.

El tráfico en Madrid a aquella hora estaba imposible. Y su nerviosismo fue creciendo segundo a segundo al ver que el tiempo pasaba y que, a las nueve en punto, como habían quedado, ella no estaría.

¡Joder, qué rabia, y más con lo que ella odiaba la impuntualidad!

Finalmente, y viendo que no iba a llegar, abrió su teléfono y buscando su número escribió.

Yo
Lo siento... Lo siento... Pero estoy metida en un terrible atasco y llegaré como diez, quince minutos más tarde.

Una vez que le dio a enviar, se sintió ridícula, pero el teléfono le pitó y leyó:

Saem
Tranquila. Esperaré.

Leer aquello le gustó; segundos después el móvil vibró de nuevo.

Saem
Eso sí. Pagarás también la copa de después por
tu retraso.

Aquello le hizo sonreír.

A las nueve y diez, el taxi paró frente al metro de Callao. Se bajó con rapidez y se encaminó hacia Saem, que, apoyado en las barandillas del metro, la esperaba escuchando música con unos auriculares.

—Siento el retraso —se disculpó—. Ha sido un día complicado. ¡Horrible!

Verla acelerada le hizo gracia. Estaba muy guapa con aquel elegante vestido largo, pero algo decepcionado al verla con las lentillas azules.

—¿Estás bien? —preguntó, quitándose los auriculares.

—Sí. Pero ni si quiera he podido pasar por mi casa para ducharme y cambiarme de ropa.

Saem sonrió. Para él estaba preciosa tal y como iba vestida.

—Inspectora, ¿tan elegante vas a trabajar a la comisaría? ¿En serio con esos tacones persigues a los maleantes? —preguntó, suspicaz.

Escuchar eso hizo que Alma parpadeara. ¡Joder!

—Me cambio de ropa —respondió, tras un leve parpadeo—. Lógicamente, con estos tacones y este vestido no sería fácil realizar mi trabajo. Pero volviendo a lo que importa, perdón por el retraso.

Saem asintió, y se recordó aquello de nada de preguntas personales.

—Te perdono si me das un beso —le pidió, al ver su gesto de apuro.

A Alma le hizo gracia aquella petición, y acercándose a él, lo besó en los labios. El dulzor de sus labios le recorrió todo el cuerpo y cuando se iba a retirar, Saem la agarró por la cintura.

—Pero un beso de verdad —murmuró, sin permitir que se separara de él.

Alma, sin dudarlo, aunque nunca había hecho algo así, sonrió. Estaban en plena calle. En pleno centro de Madrid. La gente pasaba por su lado cuando ella, recordando que él tenía novia, aunque fuera en una relación abierta, preguntó:

—¿Crees que es buen sitio para que nos besemos?

—Contigo, cualquier sitio es bueno —asintió Saem con seguridad.

Y la besó con una pasión que hizo que le temblaran las piernas, y ella sin dudarlo le correspondió con el corazón ya acelerado. ¿Por qué no, si él estaba tan seguro?

Cuando aquel pasional beso acabó, ambos sonrieron.

—Pensé que los coreanos eráis más pudorosos —observó ella.

—Recuerda, inspectora. Soy medio español.

Los dos se rieron.

—¿Puedo? —le preguntó él, tendiéndole la mano.

Consciente del significado de aquel gesto, asintió, y Saem la agarró de la mano.

—¿Adónde me vas a llevar a cenar? —indagó él.

—Tenemos reserva a las nueve y media en un sitio que me gusta mucho, y espero que a ti también.

—Si es tan bonito como tú, me gustará.

Alma afirmó con la cabeza, un tanto azorada. ¿Era cierto lo que acababa de oír? ¿En serio le había dicho eso? No pudo evitar una

sonrisa. Tenía que reconocer que el romanticismo de Saem la dejaba sin palabras, y sin decir nada tiró de él y comenzaron a avanzar.

Cogidos de la mano caminaron con tranquilidad por la Gran Vía charlando y bromeando. Alma había hecho una reserva en un bonito restaurante de la zona.

Ya en el establecimiento, Alma le indicó al recepcionista que tenía una reserva para dos, a las nueve y media, a nombre de Sara Santana. El recepcionista, con una sonrisa, les indicó que subieran a la primera planta. Allí un compañero los acompañaría a su mesa.

Saem, curioso, miró a su alrededor y lo que vio le agradó. El lugar era elegante y sofisticado. Había oído hablar de aquel restaurante, pero nunca había estado.

—¿Qué tal se come aquí? —preguntó, cuando estuvieron acomodados en su mesa.

—Maravillosamente bien. Pidas lo que pidas ¡te gustará!

—Qué segura estás.

—Es que aquí tienen un excelente chef.

Saem sonrió. Ella no sabía que él era chef y, como tal, era muy crítico con la cocina. En silencio miraron las cartas. Por encima de ella, pero con disimulo, Saem la observaba. La manera en que ella se concentraba para leer la carta le hizo gracia. Observó sus manos. Eran finas y delicadas. Imaginarla con una pistola en sus manos se le hizo extraño.

—Me sigue sorprendiendo que seas inspectora de policía —dijo con cautela, deseoso de saber.

El corazón a Alma le dio un vuelco.

—¿Por qué? —preguntó con un hilillo de voz.

—No sé. Quizá es que he visto demasiadas películas y series, y no te imagino a ti como tal.

Alma asintió. Y sin querer profundizar en ello, como pudo desvió la conversación al ver a dos mujeres entrar en el restaurante con un perro. Saem, sin darse cuenta, rápidamente entró en su juego y con naturalidad le contó que tenía una perra llamada Freya y que era la reina indiscutible de su casa. Eso le hizo gracia a Alma, pero a diferencia de él, calló que tenía a Sugar. ¿Para qué contarlo?

Mientras hablaban de cosas sin importancia que les hacían a ambos sonreír, Alma comenzó a sentirse culpable por sus mentirijillas. No sabía si él le mentía o no, pero desde luego ella no paraba de hacerlo.

—Me encantaba el grupo Simply Red —contó Alma—. De hecho, fui a verlos en directo una de las veces que vinieron a Madrid y me enamoré locamente de Mick Hucknall, el cantante.

Al ver la cara de Saem preguntó.

—¿No lo conoces? —Él negó con la cabeza y Alma insistió—: ¿En serio?

—La verdad —rio Saem—, ahora mismo no sé quiénes son. Quizá si escucho alguna de sus canciones los localice, pero por el nombre no.

Alma asintió y no dijo nada. Pero ¿cómo no podía conocer a aquel grupo de música tan bueno?

De la música pasaron a hablar de cine.

—La película *Leyendas de pasión* la habré visto veinte veces —dijo Alma.

—No me suena de nada.

—Pero ¿cómo no te va a sonar?

Saem soltó una risotada. Estaba claro que los años que los separaban en algo se notaban.

—Vale. Lo pillo —admitió ella con humor—. Entre nosotros hay una brecha generacional.

La comida fue exquisita. Todo estaba tan bueno que Saem no pudo poner ni un pero. Tenía claro que en aquel restaurante el cocinero era de los buenos.

Mientras comían el postre, Alma se percató de que, a la derecha, junto a la barra, estaban esperando a que les dieran mesa una compañera de trabajo de Estíbaliz con un grupo de gente. Eso la incomodó. Si la veía, se acercaría a saludar y le tendría que presentar a Saem. Eso significaría que se lo diría a Estíbaliz, que le preguntaría quién era el tipo asiático con el que estaba cenando.

¿Cómo se le había ocurrido ir a ese restaurante? ¿Es que creía que no se encontraría a nadie conocido?

Estaba pensando en ello cuando vio que aquella mujer miraba en dirección a ella y se echó a toda prisa el cabello en el rostro. Saem se percató de aquello.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Mentir ante lo que le preguntaba no era una opción.

—Conozco a la mujer pelirroja del vestido verde que hay en la barra —contestó—. Y, la verdad, no me apetecería que nos viera.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿Tan horrible soy que no quieres que te vean conmigo? —Alma sonrió. Precisamente Saem no era nada de eso—. Te incomoda que te vean conmigo.

—¿Qué dices?

—¿Es por mi etnia o por mi edad?

—No digas tonterías —contestó, molesta por aquella incómoda pregunta—. Lo importante son las personas, no las etnias. Ya tengo una edad como para estar por encima de esa gilipollez.

—¿Entonces es por mi edad?

—La edad simplemente es un número —respondió a la defensiva.

—Pues demuéstramelo —la increpó él tendiendo su mano por encima de la mesa.

Alma entendió por qué hacía aquello. Quería que se la cogiera.

—¿Qué pretendes? —susurró, mirándole.

—Nada. Solo darle la mano a mi cita.

Ella no se movió. Miró hacia la barra; la mujer no los había visto.

—No voy a darte la mano —se negó—. No tengo veinte años como para estar haciendo manitas en un restaurante.

—¿Tomarse de la mano es hacer manitas?

—Mira, Saem —replicó Alma, con gesto de disgusto y molesta por la sonrisa de él—. Seamos sinceros. ¿Acaso el sexo no es la finalidad de esta cita?

—Tú no sé —respondió Saem, sorprendido por cómo una bonita cita se estaba yendo a la mierda—. Pero yo no he salido de mi casa pensando que esta cena iba a terminar en sexo.

—¿Ah, no?

—No.

Acalorada, porque los jodidos calores de la menopausia aparecían cuando menos lo esperaba, respondió:

—Pues yo sí. Yo sí he pensado en tener sexo contigo. Esto es lo que es, Saem. ¡No digas tonterías! —Él, a pesar de que le gustaba la claridad de aquellas palabras, guardó silencio. Se limitó a mirarla, echándose hacia atrás en la silla; ella, nerviosa, añadió—: Si me estás cuestionando por lo que he dicho, más vale que dejes de hacerlo.

—No te estoy cuestionando.

—A ver, Saem. Siempre que nos vemos terminamos teniendo sexo, ¿hoy iba a ser diferente?

Saem, esta vez molesto, no contestó. Lo que ella decía le ofendía. Posiblemente hubieran terminado teniendo sexo, algo que, desde

luego, ya estaba descartado, así que se levantó y dejó su servilleta sobre la mesa.

—Gracias por la cena y buenas noches —se despidió con frialdad.

Y sin más, se dio la vuelta y se marchó, mientras Alma sin moverse de su sitio lo observaba abochornada y boquiabierta por cómo habían terminado las cosas.

Cinco minutos después, con la dignidad que le quedaba, y sin que la amiga de Estíbaliz la hubiera visto, Alma pagó la cuenta y salió del restaurante.

Una vez en la calle, miró a su alrededor, pero Saem no estaba allí. Se había marchado. Era evidente que se había enfadado.

Pensó en parar un taxi e irse para casa, pero decidió fumarse un cigarrillo antes. Lo necesitaba. Por lo que comenzó a caminar con tranquilidad mientras se lo encendía y se preguntaba por qué había sido tan idiota. ¿Acaso tener que explicarle a Estíbaliz quién era Saem era tan malo?

Iba sumida en sus pensamientos cuando notó que alguien se ponía a su altura al pararse en el semáforo, y al mirar y ver a Saem el corazón se le desenfrenó. Durante unos segundos, ambos se quedaron en silencio, y cuando vio que él iba a hablar, ella, poniéndole una mano en la boca, se adelantó.

—Lo siento. Siento haberme comportado como una idiota y como una histérica inmadura con la edad que tengo. Soy de las que lleva defendiendo toda la vida que una mujer madura puede estar con un hombre más joven y, por supuesto, de cualquier etnia. ¿Por qué no van a poder hacerlo? ¿Acaso la sociedad tiene que marcar también con quién estar? Y si reaccioné así en el restaurante, fue porque esa mujer es compañera de trabajo de una de mis amigas. Estíbaliz, Nuria y Romina son mis mejores amigas y mis hermanas de vida. Nosotras nos contamos todo y, aunque Nuria sí sabe que estoy

cenando contigo, Estíbaliz y Romina no. —Saem la miraba en silencio; ella alterada añadió—: Soy viuda desde hace muchísimos años y a excepción de con Ricardo, nunca he quedado con un hombre para comer o cenar a solas. En eso soy fría y práctica, y cuando he querido sexo, simplemente he ido con alguno de mis amigos a hoteles por horas sin necesidad de tener una cita. Y si te cuento esto, es porque si Romina y Estíbaliz se enteran de que he quedado para cenar contigo, me harán un tercer grado y no sé cómo explicarles que... que me gustas y me aceleras el corazón y...

Saem dio un paso adelante y la besó. Y aunque quiso saber quién era Ricardo, no la dejó continuar. No lo necesitaba.

En silencio y junto al edificio Metrópolis de Madrid, Saem y Alma se besaron sin pensar en nada, ni en nadie más.

—Tú también me gustas a mí —afirmó Saem, cuando el beso terminó—. Por eso estoy aquí.

Alma esbozó una sonrisa. Aquel hombre, con sus palabras y acciones, estaba derribando infinidad de barreras que ella había construido durante años.

—Vaya... —musitó.

Al oírla y ver su cara, Saem también sonrió.

—Mira, Sara. Me gustas y creo que te gusto —dijo, seguro de sus palabras—. Y aunque me muero por tener sexo contigo, hoy eso no va a pasar, porque quiero que te quede claro, que tú, para mí, eres algo más que sexo.

Alma sonrió, sorprendida por lo que le estaba diciendo.

—Claro que tú también me gustas. —Y lo besó en los labios.

—¿Qué te apetece que hagamos? —le preguntó Saem. Alma lo pensó. Pero estaba tan embotada con todo lo que estaba ocurriendo que no supo qué decir, hasta que él indagó—: Sara, ¿hay en Madrid algún sitio especial para ti?

—Hay muchos, pero sí que hay uno muy especial. ¿Quieres que te lo enseñe?

—Me encantaría.

—Dame un segundo que hago una llamada.

Sonriendo, vio que buscaba en su teléfono móvil, marcaba y tras una corta conversación, lo cogió de la mano mientras paraba un taxi.

—Vamos.

Media hora después, ya en su destino, se dirigieron hacia una caseta. Alma saludó a un hombre que le presentó como Jesús que les abrió una portezuela. Al entrar se encendieron unas bonitas farolas. Ella lo cogió de la mano.

—Bienvenido al parque del Capricho —explicó. Encantado, Saem miró a su alrededor. Aquel lugar era precioso—: Como verás, está cerrado al público porque solo lo abren los fines de semana y ciertas fiestas. Pero Jesús, el guarda, es el marido de alguien que conozco.

Estaban totalmente solos en aquel bonito lugar y entre bromas fueron paseando. Alma, conocedora de la historia de aquel lugar, le iba contando lo que recordaba.

—¿Y por qué este sitio es especial para ti? —quiso saber él.

Alma tomó aire.

—Porque es un sitio que me trae bonitos recuerdos de alguien muy especial para mí —contestó, contándole una verdad a medias—, y si cierro los ojos todavía puedo sentir su manita entre las mías.

Al escucharla Saem quiso saber de quién era aquella manita, pero calló. Si ella no le contaba nada, era mejor no preguntar. Ese era el trato.

Durante un buen rato caminaron por aquel bonito y mágico parque lleno de preciosos robles, pinos y cipreses. Cruzaron el puente de hierro. Vieron el Fortín. Pasearon junto a la columna del dios Saturno y al llegar a lo alto de una colina, Alma se detuvo.

—¿Y esto cómo se llama? —preguntó Saem, al ver lo que ella miraba.

—Se llama el Templete de Baco.

—Es precioso —exclamó, admirando aquel templete de doce columnas y preciosa cúpula.

—Lo es —afirmó Alma—. La primera vez que esa persona especial vio nevar fue en este lugar. Y fue un momento tan mágico y precioso, que desde entonces siempre que nieva, vuelvo aquí.

Saem sonrió. Y respetando que ella no mencionara quién era ese alguien especial, la atrajo hacia él y la besó. Tras aquel beso llegó el siguiente. Estar solos en aquel parque, rodeados por la noche y por las bonitas farolas que iluminaban el lugar, era sin lugar a duda mágico.

—Llevo años viviendo en Madrid y nunca había estado aquí —admitió él.

—Porque tenía que traerte yo.

Su mirada, tras aquellas palabras, la hizo sonreír, y esta vez fue ella la que lo besó.

Capítulo 15

Las dos siguientes semanas Saem y Alma se vieron muy a menudo.

La química que había entre ellos era brutal, por lo que decidieron explorarla, aunque Alma seguía dándole vueltas al tema de que él tenía una pareja. Fuera abierta o no, ¡era su pareja!

El martes, cuando llegó ella al lugar donde habían quedado, Saem la recibió con un beso, y la cogió de la mano.

—Sara, hoy te voy a llevar al mejor restaurante que conozco —le dijo con seguridad.

Sonriendo, ella asintió y cuando comenzaron a caminar se fijó en dos mujeres sentadas en un banco que los observaban, y vio en sus miradas lo que pensaban. Estaba claro que la estaban cuestionando, pero no le importó; junto a Saem disfrutaba del momento. ¿Qué le importaba lo que la gente pensara?

Minutos después, se encontraba ante un local llamado Mesa Trece en el que ponía cerrado.

—¿Venimos aquí a cenar? —se sorprendió Alma.

—Sí.

—Pues creo que va a ser que no.

—¿Por qué crees eso?

Con gracia, Alma señaló el cartel de cerrado.

—Tranquila —dijo Saem, sacando una llave del bolsillo—. Para nosotros está abierto.

Boquiabierta, vio que abría la puerta y tomando su mano la animaba a entrar. Y una vez dentro, él desconectaba la alarma de

seguridad.

Sorprendida, Alma miró a su alrededor. Aquel restaurante no era muy grande, pero era un sitio muy agradable, decorado con mucho gusto.

—¿Trabajas también en este sitio? —preguntó.

—Sí —afirmó él, que veía cómo ella lo escaneaba todo.

—¿Y tú jefe sabe que estamos aquí?

—Por supuesto.

Alma se fijó en una pared en la que había colgadas varias fotos y vio a Saem en ellas.

—Mi madre Hye-Jin y mi abuela Min-Ji —explicó él, antes de que ella preguntase—. Y eso que se ve es el restaurante que durante años regentaron en Seúl, llamado El Dragón de Seúl.

—Este sitio es tuyo —murmuró, tras un leve parpadeo de sorpresa.

—Sí.

—¿El jefe eres tú?

—Sí. Vengo de una familia de excelentes cocineras, y yo también lo soy.

—¿Eres chef?

—Sí. —Ella se quedó con la boca abierta sin saber qué decir; él prosiguió—: Soy un chef modernete de esos que ponen hierbajos y rúcula en los canapés. —Ella levantó las cejas y él, con gracia, afirmó—: Sí. Esos canapés los hice yo. —Alma se tocó la frente, estupefacta y sorprendida por ese descubrimiento. Saem continuó con sus explicaciones—: Sé que la norma número uno es no hablar de nuestras vidas. Pero quiero que sepas que soy dueño y chef de este restaurante y uno de los dos socios del DeLokos. El otro socio es mi tío Mario. No quiero seguir fingiendo que soy lo que no soy.

—Vaya...

—Por lo tanto, tranquila. El jefe no me va a despedir.

Ver su cara de sorpresa, a Saem le hizo gracia. Estaba claro que Alma no se esperaba nada de aquello. De pronto, a él empezó a sonarle el teléfono.

—Un segundo, Sara. —Y alejándose respondió—: Dime, Preciosa...

A Alma aquel saludo cariñoso a la que seguramente era su novia la incomodó. Saber que Saem tenía novia, aunque fuera una relación abierta y ella supiera que lo de ellos era solo sexo, no era algo a lo que ella estuviera acostumbrada. Con disimulo, lo observó mientras hablaba por teléfono. Sonreía. Parecía feliz. Estaba claro que su novia conseguía aquella felicidad en él y, retirando la mirada, decidió dejar de pensar en ello. Pero ¿qué hacía cotilleando?

E intentando destensarse, miró a su alrededor. Saber que Saem era el dueño de aquel bonito lugar, y no el camarero que creía, la desconcertó. ¿Acaso él esperaba que ella también le contara cosas de su vida?

Estaba pensando en ello cuando Saem, acercándose a ella, la agarró de la mano.

—Acompáñame —le pidió.

Con gesto rápido, ella se soltó de su mano. Él la miró.

—¿Pretendes que yo te hable sobre mí ahora que me has desvelado cosas de tu vida?

—No.

—¿Entonces por qué me lo has contado?

—Porque soy un pésimo mentiroso. No tengo nada que ocultar, y a ti no te quiero mentir. Y vale. Reconozco que me gustaría que bajaras un poco la guardia y saber más de ti. Pero si he sido sincero hoy contigo, es porque si soy Saem y trabajo como chef, ¿por qué tengo que ocultarlo?

Aquellas palabras la hicieron sentir culpable. Ella sí que mentía. Por norma con los rollos de una noche se inventaba infinidad de nombres y profesiones. Simplemente salvaguardaba su vida privada de personas que no volvería a ver en su vida, pero entendía a Saem.

—Intentaré bajar la guardia —admitió.

—¿En serio, inspectora? —Ella, sonriendo, asintió y él insistió—: ¡Guauuuu... me muero por saber más de ti!

—Poco a poco —pensó mientras su mente pensaba en cómo explicarle que se llamaba Alma y no Sara. Que era divorciada y no viuda. Pero no. Ahora no era el momento para ello. En otra ocasión.

Saem volvió a cogerla de la mano y Alma, desconcertada, lo siguió. Al entrar en la cocina del restaurante volvió a sorprenderse. Era grande. Limpia. Ordenada. Todo parecía estar en su sitio.

—¿Cómo se te da la cocina a ti? —le preguntó Saem.

—Me defiendo —respondió, admirando aquella cocina impoluta.

Saem abrió un cajón. De él sacó dos delantales.

—Cocinaré para ti esta noche —dijo, poniéndose uno de ellos—. ¿Quieres ser mi pinche?

Divertida, Alma dejó el bolso en un lateral, y mientras se ponía el delantal, Saem la observaba.

—¿Eres viuda desde hace mucho? —preguntó con tiento.

—Sí —respondió sin pensar.

—¿Tienes hijos?

—No.

Sus escuetas respuestas le dieron a entender que no quería hablar de ello, así que se dio la vuelta, sacó su teléfono móvil y buscó una de sus listas. De inmediato comenzó a sonar la canción *Love Again*, cantada por la increíble Gummy y Ha Dong Qn.

Saem sacó una botella que abrió con destreza, y tras servir dos copas, le entregó una a ella.

—Un rico y fresquito albariño. Lo que te gusta.

Ella tomó un sorbito. Le gustaba que se fijara en esos detalles y supiera qué vino le gustaba.

—Riquísimo tu albariño —alabó—. Y bonita música. ¿Quién canta?

Saem sonrió. Con seguridad no los conocería e indicó:

—Una cantante afrocoreana llamada Gummy, junto a Ha Dong Qn.

—No los conozco.

—En España solo conocéis grupos de k-pop como los BTS o BlackPink o el *Gangnam Style* de PSY —explicó él—. Es una pena que no conozcáis más de la música coreana, pues hay mucho talento y es buena.

A Alma le sonaba el grupo BTS por habérselo escuchado a su hija, y sin duda el *Gangnam Style*, por lo mucho que lo bailó en su momento. Pero sin duda indagaría más en la música coreana. La que aparecía en la serie coreana que veía le agradaba.

—Antes de comenzar a preparar la cena, necesito saber si hay algo que no te guste o seas intolerante para el menú «una experiencia completa» —quiso saber Sean.

—Me muero del asco con la casquería —admitió, chocando su copa con la de él—. Y bueno, los hierbajos y las verduras tampoco es que sean lo mío, pero antes que la casquería, por supuesto que sí.

Saem tomó nota. Nada de casquería.

—Un respeto a los alimentos —se rio—. No llames a las verduras hierbajos. —Los dos se rieron. Él empezó a sacar productos de la nevera y a explicar—: Vamos a hacer unos pastelitos de aguacate y galletas saladas. Berenjenas asadas en salsa *kabayaki* con ajoblanco y almendras. Y lingote de cordero con crema de coliflor y miso.

—Creo que es demasiada comida —se mofó Alma.

—La hacemos, y vemos la que sobra, ¿de acuerdo? —Alma se mostró de acuerdo, y él, besándola, añadió—: Señora inspectora, quiero proporcionarte una experiencia en Mesa Trece inolvidable y completa.

—Vaya...

De nuevo se besaron. Sus bocas estaban como locas por encontrarse y tras varios besos Saem se detuvo, o no podría preparar la cena. Se separó de ella y con la encimera de por medio se contuvo.

—Y de postre, dúo crujiente de chocolate con avellanas —remató.

—Qué ricoooo...

En silencio se miraron. No podían entender la atracción que había entre ellos. Volvieron a besarse. Disfrutaron de un tranquilo y sosegado beso que a los dos les hizo saber que estaban bien.

—¿Preparada para cocinar? —preguntó Saem cuando sus bocas se separaron.

—Sí, chef.

Durante las siguientes dos horas hablaron, cocinaron y comieron en la cocina lo que preparaban, disfrutando del momento y de la complicidad. Entre ellos había una bonita corriente de buen rollo que hizo que el tiempo corriera mientras bromeaban y saboreaban cada plato sin hablar de sus vidas personales.

A las doce menos diez, terminaron de comer y se dispusieron a recoger la cocina para que volviera a quedar impoluta.

—Tu madre tiene que estar muy orgullosa de ti. Eres un excelente chef —dijo ella.

—Gracias.

Conmovida por lo que él le hacía sentir, Alma resopló. Su corazón estaba desbocado. Pero ¿qué le ocurría? Para disimular comenzó a darse aire con la mano.

—¿Te está dando un brote de calor? —se interesó Saem.

—Todavía no me creo que te hablara de mi menopausia.

—La menopausia para las mujeres o la andropausia para los hombres —observó él, encogiéndose de hombros y con una sonrisa — son fases de la vida por las que todos vamos a pasar. ¿Dónde está el problema por hablar de ellas?

—No te quito la razón. Pero ¿cuántas mujeres te han hablado de su menopausia?

—Solo tú.

—¿Lo ves? Soy una bocazas.

—No. Eres real.

Y se echaron a reír. Los dos sintieron que sus corazones se desbocaban. A Alma le parecían increíbles las cosas que decía.

—Todo estaba buenísimo, ¡incluso los hierbajos! —dijo, apoyándose en la encimera.

—Vayaaaaa —se mofó él, cerrando el lavavajillas.

Se quitaron los mandiles y él los dejó sobre una mesa. Alma se acercó a él con confianza y apoyó las manos en sus hombros.

—Enséñame a decir algo en coreano —le pidió.

—¿Qué quieres aprender? —preguntó Saem, sonriendo.

—No sé. Cualquier palabra.

Él comenzó a decir palabras que ella repetía, y cinco minutos después, ella admitió:

—La única palabra que se ha quedado en mi cabeza es *annyeong*. ¡Adiós!

—Ya sabes despedirte en coreano —asintió Saem.

Encantada y con una tranquilidad que hasta a ella le sorprendía, Alma lo abrazó.

—Gracias por la invitación —le dijo, mirando a aquellos preciosos ojos rasgados que la tenían hechizada—. Ha sido una experiencia

fantástica.

Saem sonrió. Escuchar aquello le gustaba y la besó. Con tranquilidad y deleite tomó aquella boca.

—La experiencia no es completa hasta que se acaba —le dijo, separándose unos segundos de ella.

—¿No se ha acabado aún?

Divertido, él negó con la cabeza, y cogiendo su teléfono móvil, tecleó en él y comenzó a sonar una canción.

—Como me enseñaron primero mi madre y luego mi tío Mario —señaló—, en toda bonita cita, no puede faltar un bonito baile.

—Pero buenooooo —rio Alma.

—¿Qué pasa? —rio él con picardía.

—¡Qué caballeroso y romántico!

—Mi madre me hizo entender que el romanticismo era uno de los regalos más interesantes y bonitos que tiene la vida —dijo con sensualidad—, y mi tío que ser caballeroso es una bonita virtud que nunca hay que olvidar.

Alma sonrió, sorprendida por las cosas que le hacía sentir con aquellas palabras. Estaba claro que aquel hombre era un gran romántico. Cogió el móvil de él.

—A ver qué música escuchas —se interesó.

Divertido, Saem vio que ella leía los nombres de artistas coreanos con gracia y mal dichos, mientras ambos se reían. Su pronunciación era terrible.

—No conozco a nadie —admitió—. ¿Solo escuchas música coreana?

—Sí. Es la música que me gusta.

—A mí me encanta todo tipo de música, aunque reconozco que me encanta escuchar a Shakira.

—Lo sé.

—De hecho, tengo entradas con mis amigas para ir a uno de sus conciertos de septiembre, aquí en Madrid.

—Eso es estupendo.

—¿Qué tal si elijo yo una canción de tu lista para bailar? —preguntó ella, con gesto guasón.

—Estaría bien que fuera una balada —rio él.

Alma, divertida, miró signos ininteligibles para ella.

—Pero si no es balada, también la bailamos —replicó.

Saem riendo movió la cabeza, y ella le dio al *play*. Comenzaron a sonar como unas campanitas y Saem rápidamente la paró.

—Esta no, Sara.

Alma lo miró y le dio al *play* de nuevo.

—¡Esta sí!

De nuevo las campanitas sonaron. Saem la volvió a parar.

—¿Qué pasa? —quiso saber Alma.

Saem negó con la cabeza. Aquella canción siempre había sido especial para él, porque decía las mismas cosas que le había oído siempre a su madre sobre el amor y el destino. Desde la primera vez que la había oído, se juró que solo la bailaría con la persona adecuada.

—No pasa nada —respondió.

—¿Entonces?

—Es solo que hay muchas canciones que...

—Pero yo quiero esta.

—¿Por qué?

Alma, sin ser consciente de las cosas que le pasaban a él por la cabeza, acercándose a él, le dio un beso en los labios.

—Simplemente por llevarte la contraria y porque sé que en el fondo te mueres por bailarla conmigo.

Saem sonrió. Tenía razón, se moría por bailarla con ella. Pero no debía. Aún no.

Si algo le gustaba de Sara era su arrolladora personalidad. No sabía si era la mujer que, según su madre, el destino traería a su vida, pero ahí estaba, acelerándole el corazón y haciéndole sonreír y sacar su lado romántico como llevaba tiempo sin hacer. Pero no quiso saltarse aquello que se prometió una vez con respecto a aquella canción.

—Yo decidiré la canción.

Alma claudicó e intuyó que aquella canción era la que compartía con su novia.

—De acuerdo. Elige canción —dijo, sin querer darle más vueltas.

Sin dudarlo, Saem supo la que quería poner. Y cuando comenzó a sonar *Risk It All* de Bruno Mars, Alma, sonriendo, murmuró:

—Me encanta esta canción.

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque me lo dijiste el primer día que te vi —confesó, dándole un dulce beso en la punta de la nariz.

Sorprendida por aquello que no recordaba, Alma parpadeó.

—¿Bailamos? —le propuso él, dejando el teléfono sobre la encimera.

Encantada, colocó sus brazos sobre los hombros de él.

—Hace mucho tiempo que no bailo —admitió.

—Mentirosilla —susurró él, percibiendo cómo el perfume de ella le inundaba las fosas nasales—. El día que te conocí en DeLokos bailabas muy alegre y desinhibida cierta cancioncita de Shakira con tu amiga. Y, por cierto, bailas muy bien. Tienes ritmo.

—Lo que tengo es morro.

—También —se mostró de acuerdo.

Alma sonrió. Le encantaba aquello que tenían entre ambos.

—Me refiero a que llevo mucho sin bailar con un hombre —matizó.

—¿Hace mucho tiempo?

Alma tomó aire. Con Carlos, su exmarido, nunca había bailado.

—Demasiado —afirmó.

Al notar que ella era reacia a hablar de su vida privada, Saem no volvió a preguntar. Y abrazándola en silencio comenzaron a bailar aquella dulce y romántica canción de amor.

Mientras lo hacían Saem, conmovido, cerró los ojos. Esa mujer le hacía sentir cosas. Cosas bonitas, y aunque le gustaba, también le asustaba. Cada vez que la veía o pensaba en ella, el corazón se le desbocaba de una manera tan irracional que no lograba entender.

En silencio continuaron bailando, sumidos en sus propios pensamientos.

—La canción dice cosas preciosas —susurró ella, con sus sentimientos a flor de piel.

—Tan preciosas como tú.

Alma sonrió. Y entonces recordó el momento en el que le dijo que aquella canción le gustaba.

—¿Siempre eres tan galante? —le preguntó.

—Si la persona que tengo ante mí lo merece, sí.

Encantada y maravillada por vivir un momento como los que veía en las películas, dijo sonriendo:

—Pues gracias por ser tan galante y bailar conmigo esta canción.

Tras esta canción, llegó la siguiente, y solo con mirarse supieron que deseaban continuar bailando. Aquella sensación de estar abrazados, en paz y en silencio con sus corazones latiendo al unísono era algo nuevo para ellos. De pronto, Alma lo oyó canturrear.

—*Gaseumi teojil deut nal gadeuk chaeun tongjeunggwa eolmana neoreul wonhago inneunji.*

—¿Cantas en coreano?

—Sí

—¿Qué significa eso que tarareas?

—La traducción más o menos sería: «Este dolor que me llena, como si mi pecho fuera a estallar, por cuanto te deseo...».

Oír eso y sentir su mirada, a Alma le aceleró de nuevo el corazón.

—¿Cómo se llama esta canción?

—*If It Is You*.

—¿Y quién la canta?

—Jung Seung Hwan, un joven cantante surcoreano. ¿Lo conoces?

Alma negó con la cabeza. Era la primera vez que oía aquel nombre.

—No. Pero la melodía y su voz son preciosas —dijo, sin saber por qué.

—Lo son —afirmó Saem.

—No conozco la música coreana —admitió ella—, a excepción de algunas de las canciones que salen en la serie coreana *Crash Landing on You*.

Saem soltó una risotada.

—Nunca imaginé que tú vieras series coreanas. —Y acercó su nariz a la de ella.

—Y no las veo. Pero mis amigas se pusieron tan pesadas que al final caí. Y, por cierto, ¿te han dicho que tienes un aire al capitán Ri? —Él asintió y ella continuó—: ¿Has visto la serie?

—No.

—Pues es curiosa, divertida y muy muy romántica.

—Eso he oído —afirmó divertido.

Cuando la canción acabó y comenzó otra, Saem, asiéndola entre sus brazos, la llevó hasta su despacho, que estaba junto a la cocina. Al entrar, Alma miró todo a su alrededor. Ordenado y limpio.

La sentó sobre la mesa del despacho, y, sin hablar, le desabrochó el chaleco y cuando este cayó a un lado, le quitó el sujetador. Mientras Saem disfrutaba saboreando sus pechos, Alma le desabrochaba el botón y la cremallera del pantalón y metía su mano dentro del calzoncillo. Los jadeos de ambos se intensificaron.

Sin darle tregua, se bajó de la mesa y, arrodillándose ante él, lo miró. Aquella mirada volvió loco a Saem y más cuando, instantes después, notó cómo la húmeda lengua de ella recorría toda su erección para acabar introduciéndola en la boca.

El placer les recorrió el cuerpo.

La intimidad entre los dos se acrecentó.

El deseo por poseerse los estaba volviendo locos, y Saem, moviéndose, le dio a un botón y el sofá marrón que había frente a ellos se convirtió en una cama.

—Menudo picadero tienes aquí preparado —cuchicheó ella.

Saem, al captar la picardía en su mirada, sonrió. Alma se levantó. Con rapidez se desabrochó el pantalón y se quitó las bragas, mientras Saem se deshacía de la camisa, los pantalones y calzoncillos.

Desnudos, se miraron.

—Me gustas y me aceleras el corazón, Sara —susurró él—. No sé si serás mi destino, pero solo quiero estar aquí contigo.

Oír aquello y sentir su mirada, a Alma le erizó todo el vello del cuerpo. Los hombres con los que tenía sexo esporádico nunca le habían dicho algo así. Como mucho decían cosas como «¡Qué buena estás!» o «¡Me pones mucho!». Pero algo tan sentido nunca. Besándose se tumbaron en el sofá.

Pasaron los siguientes minutos en la cama disfrutándose. Chupándose. Lamiéndose. Reconociéndose y atreviéndose cuando Saem, interesado en saber, preguntó:

—¿Te agrada de esta forma?

—Sí... sí...

Notar el dedo de Saem metido en su vagina, moviéndose con celeridad, era una delicia. Ella, que tenía entre sus manos la dura erección de él, también quiso saber:

—¿A ti te gusta así?

Saem asintió. Y tras un nuevo jadeo de placer por cómo ella lo tocaba, murmuró:

—Necesito estar dentro de ti, ¡ya!

—¡Hazlo! Yo también lo necesito.

Saem, que sacó del mueble de al lado del sofá un preservativo, se lo colocó, se posicionó sobre ella, se metió entre sus piernas y, tras un beso cargado de posesividad, mirándola a los ojos, la poseyó.

Aquello hizo que ambos soltaran un contundente grito de placer.

—Sí... —jadeó Alma posando sus manos en el trasero de él.

—¿Así, Sara? —preguntó él, avivado por el fuego y el loco placer que veía en ella.

—Sí.

Saem era un amante nada egoísta, y eso le gustó. Los hombres con los que solía tener sexo simplemente buscaban su propio placer, como ella egoístamente buscaba el suyo. Pero él no era así. Saem preguntaba. Se interesaba. Necesitaba sentir que ella estaba bien. La poseía no solo con el cuerpo, sino también con la mirada, con sus palabras, con su manera de besarla. Y deseosa de que él se sintiera poseído por ella, adelantó su pelvis con fuerza para encontrarlo en el camino.

—¿Así te gusta? —siguió preguntando ella, al oír el jadeo de Saem.

Tembloroso, al sentir aquella sensación asintió, y dejándose llevar como dos animales salvajes, tras varias embestidas por ambas partes el clímax les llegó.

Agotados y satisfechos, durante unos minutos sin moverse, permanecieron abrazados cuando ella tiró de la camisa de él y se la colocó sobre la cintura.

—¿Tienes frío?

Alma negó con la cabeza. Aunque era una mujer segura de su cuerpo y de sí misma, estar con aquel hombre más joven de pronto le dio inseguridad. ¿Cómo hacía Nuria para sentirse tan segura con los jóvenes con los que se acostaba?

Alma no llevaba una talla 36 como seguramente tendrían las chicas que tuvieran sexo con Saem. Ella era una mujer madura de talla 42/44.

—¿Te ocultas de mí? —se sorprendió él.

Alma se acaloró. Decirle que sí era mostrar su inseguridad. Él retiró la camisa que cayó al suelo y paseó sus manos sobre las curvas de ella.

—Eres preciosa —señaló—. Única e irrepetible. Que nada ni nadie te hagan creer lo contrario.

Alma con el corazón a mil sonrió. Saem la hacía volar. Estaba claro que Romina tenía razón. Los coreanos eran románticos y caballerosos.

—¿Ahora la experiencia está completa? —preguntó, nerviosa por la intensa mirada de él.

Saem sonrió. Y sin hablar, solo besándola, le hizo saber que la experiencia continuaba.

Capítulo 16

El párroco de la iglesia, con una sonrisa en los labios, ante todos los feligreses que lo escuchaban dijo:

—El Señor bendiga estos anillos que vais a entregaros el uno al otro en señal de amor y fidelidad.

Carolina y Pablo, los novios, respondieron:

—Amén.

Acto seguido, Pablo, cogiendo uno de los anillos que portaba la linda niña de las arras, comenzó a colocárselo a la novia.

—Carolina, recibe esta alianza —recitó— en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Romina, la emocionada madre de la novia, lloraba a mares, cuando su hija, Carolina, cogió el otro anillo y se lo puso a Pablo en el dedo.

—Pablo, recibe esta alianza en señal de mi amor y fidelidad a ti. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Romina, incapaz de contenerse, lloraba y lloraba. Alma, al ver que su hija, Virginia y Leyre la miraban, se extrañó.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Estas, divertidas, se miraron.

—Que estamos esperando a ver qué dices hoy —dijo Leyre.

Nuria y Alma cruzaron una mirada cómplice.

—Tres meses, ¡no les doy más! —vaticinó Alma.

—¡Mamáááá! —murmuró, muerta de risa, Natalia.

Pero todas se miraron y entendieron. Carolina y Pablo eran una bomba de relojería, y todas pensaban lo mismo.

—Alma, el vestido de Carolina es precioso —intervino Estíbaliz—, y Romina esta impresionante con ese vestido fucsia.

Alma sonrió. El vestido de mikado de Carolina era uno de los que había creado la última temporada y estaba causando furor entre sus clientas. Por suerte para ella, Carolina no quiso hacer ningún cambio. Lo aceptó tal y como lo vio en el maniquí, y Alma se alegró. Así tendría menos quebraderos de cabeza. En cuanto al vestido de Romina, al haberse casado sus dos hijas en tan poco espacio de tiempo, quería algo diferente. Por lo que esta vez creó para ella un vestido con escote en pico, manga tres cuartos y detalle de flor en la cintura.

Acabada la ceremonia, llegaron el arroz, los pétalos de rosa y, cómo no, ¡la purpurina!

Cuando se montaron en el vehículo para ir al banquete, Natalia, mirando a sus abuelos, preguntó:

—¿A que hoy mamá está muy guapa?

Alma sonrió. Se decía que la felicidad embellecía, y sin duda ella se sentía feliz por lo que estaba viviendo con Saem.

—Si se tapase los hombros, enseñara menos pechuga y fuera más discreta, te diría que sí —soltó su madre, aguafiestas.

—Yayaaaaa —se quejó Natalia.

Alma, que conducía, no perdió su sonrisa. El vestido que llevaba, de un tono violeta y palabra de honor que ella misma había diseñado, era una preciosidad.

—Me gusta enseñar los hombros —se limitó a decir.

—Te gusta enseñar demasiado —gruñó su padre.

—Yayo. Pero ¿qué dices? —se metió Natalia.

—Mi verdad —replicó él.

—Pues tu verdad no me gusta. Y que sepas que cada día soporto menos que le habléis a mi madre así.

—¡Buenooooo! —siseó Cecilia, mirando a su marido.

Alma rápidamente con su mano derecha tocó la pierna de su hija. En silencio le indicó que no merecía la pena seguir con aquello, y el resto del camino, hasta el convite, lo hicieron sin decir palabra. Era lo mejor.

Durante el banquete y alejadas de los abuelos, reinó la alegría.

—Me he creado una cuenta en Bumble —anunció Nuria.

Alma, que sabía que aquello era una red social tipo Tinder, preguntó:

—Pero ¿no decías que pasabas de esto?

Nuria asintió.

—Lo pensé mejor y mira, como en esta red las únicas que podemos dar el primer paso somos nosotras, me animé. —Nuria, enseñándole una foto, explicó—: He hecho *match* con este guaperas. ¿Qué te parece?

Alma miró el teléfono de su amiga. Ante ella tenía a un hombre de unos cuarenta años. Pelo oscuro. Ojos claros. Sonrisa canalla. Por lo que leía, era gestor financiero y por lo que parecía en varias de sus fotos vivía en el lujo.

—De tu estilo. Un sinvergüenza de una noche loca.

Nuria recuperó su teléfono. Lo que su amiga decía era cierto.

—Mañana he quedado con él —replicó, sin inmutarse. Alma sonrió. Y ella añadió—: Será un polvete mañanero. Quería que fuéramos a su casa, pero paso. Así que he quedado en el bar que hay enfrente del hotel.

Ambas sonrieron con complicidad.

—¿Nunca has pensado en encontrar a alguien especial? —le preguntó Alma.

—No. —Alma no se podía quitar a Saem de su mente; su amiga prosiguió—: Los unicornios de los que hablamos están en fase de extinción, por lo que dudo que yo conozca a uno. Con haber sido tomada por tonta una vez tuve bastante. Además, soy tan insoportable como práctica y realista. A mí nadie me soportaría, porque a veces no me soporto ni yo.

—Yo te soporto. ¿Por qué no iba a hacerlo una pareja?

—Pero ¿qué tontería de pregunta es esa?

—¿No te gustaría enamorarte y sentir que te quieren? Vivir tu propia historia de amor con final feliz.

—El final feliz ya me lo busco yo.

—No me refiero a eso, Nuria.

Nuria sonrió. Claro que le gustaría vivir algo así. Pero era consciente de las barreras que había levantado a su alrededor.

—¿El coreano te está enamorando? —quiso saber—. No me digas que te hace volar y al final es un ¡unicornio!

Saliendo de su ensoñación rápidamente, Alma negó con la cabeza. Aunque fantaseara con Saem, sabía que lo que había entre ellos no era nada.

—Pero ¡qué dices! —gruñó.

—Entonces, ¿qué has bebido hoy? —Alma se rio. Su amiga tenía razón. ¿Qué hacía preguntando por el amor?—. Dudo que mi corazón congelado vuelva a descongelarse —sentenció Nuria.

—¡Lo dudas! ¡Pero no lo sabes!

—Lo sé, Alma. Lo sé. Y con tener mi final feliz cuando me apetece y que nadie me complique la vida, tengo suficiente. ¿Acaso tú no?

Alma, con pesar, sonrió. Nuria, le gustara o no, tenía razón.

—Mañana en el hotel ¡pásalo en grande! —le deseó.

—¡Te lo aseguro! —Y luego Nuria susurró—: Por cierto, se te nota.

—¿El qué se nota?

—Cierta ilusión con aire asiático.

—Pero ¿qué dices?

—Tienes la piel más tersa. Pero cuidadito, que yo diría que comienza a haber algo de ojera coreana. —Alma parpadeó. ¿Tanto se notaba lo que Saem le provocaba? Nuria preguntó—: ¿Anoche a qué hora llegaste a casa?

—A las dos.

Nuria asintió. Su amiga llevaba dos semanas viéndose con Saem.

—¿Estuvisteis otra vez en su restaurante? —quiso saber. Y ante el gesto afirmativo, continuó con el interrogatorio—: ¿Por qué no vais a tu casa o a la suya?

—Porque ese lugar nos vale.

Ella lo entendía, pero volvió a la carga:

—A ver, Caramelito —se mofó—. Tú nunca repites, a excepción de con tu vecino Ricardo porque es tan práctico como tú. ¿Tan bueno es el tal Saem en el sexo? —Alma hizo un gesto de aprobación. Saem no solo era bueno en el sexo. Era increíble en otras muchas cosas de la vida, y Nuria cuchicheó—: Cuidadito, a ver si te vas a enamorar.

—¡No digas tonterías! Esto es sexo. Nada más.

—Vale, loba. Pues cuando te canses de él, preséntamelo. Me gustaría probar ese asiático que los Masters del Universo te enviaron.

—¡Perfecto! —afirmó Alma, sin dejar de sonreír, pero con cierto escozor.

¿En serio iba a querer que aquello ocurriera?

¿Realmente querría que Saem mirara a su amiga, la besara o le dijera las cosas bonitas que a ella le decía? No. ¡Definitivamente, no!

Cuando los novios cortaron la tarta, Romina y su marido volvieron a lloriquear. Todo lo que sus hijos hacían les emocionaba, aunque

cuando Carolina metió la mano en la tarta, cogió un trozo y se lo restregó a su marido en la cara y viceversa, se horrorizaron. Pero ¿qué estaban haciendo?

Acabado el momento tartazos, en el que todo el mundo se quedó sorprendido, y después de limpiarse, comenzó a sonar cierta musiquita y la novia se levantó con su ramo en la mano. A Alma se le paró el corazón al ver que Carolina se paraba y se lo entregaba a su hija.

—Si es especial, es porque merece la pena —le dijo.

La novia y Natalia entre aplausos se abrazaron y, segundos después, la primera se alejó. Natalia, con el ramo de novia que su amiga le había dado en las manos, fue consciente de que todos los de la mesa la miraban, en especial su madre.

—¡¿Quéééé?! —exclamó. Nadie dijo nada. Y ella dirigiéndose a Alma, soltó—: Carolina y sus cosas, ¡no le des más vueltas! Mamá por favorrrr.

Alma asintió. Esperaba que no se cumpliera eso de que la siguiente en casarse era la persona que cogía el ramo de la novia y tras ver cómo sus padres las observaban no dijo más. Era lo mejor.

Durante el baile, como siempre, el grupo de amigas bailó hasta el agotamiento. Si algo les gustaba era una buena fiesta con música, y las bodas eran un lugar idóneo para reír, bailar y desfogarse todas juntas.

A las doce de la noche, Natalia se acercó a su madre. Se marchaba.

—Llevas tú a los yayos a casa, ¿verdad? —le preguntó.

—Claro, corazón.

—Mañana, sobre la una y cuarto, paso a buscarte por casa para ir juntas al restaurante que está por la Cava Baja. He quedado allí con

mi chico a las dos en punto. —Alma asintió, y Natalia la abrazó—. Qué ganas tengo de presentártelo.

Ver la emoción de su hija hizo que ella también se emocionara. Si Natalia era feliz, ¡ella lo era también! Cuando la joven se marchó, Nuria se acercó.

—Me muero por saber quién ha enamorado de tal forma a nuestra niña.

—¡Y yo! —exclamó Alma.

Cuando esa madrugada Alma llegó a su casa, tras dejar a sus padres en la suya, su perro Sugar corrió a recibirla. Encantada y soltando los zapatos de tacón que llevaba en la mano, sin importar si el precioso vestido violeta de seda se arrugaba más de lo que ya estaba, se sentó en el suelo y abrazó a su perro.

—Hola, gruñoncete —murmuró.

Sugar, feliz, se la comía a lametazos; finalmente Alma se levantó, se desnudó, fue al baño para quitarse el maquillaje, y una vez que regresó a su habitación, se tiró en la cama y abrazada a su perrete y pensando en Saem, en su más loca fantasía asiática, se durmió. Estaba agotada.

Capítulo 17

A las once y media de la mañana el sonido del teléfono la despertó. Era su madre para contarle que su padre no había pasado buena noche por culpa del salmorejo que tomó el día anterior en el banquete. Alma se ofreció a llevarlos al médico, pero Cecilia se negó. Su padre ya estaba mejor.

Concluida la conversación con su madre, Alma se quedó tumbada en la cama con Sugar en su regazo. Durante varios minutos, dueña y mascota interactuaron. Jugaron. Juntos siempre se lo pasaban muy bien. De pronto, el teléfono le sonó, y al ver de quién era el mensaje, sonrió.

Saem
¿La boda fue divertida?

Suspiró. El rollito que se traía con él le gustaba. Ambos sabían que aquello era lo que era. Tecleó:

Yo
Tremendamente divertida.

Saem, que sentado en su cocina se tomaba un café, sonrió. La noche anterior, al terminar el servicio de cena en Mesa Trece, pensó en ella. Sabía que estaba de boda. Le hubiera encantado ir a recogerla para pasar un rato juntos, pero no le escribió. Apenas conocía a Sara, pero por lo poco que sabía de ella, le daba la sensación de que era una mujer independiente a la que no había

que agobiar. Por ello había esperado hasta ese momento para escribirle.

Saem
¿Qué haces?

Yo
En la cama.

Imaginarla en la cama a Saem lo excitó.

Saem
Lo que daría por estar ahí.

Juguetona, Alma, al leer aquello preguntó:

Yo
¿Y eso?

Divertido, por verla animada, tecleó:

Saem
Mmmmm.

Alma soltó una carcajada, y rápidamente escribió:

Yo
Me gusta ese mmmm.

Durante un rato no pararon de mandarse mensajes. Desde la distancia, mantenían un extraño juego casi de adolescente. Ninguno de los dos jugueteaba así con nadie. Cada uno a su manera disfrutaban del sexo sin compromiso.

Saem
¿Qué vas a hacer hoy?

Aquella pregunta le hizo recordar a Alma la comida con su hija y su novio. Pero, sin querer profundizar en aquello que le agobiaba, respondió:

Yo
Planes familiares. ¿Y tú?

Él, observando a su perra, que devoraba su desayuno, escribió:

Saem
Algo parecido y después trabajar.
¿Te apetece que nos veamos esta noche?

Yo
¿Otra vez?

Saem
¿Por qué no?

Yo
Tienes razón. ¿Por qué no?

Saem
He de ir a DeLokos esta noche sobre las diez y media. Tengo que hablar con mi tío Mario. ¿Nos vemos allí sobre las once?

Yo
Allí nos vemos. Besos.

Saem
Besos.

Luego, con una sonrisa en los labios, Saem recogió el cuenco de su perra, que había quedado reluciente, lo dejó en el fregadero y se dirigió a la ducha. Tenía planes.

Capítulo 18

Algo nerviosa, pero contenta por ver la felicidad de su hija, Alma caminaba con ella por la calle en dirección al restaurante en el que habían quedado en la Cava Baja con el novio de Natalia. Verla tan pizpireta y emocionada a Alma le hacía sonreír.

—Mamá, estoy muy feliz —admitió Natalia.

—Me alegro.

—Y nerviosa.

—Tranquila.

—¡Vas a conocer a mi unicornio!

—Sí, corazón —afirmó con una sonrisa—. Lo voy a conocer. Pero tampoco exageres. ¿Cuándo te ibas con tus amigos a Portugal a hacer escalada? —le preguntó Alma.

—En junio —respondió su hija—. Habíamos pensado ir a Serra da Arrábida, que está cerca de Lisboa, pero no sé si de momento lo voy a posponer.

—¿Por qué?

—Mamá, pues porque tengo otras cosas mejores que hacer.

Madre e hija se miraron.

—¿Lo pospones por él? —preguntó Alma con seriedad.

—Sí.

—Pero, Natalia. Que solo os conocéis desde hace tres meses. No condiciones tus planes de vida por...

—Mamá, no te tomes a mal mis palabras, pero es mi vida, soy mayor y yo decido. ¿Entendido?

Alma asintió. Aunque le jorobara que Natalia pospusiera sus planes por aquel hombre, sabía que insistirle era lo peor.

—De acuerdo —no insistió.

Caminaron en silencio unos metros.

—Mamá, le he preguntado su signo del zodiaco y es Capricornio —señaló Natalia—. Se lo diré a la tía Estíbaliz, para que me cuente cosas sobre mi signo y el de él. ¿Crees que Cáncer y Capricornio son compatibles?

—No lo sé, cielo. Tu tía, encantada, te dirá.

Fueron las primeras en llegar al restaurante, así que decidieron esperar en el pequeño jardín interior que allí había tomándose algo junto a otros comensales.

—¡Ahí está! —exclamó Natalia de pronto.

Con una sonrisa en los labios, Alma se dio la vuelta para mirar y se quedó literalmente congelada. A pocos pasos de ellas, junto a otras personas que entraban en la terraza venía Saem hablando con un hombre. Vestía vaqueros, camisa y una americana gris marengo de sport, que le sentaba muy bien.

Pero ¿qué hacía Saem allí?

Dándose la vuelta, dejó la copa que llevaba en las manos en la barra. Esperaba que él no la viera. Que no la saludara ni se le acercara. Conocía a Natalia y sabía que notaría algo en ella.

—Qué guapo está con esa americana gris —oyó decir a su hija.

¿¡Gris!? ¡¿Americana gris?!

A Alma le temblaron hasta las pestañas.

—Amor, ¡estamos aquí! —dijo Natalia, levantando la voz.

¡No podía ser!

No... no... no...

No podía ser cierto lo que pasó rápidamente por su mente. ¿El novio de su hija era Saem? ¿Natalia era la pareja abierta de Saem?

Se dio aire con la mano. Calor. Le entró un tremendo calor mientras hilaba las cosas que Natalia le había contado de su novio. Guapo. Puntual. Caballeroso. Sabía cocinar. Vivía la relación abierta como su hija. Y, joder, ¡llevaba una americana gris!

¡¿Se estaba acostando con el novio de su hija?! Pero ¿acaso los Masters del Universo se habían vuelto locos?

Apurada, se sacó un abanico del bolso negándose a creer lo que pensaba. El calor que le subía por el cuerpo era asolador. Notó que alguien se les acercaba.

—¡Puntual como siempre! —exclamó Natalia.

Alma, que rogaba que el suelo se abriera y se le tragara, al ver que el suelo pasaba de ella, tragó saliva y tomó aire. El desastre estaba servido. Había que resolver aquel incómodo momento. Por lo que fabricó una de sus sonrisas, se dio la vuelta para enfrentarse al desastre y se encontró con otro hombre de americana gris.

Aquel que tenía ante ella con una amplia sonrisa era un hombre que rondaría los sesenta años. Vamos, que estaba más cercano a su edad que a la de su hija. Un madurito, de buen ver, que la observaba a la espera de que reaccionara.

—Mamá —dijo Natalia—. Te presento a Elías Basagoitia. Elías, ella es mi madre, Alma Santana.

Boquiabierta, Alma parpadeó. Seguía en *shock*, primero por Saem, y ahora por aquel hombre. ¿El novio de su hija era aquel madurito de pelo canoso? E intentando disimular el desconcierto, al ver con el rabillo del ojo que Saem continuaba hablando al fondo, sonrió cuando el tal Elías la abrazó.

—Encantado de conocerte, Alma. Ahora entiendo de dónde le viene a Natalia toda su belleza.

Sin perder la sonrisa, Alma asintió.

—Encantada de conocerte, Elías. Y gracias por el cumplido —respondió, intentando no parecer tonta.

Madre e hija se miraron.

—Dadme un segundo. Iré a avisar a Fernando, el dueño del restaurante, de que estamos aquí —dijo Elías.

Cuando se alejó, Natalia miró a su madre y al verla tan acalorada le preguntó:

—¿Qué te ocurre?

—Nada.

—Mamá, ¡estás blanca!

—Serán los calores tropicales. Uf... madre mía, qué calor.

Alma se dio aire con el abanico.

—¿No estarás así por nuestra diferencia de edad? —preguntó su hija.

Alma la miró. Si pensaba aquello, no tendría que dar la verdadera explicación de por qué estaba tan acalorada.

—No, corazón —dijo.

—¡Mamá!

—Vale, Natalia. No te voy a negar que me ha sorprendido.

—Mamáááá.

—A ver, hija...

—¡Lo sabía! ¡Te lo he visto en la cara!

Alma tomó aire. Lo que realmente su hija le había visto en la cara había quedado eclipsado por aquello.

—Natalia, sabes que soy de las que piensa que para el amor no hay edad, pero tu padre y los yayos...

—Papá y los yayos se tendrán que callar. Es mi vida. No la suya.

Alma asintió. Imaginó lo que sus padres dirían cuando vieran a la pareja de su hija. Como siempre, la culparían a ella de la mala decisión de Natalia, y volverían a recordarle que ella era la gran

decepción de la familia. Y si a eso le sumaba la que iba a montar Carlos, el padre de Natalia, la cosa no pintaba bien. Dándose aire estaba cuando regresó Elías.

—Nuestra mesa, la mejor del restaurante, está preparada —anunció.

—¡Estupendo! —sonrió Natalia, emocionada.

Alma miró con disimulo hacia atrás. Saem seguía hablando con los hombres del fondo. Por suerte, no la había visto.

—Espero que no os importe, pero le he dicho a mi hijo que nos acompañe —dijo entonces Elías, y sin más se volvió y llamó—: Saem.

—¿En serio Saem está aquí? —aplaudió Natalia, feliz.

El corazón acelerado de Alma se desbocó.

No. No. No. No... ¡Eso no podía ser! ¿Su hijo? ¿Saem era su hijo?

Horrorizada, volvió a pedirle al suelo que se abriera, pero tampoco lo hizo esta vez. Con todos los hombres que había en el mundo, ¿justo su hijo tenía que ser aquel?

Saem, que hasta el momento había permanecido ajeno a todo el drama que en silencio Alma vivía, al mirar hacia donde su padre estaba, se quedó parado. ¿Aquella era Sara?

Sin entender qué hacía su padre con la mujer que no se podía quitar de la cabeza, con prudencia se acercó a ellos.

—Hijo, quiero presentarte a mi novia, Natalia —anunció su padre.

Sorprendido por aquella noticia, Saem miró a la joven que Elías tenía agarrada por la cintura.

¿Novia? ¿Su padre tenía novia?

Y tras cruzar una mirada significativa con su progenitor, para que la joven no se sintiera mal, se acercó a ella y le dio dos besos.

—Encantada de conocerte, Saem.

—Lo mismo digo, Natalia.

Rápidamente miró a Sara. Esta, a pesar de estar a su lado, miraba hacia otro lado. ¿En serio no lo iba a saludar?

—Tu padre me ha hablado mucho de ti —prosiguió Natalia.

—¡Espero que bien!

—Muy bien —afirmó la joven.

Saem, aún desconcertado, con la mejor de sus sonrisas continuaba buscando la mirada de Sara.

—Saem, ella es Alma Santana, la madre de Natalia —presentó su padre.

Saem parpadeó, y, sin poder evitarlo, miró a Alma, que ahora sí lo observaba con gesto de «ni se te ocurra decir que me conoces».

—¡¿Alma?! —exclamó.

—Sí.

—¿Su madre?

Ella, paralizada por el momento, se limitó a asentir.

—Podría decirse que parece su hermana mayor —señaló Elías, halagador.

Natalia sonrió.

—No eres el primero que lo dice —afirmó.

Saem, sorprendido, al tiempo que molesto por descubrir aquellas mentiras y ver que ella quería hacer como que no se conocían, asintió, y tras darle dos castos besos en la mejilla, mantuvo las distancias.

—Encantado de conocerte..., Alma —dijo.

—Lo mismo digo, Saem —respondió ella, apurada.

Durante unos instantes se quedaron en silencio.

—Me llama Francisco. Enseguida regreso —dijo de pronto Elías, sin soltar la cintura de su novia.

—¡Voy contigo! —indicó Natalia.

Cuando los dos se alejaron, Saem miró a Alma, que no sabía dónde meterse.

—¡¿Alma?! —murmuró.

—Ni se te ocurra decir que nos conocemos —le pidió, horrorizada, por no haber aclarado en su momento sus tontas mentiras.

—¿Por qué?

—Porque no, y no me montes un numerito —respondió, azorada.

—¡¿Numerito?!

—¿Te has visto la cara? —gruñó ella, moviéndose.

Al hacerlo, inconscientemente se golpeó en la cadera con el pico de una mesa. Rápidamente, Alma se encogió.

—¿Estás bien? —se interesó él.

Alma, dolorida por el picotazo que se había dado, asintió.

—Lo sé. Mentí. Es ridículo que... —dijo con rapidez.

—Exacto —la cortó—. Esto es ridículo. Y que sepas que si algo no me van son los numeritos.

Y sin más, se alejó hacia la barra dejando a Alma sola y sin saber qué hacer. Segundos después, una feliz Natalia se acercó a su madre.

—¿Y Saem? —preguntó, sorprendida al verla sola.

—Fue el baño —mintió.

—Mamá, ¿estás bien?

Apurada por el tsunami de sentimientos que tenía en su interior por todo lo ocurrido, al ver cómo su hija la observaba, respondió:

—Sí. Es... es solo que...

—¡Lo sé! Mamá, no disimules que lo sé.

Alma, horrorizada, abrió los ojos.

—¿Qué sabes? —preguntó en un murmullo.

—Sabes perfectamente que me he dado cuenta. —Agitada por lo que su hija decía, cuando iba a hablar, ella prosiguió—: Te ha

chocado nuestra diferencia de edad y por eso estás así. Por Dios, ¡pero si estás hasta pálida!

Oír eso tranquilizó a Alma un poco.

—A ver, Natalia... —empezó; quería ser coherente.

—Mamá. Siempre te he oído decir que la edad es simplemente un número en el pasaporte o en el carné de identidad...

—Y lo es, corazón, ¡claro que lo es!

—¿Entonces? ¿Qué ocurre? ¿Por qué tienes esa cara y por qué te tiemblan las manos? —Alma suspiró. Contarle a su hija que no solo estaba sorprendida por lo que ella creía estaba fuera de lugar. Natalia continuó—: Antes de que lo preguntes, te diré que Elías tiene sesenta años. La edad de papá.

Alma calculó con rapidez. Si Natalia tenía treinta y cuatro años y aquel sesenta como su ex, la diferencia de edad entre ellos era de...

—Sí, mamá. Veintiséis años de diferencia.

—¿A él también le gustan las parejas abiertas? —No pudo evitar la pregunta.

Natalia movió la cabeza y tomó aire.

—Ni sí. Ni no —musitó. Alma parpadeó. Si algo había tenido siempre claro Natalia era que nadie coartaría su libertad en las relaciones—. Él me conoció sabiendo que la exclusividad no es lo mío.

—Pero, Natalia...

—Mamá, no te preocupes ahora por eso.

Aturdida no solo por lo que su hija decía, Alma asintió.

—Discúlpame si te hice sentir incómoda, pero me he sorprendido —admitió—. Esperaba que tu novio fuera alguien de tu edad, no alguien de la edad de tu padre y...

—Por eso quería que lo conocieras para que entendieras que Elías es especial. Y no te quedaras solamente con que es un hombre

maduro de la edad de papá.

—Temo cómo se lo va a tomar tu padre.

—Por el tema edad, ¡drama! Ya te lo digo yo. Pero en cuanto sepa que económicamente Elías tiene poder, le encantará —se mofó ella.

En ese momento vieron a Saem cruzar el jardín en dirección al interior del restaurante.

—Qué atractivo es el hijo de Elías, ¿verdad? —dijo Natalia, observándolo. Alma, incapaz de hablar, asintió cuando Natalia prosiguió—: Elías me ha hablado maravillas de Saem. Al parecer, tiene un restaurante en Madrid del que es chef y es copropietario de un local de copas con su tío Mario, hermano de Elías. —Alma, con el corazón acelerado y sin querer revelar lo que ya conocía, siguió haciendo un gesto de asentimiento—. Como diría la tía Nuria, ¡por favorrr! Qué revolcón tiene Saem.

—¡Nataliaaaaa!

Y las dos sonrieron con complicidad.

—Vamos, mamá. La mesa está preparada —le dijo.

Con decisión, Alma caminó junto a su hija. El desastre ya estaba servido. Solo tocaba aguantar el chaparrón.

Al entrar en uno de los comedores privados, vieron a Saem con su padre ya sentados a una mesa. Sus gestos eran serios. En cierto modo tensos. Cuando las vio, Elías mudó su expresión y se levantó.

—Aquí llegan las dos bellezas del restaurante —les dijo, adulador.

Natalia sonrió. Saem también se levantó y los dos se comportaron como dos perfectos caballeros retirándoles las sillas para que se sentaran.

—Alma, ¿te gusta el vino? —indagó Elías.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Sobre todo hay uno que le encanta —intervino Natalia.

—¿Será el albariño? —soltó Saem.

Alma lo miró con frustración.

—¡Qué fuerteeee! —exclamó Natalia—. ¿Cómo lo has sabido?

Consciente de que había soltado aquello sin pensar, se hizo el sorprendido.

—¿Lo he acertado? —preguntó, Natalia asintió y él dijo—: ¡Increíble!

Todos sonrieron, mientras Alma intentaba serenarse. O lo hacía o allí terminaría todo muy mal, pues estaba claro que Saem estaba molesto.

La comida comenzó. Natalia y Elías no paraban de charlar y bromear, mientras Saem y Alma disimulaban su incomodidad intentando ser participativos. En ese rato Alma se fijó en lo mucho que a Elías le gustaba el lujo. Reloj Rolex. Traje de Armani. Gemelos Montblanc. Sin duda era un hombre gustos caros.

—¿Trabajas, Elías? —preguntó, interesada.

—Sí. Soy un alto directivo de un importante banco hispano-asiático.

—Vaya... —murmuró Alma sorprendida.

—Natalia me comentó que tú eres diseñadora y diriges tu propia tienda de vestidos de novias.

Saem ni la miró, no pareció acusar la nueva información. Otra mentira.

—Mamá es la dueña, diseñadora y directora de Diva y Radiante —explicó Natalia—. Una empresa que ella y tía Nuria levantaron de la nada.

—¿Dos mujeres solas?

Alma lo miró. No conocía a Elías, pero sí conocía aquel gesto y el porqué de aquella pregunta.

—Sí. Nosotras dos solas —respondió con tranquilidad—. Sin la ayuda de ningún hombre.

—¡Qué interesante! —afirmó Elías.

Durante gran parte de la comida hablaron sobre aquello. Elías estaba interesado en saber sobre Alma, y esta, aún nerviosa, intentaba parecer natural mientras sus mentiras se descubrían una a una.

—Por cierto, me ha dicho Natalia que otro día comeremos con su padre.

Saem levantó la cabeza del plato.

—¿Tu padre? —preguntó, sorprendido. Natalia, sin entenderlo, asintió, y Saem insistió—: ¿Tu padre vive?

—Sí —contestó ella, un poco extrañada por la pregunta.

Saem, incrédulo, asintió. Tampoco era viuda. ¿Estaba casada?

—Mi exmarido comerá con nosotros otro día —se apresuró a explicar Alma, entendiendo lo que podía estar pasando por la cabeza de Saem—. Está de viaje y por eso no ha podido venir.

Exmarido. Aquel término tranquilizó a Saem. Si algo había tenido siempre claro era que no quería tener nada que ver ni con una casada, ni con nadie que tuviera pareja. En ese momento, una mujer se acercó a ellos.

—¡Qué alegría veros por aquí! —dijo, posando sus manos sobre los hombros de Saem.

Se trataba de Rocío, la mujer de Francisco, el dueño del restaurante, y amablemente comenzó a hablar con ellos. A los pocos segundos se les unió Isabel, la hija de Rocío, y cuando se marcharon, Elías, que estaba disfrutando del postre, miró a su hijo.

—Tienes a Isabelita en el bote. Llámala —comentó.

Saem miró a su padre con gesto serio. ¿Qué hacía diciendo aquello?

—¿Y tú, Saem, sales con alguien? —curioseó Natalia.

—No.

—¿No sales con nadie? —preguntó Alma, sorprendida por aquella respuesta.

Él la miró a los ojos cuando su padre soltó:

—Salía con una preciosa *influencer* y...

—Papá —lo cortó Saem.

—Actualmente su única relación es con Freya, su perra —terminó Elías.

Alma levantó las cejas. Pero ¿no tenía novia?

Saem, molesto porque su padre hubiera mencionado a su ex, con cierta sequedad afirmó:

—Freya y yo tenemos una perfecta relación abierta —afirmó Saem, con cierta sequedad, molesto porque su padre hubiera mencionado a su ex.

Escuchar aquello hizo reír a Natalia, y de pronto se levantó y, tras coger a su novio Elías de la mano, miró a su madre y Saem.

—Disculpadnos un segundo —les dijo—, pero acabo de ver a mi amiga Marivi pasar por la puerta y quiero presentarle a Elías.

Alma asintió.

—¿Tu perra es tu relación abierta? —preguntó, incapaz de callar, cuando los dos se alejaron.

—Sí.

—Dijiste que tenías novia.

—Nunca dije que tuviera novia.

—Lo dijiste. Incluso una vez te oí hablar con ella por teléfono y la llamabas «preciosa».

Saem levantó la mirada del plato.

—Solo dije que tenía una relación abierta —respondió, omitiendo aclarar quién era Preciosa—. No como tú, que lo único que has hecho es mentir. Viuda. Inspectora de policía. Sin hijos... ¿sigo?

Con gesto serio, Saem continuó comiendo. Alma quería hablar con él. Aclarar el porqué de las tontas mentiras, y tras ver a su hija y a su novio hablando con Marivi, tomó aire para hablar.

—Ahora no quiero explicaciones —dijo Saem sin mirarla.

—Pero...

—No me van los numeritos —la interrumpió.

Molesta por aquello, maldijo; Natalia y Elías volvieron a la mesa.

—Marivi te manda saludos —le dijo su hija.

Alma sonrió. Isabelita, la hija de los dueños, se acercó a Saem con otra joven. Por cómo hablaban los tres, estaba claro que se conocían.

—Este hijo mío ¡triunfa con las mujeres! —exclamó Elías cuando las dos chicas se marcharon.

—Papá.

—No te quites mérito, hijo. No hay mujer que se te resista con esa varonil carita asiática que tienes. Ya decía tu madre, Hye-Jin, que su cachorro era muy guapo. Le encantaba repetirlo una y otra vez hasta la saciedad.

Saem lo miró. Que mencionara a su madre, aunque fuera para ensalzarla, lo había terminado de cabrear y dejando la servilleta sobre la mesa, cogió el móvil que le sonaba.

—Disculpad. He de contestar —dijo.

Elías, consciente de que había mencionado a Hye-Jin, se levantó también.

—Aprovecho para ir a comentarle algo a Francisco —dijo.

Cuando padre e hijo salieron del comedor privado, Saem se volvió hacia su padre, ignorando su teléfono.

—¿¡Tu novia!? —siseó.

—Saem...

—Joder, papá.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? Te he dicho mil veces que no quiero que el nombre de mi madre salga de tu boca. —En silencio se miraron; el joven, molesto, preguntó—: ¿Y esta encerrona? —Elías no contestó y él insistió—: Maldita sea, papá ¿Qué narices haces con esa chica? Pero ¡es que tú no aprendes!

—A ver, Saem...

Saem soltó una maldición. Aunque tenían trato, su relación no era la ideal.

—¡No tuviste suficiente con lo de Verónica, que ahora quieres joderle la vida a otra! —lo interrumpió.

En un incómodo silencio se miraron. Desde pequeño, a Elías la enigmática mirada de Saem lo desconcertaba. Le provocaba una inquietud silenciosa que nunca supo explicar. Hye-Jin, la madre de Saem, siempre dijo que la mirada de su hijo era así porque desde muy pequeño se había dado cuenta de que la vida no era un juego, sino una responsabilidad. Algo que Elías nunca entendió.

—No me mires así, Saem —gruñó—. Sabes que me incomoda.

—Ese es tu problema. No él mío —respondió el joven.

Saem creció teniendo una personalidad muy definida que le hizo aprender a respetar los silencios de los demás y sobre todo a hacerse escuchar sin levantar la voz. Era cumplidor, cariñoso y responsable con su madre, algo que hacía a modo de protección ante el desinterés y frialdad de su padre.

En la mesa, y ajenas al enfrentamiento de los dos hombres, Natalia y Alma seguían comiendo su rico postre. Natalia miraba nerviosa hacia la puerta por donde ellos habían desaparecido mientras a Alma la cabeza le iba a explotar.

—¿Se puede saber qué te pasa, mamá? —le preguntó Natalia.

—Nada.

—Y si no te pasa nada, ¿por qué tengo la sensación de que sí te pasa algo?

Alma, acalorada y hasta revuelta, miró a su hija.

—Corazón, simplemente estoy sorprendida. Eso es todo.

—¿Qué te ha parecido Elías? —preguntó.

—Bien.

—¿Solo bien?

—A ver, hija. Acabo de conocerlo y...

—Pero ¿te ha caído bien?

—Sí. Pero...

—No me gustan los «peros».

—A ver, Natalia.

—Mamá, ¡me gusta mucho!

Alma cogió aire. Necesitaba serenarse y centrarse en lo importante. En su hija. Y tomando sus manos trató de medir sus palabras.

—Tu felicidad es la mía —replicó—. Y ahora solo necesito ver que él te quiere como tú lo quieres a él. Solo es eso, y lo sabes perfectamente.

—¿Seguro, mamá?

—Sí, Natalia.

—Es que te sigo viendo, no sé... rara.

Con complicidad se miraban cuando Saem y su padre se acercaron a ellas. Ambos regresaban serios.

—Natalia, he de marcharme por un tema urgente —dijo Saem—, pero ha sido un placer conocerte. —Y acercándose a ella para darle dos besos. murmuró en su oído—: Sé lista y aléjate de él. —Natalia, desconcertada, parpadeó. Solo ella había escuchado aquello; luego Saem, sin acercarse a Alma, dijo—: Que tenga buena tarde...

Aquel desinterés la molestó, pero Saem se dio la vuelta y se marchó.

Natalia, sorprendida, miró a su novio y este, sin ser consciente de lo que Saem le había susurrado al oído, miró a Alma.

—Disculpa a mi hijo —le dijo—. Frialdad coreana. No le des más importancia.

Una hora después, tras despedirse de su hija y de su novio, y quedar con Natalia al día siguiente en su casa para hablar, Alma, desconcertada, se dirigió a su hogar. Lo ocurrido aquel día era una locura. ¿Cómo iba a asimilarlo?

Levantando la mano, paró un taxi. Y cuando se puso en marcha, después de darle la dirección, abrió su teléfono y escribió un wasap.

Yo (LOBAS)
He conocido al novio de Natalia. En una hora en mi casa. Compraré manolitos.

Capítulo 19

Con una cerveza en una mano y un manolito de chocolate blanco en la otra, Alma observaba a sus amigas.

—¡Veintiséis años más que ella! —exclamó Estíbaliz.

—Sí. Elías Basagoitia. Vasco. Sesenta años. Capricornio.

—Pero ¿es que Natalia se ha vuelto loca? —insistió Estíbaliz, que añadió—: Cáncer es un signo de agua y Capricornio de tierra. Signos bastante opuestos, pero compatibles si se lo trabajan.

Alma resopló.

—Os habéis comido todos los manolitos de pistacho, ¡sois unas tragonas! —soltó Romina.

Las amigas se miraron y sonrieron. Durante sus conversaciones, que ellas llamaban aquelarres, lo que más les gustaban eran esos deliciosos cruasanes de mantequilla llamados manolitos.

—Pero vamos a ver —dijo Romina, cogiendo de la caja uno de limón—, ¿qué ven las jovencitas en los hombres maduros? Por Dios... que si se casan y tienen hijos, cuando vayan al parque, todo el mundo creerá que es el yayo con su hija y sus nietos.

Nuria puso los ojos en blanco.

—Romina, qué pesadita eres con la edad —dijo Alma.

—¡Es que no lo entiendo! —insistió—. ¿Por qué Natalia tiene que fijarse en un hombre que le saca veintiséis años?

—Porque para el amor no hay edad —soltó Alma—. Y si os soy sincera, Elías, como hombre, aunque no es mi tipo, no está mal.

Pero me preocupa que en el tema sexo sea de exclusividad, cosa que sabéis que Natalia no lo es.

—En eso estoy con Elías —afirmó Romina.

—Pues yo con Natalia... —dijo Nuria—. Hace bien disfrutando del sexo con libertad.

—Eso les va a traer muchos problemas.

—Mal futuro auguro —afirmó Estíbaliz.

Todas se miraron.

—Con ese corte de pelo me recuerdas a Sonsoles Onega —dijo de pronto Nuria mirando a Romina.

Romina sonrió. Parecerse a aquella presentadora, con lo monísima que era, era un gran piropo.

—¿Por qué no nos habías dicho que te habías cortado el pelo? —preguntó Alma.

—Porque quería sorprenderos —respondió Romina, que en los últimos treinta años no había cambiado su larga melena.

—¿Qué ha dicho Roberto? —preguntó Nuria.

—Le gustó.

—Normal. Estás muy guapa —afirmó Alma.

Ella sonrió.

—Estaba esperando a que pasaran las bodas de las niñas para cortármelo; ¡hace tanto calor! —añadió, viendo cómo sus amigas la miraban.

Durante unos segundos hablaron sobre el calor que hacía, hasta que Estíbaliz recondujo la conversación.

—Verás tus padres cuando se enteren de quién es el novio de Natalia —dijo—. No quiero ni imaginar la que te van a montar. Porque, claro, tú y solo tú serás la responsable.

Alma resopló.

—Algo me dice que la vamos a tener muy gorda por el tema de la edad, aunque cuando Carlos vea que Elías nada en dinero, le encantará. Ya sabéis lo materialista que es.

—¿Natalia y el madurito han hablado de boda? —preguntó Romina.

—Madre mía, Romina —murmuró Nuria, mordiendo su manolito de tres chocolates—. Es como si me preguntas si hoy el tipo con el que he tenido sexo me ha hablado de boda.

Estíbaliz y Romina clavaron la mirada en ella.

—¿De quién estás hablando? —preguntó Romina.

—De un tipo que conocí por Bumble —respondió Nuria, chupándose el chocolate que le había quedado en los dedos por el manolito.

—Un sinvergüenza, ¡seguro! —apostilló Romina.

—Con todas las letras —matizó Nuria, que añadió sonriendo—: Y que, por cierto, me ha dejado el clítoris dolorido porque se debía de creer que era un rasca y gana.

—¡Nuria, por favor! —protestó Romina.

Alma no pudo evitar una carcajada. Nuria era tremenda.

—Dijiste que no te abrirías cuenta en Bumble —le reprochó Estíbaliz.

Alma y Nuria se miraron. Tras varias malas experiencias en Tinder, Nuria juró y perjuró que no volvería a usar una red social para ligar.

—Está claro que mentí como una bellaca —soltó—. Fustigadme, ¡soy lo peor!

Tras un breve interrogatorio a Nuria para saber quién era aquel con el que había tenido sexo mañanero, Estíbaliz volvió al tema original.

—Volviendo al tema Natalia. Ese hombre es de nuestra edad —observó.

—Bueno, tiene cinco años más. Sesenta —apostilló Romina.

—¡¿Y?! —preguntó Alma.

—Pues que, si va en serio con ella, no creo que quiera desperdiciar años siendo simplemente novios. Por lo que no tardarán mucho en casarse. ¿Eso lo has pensado?

Alma dio un mordisco a su manolito. Claro que no había pensado en aquello. Toda la información recibida era muy reciente.

—A ver. No adelantemos acontecimientos —trató Nuria de tranquilizar las cosas.

—Pues debería —insistió Romina—. Con los hijos nunca se sabe. Y hablando de hijos, que sepáis que anoche apareció Carolina en casa para quedarse a dormir. Había discutido con Pablo.

Todas la miraron boquiabiertas.

—Dile que me llame. Le llevaré el divorcio —se ofreció Estíbaliz, la abogada del grupo.

Romina resopló.

—Anoche Carolina nos volvió locos a su padre y a mí —siguió explicando Romina—, que si Pablo esto, que si Pablo aquello, y esta mañana, cuando estábamos desayunando, ha aparecido Pablo, y bueno...

—¿Habéis tenido gresca? —preguntó Nuria.

Romina suspiró.

—Fue verse y comerse a besos. Vamos... que yo no los entiendo.

Alma resopló, y durante un buen rato continuaron hablando sobre aquello. Lo de Carolina y Pablo era para estudiar, y, aunque pensó en Saem, no dijo nada. Bastante tenía con escuchar.

—Como te veo más tranquila, creo que deberíamos irnos —dijo Estíbaliz, levantándose.

—Mírala, ¡ahora que se ha acabado la caja de manolitos! —se mofó Nuria.

Estíbaliz puso los ojos en blanco, y luego miró a su amiga.

—¿Te importa que me vaya, Alma? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza. Eran las diez de la noche. Llevaban debatiendo aquello y comiendo manolitos desde las cuatro y media de la tarde.

—Claro que no me importa. No digas tonterías —dijo. Ella también tenía la cabeza como un bombo.

Estíbaliz sonrió.

—Aprovecho y me voy también —se sumó Romina, cogiendo su bolso.

Cuando Nuria y Alma se quedaron solas, la segunda fue a la cocina. Allí, tras tirar la caja vacía de manolitos a la basura, abrió la nevera, sacó dos cervezas fresquitas, y regresó al comedor donde Nuria tocaba la cabecita de Sugar.

En silencio se miraron unos segundos.

—Espero que el sexo de esta mañana fuera bueno —dijo Alma, entregándole la cerveza.

—Normalito, pero divertido —respondió ella con una sonrisa—. Eso sí, uno de los mejores culitos que he visto en mi vida. Durito y con forma de melocotón.

—¿Qué te parece lo de Pablo y Carolina? —quiso saber Alma.

—Pues me parece lo mismo que a ti. ¡Divorcio a la vista! —Luego Nuria recordó algo y lo comentó—: Ya tengo casi preparada la documentación necesaria que el banco nos pidió para estudiar si nos pueden dar el préstamo que necesitamos para la compra del local de al lado y las reformas.

Alma asintió. Habían puesto a la venta el local de al lado. Comprarlo y unirlo al que ya tenían era un gran sueño, una gran idea, pues podrían ampliar estancias.

—Dios... es que lo visualizo. ¡Va a quedar todo tannnnn bonito! —exclamó.

—Y tan amplioooooo.

—Y tan moderno y funcional.

—Elías Basagoitia.

—¡Basagoitia! ¡No puede negar que es vasco! Que todo sea dicho, los vascos somos encantadores —apostilló, recordando su propio apellido, que era Urrutia, y a sus tíos de Barakaldo.

—Mañana vendrá Natalia para hablar —dijo Alma. Nuria asintió. Que hablaran madre e hija era buena idea. Alma prosiguió—: Cuando se enteren Carlos y mis padres me la van a montar.

—Directamente pasa de ellos.

—¿Qué voy a hacer con Natalia?

Nuria dio un trago a su cerveza. La encrucijada en la que estaba su amiga no la querría para ella.

—Respetarla, como has hecho siempre —le aconsejó.

Alma hizo un gesto afirmativo. El respeto era una base primordial que siempre le había enseñado a su hija. El respeto lo era todo. Y tras chocar la cerveza con su amiga, se sentó en el sillón frente a ella.

—Natalia se lía con uno casi de nuestra edad, y tú con uno solo un poquito más mayor que tu hija. ¡No es bonita la vida! —Nuria se rio.

—Preciosa. Y, a eso, le añado que los Masters del Universo son unos cabritos.

—¿Por qué dices eso?

Alma suspiró. Necesitaba soltar lo que se había guardado hasta ahora.

—Es su hijo.

—¡¿Qué?! —preguntó Nuria, sin entender.

—¡Que es su hijo!

—¿Hijo? ¿Qué hijo? ¿Quién es su hijo?

Alma tomó aire. Aquello era una locura. Dio un trago a su cerveza.

—Saem —musitó. Nuria levantó las cejas sin entender nada y Alma afirmó—: Saem es hijo de Elías, el novio de Natalia. Y, por lo que he visto, no tienen muy buen rollito entre ellos.

Aquello hizo que Nuria se incorporara, abriera descomunalmente los ojos y murmurara:

—No te puedo creer.

—Pues créeme.

—¡No!

—Sí.

—Por favorrr... ¡esto es de culebrón!

Alma asintió. Estaba totalmente de acuerdo con su amiga.

—Y como es lógico, se ha enterado de que soy la madre de Natalia —continuó explicando—, que soy Alma, no Sara, que no soy viuda, sino divorciada y que tampoco soy inspectora de policía, porque tengo mi propio negocio de vestidos de novias. Vamos, que no le conté una puñetera verdad.

—Joder...

—Eso digo yo... ¡joder!

Tras un rato en silencio, Nuria señaló:

—Corroboro lo que has dicho de los Masters del Universo. —Alma se mostró de acuerdo, y Nuria siguió indagando—: ¿Y qué habéis hecho cuando os habéis visto?

—Disimular. Les hemos hecho creer que era la primera vez que nos veíamos, pero... pero ha sido horrible. Natalia no paraba de preguntarme qué me ocurría. Y yo... yo... como he podido he disimulado. —Nuria, al ver el desconcierto en el rostro de su amiga, se sentó en el mismo sillón que ella, que siguió contando—: Al principio creí que Saem era el novio de Natalia.

—Pero ¡qué dices!

Rápidamente le contó el porqué.

—Más tarde, cuando me enteré de que era el hijo del novio de Natalia, te juro que no sabía dónde meterme.

—Vaya momentazo.

—¡Momentazo de los grandes! —exclamó Alma, que tras dar un trago a su cerveza indicó—: Y luego, cuando se fueron descubriendo mis mentiras, te juro que yo rogaba que se abriera el suelo y me tragara.

—¿Se lo vas a contar mañana a Natalia? —preguntó Nuria.

Alma negó con la cabeza de inmediato.

—¿Cómo le voy a contar que me he acostado con el hijo de su novio?

—Visto así ¡suena fatal! —se mofó, ante el gesto serio de su amiga—. Pero vamos, que el hijo de su novio, si mal no recuerdo, tiene treinta y nueve años.

—Así es. Pero no se lo voy a contar. Esto quedará como algo que ocurrió y que solo sabremos para el resto de nuestras vidas él, tú y yo.

—¿No se lo vas a contar a las lobas?

—No. Contárselo a Estíbaliz y Romina será liarlo más. Las conozco, y si les comento que he tenido algo con el hijo del novio de mi hija, les va a explotar la cabeza, y después me explotará a mí. Y ya no digamos si mis padres o el padre de Natalia se enteran. —Tras un momento de silencio, Alma añadió—: Me siento mal. Me he comportado como una mentirosa con Saem, que siempre ha sido amable, dulce y caballeroso conmigo. ¿Puedo ser peor persona?

—No eres mala persona.

—Lo soy.

—No digas eso.

—Pues así me siento.

Nuria suspiró. No conocía a Saem, pero por las cosas que Alma le había contado, intuía que era una buena persona.

—Es tan caballeroso, romántico y protector como el capitán Ri —apostilló Alma.

—No me jorobes que tú también... —soltó Nuria.

Consciente de que se había ido de la lengua, Alma asintió.

—Lo admito. He caído. Me estoy fumando la serie con auténtica pasión. Y ya estoy ojeando otras.

—Por favorrr. ¡Loca me dejas! —Y de pronto ambas comenzaron a reír a carcajadas; luego Nuria indicó—: Cuando se enteren dos que yo me sé que has caído en las garras del capitán Ri, ¡van a flipar!

—Ese es un tema que cuando llegue lo afrontaré. Por hoy ya tengo bastante k-drama en mi vida.

Conmovida por ver en su amiga un pesar que nunca había visto en ella, Nuria preguntó:

—¿Tan mal se lo ha tomado Saem?

—Peor.

—¿Pero por qué?

Evitando contar la increíble química que había entre ellos y guardándose para ella los sentimientos que intuía que ambos tenían el uno por el otro, respondió:

—Porque no he hecho otra cosa que mentir.

—¿Puedo preguntarte algo muy loco?

—Claro.

—¿Te gusta Saem?

Al oír aquella pregunta, Alma movió la cabeza. La respuesta era sí. Sí. Sí. Las veces que habían estado juntos, todo había sido fácil, fluido, bonito, pero no quería reconocerlo.

—En el sentido en que lo preguntas, no, pero me cae bien —respondió—. Aunque ahora dudo que podamos ser ni siquiera amigos.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé.

—Pues tendrás que hablar con él.

—Dudo que quiera hablar conmigo.

—¿Por qué?

—Por mis mentiras. —Nuria asintió. Entendía a Saem. Ella, por su pasado, también odiaba las mentiras gratuitas; Alma añadió—: Habíamos quedado esta noche.

—¿Y por qué crees que ya no te espera?

—Me lo dijo su mirada. Tú no sabes cómo habla con la mirada.

—¿Como el capitán Ri?

—Exacto. Como el capitán Ri.

—¿Y si le envías un wasap para preguntar?

Alma se levantó y encendiéndose un cigarrillo, salió a su terraza.

—Ni loca lo escribo.

Nuria vio el teléfono móvil de su amiga sobre la mesita, y tras cogerlo y trastear en él, al encontrar el teléfono de Saem sonrió. ¡Qué mono estaba en la foto! Y consciente de que Alma nunca lo escribiría porque para hacerlo tenía que pararse, reflexionar y decidir, tecleó algo. Se levantó y fue hasta ella.

—Ya lo he escrito yo —le dijo, entregándole el móvil.

Boquiabierta, Alma miró la pantalla de su móvil. Allí, en el WhatsApp de Saem, supuestamente ella había escrito:

Yo
¿Al final nos vemos esta noche?

Sin saber si matar a Nuria, o tirarla por la terraza, Alma intentaba respirar cuando el teléfono le sonó y leyó:

Saem
No.

Aquel escueto «No» le picó.

¿En serio no iba a querer hablar con ella?

Y enfadada, tecleó.

Yo
Quiero hablar contigo y explicarte.

Cuando le dio a enviar, se lo enseñó a Nuria y luego soltó el teléfono sobre una mesita.

—Somos adultos. ¡Por favorrrr! —dijo.

Nuria asintió. Estaba claro que aquel tipo le gustaba a su amiga más de lo que reconocía, pero calló. Conociendo a Alma era lo mejor.

Durante quince minutos esperaron respuesta al wasap. Pero no llegó. Por lo que Nuria le quitó el teléfono a su amiga y lo miró.

—Creo que te ha bloqueado —le dijo.

—¿¡Qué!?

—Lo que oyes. Antes se veía su foto y ahora no.

Alma agarró su teléfono. ¡Su amiga tenía razón! Nadie le había hecho aquello.

—Punto uno —expuso Nuria—. No se ve su foto. Punto dos. Solo hay una flechita. No dos. Y eso significa que tu mensaje ha salido, pero no llega a destino. Por lo que, amiga, ¡te ha bloqueado!

Molesta, incrédula y enfadada, Alma miró la hora. Las diez y media. Y sabía que Saem estaría en el DeLokos porque tenía una

reunión con su tío Mario, así que le dio un beso a Sugar, que dormitaba sobre el sofá, y cogió su bolso.

—¡Vamos! —ordenó.

Nuria, sorprendida, cogió su bolso.

—¿Adónde? —quiso saber.

—Tengo que pedirle perdón al idiota que me ha bloqueado.

Nuria asintió y cerró la puerta.

—La noche se anima —musitó, con una media sonrisa en sus labios.

Capítulo 20

Saem, que estaba con su tío Mario en el pequeño despacho que tenían en el DeLokos, gruñó.

—Cuando ha mencionado a mamá, te juro que...

—¡Saem!

Él no dijo más; Mario comprendía a su sobrino. Elías, su hermano, siempre había sido un hombre frío e impersonal con todos, y más especialmente con su mujer y su hijo, con quienes nunca supo ejercer ni de marido ni de padre. Cuando Saem llegó de Seúl tras la muerte de su madre, Elías literalmente lo soltó en la casa familiar de La Moraleja con Haneul. Se ocupó de que fuera a los mejores colegios y tuviera lo mejores estudios, pero se olvidó de todo lo referente a la complicidad, empatía y amor. Él tenía cosas mejores que hacer.

Saem creció con el amor de los abuelos paternos hasta que murieron y, por supuesto, con el cariño incondicional de Haneul y Mario. El joven se desvivía por ellos como ellos por él. Y ya siendo adulto, cuando a Elías le dio un infarto, y en cierto modo demandó la atención de su hijo, este no se la negó. Saem le había prometido a su madre que cuidaría de su padre, por lo que aflojó la tensa cuerda que había levantado entre los dos para que la relación fuera más fluida, pero lo que no estaba dispuesto a darle era el amor que él nunca había recibido. Algo que Mario entendió y nunca le reprochó.

Saem estaba nervioso. Cabreado. Le contó a Mario lo ocurrido aquel día.

—Y resulta que todo lo que me contó sobre ella era mentira, ¡mentira! —siseó.

Mario, que escuchaba con paciencia a su sobrino, asintió. A excepción de la *influencer*, él nunca le había hablado de otra mujer. No sabía quién era Sara o la que en realidad se llamaba Alma, pero, conociendo a Saem, y por su gesto, estaba claro que le gustaba.

—¿Quieres un chicle? —le preguntó.

Saem miró el paquete de chicles de maracuyá que él le ofrecía.

—No —respondió.

Mario se metió un chicle en la boca, porque así evitaba el tabaco.

—¿Le has preguntado por qué te mintió? —indagó. Saem negó con la cabeza, y Mario insistió—: ¿Y por qué no le preguntas antes de seguir comiéndote la cabeza y bloquearla en el teléfono?

—¡Paso!

—A ver, Saem, si pasas, ¿por qué le sigues dando vueltas?

Saem se levantó y tomó aire.

—Le doy vueltas porque me has preguntado —replicó.

Mario asintió. La relación con su sobrino era excepcional. Saem era un chico tranquilo, como él, al que no le gustaba ni discutir ni las polémicas. Abriendo una nevera, sacó de ella dos cervezas, una con alcohol y otra sin y le entregó la primera a su sobrino.

—¿Quieres hablar con ella? —quiso saber.

Saem asintió, y cogió la cerveza.

—Y si quieres hablar con ella, ¿por qué la has bloqueado? —Mario volvió a la carga.

—Porque estoy muy cabreado y no me van los numeritos.

Mario dio un trago a su cerveza. Saem le había contado, además de lo de aquella mujer, lo de su padre y su nueva novia.

—En lo referente a tu padre, sabes que me da igual lo que haga. Dicho esto, él, hoy por hoy, tiene todo el derecho del mundo a

enamorarse.

—Conociéndolo, dudo que se enamore de nadie.

Mario lo entendió.

—Saem, lo de Verónica no tiene por qué volver a ocurrir —dijo.

—Lo sé —admitió—. Pero no puedo evitar pensarlo. No quiero que le joda la vida a nadie más, y él es especialista en jorobarla.

Mario tenía que reconocer que su sobrino tenía razón.

—¿Cuánto hace que conoces a esa mujer? —preguntó.

—Menos de un mes.

—Pues tu padre y esa muchacha, por lo que me has contado, se conocen desde hace tres meses. Por lo tanto...

—Lo sé, tío. Lo sé. Pero cuando yo conocí a Sara... digo a Alma, no sabía que mi padre y la hija de ella tenían algo.

En ese momento se abrió la puerta del despacho y entró Benedicto, uno de los camareros.

—Saem, en la barra hay dos mujeres que preguntan por ti —le dijo.

Mario sonrió. Su sobrino tenía un gran éxito con las mujeres.

—Di que no estoy —dijo Saem.

Benedicto miró a Mario, y al ver que aquel se encogía de hombros, insistió:

—Una me dijo que te dijera que se llama Alma.

—¡¿Alma?! —preguntó Saem, levantándose.

El camarero asintió.

—Benedicto, dile a Alma que Saem saldrá ahora —intervino Mario.

Cuando la puerta se cerró, Saem, totalmente descolocado por saber que Alma había ido a buscarlo, miró a su tío. En su gesto se veía el desconcierto.

—Ambos sois adultos y esa mujer está ahí fuera. Por lo tanto, sal, habla con ella e intenta averiguar qué quieres —le recomendó su tío.

—No me van los numeritos.

—Dudo que tú montes un numerito. Anda, ¡ve!

Confundido, Saem salió. Pero ¿qué hacía ella allí?

Sonaba por los altavoces del local *Seven*, de Jung Kook y Latto, y parándose, Saem miró alrededor, hasta que la vio. No estaba sola, estaba con la amiga de siempre, y tomando aire caminó hasta ellas.

Alma, nerviosa, bebía de su cerveza, y miraba hacia la derecha.

—Por favorrr. Es como ver caminar hacia mí al capitán Ri —oyó decir a Nuria.

Entonces Alma vio que Saem se acercaba a ellas. Iba vestido con un pantalón y una camisa negra. Aquel color oscuro le sentaba muy bien, y su mirada rasgada y seria era arrolladora. Notó que le temblaban las piernas y se le aceleraba el corazón.

—Esto es una mala idea —murmuró.

—Puede.

—He actuado por impulso y no he pensado.

—En eso te doy la razón.

—¿Qué narices hacemos aquí? —se quejó Alma.

—Pregúntale a la IA.

—¡Nuriaaaaa!

—A ver, Alma. Tú sabrás. Yo solo te he acompañado para que le pidas perdón al idiota que te ha bloqueado.

Alma notó que la garganta se le secaba. Se le cerraba. Ver cómo Saem se aproximaba a ella, con aquella mirada felina, la desconcertaba al tiempo que la excitaba. Pero levantó la barbilla.

—¿Me has bloqueado? —preguntó.

Saem miró lo que ella le enseñaba. Su teléfono. A diferencia de todas las veces que la había visto, en esa ocasión iba vestida de sport. Pantalón vaquero, camiseta caqui, cazadora vaquera y el pelo

lo llevaba recogido en una informal coleta que la hacía estar preciosa. Increíble.

—Sí —respondió sin cambiar su gesto serio.

Alma, con chulería, asintió. Aquello era el colmo de los colmos, y enseñándole su móvil, lo buscó en WhatsApp, y lo bloqueó, asimismo.

—Bloqueado también —se lo mostró. Saem no cambió su gesto. Simplemente parpadeó cuando ella indicó—: Somos adultos y creí que como tal podríamos hablar.

—No tengo nada que hablar contigo.

—Pero yo sí.

Se miraron, casi retándose, como dos rivales.

—Muy bien... Alma. Habla —claudicó él, cambiando el peso de pie.

Acalorada porque la hubiera llamado por su nombre, miró a su amiga Nuria, que apoyada en la barra los observaba. Sin necesidad de hablar, su amiga le recordó para qué habían ido allí, y volviéndose hacia él, levantó la voz para ser escuchada, a pesar de la música.

—Quiero disculparme porque no soy Sara, pero sí Alma —empezó —. No soy viuda, pero sí divorciada. No soy inspectora de policía, pero sí diseñadora de vestidos de novia y tengo una hija que, como bien sabes ahora, se llama Natalia y es la novia de tu padre.

—¿Y?

—Pues que te pido perdón por todas esas mentirijillas piadosas.

—¡¿Mentirijillas piadosas?! —preguntó molesto.

—Tú también mentiste.

—¿Yo?

—Dijiste que tenías novia...

—Eso lo dijiste tú.

—Pero...

—Te dije que tenía una relación abierta muy especial con alguien.

—¿Con tu perro?

—Perra —matizó él. Y al ver cómo lo miraba añadió—: Lo que tú hayas imaginado a partir de mis palabras es problema tuyo, no mío.

Alma maldijo. ¿Cómo podía él mantener aquel control cuando ella estaba que echaba chispas?

—A ver, Saem, nunca pensé que tras nuestro primer encuentro nos volveríamos a ver y...

—Pero nos vimos —sentenció—. ¿Por qué no desvelaste tus mentirijillas piadosas?

—No lo sé —gritó Alma, atacada de los nervios, mientras él parecía un remanso de paz—. Y por eso te pido disculpas. ¡Joder! Yo no soy así. No acostumbro a mentir, y si lo hago suele ser una mentirijilla piadosa. Pero las cosas se dieron así y no sé por qué no revertí lo que te dije. Y... y me siento mal no, ¡lo siguiente! Porque tú fuiste sincero conmigo. Me hablaste de tu madre. Me llevaste a tu restaurante y yo... yo...

Saem la escuchaba sin moverse. El enfado que tenía, al tenerla delante, se iba disipando. Pero ¿qué tenía aquella mujer que tanto le gustaba?

Mario se acercó a ellos y al ver a Alma sonrió. Aquella atractiva madurita de pelo claro era de las que le gustaban a su sobrino.

—Soy Mario. Tío y socio de Saem —dijo, apoyándose en la barra junto a Nuria.

—Nuria. Amiga y socia de Alma.

—¿Por casualidad nos conocemos? —preguntó Mario, al cabo de un momento.

Nuria lo miró de arriba abajo.

—No —respondió.

—Pues me suenas.

—Tendré una cara muy corriente.

—Mujer, ¡pero si tienes una cara preciosa! —afirmó él.

Nuria, sin hablar, movió la cabeza. Sin duda, estaba intentando ligar con ella.

—¿Quieres un chicle?

Nuria miró lo que le ofrecía. Eran chicles con sabor a maracuyá.

—No me gusta el sabor del maracuyá —respondió.

—Eso es porque lo has probado poco.

Nuria no pudo evitar una sonrisa. Aquel madurito alto, fuerte, calvo, de ojos azules y de buen ver, debía de tener su edad.

—Prefiero una cerveza.

—¡Marchando dos cervezas! —sonrió Mario, entrando en la barra.

Saem y Alma, ajenos a los otros dos, en silencio se miraban. Alma, intentando un acercamiento, dio un paso adelante.

—Oye. Creo que...

—No —la frenó Saem.

—Pero si no sabes lo que voy a decir.

—No me interesa.

—A los españoles nos interesa saber todo.

—Soy medio coreano.

Alma parpadeó. Cuando quería, él era medio coreano o medio español, e incapaz de callar, volvió al ataque, y Saem, echando mano a su paciencia, la escuchó. No le quedaba otra.

Apoyados en la barra del bar, Mario y Nuria bebían sus cervezas.

—Una de las virtudes de mi sobrino es la paciencia y la templanza, que, por cierto, ha heredado de mí —señaló Mario.

Nuria sonrió. Observar el gesto serio de Saem, que impasible y sin mover una pestaña observaba a su amiga, mientras esta, acalorada, le soltaba todo lo que había ido a soltar, le hizo gracia.

—Mi amiga está llena de virtudes —dijo.

—¿Tantas tiene? —se mofó Mario.

—Ni te imaginas.

—¿Y tú tienes virtudes también?

Nuria lo miró. Un cierto tono de burla en aquellas palabras de alguna manera la molestó.

—Seguramente más que tú —replicó, mirándolo a sus bonitos ojos azules y retándolo.

—¿Por qué me respondes así?

—¿Cómo quieres que te responda?

—Con educación. Amabilidad. Empatía.

—Por favorrr —se mofó ella. Mario al escucharla volvió a sonreír y Nuria dijo—: Mejor cállate y sigue con tu cervecita sin alcohol.

—¡Ahí va la hostia, pues! —rio aquel. Y viendo cómo lo miraba, indicó, señalando su bebida—: Pues bien rica que está mi cervecita sin alcohol.

—¡Mario te tenías que llamar!

—¿Qué problemas tienes con mi nombre?

—¡Muchos!

—Cuéntame...

—¿Qué tal si te olvidas de que estoy aquí? Es más —y haciendo una raya en el aire con el dedo de su mano izquierda, señaló—: Ese es tu espacio y este el mío, ¡respétalo!

Sorprendido por el carácter de la mujer, Mario, divertido, preguntó:

—¿He dicho algo malo?

—No. Pero, si sigues por ahí, vamos a terminar muy mal.

Mario soltó una carcajada que a Nuria le molestó. Siempre le habían atraído las mujeres con carácter.

—Menuda tensión sexual. —Y al ver cómo aquella lo miraba, matizó con cierta sorna—: Me refiero a ellos, no a nosotros.

Nuria movió la cabeza y no respondió. Como lo hiciera, lo iba a hacer fatal.

Por su parte, Saem no se movía. Solo observaba a Alma. La escuchaba. Si se movía la iba a besar, y no. Aquello nunca pasaría.

—Sois complicaditas tu amiga y tú, ¿eh? —le soltó Mario a Nuria al ver a Alma gesticular.

—Mejor no te digo lo que creo que sois tu sobrino y tú.

—Ahí va la hostia...

—Mira, calvete —lo cortó—. No me van los caballornios maduritos y ligoncetes que beben cervecita sin alcohol. Yo soy más de jovencitos. Por lo tanto, qué tal si dejas de intentar ligar conmigo. —Boquiabierto, Mario la miró, y Nuria añadió—: Y no digas que no lo haces, porque no te voy a creer.

—Pero bueno...

—Y que conste que estoy siendo fina y comedida.

Mario, sin moverse, le dio un trago a su cerveza. No iba a hablar más.

Alma, ajena a lo que ocurría entre Mario y Nuria, se detuvo para tomar aire. Lo necesitaba. Ver como Saem la observaba sin inmutarse la estaba sacando de sus casillas.

—Me da igual si eres Sara o Alma —soltó Saem de pronto en un tono calmado—. Viuda o casada. Policía o diseñadora. ¿Y sabes por qué me da igual? —Alma negó con la cabeza—. Porque lo que tuvimos, y hablo en pasado, fue simple diversión. Por lo tanto, qué tal si te das la vuelta, dejas de montarme un *numerito* y te marchas.

—¿Numerito? —repitió Alma.

Saem asintió.

—¡Menudo borde! —protestó Nuria, viendo lo bloqueada que estaba su amiga.

—Ante una mentirosa, ¿qué esperas? —se metió Mario.

—¡Te estás pasando!

—No me paso —replicó Mario—. Solo digo la verdad. Tu amiga es una mentirosa, y siento decirte que su defensa la tienes tan complicada como que yo te vuelva a invitar a otra cerveza. Porque ¿sabes, morena teñida? Tú tampoco eres mi tipo. Y que conste que también estoy siendo fino y comedido. ¡Por favorrr!

—¿Morena teñida?

—Tú me has llamado ¡calvete y caballornio! Realidad por realidad.

Nuria, molesta, resopló.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy tonto?

—Alguna vez. No lo voy a negar —afirmó él con tranquilidad.

Nuria, a la que le comenzó a bullir el cuerpo por dentro, sin ganas de montar un numerito ante aquel que la miraba con una media sonrisa, al ver a Alma paralizada ante la mirada de Saem, decidió terminar con aquel incómodo momento. Por ello, tras dejar la cerveza sobre la barra y hacerle una peineta con el dedo a Mario, que con sorna le tiró un besito, se acercó hasta su amiga y la cogió de la mano.

—Tema aclarado. Nos vamos —le dijo.

Sin rechistar, Alma, tras una última mirada a Saem, llena de reproche, murmuró:

—*Annyeong*.

A su manera, le dijo adiós, en coreano, mientras permitía que su amiga tirara de ella hacia la salida.

—Ha sido horrible —reconoció tan pronto estuvieron en la calle y fue consciente de lo ocurrido.

—¡Penoso!

—¿Crees que le he montado un numerito? —Nuria, con tranquilidad, asintió, y Alma, horrorizada, murmuró—: Aisss, por Diossss, ¿cómo he podido hacer eso?

—Y luego está el calvete ese de los chicles de maracuyá que...

—¿Qué calvete?

—Un tal Mario, que se ha presentado como el tío de Saem. Primero me pregunta que si nos conocemos. Luego que si quiero un chicle de maracuyá; después me invita a una cerveza. Y para rematar, el idiota se permite tirarme los tejos para criticarme y llamarme complicadita y morena teñida. Pero ¿se puede ser más torpe? —Congestionada por todo y sin entender casi nada, Alma ni se movió cuando su amiga dijo—: Alma. Viniste. Hablaste con él. Le pediste disculpas. Y si él no quiere perdonarte, es su problema, no el tuyo. Por lo tanto, ¡a otra cosa mariposa!

Alterada por lo ocurrido, Alma resopló. Montar un numerito era lo último que deseaba.

—Espero no volver a verlo —dijo, intentando recomponerse.

—Difícil lo tienes —musitó Nuria, mirando a la carretera en busca de un taxi—. Su padre es el novio de tu hija.

Horrorizada, Alma asintió, y cuando un taxi paró, se montó y, enfurruñada, no dijo nada durante todo el trayecto.

Cuando dejó a Nuria en su casa, que estaba en el paseo de la Florida, Alma siguió en el taxi y al llegar a su ático todavía seguía alterada. ¿Cómo podía haberle montado aquel numerito? Tras saludar a Sugar y ponerse el pijama, se tumbó en la cama, donde comenzó a dar vueltas, incapaz de dormir. En su mente solo estaba Saem. Circunspecto. Helado. Mirándola con seriedad mientras ella se explayaba. Sin duda, había montado un numerito. ¡Qué horror!

Una hora después, agobiada, se levantó. Fue a la cocina, cogió un vaso con agua y se tumbó en el sofá del comedor, encendió la televisión y, junto a Sugar, volvió a engancharse a la serie coreana del capitán Ri. ¡Qué bonito era el amor!

Capítulo 21

Al día siguiente, cuando Alma se levantó, tenía la cabeza como un bombo. Apenas había dormido porque había visto íntegramente la serie coreana. Necesitaba saber cómo terminaba aquella historia de amor y hasta que concluyó, no se fue a la cama. Eso sí, lo hizo emocionada.

¿Por qué ella no conocía a un capitán Ri?

Duchada y vestida, al ver un mensaje de su hija en el que le decía que ya salía para su casa, suspiró. Debía recomponerse. Natalia no debía de percatarse de lo ocurrido la noche anterior. Llegaría en una hora, así que decidió bajar a Sugar a la calle. Él necesitaba hacer sus necesidades.

Cuando regresó del paseo con Sugar, sin poder quitarse a Saem de la cabeza, regó las plantas de su terraza. Adoraba las plantas. Y estaba observándolas cuando sonó el telefonillo y supo que era Natalia.

Tras abrir la puerta para que su hija entrara en el portal, se miró al espejo. Con coquetería se colocó el cabello y cuando Sugar comenzó a ladrar al oír el ascensor, le dijo:

—Es Natalia. Para de ladrar.

Segundos después, una chispeante Natalia abrazó y besó a su madre y entró en el ático.

—¿Por qué no usas las llaves que tienes?

—Mamáá... ¿Y si tienes compañía como esa vez que estabas con Ricardo?

Oír eso hizo que Alma sonriera. Ese día Natalia los pilló en el sofá y no estaban viendo una película precisamente.

—Valeee —se mostró de acuerdo.

Con cariño, Natalia cogió a Sugar en sus brazos para besuquearlo y cuando lo soltó, le dio un beso a su madre.

—Tienes cara de no haber dormido mucho —observó.

—La verdad es que no he dormido casi nada.

Natalia, tras dejar el bolso sobre la mesa, miró a su madre.

—No será por Elías y por mí, ¿verdad? —preguntó.

—Cosas del trabajo —mintió—. Estoy nerviosa por el préstamo que queremos pedirle al banco. Conseguirlo es importante para Nuria y para mí.

La joven sonrió.

—Mi novio trabaja en un banco importante y es un supermegajefazo —dijo.

—Olvídalo —respondió Alma.

—Pero, mamáááá...

—Que lo olvides, Natalia —insistió con seguridad.

—Bueno. Vale, mamá. Pero ahora, dime. ¿Qué te pareció Elías?

Alma asiendo a su hija del brazo, se sentó con ella en el sofá.

—Bien.

—¿Solo bien?

—A ver, corazón. Es tu vida. Y lo que tú elijas, yo lo aceptaré. Y Elías me pareció un hombre agradable, pero también un pelín estirado.

—Mamáááá.

—Hija, me has preguntado y estoy respondiendo.

Natalia asintió. Por la forma de hablar, percibía a su madre enfadada.

—Siento no haberte contado antes que Elías tiene veintiséis años más que yo —se disculpó—. Pero es que quería que lo conocieras, antes de que lo prejuzgaras.

—¿Por qué voy a prejuzgar?

—Mamá. Pues por su edad. Y sí. Sé que lo aceptas. Sé que nos vas a respetar y que puedo contar contigo para todo, pero también sé que, en el fondo, hubieras preferido para mí a alguien más acorde a mi edad.

—Natalia, si estáis en sintonía, la edad da igual.

—Elías y yo estamos en sintonía.

—Y si lo estáis, ¿por qué él es de relaciones cerradas y tú abiertas?

Natalia resopló y recordando lo que Saem le dijo al oído, pero que no pensaba contarle a su madre, murmuró:

—Mamá, eso es un tema...

—Un tema importante, Natalia —la cortó—. El sexo en una pareja es importante, y quien diga lo contrario miente, y mucho. —Natalia, entendiendo las palabras de su madre se encogió de hombros; Alma prosiguió—: Y dejando a un lado el tema sexo, tú eres una chica a la que le encanta salir cada noche con sus amigos, viajar, hacer deportes extremos, ir de mochilera, escalar y, la verdad, no veo yo a Elías saliendo cada noche, ni tirándose en parapente.

—Mamá, ¡me estás rayando!

—¿Por qué? ¿Porque te hago pensar?

Natalia suspiró. Sabía que su madre tenía razón.

—Tengo treinta y cuatro años. Deja de darme la charla —se defendió, sin querer dar su brazo a torcer.

—Si no piensas ahora las cosas, las tendrás que pensar luego. Pero de acuerdo, Natalia, dejo de darte la charla.

Se instaló un tenso silencio entre ellas.

—¿Y esa caja de manolitos? —preguntó Natalia, cambiando de tema.

Alma miró hacia la mesa. Ahí seguía la caja que había comprado la tarde anterior para disfrutar con sus amigas mientras hablaban.

—¿Has hablado con Carolina? —le preguntó.

Natalia asintió. La noche anterior, Carolina había inundado de mensajes el WhatsApp que tenían con Leyre y Virginia.

—Sí, mamá. Discutió con Pablo porque ella quería comprar una estantería blanca y él negra. Pero, por lo que sé, esta mañana se ha solucionado todo y han comprado una estantería marrón. —Alma asintió. Carolina no dejaba de sorprenderla, su hija preguntó—: ¿Le has contado a las tías lo mío con Elías?

—Sí.

—Mamáááá...

—A ver, corazón. Necesitaba hablarlo con ellas. Ya nos conoces.

Natalia se levantó.

—No habéis dejado ni uno —musitó al ver la caja vacía.

—Había mucho que hablar.

—¿Qué dijeron al saber lo mío con Elías?

—De todo. Ya las conoces. Y, por cierto, según me dijo tu tía, Cáncer y Capricornio se lo tienen que trabajar mucho para entenderse.

—Mamá...

—Eso ha dicho tu tía Estíbaliz. No yo.

—Vale. Elías y yo tenemos algunas diferencias —admitió—, pero las solventaremos. Ambos sabemos que lo nuestro es especial. Diferente. —Alma la miró. No pensaba decir nada al respecto; ella prosiguió—: Cuando mi relación se haga oficial, tendré que escuchar cosas que seguramente no me gustarán.

—Así va a ser —se mostró Alma de acuerdo, pensando en sus padres.

—Habrá gente que dirá que me he buscado un *sugar daddy*, para que me financie la vida.

—Quien diga eso se las verá conmigo —apostilló Alma.

Natalia soltó una carcajada. Alma también.

—Conociendo a los yayos, les va a horrorizar.

—Sin duda.

—Con papá será fácil, cuando vea el dinero que Elías tiene.

—¡Qué triste!

—Mamá, quiero hacer las cosas bien —susurró, apoyando la cabeza en el hombro de su madre.

—Eso espero, corazón. No quiero que sufras, ni sufran por ti.

Ambas rieron por aquello, y Alma con cariño besó la cabeza de su hija. Natalia era un torbellino de locura y entusiasmo. Se enamoraba y desenamoraba con una facilidad increíble, y no era la primera vez que la veía tan ilusionada. Por lo que sabía muy bien que cualquier cosa de su hija relativa al amor había que tomarla con pinzas.

—Eres la mejor madre del mundo —afirmó Natalia.

Alma disfrutó del abrazo de su hija. Natalia, tuviera la edad que tuviera, siempre sería su niña. La pequeña que protegería con su vida.

—Aclárale a Elías que, como te haga daño, no tiene mundo para correr —amenazó en broma.

—Mamáááá...

Se rieron las dos.

—¿Y qué te pareció su hijo Saem?

Se puso tensa. Nunca le había mentido a Natalia, pero, en esta ocasión, creyó que lo mejor era hacerlo.

—Majo.

—Según me ha contado Elías, su última novia, la *influencer*, se lo hizo pasar tremendamente mal, y, por eso, pasa de buscar la química con ninguna mujer. Su única relación verdadera es con su perra.

Eso le hizo entender su enfado. Ahora comprendía por qué se había tomado tan mal las mentiras que le había dicho.

—¿Qué te apetece hacer hoy? —cambió de conversación.

—Pasar el día rebozadas en el sofá hablando.

En ese instante a Natalia le sonó el teléfono. Había recibido un mensaje.

—Es Elías —explicó, sonriendo—. Sabe que estoy contigo y me pregunta que si nos apetece que comamos juntos los tres.

A Alma se le pusieron los pelos como escarpias. Y cuando iba a responder, sonó el telefonillo de la casa. Alma rápidamente se levantó, y al ver que se trataba de Nuria, miró a su hija.

—Corazón, es Nuria. Mejor dile a Elías que otro día.

Sin dudarlo, Natalia asintió. No cuestionó aquella negativa y comenzó a teclear en el móvil.

Alarmada, Alma no se movió de la puerta. Que su hija le hablara de Saem, sin que ella le dijera la verdad, la incomodaba. Pero ¿cómo contarle que se había acostado con él?

—¿Cómo está la complicadita? —preguntó Nuria nada más salir del ascensor.

Alma sonrió. Sin necesidad de llamarla, Nuria ya estaba ahí para cuidarla.

—¿Complicadita?

Caminando hacia ella Nuria asintió.

—Así nos llamó el tío de don Hierbajo.

Alma, sin darle mayor importancia, suspiró. No recordaba ni haber visto a aquel hombre.

—Contén tus comentarios, que Natalia está aquí —susurró, abrazando a su amiga.

Nuria asintió. Entró en la casa, saludó a Sugar y le sonrió a Natalia.

—Vaya... vaya con mi niña, ¡con que te van los maduritos interesantes! —le soltó.

Eso hizo que las tres rieran a carcajadas y terminaran el día rebozadas en el sofá.

Capítulo 22

El servicio de comida en el restaurante Mesa Trece había sido movidito y cuando salió el último comensal por la puerta, Ji Woo, cerrando con llave, gritó:

—¡Liberadosssss!

Instantes después, la música llenó todo el espacio del restaurante, y el equipo al completo, sentándose alrededor de una mesa, se dispuso a comer.

Ji Woo hablaba. Siempre era la más habladora.

—¿Cuándo dijiste que es la boda de tu prima? —preguntó Rosa, una de las pinches de Saem.

Yeon-Seok, al saber que le hablaba a él, respondió.

—En octubre.

Todos se miraron. Él estaba emocionado con la boda, pues regresaría a su tierra natal, donde podría visitar a sus padres, a los que llevaba sin ver cuatro años.

—¿Conseguiste al final los pasajes económicos que querías? —se interesó Saem.

—Paola y yo hemos conseguido unos pasajes increíbles —afirmó Yeon-Seok—. Iremos desde Madrid al aeropuerto internacional de Hamad en Doha. Allí hacemos escala de unas dos horitas y luego cogemos el vuelo que nos lleva directos al Aeropuerto Internacional de Incheon en Seúl.

—¿Y cuántas horitas de viaje son?

—Diecisiete, más o menos —indicó Yeon-Seok.

Durante un buen rato el equipo sentado alrededor de la mesa habló sobre aquello y al terminar de comer, mientras todos regresaban a la cocina, para comenzar a preparar elaboraciones, Saem se encaminó a su despacho.

Tras cerrar la puerta, dejó unos papeles sobre la mesa, se sentó en el sofá y puso música en su teléfono. Comenzó a sonar *Who Are You*, del cantante Sam Kim. Instantes después se tumbó. Estaba agotado.

La noche anterior apenas había podido dormir. Lo ocurrido con su padre, pero especialmente lo ocurrido con Alma, lo tenía todavía desconcertado, y resopló. Debía olvidarse de ella. No merecía la pena seguir pensando en esa mujer que le aceleraba el corazón, aunque la canción que se había puesto le indicaba lo contrario.

Unos golpes en la puerta le hicieron saber que era Ji Woo. Entró y sonriendo fue hasta el escritorio. Allí cogió la agenda de Saem y apuntó algo. Y cuando la cerró lo miró.

—¿Qué te ocurre? —preguntó.

—Nada.

—La canción dice «Siempre te recordaré. Solo a ti te miraré», y te conozco... —le dijo—. Te pasa algo que tiene que ver con el corazón. Cuéntame, ¿te has enamorado y no me lo has contado? ¿Quién es? ¿Qué ha pasado? ¿Cómo he estado tan ciega para no verlo?

—Ji Woo...

—Uy... Uy... Uy... Te conozco y tengo curiosidad. Cuando tienes ese gesto tan tan tan serio, y encima escuchas música tan tan tan romántica es porque algo te pasa. Por lo tanto, o me lo dices, o no me voy a ir de aquí hasta saberlo.

Saem resopló. Adoraba a Ji Woo. Pero cuando se ponía pesada, era insufrible.

—Conocí a alguien y acabó mal —admitió.

Entonces Ji Woo cogió una silla y se sentó delante de él.

—¡Soy toda oídos! —exclamó.

A grandes rasgos, Saem le contó lo ocurrido con Alma.

—¿Y esa mentirosa mujer ha resultado ser la madre de la novia de tu padre? —se sorprendió. Saem asintió y Ji Woo exclamó—: ¡Qué fuerteeee!

—Ji Woo...

—Por favorrrr... es un perfecto k-drama, no me digas que no. Estoy por contárselo a mi prima Hi Yin, que trabaja como guionista para la KBS. Seguro que la idea le gusta.

—Ji Woo...

—¡Es broma!

Saem resopló. Aquello era una locura.

—A ver, que yo me entere —recapituló ella—. Si por un casual tu padre y esa chica se casan, ella pasará a ser tu madrastra y su madre ¡tu abuelastra! Y si tu padre y ella tienen niños, pasaran a ser tus hermanastros y...

—¡Quieres dejar de decir tonterías!

—¡Madre míaaaa!

Saem resopló de nuevo. Y Ji Woo entendió que no era aquello lo que le enfadaba.

—Pero a ti eso no te importa. A ti te importa que ella te haya dicho mentirijillas piadosas, ¿verdad? —Él no dijo nada, y ella siguió indagando—: ¿Por qué sigues enfadado, si ella, ayer mismo, te buscó para disculparse?

—Joder, Ji Woo...

—Vamos a ver, Saem. No puedes creer que todo el mundo es como...

—¡No la menciones!

—Olivia.

—¡Ji Woo!

—O-LI-VIA —repitió.

—Te he dicho que no la menciones.

Ji Woo movió la cabeza.

—Alma no es Olivia —continuó, sin hacerle caso—. Yo no soy Olivia. Cualquier mujer no es Olivia. Y sí, todas y todos decimos pequeñas mentiras alguna vez en nuestras vidas. ¡Tú también!

—Pero ¿qué estás diciendo?

Ji Woo sonrió.

—Yo le mentí a Clara, y a todos los rollos que me eché durante un tiempo.

—¡¿Por qué?!

—Porque no me nacía ser sincera con el rollo de una noche. A veces me llamaba Mei-Yin, o Nuwa o Ming-ue en lugar de Ji Woo, y era veterinaria, profesora de autoescuela o abogada. Según tuviera el día. Incluso una vez fui parlamentaria de Corea de visita en Madrid. —Saem parpadeó sorprendido; ella continuó—: Con esto te quiero decir que las mentirijillas al rollo de una noche es algo de lo más normal. Forma parte de la fantasía que se crea en ese momento, y...

—Yo nunca he mentido.

—Eso es mentira. A mí me has mentido.

—¿A ti?

Ji Woo asintió.

—Cuando te torciste el pie a principios de año, me dijiste que no te dolía para aguantar el turno de trabajo, y cuando acabamos y te lleve a urgencias, tenías un esguince que te mantuvo quince días en tu casa. O esa otra vez en la que la imbécil de Olivia le dio un golpe a mi coche, y tú me dijiste que fuiste tú.

—Pero eso...

—Son mentirijillas piadosas —lo cortó Ji Woo con seguridad.

Saem suspiró. Le gustara o no, sabía que ella llevaba razón.

—A ver, Ji Woo. Sara... digo Alma y yo nos hemos visto varios días, ¿no crees que podría haber rectificado esas mentiras?

—Tienes razón. Pero en su defensa, y tras lo que me has contado, he de recodarte que el mismo día de la cagada te buscó y te pidió perdón. ¿Acaso eso no vale?

—No.

—Venga, Saem.

—¡Que no!

—Mira, pesadito, no conozco a Alma, pero ella no es O-LI-VIA. Porque para ser O-LI-VIA hay que ser rematadamente mala persona.

Saem, furioso, se levantó, y cuando fue a protestar, Ji Woo lo frenó.

—Si me vuelves a decir que no repita el nombre de ¡O-LI-VIA! —le recriminó—, te juro que me lo tatúo en la frente para que lo leas todos los días de tu vida.

Se quedó estupefacto ante aquella mujer que lo retaba. Ji Woo era Ji Woo, su amiga de la infancia que se había trasladado a vivir a Madrid hacía unos años.

—Ah, por cierto —le dijo ella, abriendo la puerta y preparándose para marcharse—. La semana que viene me voy al viaje que Clara ha preparado para las dos. He apuntado en tu agenda que tienes que recoger mi vestido en la tienda de Loewe a la que fuimos. No lo olvides. Ya les avisé y di tu nombre. —Hizo un gesto afirmativo, sin ganas de bromas, y Ji Woo, que lo conocía muy bien, remató—: Por tu cabreo deduzco que esa mujer te gusta, y mucho. Por lo tanto, llámala y déjate de tonterías.

Cuando ella cerró la puerta, Saem soltó una maldición y negó con la cabeza. No pensaba llamarla.

Capítulo 23

Delante de su mesa de trabajo, Alma rumiaba sus pensamientos.

Todavía no se podía creer que Saem, aquel con el que se había acostado en varias ocasiones, fuera el hijo del novio de su hija.

Pero ¿qué locura era esa? ¿Por qué los Masters del Universo tenían que ser tan cabrones con ella?

La puerta se abrió de improviso y entró Nuria.

—Acabo de llevar los papeles al banco —anunció, sonriente—. Me ha dicho el director de la sucursal que los estudiarán con cariño y amor, y nos llamarán.

Alma asintió. Aquel préstamo para ellas era importante.

—¡Estupendo! —exclamó, intentando sonreír.

—Cuando compremos el local de al lado, ¡esto va a ser colosal! —dijo Nuria, emocionada.

Alma asintió. Aquello que habían fantaseado Nuria y ella, con seguridad se iba a materializar. Sus cuentas en el banco eran perfectas. Su economía, la mejor.

—Será nuestro sueño hecho realidad —admitió.

—Y tantoooo.

Durante varios minutos hablaron sobre aquello tan importante para ellas.

—¿Qué te parece si te vienes de compras conmigo? —le propuso Nuria.

Alma no parecía muy animada.

—Venga. ¡Vayámonos de *shopping*! —insistió Nuria.

—No me apetece mucho, la verdad.

—Hoy tengo el día *gastón*.

—¡Qué bien!

—Y quiero comprar cosas para la casa nueva. Sábanas, toallas, un bonito edredón y todo lo que se me antoje. La cama nueva es de uno cincuenta y las sábanas que tengo de la cama vieja son de uno treinta y cinco, por lo que no me valen.

—Normal —susurró Alma, desganada.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nuria, sentándose a su lado.

—Nada.

—No me digas que sigues dándole vueltas a lo que ocurrió el otro día con cierto individuo medio coreano. —Incapaz de mentir, Alma asintió; Nuria indicó—: Pues muy mal.

—Lo sé. Pero me siento mal. Yo no soy una mentirosa, como él me llamó.

—Claro que no lo eres. Pero deberías entender que...

—Lo sé —le cortó—. Cualquier cosa que me digas ¡lo sé!

—Alma, ¿hay algo que no me cuentas?

—No.

—Entonces, ¿por qué sigues dándole vueltas?

—Porque me siento mal. Fatal. Saem es un hombre encantador. Y me sabe fatal haberle decepcionado. Y luego está lo de la canción.

—¿Qué canción?

Alma, dejando caer su cabeza sobre la mesa, murmuró dándose golpecitos:

—*Risk It All*, la última de Bruno Mars. Esa tan preciosa. —Nuria asintió y Alma añadió—: La bailé con él, y ahora cada vez que la escucho yo... yo... ¡joder!

Nuria se dio cuenta de que a su amiga aquel tipo le gustaba de verdad.

—De loba a loba, ¿debo preocuparme? —preguntó.

Alma levantó la cabeza de inmediato. La miró.

—No debes preocuparte por nada —replicó—. Ya se me pasará.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Nuria quiso creerla y no insistió más. Abrió su móvil y se lo mostró.

—Mira. Anoche cotilleando por internet, vi en una tienda este precioso baúl *vintage* en color beige para la entrada de mi piso. ¿Qué te parece?

Alma lo miró. Nuria tenía muy buen gusto en lo relativo a la decoración.

—Es una preciosidad —afirmó.

—¿A que sí? Es de una tienda en Noruega. Concretamente de una tienda de Bergen. Y lo he comprado.

—Excelente adquisición.

—Veamos cuánto tiempo tardan en enviármelo.

Alma sonrió. Nuria estaba feliz y emocionada con su nueva casa y con todo lo que estaba comprando para ella.

—Vete de compras —la animó.

—Pero quiero que te vengas conmigo.

—Tengo que terminar unas cosillas. Y la verdad, mi humor hoy no es el mejor y estoy deseando coger el coche e irme a casa para tirarme en el sofá con Sugar.

—Ok. Me iré de compras —claudicó al fin—. Pero en tu conciencia recaerá si me arruino comprando todo lo que se me antoje sin medida.

Las dos sonrieron.

—Disfruta de las compras —le deseó Alma.

Nuria se fue directa a una tienda de menaje del hogar que le encantaba, y allí compró sábanas, toallas, un par de edredones, cojines para el sofá y cojines para la cama. Si algo le gustaba eran los cojines.

Con todo metido en el coche, se dirigió hacia su casa nueva que estaba en el paseo de la Florida y, al pasar al lado del centro comercial de Príncipe Pío, decidió entrar. Seguro que allí compraría algo más.

Tranquilamente echó una ojeada en las tiendas que allí había hasta que, parándose frente al escaparate de una de ellas, se fijó en un centro de mesa que tenía unas bonitas velas redondas. Rápidamente las visualizó sobre el mueblecito que había comprado para su entrada y no dudó. Las compraría. Pero antes daría una vuelta por la tienda. Seguro que tendrían algo interesante.

Al cabo de diez minutos, tras elegir un par de cojines de pelito suave para el sofá, se dirigió hacia donde estaban las velas, y ya no estaban. Eso la jorobó, así que le preguntó a la dependienta.

—Disculpe, señorita. Sobre esa mesita había un centro de mesa con unas velas redondas, pero veo que ya no está. ¿Tendríais más?

La joven supo de qué le hablaba.

—Lo siento —respondió—, pero era el último que nos quedaba, y me consta que no traeremos más.

—Noooo...

—El hombre de la camisa roja que mira los portarretratos —susurró la chica— lo lleva en sus manos. Si quiere, puede estar pendiente, por si lo suelta y no se lo lleva.

Nuria asintió. Miró al hombre que parecía interesado en los portarretratos y cuando vio que soltaba el centro de mesa para seguir viendo los portarretratos, se acercó a él.

—Disculpe, ¿se va a llevar el centro de mesa? —le preguntó.

El hombre se giró con rapidez.

—Ahí va la hostia. ¡Tú! —exclamó.

A Nuria le cambió el gesto.

El que la miraba con gesto guasón era el tío de Saem. El tal Mario, con el que tuvo unas palabritas. Tomó aire para replicar cuando él la saludó.

—Nuria, ¿verdad?

Ella ni confirmó ni desmintió, y sin ganas de confraternizar, le preguntó, manteniendo las distancias:

—Le he hecho una pregunta, caballero. ¿Va a contestar?

—Lo de caballero me ha gustado, porque lo soy más que ¡caballornio! Pero, vamos, qué mínimo que un «¡hola!». ¿No crees?

—Disculpe, pero no tuteo a los desconocidos —replicó Nuria, a quien el gesto de guasa de Mario le estaba molestando.

—*Porfaplisss* —se mofó él.

Nuria apretó los puños. Aquel tipo con su gesto guasón y su sonrisita la estaba sacando de sus casillas.

—La verdad es que este centro de mesa es muy bonito y creo que quedará estupendamente sobre la mesa de mi salón. Por lo tanto, me lo voy a llevar —dijo.

—Es demasiado femenino.

Aquella excusa a Mario le hizo gracia. Estaba claro que ella lo quería sí o sí. Pero para hacerle rabiar, aunque a él el centro de mesa le daba igual, respondió:

—Me gusta lo femenino.

Nuria asintió, y sin más, se dio la vuelta y se alejó. No tenía nada más que hablar con él.

Mario la observó. Vio cómo aquella pagaba los cojines que llevaba en las manos y se marchaba de la tienda. Divertido, sonrió. Algunas

mujeres qué complicadas eran, y siguió mirando los portarretratos. Quería comprar un par de ellos para su casa.

Nuria, algo alterada por lo ocurrido, siguió caminando por el centro comercial. Encontrarse con aquel tipo no le iba a jorobar el momento y sonriendo continuó con sus compras.

A las ocho de la noche dio por finalizadas sus compras y se encaminó hacia su casa. Feliz y canturreando, llegó hasta la puerta de su garaje, que se abrió tras darle al mando a distancia.

Aparcó y abrió el maletero para recoger sus bolsas.

—Si ya decía yo que te había visto antes.

Al oír aquella voz, Nuria se volvió y se quedó sin palabras. ¿Otra vez él?

—Pero ¿tú qué haces aquí? —preguntó, totalmente descolocada.

Mario dio al mando de su vehículo, que parpadeó, un coche situado a la derecha.

—Vivo aquí. 3.º D. —Nuria, sorprendida, no dijo nada. Así que era el que ponía siempre la música de Barry White. Lo sabía porque ella vivía en el 3.º C. Él añadió—: Ahí va la hostia, ¡eres mi vecina de al lado!

—¡Qué ilusión!

—Mujer. Intento ser amable.

—¿Y quién te ha pedido que seas amable?

—Serás bruja.

—¿Me acabas de llamar bruja?

—Sí. Con todas las letras. Desde la *b* hasta la *a*.

—Serás idiota.

Mario asintió. Estaba claro que el carácter de aquella mujer era complicadito. Al ver la cantidad de bolsas que tenía en el asiento trasero del vehículo, fue a ofrecerle su ayuda, pero consciente de que se la iba a rechazar, preguntó:

—¿Siempre llevas la escopeta cargada?

Lo miró con la ceja levantada. Aunque le gustara la música que ponía, no le gustaba él, y respondió haciendo un gesto con el dedo:

—Recuerda que entre tú y yo hay una línea imposible de traspasar. Ni te caigo bien. Ni me vas a caer. Por lo tanto, ve por tu lado sin molestar y yo iré por el mío, ¿de acuerdo?

Mario asintió. Aquella mujer era insoportable y, tras encogerse de hombros, se montó en su vehículo y se marchó.

Nuria, molesta con la situación, resopló. ¿Por qué aquel tenía que ser su vecino?

Capítulo 24

Dos días después, tras acabar el servicio de cenas, Saem llamó a su tío Mario para comentarle algo de una factura recibida de los proveedores del local de copas, y cuando finalizaron de hablar de aquello, este le dijo.

—¿Sabes quién es mi vecina?

—¿Quién?

—La insoportable amiga de Sara. La que en realidad se llama Alma. —Sorprendido, Saem frunció el entrecejo; su tío le explicó—: El día que la vi en el local me sonó su rostro. Sabía que había visto en algún sitio a esa bruja. Y resulta que es mi vecina de la puerta de al lado. ¿Te lo puedes creer? —Saem negó con la cabeza—. Eso sí. Dudo que vaya a pedirle azúcar, porque esa es capaz de darme cianuro. Menuda tía más insoportable.

Durante un rato hablaron sobre aquello. El mundo era demasiado pequeño. Minutos después se despidieron y quedaron en verse otro día.

Mientras procesaba lo que su tío le había contado, Saem se sentó en la mesa de su despacho cuando la puerta se abrió. Era Ji Woo.

—Vaya... vaya... —dijo ella, mirándolo con una sonrisa.

—Vaya... Vaya... ¿qué? —preguntó Saem.

Ji Woo se acercó a él.

—No habías comentado que esperaras compañía esta noche —murmuró. Sorprendido, Saem levantó las cejas, y ella, con una sonrisita, le aclaró—: Una tal Natalia pregunta por ti.

Al escuchar aquel nombre, Saem se levantó. ¿Natalia allí?

—Dile que pase —le pidió, intentando que no se notara su desconcierto.

—¿Quién es? ¡Cuéntameeeee! Tengo mucha curiosidaddddd. —Saem clavó su mirada en Ji Woo, pero a ella le dio igual, porque añadió—: Un poco más joven de lo que te suelen gustar, ¡pero guapísima!

Saem suspiró. No entendía qué hacía allí aquella joven.

—¡Dile que pase! —repitió.

Divertida, Ji Woo abrió la puerta.

—Natalia, por favor, pasa —dijo, con una bonita sonrisa.

Ella lo hizo de inmediato. Su mirada y la de Saem rápidamente conectaron.

—Os dejo para que habléis —dijo Ji Woo, quien no pudo evitar un cierto retintín, antes de cerrar la puerta.

Cuando se quedaron solos en el despacho se miraron durante unos segundos en silencio, hasta que Natalia, confundida por la mirada de Saem, saludó:

—Hola, Saem.

—Hola, Natalia.

De nuevo el silencio los rodeó. Saem quería ser prudente, porque no entendía a qué venía aquella desconcertante visita.

—Estarás pensando qué hago aquí —arrancó Natalia.

—La verdad es que sí.

Ella tomó aire.

—Vine para que me aclares algo que me dijiste el día de la comida cuando te marchabas —le pidió con firmeza.

Saem asintió. Ahora ya sabía el motivo de la visita.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó.

—Una Coca-Cola.

Él se acercó a una pequeña nevera y sacó dos latas de Coca-Cola.

—¿Vaso y hielo? —ofreció.

—No. Así está bien.

—Siéntate, por favor —le dijo, entregándole una de las bebidas.

Natalia se sentó en un sillón de cuero marrón y él lo hizo a su lado.

—¿Mi padre sabe que estás aquí? —preguntó, mientras abría su lata.

—No, y no se lo voy a decir.

—Mejor.

—Esta visita quedará como algo entre tú y yo. —Con prudencia, Saem hizo un gesto afirmativo. Natalia, necesitada de saber, insistió —: Mira, Saem. No soy persona a la que le guste andarse con rodeos, por lo que necesito saber por qué el otro día dijiste que fuera lista y me alejara de tu padre.

Él trató de buscar las palabras más acertadas para explicarse.

—No te conozco, pero a mi padre sí —empezó—. Y al igual que veo en ti que eres una buena persona, no puedo decir lo mismo de él. Y lo sé. Suena fatal lo que estoy diciendo, porque hablo de mi padre, pero mi relación con él no es precisamente un camino de rosas. —Sorprendida, Natalia parpadeó. Cuando Elías hablaba de Saem lo hacía con amabilidad; él prosiguió—: Imagino que sabes que mi padre ha salido con otras mujeres antes que contigo.

—No lo he hablado con él, pero claro que lo imagino. Como entiendo que él sabe que yo he salido con otros hombres antes que él. Ambos somos adultos.

—¿Te ha hablado de su relación anterior? —quiso saber él.

—No.

Saem en su interior maldijo. ¿Qué hacía hablando de aquello? ¿Por qué se estaba entrometiendo? Si algo no le gustaba era

entrometerse en las vidas ajenas y menos en la de su padre. Pero aquella muchacha, y en especial su madre, le caían bien, y se merecía saber dónde se metía, así que tomó aire, y se lanzó.

—Lo que te voy a decir no hay forma de dulcificarlo, pero tienes que saber que mi padre es un gran manipulador, entre otras cosas. Es una persona que sabe cómo ganarse la confianza de la gente para que emocionalmente dependan de él, y cuando lo consigue y esa persona se convierte en alguien invisible, se aburre y la descarta. Y a la primera persona que se lo hizo fue a mi madre. —Natalia frunció el entrecejo; Saem preguntó—: ¿Quieres que continúe?

—Sí.

—Hace cuatro años mi padre conoció a Verónica —explicó, evitando hablar de su madre—. Ella tenía más o menos tu edad, y era una persona tranquila y reservada. De esas que por no entrar en conflicto se quedan calladas y en un segundo plano.

—Yo no soy así.

—Lo sé. Y no sabes cuánto me alegro. Porque mi padre es una persona que, de entrada, parece amable y encantador. Es la clase de hombre que, por su palabrería y su manera de hacer las cosas, te hace creer que te va a bajar la luna, pero, en realidad, te baja al infierno. —Natalia levantó las cejas. Aquello era imposible. Elías era increíble. Saem soltó—: Cuando mi padre hizo lo que quiso con Verónica y finalmente la descartó, ella se intentó suicidar.

—¿¡Qué?!

—Hoy en día, sigue internada en un centro de salud mental, y por suerte se va recuperando.

Natalia, estupefacta, se levantó de un salto.

—Pero ¿qué dices, Saem?

—Digo que cuando mi padre la convirtió en un ser sin criterio ni voluntad, se la quitó de encima, y ella, como estaba mal psicológicamente, hizo esa locura. Por suerte, su hermana Almudena la encontró. —Natalia, bloqueada al enterarse de todo eso, se quedó sin palabras. Él continuó—: Mi padre ha tenido muchas mujeres en su vida y con todas se ha comportado igual. La única que llegó a ese límite fue Verónica, aunque mi madre lo rozó.

Natalia negó con la cabeza. Imposible. Seguro que Saem estaba recrudeciendo aquel relato.

—¿Cómo puedes hablar así de tu padre? —le preguntó.

—Porque lo conozco muy bien. —Natalia, sentándose, dio un trago a su Coca-Cola—. Sé que lo que digo es...

—¡Es horrible! —lo interrumpió ella.

—Exacto. Es horrible. Y por eso te dije que te alejaras de él. Sé que tú no eres Verónica, pero no quiero que te haga daño, y...

—Mira, Saem —lo cortó, levantándose—. Te agradezco lo que me has contado y tu preocupación. Pero soy una mujer adulta y segura de sí misma que nunca se dejaría manipular por nadie. Además, soy de las personas que creen que los humanos podemos cometer errores y rectificar.

—Mi padre nunca va a cambiar.

—Eso no lo sabes.

—Lo sé —aseguró Saem—. Lo conozco desde hace treinta y nueve años, y vi lo que hacía con mi madre.

—Siento oír eso.

—Más lo siento yo.

Natalia tomó aire. Entendía su dolor. Pero todo el mundo cambiaba y evolucionaba en la vida.

—Respeto tus palabras y tus propias vivencias —dijo ella, sin querer dar su brazo a torcer—, pero permite que yo tome mis

decisiones.

Saem asintió. No iba a discutir con ella. Odiaba discutir. Ella había ido a por una explicación y él se la había dado. Ahora que decidiera cómo proceder.

Estuvieron unos segundos en silencio hasta que Natalia agarró su bolso.

—Me gustaría que esta conversación quedara entre tú y yo —le pidió.

—Así será.

—Y, por favor, aunque no tengas amistad con mi madre, prométeme que bajo ningún concepto le comentarás nada de esto.

—Aunque no lo creas, no soy ningún chismoso, y te lo prometo —murmuró él, tomando aire, consciente de que no se iba a acercar a Alma.

—Como dice mi madre, en la vida hay que dar oportunidades a las personas que uno quiere, y yo a Elías lo quiero. —Y al ver el gesto de aquel, insistió—: Saem, todos podemos equivocarnos, tomar malas decisiones, hacer cosas que no están bien, pero también todos podemos aprender de los errores y cambiar.

Saem estaba totalmente de acuerdo con ella, pero sabía que no era el caso de su padre. Él nunca cambiaría.

—Tú sabrás, Natalia —replicó, suavizando el gesto.

Segundos después, cuando aquella joven se marchó, Ji Woo entró en el despacho.

—Cuéntameeeeee... —canturreó con picardía.

—No tengo nada que contarte.

Ji Woo protestó. De pronto el teléfono móvil de Saem sonó y al ver quién era, no pudo evitar un tonillo sardónico.

—Es mi padre, ¡por una vez me alegro de que llame!

Ji Woo, con gesto hosco lo miró y sin decir nada salió del despacho.

—Hola, papá —lo saludó.

—Saem, ¿cómo estás?

Si supiera que Natalia acababa de salir de su despacho porque había ido en busca de una explicación por algo que él dijo el día de la comida, se cabrería.

—Bien.

—Iré directo y al grano. ¿Qué te pareció Natalia?

—Simpática y guapa —respondió con gesto cansado y tocándose la frente.

Elías se mostró encantado. Desde el primer instante en que la vio, tuvo la necesidad de conocerla más. Por suerte, a ella le pasó igual.

Durante un rato, Saem escuchó a su padre hablarle de la joven, mientras se mordía la lengua para no decirle lo que realmente pensaba. Pero no. No debía.

—Hay ciertos aspectos de ella que no son objeto de mi devoción —dijo Elías—. Le gusta salir por la noche, viajar de mochilera, hacer escalada y es de relaciones abiertas. Y la mujer que esté conmigo ha de ser en exclusiva.

—Ella en exclusiva, pero tú en multipropiedad, ¿verdad?

—Saem. No empecemos —siseó, molesto por aquellas palabras.

—No empieces tú. No sé qué haces saliendo con otra mujer.

—Porque me conviene.

—¿Y tú le convienes a ella? —Elías no respondió y Saem insistió—: ¿Te recuerdo lo que pasó con Verónica?

Oír aquello a Elías no le agradó. Aquel episodio de su pasado con aquella mujer era algo que no le gustaba recordar.

—Natalia no es Verónica. Ella es lista y sabe lo que quiero y me gusta.

—¿Y tú sabes lo que quiere y le gusta a ella? ¿O eso sigue sin importar?

—Saem...

—¡No! ¡Saem, no! —lo cortó ofuscado—. ¡Piénsalo!

Un incómodo silencio se instaló entre ambos.

—Ya salió tu frialdad coreana —soltó Elías.

Saem resopló. Odiaba que su padre dijera aquello. Oír lo de «frialdad coreana» le traía el mal recuerdo de sus padres discutiendo.

—Realmente, te llamaba para hablar de negocios —prosiguió Elías con frialdad—. Quiero organizar una cena para mis amigos en casa. El motivo es presentarles a Natalia y me gustaría que fueras el chef, pero ella no puede saberlo. Quiero que sea una sorpresa, pues está deseando ir a comer a tu restaurante.

Saem se mostró de acuerdo. No era la primera vez que su padre o sus amigos lo contrataban para cenas particulares, y tras definir una fecha, lo apuntó en su agenda.

—Ya concretaremos el menú —señaló.

Capítulo 25

Con los auriculares puestos, el sábado por la mañana Alma trotaba sobre la cinta de correr del gimnasio de su urbanización mientras tarareaba la canción *Soltera*, de Shakira, y sonreía.

Como decía la canción, estaba soltera, no tenía que dar explicaciones a nadie. ¿Por qué no podía pasarlo bien?

Inconscientemente, supo que pensaba eso por lo ocurrido con Saem. Con él no tenía nada. Solo había sido un rollo que duró algunos días, por lo que no se tenía que sentir culpable por haberle mentido. Pero la realidad era que se sentía culpable. Tremendamente culpable.

Estaba sumida en estos pensamientos cuando sintió a su lado una presencia y antes de mirar ya la habían besado en el cuello y alguien le decía.

—Hola, Caramelito.

Divertida, sonrió. Ahí estaba su vecino Ricardo. Ese que siempre que la veía la llamaba Caramelito. Un divorciado con el que tenía muy buen rollo y con el que había tenido algún que otro encuentro sexual.

Sonriendo se miraron. Alma se quitó uno de los auriculares y bajando la intensidad de su cinta estática, saludó:

—Pero bueno, ¡cuántos días sin verte!

Ricardo asintió y tras darle dos besos en la mejilla a modo de saludo, se subió en la cinta estática que había al lado y empezó a caminar sobre ella.

—Estuve de trabajo en Suecia —le explicó.

Él era CEO en una empresa de cine. Ricardo, como ella, llevaba muchos años divorciado y, como ella, no buscaba el amor. Simplemente buscaba disfrutar del momento sin malos rollos ni complicaciones. Algo que a ambos les venía bien.

Durante un buen rato hablaron de todo lo que se les ocurrió mientras trotaban sobre las cintas. Como siempre, se entendían hablando.

—¿Tienes algún plan para hoy? —le preguntó él.

—No.

—A ver, Caramelito. ¿Qué te parece si hago una rica pasta carbonara en mi casa? La última vez estuvimos en la tuya.

Alma sonrió. Sabía cuál sería el postre tras esa carbonara y, encogiéndose de hombros, y dispuesta a dejar de pensar en Saem, aceptó.

—Pues me parece genial.

Media hora después, tras despedirse, quedaron en verse a las dos de la tarde en el piso de él.

Tras una ducha que a Alma le supo a gloria y en la que se repasó con la depiladora, estaba arreglándose cuando sonó su teléfono.

—Hola, corazón.

—Hola, mamá. ¿Qué haces?

—Pues en este momento arreglándome. ¿Y tú?

Natalia miró a su derecha.

—Estoy en casa de Elías con su hermano Mario, al que he conocido hoy, y es muy simpático, y Saem. Vamos a comer. —A Alma se le encogió el estómago al oír aquel nombre. Su hija prosiguió—: Y por eso te llamaba, por si te quieres venir a comer.

—No, gracias —contestó con rapidez—. Tengo planes.

—¿Qué planes?

Mirándose en el espejo, Alma se recogió el cabello en una coleta alta.

—Voy a comer con Ricardo —explicó.

—Wooooo, Caramelitoooooo —se mofó Natalia.

—Va a preparar pasta carbonara en su casa.

—Woooooo, no digo mássssss. —Ambas se rieron. Natalia sabía que su madre y Ricardo de vez en cuando tenían sexo sin compromiso y cuchicheó antes de colgar—: Pues pásalo bien, mamá.

—Te lo aseguro —afirmó Alma, y luego cogió su bolso y tras darle un beso a Sugar en la cabeza, se encaminó hacia el piso de Ricardo. Tenía una excelente tarde por delante en la que no iba a pensar en Saem.

Cuando Natalia con una sonrisa se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón, al darse la vuelta, vio cómo los tres la observaban.

—Mamá tiene planes —les informó.

—¿Qué planes? —preguntó, curioso, Elías.

—Se va a comer a casa de Ricardo —dijo ella—. Un vecino, atractivo y divorciado con el que tiene muy buen rollito y la llama ¡Caramelito!

Elías y Mario sonrieron. Saem no. Si él y su tío estaban allí era porque su padre se había empeñado en que Mario conociera a Natalia. Y Saem, para facilitarle el momento a su tío, le había acompañado. Su padre y su tío nunca quedaban a solas. Su relación era respetuosa, pero distante.

—Normal que Alma tenga planes.

—¿Y por qué lo ves normal, papá? —preguntó Saem con cierta acidez.

Mario lo miró. Natalia también. La pregunta le había salido como un resorte de la boca.

—Pues porque es una mujer atractiva y divorciada —contestó su padre—. Por eso lo veo normal. Y si tu tío la conociera, lo vería tan normal como yo. Incluso puede que le pidiese una cita.

Mario se calló lo que pensaba. Ni su hermano ni la novia de su hermano podían saber que conocía a Alma, y mucho menos que la conoció cuando esta fue a explicarse ante Saem por sus mentiras.

—Mario —dijo Natalia—, siento no poder presentarte hoy a mi madre. Será otro día.

—Tranquila. No hay prisa.

Segundos después, cuando Elías y Natalia se alejaron un momento, Mario miró a su sobrino.

—He venido por no hacer un feo a esa muchacha que me quería conocer —le dijo—. Pero, en cuanto terminemos de comer, me quiero ir de aquí.

—Lo sé, tío. Tranquilo.

—¿Celoso porque tenga una cita esa mujer? —preguntó Mario al ver el gesto adusto de su sobrino.

—Pero ¿qué dices?

—Lo que veo.

—No digas tonterías.

Mario sonrió. Conocía a su sobrino.

—Deja de apretar los dientes —le recomendó—. La mandíbula se te tensa.

Saem maldijo. Recordaba quién era ese Ricardo.

Capítulo 26

El domingo por la mañana Alma, Estíbaliz, Romina y Nuria se fueron al Rastro. Si algo les gustaba era caminar por la zona de los muebles artesanales y las antigüedades.

A la una y media, cargadas con las compras realizadas, se pararon a tomarse un aperitivo. Siempre que finalizaban sus compras en el Rastro, les encantaba tomar un vermut con patatas bravas en el bar de Agustina. Estaban disfrutando del momento cuando Nuria preguntó:

—A ver, mi querida loba, ¿bien ayer con Ricardo?

Alma asintió. Recordar la tarde de sexo con Ricardo le hizo sonreír. Y sin comentar que en varias ocasiones por su pensamiento se cruzó Saem, respondió:

—Tan bien como siempre. El tío es una máquina y yo un *caramelito*.

—Lo que hay que oír —musitó Romina.

Una carcajada escapó de sus bocas.

—Follamos como locos —añadió Alma.

—¡¡Almaaaa!! —gruño Romina.

Estíbaliz, divertida, tragó la patata brava que tenía en la boca.

—Con saber que te lo pasaste bien ¡es suficiente! —le riñó.

Entre risas, y tras coger algo de comida para llevarse a casa, las cuatro se encaminaron hacia el coche de Alma. Después de guardar las cosas, se dirigieron hacia el piso de Nuria. La gran mayoría de las compras eran suyas. Al entrar en el portal, Nuria vio a Mario parado

en los buzones. Parecía que regresaba de correr por cómo iba vestido y lo sudada que llevaba la camiseta.

Como si no lo conociera, pasó por delante de él con sus amigas.

—Buenas tardes, vecina —oyó.

Alma, Estíbaliz y Romina se pararon para mirar, y Nuria, al darse cuenta, dijo:

—Buenos tardes, vecino.

Con celeridad, Nuria abrió el ascensor. De un empujón metió a Alma, que no se había percatado de quién era él, y miró a sus amigas.

—¿Entráis? —preguntó.

Ellas lo hicieron, y antes de cerrar la puerta del ascensor, Nuria se giró hacia Mario, que las miraba con descaro sonriendo. Le dedicó una de sus intimidantes miradas y cuando la puerta se cerró, le dio al tercer piso.

—¿Quién es ese? —preguntó Romina.

—Mi vecino de la puerta de al lado.

—¿El que pone a Barry White?

—Sí.

—Madurito interesante y potentón —cuchicheó Estíbaliz.

—No es mi estilo —matizó Nuria—. Me gustan más jóvenes.

Estíbaliz sonrió.

—Madre mía, qué hambre tengo —soltó Nuria para cambiar de tema.

Al entrar en la casa, todas se fijaron en una enorme caja de cartón que había en el recibidor.

—¿Y eso?

—La caja donde venía el precioso baúl que encargué a Noruega. —Sorprendidas, miraron la caja y Nuria añadió—: Luego bajamos al punto limpio la caja. Tranquilas. Ahí no se va a quedar.

—¿Dónde está el baúl que te enamoró? —preguntó Alma.

Encantada y feliz, Nuria entró en el coqueto salón, y dijo, señalándolo:

—Tachánnnnnn.

Las amigas ensalzaron el baúl. Era una bonita antigüedad, restaurada y decapada en un color claro y cuando Estíbaliz y Romina se fueron hasta la cocina para sacar de las bolsas la comida que habían comprado, Alma, bajando la voz, murmuró:

—¿Por qué me has empujado así en el ascensor?

—Porque era él.

—¿Él? ¿Quién es él?

Nuria tomó aire.

—Mario. El tío de Saem —susurró.

Boquiabierta, Alma parpadeó. ¿En serio? Con lo grande que era Madrid, Nuria tenía que ser la vecina del tío de Saem.

—¿Es tu vecino y no me lo dices? —le recriminó, intentando controlar su nerviosismo.

—No quería ni preocuparte, ni acalorarte. —Acalorada, Alma se dio aire con la mano, y Nuria observó—: Y sí, amiga. En este momento estás preocupada y acalorada y no precisamente por la puñetera menopausia.

Alma resopló. Su amiga tenía razón. Romina apareció con una botella de vinito blanco. Tenían que comer.

Durante un buen rato las cuatro amigas hablaron de sus cosas, que no eran pocas. La terraza de Nuria era rectangular y grandecita. Tenía varias jardineras vacías.

—El próximo día te traigo geranios —le dijo Romina—. Los tengo enormes en la ventana de casa.

—Mejor que no.

—¿Por qué?

—Porque soy el corredor de la muerte para las plantas. Por lo tanto, como dice la canción de nuestra loba jefa y nuestro amado Sanz: «Te lo agradezco, pero no».

A las cinco de la tarde, Romina y Estíbaliz se marcharon. Ambas tenían planes con sus maridos. Por ello, Nuria y Alma se tiraron en el cómodo y nuevo sofá para ver una película. Acabada la peli salieron a la terraza para fumarse un cigarro. Ambas se apoyaron en la barandilla.

—¿Ese es tu vecino? —curioseó Alma.

Nuria vio entonces a Mario parado en el portal. Justamente debajo de donde ellas estaban. Vestía unas bermudas vaqueras, una camiseta blanca y, por cómo movía las manos, tenía que estar hablando con alguien.

—¿Y si le escupo?

—Nuriaaaaa.

—¡¿Qué?!

—¿Pero qué dices?

—Una maldad. Lo sé. Soy lo peor.

—¡Y tan maldad!

Se rieron.

—Vale. Lo reconozco —bromeó Nuria—. La niña cabrona que con dieciséis años fui sigue en mí. Pero cuando veo a ese chulito ¡potentón! me saca de mis casillas.

Divertidas reían por aquello, cuando Nuria cogió una botellita de agua que estaba sobre la mesa de la terraza y, tras quitar el tapón, la volcó y el agua se desparramó.

Sorprendida, Alma vio cómo Mario rápidamente se tocaba la cabeza al notar la humedad. Acto seguido miraba hacia arriba, por lo que tiró del brazo de su amiga y la obligó a agacharse para que no las viera.

—¡Te has vuelto loca! —le riñó. Nuria, con gesto de no haber roto un plato, parpadeó, y Alma volvió a regañarla—: Contén a la niña cabrona de tu interior, porque ya tenemos una edad para hacer estas tonterías. ¡No me jorobes, Nuria!

—Por favorrr —se mofó ella.

—Pero ¿cómo se te ocurre hacer eso?

—¿El qué?

—Nuriaaaa...

Incapaz de contenerse, ambas comenzaron a reír. Lo que acababa de hacer era horrible. Surrealista. Pero no podían dejar de reír.

—Ha sido un impulso —admitió Nuria.

—Más bien una mala acción.

—Realmente, no sé por qué lo he hecho. Bueno sí, porque es muyyyy tontoooo.

—Y tú muy cabrona...

Nuria se tapó con una mano el rostro. Su amiga tenía razón.

—Te puede denunciar por lo que has hecho —dijo Alma.

—¿Y cómo va a saber él que he sido yo?

—Porque yo creo que nos ha visto.

—Déjate de tonterías. Ese idiota no nos ha visto.

Sin levantarse, se quedaron varios minutos sentadas en el suelo de la terraza, cuando de pronto sonó con insistencia el timbre de la puerta.

—Oh... oh... —murmuró Alma.

—No pienso abrir —musitó Nuria, consciente de la cagada que acababa de hacer.

—Nuria, ¡sabe que estamos dentro!

—¡¿Y?!

Con cuidado se levantaron del suelo y de puntillas fueron hasta la entrada donde el timbre sonaba y sonaba. Con sigilo, Nuria miró por

la mirilla. Al otro lado de la puerta estaba Mario, con la cabeza empapada y el gesto serio.

—Sé que estás ahí, ¡abre la jodida puerta! —le gritó.

Llevándose la mano a la boca, Nuria se tapó la sonrisa.

—No es momento de reír —la reprendió Alma.

—Lo sé. Pero no lo puedo remediar.

La insistencia de Mario y sus voces proseguían.

—Haz el favor de abrir y disculparte —le pidió Alma.

—¡Ni hablar!

—¡Nuriaaaaa!

Ella, consciente de que lo que había hecho era horrible, se arrepintió.

—Soy lo peor. ¿Por qué no me lo has impedido?

—¿¡Yo!?

—Sí, ¡tú!

—¡Tendrás poca vergüenza!

Alma, agobiada, resopló. Miró por la mirilla y de repente dio un traspié hacia atrás.

—Ay, Dios mío. ¡Saem está con él! —entró en pánico.

—Nooooo —murmuró Nuria, mirando.

—¡No se te ocurra abrir!

—A ver si te aclaras, guapa. ¿Abro? ¿O no abro?

—Mira, bruja. Como no abras, te juro que llamo a la policía —gritó Mario.

—¿Me acaba de llamar bruja otra vez el jodido calvo? —murmuró Nuria, abriendo mucho los ojos.

Alma resopló. Allí se iba a liar la marimorena. Y cuando su amiga puso la mano en el picaporte, sin saber por qué, se tiró al suelo y se colocó la enorme caja de cartón sobre ella. Tenía que esconderse.

Nuria, al ver aquello, se echó a reír cuando abrió la puerta.

—¿Y encima te ríes? —oyó que le decía Mario, cabreado.

Cuando oyó aquella voz, cambió el gesto, y al ver a su sobrino, preguntó:

—A ver, ¿qué pasa?

Saem, con voz calmada, le pedía tranquilidad a su tío.

—¿En serio tienes la poca vergüenza de preguntar eso? —le gritó él, con la cabeza y la camiseta mojada.

Con gesto angelical, Nuria parpadeó.

—Os he visto. He visto a alguien en tu balcón y cómo os escondíais —acusó Mario. Nuria asintió. Mentir era ridículo. Si las había visto ¡las había visto! Debía encontrar una posible explicación menos indignante que la real, pero él no la dejó hablar—. Dime al menos que es agua y no pis.

—Por favorrr, pero ¿por quién me has tomado? —Él no contestó, y ella no pudo evitar un comentario jocoso—: Aunque entiendo que el agua te ha rizado el pelo.

Saem levantó las cejas sorprendido por aquello, y Mario, tocando su aún mojada calva, respondió:

—Dijo la bruja morena de bote.

—Bueno... tengamos tranquilidad —murmuró Saem, intentando calmar los ánimos.

Los dos contrincantes se miraron. Uno era calvo y la otra se teñía el cabello para ocultar sus canas. Estaba claro que sabían cómo molestarse el uno al otro.

—De acuerdo. Lo siento —se disculpó Nuria para zanjar el tema, y mintiendo añadió—: Regué las plantas que tengo en las jardineras de la terraza sin darme cuenta de que podía pasar lo que ha pasado. Por lo tanto, ¡perdón!

Aquella reacción a Mario lo sorprendió. ¿Le estaba pidiendo disculpas?

—Lo ves, tío Mario —indicó Saem—. Te dije que tenía que haber sido sin querer.

—Y tanto que sin querer. No soy tan «bruja», aunque mi escoba tenga más kilometraje que mi coche —afirmó Nuria con gesto victimista.

Aquel comentario hizo sonreír a Saem, pero a Mario no. Este movió la cabeza. No la creía, pero tampoco podía poner en duda lo que estaba diciendo. Él mismo tenía macetas en la terraza. Se secó con la mano la cabeza y extendió un dedo ante ella.

—Riégalas a partir de las doce de la noche —le dijo—. Así evitarás mojar a quien entre o salga del portal. —Nuria asintió, y Mario, viendo que la mirada de ella no concordaba con su sentido gesto, indicó, moviendo su dedo—: Como tú dijiste, esta es la línea que nos separa. Recuerda. Tú por tu ladito y yo por el mío.

A Nuria le hizo gracia aquello, pero sin cambiar su gesto victimista, susurró:

—Lo recordaré.

Guardaron silencio unos segundos, y de pronto, Saem, mirando la enorme caja que había en medio del recibidor, preguntó:

—¿Necesitas que baje la caja al contenedor de cartón?

Nuria miró la caja. Bajo ella estaba Alma escondiéndose.

—No, gracias —Y le dio una patadita.

—No me cuesta nada —insistió Saem.

—Que lo baje ella. Es su basura —bramó Mario, molesto con lo ocurrido.

—Aclarado el tema agua. ¿Queréis algo más? —preguntó Nuria, deseosa de cerrar la puerta ya.

Saem y Mario negaron con la cabeza.

—Pues entonces, ¡adiós! —dijo ella con su habitual desparpajo.

Y sin más, cerró la puerta en sus narices.

Rápidamente echó una ojeada por la mirilla, sonriendo al ver cómo ellos se miraban desconcertados y oía a Mario decir mientras se dirigían a la puerta de al lado:

—Esta no es bruja, es la jefa suprema del aquelarre.

Alma, que había escuchado todo bajo la caja, se la quitó de encima.

—Te quiero, aunque contigo la paciencia sea deporte olímpico —protestó.

Nuria, con gesto serio, la miró. Que aquel idiota la llamara bruja no le hacía ni pizca de gracia, pero tomó aire y respiró. Más le valía respirar.

Capítulo 27

Varias mujeres, con sus sonrientes familiares y amigos, estaban en la tienda para probarse sus preciosos vestidos de novia.

Aquel momento era un ritual. Un ritual cargado de sonrisas, emociones y lágrimas, al que Alma ya estaba acostumbrada y disfrutaba como una más.

Alma y una de sus ayudantes estaban ajustando el vestido a una novia para que el día del enlace fuese todo perfecto. La mujer se puso los zapatos, y la ayudante dejó a Alma y a la novia a solas.

Su familia esperaba impaciente en una salita colindante. La prueba de un vestido de novia era un momento inolvidable para la que se casaba y para quienes la acompañaban. Verse ante el espejo con un vestido que no volvería a ponerse probablemente en su vida, solía emocionar, y cuando Alma vio a aquella mujer con los ojos cargados de lágrimas, entregándole un kleenex, señaló:

—Estás muy guapa y el vestido te queda espectacular.

Karina, emocionada, sonrió.

—¿Puedo preguntarte algo? —le pidió.

—Lo que quieras.

Alisó la bonita falda de tul de su vestido y miró a Alma.

—¿Crees que hago lo correcto llevando este vestido de novia, siendo divorciada y con cuarenta y ocho años o por el contrario hago el ridículo? —preguntó.

Alma con cariño sonrió. No era la primera vez que veía aquella inseguridad en mujeres maduras.

—Creo. Afirmo. Y aseguro —le dijo con convicción, cogiéndole las manos— que haces lo correcto. Y no haces el ridículo. La vida es para vivirla y tú vives tu vida.

Karina suspiró y se miró al espejo.

—Mi madre cree que vestirme de novia a mi edad no es lo más correcto —murmuró.

—Eso lo cree tu madre. Pero ¿qué crees tú?

Karina volvió a mirarse.

—Yo estoy encantada de verme vestida de novia —replicó. Alma asintió, y ella continuó—: Me divorcié hace diez años de Jesús. Y para ella con que me casara con David por el juzgado estaría bien. Pero David ¡es maravilloso! Ilumina mis días de una manera que yo todavía no me lo creo y él nunca se ha casado. Y sé lo importante que es para él este día, incluso que yo camine hacia el altar vestida de novia.

En temas de padres, Alma tenía una licenciatura.

—Hablamos de tu vida, no de la de tu madre —le dijo—. Eso como primer comentario. El que te divorciaras no quiere decir que no te puedas volver a enamorar, ilusionar y casar. Eso como segundo comentario. Y como último y tercer comentario te diré que, si has conocido a un maravilloso unicornio que ilumina tus días, lo vivas, disfrutes y luzcas tu bonito vestido el día de tu boda. Si David se lo merece y tú estás feliz, no hay más que hablar.

Sonriendo, Karina asintió. Aquellas palabras la reafirmaban en su decisión.

—Pues entonces vamos a enseñarles el vestido a mi madre y mis hijos —anunció con determinación.

—Me parece perfecto.

Agarrándose la pomposa falda, Karina salió del probador y, acompañada de Alma, llegó a la sala donde sus familiares la

esperaban. Al entrar, un «ohhhhhh» generalizado la hizo sonreír.

En un discreto segundo plano, Alma observó el momento y vio cómo los hijos de aquella la ensalzaban. Las hermanas y amigas también y finalmente la que intuyó que era la madre se levantó y dándole un beso, sonrió. Ver aquello a Alma la emocionó.

Acabada aquella prueba, cuando Alma estaba en el atelier mirando unos patrones, entró Olga, una de las chicas nuevas contratada para el periodo de las bodas.

—Alma, un hombre pregunta por ti.

—¿Quién es?

La joven con gesto preocupado no supo responder. No había preguntado el nombre.

—No te preocupes, Olga. Ya salgo.

Cuando la joven desapareció, Alma dejó los patrones sobre la mesa y caminó hacia la tienda. Al salir se sorprendió. Era Elías, el novio de su hija. Iba impecablemente vestido con un traje azulón, su inseparable Rolex y sus relucientes zapatos.

Con una sonrisa de desconcierto por aquella imprevista visita, se acercó a él, que observaba unos vestidos de novia.

—Hola, Elías, ¿a qué se debe esta visita? —lo saludó.

Elías, que observaba aquel glamuroso local, le dio dos besos en las mejillas.

—Qué tienda más bonita tienes —alabó.

—Gracias.

—¿Todos estos vestidos los has diseñado tú?

—El ochenta por ciento de ellos —respondió con seguridad—. El otro veinte son de otros diseñadores.

—¡Qué maravilla!

Se quedaron en silencio mirando unos instantes la tienda.

—Natalia me comentó que tu socia y tú os habéis planteado comprar el local de al lado para ampliar el negocio —fue Elías al grano.

—Así es. Comprándolo podríamos ampliar estancias. En especial, la del taller.

—¿Tenéis taller aquí?

—Sí. Ahora te lo enseño.

—Si quieres, me puedes pasar la documentación que habéis entregado en el banco y... —propuso él.

—Te lo agradezco, Elías, pero no hace falta —lo cortó.

—¿Seguro?

—Seguro —zanjó ella el tema.

—Ven. Sígueme. Te enseñaré el taller —dijo ella.

El hombre la siguió en silencio. Se dirigieron a una sala en donde varias personas trabajaban en diferentes máquinas o mesas y en la que se veían distintas telas y maniquíes.

Elías, curioso, lo examinó todo.

—Este espacio se te ha quedado pequeño —señaló.

—Sí. Pero con el préstamo, compraremos el local de al lado y ampliaremos todas las estancias.

—Los locales de esta zona son bastante caros.

—Tremendamente caros —afirmó Alma, pero sonriendo añadió—: Pero, por suerte, si nos conceden el préstamo, podremos afrontarlo.

Durante varios minutos deambularon por el taller.

—He venido porque me gustaría hablar contigo unos minutos sin que Natalia esté delante —dijo él de repente.

Sorprendida, Alma asintió.

—Sígueme. Vayamos a mi despacho —indicó.

Elías la siguió. Subieron a la primera planta, donde tenían las oficinas y cuando entraron en el despacho de Alma y ella cerró la

puerta, con gesto preocupado, preguntó:

—¿Ocurre algo?

—No. Tranquila. No ocurre nada por lo que debas alarmarte. Solo quería hablar contigo con respecto a mi relación con tu hija. —Alma hizo un gesto afirmativo; él tomó asiento y añadió—: Entiendo tu desconcierto por nuestra diferencia de edad, pero quiero que sepas que soy un hombre que estoy muy bien a pesar de los años y al que la vida le permite muchos lujos. Eso sin contar con las cosas que le puedo enseñar a Natalia.

A Alma le hizo gracia aquel comentario. Encima de presumido, ¡vanidoso! ¿Qué pretendía enseñarle aquel hombre a su hija?

—La edad no es impedimento si existe amor —contestó con tranquilidad; no quería parecer borde—. Y siendo sincera, no sé qué le vas a enseñar a mi hija que yo no le haya enseñado ya. Es más. La he criado para que sea una mujer independiente con ideas propias y para que viva la vida feliz, libre y segura.

—Mi intención es hacerla feliz.

—Eso quiero. Como su madre, solo deseo su felicidad.

—Te entiendo. Eso mismo quiero yo para mi hijo Saem.

Alma no pudo menos que asentir al oír hablar de Saem.

—Me dijo Natalia que nos acompañarás pasado mañana para ver a tus padres —dijo Elías.

—Sí.

—Te lo agradezco, Alma, pero no hace falta.

—Te equivocas. Sí hace falta. —Que le llevara la contraria no agradó a Elías; ella aclaró—: Mis padres son complicados y posiblemente escucharás y te dirán cosas que no te van a gustar.

—¿Tan mal se lo van a tomar? —se sorprendió él.

—Peor. —Elías resopló y no pudo evitar una expresión de preocupación. Alma añadió—: Mi consejo para ese día es que, a

pesar de lo que oigas, no entres al trapo. Suelen ser especialistas en retorcer las cosas con maldad.

Elías asintió. Pero ¿qué clase de familia era aquella?

—¿Al padre de Natalia tampoco le gustaré?

—Le gustará tu dinero. —Sorprendido por aquella crudeza, Elías fue a hablar cuando ella dijo—: Sé que parecen las palabras de una mujer despechada y herida, pero no. No es así. Natalia es lo mejor, más bonito y puro que tengo en mi vida. Pero su padre es todo lo contrario. Cuando lo conozcas, tú mismo sacarás tus propias conclusiones. Y dicho esto, espero que, como yo, protejas a Natalia de él.

Desconcertado, asintió. Aunque Natalia le había dicho que sus abuelos y su padre no eran como su madre, no imaginaba algo así.

—Estáis muy guapas las dos en esa foto —dijo, al fijarse en una fotografía que estaba sobre la mesa.

—Gracias.

Elías se levantó. Alma lo imitó.

—El cumpleaños de Natalia se acerca. ¿Tienes pensado algo? —preguntó él. Alma se encogió de hombros, y él propuso—: ¿Qué te parece si le organizamos una fiesta sorpresa en mi casa?

—Me parece bien, pero voy muy liada de trabajo y...

—Por eso no te preocupes. Tú pásame un listado con los amigos de Natalia que no pueden faltar y mi secretaria se encargará de organizar todo y de llamarles.

Alma se lo pensó. Desde que nació Natalia, ella se ocupaba de organizarle aquella fiesta, pero consciente de que estaba hasta arriba de trabajo y de que aquella ayuda que Elías proponía era una buena solución, le pareció una buena idea.

—Me parece genial. Te pasaré el listado.

Cinco minutos después, Elías se marchó y Alma regresó al atelier, donde continuó revisando unos patrones que eran importantes.

Capítulo 28

Tres días después, Alma estaba en el despacho de su oficina solucionado temas de la empresa mientras tarareaba la canción *Puntería*, de su amada Shakira y Cardi B, que sonaba en el Spotify de su ordenador, cuando el teléfono le sonó. Era su madre. Suspiró. Las nueve y diez de la mañana. ¡Malo! Sabía por qué la llamaba. La tarde anterior, ella, Natalia y Elías habían ido a casa de sus padres a presentarlo. Había sido todo un desastre. En cambio, cuando fueron a casa de la yaya Emi, y esta prometió guardar el secreto a su hijo hasta que Natalia se lo presentara, todo fue fenomenal.

—Hola, mamá. Dime.

—¿Que te diga? ¿Qué quieres que te diga? Pues si tengo que decirte algo, te diré que no he pegado ojo en toda la noche, y tu padre anoche no cenó y esta mañana se ha tenido que tomar una pastilla para la acidez. —Alma asintió con tranquilidad. El drama con sus padres estaba servido tras haberles presentado a Elías; su madre prosiguió—: Por el amor de Dios, hija, ¿cómo permites que Natalia salga con un viejo? ¿Acaso mi nieta es su follamiga?

—¡Mamáááá!

—¿Quéééé?

—Quiero que sepas que ayer papá y tú os comportasteis fatal —respondió Alma, intentando no perder la paciencia—. Pero ¿cómo se os ocurre llamarlo viejo en su cara?

—Solo le dijimos nuestra verdad, ¡es viejo!

—Mamáááá.

—¡¿Qué?!

—Elías no es un viejo.

—Tiene sesenta años.

—Mamá. Yo tengo cincuenta y cinco. ¿Acaso ya estoy entrando en la vejez?

—Pues sí.

—Mamáááá.

Alma se levantó de la mesa. Quería a sus padres. Pero su manera de ver la vida siempre había sido un problema entre ellos.

—Vamos a tranquilizarnos, mamá —le recomendó.

—Solo me tranquilizaré cuando me digas que Natalia ha dejado de salir con ese viejo estirado y elitista, al que le encantaba mirar su Rolex.

—¿Quieres dejar de llamarlo viejo?

—No.

—Entonces tú y papá, que tenéis ochenta y setenta y ocho años, ¿qué sois?

—Mayores.

—Ah. Elías, por tener sesenta, y yo, por tener cincuenta y cinco, ¡somos viejos! Y vosotros ¿sois mayores? —Su madre no contestó, aunque la imaginó poniendo una de sus caras; Alma prosiguió—: Mamá, modernízate un poco, porque...

—¿Que me modernice? Tú es que eres muy moderna. ¡Siempre lo has sido y así te ha ido la vida! —Alma resopló. Sabía que su madre decía aquello por haberse quedado embarazada fuera del matrimonio y por su posterior divorcio—. Y está visto que has hecho que la niña sea una moderna sin cabeza como tú. Bendito sea Dios, hija, que la niña está con uno que podría ser su padre o su abuelo y...

—Pero ¿qué dices, mamá?

—Digo mi verdad. Con lo monísima que es Natalia podría aspirar a un joven de su edad, no a un viejo al que en cuatro días va a tener que dar sopitas. Pero ¿es que tú no piensas que cuando Natalia tenga tu edad, ese hombre tendrá noventa años? Pero ¿qué clase de futuro y de vida quieres para tu hija? ¿Tan mal la quieres? —Horrorizada por lo que escuchaba, Alma fue a hablar, pero su madre no le dejó meter baza—. Bendito sea Dios, hija mía, ¡que tiene sesenta años! Y nuestra niña solo treinta y cuatro. Pero ¿en qué cabeza cabe que una relación así pueda funcionar? Lo ideal, en los matrimonios, es que el hombre siempre sea un poquito más mayor. Dos. Tres. Cinco años. Pero ¡veintiséis años! Por el amor de Dios, Alma, ¿dónde tenéis Natalia y tú la vergüenza?

—A ver, mamá...

—¿Fue a conocer ayer a Emilia también?

—Sí.

—¿Y qué dijo?

—Simplemente respetó la decisión de su nieta y no fue desagradable con Elías.

Oír eso a Cecilia no le gustó.

—Esa mujer ¡no sé en qué mundo vive! —protestó.

—En mi mundo, mamá. En el siglo XXI.

—¿Y su hijo Carlos lo sabe? ¿Qué ha dicho él?

Apoyando la cabeza en la cristalera, Alma suspiró. Por suerte, sus padres y su ex no tenían relación desde el divorcio.

—Carlos aún no lo sabe. Está de viaje por Extremadura, y, cuando regrese, Natalia quedará con él para comentárselo y presentarle a Elías.

—Por una vez, tu padre y yo creo que vamos a estar de acuerdo con Carlos. Ese atontado seguro que pone el grito en el cielo cuando vea que el novio de su hija tiene la misma edad que él.

—Mamá...

—Que no, Alma, que no, ¡que no nos parece bien que la niña esté con ese viejo!

—Mamá, por favor. Deja de usar la palabra «viejo» tan despectivamente. Elías es un hombre maduro, como yo soy una mujer madura, y...

—¿Por qué Elías no es para ti? Si fuera tu novio, tu padre y yo estaríamos muy contentos. Pero no. Tú sigues sola y amargada y...

—Mira, mamá, que esté sola, te lo admito, pero ¿amargada?

—Sí. Amargada y gorda.

—¡Buenoooo! —murmuró Alma.

—Desde que te divorciaste, no has vuelto a tener novio ni catar varón. En cambio, a Carlos, según las vecinas, se le han conocido varias novias. Y no entiendo por qué Andrés, el hijo de Genoveva, no te gusta. Andrés siempre ha bebido los vientos por ti, y si tú quisieras, te podrías casar con él y...

—Por Dios, mamá.

—Trabaja en una gestoría. Es un buen partido y...

—¡Ya basta, mamá!

—Amargada. Eso es lo que estás, ¡amargada, vieja y gorda! Por no catar varón.

—Mamáááá...

Alma movió la cabeza. Cuando su madre iba por ahí, podía con ella.

—Lo que te voy a decir no te va a gustar —replicó, perdiendo la poca paciencia que le quedaba—, pero el que no quiera novios no significa que no haya catado varón.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Como tú dices, digo mi verdad. El que esté divorciada desde hace años, y no me haya echado una pareja o no me haya casado,

no significa que sea infeliz, y...

—¿Has catado varón tras el divorcio?

—Pues sí mamá. —Y para escandalizarla, añadió—: Y varios.

—¡Bendito sea Dios, Alma!

—¿Qué, mamá?

—¿Tienes follamigos? —susurró.

—Sí.

Alma escuchó un ruido. Conociendo a su madre, seguramente se estaría persignando.

—¡Qué vergüenza! —soltó—. Esto sí que no lo esperaba de ti. Y déjame decirte que eso solo lo buscan las guarrillas y...

—Mamá, por ahí no me vayas.

—Mejor que no se entere tu padre, porque se moriría de vergüenza. No sé. No sé qué hicimos mal cuando te criamos. Lo hicimos igual que con Francisco, pero está claro que tú no nos escuchaste nunca, ¡nunca!

Alma sonrió. Ahora tocaba compararla, como siempre, con su fallecido hermano. Tomó aire.

—Soy Alma, no Francisco, os guste o no —declaró—. Estamos en el siglo XXI, y las mujeres decidimos con quién nos acostamos y con quién nos levantamos. Y sí, estoy felizmente divorciada, no tengo novio, ni lo busco. Pero sí tengo follamigos con lo que, si me apetece, tengo sexo porque...

No pudo continuar. Su madre colgó el teléfono. Aquello que había soltado por la boca era un nuevo frente a discutir con ella, pero no le importó. Alma se volvió a sentar en la mesa de su despacho y continuó trabajando mientras tarareaba. Eso sí, cabreada como una mona, porque su madre le acababa de llamar ¡vieja, gorda y amargada!

Capítulo 29

Poco después, a las diez y media, tras una visita al atelier de novias que estaba en la planta baja para solucionar unos temas, volvió a su despacho y puso de nuevo la música de Shakira. De pronto, su teléfono sonó. Era Nuria, que regresaba de una reunión en Barcelona con el dueño del local que querían comprar.

—El tren de vuelta a Madrid no ha salido. En teoría, llegaba a Madrid a las doce y media, pero va a ser que no.

—Vaya...

—Llevamos un retraso de media hora, y me temo que será otra media hora más.

Alma miró el reloj y vio que eran las diez de la mañana pasadas.

—¿Llevas algo para leer? —preguntó.

—Sí. El último de Sandra Miró. Uisss, espera que dicen algo por megafonía. —Alma, con el teléfono en la mano, escuchaba el bullicio de la estación; oyó a Nuria protestar—: ¡Me cago en la mar y en el chiringuito eterno!

—¿Qué pasa?

—Al parecer, ha habido un incendio en las vías, y todos los trenes que van para Madrid están retrasados hasta nueva orden.

—¡Joder!

—Eso digo yo, ¡joder! —gruñó Nuria.

Durante varios minutos estuvieron hablando sobre la reunión que Nuria también había tenido en Barcelona con una de las fábricas de tejidos con las que trabajaban.

—¿Te parece si nos vemos en el restaurante italiano de Piero directamente, sobre las tres y media, y te sigo contando? —propuso.

—¿Habrás llegado a esa hora?

—Espero que sí.

—De acuerdo. Allí estaré —afirmó Alma.

Después de colgar el teléfono, se centró de nuevo en su trabajo, pero fue interrumpida por una nueva llamada. Era su hija.

—Hola, corazón.

—Hola, mamá, ¿tienes un segundo?

Levantándose de la mesa, Alma se acercó al ventanal.

—Para ti tengo todos los segundos del mundo —respondió.

Oír eso a Natalia la hizo sonreír. Su madre era la mejor. Nunca le había fallado.

—Es para decirte que ya he quedado con papá y tengo fecha para comer con él y con Elías.

Alma suspiró.

—¿Qué sabe de Elías? —quiso saber. Conocía bien a su ex.

—Lo mismo que sabías tú cuando te lo presenté.

Alma cerró los ojos.

—¿Qué ha dicho Elías de los yayos? —preguntó, llevándose las manos a la frente.

Natalia recordó la desastrosa tarde anterior en casa de sus abuelos.

—Pues ha dicho que habrá que darles tiempo, por no decir que son dos viejos amargados y fuera del mundo actual —fue contundente.

Alma suspiró. El numerito que sus padres organizaron no había sido nada agradable.

—¿Has prevenido a Elías en cuanto a tu padre? —preguntó, pensando en su ex.

Natalia, que estaba en la redacción de la revista para la que trabajaba como periodista, hizo un gesto negativo con la cabeza, aunque no sabía que su madre y Elías habían hablado.

—He quedado con él el viernes, en el restaurante Tres Picos a las dos —anunció—. Vienes, ¿verdad?

—¿Puedo decir que no?

—No.

—Natalia...

—Mamá, porfi... porfi..., tienes que venir.

Alma suspiró. Aunque su hija no se lo pidiera, sabía que tenía que ir. Conocía como era Carlos, su ex.

—Vale. Allí me tendrás a las dos en punto —transigió, sabiendo que su hija necesitaría su apoyo.

—¡Gracias, mamá!

Finalmente, sonrió. Por su hija daría la vida.

—Tengo que pedirte otro favor —dijo Natalia.

—¿Facilito o complicado?

—Facilito.

—Dispara.

—Elías está organizado una cena en su casa de La Moraleja. Invitará a sus amigos íntimos para presentarme, y bueno, sé que papá ya estará de regreso y me gustaría que papá y tú estuvierais ahí.

—¿Tu padre y yo? Corazón, yo puedo hablar por mí, pero no por tu padre.

—Lo sé.

—Y en cuanto a que tu padre quiera ir a esa cena, el viernes, cuando coma con Elías, sin que lo preguntes, sabrás su respuesta.

—Si estás conmigo en esa cena, aunque papá no venga, me hará sentir mejor —insistió Natalia—. Por lo tanto, porfi... porfi... porfi...

¡dime que sí!

Alma cerró los ojos. Como madre de Natalia, iría por ella al fin del mundo.

—No creo que sea buena idea —se mostró reticente.

—¿Por qué?

—Porque es una cena con sus amigos, en la que yo no pinto nada y...

—Claro que pintas, ¡eres mi madre!

—Natalia. A esa cena deberías enfrentarte tu solita.

—Egoístamente, ¡necesito que vengas! Porque estoy convencida de que muchos de esos amigos me miraran como a la niñata de treinta y cuatro años que ahora es la novia de Elías. Y...

—Pues quien te mire así, ¡puerta grande y a la mierda!

—¡Mamá!

—A ver, Natalia...

—Mamá, por favor, ¡ven conmigo!

—A ver, corazón. Si tú apuestas por esa relación, ¿no crees que lo que digan los demás ¡está de más!?

—Sí. Claro que sí. Pero, porfi, mamá. ¡Porfi!

—¿Sabes si irá el hijo de tu novio?

Tan pronto soltó la pregunta, Alma se horrorizó. Pero ¿qué hacía preguntando aquello? Por su parte Natalia, pensando en lo que Saem le contó aquel día, y que no le había contado a su madre, respondió:

—Que yo sepa, no. Saem tiene que atender su restaurante.

Alma sonrió. Era importante no encontrarse con él.

—¿Tan rancios son los amigos de Elías? —quiso saber.

—No sé si la palabra es «rancios», pues no los conozco a todos, pero dudo que les guste hacer escalada como a mí o les agrade

Shakira como a ti —respondió, al escuchar la música de fondo que tenía Alma.

—De acuerdo...

—¡¿Me acompañas?!

—Claro que sí, corazón. No te voy a dejar sola ante el peligro.

Encantada, Natalia pegó unos brincos. Una vez más, su madre no le fallaba.

—¡Genial! —exclamó—. Te llamaré para quedar contigo e ir juntas en mi coche.

Cuando madre e hija se despidieron, Alma dejó su teléfono sobre la mesa y, subiendo la música de su amada Shakira, comenzó a tararear *La tortura*, canción que la diosa cantaba junto al dios Alejandro Sanz.

Capítulo 30

Cuando Saem regresó de correr junto a Freya, al entrar en su casa, lo primero que hizo fue llenarle a su perra el cuenco con agua fresca. Freya venía cansada. Después, mientras se dirigía hacia la ducha con su móvil en la mano, abrió Spotify y tras buscar entre sus listas, puso música de Jung Kook. Comenzó a sonar *Standing Next To You*, e inconscientemente comenzó a mover los hombros al compás.

Con una sensualidad que él no valoraba que tenía, mientras se movía al compás de la música, se iba desnudando.

Finalizada la ducha, se puso un pantalón vaquero y una camiseta blanca, y mientras se calzaba las zapatillas sentado en la cama, sonrió al ver a Freya tan pancha, tumbada en el centro.

—Cuántas veces tengo que decirte que a la cama no te subas.

La perra no se movió. Aquella cama era suya también. Saem se acercó a ella y le dio un cariñoso beso en la cabeza.

—Eres una desobediente encantadora.

Encantada, la perra movió el rabito. Para ella, él era la persona más importante del mundo, dulce y cariñoso, y sin moverse de su sitio lo observó salir de la habitación.

Ya en el salón, comenzó a sonar una de sus cantantes preferidas. Se trataba de la coreana Wee In. Y la canción que sonaba era *Easy* junto a Sik-k. La música coreana siempre le había gustado, y cuando se trasladó a vivir a España, la continuó escuchando.

Tarareándola estaba cuando le sonó el teléfono. Era su padre. Últimamente no paraba de llamarlo.

—Hola, hijo.

—Hola, papá.

—¿Te marchabas ya a trabajar?

Saem miró el reloj que tenía sobre uno de los muebles.

—En diez minutos salgo —contestó—. He de pasar por la tienda de Zoe a recoger unas cosas y luego a otra a buscar algo de Ji Woo.

—¡Tengo un cabreo! —soltó Elías, que estaba en su despacho del banco.

—¿Qué pasa?

—Ayer fui a conocer a los abuelos de Natalia, y aunque Alma nos acompañó, fue un completo desastre. Con la madre del padre, genial. Una señora encantadora. —Saem se sentó. No le hacía gracia que siguiera con aquella relación, pero, tras hablarlo con su tío Mario, entendió que lo tenía que respetar; Elías prosiguió—: Alma nos apoyó, pero sus padres, uf... cómo te diría que son...

—¿Complicados? —preguntó Saem.

Elías movió la cabeza.

—Complicados, sin cultura y desagradables. A Alma le hablan fatal. Y a mí, directamente tras insultarme, me ignoraron. Está claro que mi edad, para ellos, es un hándicap, y no les ha hecho ni pizca de gracia que su única nieta esté con un viejo, aunque esté forrado de dinero.

—El dinero no lo es todo en la vida.

—Me llamaron viejo en toda la cara —insistió, molesto—. Y sí, tengo sesenta años, pero, vamos, creo que un hombre de sesenta años en el siglo XXI no es un viejo, sino un hombre maduro. —Saem entendía las palabras de su padre—. Te llamo para pedirte un favor. El viernes voy a conocer al padre de Natalia, y aunque Alma es

encantadora y respetuosa, por ciertos comentarios, intuyo que el tal Carlos puede ser complicadito también. Por eso te necesito conmigo.

—¿Me quieres de guardaespaldas?

—¡Saem!

—Es lo que has dado a entender. —Elías resopló. En cierto modo su hijo tenía razón—. Búscate a otro.

—Saem.

—Soy chef, no guardaespaldas.

—Sé que eres chef.

—¿Por qué me pides algo así? Sabes perfectamente que no quiero verme involucrado en tus líos.

Elías maldijo.

—Si te pido que me acompañes no es por mí, es por Natalia y su madre —volvió Elías a la carga, después de tomar aire—. Si ese hombre reacciona mal, no quisiera que ellas estuvieran de por medio.

Oír que Alma iría a esa comida lo cambió todo. Seguía molesto con ella por sus mentiras, pero deseaba verla. Necesitaba verla.

—De acuerdo. Iré contigo a esa comida —dijo sin asomo de duda.

Sorprendido y encantado, Elías se alegró.

Segundos después, cuando se despidieron, Saem fue hasta su habitación. Allí, Freya seguía repanchingada sobre la cama, y acercándose a ella, le dio un cariñoso beso en la cabeza.

—Preciosa vendrá a por ti dentro de poco. Pórtate bien —le dijo.

Segundos después, tras coger las llaves de su coche, salió de casa, pensando si su decisión había sido la más acertada.

Capítulo 31

A las dos y media, Alma salió de las oficinas de Diva y Radiante con la moral y la autoestima por todo lo alto gracias a Shakira y su música. Aquella cantante siempre lo conseguía. Con una sonrisa, se dirigió al restaurante donde había quedado con Nuria. Caminaba por la calle Serrano mirando escaparates, cuando su teléfono sonó. Era Nuria.

—Hemos salido, pero nos hemos vuelto a detener —informó, con voz desesperada y recogiéndose en una coleta su pelo recién teñido.

—¡No me jorobes!

—Llevamos parados más de veinte minutos en medio de la nada. Por lo que no llego a comer contigo y a saber si llegaré a mi cita esta noche en Madrid.

—¿Tienes una cita?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con un sinvergüenza que folla muy bien.

—Vaya... vaya... —se rio.

—Por cierto, ¿sabías que Romina y Roberto se han apuntado al gimnasio? —desvió la conversación Nuria.

Alma se sorprendió. Era la primera vez que oía algo así. Sabía que ellos dos eran antigimnasio.

—Pero ¡qué dices! —exclamó.

—Me llamó Carolina —le explicó— para preguntarme por unas cremas que se quiere comprar y me dijo que sus padres estaban en

el gimnasio. —De pronto, Nuria cambió de tema—: Necesito que me hagas un favor.

—Dime.

—He llamado a la tienda de Loewe para decir que irás a mediodía a recoger mi bolso color pistacho. He dado tu nombre y te esperan.

—De acuerdo.

—Es que me llamaron ayer para decirme que ya lo tenían.

—Lo recojo y lo llevo a la oficina. Sin problema.

Cuando se despidieron, Alma continuó caminando por la calle Serrano en dirección a la bonita tienda de Loewe. Tras saludar al vigilante de la puerta, miró a su alrededor en busca de una dependienta, cuando el cuerpo se le heló. A menos de dos metros de ella, en la caja, estaba Saem. ¿Otra vez tenían que volver a encontrarse? Rápidamente se dio la vuelta para salir de allí cuando vio que una dependienta se dirigía a ella.

—¿La puedo ayudar? —le preguntó.

Alma respiró. No era una cobarde como para marcharse corriendo. Ella no había hecho nada que fuera tan grave como para huir como una rata.

—Vengo a recoger un bolso a nombre de Nuria Urrutia —dijo, sonriendo—. Ella no puede venir y ha llamado para decir que lo recogeré yo. Mi nombre es Alma Santana.

—Si quiere puede esperar ahí mientras voy a buscarlo —indicó la dependienta con amabilidad.

Encantada, Alma asintió, y alejándose de Saem, que estaba en la caja con otra dependienta, comenzó a mirar trajes mientras lo observaba. Qué sexi estaba con aquella camiseta blanca y sus vaqueros.

Saem, que había ido a recoger el vestido de Ji Woo, estaba esperando, cuando una dependienta llegó a la caja y dijo a otra de

sus compañeras:

—Alma Santana ha venido a recoger el bolso pistacho de Nuria Urrutia.

Al oír aquel nombre, Saem se volvió y entonces la vio. Alma estaba al fondo de la tienda mirando unas prendas. Con disimulo, la observó. Como siempre, iba impecablemente vestida. Arreglada. De pronto sus miradas se encontraron y aunque ella la desvió de inmediato, por su gesto supo que lo había visto.

Sin moverse de su sitio y sin saber realmente qué hacer, Saem esperó a que la dependienta le sacara el vestido de Ji Woo. No podía irse de allí sin él, o literalmente lo mataría. Y pocos minutos después, cuando recibió la prenda, Saem se dirigió hacia la salida. Pero antes de llegar a la puerta, cambió de idea y giró a la derecha.

—Hola, Alma —saludó.

Haber sido descubierta le horrorizó ¿Cómo podía tener tan mala suerte? Pero tomando aire se volvió para mirarlo.

—Hola, Saem —saludó también.

Durante varios segundos, se miraron en silencio, mientras la gente que pasaba por su lado era ajena al raro momento que ambos vivían, hasta que Saem, confundido, pero con su habitual tranquilidad y aplomo, dijo:

—He hablado con mi padre y me ha dicho que ayer en casa de tus padres todo resultó complicado y...

—Fue tremendo —lo cortó. Y retirándose el cabello de los ojos, ese día violetas, tratando de contener los acelerados latidos de su corazón, apostilló—: Mis padres no son complicados, son imposibles.

De nuevo el silencio incómodo los rodeó. Aunque en su interior había mil cosas que se querían decir, ninguno dio el paso para hacerlo.

—Adiós. Que tengas buen día —se despidió Saem, para cortar aquello que él había iniciado.

—Adiós.

Y sin más, se marchó, sintiendo, además de que se le iba a salir el corazón del pecho, que era el tío más gilipollas del mundo, mientras ella mantenía el tipo y no corría tras él para hablar.

Minutos después, cuando Alma salió de la tienda, miró a su alrededor esperanzada. ¿Y si estaba todavía Saem por allí? Pero estuviera o no, él no se le acercó y pensando en ello estaba cuando le sonó el teléfono. Eran Susana y su novia. Querían regresar al atelier, pero solas para poder elegir con libertad sus vestidos.

Alma sonrió, y tras entrar en una tienda a por un sándwich, regresó al atelier para atender a dos preciosas novias.

Capítulo 32

En el atelier, Alma hablaba con sus trabajadores sobre los nuevos bocetos. El equipo que tenía era increíble, tremendamente competente, y eso repercutía en el maravilloso resultado de los vestidos de novia.

—Este diseño que me pasaste —indicó Aurora, jefa del taller— lo hemos confeccionado como nos pediste en mikado y encaje. Nosotros tenemos nuestro preferido por mil cosas, pero a ti ¿cuál te gusta más?

Alma miró los dos vestidos. Ambos eran bonitos. Mismo diseño. Distintas telas. Pero, tras valorar muchas cosas que apenas eran imperceptibles para quien no entendiera de costura, indicó:

—Me quedo con el confeccionado en mikado.

Aurora asintió y sonriendo iba a decir que ella era de la misma opinión cuando Erika, una de las costureras más jóvenes, intervino.

—Tenemos el mismo ojo.

Eso hizo sonreír a Alma.

—Alma, Susana y Ángeles están aquí —la informó un joven que acababa de entrar en el taller.

Alma asintió y, sonriendo a su equipo, se encaminó hacia la puerta.

—Luego seguimos decidiendo —les dijo—. Ahora voy a atender a unas clientas.

Ya en la tienda, recibió a las dos jóvenes con una amplia sonrisa y dos besos.

—Gracias por atendernos otra vez —le dijo Susana.

—Anda ya, Susana, no digas eso.

La joven sonrió. La visita con su madre y su suegra había sido un desastre.

—Queremos encontrar esos vestidos especiales que deseamos —confesó—. No los que elijan nuestras madres.

Alma las entendía a la perfección.

—¿Qué os parece si primero vemos los vestidos expuestos en la tienda? —les propuso.

Ambas se mostraron de acuerdo. Era una excelente idea.

Durante un rato, Alma paseó con ellas por la bonita tienda de novias mostrándoles los vestidos confeccionados en tul, seda, mikado y un gran catálogo de telas. Les enseñó a diferenciar entre corte sirena, corte princesa y un sinfín de estilos más.

—Acompañadme —les pidió—. Vamos a una sala para hablar de lo que habéis visto y de lo que queréis.

Encantadas, las jóvenes siguieron a Alma. Poder elegir con libertad el vestido especial para la boda era lo que querían. Se sentaron en unas bonitas butacas.

—Lo primero de todo, ¿queréis sorpresa entre vosotras para ese día? —quiso saber Alma.

Angelines y Susana se miraron.

—Sí —dijo Angelines—. No quiero saber cómo es el vestido de Susi. Ni quiero que ella sepa cómo será el mío. Me gustaría sorpresa.

—Me parece bien —sonrió Susana.

—Me iré a tomar un café mientras hablas con Susana —dijo Angelines—. ¿Cuánto tiempo necesitas?

—Una horita, más o menos —indicó Alma.

Angelines asintió y, tras darle un cariñoso beso en los labios a su chica, se dispuso a marcharse.

—¡Diviértete! —le dijo—. Aunque te pongas lo que te pongas, estarás preciosa.

—¿Cuánto tiempo lleváis? —indagó Alma cuando la otra chica se marchó.

—Un año y medio. Y ha sido el mejor año y medio de mi vida.

—Vaya...

Divertidas, las dos sonrieron.

—¿Crees en el amor? —preguntó la joven.

Alma tomó aire.

—Creía, pero, tras mi experiencia, dejé de hacerlo —contestó con sinceridad.

Susana asintió. Por todos era conocido lo mal que Carlos se portó con Alma durante su matrimonio.

—El amor es algo en lo que siempre hay que creer —le dijo ella, cogiendo sus manos—. Nunca sabes cuándo y dónde puede aparecer. Antes de conocer a Angelines, estuve con una chica durante tres años. Se llamaba Estrella, y aunque era una chica agradable, no era cariñosa, ni detallista ni romántica. Al principio de nuestra relación, esas cosas me daban igual. Yo misma le quitaba importancia. Pero, con el paso del tiempo, me di cuenta de que deseaba a mi lado a una persona que al regresar del trabajo me diera un beso, que se acordara de mi cumpleaños o simplemente me enviara un mensaje durante el día para hacerme saber que se acordaba de mí. Cuando terminé con ella, me juré y perjuré que no volvería a permitir que nadie llegara a mi corazón para que no me lo volvieran a dañar, pero entonces apareció Angelines. Y, de pronto, ella, con su manera de ser, representó todo lo que siempre había querido en mi vida. Era cariñosa, detallista, romántica, paciente, y una mañana, cuando llevábamos un año y medio de relación, al

despertarnos, no lo dudé y le pedí que se casara conmigo. Porque, como decía mi abuelo Isaías, «Cuando algo es especial... se sabe».

—Me alegro mucho por tu felicidad.

—Pues déjame decirte que tú tienes que encontrar la tuya.

—Soy feliz.

—Lo sé. Sé por la prima Natalia que eres feliz. Pero me refiero a ese tipo de felicidad que solo se siente cuando ese alguien especial está a tu lado.

Ambas sonrieron. Aquel amor del que hablaba Susana para ella ya era un tema olvidado y enterrado.

—De los vestidos que has visto ¿alguno te ha llamado la atención? —preguntó Alma, volviendo al tema que las ocupaba.

—Sí. He visto uno que me ha encantado.

—¿Te lo quieres probar?

—Sí.

—Wooooo, ¡qué buena señal! —se rio Alma.

De nuevo salieron a la tienda. Susana rápidamente señaló un vestido, y Alma, cogiéndolo de la percha, se lo mostró.

—Este vestido es de la nueva colección y lo llamamos «Románica» —le explicó.

—¡Es precioso!

—Venga. Vamos al probador, para que veas cómo te queda.

Emocionada, Susana asintió. Alma y ella entraron en uno de los probadores y tras ayudarle a ponerse aquel fantástico vestido, abrió la cortina para que se contemplara en los espejos centrales.

—Estás preciosa, Susana —dijo Alma.

La joven sonrió. Poder probarse algo que a ella le enamorara para su gran día era lo que más quería.

—Este modelo es un precioso y elegante vestido corte princesa en tul plumeti —explicó Alma—. Como ves, tiene algo de pedrería en la

parte superior, que se puede quitar si no te gusta, o poner más, en el caso de que te encante. Y lo mejor es el escote *deep-plunge*. Un escote muy favorecedor y por el que muchas novias están apostando.

—Me encantaaaaaa...

—El vestido puede ir tal y como lo ves. Pero, si tú quieres, podemos hacerte algunos cambios en el diseño y...

—Es perfecto tal y como está. ¡Este es mi vestido!

Alma sonrió. Por norma, las novias querían probarse varios modelos antes de decidir.

—¿Estás segura? —preguntó.

—Segurísima.

—¿No te quieres probar otro?

Susana negó con la cabeza.

—No, porque esto es lo que yo buscaba —admitió, con una bonita sonrisa.

Encantada, Alma sonrió y tras ayudarla a quitarse el vestido, comenzó a tomarle medidas.

Una hora después, llegó Angelines y se marchó Susana.

—¿Has visto algún vestido que te gustara? —Angelines movió la cabeza con pesar, y Alma, sonriendo preguntó—: ¿Qué es lo que tenías en mente?

Sin dudarlo, Angelines habló de lo que quería, y Alma, con un cuaderno y lapicero, comenzó a dibujar lo que ella le comentaba. A mano alzada hizo unos trazos que, como siempre, la hacían soñar. Disfrutar. Vivir.

Acabado aquel boceto, Alma le enseñó varios tejidos. Saber el tejido que deseaba para su vestido de novia era muy importante y la joven se decantó por un crepé.

—Lo que tú quieres es un mono de novia con sobrefalda, ¿verdad? —dijo Alma, volviendo a enseñarle el boceto.

—Sí. Pero eso a mi madre le va a horrorizar.

—Es tu día. No el de tu madre. Pero tú tranquila. Vamos a crear un precioso traje de novia con pantalones que hasta a ella le va a emocionar. —Angelines, encantada, sonrió. Alma, con el cuaderno en la mano, prosiguió—: Confeccionaremos un elegante mono en crepé blanco con un bonito escote redondo, con la espalda de encaje.

—¡Genial!

—Y para darle un toque rompedor, y sobre todo darle el gusto a tu madre, la sobrefalda la confeccionaremos de organza con una flor en la cintura, que le hará tener movimiento, transparencia y ligereza. ¿Qué te parece?

—Me parece ideal —admitió Angelines, sobrecogida.

Una hora después, tras despedirse de Susana y de Angelines, y quedar en llamarlas para sus primeras pruebas, Alma regresó junto a su equipo en el atelier. Tenían que decidir los futuros diseños de la siguiente temporada.

Capítulo 33

El viernes, tan pronto como Elías aparcó su coche en el parking, vio a Saem acercarse con rapidez. Con una tensa sonrisa lo esperó.

—¿Preparado para liarnos a puñetazos? —preguntó Saem con cierto humor.

—No lo digas ni en broma.

Padre e hijo caminaron hacia el restaurante, mientras Natalia y sus progenitores tomaban ya algo en la barra.

—Este lugar tiene dos estrellas Michelin —comentó su padre, mirando a su alrededor. Natalia y Alma asintieron, y él insistió—: Comer aquí va a costar un pastizal.

—Tranquilo, papá.

—¿Tu novio va a pagar esto o lo vamos a pagar nosotros?

—Lo va a pagar Elías —sonrió Natalia.

—Muy bien, hija. Que pague el novio —se mofó él. Alma tomó aire. Odiaba esos micromachismos, pero no dijo nada; Carlos observó—: Si tu novio puede pagar esto, es que le va bien en la vida.

—No le va mal —matizó Natalia, mirando a su madre.

—Así me gusta. Que a tu lado esté un muchacho al que no le vaya mal en la vida y te pueda dar todos los caprichos que te mereces.

Alma bebió un trago de su cerveza. Carlos, tratándose de los novios de Natalia, solía ser bastante intransigente.

—Estás muy guapa, hija —piropeó Carlos a Natalia.

—Será cosa del amor.

—Y de mis genes, que son excelentes.

—Papáááá...

Él sonrió, mientras Alma miraba al techo. Pero ¿se podía ser más idiota?

Mientras su hija y su exmarido hablaban, Alma los observaba en silencio. Pensar que durante años estuvo enamorada de aquel bocazas, que con los años se había convertido en un caballornio prepotente, le hacía gracia. ¿Cómo pudo estar tan ciega por un tipo tan insustancial?

Carlos, para ella, tenía el complejo Peter Pan. Cumplía años, pero no crecía. Era el típico chulito que creía saberlo todo, era ambicioso con el dinero y se creía más guapo que nadie.

—¿Es un buen muchacho tu novio, hija? —preguntó Carlos.

—Sí, papá. Es un buen hombre.

—¿Qué coche tiene?

Natalia miró a su madre. Elías tenía varios coches, y cuando iba a contestar vio a Elías y Saem a través de la cristalera cruzar la calle en dirección al restaurante.

—Ahí llega —anunció.

Carlos se dio la vuelta para mirar, y también lo hizo Alma, que al ver a Saem se puso tensa. ¿Otra vez tenían que coincidir?

Ajeno a sus pensamientos, Carlos se fijó en el joven que cruzaba la calle.

—No me jodas, Natalia —murmuró.

—¿Qué pasa?

—¡¿Chino?!

—¡Papáááá!

—Dime que no es él, aunque pueda pagar este restaurante.

—Escucha, papá...

—No. Escúchame tú a mí. No he criado una hija lista, guapa y resuelta para que un chino que regente una jodida tienda de gangas te haga trabajar en su negocio.

—Pero serás idiota —murmuró Alma, que añadió—: Y la he criado yo.

Carlos la miró.

—Idiota, no —siseó—. Solo busco el beneficio de nuestra hija. —Natalia no contestó. Y Alma, molesta, fue a replicar cuando él miró a su hija y prosiguió—: Si no me gustó el italiano ni el inglés, ¿cómo crees que me va a gustar que estés con un chino?

—¡Carlos!

—¿Carlos quéééé?

—¡Te estás pasando! ¿No crees que ella tiene que decidir de quién se enamora y no tú? —indicó Alma.

—Pero ¿tiene que ser de un chino?

—¡Papáá!

—No me jodas, Natalia. No me jodas.

—¡Pero serás clasista de mierda! —se quejó Alma. Su exmarido, al escucharla, la miró, y ella, molesta, aclaró—: Y que sepas que no es chino, ¡es coreano! E igual que existimos los europeos, africanos o americanos, ¡existen los asiáticos!

Carlos, horrorizado, dio un trago a su cerveza.

—Me niego a esta pantomima —murmuró, mirando a su hija—. Me voy a casa. Y haz el favor de romper con el chino ¡ya!

Natalia fue a contestar cuando la puerta del local se abrió y entraron Elías y Saem. La joven les sonrió y, antes de que su padre dijera otra de sus perlas, agarró a Elías de la mano, le dio un beso en los labios y dijo:

—Papá, te presento a mi novio Elías Basagoitia y a su hijo Saem.

Durante unos segundos, el mundo pareció paralizarse. Alma miró a su hija y con la mirada se entendieron. Después miró a Saem. El entendimiento fue el mismo. Hasta que Elías, consciente de aquel raro momento, tendió su mano y dejó a la vista el Rolex que llevaba para que él lo viera.

—Encantado de conocerte, Carlos —saludó.

Carlos, intentando procesar aquello, estrechó la mano de aquel hombre y se fijó en el Rolex. ¿Sería verdadero o de imitación? Pensando en ello estaba cuando Elías le presentó a Saem, su hijo. Carlos, sin cambiar su gesto, le estrechó la mano. Segundos después, los recién llegados saludaron a Alma.

—¿Qué tal si pasamos al salón que he reservado en exclusiva? —propuso Elías, al intuir el malestar.

Natalia asintió y, sin soltar la mano de su novio, comenzaron a caminar seguidos de Saem.

—Pero ¿esto de qué va? —susurró Carlos, agarrando a Alma del brazo—. ¿Salón en exclusiva?

—Carlos, compórtate.

—¿El Rolex que lleva es auténtico?

—¡Carlos!

—¿Cuántos años tiene?

—Ahora lo sabrás. Natalia te lo contará.

—¿Y no me lo puedes contar tú?

—No me corresponde.

Carlos resopló. La desinformación de aquello no le agradaba.

—¿Y tú qué opinas al respecto? —quiso saber.

Con tranquilidad, Alma se encogió de hombros.

—Es la vida de Natalia. No la mía.

Carlos, sorprendiéndola, asintió. Aquella rara tranquilidad era algo que no esperaba. De pronto Saem, que iba delante de ellos, se dio

la vuelta y vio que Carlos tenía a Alma cogida por el brazo.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

Carlos soltó rápidamente a Alma y Saem, que clavó sus ojos en aquel tipo, abrió la puerta con toda su educación.

—Pase usted primero, por favor —dijo. Carlos traspasó la puerta que Saem sujetaba y cuando desapareció, este le preguntó a Alma —: ¿Te encuentras bien?

Alma, con una sonrisa, asintió y sin hablar siguió a su exmarido. Quería tenerlo controlado.

Una vez en el comedor privado, todos se sentaron en una mesa redonda de cinco y la comida comenzó con cierta tensión que se fue evaporando a medida que Elías se hacía con el control de la situación. En silencio, Alma lo observó. El novio de su hija sabía cómo tratar a Carlos. Con rapidez lo deslumbró hablándole de su importante estatus en el trabajo en un banco del mercado asiático, añadió que vivía en una gran casa en La Moraleja y finalizó haciéndole saber que estaba forrado. Eso a Carlos inevitablemente lo dejó impactado.

Natalia, como su madre, observaba todo con prudencia. En cierto modo, había aleccionado a Elías con respecto a su padre, y lo estaba manejando bien. Había conseguido lo que se proponía.

Alma, durante la comida, intentaba no mirar a Saem, porque cada vez que sus miradas se cruzaban, el cuerpo le entraba en llamas y tenía que darse aire con el abanico. Aquel tipo le gustaba mucho. Demasiado.

Tres horas después, cuando la comida terminó y salieron del restaurante, Natalia, su padre y su novio hablaban animados. Aunque la velada había comenzado tensa, había terminado de manera excepcional.

—¿Ha ido mejor de lo que esperabais? —le preguntó Saem a Alma.

—Sí —afirmó Alma, omitiendo el deslumbre de Carlos por el dinero de Elías.

—¿Te parece bien que mi padre y tu hija estén juntos? —indagó, después de mirar a su padre y a Natalia.

—Es su decisión, no la mía —respondió Alma.

Saem la entendió. Y captó que Natalia no le había contado nada a su madre sobre la conversación que había tenido con él sobre su padre.

—Oye, con respecto a mi padre, creo que...

—Mira, Saem —lo interrumpió—. No quiero ser borde contigo, pero en las relaciones de mi hija no me meto. Por lo tanto, se acabó hablarme de tu padre.

Molesto por aquel toque de atención cuando él solo intentaba advertirle de que su padre no era el hombre ideal que aparentaba, asintió.

—Lo que pasó entre nosotros... —cambió de tema.

—Olvídalo. Está finiquitado.

—Eso mismo te iba a decir yo —musitó Saem.

Ambos se miraron. Estaba claro que los dos pensaban igual, y con fingida naturalidad, se acercaron a los otros tres y se añadieron a la conversación. Alma, en silencio, escuchó. Su teléfono móvil le vibró. Al mirar, vio que era un wasap de Romina.

Romina (LOBAS)
He comprado manolitos. ¿A qué casa voy?

Aquel simple mensaje les hizo saber a Alma, Nuria y Estíbaliz que Romina les tenía que contar algo. Siempre compraba manolitos la que necesitaba hablar, por lo que rápidamente escribió:

Yo (LOBAS)
Yo también compraré manolitos. En cuarenta minutos estoy en mi casa.

Los mensajes de Nuria y Estíbaliz no tardaron en llegar. Todas se verían en la casa de Alma.

—He de marcharme —dijo, guardando el teléfono.

Con rapidez, se despidió, y sin mirar atrás, para no encontrarse con aquella sensual mirada asiática, se marchó. Era lo que necesitaba.

Minutos después, tras hacer una parada en una tienda de Manolos Bake para comprar manolitos, cuando iba en el taxi curioseando el WhatsApp, comprobó que Saem seguía teniéndola bloqueada. Recibió entonces un mensaje de su hija:

Natalia
Papá viene a la cena del sábado, y acompañado.
¿Flipante, verdad?

Leer eso a Alma le hizo sonreír inconscientemente. Sin duda, era flipante. ¿Acudiría acompañado? ¿Quién sería? Pero todo lo que fuera bueno para su hija lo era para ella también.

Capítulo 34

Cuando Alma llegó a su casa, al bajarse del taxi, vio a Romina. Con su nuevo corte de pelo y aquellas gafas oscuras, estaba guapísima, moderna y actual, y levantando la mano le sonrió.

Se dieron dos besos, y Alma, al ver la caja de manolitos en sus manos, preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¿Puedo quedarme en tu casa esta noche a dormir?

—¿Has discutido con Roberto? —se sorprendió Alma.

—No.

—¿Entonces?

Romina se encogió de hombros y no contestó, cuando el sonido de un claxon les hizo girar la cabeza. Eran Estíbaliz y Nuria. Después de aparcar, se acercaron a ellas.

—Traigo manolitos —dijo Estíbaliz.

Alma enseñando su caja y Romina la suya se rieron.

—Madre mía, ¡cuánta plancha tenemos! —soltó Nuria.

Todas sonrieron.

—¿Cómo ha ido la comida con Carlos? —quiso saber Romina.

—¡Deslumbrado por el dinero de Elías! —exclamó Alma.

Todas conocían la ambición de Carlos.

—¡Vas de espía! —susurró Nuria, al ver a Romina con aquellas gafas oscuras.

Romina resopló.

—Venga. Subamos a casa —propuso Alma sin más dilación.

Tras los saludos de Sugar, todas dejaron sus bolsos sobre la mesa. Alma se dirigió a su habitación y Nuria la siguió.

—¿Cómo ha ido todo? —indagó Nuria, al quedarse las dos solas.

—Bien. Ahora os contaré. —Nuria asintió y Alma apostilló—: Saem también estuvo en la comida. —Eso hizo que Nuria levantara las cejas, pero Alma, fingiendo indiferencia total, indicó—: Pero tranquila. Los dos nos comportamos como personas adultas.

—¡¿Y?!

—Y nada.

—¿Cómo que nada?

—En un momento que tuvimos lo comentamos y el tema por ambas partes está finiquitado —explicó Alma, captando la mirada de su amiga—. Él a su vida y yo a la mía.

—¿Seguro?

—Segurísimo, y con certificado de confianza.

—Alma, ¿seguro? —insistió Nuria.

—Por supuesto que seguro —afirmó, dispuesta a ganarse un Óscar a la mejor actriz, y mintiendo añadió—: Lo vi y no me produjo ni frío ni calor, ni se me aceleró el corazón. Lo que pasó, pasó. Y ahí se quedó. —Nuria pareció complacida. Lo último que quería era que su amiga sufriera por amor, y antes de que pudiera hacer cualquier comentario, Alma preguntó, quitándose las lentillas—: ¿Y tú qué tal con tu vecino?

—No nos hemos vuelto a ver. Pero igual que él me pone a Barry White a todo trapo, yo le pongo a Shakira.

Se rieron.

—En cuanto a la comida con Carlos y Elías —explicó Alma—, cuando lo cuente ante las lobas, omitiré a Saem. Como no saben nada de lo que pasó, es mejor obviarlo.

—Me parece bien —afirmó Nuria.

Cuando las dos amigas salieron de la habitación de Alma y se dirigieron al comedor, Romina estaba con el mando de la televisión en la mano.

—¿En serio? —preguntó. Nuria y Alma no entendieron a qué se refería, y ella, con el televisor encendido, explicó—: ¿Se puede saber por qué tu algoritmo de Netflix solo me enseña k-dramas coreanos?

—¡Qué pillada! —se mofó Nuria.

Estíbaliz soltó una carcajada.

—Vale. Lo admito, lobas —reconoció—. Estoy enganchada y sin intención de desengancharme.

Aquella revelación hizo que las cuatro comenzaran a hablar atropelladamente de aquellas series y sus hombres increíbles.

—Bueno. Hay tres cajas de manolitos. ¿Por cuál empezamos? —dijo Nuria.

Las amigas se miraron.

—Tengo que contaros algo —empezó Estíbaliz.

Alma se puso en alerta. Rápidamente, recordó que Emilia, su exsuegra, le contó que había visto a Estíbaliz en el hospital.

—¿Vuelves a estar enferma? —preguntó.

Romina y Nuria se quedaron sin respiración. Estíbaliz había superado unos tumores en los ovarios.

—No. ¡Estoy perfecta! —se apresuró ella a decir.

Las tres amigas respiraran aliviadas.

—Pero ¿a qué viene eso? —quiso saber ella.

Alma explicó el porqué de su pregunta, y Estíbaliz, riendo, explicó a sus amigas:

—Ese día fui al podólogo. Pero lo que yo quiero contaros es que Alberto y yo nos hemos comprado un precioso apartamento en Menorca en primera línea de playa. ¡Nuestro nidito de amor!

—Noooooo.

—¡Síííí!

—Tres habitaciones. Dos baños. Cocina y salón y una preciosa terraza que ni os imagináis el lujazo que será.

—¡Habrá que probar ese lujo! —propuso Nuria.

—¡Me apunto! —sonrió Romina.

—Cuando queráis —afirmó emocionada Estíbaliz, que sacó una carpeta de su bolso y feliz les enseñó las fotografías que tenía del apartamento.

Encantadas, todas lo ensalzaron, aquello tenía una pinta impresionante y tras un rato haciendo planes para visitarlo, Romina abrió su caja de manolitos y dijo:

—¡Tengo algo que contaros!

—Espero que sea tan bueno como lo que ha contado Estíbaliz —indicó Nuria.

Romina movió la cabeza. Por cómo lo hizo, a todas les escamó.

—¿Qué pasa? —preguntó Estíbaliz.

—¡Llegó el divorcio! —soltó ella.

Las amigas se miraron. Asintieron. Estaba claro que aquello iba a pasar más pronto que tarde.

—A ver, loba. Esto ya lo presuponías.

—Dile que se pase por mi despacho. Como ya te dije, le llevaré el divorcio.

—Si es que no se tenían que haber casado —indicó Nuria—. Pero nada. Carolina ¡es Carolina! Y no se le puede decir que no.

—No es Carolina. ¡Somos Roberto y yo!

Todas se quedaron congeladas. Mudas. Boquiabiertas.

¿Cómo? ¿Habían oído bien?

Si había una pareja real y auténtica en el mundo que se quería con verdadero amor, eran Roberto y Romina. Roberto ¡era el unicornio por excelencia!

—A ver, loba, vocaliza bien, porque yo creo que todas te hemos entendido mal —le pidió Nuria.

—Me habéis entendido perfectamente —afirmó Romina, con los ojos humedecidos.

—¡¿Quéééé?! —gritaron Alma y Estíbaliz.

—No puede serrrrrr —musitó Nuria, boquiabierta.

—El año pasado —comenzó a decir Romina—, cuando las niñas nos dijeron que se casaban, Roberto y yo tuvimos una conversación. Me dijo que más que amantes éramos compañeros de piso y quedamos en que cuando las niñas se casaran solucionaríamos la situación.

Estupefactas, todas se miraban. Aquello que su amiga les contaba no lo habían visto venir.

—Llevas callando esto un año —se percató Estíbaliz.

—Sí.

—¿Y por qué no nos lo dijiste? —preguntó Alma.

—Porque no quería hablar de ello, ni quería preocuparos, y...

—¡De unicornio a caballornio! —alzó la voz Nuria, cortándola—. ¿Está con otra? ¿Te ha puesto los cuernos? Si es que los mosquitos muertos son los peores. Ahí lo tenéis. Carita de bueno. Sonrisita de no haber roto un puñetero plato y ¡zasca!, una perla más.

—¡La madre que lo trajo! —gruñó Estíbaliz.

—Pero ¡qué cabronazo! —rezongó Alma.

—Como le oí decir a la maravillosa Jedet, hay que tener cuidado con los hombres que nacen de enero a diciembre —aportó Nuria.

—¡Roberto no es un cabrón! Y por supuesto que sigue siendo un unicornio —subió la voz Romina—. Y no. Ni me ha puesto los cuernos, ni me los está poniendo. Roberto sigue siendo el hombre más bueno del mundo. No digáis esas cosas de él. ¡No todos los hombres son iguales!

Todas se miraron en silencio y sin entender nada cuando Romina, con una tranquilidad que a todas las tenía boquiabiertas, después de secarse los ojos con un pañuelo y darle un mordisco a un manolito de pistacho, se explicó.

—Nuestra vida es aburrida. Tremendamente aburrida. Y, efectivamente, somos más compañeros de piso que otra cosa. Y si me emociono no es por divorciarme de él, sino porque él tuvo el valor y el coraje de hablar de algo que a mí me martirizaba y me quemaba por dentro, pero era incapaz de poner sobre la mesa.

—¡¿Qué?! —gritaron las tres al unísono.

—A ver, lobas. Quiero a Roberto como él me quiere a mí. Fuimos muy felices, pero ya no lo somos. Y aunque nos jorobe romper el modo de vida al que estamos acostumbrados, ambos sabemos que será para nuestro bien.

Se miraron sobrecogidas.

—¿Por eso quieres dormir aquí esta noche? —preguntó Alma.

Romina negó con la cabeza.

—No.

Cada vez entendían menos.

—Ahora entiendo tu corte de pelo —señaló Alma—. Siempre se dice que cuando una mujer hace un cambio drástico en su pelo es por algo y... ¿cómo no nos dimos cuenta?

—Porque Roberto y yo somos unos excelentes actores y porque todas lleváis unas vidas plenas y ajetreadas. No como yo. Que tengo una vida aburrida.

Horrorizada, Alma suspiró.

—Si la situación es la que es, ¿por qué vais juntos al gimnasio? —quiso saber Nuria.

—Porque estamos oxidados y deseamos estar bien para entrar al mercado.

—¡¿Qué?! —exclamaron, boquiabiertas.

—A ver, lobas. Roberto y yo nos deseamos lo mejor —aclaró Romina, con otro manolito en las manos—. Y bueno, siempre os hemos oído decir que el mercado está muy mal y nosotros queremos estar bien. —Las chicas se miraron estupefactas cuando ella concluyó—: Yo lo animo a que ligue y él me anima a mí...

—Por favorrr...

—Al final, de ser los más carcas del grupo, vais a pasar a ser los más modernos —se mofó Alma.

—Esto no es un tema de cuernos, ni de que él o yo nos hayamos enamorado de otras personas. Es simplemente que deseamos vivir, y para ello nos vamos a divorciar y vamos a vender la casa. La perfumería seguirá como siempre. Es lo que nos ha dado siempre de comer, y funciona. Pero, en el resto, todo va a cambiar.

—No sé ni qué decirte —murmuró Estíbaliz.

Romina asintió y se terminó el manolito.

—Dime que todo va a salir bien —le pidió. Estíbaliz suspiró; Romina continuó—: Vivir como hermanos no es lo que queremos. Y me guste o no, Roberto ha sido más valiente que yo al enfrentarse a tener esa conversación incómoda conmigo, cuando yo la callaba por cobardía. Y sí, podéis insultarme por no haberos dicho nada, pero no podía. De verdad que no podía. Incluso Roberto me animó a quedar con vosotras y contároslo, pero yo le dije que no. Quería esperar a que se casaran las niñas, y después...

—Mira que eres tonta. —Nuria la abrazó.

Sentir el abrazo de su amiga y las cariñosas miradas de Estíbaliz y Alma le hizo saber que todo estaba bien entre ellas, y entonces durante un rato se permitió llorar. Por fin lo podía hacer ante ellas.

Poco después, Romina se tranquilizó, y todas se concentraron en los manolitos hablando sobre el tema.

—¿Se lo habéis dicho a Virginia y Carolina? —preguntó Alma. Romina negó con la cabeza—. ¿Y cuándo se lo vais a decir?

—Mañana. Hemos quedado con ellas en casa a las nueve para cenar, y entonces se lo diremos.

—¿Cómo crees que van a reaccionar? —preguntó Nuria.

Romina suspiró.

—Pues imagino que se sorprenderán y posiblemente llorarán —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero, al igual que cuando nosotros hemos querido opinar sobre sus vidas y ellas nos han dicho que... ellas decidían, ahora el caso es al contrario y solo decidimos Roberto y yo.

—Así ha de ser —se mostró de acuerdo Alma.

Estíbaliz, con cariño, le apretó la mano.

—Pasaos mañana por mi despacho. Os llevaré el divorcio y... —le dijo.

—No me mates, pero ese tema ya lo tenemos solucionado.

—¿De qué hablas? —se sorprendió Estíbaliz.

Romina suspiró.

—Roberto y yo sabíamos que el divorcio no era algo que se hiciera de un día para otro —explicó—. Por lo que consultamos a un abogado. Durante este año hemos ido arreglando cosas, y solo nos falta fijar la fecha para firmar los papeles y vender la casa.

—La madre que te parió —soltó Nuria.

—¿Acabas de decir que te has buscado otro abogado que no soy yo? —Estíbaliz no se lo podía creer.

—Por favor no te enfades —murmuró—. Sé que tú eres la mejor. Y te quiero y te adoro. Pero no quería contarte lo que pasaba. No podía. Ya os lo he dicho.

—Si yo fuera tú, le retiraba el saludo de por vida —le dijo Nuria a Estíbaliz.

—Creo que me lo voy a pensar —respondió ella, cogiendo un manolito.

Romina, sin perder el tiempo, abrazó a su amiga y esta sonrió. Nada de lo que ninguna hiciera podría romper su bonita amistad y, sobrecogida, contestó a todas las preguntas que ellas le hicieron. Ni en el peor de sus sueños se esperaban algo así. Romina, ya cansada de hablar de lo suyo, abriendo la caja de manolitos de Alma, preguntó:

—¿Y a ti cómo te fue la comida con el caballornio y compañía?

Aún sorprendida por aquello, Alma, cogiendo un rico manolito, les contó lo ocurrido en la comida, evitando mencionar a Saem. Estaban comentado todo esto cuando sonó el timbre de la puerta. Sugar comenzó a ladrar, y Alma, levantándose, fue hasta el portero automático y abrió.

—Es Roberto —anunció.

Romina, al oír aquel nombre, asintió y mirando a sus amigas se levantó.

—Como os paséis con él, os juro que os mato —las amenazó dulcemente.

Ninguna dijo nada cuando apareció Roberto por la puerta. A diferencia de otras veces, aquel unicornio no traía una sonrisa de oreja a oreja, sino un gesto de precaución. Roberto las conocía. Llevaba muchos años a su lado y las saludó, enseñándoles que llevaba una caja de manolitos.

—Hola, lobas.

Como algo mecánico todas lo saludaron, mientras Sugar, como siempre que veía a un hombre, le enseñaba los dientes.

En esta ocasión, nadie se le abalanzó para darle un beso o un achuchón, y Roberto, consciente de por qué había ido allí, dejó lo que llevaba en las manos sobre un mueble y empezó a hablar.

—Vengo para responder a cualquier pregunta que vosotras tengáis. Entiendo que vuestro cariño se vuelque en Romina, y eso me gusta, pero quiero deciros que, para mí, sois mi familia. Mis lobas preferidas. Y aunque el título de unicornio que me disteis lo pierda, me encantaría seguir siendo alguien que esté en vuestras vidas. Os quiero, y lo último que querría es perderos.

Las tres amigas se miraron. Ese era Roberto. Atento. Cariñoso. Leal. Ese era el unicornio al que llevaban queriendo muchos años y sin dudarlo lo abrazaron.

Roberto, al sentir aquel abrazo, se emocionó y lloró. Lloró como un niño. Adoraba a aquellas mujeres, como sabía que ellas lo querían a él, y seguir teniéndolas en su vida era muy importante.

Minutos después, todos se tranquilizaron.

—Ven. Siéntate aquí —le indicó Romina con cariño.

A partir de ese momento, los cinco amigos hablaron. Se comunicaron. Estaba claro que una época se terminaba y comenzaba otra, pero el amor y el respeto entre ellos proseguía. No se acababa. La vida era un cambio constante de situaciones, y aquella, aunque les doliera, simplemente era una más.

Capítulo 35

Esa noche, cuando Alma y Romina terminaron de ver un capítulo de uno de los k-drama que Alma veía, se fueron a la cama. Al entrar en la habitación de invitados, Romina cogió la almohada y se fue directa a la cama de Alma. Ella, al verla, sonrió y, divertida, la aceptó.

Veinte minutos después, cuando estaban a oscuras en la cama de Alma, Romina dijo:

—Quería quedarme aquí para pensar con claridad lejos de Roberto y que él pensara también. Mañana hemos de enfrentarnos a las niñas y lo que digamos ha de salir de nuestro corazón. Y la verdad, tu terracita bajo el sol o las estrellas, para mí, es un lujo; incluso podría decir que es uno de mis lugares preferidos del mundo.

Alma sonrió. Romina siempre ensalzaba la bonita terraza del ático con hermosas vistas.

—Mi casa es tu casa, como la tuya siempre ha sido la mía —le dijo —. Es más, mañana te daré un juego de llaves para que vengas a pensar siempre que lo desees. A Sugar le harás feliz. Y si algún domingo me traes churros para desayunar, ¡te comeré a besos!

—Eso está hecho —sonrió Romina emocionada.

Durante varios minutos hablaron sobre varios pisos que Romina había visto y quedaron en ir a visitarlos juntas. A Romina le gustaba el ojo de Alma para las casas y necesitaba su opinión.

—Sé que al principio el no vivir con Roberto va a ser duro, complicado, diferente. Llevamos juntos treinta años. Pero también sé que voy a hacer lo correcto.

—Todo cambio cuesta, cielo.

—Lo sé.

—Pero te conozco, y aunque ahora dudes, sé que lo llevarás bien.

—¿Y Roberto?

—Saldrá de esta, como tú.

—¿Tú crees? —preguntó, emocionada—. ¿No crees que nos podemos estar equivocando?

Alma, con cariño, abrazó a su amiga.

—Si os equivocáis o no, no lo puedo saber —susurró—. Pero si tu instinto y el de Roberto os grita que debéis hacer lo que estáis haciendo, hay que hacerle caso. Es vuestra vida. Y nadie mejor que vosotros dos para decidir cómo vivirla.

—Nos queremos mucho, pero como amigos —reconoció—. Y aunque estamos cagados de miedo por el cambio, queremos vivir. Tenemos cincuenta y seis años, nos sentimos jóvenes. ¿Por qué no sentir y disfrutar?

—¿Estás preparada para ver salir al que fue tu unicornio con otra mujer?

—Sí. —En Romina no había un ápice de duda.

—¿No sentirás celos?

—Lo que siento es incertidumbre, porque quiero a Roberto y sé que cuando conozca a otra mujer, hay una parte de él que perderé, como también él perderá una parte de mí. Pero si algo tenemos claro los dos, y sé que es inamovible, es que nunca nos perderemos como padres y amigos. Eso nunca lo vamos a permitir. —Alma asintió. Que sus amigos tuvieran aquello tan claro era bueno; Romina le preguntó—: ¿Crees que volveré a encontrar otro unicornio o me cerraré en banda como tú? —Eso a Alma le hizo sonreír e, inconscientemente, Saem hizo presencia en su mente. Era lo más parecido a un unicornio que ella había conocido. Recordar sus ojos,

su mirada, era un bálsamo para ella; Romina insistió—: ¿Por qué estás tan cerrada al amor?

—No estoy cerrada. Simplemente y como dicen los coreanos, nadie me ha creado curiosidad.

Ambas sonrieron. Aquello de «la curiosidad» era muy de los doramas que veían.

—Pero ¿lo buscas? —quiso saber Romina.

—El amor no se busca —respondió, tratando de alejar de su mente al hombre que le desbocaba el corazón—. Se encuentra. Otra cosa es el sexo...

—Dudo de que yo pueda buscar sexo con esa frialdad con que lo hacéis Nuria y tú. No sé si seré capaz de echar un cuchi cuchi con alguien al que apenas conozco.

Alma soltó una carcajada.

—Yo tampoco me creía capaz, ¡hasta que lo hice! —admitió. Ambas rieron y Alma indicó—: Hagas lo que hagas con tu vida y tu sexualidad estará bien, porque tú y solo tú serás la dueña de esa decisión. Tanto si aciertas como si te equivocas.

Romina suspiró. Sabía que Alma tenía razón.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer para las vacaciones del año que viene? —dijo.

—Dime.

—Me encantaría irme a Seúl. —Alma soltó una carcajada y Romina añadió—: Si fuimos a Escocia para ver guapos escoceses, ¿por qué no me voy a ir a Seúl a ver guapos coreanos?

—No todos los coreanos son tan impresionantes como el capitán Ri.

—Lo sé. Pero aun así quiero ir a Seúl. Necesito conocer ese lugar.

—¿Qué te parece si propongo el viajecito a Seúl, para hacerlo las cuatro cuando podamos?

—¿Iremos todas en busca de nuestro capitán Ri? —Las dos amigas rieron a carcajadas—. Seguro que no conoceremos a ningún capitán Ri, pero creo que puede ser un bonito viaje para nosotras. ¡Para las lobas!

—Te doy toda la razón.

—¿Sabes de lo que me he dado cuenta? —siguió Romina.

—¿De qué?

—De que todavía algún hombre me mira —Alma le hizo gestos para que se explicara—: En el gimnasio hay un madurito interesante que me mira con ojitos. Es canosito, debe de tener más o menos nuestra edad y...

—Pero buenoooooo, ¡cuéntameeee!

Las dos amigas rieron divertidas y Romina le habló del susodicho.

—¿Y Roberto se ha dado cuenta? —quiso saber Alma.

—¡Fue él quien me lo dijo!

—Noooooo.

—Sí. Me dijo que el canosito me miraba y me animó a ligotear.

—Madre mía, Romina, ¡no dejáis de sorprenderme!

—Y, de momento, alguna miradita hemos cruzado.

—Auuuuuu —aulló Alma como una loba, divertida, cosa que Romina imitó.

—Roberto ha sido el único hombre en mi vida y eso me agobia porque solo lo he besado él. Solo he hecho cuchi cuchi con él. Y no sé si sabré...

—¡Sabrás!

—Pero ¿cómo sabes que sabré?

—Porque lo sé. Carlos también fue el único para mí —explicó Alma —, y cuando llegó mi momento, ¡supe! Pero, tranquila. Todo lleva sus tiempos, comas y espacios. Y lo que ahora te parece imposible, llegado el momento, será posible porque tú así lo habrás decidido. —

Romina, con gesto asustado, asintió, y Alma, para hacerla rabiar, cuchicheó—: Y que sepas que vas ¡a follar!

—¡Alma!

—¡Vas a follar, amiga!

—¡La madre que te parió! —gruño Romina, que comenzó a reír, y ya no paró.

Capítulo 36

Dos días después, en el centro hospitalario cercano a la casa de Nuria, ella esperaba pacientemente a que la avisaran para pasar a la consulta de su dermatóloga. Según la época del año, su piel se descamaba y tenía que tratarse.

Estaba mirando su teléfono móvil, cuando oyó unas voces y, al levantar la vista, vio cómo la recepcionista de la consulta intentaba tranquilizar a un señor. Durante varios minutos, los observó. Al parecer, el hombre quería ver a su doctor, pero el médico no tenía podía hacerle un hueco. Las voces del hombre subieron de tono. Ya no era solo que gritara, ahora incluso le faltaba el respeto a la pobre recepcionista, y Nuria, incapaz de callar, se levantó y se acercó a ellos.

—Disculpe, caballero —atrajo la atención del hombre. Él la miró, y Nuria dijo—: Quizá me estoy metiendo donde no me corresponde, pero la señorita le está diciendo que la consulta del doctor por el que pregunta está llena y...

—Efectivamente, se está metiendo donde no le incumbe —la cortó él.

Nuria asintió, y a pesar de que sabía que él tenía razón, insistió:

—Creo que usted debería entender que, si todos venimos sin hora, esto sería más caótico de lo que es y...

—Lo que tú digas me lo paso yo por el forro. He dicho que necesito ver a mi médico y lo voy a ver.

—Lo siento, señor —repitió la recepcionista temblorosa—. Pero es imposible. El doctor Gimeno tiene su agenda llena. Y para que lo vea a usted, ha de dejar de ver a otro paciente.

El hombre volvió a maldecir y con gesto intimidante se acercó más a la recepcionista.

—Mira, guapita. Creo que... —siseó.

—Señor. Disculpe. Yo no soy quien pone las normas. Y creo que...

—Lo que tú creas me importa tres narices, porque eres una incompetente. —Y la empujó.

Boquiabierta y molesta, Nuria, sin pensárselo, lo separó de la recepcionista, que lo miraba asustada.

—¡Pero buenooooo! ¿Quién narices te crees que eres para tratarla así? —le reprochó.

—¿Y tú quién eres para empujarme a mí?

Ahí se montó una buena marimorena. El hombre gritaba, y Nuria, junto a la recepcionista y otras personas que se les habían unido, le respondían. El ambiente se fue caldeando y uno de los que se habían unido a la discusión acabó en el suelo por un nuevo empujón de aquel individuo.

—Ahora mismo llamo a la policía —gritó Nuria.

—Por mí como si llamas al ejército —se mofó el atacante.

—Llamad a los de seguridad del hospital —exigió la mujer del hombre que estaba en el suelo.

La recepcionista fue a moverse cuando el atacante la aferró del brazo. Nuria rápidamente se lanzó a liberarla, y aquel sinvergüenza agarrándola la zarandeó.

—Guapita, ¡me estás tocando los...!

No pudo decir más. De pronto, alguien salió de entre la gente, liberó a Nuria y a la recepcionista en un santiamén e inmovilizó al atacante contra la pared.

—Guapito, se te acabó la tontería —dijo, con seguridad y control.

El atacante intentó zafarse, pero no pudo. Alguien más fuerte que él lo tenía sujeto con firmeza, y ofendido gritó. Pero de nada le sirvió.

Minutos después, llegaron los vigilantes del hospital, junto con la policía, que saludó al héroe del momento como si lo conocieran. Por desgracia, incidentes como aquel se repetían cada día, y tras esposar al hombre se lo llevaron entre gritos. Nuria tranquilizaba con cariño a la joven recepcionista. Estaba asustada. Era su segundo día de trabajo y no estaba acostumbrada a numeritos así. Minutos después, cuando la chica se recuperó, Nuria fue a agradecer la intervención al héroe del momento.

—No me jorobes —susurró al verlo.

Ante ella estaba el tonto del vecino. ¿Por qué se tenía que encontrar con aquel hombre ahora por todos los lados?

—Vaya —se mofó él—. No he visto tu escoba en la puerta aparcada.

Nuria tomó aire. O respiraba o allí se liaba otra vez.

—Estoy por volver a llamar a la policía —siseó.

Mario se había encontrado con todo el guirigay cuando había llegado a la consulta. Sin poder evitar una sonrisa trazó con el dedo una línea ante él.

—Cuidado. No sea que, en esta ocasión, te lleven a ti.

—Por favorrr —soltó Nuria, aunque sonrió.

—Anda mira... ya te teñiste las raíces del pelo —se mofó él.

Nuria cambió su gesto. Si quería guerra, la iba a tener. Pero consciente de su buena acción minutos antes, tomó aire.

—Ignoraré lo de mis raíces, pero te agradezco tu ayuda con ese tipo.

Mario, sorprendido, asintió, y Nuria se dio la vuelta y se sentó en el único sitio libre que había en la sala que estaba justo enfrente de él. Se quedaron mirándose en silencio.

—¿Te importaría dejar de mirarme? —gruñó ella, al cabo de unos segundos.

—¿Por qué sabes que te estoy mirando?

—Porque veo que no me quitas ojo.

—Quizá no te quito ojo porque tú no me lo quitas a mí. ¿Lo has pensado?

Nuria abrió la boca, pero la cerró. Él tenía razón. Mientras, una señora ya de cierta edad, que estaba sentada junto a Mario haciendo punto, los miraba, movía la cabeza y sonreía.

Los minutos pasaban lentamente en la sala del hospital y los pacientes iban entrando con cuentagotas en las consultas.

—¿Puedo saber por qué estás aquí? —preguntó Mario.

Nuria iba a responder con un comentario cortante. ¿Qué le importaba a él? Sin embargo, al mirarlo, se encontró con una mirada dulce y relajada.

—Dermatóloga —contestó finalmente.

—Oncólogo —indicó Mario. Nuria parpadeó al oír aquella palabra. ¡Oncólogo! Él, enseñándole una carpeta de papeles, se apresuró a añadir—: Llevo en remisión dos años.

—Cuánto me alegro, hermoso —musitó la mujer que hacía punto a su lado.

—Estoy a estrenar señora —sonrió él—. Pero eso sí, no falto a mis chequeos.

Nuria hizo un gesto afirmativo. Sus padres habían muerto de cáncer y Estíbaliz había superado uno.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir que estás en remisión —murmuró.

—Mario Basagoitia. Consulta tres —se oyó por megafonía.

Mario se levantó rápidamente. Le guiñó un ojo y se encaminó hacia la consulta tres con sus papeles en la mano.

Nuria lo siguió con la mirada y sonrió cuando oyó a la señora del punto decir:

—No seas tan cortante con él. Parece un hombre muy agradable.

Nuria levantó las cejas y en ese momento dijeron su nombre por la megafonía.

—Nuria Urrutia. Consulta seis.

Cinco minutos después, Mario salió. Al no ver a Nuria sentada donde la dejó, se acercó a la señora que hacía punto.

—¿Ya se ha marchado ella? —le preguntó.

—Nuria Urrutia está en la consulta seis.

Mario asintió. ¡¿Urrutia?! ¿Era vasca?

—Muchísimas gracias, señora. Es usted un encanto de mujer —indicó con caballerosidad.

—Y tú eres un zalamero *mu salao*, ¡*jodío*! —se mofó ella.

Divertido, Mario se apoyó en una columna. No tenía prisa. Y cuando Nuria salió con un papel en la mano, se acercó a ella.

—Me encanta la cerveza —le dijo—, pero la bebo sin alcohol porque me cuido todo lo que puedo y más. Y si mastico chicles es para no fumar. Y vale. Me gusta el sabor maracuyá, algo que sé que no le gusta a todo el mundo. —Boquiabierta por verlo a su lado y por enterarse de todo aquello que ella no había preguntado, se limitó a asentir. Él añadió—: Me disculpo por haberte llamado bruja y haber dicho lo de tus raíces del pelo. No venía a cuento y me salió sin pensar. —Nuria se rio. ¿Por qué se reía? Mario prosiguió—: Hoy hace un calor de mil demonios. Te invito a algo fresquito, que seguro que tu cuerpo lo va a agradecer.

—No.

—¿No a la invitación o no a que tu cuerpo lo va a agradecer?

Sorprendida, Nuria parpadeó. Estaba claro que era de los que olvidaban los enfados con facilidad.

—¿Por qué eres tan pesado? —preguntó.

—No lo sé. Será mi gen masculino.

Aquella contestación a Nuria le hizo gracia, pero sin hacerle ver lo que pensaba indicó:

—Sigue habiendo una raya infranqueable entre tú y yo.

—La cual es totalmente respetable.

A cada respuesta que recibía, más se sorprendía.

—No me caes bien —le soltó.

—Tú a mí tampoco.

—¿Y por qué me quieres invitar a algo fresquito?

—Porque tienes un apellido vasco, como yo, y porque no quiero que te deshidrates.

Aquello tan ocurrente finalmente hizo sonreír a Nuria.

—No busco ningún rollo —advirtió.

—Ni yo. Y menos con una vasca, como lo fue mi madre. Que las vascas tenéis muy mala hostia. Cosa, que, por cierto, ya he comprobado.

—Oye, ¿acaso tú no eres vasco?

—Sí. Pero los varones somos más tranquilos y dóciles.

Boquiabierta y sorprendida por las cosas que decía, Nuria soltó una carcajada.

—A ver, ¡vasco tranquilo y dócil! —le dijo, al ver cómo la miraba—. Que me empiece a plantear tomar algo contigo no significa que vayamos a tener sexo.

—Ahí va la hostia. ¿Yo he pedido eso? —Nuria negó con la cabeza, y él añadió—: Venga. Recojamos tu escoba y tomemos algo fresco.

—¿Dónde tienes el andador? —se mofó Nuria.

Se rieron.

—Por cierto, he de decirte que cuando se me conoce, soy altamente irresistible —afirmó él con un cierto aire de ingenuidad.

—Por favorrr.

—Por lo que, probablemente, seas tú la que se salte la raya y me pida tener sexo, aun siendo madurito, calvo y vasco.

—Lo dudo.

—Yo también... —Esta vez soltaron una carcajada—. Venga, mujer —pidió él—, fumemos la pipa de la paz. Prometo no hablar de mi sobrino y de tu amiga.

Nuria asintió. Mario se la había ganado con su desparpajo.

—De acuerdo —claudicó—. Pero tendrá que ser rapidito, que tengo prisa.

—Yo también.

Feliz por haber conseguido su propósito, Mario asintió y junto a ella salió del hospital. Tras caminar unas calles llegaron hasta una bonita cafetería, donde entraron a las doce de la mañana y salieron a las seis de la tarde. Sin duda, ambos tenían prisa.

Capítulo 37

El sábado, después de que Saem dejara el servicio de cena medio preparado en el restaurante, y diera las instrucciones pertinentes a Rosa, su jefa de cocina, como Yeon-Seok se había llevado la furgoneta de la empresa, él se dirigió con su coche hacia la casa de su padre en La Moraleja. Tenían que dar un servicio de cena para quince personas.

Cocinar en la cocina de su padre era como hacerlo en la suya. Aquella era la casa donde había crecido y la conocía muy bien. Haneul, su segunda madre, que desde hacía tiempo vivía en la casa de invitados que había junto a la casa principal, estaba mirando por la ventana.

—¿Qué curioseas tan atenta? —le preguntó en coreano.

—La luna. Hoy está llena.

Saem sonrió. Haneul, como su madre y su abuela, decía que la luna llena concedía deseos bonitos.

—Pobre luna —dijo—. Esta noche mucha gente le pedirá sus deseos.

—¿Ya lo has hecho tú? —preguntó Haneul. Saem negó con la cabeza y la mujer le cogió de la mano para llevarlo ante la ventana —: Vamos. Mírala y pídelo. Que últimamente te noto algo alterado y no sé bien por qué.

Pedirlo era más rápido que discutir con ella, así que Saem lo hizo. Irremediablemente Alma, a quien no se quitaba de la cabeza, apareció.

—Deseo pedido —afirmó, mirando a Haneul.

—La luna con su magia te lo concederá.

—Espero que su magia sirva para que mis platos estén exquisitos hoy. ¿Por qué no te vas a tu habitación a descansar?

Haneul sonrió. Saem se preocupaba mucho por ella y más desde que a principio de año había sufrido un desvanecimiento que la mantuvo varios días en el hospital. Tras varias pruebas, le descubrieron una enfermedad crónica. Artritis. Algo con lo que podría vivir, pero tendría que cuidarse.

—Saem, estoy bien —respondió.

—Lo sé, mamá —afirmó él con cariño—. Sé que estás bien, pero...

—Me aburro sin hacer nada. Me encuentro perfectamente. Y hoy quiero ayudar en lo que pueda. Y no, no digas que no. O te mandaré al demonio. Ya me conoces.

Saem sonrió. Adoraba a aquella pequeña mujer coreana de apenas un metro sesenta, a la que desde siempre había llamado mamá, y acercándose a ella le dio un beso en el cabeza.

—Tú ganas —murmuró.

Haneul sonrió. El cariño de Saem siempre era limpio y puro. Aquel niño que ayudó a criar, su cachorro, y la madre de él la querían incondicionalmente.

—Dime en qué te puedo ayudar —preguntó, remangándose.

Saem sin dudarlo le dio instrucciones. Haneul era una excelente cocinera.

Haneul era prima de su madre, y su segunda madre desde que nació. Trabajó en El Dragón de Seúl todo el tiempo que aquel estuvo abierto. Y cuando su madre murió y se cerró el restaurante, lo único que le pidió Saem a su padre fue que Haneul viviera donde estuviera él. Tenía que cuidarla. Elías lo obvió y finalmente fueron sus abuelos y su tío Mario quienes le concedieron ese deseo.

Haneul contempló cómo Saem emplataba lo que su compañero le entregaba.

—Ese *tataki* de atún marinado en salsa japonesa con mayonesa de wasabi me produce mucha curiosidad —le dijo en coreano.

—Pruébalo, mamá —la animó Saem—. De todo lo que se va a cenar aquí esta noche, siempre hago de más.

Animada por Saem y Yeon-Seok, Haneul lo probó.

—Está delicioso —afirmó emocionada, abriendo sus rasgados ojos —. Hye-Jin estará muy orgullosa de ti. —Saem sonrió y Haneul quiso saber—: Cuéntame. Dime que más has preparado para cenar.

Saem miró a su alrededor.

—Además de lo que acabas de probar —empezó a explicar—, esta noche cenarán croquetas de gamba al ajillo con chiles coreanos. Berenjenas con hummus de sésamo. Huevitos rotos trufados con atún rojo, wakame y algas nori. Y ternera con salsa oriental con patatas crujientes y arroz. Y de postre he preparado mochis de té verde y *coulant* de chocolate con helado de vainilla.

—Increíble, hijo. Increíble —exclamó Haneul, apabullada al oír todo aquello.

Saem siguió concentrado en los platos sin perder el ritmo y perfectamente sincronizado con Yeon-Seok. Su padre entró en la cocina.

—¡Qué maravilla! —dijo.

—Maravilla será cuando te pasé la factura —afirmó Saem.

Elías miró a su alrededor con deleite. Aunque en un principio había deseado para su hijo una profesión mejor que la de cocinero, al final claudicó. Saem tenía una personalidad tan fuerte y estaba tan decidido a ser chef, que tuvo que aceptarlo, por lo que le pagó los mejores estudios que pudo en todo lo que tuviera que ver con la cocina.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Elías, mirando a Haneul.

La mujer, sorprendida, asintió. Su salud nunca le había interesado a Elías.

—Al próximo que me pregunte si estoy bien —siseó—, juro que lo mato y hago *kimchi* con su cuerpo.

—Wooo —se mofó Saem, riendo con su padre y Yeon-Seok.

Elías y Saem se miraron. Dijeran lo que dijeran, estaba claro que Haneul haría lo que le diera la gana.

—¿Seguro que no quieres cenar con nosotros? —le preguntó Elías a Saem mientras miraba cómo preparaba los platos.

—Estoy trabajando.

—Pero, hijo, veo que la cena está preparada y...

—He dicho que no.

Elías no volvió a preguntar. Cuando Saem se ponía en modo frialdad coreana, poco se podía hacer.

—Cuando se sirva el postre, me haría ilusión que salieras al comedor. Quiero que Natalia te vea y sepa que has cocinado tú.

—Así lo haré. Para tus amigos ya he cocinado en otras ocasiones, pero ¿estás seguro de que Natalia no tiene ninguna intolerancia a ningún alimento?

—Ya te lo dije. Natalia come de todo.

Se oyó el timbre de la puerta. Y mientras Haneul iba a abrir, Elías encendió la cámara del portero automático.

—Son Felipe y Elvira —anunció—. Vienen con Gonzalo. —Saem los conocía a todos desde hacía muchos años y sabía los jueguecitos que en la intimidad se traían; iba a decir algo cuando su padre, bajando la voz para que el ayudante de Saem no los escuchara, murmuró—: Espero que Elvira se contenga. Porque, en cuanto te ve, se pone muy tontita. Por cierto, ¿te he dicho que vienen los padres de Natalia a la cena?

Saem se quedó paralizado. ¿Alma y Carlos asistirían a esa cena? Y cuando fue a preguntar, la puerta volvió a sonar y Elías, observando la cámara, dijo:

—Catalina y Lucas.

—¿Cómo es que los padres de Natalia vienen a la cena?

—¿Por qué no? —replicó Elías, ajeno a lo que su hijo pensaba.

Saem suspiró y prosiguió con su trabajo. Era lo mejor.

Capítulo 38

La puerta sonó en varias ocasiones. Carlos llegó con su acompañante y, asombrado por el casoplón, miró todo a su alrededor. Sin duda, su hija había sabido elegir muy bien.

Minutos después, aparecieron Natalia y Alma, que fueron recibidas con amabilidad, y ambas se quedaron de piedra al ver a la acompañante de Carlos. Era una chica más joven que Natalia llamada Jessica. Alta. Rubia. Despampanante. Y por las ropas y joyas que llevaba no le iba nada mal en la vida. Y cómo Carlos sonreía y no le soltaba la mano les hizo ver que estaba tontito por ella.

Después de las presentaciones, en un momento dado, madre e hija se quedaron solas.

—Ahora entiendo que papá se lo tomara tan bien —señaló Nuria.

—Y yo —afirmó Alma.

Ambas miraron. A buen entendedor pocas palabras bastaban, y se integraron en la fiesta.

Natalia, feliz y agarrada de la mano de Elías, disfrutaba de aquel encuentro, mientras Alma, sin perder su sonrisa, observaba con atención todo y a todos.

Los amigos de Elías parecían amables. Encantadores. Pero no se le escaparon ciertas miraditas que Sol y Manuel se cruzaron tras un beso que Elías y su hija se dieron.

—Qué maravillosa casa tiene Elías en La Moraleja, ¿verdad? —oyó a su espalda.

Al darse la vuelta, se encontró con Carlos y Jessica. Iban agarrados de la mano, algo que Carlos nunca hizo con ella.

—Sí, muy bonita —respondió.

—Nuestra niña es muy lista —susurró Carlos, al que la riqueza siempre había deslumbrado—. Más de lo que yo imaginaba.

Aquel comentario no le gustó. Era la típica frase que podrían haber dicho sus padres.

—Si algo tengo claro es que Natalia en lo último que se ha fijado es en el dinero que Elías pueda tener —replicó, molesta—. Ella no es como tú.

—¿Acaso ser como yo es malo?

—Muy bueno no es.

Carlos y Alma se miraron con rivalidad. Estaba claro que cada uno tenía sus propias ideas.

—Alma, me encanta coincidir contigo en esta cena —intervino Jessica.

—Lo mismo digo, Jessica.

—Carlos tiene razón. Tanto Natalia como tú sois muy guapas.

Alma miró a su ex. Era la primera vez que oía un piropo hacia ella que saliera de la boca de Carlos.

—¿Sabrías dónde está el baño? Necesito retocarme los labios —preguntó entonces la joven, sacando un *gloss* labial del bolso.

Alma negó con la cabeza, pero rápidamente otra de las invitadas se lo indicó.

—¿Crees que soy guapa? —le preguntó a Carlos cuando Jessica se perdió de vista.

—Siempre lo fuiste —admitió con tranquilidad, dándole un sorbo a su vino.

Estupefacta, Alma lo miró.

—¿Y por qué nunca me lo dijiste? —quiso saber con cierto tono de mofa.

—Porque no quería darte esperanzas.

Carlos y Alma se miraron. Su vida anterior, como ellos, había quedado en el pasado.

—Vaya... vaya... —se limitó a decir ella. Sabía que aquel no era momento para reproches.

—Ese vaya... vaya... ¿va por Jessi o por qué?

—Por Jessica, mal pensado.

—Ah. Vale.

—¿Lleváis mucho tiempo juntos?

—Ocho meses. —Alma recordó lo que Emilia, la madre de él, le dijo. Carlos añadió—: No conocimos en uno de mis viajes, y surgió la chispa. Ella es la hija de unos empresarios farmacéuticos. Es una de las mayores fortunas de Extremadura y vive en un palacete en Badajoz.

Alma asintió, entendiendo que decía aquello para darse importancia.

—Pues mira, le podías pedir los mil trescientos euros que me debes y pagarme, ¿no? —le soltó.

En ese instante regresó Jessica y Carlos disimuló. Por nada del mundo quería que la joven se enterara de eso.

Mientras disfrutaba de una excelente copa de vino, curiosa, Alma se acercó hasta la ventana que estaba abierta y miró la luna. Estaba redonda y preciosa. Junto a la ventana había un mueble donde había varios marcos de fotos. Con curiosidad, las miró y sonrió al ver a Saem en diferentes momentos de su vida. ¡Qué monooooooo!

—Es Saem. El hijo de don Elías —oyó detrás de ella.

Al girarse, se encontró con una mujer menuda, asiática, de mirada dulce y moñito canoso. ¿Sería algún familiar de Saem? Llevaba una

bandeja en las manos.

—Señora, coja una copa de este vino —le ofreció, con un dulce acento—. Según don Elías, es muy bueno.

Sin dudarlo, Alma cogió una copa.

—Gracias —le sonrió.

La mujer fue a darse la vuelta para alejarse, cuando de pronto Alma se percató de que daba un paso en falso. Sin dudarlo, la sujetó. Rápidamente le quitó de las manos la bandeja.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó, con gesto preocupado.

—Sí, señora —respondió con celeridad Haneul, consciente de que había sufrido un pequeño mareo—. No se preocupe.

Hizo un ademán para recuperar la bandeja, pero Alma no se lo permitió.

—Hasta que no vea que no está usted bien no pienso devolverle la bandeja.

—Señora...

—Prefiero que me llame Alma. Eso de «señora» me hace sentir mayor.

—Pero si está en la flor de la vida.

Alma sonrió, tomó una jarra y un vaso y lo llenó.

—Soy una cincuentañera feliz. Y ahora tome un poco de agua.

Haneul obedientemente bebió del vaso que ella le ofrecía. Aquella mujer tenía una voz suave, una mirada cariñosa y una sonrisa encantadora. Sabía que era la madre de Natalia, la joven que se iba a casar con Elías, y al ver a aquel, junto al padre de la joven, riendo a carcajadas, musitó señalando:

—La langosta está al lado del cangrejo.

Alma miró hacia donde aquella señalaba. Su exmarido, su novia, Elías y su hija se reían. No entendió las palabras de la mujer, y sin saber por qué miró hacia la ventana abierta.

—Hoy hay una preciosa luna llena —dijo.

—La luna llena es mágica, ¿lo sabía? —murmuró Haneul. Y le preguntó—: ¿Le ha pedido un deseo?

—¿A la luna?

La mujer asintió.

—La luna llena concede deseos —afirmó—. Vamos. Mírela, y pida el suyo.

Alma miró aquella preciosa luna llena. Estaba esplendorosa. Mágica. Y mentalmente pensó: «Deseo escapar cuanto antes de esta cena».

—Lleva el éxito marcado en el rostro —sentenció Haneul, posando el vaso de agua en una mesita. Alma parpadeó. ¿De qué hablaba? La mujer aclaró—: En Corea, tener un lunar cerca de los labios simboliza éxito en el amor, trabajo e hijos.

Alma sonrió. Recordaba que Saem, el día que se conocieron, se refirió también a su lunar.

—En el trabajo y en tema hija, lo reconozco, ¡soy exitosa! —respondió—. Pero en el amor... soy un completo desastre.

—Eso es porque aún no ha llegado la persona que le desboque el corazón.

Ambas sonrieron.

—¿Cómo se llama usted? —le preguntó Alma.

—Por favor, señora, no me llame de usted. Tutéeme.

—Ah no. Ni hablar. Solo le tutearé si usted me tutea a mí.

—Me llamo Haneul. —Encantada, Alma asintió, y ella explicó—: Es un nombre coreano que significa cielo celestial.

—Ohhhh. Qué precioso nombre.

—Gracias, señora —y al ver el gesto de ella rectificó—... Alma.

Todavía se estaban riendo cuando se acercó a ellos una mujer morena. Era Elvira.

—Haneul, qué maravilloso cutis tenéis los asiáticos —dijo—. ¿Qué edad tenías? No lo recuerdo...

—¿Y a ti qué te importa?

Tan pronto como Alma soltó eso, al ver el gesto de sorpresa de Haneul, sin saber por qué sonrió.

A Elvira le molestó aquella contestación. A su manera, Alma le acababa de dar un zasca delante de la sirvienta.

—¿Sabes que Haneul es una excelente cocinera? —soltó, incapaz de reconducir la situación.

—Oh... qué bien —afirmó Alma, mientras con la mirada se entendía con Haneul y ambas sonreían

—¿La cena de esta noche estará tan bien preparada como siempre?

Haneul, al escuchar aquella pregunta de aquella estirada, asintió. Durante años, siempre que Elías organizaba cenas con amigos, ella se ocupó de cocinar, pero no quería mencionar que de la cena de aquella noche se había encargado Saem.

—Le hemos puesto empeño y será muchísimo mejor —afirmó.

Elvira, tras dar un trago a su bebida, miró hacia una de las fotos en las que aparecía Saem.

—Si estuviera soltera no se me escapaba —afirmó, con cierta picardía.

Oír aquello hizo que Haneul y Alma se volvieran a mirar con disimulo. Haneul hizo un gesto de desaprobación que hizo sonreír a Alma, y cuando la mujer se alejó con la bandeja en la mano, Alma preguntó, curiosa:

—¿Cuántos hijos tiene Elías?

—Solo tiene a Saem. —Y bajando la voz susurró—. Que es todo un *bomboncito asiático* la mar de apetecible, aunque, como buen coreano, es distante y esquivo.

Alma asintió. Lo que ella conocía de Saem no era así. Su hija Natalia se acercó hasta ellas, y la conversación se desvió al vestido que la joven llevaba.

Cuando llegó el momento de la cena, Alma se sentó entre Gonzalo y José Luis. Ambos eran personas agradables, pero a medida que avanzaba la cena, se sintió incómoda al darse cuenta de que todos bromeaban con ella y con Gonzalo y José Luis por ser divorciados y no tener pareja. Incluso los animaban para que quedaran a cenar a solas otro día.

Gonzalo y José Luis sonreían. Alma no. Aquellos hombres, ni física ni mentalmente le atraían y, como pudo, los toreó ante la mirada divertida de su hija Natalia, que sabía que en la vida quedaría a solas con unos hombres como aquellos.

Durante la cena, en varias ocasiones, para desconectar, pensó en Saem. ¿Qué pensaría si supiera que estaba cenando en la casa de su niñez? E imaginar que tiempo atrás correteaba por allí le hizo hasta gracia.

Alma disfrutaba de los platos ante la sonrisa de Haneul, que ayudaba al camarero a servir. Todo estaba buenísimo. ¡Exquisito! Y viendo aquellas maravillas que la pequeña mujer había preparado para cenar, supo que Saem había tenido una buena maestra cocinera, además de su madre.

Carlos parecía un quinceañero junto a su novia Jessica. Tonteaba. Mimaba. Besaba. No podía apartar sus ojos ni sus manos de ella, y Alma sonrió. ¡Si lo vieran sus amigas fliparían! Desde su posición en la mesa, observó tanto a su exmarido como a su hija con sus parejas. Ambos parecían felices y compenetrados, y eso a Alma le agradó. Si ellos estaban bien, la vida para todos era más bonita.

Estaban disfrutando del postre cuando, de pronto, todos comenzaron a aplaudir. ¿Por qué aplaudían? Y al ver que todos

miraban en una dirección, hizo lo mismo y casi se atragantó. Saem, del brazo de una sonriente Haneul, entraba en el salón con su chaquetilla de chef.

—Aquí está el maravilloso chef que nos ha preparado la cena. ¡Mi hijo Saem!

Natalia se llevó la mano a la boca. ¡Qué sorpresa! Estaba como loca por probar los famosísimos platos de Saem.

—Pero ¿no ha cocinado Haneul? —preguntó Elvira.

—No. Hoy ha sido Saem —afirmó ella.

—Qué maravilla —afirmó Elvira excitada.

Alma parpadeó descolocada. No solo llevaba toda la noche en la misma casa que Saem, sino que incluso había degustado su comida.

Elías, feliz y sintiéndose el gallo rey del corral, miró a su novia.

—Princesa. Quería que probaras su comida sin saber que era él quien cocinaba —dijo—. Era una sorpresa para ti, amor.

Encantada y feliz, la joven sonrió.

—Saem, ¡es una pasada lo bien que cocinas! —exclamó.

—Gracias, Natalia —sonrió él con gratitud.

Durante varios minutos, todos agasajaron al cocinero, que en ningún momento prestó atención a Alma.

—¿Qué te parece cómo cocina mi hijo? —le preguntó Elías, entonces.

Al notar todas las miradas sobre ella, en especial la de Saem, Alma sonrió.

—Increíble —respondió como pudo.

Haneul sonrió con agrado. Oír cosas bonitas relacionadas con Saem siempre le llenaba el alma.

Saem, que llevaba inquieto toda la noche porque ella estaba allí, esbozó una sonrisa distante. Se había fijado en que aquella noche

Alma no llevaba lentillas. Lucía sus preciosos ojos verdes e, incorporándose, se dispuso a marcharse cuando su padre lo detuvo.

—Espera un segundo, hijo. Haneul, tú puedes regresar a la cocina.

Saem y Haneul se miraron. Ella desapareció por la puerta, él aguardó expectante.

¿Qué quería su padre?

Capítulo 39

El grupo alrededor de la mesa del comedor observaba a Elías.

—Amigos —dijo él, levantándose—. Si he organizado esta cena ha sido para presentaros a mi preciosa novia Natalia y a sus maravillosos padres Carlos y Alma, y a Jessica, la novia de Carlos. Por cierto, mi hermano Mario también estaba invitado, pero tenía un compromiso ineludible. Quiero que sepáis que estoy feliz y en esto tienes tú mucho que ver, Natalia. —Y animándola a levantarse, prosiguió—: Desde el día en que te conocí, todo ha sido interesante y bonito. —Natalia sonrió, y el resto de los comensales también. Elías continuó—: Dicho esto y tras pedirle permiso a tu padre, quiero preguntarte algo. —Y arrodillándose ante ella, sacó un anillo—. Natalia, ¿quieres casarte conmigo?

Todo el mundo aplaudió, a excepción de Alma, que se quedó petrificada, y de Saem, que estaba boquiabierto.

¡¿Qué?! ¡¿Cómo?! ¿Al final su amiga Romina iba a tener razón?

No. ¡Ni de coña! Su hija no debía casarse tan rápidamente. Una boda era algo serio. Mucho.

Sentada en su silla, Alma vio cómo su exmarido, feliz, y todos aplaudían, mientras Natalia, desconcertada, se llevaba las manos a la boca.

Bloqueada por aquello que no esperaba, Alma apenas podía respirar. ¿Boda? ¿En serio había oído bien? La mirada de su hija se clavó en ella. Sabía que a su manera le pedía ayuda y tras ver que

miraba a Saem con cara de circunstancias, fabricó una sonrisa y respondió:

—Sí, quiero.

De nuevo todo el mundo prorrumpió en aplausos y vítores, y Alma miró a Saem. En su mirada, vio el mismo desconcierto que sentía ella. De pronto, Gonzalo, que estaba a su lado, la abrazó.

—Enhorabuena, futura suegra —la felicitó.

¿Futura suegra?

Alma, sin perder su sonrisa, asintió y cuando él la soltó, Carlos, su exmarido, fue hasta ella y la abrazó, tremendamente emocionado.

—Alma, ¡que se nos casa la niña con un excelente partido! —murmuró.

Oír eso la molestó.

Si el padre de Natalia pensaba eso, ¿qué no iban a pensar los otros?

—No creo que nuestra hija esté para casarse.

—No digas tonterías —gruñó Carlos—. Y sé práctica.

—¡Pero tú eres idiota! —se enfadó, dándose aire. De pronto, le habían entrado los jodidos calores de siempre.

Completamente desconcertada, Alma parpadeó. Necesitaba digerir lo que estaba ocurriendo. Natalia fue hasta ellos.

—¡Me caso! —exclamó, enseñándoles el anillo.

Acto seguido Carlos la abrazó. Alma y su hija se miraron, cuando Carlos la soltó, miró su mano.

—Madre mía, hija, ¡qué pedrolo te ha regalado! —soltó.

—¡Un diamante de Tiffany! Y por el tamaño parece de tres quilates —afirmó Jessica, sonriendo.

Alma seguía sin poder hablar. Le importaba un pimiento que fuera de Tiffany o de Pepito Grillo, mientras veía a Elías abrazar a Elvira. Pero ¿qué locura era aquella?

Jessica y Carlos rápidamente fueron a abrazar a Elías.

—La primera sorprendida he sido yo —aseguró Natalia—. Elías y yo lo habíamos hablado, pero...

—¿Que ya lo habíais hablado? —consiguió susurrar Alma, dándose aire.

Natalia asintió.

—Sí. Y le dije que no estoy en ese punto de la película —explicó, viendo el desconcierto de su madre—, pero está visto que no me escuchó. —Alma resopló y Natalia le susurró—: No hay fecha. Por lo tanto, por favor, tranquilízate, que te estás poniendo azul.

Saber que aún no había fecha la sosegó un poco. Elías se acercó hasta ella con la felicidad instalada en su rostro.

—¡Suegra! —exclamó—. Esto ha sido algo que no estaba planeado, pero al teneros a Carlos y a ti aquí, me inspiré y le pedí permiso al padre de la novia para pedirle matrimonio.

Como pudo, Alma sonrió. ¿Por qué al padre y no a la madre, cuando había sido ella quien la había criado? Eso no le gustó nada. Pero viendo cómo Elías y su hija la miraban, no pudo decir lo que pensaba, evidentemente.

—¡Enhorabuena! Me alegro mucho —mintió.

Con la mirada, Natalia se lo agradeció. Conocía a su madre. Sabía que aquella noticia la había dejado totalmente congelada. El camarero trajo entonces unas copas de champán y todos brindaron por la pareja.

Saem, observador y callado, también brindó. Una vez más, su padre lo sorprendía con algo que no le había comentado. Al poco rato, dejó sobre la mesa su copa.

—Es tarde. —Miró a su padre—. Voy a ayudar a Yeon-Seok a recoger.

—Saem, espera.

Al oír la voz de su padre se volvió con gesto incómodo.

—Esto no tiene sentido, ¿qué estás haciendo? —siseó, antes de que él abriera la boca.

—Lo que quiero. Es mi vida y tú no tienes que darme permiso —replicó Elías, sabiendo que nadie podía.

Saem resopló y cuando iba a contestar, Elvira se acercó a ellos.

—Qué lujo. Los dos Basagoitia para mí —bromeó—. Uno a cada lado.

Elías sonrió. Saem no. Y cuando iba a desaparecer por la puerta, Elías preguntó:

—Vendrás luego a tomar otra copita, ¿verdad?

—Sí, por favor... ven —murmuró Elvira con gesto entregado.

Saem, tan descolocado como Alma por aquella noticia, asintió y desapareció camino de la cocina. Allí se encontró con Haneul.

—Si la estupidez fuera deporte, tu padre y esa perra serían olímpicos —dijo ella en coreano.

Saem no quería entrar en polémica y comenzó a recoger para que Yeon-Seok se marchara con la furgoneta para su casa.

Por su parte, Alma, acalorada y sobrepasada por los acontecimientos, cuando acabaron de tomar el postre, pasó con el resto de los invitados a un salón colindante. Tenían que celebrar. Gonzalo y José Luis, los pesaditos, seguía atosigando a Alma. Estaban empeñados en quedar con ella para ir a la ópera y después a cenar, pero Alma se resistía. Ni loca quedaría con ellos.

Intentando mantener el tipo, Alma conversaba por compromiso, cuando en el salón apareció Saem. Ya no iba con su chaquetilla blanca de chef. Ahora vestía informal. Un pantalón vaquero con una camisa caqui que le sentaba muy bien. Consciente de cómo otras mujeres, en especial la tal Elvira, lo miraban, perseguían y sonreían, Alma con disimulo lo observó. Saem, sin ser un hombre

terriblemente guapo, desprendía un magnetismo y una sensualidad que hacía que no pudieras apartar los ojos de él.

Su manera de moverse. De mirar. De sonreír. Todo aquello era un combo tremendamente explosivo que inquietó a Alma y entonces supo que se tenía que ir de allí. No podía seguir mirando así. ¿Pero qué le ocurría?

Saem, ajeno a lo que ella pensaba, se acercó al grupo y, como siempre, Elvira se le pegó. Y de inmediato comenzó a tontear con él. Le hacía ojitos, se acercaba a él más de la cuenta e intentaba acapararlo en todo momento.

—Menuda lagarta es la amiga —murmuró Natalia a su lado.

Sin necesidad de preguntar, Alma supo a quién se refería su hija.

—Lo más gracioso es que lo hace delante de su marido —se sorprendió Alma.

Natalia asintió. Sabía cosas relativas a la vida privada de muchos de los que allí estaban que debía de callar. Y de Elías el primero.

—Por suerte, veo que Saem sabe defenderse —cuchicheó, sin evitar una sonrisa.

Madre e hija se miraron con complicidad, y Natalia, tras mirar a su padre, que tenía agarrada a Jessica por la cintura mientras hablaban, se llevó a su madre al lado de la ventana.

—Mamá... —empezó.

—¿Cómo no me habías dicho que esto podía ocurrir? —Natalia movió la cabeza. Sabía a qué se refería su madre, que insistió—: Corazón, solo os conocéis desde hace tres meses. Pero... pero estáis locos, ¿cómo os vais a casar? —Natalia resopló. A ella la propuesta también le había pillado por sorpresa—. Y ya no digo nada de que solicitara el permiso de tu padre para pedirte matrimonio y no el mío. Eso me hace ver de qué pelaje es tu querido Elías.

Natalia le dio la razón. Entendía a su madre.

—Eso me ha molestado a mí también —admitió—, y te aseguro que se lo voy a decir. Si alguien me ha criado al cien por cien, esa has sido tú, no papá. —Alma suspiró, y su hija añadió—: Quiero a Elías, pero no me voy a casar ni mañana, ni el mes que viene, ni dentro de seis meses. Entiendo su impulsividad, como entiendo su felicidad. Pero él sabe que yo aún no estoy preparada. He aceptado, sí. Pero es que me daba palo decirle que no delante de sus amigos. Por lo tanto, porfi porfi porfi, relájate y no te preocupes.

Alma miró a su hija. ¿Cómo no preocuparse?

—Verás cuando se enteren tus tías —musitó.

—Las lobas ¡con una caja de manolitos no vais a tener suficiente!

Madre e hija se rieron y se dieron un abrazo.

—Eres lo más importante de mi vida —dijo Alma, consciente de que Saem las observaba—, y solo quiero tu felicidad. Por lo tanto, por favor, utiliza esa preciosa cabecita, que sé que la tienes muy bien amueblada.

—Tranquila, mamá.

Aún estaban abrazadas cuando Alma vio que Gonzalo y José Luis se dirigían hacia ellas.

—Creo que voy a cometer dos asesinatos —bromeó.

—No me digas los nombres, que los sé.

Ambas rieron y se alejaron de la ventana para esquivarlos.

—Me voy a marchar —anunció Alma, incapaz de no mirar hacia donde estaba Saem.

—¡Tan pronto!

Sin parar de caminar por el salón para que los dos indeseables no se les unieran, Alma cuchicheó:

—Con pesaditos como esos, ¿cómo no querer irme?

Natalia la entendió. Ella en su lugar haría lo mismo.

—Hemos venido juntas en mi coche, por lo que tienes dos opciones, o te llevas mi coche o te pides un taxi cuando salgas a la urbanización —le dijo.

—Opto por la segunda opción. Pediré un taxi; mientras viene, me fumaré un cigarrito y disfrutaré del aire fresco, que me vendrá bien.

—¿Qué te parece Jessica? —preguntó Natalia, viendo a su padre besar a su novia.

Alma los miró. Aquello que hacía su exmarido con la joven nunca lo había hecho con ella.

—Como diría tu abuela Emilia, ¡que Dios la pille confesada! —respondió sonriendo.

—Le diré a Elías y a quien pregunte que te has marchado porque tenías una cita con Ricardo que no podías eludir —propuso Natalia.

Alma sonrió, y tras darle un beso a su hija, y con disimulo echarle una última miradita a Saem, se escabulló del salón. Mientras caminaba hacia la puerta, se cruzó con la pequeña señora asiática.

—Me marcho, Haneul —se despidió de ella, mientras cogía su bolso de la mesita donde lo había dejado.

—¿Tan pronto?

—Sí. Pero he de decir que ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo, Alma. —Con una sonrisa se miraron y entonces Haneul, bajando la voz, cuchicheó—: Es una locura lo que don Elías le ha propuesto a tu hija.

—Pienso lo mismo que tú.

—Si tu hija es lista, no se casará con él. No le conviene —dijo Haneul de pronto.

Aquel comentario inquietó a Alma. Que aquella mujer que conocía bien a Elías dijera aquello, le hizo pensar en preguntar más, pero sabía que no debía. Por ello, con cariño y sin pedir permiso, Alma la abrazó.

—*Annyeong* —recordó Alma aquella palabra.

—¿Sabes hablar coreano? —se sorprendió Haneul, al oír adiós en su idioma.

Alma negó con la cabeza.

—No. Pero alguien me enseñó a decirlo —respondió con cierto cariño.

Ambas sonrieron.

—Espero que la luna llena te conceda tu deseo —susurró la mujer.

Alma asintió. Ya se lo había concedido, y con una sonrisa salió de la casa. Necesitaba aire.

Capítulo 40

Cuando esa noche Nuria detuvo su coche en la calle Alberto Aguilera, esquina con la calle Argüelles, tocó el claxon, mientras tarareaba la canción *Puntería* de Shakira.

Mario, que la esperaba allí, sonrió al verla. Era la tercera vez que quedaba con aquella mujer sin que su sobrino ni nadie lo supieran y, la verdad, estaba siendo divertido. Tras la tarde de la cafetería, y otro día que fueron al centro comercial a comprar unas cosas, aquella era la primera noche en la que se citaban para cenar. Para él, era una cita. Eso sí. Sin traspasar la línea marcada. Nada de insinuaciones y mucho menos nada de sexo. Si ella había marcado aquellos límites y no se le insinuaba, ¿por qué lo iba a hacer él?

Eso a Nuria le sorprendía. Acostumbrada a quedar con hombres simplemente para tener sexo, aquella situación, en cierto modo, la sobrepasaba. ¿Qué hacía quedando con su vecino para cenar cuando entre ellos nunca iba a haber nada, a pesar de la tensión sexual que sentía?

Sabía que ella le gustaba a Mario. Solo había que leer su mirada. Pero él se contenía mientras bromeaba, y eso a Nuria la calentaba más a cada segundo que pasaba. Entre ellos había una atracción sexual increíble, pero también había una lucha interna para controlarse y no ser el primero en saltarse la raya.

Mario, con una pícara sonrisa en los labios, caminó hacia el coche al ver a Nuria. Como siempre, lo recibió con su bonita sonrisa, y tras

montarse en el vehículo, sin rozarla, ni darle un simple beso en la mejilla, se puso el cinturón de seguridad.

—Buenas noches, señorita —la saludó.

—Buenas noches, caballero.

Nuria, a quien la tensión le había subido a mil al notar la presencia de Mario en el coche, accionó el intermitente y se volvió a incorporar al delirante tráfico de Madrid.

—He reservado para cenar en un sitio muy bonito —anunció él.

—¡Genial! ¿Dónde está?

—En la Casa de Campo. Al lado del lago. ¿Sabes ir?

Nuria asintió mientras seguía tarareando la canción. En la Casa de Campo, el mayor pulmón verde de Madrid, había un conglomerado de bonitos restaurantes donde había estado con sus amigas o amigos. Algunos los conocía. Otros no. Pero le encantaba descubrir sitios nuevos.

—¿Es Shakira quien canta?

—Sí.

—¿Acaba de decir tú eres mi tigre?

—Sí. ¡Me encanta!

—Lo sé. Ya la escucho a través de la pared.

Nuria ignoró el comentario.

—¡Mis amigas y yo la seguimos desde siempre! —afirmó—. Y ya tenemos entradas para ir a uno de sus conciertos el 25 de septiembre.

—¡Qué buena noticia!

—La mejor —afirmó encantada.

En DeLokos Mario había oído aquella canción, pero era la primera vez que le prestaba atención a la letra.

—¿Acaba de decir «muérdeme duro, de este culo nunca te olvides»? —preguntó.

—Sí.

—Pero ¿cómo se llama esta canción?

—*Puntería* —afirmó, sin dejar de canturrearla.

—Ahí va la hostia, tú. Acabas de decir «Pero en tu cama o en la mía, todo eso a mí se me olvida». ¿Es una insinuación?

—No —rio—. Es lo que dice la canción.

—Yo soy más de Barry White.

—Lo sé. Lo escucho como sé que escuchas a Shakira. Y si no te he dicho nada es porque Barry White me gusta. Por lo tanto, ni se te ocurra quejarte de mi diosa Shakira, o será peor para ti.

Ambos sonrieron.

Mientras ella conducía él iba atento a la letra de la canción y cuando esta terminó, Nuria, que había observado sus manos fuertes y trabajadas, preguntó:

—¿Siempre has trabajado en la hostelería?

—No. —Que ella le preguntara por algo personal era nuevo. Hasta el momento, las veces que se habían visto simplemente se vacilaban o hablaban de la actualidad de sus trabajos. Pero que le hiciera aquella pregunta a Mario le gustó y respondió—: Durante treinta años fui militar en activo.

—¿¡Quéééé?!

—Lo que oyes.

—¿Militar?

Mario asintió.

—Teniente coronel Basagoitia del Ejército del Aire, para servirle, señorita. —Y saludó con la mano. Sorprendida, Nuria reía cuando él añadió—: Me retiré cuando apareció mi enfermedad y ahora cobro una pensión del ejército con la que sé que podría vivir muy bien. Pero como me aburría de no hacer nada, decidí invertir mi tiempo y dinero en algo con mi sobrino Saem. Por eso abrimos el DeLokos.

—Vaya. Nunca imaginé que pudieras haber sido militar.

—¿Algo en contra de los militares?

—No. Para nada. Es más, si te soy sincera, los hombres uniformados siempre me han parecido muy sexis. —Aquello hizo reír a Mario a carcajadas, y ella apostilló—: Aunque, bueno, tú no me lo parecerías. Tú eres un caso aparte.

—¿Quizá porque no tengo un pelo de tonto? —señaló él, tocándose la cabeza.

Sonriendo, Nuria lo miró. El humor de aquel hombre era una de las cosas que le atraían.

—Exacto. Los calvos nunca me han atraído —mintió.

Mario movió la cabeza.

—Todavía tengo los uniformes en casa. Cuando quieras lo compruebas.

—¿Eso es una insinuación? —preguntó ella, mirándolo con picardía.

Consciente de lo que había dicho, y dispuesto a que fuera ella la que diera el primer paso en el caso de que tuviera que ocurrir algo entre ellos, negó con la cabeza.

—No, bruja. Y menos siendo calvo.

—Uisss... animalillo.

Sonriendo, ambos se miraron. La primera vez que se vieron en el local había resultado desastroso, pero desde que coincidieron en la sala del médico y se fueron a tomar un interminable refresco, todo había cambiado entre ellos. Ahora se comunicaban y sorprendentemente se entendían.

Al llegar al lago, aparcaron el vehículo y fueron andando hasta el restaurante. Mario miró una de las manos de Nuria. Quería cogérsela, apretarla. Pero se contuvo. Aquella mujer era demasiado cabezota y no perdería ante ella.

Cenar juntos para ellos era algo nuevo. Hablaron de la relación entre Natalia y Elías. Rieron al recordar lo ocurrido en el centro médico. Comentaron el desencuentro entre Saem y Alma y que, para no molestarles, era mejor ocultar aquel encuentro. Ambos eran ingeniosos, y lo que no se le ocurría a uno, se le ocurría al otro.

—Por cierto —dijo Mario de pronto—. El otro día reparé en que, además de cabezota, complicadita y gruñona, eres mentirosilla.

—Por favorrr, ¡no me salvo de nada! —rio Nuria divertida—. A ver, ¿en qué soy mentirosilla?

Mario asintió. Se moría por besar a aquella mujer tan tentadora, pero se contuvo y le dio un sorbo a la copa de vino que tenía en la mano.

—Me he dado cuenta de que, aunque tienes jardineras en la terraza —se explicó—, están vacías. Por lo tanto, no estabas regando las plantas el día, que, sin querer, me empapaste de agua.

A Nuria le dio la risa.

—Vale. Lo admito —confesó—. Lo hice adrede. Vi a un caballornio que me sacaba de mis casillas y no pude reprimirme, así que dejé que saliera la cabrona que hay en mi interior.

—¡Serás bruja!

—Lo sé. Soy lo peor. Pero cuando algo me molesta de un caballornio, ¡no tengo filtros!

—¿Qué es un caballornio?

—Lo contrario a un unicornio. —Mario la miró. No la entendía. Ella explicó—: Los unicornios, para mis amigas y para mí, son criaturas difíciles de encontrar. Llamamos así a un hombre único, increíble, caballeroso e irrepetible. Mientras que los caballornios son todo lo contrario.

—¿Y yo soy un caballornio?

—Cuando decidí mojarte con el agua, sí.

Ambos rieron.

—¿Qué caballornio te hizo tanto daño como para que actúes así? —quiso saber Mario, deseoso de saber más de ella.

—Un gilipollas. La Perla, como yo lo llamo.

—Desde luego, gilipollas tuvo que ser para dejar escapar a una mujer tan interesante como tú. —Nuria no pudo reprimir una sonrisa. Lo sabía. ¡Le gustaba! Él prosiguió, consciente de lo que había dicho—: Decir que eres interesante no es una insinuación. Y si aclaro esto es porque el tío que está sentado en ese banco de la izquierda leyendo también me parece alguien interesante, y no me van los hombres. Simplemente su aspecto me lo parece. —Tras un instante de silencio, Mario insistió—: Háblame de esa perla.

Nuria resopló. No era su tema preferido, pero, sin saber por qué, se encogió de hombros, y, tras meterse una gamba al ajillo en la boca, masticarla y tragarla empezó a hablar.

—Comencé a salir con él cuando tenía veinticinco años y lo dejamos a los treinta y cinco. Durante esos años estuve tan enamorada de él que me anuló totalmente y me engañó como quiso. Y cuando hablo de engaño no me refiero a engaño con otras mujeres, que también. Me engatusó para que yo pidiera un préstamo al banco de cien mil euros para comprarnos una casa, y en cuanto me lo concedieron, sacó el dinero de la cuenta común que teníamos y se marchó. Se largó con el dinero.

—No me jodas...

—De pronto me encontré sin novio, llorando las veinticuatro horas del día y con una deuda con el banco que yo solita tenía que pagar. En esa época ya había iniciado con Alma nuestro negocio de vestidos de novia, y por suerte para mí, Alma no soltó mi mano. Me ayudó en todo lo que pudo y, gracias a ella, pude hacer frente al préstamo. Hoy por hoy, ya está pagado y olvidado. Pero de lo que no me olvido

es de lo tonta que me volví por el simple hecho de enamorarme de un hombre.

—Lo siento.

—Y yo. Y para finalizar esa patética historia, te diré que la Perla murió hace dos años consumido por la drogadicción. Algo que sentí por su pobre madre, que era encantadora, pero por él no sentí nada de nada.

—Normal.

—Cuando me ocurrió eso, me prometí una cosa, y es que nunca volvería a dejarme engañar, mangonear, ni eclipsar por ningún caballornio. Y la verdad, desde que me lo prometí no me ha ido mal.

—Te entiendo.

—Y, por cierto, ese caballornio se llamaba ¡Mario!

Oír aquel nombre, que era el suyo, le hizo sonreír.

—Disculpa, no quería reírme —dijo al ver su gesto.

—Estás disculpado.

—Ahora entiendo por qué me dijiste aquel día eso de «Mario te tenías que llamar». —Ambos sonrieron. Mario quiso cogerle la mano para apretársela, pero no lo hizo, aunque dijo—: Estuve casado durante siete años. Se llamaba Isabel. ¡Otra perla! Cuando nos conocimos, no llamó mi atención. Era la hermana de un compañero del ejército y, bueno, el roce llevó al cariño y terminé enamorado de ella hasta las trancas. Un año después de conocernos, le pedí matrimonio. Nos casamos. Todo parecía ir bien, pero cuando yo estaba de maniobras, ella se divertía con el hermano del vecino de enfrente.

—Noooo...

Mario asintió.

—Y todo se descubrió cuando ella se quedó embarazada. No podía ser mío. Yo estuve fuera seis meses, y cuando regresé ella estaba de

cuatro. Por lo tanto, blanco y en botella.

—Lo siento, Mario.

—Nos divorciamos. Durante un tiempo lloré por las esquinas porque esa mujer me había roto literalmente el corazón, y una vez que me repuse, solo he tenido amigas.

—Pues como yo. Solo amigos. Y la verdad, es lo mejor. Cero compromisos y cero obligaciones.

—Así es. Sales para cenar, si cuadra se echa un polvito y luego cada uno a su casita tan feliz.

—Tal cual.

Ambos rieron.

—Pero ¿sabes? A diferencia de ti, yo no odio a las mujeres —matizó él—. Y no las odio porque no todas sois iguales. Hay algunas a las que sí merece la pena conocer.

Nuria hizo un gesto de asentimiento.

—Quizá es mi manera de vivir y no sufrir —replicó con la misma sinceridad con la que él hablaba.

—Aunque te diga esto —continuó Mario—, quiero que sepas que te entiendo. Cuando ocurrió lo de Isabel, sentí que el corazón me dejó de latir, que los ojos los tenía todos los días como las cataratas del Niágara, y me cerré en banda durante mucho tiempo a siquiera acostarme con otra mujer.

—¿Por qué?

—Porque estuve muy enamorado de ella y descubrir que no me quiso, valoró y respetó fue complicado de gestionar para mí. Me dejó hundido. Derrotado. En aquel entonces yo tenía treinta y dos años y, uf..., lo que lloré. Por suerte, el tiempo hizo su trabajo, mis ojos se secaron, mi corazón volvió a latir y yo lo superé.

Con la mirada se entendieron. Ambos habían tenido a alguien que los había dañado en el pasado.

—La verdad es que el amor duele —reconoció Nuria—. Y más cuando acaba de forma tan complicada.

—Mi lectura en cuanto al amor y desamor es que, cuando te enamoras de verdad, las personas solemos entregar nuestra vida y nuestro corazón abiertamente y sin reservas. Y cuando el desamor llega con el dolor, y nos damos cuenta de que el afecto, las risas, la complicidad, las palabras, las miradas o los bonitos momentos vividos ya no significan nada, es terriblemente abrumador.

—¡Qué romántico!

—Lo soy. ¿Tú no?

—No. Ese gilipollas me hizo dejar de creer en el romanticismo.

—¡No me lo creo!

—Pues créetelo —afirmó Nuria—. Las brujas vamos a lo práctico. No a lo romántico. —Con intensidad se miraron y Nuria, abrumada por aquella mirada, dijo—: Mi lectura fría del amor y del desamor es otra.

—Cuéntamela.

—Leí en un libro de no sé qué doctor que dice que, cuando estamos enamorados, las personas liberamos altos niveles de dopamina y oxitocina. Vamos, que nos convertimos en unos yonquis de esas hormonas. Cuando el desamor llega, esas hormonas desaparecen para liberar otra llamada cortisol. Y el cortisol provoca en nuestros cuerpos malestar, ansiedad o ganas de llorar, entre otras cosas. Vamos, una mierda. Por lo que hace mucho decidí que ni cortisol, ni dopamina ni oxitocina. Mi cuerpo está liberado totalmente de hormonas.

—Me acabas de sorprender con tu fría lectura del amor —asintió Mario, estupefacto por aquella explicación técnica.

Nuria soltó una carcajada.

—Para que veas que, además de cabezota, complicadita, gruñona y mentirosilla, también soy una mujer fría en el amor.

—Lo tienes todo. ¡No te privas de nada!

—Lo sé.

Mario sonrió. Si algo tenía claro era que Nuria era mucho más de lo que ella misma creía ser. Vio entonces a un chico entrar en el restaurante vendiendo flores y con la mirada le hizo un gesto. El muchacho se acercó a ellos.

Cuando Nuria vio al muchacho, apurada, rápidamente negó con la cabeza.

—Dame dos rosas —pidió Mario.

—¿Rojas, blancas?

—No... no hace falta, de verdad —murmuró Nuria, apabullada.

A Mario le hizo gracia su expresión. Por primera vez la veía desconcertada.

—Una roja y otra blanca —le dijo al muchacho.

El chico dejó dos preciosas rosas sobre la mesa. Mario le pagó lo que pedía y cuando se quedaron a solas, este cogió aquellas flores y echándose hacia delante las puso ante ella.

—Son para ti. Soy un romántico —reconoció.

Nuria, bloqueada y desconcertada por aquello que no esperaba, no sabía cómo proceder. Era la primera vez que un hombre le regalaba flores.

—Gracias... —se limitó a susurrar mientras las cogía.

Mario sonrió. Estaba feliz de haberla desconcertado.

—Qué conste que esto no es una insinuación —bromeó—. Simplemente estoy cenando con mi vecina, y aunque no me atraigas como mujer, me ha parecido un gesto caballeroso regalarte flores, y más del color de mi equipo de futbol favorito.

Al ver su gesto de guasa, Nuria supo que él se había percatado de su desconcierto. Eso le jorobó y decidió contraatacar y desconcertarlo a él. Por ello, tras morderse el labio inferior con sensualidad, se echó hacia delante sobre la mesa, y quedando a escasos milímetros de su rostro, le dio un suave beso en la nariz.

—Gracias, vecino. Aunque no seas «mi Tigre», como dice la canción de Shakira, ha sido un bonito detalle por tu parte —susurró con sensualidad.

Mario tembló. Incluso la mandíbula se le abrió, y ella con un gesto cariñoso se la cerró. Tener a Nuria tan cerca y haber sentido sus labios sobre su nariz lo calentó como la mejor película porno, pero disimuló. Ella sabía jugar muy bien.

Un par de horas después regresaron a casa. Iban en silencio mientras subían en el ascensor. Al salir, cada uno se dirigió a su puerta.

—Que descanses, bruja.

Oír que la llamaba por aquel apodo, en esta ocasión, no le molestó. Su voz. Su manera de decir «bruja» se le antojó morbosa y sensual, pero, sin querer entender aquello como una provocación, con las rosas en la mano, dijo:

—Tú también, vecino.

Cuando Nuria entró en su casa y cerró la puerta, al notar cómo respiraba y cómo el corazón le martilleaba, mirando las rosas, se preguntó si vivía al lado de un unicornio.

Mientras, Mario, en el piso de al lado, iba hacia la ducha desnudándose por el camino. Necesitaba enfriarse o iba a explotar.

Capítulo 41

En La Moraleja, en casa de Elías, Saem se sorprendió al no ver a Alma por ningún lado. ¿Dónde estaba?

Durante varios minutos esperó por si había ido al baño, pero al comprobar que no era así, cuando logró quitarse a la pesada de Elvira de encima, se acercó hasta Natalia, que se servía una copa.

—¿En serio quieres casarte con un manipulador? —le preguntó en bajito.

Natalia lo miró. Sabía por qué le decía aquello. Y cuando fue a responder, Elías se acercó a ellos.

—Qué bonita noche, ¿verdad? —dijo.

Ni Natalia ni Saem contestaron. A su manera, cada uno estaba molesto.

—Por lo que veo, tu padre lo pasa bien —repuso Saem, señalando a Carlos.

—Sin duda —afirmó Natalia.

Saem, con cierto disimulo, miró a los lados.

—¿Tu madre también lo pasa bien? —preguntó como el que no quiere la cosa.

—Se acaba de marchar. Había quedado con Ricardo.

Oír eso le inquietó y le escoció. ¿Ricardo otra vez? ¿Ese no era quien la llamaba Caramelito?

—Una mujer tan interesante como Alma es normal que tenga citas —intervino su padre.

—Y no precisamente con Gonzalo y José Luis —apostilló Natalia.

—¿Su cita venía a buscarla aquí? —quiso saber Saem.

—No. Iba a pedir un taxi.

A los pocos segundos, Saem se marchó con el mismo sigilo que había llegado, y al entrar en la cocina para recoger las llaves de su coche, se encontró con Haneul.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó ella.

—Nada, mamá.

—¿Y esas prisas?

—Me voy.

—¡¿Ya?!

—Sí.

—Tengo curiosidad por saber por qué tienes tanta prisa. —Haneul se mostró inquieta por verlo tan acelerado.

Saem estaba a lo suyo, y no oyó la pregunta que le acababa de hacer.

—¿Has visto marcharse a la madre de Natalia? —indagó. Haneul asintió. Ahí quedaba satisfecha su curiosidad—. ¿Hace cuánto tiempo?

—Se fue hará cinco minutos.

Saem, al ver cómo lo miraba, intuyó lo que ella pensaba, y sin darle tiempo a más preguntas, le dio un beso en la mejilla.

—Mamá, mañana te llamo. Ahora, ¡vete a descansar! —le recomendó.

Haneul lo abrazó. Adoraba a ese muchacho.

—Curioso lo acelerado que tienes el corazón —le dijo al notar algo.

Saem la miró. La conocía lo suficiente como para entender sus palabras. Le dio un nuevo beso en la frente y se marchó.

Haneul, sorprendida por lo que acababa de descubrir, salió de la cocina con sigilo, lo siguió hasta la puerta y se asomó. Ver a Saem

mirar a los lados de la calle con impaciencia y correr hacia su coche la hizo sonreír.

—Espero que le enseñaras a decir algo más que adiós en coreano —murmuró.

Sonriendo, la mujer fue a cerrar la puerta.

—Curiosa tu magia —susurró, mirando a la luna.

Capítulo 42

Alma caminaba por la calle de la urbanización con la cabeza embotada con la pedida de Natalia y, abriendo su teléfono, fue a mandar un wasap a sus amigas, pero se contuvo. Si lo hacía, la llamarían. Querrían hablar del tema. Y la verdad, primero tenía que digerirlo para poder comentarlo.

Encendiéndose un cigarrillo, se sentó en el banco de la parada del autobús y buscó en su teléfono la aplicación para pedir un taxi. En eso estaba cuando oyó el sonido de un vehículo acercarse y parar. Segundos después, oyó una puerta cerrarse y unos pasos que se acercaban. Sin levantar la vista del móvil se tensó. Era la una de la madrugada. No había gente en la calle, pero, dispuesta a defenderse, se levantó de golpe y sacando una muestra de colonia extendió su mano con ella.

—Llevo gas pimienta y soy cinturón negro de kárate, ¡no te acerques más! —gritó. Saem se detuvo, y Alma, viendo que era él, exclamó—: Joder, ¡qué susto me has dado!

—No lo pretendía.

—¡Pues lo has hecho!

Inconscientemente, Saem sonrió y Alma al ver su sonrisa lo imitó.

—¿Eres cinturón negro de kárate? —quiso saber él.

—No. Pero ¿a que ha quedado muy convincente?

Ambos volvieron a reír.

—Lo siento. No pretendía asustarte —se disculpó.

Alma movió la cabeza con gracia. Antes de guardarla en el bolso, le enseñó la muestra de colonia con la que lo había intimidado.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Aquella simple pregunta a Alma le erizó todo el vello del cuerpo.

—¿Por qué siempre me preguntas eso?

—Porque me preocupo por ti.

Conmovida, Alma asintió, y volvió a notar esos extraños nervios que le entraban siempre que lo tenía cerca.

—Agradezco tu preocupación, pero estoy bien. Ahora, vete. Estaba pidiendo un taxi.

—Te puedo llevar donde necesites.

—No, gracias.

—El taxi tardará en llegar.

—Lo sé, ¡adiós!

Saem tomó aire. Nunca le habían gustado los conflictos. Odiaba discutir.

—Si has quedado con Ricardo —soltó, incapaz de callar—, ¿por qué no te ha venido a buscar?

Sorprendida, Alma parpadeó. Estaba claro que su hija les había soltado aquella excusa.

—Porque soy una mujer independiente que sabe llegar a los sitios sola.

A Saem le agradó aquella respuesta, e incapaz de marcharse sin ella, volvió a la carga:

—Por aquí a estas horas no pasa gente. No seas cabezota.

—No seas cabezota tú.

Alma se volvió a sentar en el banco de la parada del autobús. La sonrisa de Saem y su mirada la desarmaban. Él, acercándose, la cogió de la mano y tiró de ella para levantarla.

—No voy a dejarte aquí sola —insistió, molesto—. Por lo tanto, te vienes conmigo y me da igual cómo te pongas. Dime adónde he de llevarte para que te reúnas con... Ricardo.

Boquiabierta, fue a protestar, pero no pudo. La realidad era que estar en su compañía era lo que deseaba. Su corazón se lo gritaba.

—Es mentira —admitió.

—¿El qué es mentira?

—Que he quedado con Ricardo. —Saem se alegró e iba a decir algo cuando ella aclaró—: Lo sé. Debes de pensar que soy la mayor mentirosa del mundo. Pero es que los amigos de tu padre estaban muy pesaditos e inventé...

—Lo que te gusta a ti inventar —se mofó él. Se rieron—. ¿Entonces no tienes una cita con Ricardo?

—No.

—¿Te tomas algo conmigo?

La respuesta era sí, pero le salió lo contrario.

—No.

—¿Por qué?

—¿Por qué habría de tomármelo?

—Porque somos adultos y porque te mueres por hacerlo.

—¿Que me muero por hacerlo? —replicó, incrédula.

Saem asintió con seguridad.

—Que vaya por delante que yo lo deseo más que tú —puntualizó él, mientras ella se sentaba en el coche.

Saem cerró la puerta y con una seguridad que a Alma la dejaba atontada rodeó el vehículo.

Alma lo observaba y se preguntaba: ¿qué estaba haciendo? ¿Qué hacía tonteando otra vez con el hijo del novio de su hija?

Cuando el vehículo se puso en marcha, ambos guardaron silencio. Por los altavoces sonaba una canción que a Alma se le antojó

pegadiza.

—¿Quién canta? —se interesó.

—Hwasa. —¡¿Hwasa?! Era la primera vez que ella oía aquel nombre; Saem explicó—: Es una cantante surcoreana muy popular y la canción se llama *Good Goodbye*. Que, por cierto, la canción se ha hecho viral en las redes sociales por su bailecito y movimiento de manos. Y, bueno, también porque protagonizó el videoclip con el actor Park Jung-Min y tuvieron una aparición estelar en los Blue Dragons Film.

Alma asintió. No sabía quiénes eran ni la cantante ni el actor, pero no dijo nada. ¿Para qué? Ya lo buscaría más tarde y lo vería.

En silencio escucharon la animada canción coreana.

—¿De qué habla la canción? —quiso saber ella, que no entendía nada.

—Habla sobre la ruptura y el saber decir adiós con elegancia.

Alma asintió y al sentir la mirada de él, con disimulo indicó:

—Bonita luna.

—Es perfecta —afirmó Saem.

De nuevo el silencio se instaló entre ellos. Él, sin querer que esa incomodidad causara mella en ella, cambió de tema.

—¿Diseñadora de vestidos de novia?

—Sí. —Y mirándole, añadió—: Diseñadora. Patronista. Costurera. Vendedora. Digamos que hago de todo un poco en mi tienda. Como hace Nuria. Mi socia.

—¿Y es grande vuestra tienda? —se interesó.

—Doscientos cincuenta metros. Aunque fue un espacio grande en su momento, hoy en día se nos ha quedado pequeño y estamos pensando en ampliarlo.

—Eso es que el negocio va bien.

—No nos podemos quejar —reconoció Alma—. La gente sigue creyendo en el amor y sigue casándose.

—¿Tú no crees en el amor y en el matrimonio?

—Tras mi experiencia, no —respondió Alma—. ¿Y tú?

—Creo en el amor, aunque lo que he vivido dudo que se pueda llamar así —contestó él sin dudar—. Y también creo que cuando encuentre a mi persona especial, querré casarme con ella y compartir mi vida.

—Eres un romántico —se burló, aunque ciertamente sorprendida.

Los dos se rieron.

—Las mujeres, el día de la boda, con esos bonitos vestidos, parecéis auténticas princesas.

—Princesas lo somos todos los días.

—Por supuesto... Pero lo decía porque no soléis vestir cada día con...

—Tranquilo. Entiendo lo que quieres decir.

Saem paró en un semáforo y la miró. Tenerla sentada junto a él estaba siendo lo mejor desde hacía tiempo.

—¿Me enseñarías dónde está tu tienda? —le pidió, deseoso de que aquel momento durara.

Alma lo miró asombrada, y al encontrarse con aquella inquietante mirada que tanto había añorado, afirmó:

—Claro que sí.

Sonriendo, Saem siguió las instrucciones que ella le daba para llegar a Diva y Radiante. Se detuvieron en la puerta.

—¿Quieres conocerla por dentro? —preguntó Alma, nerviosa.

—Me encantaría.

—Este es el local que queremos comprar Nuria y yo para ampliar nuestro negocio. —Señaló la enorme cristalera del local que hacía esquina, y con los ojos emocionados prosiguió—: Es cincuenta

metros más pequeño que el que tenemos. Pero unir esos doscientos metros a los doscientos cincuenta del nuestro sería algo impresionante para nosotras, pues podríamos ampliar espacio, y, ufff..., solo de pensarlo se me pone la piel de gallina.

Mientras le contaba aquello, Saem vio la ilusión en su rostro.

—¿Es tu sueño? —preguntó.

—¡Es mi gran sueño! Y por él ¡mato!

Saem asintió. Tener grandes sueños siempre era bueno en la vida. Se dirigieron hacia una puerta trasera, y Alma la abrió. Con rapidez desconectó la alarma. Entraron. Cerró la puerta y fue encendiendo las luces.

—Bienvenido a Diva y Radiante —anunció con una sonrisa.

Curioso, Saem miró a su alrededor. Había maniquíes con vestidos a medio hacer, varias máquinas, mesas, planchas y muchísimas telas. En silencio, recorrieron aquella estancia.

—Qué cantidad de máquinas —señaló él.

—Esa son máquinas de coser recta industrial. La de la derecha es overlock —le fue describiendo.

—¡¿Overlock?!

—Remalladora —explicó—. En ella las telas no se deshilachan. —Saem hizo un gesto de asentimiento, y ella prosiguió—: Luego está la de ojales para corsés con ojales y detalles estructurados. También la máquina zig-zag para elásticos y acabados delicados. La máquina de bordado. La de puntada invisible. Y esas son las mesas de corte. Y aquella la prensa para el termo fijado y las planchas profesionales. Y si ampliamos la tienda como queremos, tenemos pensado comprar más máquinas como una collaretera, y otra de corte láser.

Saem, sorprendido y con el corazón acelerado por estar con ella, asintió. Nunca imaginó que para hacer un vestido de novia se necesitaran tantas máquinas.

—Ahí —señaló una enorme pared— tenemos las telas para crear los vestidos: seda, satén, mikado, encajes, brocados, tul, gasa, organza, chantillí, guipur y, por supuesto, distintos tipos de forros.

—Increíble —afirmó Saem, mirando a su alrededor.

Del atelier salieron a la tienda. Alma encendió las luces, sintiendo que el corazón se le iba a salir del pecho de lo acelerado que lo tenía, y Saem sonrió al verse sumergido en un mundo lleno de glamur en tonos neutros que le proporcionaba tranquilidad. Con curiosidad se acercó a los vestidos que colgaban alrededor de la tienda.

—¿Sabes que en Corea es casi una tradición que el novio acompañe a la novia a elegir el vestido de novia y viceversa? —le dijo.

Alma asintió. Lo sabía.

—Para mi gusto, eso le quita emoción al día —reconoció—. Lo bonito es que ese día ambos se sorprendan al verse, ¿no crees?

Saem, divertido, se mostró de acuerdo.

—Tienes que estar preciosa con uno de estos —dijo, tocando la suave tela de uno de los vestidos.

—No lo sé. Nunca me he puesto un vestido de novia —admitió, un tanto azorada.

—¿No te vestiste de novia al casarte con el padre de Natalia?

—No.

Saem, sorprendido, la miró. Pensaba preguntarle el motivo de aquello, pero al ver que ella se daba la vuelta, entendió que no quería hablar de ello y calló.

Fueron hacia la izquierda de la tienda.

—Esta es la zona de los probadores —siguió Alma con el *tour*. Ella entró en uno de aquellos probadores rodeado de espejos y seda. Tenía que centrarse o lo besaría. Y, sonriendo, se subió a un redondo

pedestal que había en el centro del probador y comentó—: Aquí es donde comienza la magia para mis clientas. Viven la experiencia de probarse los vestidos de novia y realizamos las pruebas hasta conseguir que el vestido les quede perfecto.

Saem se acercó hasta ella. Aquella mujer lo tenía loco.

—No puedo más. Te voy a besar —susurró.

El deseo era mutuo y Saem, acercándose más al redondo pedestal, sin perder un segundo más, pasó sus manos por la cintura de ella y, atrayéndola hacia él, la besó. Aquel beso tan deseado fue el pistoletazo de salida para dejarse llevar. Sin necesidad de hablar, se desnudaron, y en aquel probador rodeado de espejos se hicieron con deseo el amor.

Acabado aquel momento en el que los dos se quedaron apoyados contra los espejos, él, al verla sonreír, preguntó:

—¿Puedo saber el motivo de tu sonrisa?

—Nunca pensé que yo haría una cosa tan loca en la tienda —reconoció, poniéndose las bragas.

—¿Primera vez?

Con seguridad, ella asintió, y pensando en el restaurante de Saem, donde habían tenido sexo en el sofá de su despacho, cuchicheó:

—Sí. Primera vez. Mi negocio no es mi picadero.

Saem se rio y captó que se refería al sofá cama marrón que había en su despacho.

—Qué mal suena dicho así —reconoció.

Entre risas, los dos se vistieron y subieron al primer piso. Allí, Alma terminó de enseñarle la pequeña oficina y cuando la visita se acabó, antes de salir volvió a conectar la alarma.

—Y esto es mi vida, mi sueño y mi negocio —dijo tras cerrar la puerta.

Caminaron silenciosos hacia el coche de él.

—Voy a coger un taxi —dijo Alma, deteniéndose.

—¿No quieres que te lleve a tu casa?

Alma se lo pensó. Dudó.

—No —respondió al fin. Se miraron—. ¿Por qué me miras así? —dijo ella, nerviosa

—¿¡Cómo!?

—Así. Como lo haces.

Saem sonrió. No era la primera vez que le decía algo con respecto a su mirada asiática.

—No sé mirar de otra forma —admitió, apoyándose en su coche.

—Siento todo lo que pasó entre nosotros. No lo hice bien — necesitaba decírselo.

—Yo tampoco lo gestioné bien. Te pido mis disculpas.

—Y también siento el numerito en el DeLokos.

—El numerito lo organizamos los dos. No solo tú. —Ambos sonrieron. Estaba claro que los dos buscaban un entendimiento; Saem preguntó—: ¿Qué tal si volvemos a empezar? Pero esta vez con normalidad y con permiso para saber el uno del otro.

Alma hizo un gesto de consentimiento.

—Soy Alma. Divorciada. Una hija. Cincuenta y cinco años, y trabajo diseñando vestidos de novia en mi propia empresa llamada Diva y Radiante —enumeró, tendiéndole la mano.

—Bonito nombre para tu empresa.

—Lo sé.

—Y qué buena tu edad.

—Lo sé también.

—Es en lo único en lo que no mentiste.

Divertidos por aquel comentario sonrieron. Entonces le tocó el turno a él.

—Encantado, Alma. Soy Saem. Soltero. Treinta y nueve años. No tengo hijos. Soy chef en mi propio restaurante llamado Mesa Trece, y socio con mi tío Mario en el local DeLokos.

—Encantada, Saem. —Y se miraron con complicidad—. ¿En serio que tu única relación es con tu perra Freya? —Alma no pudo evitar la pregunta.

Saem asintió. Que se acordara de su nombre le gustó.

—Así es. —Él también sentía curiosidad por una cosa—: ¿Quién es Ricardo y porque te llama Caramelito? —Un gesto de sorpresa apareció en el rostro de Alma; él se apresuró a aclarar—: Natalia dijo que él te llamaba así.

—Ricardo es un vecino. Un amigo con el que me llevo muy bien, divorciado como yo y con quien tengo sexo cuando a ambos nos apetece. Y sí, me llama Caramelito. Pero el porqué es algo solo entre él y yo.

Saem asintió y se dio cuenta de que había sido indiscreto y que ambos tenían un pasado.

—Tienes los ojos verdes más espectaculares que he visto en mi vida —susurró.

—Los tuyos también son muy bonitos.

—No deberías ocultarlos tras las lentillas de colores.

—Me gustan las lentillas de colores.

—Entonces, si te gustan, no hay más que hablar.

Alma sonrió. Saem también. Si habían llegado a aquel punto, estaba claro que era por la atracción que sentían el uno por el otro. Alma, dejándose llevar por su impulsividad, lo besó.

Un beso lento. Otro caliente. Y antes del tercero, Alma se separó unos milímetros para poder mirarlo.

—Se me va a salir el corazón del pecho —admitió.

—¿Atacan los calores de la menopausia?

A Alma le hizo gracia aquel comentario.

—Cada vez que te veo o pienso en ti, el corazón se me acelera como si estuviera corriendo una maratón —explicó—. Y, no, no es la menopausia. Eres tú quien origina que mi corazón se desboque como si tuviera quince años.

¿En serio? A Saem se le aceleró también su corazón.

—Saber que tu corazón se desboca tanto como el mío me hace pensar que esto no es casualidad, sino cosa del destino —aventuró.

—¿Crees en el destino?

—Sí. ¿Tú no?

—Yo creo en los ¡Masters del Universo! —exclamó con una gran sonrisa—. Mira, te voy a contar una cosa graciosa que si no me hubiera pasado a mí no la creería.

—Cuéntame...

—La noche en que te conocí, estuve cenando con unas amigas. En la conversación salisteis los hombres asiáticos y yo, bromeando, les pedí a todos los Masters del Universo conocer a un asiático potentón. Y esa noche te conocí a ti.

—Vaya... —murmuró él.

—Vaya... —repitió ella, divertida.

—Mi madre —sonrió él, dándole un dulce beso en los labios— decía que el destino no avisa, simplemente entrelaza los caminos cuando llega el momento exacto. Porque cuando dos almas están destinadas a encontrarse, nada puede detener su encuentro. Y está claro que el destino o los Masters del Universo nos han entrelazado.

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó ella, hechizada por sus románticas palabras y con el vello de todo el cuerpo erizado.

—Besarnos.

—¿Por qué?

—Porque el destino y los Masters del Universo así lo han querido.

Acalorada, Alma asintió y cuando vio que aparecía un taxi, levantó la mano y lo paró. Saem, sin entenderla, parpadeó. Ella le dio un beso en los labios.

—Si el destino y los Masters del Universo nos han traído hasta aquí —murmuró Alma—, lo acepto. Pero ahora yo necesito mi espacio para procesar lo que estoy haciendo. Dicho esto, me encantará que me llames mañana.

—No dudes de que te llamaré.

Segundos después, ella, con una sonrisa, se montó en el taxi, y cuando este se alejó Saem sonrió. No iba a desperdiciar esa nueva oportunidad.

Capítulo 43

El domingo Alma y Saem no se vieron, pero como se habían desbloqueado hablaron todo el tiempo que pudieron por teléfono. Incluso cuando él trabajaba en el restaurante. De pronto la comunicación entre ellos se había convertido en una necesidad imperiosa.

El lunes hablaron y se wasapearon, y Alma se acaloró y sonrió al recibir un precioso ramo de rosas blancas en la oficina con una notita que ponía: «Me gustas mucho... mucho... mucho». Como firma solo ponía una «S». Por suerte, ese día Nuria llamó para decir que no iba a la oficina, por lo que no pudo verlo.

El martes, como el restaurante estaba cerrado, quedaron cuando ella salió de la tienda y la llevó a tomar una copa con sus amigos. ¿Por qué no? Ellos la recibieron con agrado, pero a Alma no se le escapó la curiosidad con que la observaban. Estaba claro que pensaban lo de la diferencia de edad. Tras unas copas, Saem y Alma fueron a Mesa Trece y él volvió a cocinar para ella y, por supuesto, terminaron en el sofá del despacho haciendo el amor.

El miércoles fue ella quien le envío a él al restaurante un precioso ramo de rosas con una notita en la que ponía; «Gustarte es mi deporte favorito, y siempre voy a por mi récord personal. Y, por cierto, también me gustas mucho... mucho... mucho».

El jueves, Alma se quedó hasta tarde en la oficina trabajando para hacer tiempo, y ya tarde fue al restaurante a buscarlo, donde disfrutaron a solas de un rato agradable.

El viernes, la noche de lobas por excelencia, Alma quedó con sus amigas para cenar. Con fingido disimulo leía los mensajes que Saem le enviaba. Leerlos la acaloraba, y cuando iba al baño, le respondía como una quinceañera. No quería que nadie se enterara.

El sábado por la mañana quedaron en el parque del Retiro para verse, y ya no se pudieron separar. Saem llamó al restaurante y avisó de que no iría. Era el jefe y podía permitírselo.

Deambularon por Madrid, y por la noche entraron a cenar en un bonito restaurante. Mientras Saem ocupaba la mesa, Alma fue al baño. Se miró en el espejo. Estaba despeinada, pero le dio igual. Estaba feliz. Se lavó las manos y luego se dirigió hacia la mesa cuando de pronto vio a Saem de pie con una pareja. Los identificó rápidamente, eran Elvira y su marido. Los amigos de Elías. Y medio escondida tras una columna observó cómo aquella mujer, una vez más, se comía a Saem con la mirada y se humedecía los labios para hablarle. Eso le molestó.

Estaba pensando qué hacer cuando vio que ellos se marchaban del restaurante y entonces se acercó a Saem.

—¿Crees que me han visto? —le preguntó.

—No. Y si te han visto no pasa nada —respondió, sonriente.

—Sí que pasa. Claro que pasa —afirmó ella con convicción.

Saem no contestó. Su vida privada era solo suya, y lo que pensaran los demás le daba igual. Y, al ver que Alma ocupaba su silla, él se sentó, pero fue testigo de la inseguridad de ella, que no paraba de mirar hacia los lados.

Acabada la cena, Saem propuso ir a un bonito sitio a tomar algo, pero ella se negó. No podía salir tan abiertamente con él. Habían estado a punto de pillarlos, y deseosa de continuar la noche juntos, le propuso ir a su casa. Saem se sorprendió, pero sin dudarlo aceptó.

Les llevó poco tiempo llegar a la casa de Alma en Boadilla del Monte. No había nada de tráfico y la música de Shakira, como ella había pedido, fue sonando todo el rato.

—Mira que te gusta Shakira —comentó él cuando bajaron del coche y se dirigían a la entrada de la casa.

—Es la mejor —rio Alma—. De hecho, mis amigas y yo somos de su clan «las lobas» y nuestras hijas «las lobeznas».

—¿Lo dices en serio? —preguntó divertido.

—¡Y tan en serio!

Al entrar en el ático y cerrar la puerta, sin encender las luces, se besaron. La pasión y el deseo que sentían el uno por el otro era pura urgencia. Saem oyó un gruñido.

—¿Qué es eso? —preguntó, dejando de besarla.

Alma, al entender lo que ocurría, rápidamente encendió la luz. Todo se iluminó a su alrededor y sonrió al ver a su perro con gesto fiero mirando a Saem.

—Es Sugar. Mi perro.

Aquel pequeñajo que le enseñaba los dientes era diminuto.

—Hola, Sugar, ¿qué tal? —lo saludó Saem.

El perrito, que era muy protector con Alma, volvió a gruñirle. Incluso le lanzó varios mordiscos al aire, y Alma lo cogió en brazos.

—Sugar, basta. No seas gruñón —le regañó.

—Menudo defensor tienes —dijo Seam, divertido.

—Es gruñoncete por naturaleza —explicó, sabiendo cómo era con los extraños, y cogiendo la mano de Saem se dirigió hacia el salón—. Le daremos unos minutos para que se tranquilice.

Divertidos y sin soltarse de la mano, entraron en un gran salón en tonos claros, bonito y elegante. Sin embargo, cuando se sentaron en el sofá, el perro seguía enseñándole los dientes.

—Creo que va a necesitar más que unos minutos —advirtió él.

Alma sonrió y sentándose sobre Saem, lo comenzó a besar. Aquel primer beso los llevó al siguiente y...

—¡Auggg! —exclamó Saem, encogiéndose.

—¿Qué ocurre?

—No quiero ser quejica, pero tu perro me acaba de dar un toque en el costado.

Horrorizada por aquello, Alma vio que Saem tenía enrojecida la zona. Estaba claro que su perro le había dado un toquecito con los dientes.

—Pero bueno, Sugar. ¿Cómo eres tan maleducado? —le reprochó, mirándolo.

Saem, al ver cómo el perro bajaba las orejas, sonrió. Alma se levantó.

—Castigado a tu camita, ¡ya! —le ordenó con seriedad. El animalito se bajó del sofá y, sorprendentemente, se tumbó en una pequeña cama para perros, y Alma le dijo—: No se te ocurra moverte de ahí hasta que yo te lo diga, ¿entendido? —Acto seguido, miró a Saem, y tomándole de la mano, indicó—: Ven conmigo.

—Cualquiera te dice que no —se mofó él.

Alma lo condujo hasta la habitación. Era espaciosa y tan elegante como el salón.

—¿No se va a mover de donde está? —preguntó, sorprendido de que el perro no los siguiera.

—No.

—¿Lo dices en serio?

—Y tan en serio. No soy inspectora de policía, pero tengo el carné oficial de la escuela de madres y sé cómo he de hablar para que me obedezca. —Boquiabierto, porque en su caso su perra ya estaría en la cama retozando, iba a hablar cuando Alma preguntó—: ¿Te quedan preservativos en la cartera?

Saem asintió. Se sacó la cartera. De ella extrajo un par de preservativos que tiró sobre la cama y Alma lo besó con deseo y él simplemente se centró en ella. En Alma.

Besos. Caricias. Ropa volando por los aires hasta que cayeron en la cama, y Alma, tras pasear la mano por el cuerpo de Saem, la metió dentro de su bóxer oscuro y agarró su dura y suave erección.

—Esto me gusta —susurró.

Saem vibró y jadeó. La impulsividad de Alma en cuanto al sexo lo estaba volviendo loco, y de un tirón, rompió el tanga que ella llevaba.

—Esto sí que me gusta a mí —murmuró.

Aquel momento. Aquel hombre. Aquella rotura de bragas. Todo ello unido hizo que Alma jadeara de éxtasis y enloquecida por el momento se sentó sobre él sin dejar de besar su cuello. Sinuosa y mirando aquellos ojos oscuros y rasgados que tanto le gustaban, comenzó a moverse. Su cuerpo se ondulaba ligeramente sobre él.

—Me vuelves loco... —murmuró Saem.

Alma sonrió. Aquello que él decía era lo mismo que ella sentía. Necesitada de más lo liberó de su peso y le pidió.

—El preservativo.

No hizo falta decir más. Rápidamente, cogió uno de los preservativos que había sobre la cama, rompió el envoltorio y una vez que se quitó el bóxer, se lo colocó. Acto seguido, asió a Alma y tras tumbarla boca arriba, cogió con sus manos las muñecas de ella, la besó y colocando su dura erección en la húmeda vagina de ella, se metió.

Calidez. Fuego. Placer. Exaltación. Todo ello sumado provocó que aflorara su lado más primitivo, más salvaje. Y mirándose a los ojos tuvieron un buen rato de locura y pasión hasta que el clímax les llegó, y, felices mirando el techo, jadearon.

Capítulo 44

Tras el primer asalto llegó el segundo.

Si el primero fue bueno, el segundo fue ¡superior!

Acabado el segundo, cuando Saem regresó del baño, cogió su teléfono móvil, y buscó en su lista de Spotify música.

—¿Qué has puesto? —preguntó Alma, al oír los primeros acordes.

—Whee In cantando *With My Tears* —contestó al tiempo que la abrazaba—. Se puede decir que Whee In me gusta tanto como a ti Shakira.

En silencio escucharon la canción, y Alma, conmovida por la melodía, aventuró:

—No entiendo nada, pero imagino que es una canción romántica.

—Lo es.

—¿Y no me vas a decir de qué habla?

Saem sonrió.

—Prefiero besarte —murmuró, acercando su boca a la de ella.

Sorprendida por el romanticismo que él le mostraba en todo momento, Alma lo besó. Aquello que estaba viviendo era una locura, pero sin duda lo quería vivir.

Acalorados por el intenso momento y solo iluminados por la reluciente luz de la luna que se colaba a través de la cristalera de la terraza, tras varios besos y preciosas demostraciones de afecto, Alma, al notar que la mano de Saem le acariciaba la cabeza, murmuró:

—Me gusta.

—¿Las cosquillitas en la cabeza?

—Sí. —De fondo continuaba sonando música coreana y reconoció —: Es la primera vez que me las hacen. —Saem se extrañó. Aquel gesto era algo muy simple e íntimo entre dos personas en la cama, pero no quiso ser indiscreto. Ella prosiguió—: He de confesarte una cosa.

—Tú dirás.

—¿Recuerdas cuando nos vimos en la gasolinera y te prometí que si nos volvíamos a ver te invitaría a cenar?

—Sí.

—Nos volvimos a ver en dos ocasiones, pero no te dije nada. —Saem la miró sorprendido, y ella le explicó—. La primera vez fue en la tienda de Loewe.

—Ahí nos vimos.

—Me refiero a otro día. —Él puso gesto de sorpresa, y ella comentó—: Fui con Nuria a comprar un bolso. Al entrar vi que estabas con dos chicas de compras, por lo que me escondí en el almacén.

—¡¿Qué?!

—Penoso, lo sé —afirmó ella, al verlo sonreír, y añadió—: Y la segunda fue en una fiesta de disfraces que dio mi antiguo colegio a los alumnos de mi promoción. Tú estabas allí, te encargaste del *catering*, y yo... yo iba vestida de *hippie* e incluso me preguntaste si nos conocíamos de algo.

—¿Fuiste la de «paz y amor, colega»? —preguntó, recordándolo.

—La misma. —Él la miró con cara de pasmo, ella continuó—: Incumplí mi promesa y por eso te lo quería decir. Es una tontería, pero quería ser del todo sincera contigo. —Saem asintió. Enfadarse por algo ya pasado, cuando ahora estaban ahí era una tontería, así

que él decidió callar, hasta que ella, algo inquieta por el silencio, dijo —: La luna, aunque no está llena, es preciosa.

Viendo como ella lo buscaba con la mirada, supo lo culpable que se sentía por lo que le había contado.

—¿Sabes que la luna llena es mágica? —le preguntó, con una gran sonrisa. Alma sonrió. Era lo mismo que le había dicho Haneul. Saem, tras darle un dulce beso en la frente, la abrazó con mimo y le dijo—: Primero mi abuela y luego mis madres...

—¿Tus madres?

—Mamá me dio la vida y me cuidó y mamá Haneul me sigue cuidando —explicó—. La vida me ha dado dos madres. —Alma comprendió. Que tuviera aquel sentimiento tan bonito hacia aquella encantadora mujer que había conocido le pareció precioso; él prosiguió—: Ellas siempre dicen que cuando la luna está llena es cuando hay que pedirle deseos, porque está cargada de magia.

—¿Y pides deseos?

—Sí.

—¿En serio?

—El sábado pasado lo hice. Mamá Haneul me lo pidió. —Alma recordó que aquella mujer había hecho lo mismo con ella. Él, rozando sus labios con los de ella, musitó—: ¿Y sabes cuál fue mi deseo?

—¿Cuál?

—Volverte a besar.

Oír aquello tan íntimo, tan romántico y cautivador, a Alma le erizó el vello de todo el cuerpo. ¿De verdad aquel hombre le había dicho eso?

—¿En serio? —preguntó, algo descolocada.

—Y como ves, la luna me lo concedió —afirmó él con seguridad. Alma estaba hechizada por sus palabras. ¿En serio la vida le estaba

regalando aquellos momentos románticos con semejante hombre? Él se separó un poco y continuó hablando—: Según ellas, son tantos los deseos que pedimos los humanos que la luna se desinfla y tarda toda una fase lunar en llenarse para volver a tener su magia.

—¡Qué bonito!

—Lo es.

—¿Es alguna creencia de Corea?

Saem sonriendo negó con la cabeza y la abrazó de nuevo con mimo.

—Es algo de ellas que siempre vivirá en mí —contestó.

Su voz. Su mirada. Su manera de besarla o abrazarla. Todo aquello para Alma era nuevo. Aquella complicidad que sentía con Saem no la había tenido con nadie. Y sorprendida por vivir un momento tal dulce, metiendo los dedos en su cabello oscuro, preguntó:

—¿Viviste mucho tiempo en Corea?

—Nací en Madrid, porque mis padres, después de casarse en Seúl, se trasladaron, pero a los dos años los tres regresamos a Seúl. La abuela enfermó y nos necesitaba. Papá trabajaba en un banco hispano-asiático, por lo que él viajaba constantemente, y yo, aunque me crie en Seúl, viajé en muchas ocasiones con él a España para ver a mis abuelos y a mi tío Mario. Pero, a los dieciséis años, mamá murió. Mi abuela también había muerto y mi padre decidió que regresáramos a España. Por lo que viví en Seúl los primeros dieciséis años de mi vida.

—Hablas muy bien español.

—Mi padre siempre me habló en español y fui a un colegio internacional. Para él era importante que yo hablará su idioma. Algo que le agradezco, pues cuando nos trasladamos a España definitivamente, me facilitó mucho la vida. Con mamá hablaba en

coreano y entre ellos se entendían en inglés, pues mi padre nunca se manejó bien en coreano.

—¿Hablas tres idiomas?

Saem hizo un gesto afirmativo.

—Yo hablo español y en inglés me defiendo —dijo Alma—. El coreano tiene que ser dificilísimo.

—Yo te enseñaré, si quieres.

Se rieron los dos.

—¿Qué recuerdas de Seúl? —quiso saber Alma.

—El *kimchi* y la cocina de mamá cuando trabajaban en el restaurante. Las siluetas de las montañas como si fueran dragones dormidos sobre la ciudad. La bonita casa donde vivíamos en el barrio de Ihwa-dong, que tenía unos escalones por los que me caía continuamente. —Ambos rieron—. El colegio al que asistí y donde conocí a mi gran amiga Ji Woo, que ahora trabaja conmigo en el restaurante. Los buenos amigos que dejé y que cuando visito Seúl me siguen recibiendo con cariño. Y el bullicio que hay a lo largo del increíble río Han. Todo eso está en mi mente y en mi corazón.

—El otro día me comentaste que sueles viajar a Seúl.

—Todos los años me gusta perderme un mes por allí para visitar a familiares y amigos. Disfrutar de lo conocido y descubrir lugares nuevos es algo que me llena el alma y el corazón y que me hace seguir conectado con mis raíces coreanas.

—Muy coreano tú en el sexo no eres. Pues si algo he comprobado en las series que veo es que no sois de mucho besar, ni tocar, y mucho menos tener sexo así como así.

—Es que en eso soy muy español.

—¡No tienes tu morro ni nada!

Volvieron a reírse.

—Al criarme en España el tema sexo no lo veo como se considera en Corea —explicó—. Me gusta besar, abrazar, mostrar mi afecto y tener sexo si la ocasión lo merece. —Y bajando la voz, cuchicheó—: Esto último mi madre, que era muy coreana, me lo reprocharía. —Alma sonrió. Aquello le resultaba gracioso, y él añadió—: ¿Sabes que tienes un bonito lunar en tu rostro?

—Haneul lo comentó también el otro día. Me dijo que tener un lugar cerca de la boca da suerte.

—Hay muchas cosas de la cultura coreana que están en mí —expuso—, pero no todas. Cuando voy allí me siento como en casa y noto cómo mi corazón está más cerca de mi madre y más cuando la honro y visito.

—¿Vas al cementerio?

—No. Las cenizas de mamá están junto a su árbol preferido en Uiwang, el pueblo donde se crio. Ella quería ser enterrada allí junto a la abuela, y cuando murió, cumplí mi promesa, y allí la enterré.

Aquello le llamó la atención a Alma.

—¿No tenías dieciséis años cuando murió tu madre?

—Sí.

—Y por qué dices que cumpliste la promesa de enterrar a tu madre. ¿Acaso tu padre no tuvo nada que ver?

Saem movió la cabeza.

—La promesa a mamá se la hice yo —respondió, intentando ser prudente—, aunque, lógicamente, por mi edad mi padre lo pagó todo.

—Tu madre debió de ser una gran mujer y madre.

—Lo fue —afirmó Saem con seguridad—. Mamá era una mujer que prefería disfrutar de los abrazos, los momentos irrepetibles o las bonitas conversaciones, antes que de un cochazo o un precioso collar. Eso para ella eran accesorios de la vida. El amor no. —Alma

no podía estar más de acuerdo—. Mi madre deseó una familia numerosa, ya que ella era hija única, pero mi padre, al tenerme a mí y ser varón, decidió que ya no quería más hijos, y mamá lo aceptó.

—¿Y qué me dices de tu padre?

A Saem se le ensombreció el semblante.

—Nuestra relación es comedida. Sin más. —Aquella frialdad al hablar de su padre a Alma la dejó pensativa; él preguntó—: ¿Y tú por qué no tuviste más hijos?

—Porque no tenía relaciones sexuales con el que fue mi marido.

—¡¿Qué?!

—Mi matrimonio fue una farsa. Nos casamos obligados porque yo estaba embarazada de Natalia. Entre nosotros nunca hubo complicidad ni cariño, aunque inicialmente yo estuve muy enamorada de él. Pero él nunca lo estuvo de mí. Compartíamos casa, pero ni hija ni cama. El tiempo pasó, y cuando me desenamoré y me vi fuerte para enfrentarme a mis padres y poder sacar yo sola a Natalia adelante, tomé la decisión, y tras decírselo a Carlos, nos divorciamos. Fue complicado con mis padres. Ellos no me lo pusieron fácil. Pero divorciarme ha sido la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—¿Tienes hermanos? —preguntó él.

—Tuve uno. Pero murió.

—Lo siento...

Alma suspiró.

—Francisco era cuatro años mayor que yo —explicó, dejándose abrazar—. Y era ¡fantástico! Un chico brillante en todos los sentidos, y yo lo adoraba como sé que él me adoraba a mí.

—¿Qué pasó?

—Se fue a dormir a casa de un amigo; al día siguiente tenían que madrugar mucho porque se marchaban a esquiar. Y esa noche hubo

una fuga de gas en la vivienda y los dos murieron.

Saem notó un escalofrío.

—Tuvo que ser terrible. —Le dio un cariñoso beso en la frente.

—Lo fue. Yo tenía dieciocho años. Era una niña. Y de pronto me vi al cargo de unos padres a los que, ante la ausencia de mi hermano, el mundo se les desmoronó y ya nunca nada volvió a ser igual.

—¿A qué te refieres?

Alma, deshaciéndose del abrazo, se sentó en la cama y dijo:

—Me refiero a que perdieron al hijo que querían.

Escuchar aquello a Saem le incomodó. Sabía por su padre que los padres de Alma no eran muy empáticos, pero escucharlo de viva voz hizo que la abrazara.

—No digas tonterías —murmuró.

—No las digo, Saem. Es la realidad. Y si con cincuenta y cinco años que tengo dijera lo contrario, a la primera que me engañaría sería a mí. —Y mirándolo, añadió—: Llevo toda la vida intentando hacer todo lo que puedo por ellos. Los cuido. Intento darles caprichos. Ser la hija ideal. Pero nunca nada de lo que hago está bien y solo recibo comentarios hirientes.

—¿Y por qué lo aceptas?

—Porque son mis padres. Sin más.

Saem acarició su rostro. Estaba claro que la vida no se lo había puesto fácil a Alma ni con el amor fraternal ni con el amor en pareja. Se quedaron los dos en silencio.

—¿Por qué aquella noche en tu restaurante no quisiste bailar la canción que elegí por azar? —preguntó ella de improviso.

Él sabía a qué se refería.

—Porque me prometí hace mucho tiempo que solo bailaría esa canción con la mujer que fuera mi destino. Y no me gusta incumplir mis promesas.

Alma asintió. Estaba claro que él ya imaginaba que ella no era su destino.

—Dime algo en coreano —le pidió, para acabar con aquel extraño momento y hacerlo sonreír.

Saem esbozó una sonrisa. Pensó que Alma era buena cambiando de tema, y sin dudarlo habló en aquel idioma. Ella, curiosa, lo observaba. Sonreía. No entendía nada de lo que decía. Podría estar llamándola gilipollas en coreano, pero sonreía como una tonta.

—He dicho que estos días no te he podido sacar de mi mente, y que gracias a la magia de la luna llena y a que mamá Haneul me obligó a pedirle un deseo, estoy aquí contigo —tradujo. Apabullada por la multitud de emociones que sentía, Alma no supo qué decir, y él, mirándola a los ojos, susurró en coreano—: *Naneun Neoege banhaesseo.* Acabo de decir que, aunque suene precipitado y sea difícil de entender, me estoy enamorando de ti.

Calor, Alma sintió mucho calor que inundó su interior como un tsunami.

—Saem, pero ¿qué dices?

—La verdad. Y como dice la canción de Bruno que tanto nos gusta, si me pides la luna, aprendería a volar para dártela.

La habitación a Alma le comenzó a dar vueltas. ¿En serio le había dicho eso? ¿De verdad estaba viviendo lo que creía estar viviendo?

—Dime algo. ¿Qué han sido para ti estos días?

—Han sido de los mejores de mi vida, aunque sé que no debería verlo así —trató de ser sincera.

—¿Por qué no deberías? —Ella levantó las cejas, y Saem preguntó —: ¿Por lo que hay entre mi padre y tu hija?

—Obvio. Y porque no puedo dejar de preguntarme si esto que nos está ocurriendo es real.

—Muy real, Alma —afirmó él.

Le encantaría oír que lo quería. Que se atreviera a abrirse con él, como él lo había hecho con ella. Pero sabía que cada uno tenía sus tiempos y sobre todo no quería agobiarla.

—Sé que estos días lo hemos evitado, pero querría hablar de tu hija y mi padre.

—Vale —asintió, interesada.

—Aunque ya te lo pregunté, lo vuelvo a hacer. ¿Qué piensas de su relación?

Confundida por el desarrollo de todo aquello, tomó aire.

—No conozco a Elías —respondió—, pero sí a mi hija, y no la veo con un hombre como él. No dudo que se quieran, pero creo que van muy rápido y se van a dar un batacazo.

—Yo también lo creo —afirmó Saem, pensando en lo que ocultaba sobre Verónica. Le había prometido a Natalia no contarle nada, y él era un hombre de palabra.

—Entiendo —prosiguió Alma— que se hayan encontrado en un momento especial de sus vidas y comprendo que ambos estén emocionados. Pero ¡que se casen! ¡Por favorrrrr! ¿Acaso se han vuelto locos? A Natalia le gusta salir todas las noches con amigos, viajar de mochilera, ir a locos conciertos que duran días durmiendo en tienda de campaña, realizar deportes de riesgo, y...

—A mi padre le horroriza todo eso.

—¿Y qué hace pidiéndole matrimonio a Natalia?

—No lo sé.

—Sé que te voy a preguntar algo muy raro. Incluso algo que no entiendas, pero ¿sabes lo que piensa tu padre de las relaciones abiertas?

A Saem le gustó aquella pregunta tan directa.

—Sé por qué lo preguntas. Él me lo comentó.

—¿Te comentó eso?

—Sí.

—Para Natalia, el amor y el respeto no dependen de la exclusividad, sino de un buen entendimiento entre dos personas y creo que no se va a dar el caso. Pero si algo he aprendido es a ser cautelosa con mi hija, porque mi opinión, dependiendo de para qué, no la tiene en cuenta porque soy su madre. Dicho esto, Natalia tiene mi apoyo al cien por cien. —Saem asintió. Entendía lo que decía. Alma, curiosa, preguntó—: ¿Y tú qué piensas de su relación?

—¿Con sinceridad?

—Por supuesto.

—Que es un error —soltó. Alma se quedó un poco sorprendida por tanta seguridad, y él continuó—: Mi padre es un hombre al que siempre le gusta salirse con la suya. Ha salido con infinidad de mujeres maleables, y por norma nunca acaba bien con ellas, porque tiende a exigir lo que a él no le gusta que le exijan. Espero que tu hija sea lista y se dé cuenta más pronto que tarde de que estar con él no le conviene.

Alma asintió. Conocía a Natalia. Su hija sabía manejarse bien en la vida y confiando en ella, dijo:

—Gracias por tu honestidad. Y en cuanto a Natalia, ella es lista, y te aseguro que no es nada maleable.

—Me alegra saberlo —asintió él, sin hablarle de su conversación.

Guardaron silencio unos instantes. No hacía falta hablar para entenderse.

—Que quiere decir «La langosta está al lado del cangrejo» —preguntó Alma, recordando la frase de Haneul.

Saem soltó una risotada.

—¿Se lo oíste a mamá Haneul?

—Sí. Lo dijo el otro día en un momento en el que señaló a tu padre y a mi exmarido.

Riendo a carcajadas, Saem le hizo un cariñito.

—La langosta está al lado del cangrejo significa que una persona se pone al lado de otra que se encuentra en su misma situación —explicó—. Seguro que mamá lo dijo porque tanto mi padre como Carlos son maduritos y sus novias jovencitas.

—¿Qué diría Haneul si nos viera a nosotros?

—Le gustaría.

—¿Por qué?

—Porque Haneul me conoce y sabe que mi corazón no se desboca por cualquiera y sobre todo que yo no soy como mi padre, y que si estoy con una mujer es porque es especial.

—¿Y tu padre qué pensaría?

—Según él, eres una madurita interesante, por lo que imagino que pensará que tengo buen gusto.

Alma sonrió, pero se agobió. ¿Qué le ocurría? ¿Qué hacía preguntando aquello? ¿Por qué Saem le había dicho que la quería? Se levantó de la cama. Saem la siguió y la detuvo cogiéndola de la mano.

—Ehhhh... ¿qué pasa?

Sus cuerpos se juntaron. Se pegaron de pie frente a la cama.

—Saem... ¿Qué estamos haciendo? —preguntó ella.

—Conocernos. Darnos una oportunidad. Enamorarnos.

Aquella palabra a Alma le dio calor. Pero, consciente de que Saem llevaba razón en lo que decía, preguntó:

—¿Y crees que es buena idea?

—¿Acaso enamorarse es malo?

—Pero Saem, ¿no crees que es una locura cuando tu padre y mi hija tienen una relación? Por Dios... es que esto... esto... parece la trama de un culebrón.

Su voz le hizo entender sus miedos. Y semiocultos por la oscuridad de la habitación, él murmuró:

—Si el destino o los Masters del Universo no han parado una y otra vez de juntar nuestras vidas, y cuando estamos juntos sentimos que nuestros corazones laten al unísono, ¿no crees que es por algo? —Ella no contestó. No podía. El romanticismo que él manejaba y sus propios sentimientos la tenían descolocada. Él continuó explicando —: Eres preciosa. Divertida. Inteligente. Me desconciertas y me gustas como nadie me ha gustado nunca. Sé que conozco solo un diez por ciento de ti, pero mi instinto, y sobre todo mi corazón, me dice que el noventa por ciento que me falta por conocer me va a encantar, porque mereces la pena. Tú mereces la pena.

Alma, acalorada, miró aquel rostro y en especial aquellos ojos que tantos sentimientos le despertaban.

—Tengo cincuenta y cinco años —murmuró.

—¿Y?

—Saem...

—¿Cuál es el problema? —Confundida por todas las cosas que pasaban por su cabeza y su cuerpo sentía, no supo qué responder, y Saem, con su habitual tranquilidad y dulzura, dijo—: Esto solo depende de ti y de mí. Aquí no entran números, ni edades, ni opiniones externas a nosotros. El amor es un regalo desinteresado que tú y yo nos regalamos, porque...

Alma no lo dejó continuar. Lo besó. Necesitaba besarlo. El amor que aquel hombre le regalaba era algo nuevo para ella y le gustaba. Le gustaba mucho, y, olvidándose de sus barreras, decidió aceptarlo. Quería aceptarlo. Instantes después, cuando el beso finalizó, Saem, viendo la receptividad de ella, musitó:

—Que nos conozcamos, nos respetemos y amemos solo depende de ti y de mí. Tengo treinta y nueve años y tú cincuenta y cinco, ¿y

qué? Tanto tú como yo somos personas adultas, sanas, sensatas y con las cabezas muy bien amuebladas. Y loco estaría si no luchara por ti, porque desde el primer momento en el que te vi bailando con descaro en la pista del DeLokos, mi corazón te reconoció, y ya no ha podido dejar de desbocarse por ti.

Ambos sonrieron por aquello y se besaron de nuevo.

—¿Por qué eres tan romántico...? —susurró ella.

—Porque contigo me nace serlo y, además, porque aprendí del mejor.

—¿De tu padre?

—No. De mi tío Mario. —Alma, hechizada, asintió, y él dijo—: ¿Sabes que mi tío es vecino de tu amiga Nuria?

—Sí. —Y dispuesta a ser sincera, dijo—: Por cierto. Te vi.

—¿Me viste? ¿De qué hablas?

—El día que le cayó agua en la cabeza a tu tío. Yo estaba allí. ¿Y sabes dónde estaba?

—¿Dónde?

—Debajo de la enorme caja de cartón que había en el recibidor.

—¡¿Qué?! —preguntó Saem, divertido.

Alma asintió.

—Cuando miré por la mirilla y vi que tú estabas ahí —explicó—, me puse nerviosa y al ver que Nuria abría la puerta, lo primero que se me ocurrió fue meterme debajo de la caja como si fuera una cría de quince años. —Saem soltó una risotada. Aquella mujer no paraba de sorprenderlo—. Menos mal que Nuria no dejó que cogieras la caja. Si no, me habrías visto y hubiera sido el momento más humillante de mi vida.

Ambos se rieron a carcajadas.

—Por lo que vi —señaló Saem, recordando aquel día—, no se llevan muy bien, mi tío y tu amiga.

—No se soportan. Y, por cierto, ni una palabra de esto a tu tío, como yo no le voy a decir nada a Nuria.

Ambos sonrieron cuando Saem, centrándose en ella, volvió a incidir en el tema de antes.

—Creo que si el destino nos ha hecho encontrarnos en tantas ocasiones es por algo. Tú eres una mujer libre. Yo soy un hombre libre, ¿a quién le hacemos mal?

—Siento vértigo...

—Olvida el vértigo —insistió él con seguridad—. Somos lo suficientemente maduros como para que nuestras mentes no piensen en quien no deben y nuestros corazones no se desboquen por quien no lo merece. Y vale, entiendo que la situación de tu hija y mi padre no es la más idónea para nosotros. Pero tenemos el mismo derecho que ellos a enamorarnos y...

—Saem, ¡es una locura!

—Locura sería no besarte. No tocarte. No verte sonreír cuando algo te sorprende y no estar a tu lado cada día para intentar hacerte feliz. —Y viendo cómo lo miraba con cariño infinito, concluyó—: Los coreanos y los españoles son bastante románticos, y yo llevo sangre de los dos.

—¡Saem!

—Mira, Alma. Casi nos perdemos una vez y ahora no quiero que eso suceda. Yo no soy mi padre y simplemente quiero hacerte feliz.

—Me encanta tu vena romántica —no pudo evitar decir Alma.

Saem, aupándola en sus brazos, la llevó a la cama donde la volvió a posar.

—Soy romántico con quien me toca el corazón —dijo, colocándose sobre ella—. Y tú lo has hecho. —La besó. La besó con deseo, con sensualidad, con delicia, y cuando finalizó, sin apenas separarse de

ella, musitó—: La luna llena es sabia. Y que se cumpliera mi deseo me hace saber que mi corazón llevaba razón.

Alma, conmovida, sonrió. Escuchar cosas tan románticas y sentidas era lo que siempre había querido. Toda su vida había fantaseado con encontrar a un hombre que la mirara de la manera que Saem lo hacía. Y sí. Había ocurrido. Y si había ocurrido ¿por qué negarse la oportunidad? ¿Por qué no escuchar a su corazón acelerado? Y derribando todas las barreras que hasta el momento había puesto, enroscó sus piernas en el cuerpo de él.

—En coreano no sé decirlo, pero te lo digo en español. Yo también me estoy enamorando de ti —afirmó con seguridad.

Oír aquello fue música celestial para él. Aquello era lo que quería. Lo que necesitaba. Sabía que lo que había entre ellos era algo mágico y especial. Algo que merecía la pena, y entonces la besó con todo el cariño del mundo.

—Me gustas mucho —dijo ella.

—Lo sé.

—i¿Lo sabes?!

—Sí.

Ambos rieron cuando ella con un movimiento rápido se puso sobre él.

—Eres un creído —susurró con sensualidad.

—Lo sé...

Alma le dio un dulce beso que a él le supo a invitación para el siguiente.

—Solo te pido una cosa. De momento hemos de ser discretos.

—¿Por qué?

—Por Natalia y por tu padre. Me angustia pensar en cómo se lo tomarán.

—Por mi padre no te preocupes —declaró—. He respetado sus relaciones, acertadas o no, y él me respetará a mí. ¿Y Natalia qué crees que dirá?

—Imagino que, de entrada, se quedará en *shock*. Eres el hijo de su pareja.

—Si por mi fuera, se lo diría hoy mismo. Nosotros tenemos el mismo derecho que ellos a enamorarnos y vivir nuestra historia con libertad.

—¿Te has vuelto loco?

—Sí. Por ti.

Le dio un dulce beso en los labios.

—Seamos cautelosos y hagamos las cosas con cabeza —le pidió—. Cuando sea el momento oportuno, se lo contaremos.

Saem asintió. Si ella lo quería así, así sería.

Capítulo 45

A las nueve de la mañana, Alma se despertó y vio a Saem dormido a su lado abrazándola.

No acostumbraba a dormir pegada a nadie, e inicialmente no se movió. No quería despertarlo y realmente le gustaba aquella sensación de protección. Pero cuando los calores de la puñetera menopausia aparecieron, haciendo contorsionismo consiguió liberarse de él. O se lo quitaba de encima o ella misma combustionaría.

Sin hacer ruido, se levantó de la cama y de puntillas entró en el baño. Sugar entró con ella y cuando cerró la puerta se deshizo en mimos hacia él. Sugar era muy celoso.

Cuando se miró en el espejo del baño, sonrió. Aquella que reflejaba el espejo era ella, con sus ojeras matinales, sus arruguitas y, por supuesto, sus canitas. Como a cualquier mujer, verse bien le gustaba. Intentaba cuidarse, pero irremediablemente el tiempo pasaba y dejaba sus huellas.

Después de lavarse los dientes y peinarse, volvió a mirarse al espejo y sonrió. Era la primera vez que pasaba la noche entera con un hombre. Lo que ella practicaba hasta el momento habían sido dos o tres horitas de sexo en un hotel por horas y después cada uno a su vida. Pero con Saem no había sido así. Lo había invitado a su casa, se habían declarado amor y se había quedado a dormir.

¿Podía ser todo más bonito y romántico?

Salió del baño, con la cabeza llena de preguntas sin respuesta, cogió su teléfono y sus auriculares, y tumbándose en la cama con cuidado junto a Saem, comenzó a escuchar música mientras observaba al guapo hombre que dormía. Que, dicho sea de paso, ¡era un lujo para la vista!

Con sigilo y curiosidad se entretuvo mirando cosas de la cultura coreana y finalmente buscó también la canción de una cantante llamada Hwasa que, según Saem, se había hecho viral y rápidamente la encontró. Encantada, vio la actuación de ella con el actor coreano en los Blue Dragon y se fijó en la cantidad de vídeos virales de infinidad de personas asiáticas con sus parejas, recreando aquel bailecito.

Con la curiosidad ya satisfecha, Alma se refugió en su música. Y cuando comenzó a sonar *Me enamoré*, de Shakira, sonrió. ¿Acaso tenía quince años? Pero sí. Saem la hacía sentirse especial, querida y activa. Junto a él sentía que el mundo estaba a su favor como nunca lo había estado y mirando al hombre que dormía a su lado sonrió, porque, como decía la canción, estaba enamorada y supo que tenía ante ella a su ¡unicornio!

Estaba pensando en ello cuando él abrió sus ojos rasgados y oscuros.

—Buenos días, ojos bonitos —susurró, tras unos segundos de silencio.

Feliz y contenta por aquel maravilloso despertar que no habían compartido juntos, Alma lo abrazó. La química que tenía con él era algo extraordinario.

—Buenos días —respondió.

En silencio y durante unos segundos estuvieron abrazados; cuando él se dio cuenta de que ella tenía unos auriculares puestos, le quitó uno y se lo puso.

—¿Qué escuchas? —quiso saber.

A toda prisa, y para que él no escuchara lo de «Me enamoré», se quitó los auriculares. ¿Y si al despertar había cambiado de opinión?

—A la mejor —respondió, dejando caer su móvil.

Saem divertido asintió. Sin que mencionara a la cantante, sabía de quién hablaba. Ella sentándose a horcajadas sobre él, se dejó llevar por lo que deseaba en aquel instante y lo besó. Aquel arrebato a Saem le encantó.

En busca del placer y el deseo se dejaron llevar. Besos. Caricias. Sonrisas y miradas cómplices, mientras se hacían el amor con mimo y efusividad. Sugar en la puerta, al ver aquello, se dio la vuelta y se marchó al salón. Estaba claro que su dueña no le iba a hacer caso.

Acabado el pasional momento, acalorados y sudorosos, se quedaron tumbados sobre la cama.

—Te voy a decir algo, pero no te vengas arriba —susurró Alma.

—¿El qué?

—Oficialmente, ¡eres mi unicornio!

—¡¿Qué?! —preguntó sorprendido.

—Eres único y difícil de encontrar —afirmó ella con una sonrisa—. Como los unicornios.

—Vaya... —se mofó él.

—Eres mi primera vez de muchas cosas —prosiguió ella—. Y si te digo esto es porque, por ejemplo, es la primera vez en mi vida que a las diez de la mañana tengo sexo. —Sorprendido, Saem la miró y ella aclaró—: Con mi ex ya te dije que no compartía cama, y tras mi divorcio el sexo se ha limitado a alguna tarde noche en el hotelito por horas.

—Me gusta ser tu primera vez —afirmó, encantado.

Un beso. Dos. Y cuando sonó el móvil de Saem porque había recibido un mensaje, inevitablemente miró el reloj.

—Debería ducharme e irme —dijo—. He de pasar por casa para cambiarme de ropa e ir a trabajar. Ayer ya no fui y no me gusta faltar al trabajo.

Aunque deseaba que se quedara en la cama con ella todo el día, Alma lo entendió. Ambos tenían sus vidas y sus obligaciones.

—¡Ve! —lo apresuró, dándole un beso—. Ya sabes dónde está la ducha.

—¿Te duchas conmigo?

—Dame cinco minutos.

Saem se levantó de la cama desnudo, y recogiendo el teléfono móvil de Alma que estaba junto a los auriculares en el suelo, lo posó sobre la cómoda.

—¿Te importa si pongo mi música? —preguntó, señalando su teléfono.

Alma negó con la cabeza y cuando comenzó a sonar la canción de Hwasa, *Good Goodbye*, ella, levantándose, hizo algo que sorprendió a Saem.

Poniéndose rápidamente la camisa caqui de él, Alma, sin ningún tipo de vergüenza, comenzó a recrear aquel baile tan viralizado ante él, mientras movía las manos al ritmo del estribillo.

—¿Cómo sabes tú esto?

—Porque cuando dormías, cotilleé en la música que te gusta y en YouTube —le explicó.

Riendo y dejándose llevar por el momento, bailotearon aquella pegadiza canción con sensualidad y cuando acabó, Saem, besándola, afirmó:

—Eres increíble.

—Lo sé.

Alma lo miraba riendo cuando comenzó a sonar otra canción.

—¿Quién canta? —quiso saber.

—Kim Jae Hwan, un cantante surcoreano.

—Conozco está canción. No sé cómo se llama. Pero recuerdo haberla escuchado en la serie coreana del capitán Ri.

—La canción se llama *Someday*.

Alma asintió y Saem sonrió. Saber que ella se interesaba por la música coreana, y veía los doramas que tanto le gustaban a mamá Haneul le hizo gracia; le guiñó un ojo y se dirigió al baño que había en la habitación.

—Te espero en la ducha —le dijo.

Sonriendo como una tonta, Alma escuchaba aquella preciosa canción, cuando oyó que Saem abría el agua de la ducha. Las horas que llevaba con él podía catalogarlas como de las mejores de su vida y dejándose caer en la cama, feliz, se revolcó en ella.

¡Qué maravilla!

Contenta y feliz, miró al techo. Por primera vez en mucho tiempo sentía mariposas en el estómago. ¿Acaso no se merecía ser feliz?

Feliz y con una sonrisa de oreja a oreja, se levantó de la cama y con mimo olió la camisa caqui de Saem que llevaba puesta. Su olor era puro afrodisiaco, y cuando se dirigía hacia el baño oyó a Sugar corretear por el pasillo y una voz que decía:

—¡Lobaaaaaa, levanta!

—Traemos churrosssss y chocolateeeeee.

—¡Vamos, dormilona!

Incrédula, Alma se quedó paralizada. Las voces que sonaban eran las de sus tres amigas. La madre que las parió. ¿Pero qué hacían allí?

Horrorizada por la pillada, Alma miró hacia el baño. Saem estaba duchándose por lo que cerró la puerta con cuidado. No debían oírle.

Alterada por aquella inesperada visita, se hizo una rápida coleta alta con las manos, y saliendo de su habitación, fue hasta el salón.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó.

—Venir a verte con desayuno incluido —respondió Romina, enseñándole las llaves que le había dado.

Como un autómata, asintió. Pero no. No podían quedarse. Tenían que marcharse antes de que Saem terminara su ducha.

—Lobas. Lo siento —dijo, llevándose la mano a la cabeza—. Pero me duele la cabeza. Mejor hablamos otro día.

Todas la miraron.

—Uiss... modo alarma activado —dijo Nuria, tras masticar un churro—. ¿Qué pasa?

De pronto se originó un silencio en el que casi se podía oír el vuelo de una mosca.

—¿Eso que suena no es la canción de la serie del capitán Ri? —preguntó Estíbaliz.

—¿Desde cuándo escuchas tú música coreana? —se interesó Romina.

Alma parpadeó ante el gesto de ellas cuando, de pronto, oyó a Sugar gruñir e instantes después sus tres amigas abrían descomunalmente los ojos y la boca. Miró hacia atrás y se encontró a Saem empapado y con solo una toalla alrededor de la cintura.

¡Madre mía!

En silencio todos se miraban.

—Hola. Soy Saem —saludó, algo confundido.

—¡Jodidos Masters del Universo! —murmuró Nuria, boquiabierta.

Nadie dijo nada. Nadie se movió. Mientras, Alma comprobaba como Romina y Estíbaliz, desconcertadas, no le quitaban ojo, y Nuria la miraba a ella.

—Mejor vuelvo a la habitación para vestirme —propuso Saem, observando a Sugar que le gruñía.

Alma asintió. Y cuando él desapareció, Romina, impactada, susurró.

—Definitivamente, me voy a Corea. —Desde su posición, Estíbaliz se dio aire con la mano cuando Romina preguntó—: ¿Quién es ese pedazo de dios coreano desnudo y mojado?

Consciente de la gran pillada, y de que guardar el secreto ya era imposible, Alma iba a explicarse, pero Estíbaliz no le dejó.

—Pero ¿desde cuándo te traes a los churris a casa? —quiso saber.

—A ver, chicas...

—¿Saem? —insistió Romina—. ¿Ha dicho que se llama así?

—Sí. Así se llama —afirmó, mientras Nuria se acercaba a Alma.

—Esta camisa caqui que llevas no es tuya —insistió Estíbaliz, que aproximándose a ella le abrió la camisa y, con mofa, cuchicheó—. Mírala... si está desnuda.

Acalorada, Alma cogió un abanico de encima del mueble, justo en el momento en que Nuria le dijo por lo bajini.

—¿Con que tema totalmente finiquitado?

—A ver...

—Ya te vale, ¡mentirosilla!

Romina y Estíbaliz las miraban.

—¿Este es el coreano que comentó Nuria que habías conocido? —preguntó Romina.

Alma asintió.

—Dadme un segundo —dijo, sin mirar a Nuria, pero pensando en Saem—. Ahora vuelvo. Y os juro que os explicaré lo que queráis.

Sin mirar atrás, entró en su habitación. Allí Saem se estaba poniendo los zapatos.

—Son mis amigas. No sabía que iban a venir —se excusó.

—Tranquila. No pasa nada —dijo, levantándose de la cama y sonriendo.

—Sí, pasa. Ellas ya se han enterado y...

—¿Y qué importa si ellas se han enterado? —Y abrazándola, dijo —: Si son tus amigas, y te quieren, estarán felices si te ven contenta y feliz, ¿no? —Alma resopló. Saem tenía razón. Todas se alegraban de la felicidad de todas, y durante unos instantes permanecieron abrazados y en silencio. Alma necesitaba recolocar sus ideas. Saem le pidió con cariño—: Necesito mi camisa para poder marcharme.

Alma se soltó de sus brazos y sin pensárselo se quitó la camisa.

—Qué gran tentación —bromeó él al verla desnuda—, pero creo que no es el momento.

Alma se echó a reír, luego fue al cajón de las bragas y se puso una. Y sin mirar a Saem, o se tiraría a sus brazos, se puso unos *leggings* y una camiseta.

—¿Quieres que te las presente? —le preguntó.

—Me encantaría.

Alma asintió. Aquello era lo que tocaba. Estaba enamorada. Apostaba por su relación, por eso se lo presentaría, y cuando él se marchara, escucharía lo que ellas tuvieran que decir. Que con seguridad no sería poco.

Ya correctamente vestidos, cogidos de la mano salieron al salón donde, nada más aparecer, Sugar comenzó a gruñir. Eso alertó a las mujeres, que dejaron de cuchichear.

—Vaya. De la manita y todo —se guaseó Nuria.

Alma apretó la mano de Saem y él la suya.

—Lobas, él es Saem —dijo Alma con la boca seca—. Saem, ellas son mis amigas: Romina, Estíbaliz y Nuria.

Saem las miró. A Romina y a Estíbaliz no las conocía. A Nuria, sí. La había visto en el DeLokos, y también el día que fue a visitar a su tío.

—Encantado de conoceros —saludó.

Las tres asintieron. Sonrieron y se acercaron a él para darle dos besos.

—A ti ya te había visto —dijo él, mirando a Nuria—, y te volví a ver el día que visité a mi tío y regaste las plantas de tu terraza, ¿lo recuerdas?

Romina y Estíbaliz la miraron. ¿Nuria había puesto plantas?

—¿Tu tío es el vecino de Nuria? —recordó de pronto Romina.

—Sí. Curiosamente, es el vecino de al lado.

—¿El calvete potentón? —preguntó Estíbaliz.

Saem se rio. ¿Calvete potentón? Seguro que cuando se lo contara a su tío le haría gracia. Alma, para cortar aquello, y temerosa de que indagaran más en el árbol familiar de Saem, anunció:

—Saem se tiene que marchar.

Él asintió, y Romina se acercó a él.

—Toma —le dijo—. Llévate un churrito para el camino.

Saem lo aceptó de buen grado, y tras despedirse de ellas con una sonrisa, se encaminó con Alma hacia la puerta. Una vez allí se miraron, sabiendo que las otras les observaban.

—Esta noche me gustaría verte —dijo Saem bajito.

Alma asintió. Ella también quería. Y él, viendo su receptividad, le dio un beso en los labios.

—Luego hablamos —murmuró.

Acalorada, encantada, y desconcertada por partes iguales, Alma hizo un gesto de asentimiento, y cuando él se marchó, resopló. En su salón tenía a tres fieras esperando explicaciones.

Capítulo 46

Nuria, Romina y Estíbaliz la miraban. Las cuatro estaban sentadas en la bonita terraza de Alma.

—Creo que aquí falta algo fundamental —dijo Estíbaliz—. Alguien que tiene que contarnos algo se está ahorrando los manolitos.

—A falta de manolitos, buenos son churros —matizó Romina—. ¡Desembucha!

Alma, insegura comenzó a hablar. Les contó dónde y cuándo se conocieron.

—¿En serio? ¿En la azotea? —Romina estaba estupefacta.

—Sí, reina, ¡follaron en la azotea!

—Nuriaaaaa —gruñó Romina.

Al reírse, el café se le derramó y mirando su camiseta indicó:

—Menudo lamparón me acabo de hacer.

—Sin lamparón no serías tú —se mofó Estíbaliz.

Alma prosiguió con la historia. A medida que la contaba, ella misma se enamoraba de lo vivido con Saem.

—Y por lo que intuyo, tras encontraros en la gasolinera, volvisteis a coincidir —aventuró Estíbaliz.

—Sí.

—¿Dónde?

Alma miró a Nuria.

—En el DeLokos —dijo la amiga—. Fuimos una noche, Alma lo buscó y lo invitó a cenar.

Estíbaliz, boquiabierta, parpadeó.

—Pero ¿desde cuando cenas tú con tus follamigos? —se sorprendió Romina.

—Desde nunca —respondió Alma—. El caso fue que esa cena nos llevó a otras cenas, meriendas... comidas.

—¡Donde también follaron!

—¡Nuriaaaaa! —rio esta vez Romina.

—Loba, si te lo digo para meterte más en contexto —se mofó.

—Por Dios, Alma, ¡que ese hombre tiene dieciséis años menos que tú!

—Lo sé. No hace falta que me lo recuerdes.

—Venga, Estíbaliz, ¡no me seas antigua! —se quejó Nuria.

—No soy antigua. Soy realista. ¿Qué hace con un tipo tan joven? ¿De verdad es tan ilusa que piensa que eso puede durar?

En silencio se miraron, y Estíbaliz, la más reticente, protestó:

—¿Se puede saber por qué últimamente nos enteramos de las cosas ya a tiro pasado? —Y señalando a Romina indicó—: Tú nos ocultaste lo de tu divorcio, y ahora tú —se dirigió a Alma— nos ocultas que tienes un rollito con un tipo dieciséis años más joven que tú. —Romina y Alma se miraron cuando Estíbaliz al ver a Nuria sonreír preguntó—: ¿Y tú? ¿Qué ocultas tú?

Rápidamente a Nuria se le vino a la cabeza Mario. El tío de Saem y hermano de Elías. Decirles que últimamente había quedado con él, les podría volar la cabeza, por lo que soltó:

—Anoche hice un trío de lo más sórdido y caliente con dos tiarrones espectaculares que me pusieron mirando a Cuenca, después a Bilbao y terminé mirando a Tenerife.

—¡Nuriaaaaa! ¡No lo dirás en serio! —boqueó Romina.

Divertida por cómo la miraban las tres amigas, exclamó:

—¡Es mentira! Pero, cuidado, ¡porque es mi fantasía sexual!

Alma sonrió. Romina no. Y Estíbaliz se levantó.

—Alma —dijo esta última—. Sabes que siempre te apoyaré en todo lo que decidas con respecto a tu vida. Pero precisamente por ser tu amiga tengo que decirte lo que pienso. Y lo que pienso es que es un error lo que estás haciendo. Ese hombre tiene treinta y nueve años. No es un niño, pero tiene treinta y nueve años mientras que tú tienes cincuenta y cinco.

—Y dale... —murmuró Alma.

—¿Me puedes decir por qué tiene que ser un error? —preguntó Nuria, que afirmó—: Yo follo con tipos más jóvenes que yo, ¿y qué?

—¡Follas! Tú lo has dicho: ¡follas!

—Pero ¿no podéis decir hacer cuchi cuchi, que es menos agresivo? —protestó Romina.

—Nuria, tú mantienes intacta la línea que no quieres que ellos traspasen —prosiguió Estíbaliz, ignorando a Romina—. Pero ese tipo ha traspasado la línea de Alma. Joder, que ha pasado la noche aquí. Pero vamos a ver, ¿cuándo Alma ha traído a alguno de sus rollos a casa? ¡Nunca! Pero no os preocupa que ese pueda engañarla, robarle o matarla.

—Por favorrr.

Alma resopló estupefacta. Todavía no les había dicho que estaba enamorada de él, ni que era el hijo del novio de su hija.

—Si algo tengo claro —intervino Romina con cierta calma—, es que Alma no se trae a cualquiera a su casa, por muy guapo que sea. Si ese hombre estaba aquí, sus razones tendrán.

—Gracias, Romina —agradeció Alma.

—Pero ¿cómo podéis ser tan ingenuas?

—Y tú tan malpensada y negativa —gruñó Nuria.

—Soy malpensada porque hace años yo también estuve soltera en un mercado de depredadores, y vi lo mal que está. Y... ¡joder! Pero ¿es que vosotras no veis en la televisión las cosas que pasan? —Las

amigas se miraron cuando Estíbaliz insistió—: ¿De verdad crees que esta historia va a acabar bien? ¿En serio crees que ese chico se va a enamorar de ti y no le van a importar tus arrugas o tus ojeras?

—Pero tú eres tonta o qué te pasa —explotó Nuria.

Durante un buen rato, Romina, Nuria y Estíbaliz discutieron. Las tres hablaban. Decían. Opinaban y Alma en silencio suspiraba. Escuchar a sus amigas le hacía ver todo lo que tendría que oír por vivir el amor con Saem, pero estaba segura de sus sentimientos.

—Me gustaría poder terminar de contaros la historia —pidió, levantando la voz.

—Me parece bien —afirmó Romina.

Con el ambiente caldeadito, Alma prosiguió hasta que, al llegar a un punto, dijo:

—Y bueno... esto que os voy a contar sé que os va a volar la cabeza tanto como a mí me la voló en su momento. Pero la realidad es la que es, y no hay otra manera de contarla.

—Siéntate, Estíbaliz. Es mejor —se mofó Nuria.

—¿Acaso tú sabes lo que nos va a contar? —preguntó Romina.

Nuria asintió.

—Lo sé. Lo que no sabía era que los Masters del Universo habían traído a Saem aquí.

—¿Quieres contarnos de una santa vez que es eso que nos va a volar la cabeza? —gruñó Estíbaliz.

—¿Recordáis al novio de Natalia? —preguntó. Romina y Estíbaliz asintieron y Alma soltó—: Pues resulta que Saem es su hijo.

Sus amigas se levantaron del sillón como accionadas por un resorte.

—Noooo —se espantó Romina.

—Sí.

—A ver, espera —murmuró Estíbaliz—, que no te he oído bien.

—La has oído perfectamente —se mofó Nuria.

Alma, con paciencia, miraba a sus amigas.

—¿Acabas de decir que Saem es el hijo del novio de Natalia? —preguntó Romina.

—Sí.

—¡Madre mía! —levantó la voz Estíbaliz.

—¿Elías es coreano? —insistió Romina.

—No, cielo. Es español y Saem también lo es. Su madre era coreana.

Miradas. Silencio. Resoplidos, cuando Romina, llevándose las manos a la cabeza, balbuceó:

—¿Te estas acostando con el hijo del novio de tu hija?

—Visto así, Romina, suena fatal —intercedió Nuria.

—¡Te estás tirando al hijo de Elías! —voceó Estíbaliz, boquiabierta.

—Así suena peor.

A Alma le molestó todo aquello. Sabía que cuando se conociera la historia, todo el mundo iba a pensar así. Todo el mundo vería a Saem como el hijo del novio de su hija, o a ella como la madre de la novia del padre de Saem. Aquello iba a ser muy complicado de aceptar para muchos.

—Solo os ha faltado decir que como Natalia es su madrastra, yo me estoy tirando a mi nieto.

—Tremendo culebrón —se burló Nuria.

Romina y Estíbaliz, cuyas cabezas habían entrado en ebullición con aquella información, miraban a Alma.

—Creo que la menopausia te está volviendo loca —aventuró Romina.

—¡Pero de remate! —se mostró de acuerdo Estíbaliz.

Alma suspiró. Su cuerpo y su corazón estaban alineados con Saem.

—Lobas, he conocido a un hombre romántico, dulce y caballeroso. Algo que, por cierto —miró a Nuria—, me ha dicho que le enseñó su tío.

A Nuria no le sorprendió esa información. Las veces que había estado con Mario, se había percatado de que era un perfecto caballero.

—Ese que es más básico que el wifi del aeropuerto —prefirió burlarse.

—Por Dios, Nuria, qué manía le tienes al madurito potentón —le recriminó Estíbaliz.

—No lo sabes tú bien —afirmó ella.

—Antes de que la cabeza os termine de volar —prosiguió Alma—, tenéis que saber que ni Saem ni yo sabíamos, cuando nos enrollamos esa noche en la azotea, que su padre y mi hija eran pareja. Cuando nos conocimos, simplemente éramos él y yo. Y lo descubrimos el día que nos encontramos en la comida con Natalia y Elías. Ese día...

—Madre mía... madre mía —murmuró Estíbaliz.

—¿Qué dijeron Natalia y Elías?

—No lo saben, Romina.

—¿Cómo que no lo saben?

Con seguridad y consciente de lo complicado que era entender lo que ocurría sin volverse loca, Alma, dándose aire con la mano, respondió.

—Ese día Saem y yo disimulamos, y a nuestra manera decidimos dejarlo.

—Ah, no. Si lo cuentas, cuéntalo bien —la increpó Nuria—. Alma, en el tiempo que se vio con Saem, le dijo que se llamaba Sara, era viuda y trabajaba como inspectora de policía. Y cuando el día de la presentación en la comida, Saem descubrió que no solo era la madre

de la novia de su padre, sino que lo había engañado, se enfadó y la bloqueó en el teléfono.

Estíbaliz y Romina no daban crédito.

—¡¿Viuda?! —Estíbaliz ya no podía más.

—Sí.

—¡¿Inspectora de policía?!

—Sí.

—De verdad, Alma, que no sé quién eres.

—¿Por qué mentiste? —preguntó Romina.

—A ver, lobas. Cuando tengo sexo con un hombre suelo inventarme mi nombre y mi vida. No me interesa que sepan que me llamo Alma y tengo mi propio negocio. Total, solo son polvos de una noche Y creí que Saem lo sería también. —Dicho esto, Alma miró a Nuria y sonriendo preguntó—: ¿Era necesario contar eso?

—Por supuesto. Así nos pone en contexto.

—¿En contexto de qué? —preguntó Estíbaliz.

—De que si la bloqueó, ¿qué ocurrió para que la desbloqueara? Y si pregunto esto es porque en esa parte de la historia me quedé yo.

Alma asintió. Y viendo cómo sus amigas la miraban prosiguió:

—La noche que Saem me bloqueó, Nuria y yo fuimos a DeLokos, pues tenía que pedirle disculpas por mis mentiras. Pero discutimos. No aceptó mis disculpas y todo se acabó. Nos volvimos a ver en la comida que hicieron Elías y Natalia con Carlos, y ese día, con tranquilidad, nos dijimos que lo que ocurrió estaba finiquitado.

—Eso me dijiste.

—Sí, Nuria. Sé lo que te dije. Y de verdad que hasta yo me lo creí, a pesar de que no me lo podía quitar de la cabeza. Y... y en la cena en la casa de Elías, cuando lo vi, os juro que el corazón se me desbocó como siempre que lo veo o pienso en él. Ni siquiera cuando

tenía veinte años y veía a Carlos el corazón se me desbocaba así. Y, por cierto, y hablando de Carlos, fue a la cena con su novia.

—¿Tiene novia? —preguntó Romina.

—Es más joven que Natalia, con dinero y monísima.

—¿Te ha devuelto lo que te debe? —preguntó Estíbaliz.

—No.

—Anda y que le den por donde amargan los pepinos.

—Otro Peter Pan que nunca crecerá —afirmó Estíbaliz con seguridad.

—Bueno. ¡Al lío! ¿Qué pasó para que Saem terminara en tu casa? —volvió Nuria a preguntar, no quería que se desviase del asunto.

Alma no pudo evitar una sonrisa. Lo que le había pasado con él era algo precioso de recordar.

—Que la luna llena intercedió —murmuró. Al decir aquello tan romántico, sus amigas la miraron, y ella explicó—: Elías tiene dos amigos muy pesaditos, y cansada de ellos me marché esa noche de la cena. Esperaba un taxi en la calle y entonces apareció Saem y...

—Se te cayeron las bragas a los pies.

—¡Nuria! —protestaron Romina y Estíbaliz.

—Básicamente, podría decirse que sí —afirmó Alma con seguridad —. Sé que suena soez y ordinario. Pero cuando lo vi, el corazón se me volvió a desbocar, el cuerpo me ardió y deseé arrancarle la ropa y...

—¡No lo digas! —la cortó Romina.

Alma tenía claro que iba adelante con su relación con él.

—En definitiva, monté en su coche —precisó—. Fuimos a Diva y Radiante, le enseñé la tienda, y bueno...

—*Por favorrr*, loba, ¿ese bueno significa lo que creo? —preguntó Nuria, boquiabierta.

—Sí. Concretamente, en el probador del fondo.

—Pero, Almaaaa. —Estíbaliz estaba atónita.

—Lo sé. Es una locura —añadió, al ver cómo la miraban sus amigas—. Y a ti, Nuria, te pido perdón. La tienda no es un lugar para...

—Déjate de perdones y dime que fue todo un polvazo.

—¡Nuriaaaaaa! —la regañó Romina.

Divertida, Alma miró a su amiga.

—Lo fue. Te aseguro que lo fue —afirmó con picardía, y tras reír con ella, añadió—: Y tras esa noche no hemos parado de llamarnos y de quedar, hasta hoy que nos habéis descubierto. Es un unicornio —afirmó con rotundidad.

—¡¿Qué?!

—Que Saem es un precioso y único unicornio e incluso tenemos nuestra canción —insistió, suspirando.

—¡Qué plaga de unicornios! —murmuró Nuria, pensando en Mario.

Ajenas a lo que acababa de decir Nuria, Estíbaliz movió la cabeza.

—Alma, me estás asustando, ¿has tomado drogas? —preguntó Romina.

Sonriendo, Alma negó con la cabeza.

—Me dijo que, si quería la luna, aprendería a volar, y yo... yo... me estoy enamorando de él —afirmó, segura de lo que decía.

—¡¿Qué?! —gritaron las tres.

—Tengo cincuenta y cinco años y estoy me estoy enamorando locamente de un hombre de treinta y nueve que me hace sentir, vivir, volar y disfrutar —aseguró, feliz—. Y lo mejor es que él está enamorado de mí, y me lo creo. Y sí, lobas. Puede que esté loca y que esté cometiendo un nuevo error en mi vida, pero quiero vivir esta locura. He encontrado a mi unicornio y no voy a perderlo.

—Madre mía —murmuró Nuria—, ¡estás llena de dopamina y oxitocina!

—¿Y eso qué es? —preguntó Romina.

—¡Las hormonas del amor!

Las tres estaban perplejas y sin saber qué decir.

—Lobas, no sé si acabará mañana esta locura de amor —declaró Alma— o dentro de cinco o cien años. Pero mi corazón me dice que tengo que vivir lo que siento, y...

—Alma, ¿te estás oyendo? —interrumpió Estíbaliz.

—Sí.

—Pero ¿qué va a decir Natalia cuando se entere? —prosiguió Romina.

Alma suspiró. Sabía por qué lo decían y entendía que le hicieran aquellas preguntas.

—Es la primera vez, desde Carlos, que me vuelvo a fijar en un hombre —admitió—. ¡Que me vuelvo a enamorar! Y sí, Estíbaliz, tiene dieciséis años menos que yo. Y sí, Romina, su padre es el novio de mi hija. Y sí, Nuria, ¡he encontrado mi unicornio! Pero Saem me gusta, es especial, me acelera el corazón y siento que me merezco vivir mi particular historia de amor, porque me encanta su manera de ser, de pensar, cómo me mira, su galantería y su romanticismo, entre otras cosas. Y ¡joder, chicas! Es la primera vez en mi vida que un hombre me hace sentir así de especial. Cuando estamos juntos no hay diferencia de edad. Simplemente somos él y yo y...

—¿Y cuándo piensas decírselo a Natalia?

—De momento, no, Romina. De momento, quiero esperar y hacer las cosas con cabeza. De hecho, no pensaba deciros nada a vosotras, porque os conozco. Pero habéis aparecido aquí y...

Alma se detuvo. Las emociones la embargaban.

—¿Estás dispuesta a sufrir por amor? —quiso saber Estíbaliz.

—No quisiera sufrir, pero quiero vivir este amor.

—Di que sí —afirmó Nuria—. Quien no arriesga no gana.

—¿Y te has planteado qué pasará dentro de diez años cuando él tenga cuarenta y nueve y tú sesenta y cinco? ¿Acaso no te da miedo eso? —insistió Estíbaliz.

—Si te soy sincera, ni lo he pensado. No he pensado en qué pasará dentro de uno, diez o quince años, porque he decidido vivir el momento. Me encantaría poder decirte que dentro de diez años seremos una preciosa pareja feliz, pero eso no lo sé, como tú no sabes si dentro de diez años la casa nueva que te has comprado en Menorca te seguirá gustando igual.

—¿Y tus padres? —insistió Romina.

—Haga lo que haga, para mis padres siempre estará mal. E imagino que, cuando se enteren, pondrán el grito en el cielo y me recordarán lo mala hija que soy y lo decepcionante que es tenerme en sus vidas. Pero, sinceramente, lobas, su reacción no es algo que me preocupe. La única reacción que me preocupa es la de Natalia. —Tras unos segundos en silencio, Alma prosiguió—: No sé cómo ha pasado, pero me estoy enamorando como nunca creía que yo me pudiera enamorar. Saem me suma, me hace sentir bien, me hace reír, me cuida, y lo mejor es que soy yo misma con él. El amor no es un tema de edad, y sabéis que siempre lo he dicho, es más bien un tema de cómo tratar y hacer sentir Y sí, lobas, me estoy enamorando con cincuenta y cinco años. ¿Acaso he de sentirme culpable por sentir?

—Aiss, por Dios, ¡pues claro que no! —murmuró Romina, emocionada.

—Esta es mi realidad. Y sé que, cuando se sepa, posiblemente me caerán palos por varios lados, porque cierta parte de la sociedad me señalará. Pero me da igual, porque si he luchado por los derechos de

otros y los he defendido, ¿acaso creéis que no voy a luchar y defender los míos?

Ellas, emocionadas, sonrieron. Si había una luchadora en el grupo, esa siempre había sido Alma. Solo ella, con su manera de ser y su paciencia, a pesar de los pesares, nunca les había soltado de la mano. Siempre la habían tenido para lo que necesitaran.

—Si ya te quería por tu empatía, valentía y fuerza, ahora te quiero más —dijo Nuria, sentándose a su izquierda para abrazarla—. Y me encanta saber que te estás enamorando y que quieres apostar por un unicornio que está dispuesto a aprender a volar para bajarte la luna. Pero he de confesarte que me joroba que ese pedazo de dios asiático de culito morbosete no se haya enamorado de mí. —Se rieron—. Siempre estaré a tu lado para acallar bocas, pisotear cuellos y hacer lo que haga falta, ¿entendido?

Conmovida, Alma asintió. Romina también se levantó y se sentó a su derecha.

—Sé que me asusto por todo con facilidad —empezó, con lágrimas en los ojos— y que, en ocasiones, mis ideas son algo anticuadas, pero si alguien me enseña a dejar de asustarme, esa eres tú. Y si te has enamorado de Saem y él de ti, no hay más que hablar. Vive y disfruta de ese amor, porque te lo mereces. Y, por supuesto, aquí estoy junto a Nuria, para lo que me necesites.

Alma sonrió y la abrazó. Le llegó el turno a Estíbaliz, que se agachó a su lado.

—Te quiero tanto y tengo tanto miedo a que alguien te haga sufrir, que por eso me vuelvo una neurótica —admitió—. Sé que el amor aparece cuando menos lo esperas. Y lo sé, porque a mí me pasó y ahí estuviste tú para animarme a disfrutarlo. Me dijiste que, aunque la primera vez salió mal, ¿por qué me iba a salir mal la segunda vez con Alberto? —Se rieron las dos—. Sabes que seré la más crítica de

las tres en cuanto a esta relación, porque dudo que algo así pueda salir bien, pero me uno a estas dos lobas, dispuesta a ser tu espadachín siempre que me necesites. ¿Te queda claro? —Alma asintió, y Estíbaliz preguntó—: Por cierto, ¿qué horóscopo es Saem?

Soltaron una carcajada. Una vez más, la vida les ponía un nuevo reto por delante que todas, cada una a su manera, tenían que superar.

—Sois las mejores, ¿lo sabíais? —declaró Alma emocionada, abrazada a sus amigas.

—Por supuesto —afirmó Nuria.

—¡Ay, Dios!

—¿Qué pasa?

—¿En serio le he dicho a ese pedazo de dios asiático que se lleve un churrito para el camino?

Aquel comentario les hizo reír a carcajadas. Porque eso, reír, era lo que necesitaban.

Capítulo 47

El miércoles por la tarde, tras un intenso día de trabajo, cuando Nuria salió de la tienda escribió a Mario.

Yo
¿Te apetecen una bravitasy una cervecita?

Mientras caminaba hacia el aparcamiento donde tenía el coche, miraba el teléfono en espera de la respuesta. Cuando llegó, sonrió.

Follamigode10
Imposible. Otro día.

Leer eso le borró la sonrisa. Qué conciso. Pero, encogiéndose de hombros, prosiguió su camino, aunque le escoció la negativa. Total, solo eran vecinos.

Al llegar a casa habló por el chat grupal y así se enteró de que Estíbaliz estaba constipada, Alma había quedado con Saem y Romina le pasó la receta de sus riquísimas magdalenas. Nuria se puso manos a la obra. Iba a hacer sus primeras magdalenas en su horno nuevo. Si le salían bien, le pasaría alguna a su vecino.

Cuando acabó de prepararlas, Nuria metió las magdalenas en sus moldes en el horno y se marchó al salón. Mientras se hacían, colocaría unas fotos en un álbum que había comprado. Sentada en el suelo se entretenía con aquello cuando de pronto oyó una risa.

¿Quién se reía?

Se quedó atenta y en silencio cuando volvió a escuchar la risa, que esta vez identificó como femenina.

—Uiss, vecino, tienes compañía —murmuró con cierta retranca.

Pero sin querer darle mayor importancia, a pesar de que algo dentro de su estómago le crujió, siguió a lo suyo mientras el olor a las dulces magdalenas se extendía por toda la casa. Pero la risa, esta vez más aguda, se volvió a oír y atravesó la pared, como le atravesó el cuerpo.

—Ahora entiendo eso de «Imposible. ¡Otro día!» —gruñó, mientras seguía colocando fotos.

De nuevo se oyó la risa y esta vez unida a la de Mario. El vecino. Soltó una maldición. Y dejando el álbum de fotos a un lado, pegó la oreja a la pared del salón para escuchar. El salón daba al de Mario, pero las carcajadas cesaron.

Silencio total. No se oía nada, pero de pronto empezó a sonar la música de Barry White.

—No me jodasssss —murmuró Nuria.

Levantándose del suelo, a grandes zancadas fue al baño. Allí se echó agua en la cara.

—¿Se puede saber qué haces? —se regañó cuando se miró al espejo—. Pero ¿qué te importa a ti con quién esté?

Después de secarse el rostro con una toalla, Nuria regresó al salón y al entrar volvió a oír la risa de la mujer junto a la música de Barry White. Molesta, apretó los dientes.

—Alexa, pon *Tú*, de Shakira —ordenó, pensando en su canción favorita.

Con los primeros acordes, Nuria comenzó a moverse, mientras subía el volumen a todo trapo para no oír la risa de la mujer.

Cantando estaba cuando sonó el timbre de la puerta. Nuria movió la cabeza.

—Más te vale que no seas tú —rezongó mientras iba hacia la puerta.

Pero al abrir la puerta se encontró con él. Con Mario.

—¿Te importaría bajar el volumen de la música? —le pidió.

Nuria enarcó las cejas.

—¿Algún problema?

—¿Tú qué crees?

—No sé.

—Tengo visita.

Nuria reaccionó con sorpresa. ¡¿Visita?!

—¿Os molesta mi música? —preguntó con fingida inocencia.

—La verdad es que sí.

Ella sonrió.

—Pues te jorobas —soltó—. Porque es mi canción preferida de mi cantante preferida, y no pienso quitarla. —Y sin más le cerró la puerta en las narices.

Incrédulo, Mario pensó en llamar otra vez. ¿Qué le pasaba? Pero contó hasta diez y decidió regresar a su casa. Era lo mejor.

Sonriendo y triunfante, Nuria regresó a su salón, cuando de pronto la música del vecino se volvió atronadora. Era tan alta que le temblaban hasta los cristales de la lámpara, por lo que, molesta, salió al rellano y llamó a la puerta de al lado.

—¿Pero tú de qué vas? —dijo, enfadada cuando Mario abrió.

—De lo mismo que tú. ¡De chulito!

Atónita iba a contestar, cuando una pareja salió al recibidor y la miraron con gesto raro.

—Primo, nos vamos —dijo el hombre—. Nos vemos otro día.

Con la música atronadora, Mario asintió y cuando ellos se marcharon, Nuria, consciente de su error, iba a hablar, pero él le gritó:

—Te aseguro que la próxima vez que tengas invitados, saldrán huyendo de tu casa, como has hecho huir a mis primos.

Acto seguido, el que le cerró la puerta en las narices fue él, y Nuria resopló. Se dio la vuelta y entró en su casa.

—Alexa, ¡pon la canción en bucle! —gritó ya en el pasillo.

Inmediatamente la música comenzó de nuevo, mientras que la del vecino seguía martilleando. Horrorizada, se miró en el espejo de la entrada y se preguntó:

—¿Qué narices has hecho, idiota?

Y sin quitarse los ojos de encima se sorprendió. Mario le gustaba. Incluso, como le había oído decir a Alma, ¡le aceleraba el corazón! El tiempo que ambos habían pasado juntos, a pesar de no haberse ni tocado, ni besado, habían sido de los mejores momentos que había tenido con un hombre.

—Espejo, espejito mágico —susurró—, pero ¿qué narices estoy pensando y por qué sonrío como si fuera literalmente tonta? —Se repasó el pelo. Lo cambió de un lado para otro con insistencia y cuando paró, sin apartar la mirada del espejo, murmuró—: Socorro. Creo que me he enamorado y nadie me avisó.

Acalorada por lo que había descubierto y horrorizada por su metedura de pata con los primos de Mario, que siempre era encantador con ella, se volvió a recolocar pelo. Levantó el mentón, abrió la puerta de su casa y sin cerrarla llamó al timbre de la puerta de al lado.

No pasaron ni diez segundos cuando la puerta se abrió.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Mario con gesto serio.

—Estoy llena de dopamina y oxitocina.

Mario se sorprendió. Recordaba lo que era aquello. De improviso, ella se acercó y sin mediar palabra lo besó.

Totalmente desconcertado, en lugar de quitársela de encima, la apretó contra él. Aquella jodida bruja le encantaba por su loca e irreverente personalidad, y sin mediar palabra, con la música de Barry White de fondo y en el recibidor de la casa, hicieron frenéticamente el amor.

Diez minutos después, tumbados en el suelo del recibidor, ambos miraban hacia el techo con las respiraciones aceleradas, mientras la canción de Shakira volvía a sonar. Intentando entender qué había pasado, Nuria, descolocada, levantó el dedo hacia el techo.

—Tienes una grieta ahí —señaló.

Mario la miró. ¿En serio se estaba fijando en eso?

Sus miradas se encontraron.

—No... no sé qué me ha pasado —murmuró ella.

—Yo sí lo sé.

Sorprendida, levantó las cejas.

—Soy tu unicornio.

—Lo que eres es ¡gilipollas!

—También... —se mostró él de acuerdo. Se quedaron unos segundos en silencio que rompió Mario—: Como te dije, cuando se me conoce, soy irresistible. —Nuria parpadeó, y cuando fue a soltar una de las suyas, Mario susurró—: Eh... ¡ya me has llamado gilipollas! Recuerda que estás llena de dopamina y oxitocina por mí y suena tu canción preferida de Shakira. No jorobes el momento.

Nuria tomó aire. Por suerte, él la había frenado antes de que pudiera decir algo fuera de lugar.

—Soy insoportable. Sarcástica y... —admitió, avergonzada, mirando al techo.

—Divertida, interesante, ocurrente, preciosa y algo enfadica.

—Más que enfadica, creo que soy rápida de reflejos.

Mario, divertido, sonrió. Aquella mujer que le había quitado el sueño en los últimos tiempos, por fin había roto la coraza que llevaba.

—A ver, bruja, mírame. —Cogió su mano.

—Me encanta que me llames «bruja» —confesó ella, sobrecogida —. Dilo otra vez.

—Bruja.

Nuria cerró los ojos.

—Mi ego ya está flotando por las nubes —susurró.

—Llevo deseando que ocurriera esto desde hace tiempo, porque yo también estoy llenito de oxitocina y dopamina. —Mario ya fue incapaz de callar—. Pero no quería ser yo el que diera el primer paso, porque, como dijiste el día que nos conocimos, entre tú y yo había una línea que no debía traspasar, y...

Nuria lo besó. Lo volvió a besar con deseo y pasión.

—¿En serio las hormonas también están en ti? —preguntó.

—Estoy rebosante de ellas. Y la verdad, bruja, no sé en qué momento pasó, pero oficialmente estoy loco por ti.

Nuria notó cómo se le ponía la piel de gallina. Era lo más romántico que nadie le había dicho nunca. Estaba claro que se habían ido calentando a fuego lento. De pronto percibió un olor que la hizo salir de su ensoñación.

—Joderrrrr —exclamó.

Con rapidez se deshizo del abrazo.

—¿Se puede saber porque rompes este bonito momento entre nosotros? —preguntó Mario.

—No me jodas. No me jodas —siseó ella, levantándose del suelo.

Mario tomó aire. Aquella lo iba a volver loco, y mientras se levantaba preguntó:

—A ver. Sorpréndeme. ¿Cuál es el problema ahora?

—¿No lo hueles?

Acelerada fue a abrir la puerta.

—Pero que estás desnuda. ¿Adónde vas? —la detuvo.

Consciente de ello, pero con rapidez, Nuria se puso las bragas y la camiseta. Total, iba a la puerta de al lado, y sin contestar salió de la casa de Mario.

Como dejó la puerta abierta, así seguía, y cuando entró el olor a quemado y el humo se esparcían por toda la casa. Con rapidez, entró en la cocina, y vio el humo negro salir del horno.

—No... no... no... Mis magdalenas —musitó.

Mario, que había entrado tras ella vestido solo con los calzoncillos, al ver lo que ocurría rápidamente abrió la ventana para que el humo saliera, junto con el olor a quemado.

Nuria apagó el horno y, al abrirlo, en vez de esponjosas y doradas magdalenas, lo que encontró fueron pequeños volcanes carbonizados.

—¡Esto es por tu culpa! —soltó, mirando a Mario.

—Por supuestísimo que sí —asintió el con tranquilidad.

Con sus palabras y su gesto gracioso, Nuria empezó a reír. Pero ¿cómo podía estar echándole las culpas a él?

Durante varios minutos bromearon por aquello, mientras el humo negro se iba disipando, y la canción de Shakira se repetía una y otra vez.

—Bonitas piernas... madurita —piropeó él.

—Las tuyas tampoco están mal... madurito —replicó ella.

Ambos rieron. Estaban en ropa interior.

—¿Pretendías quemar la casa?

Nuria suspiró.

—Quería hacer magdalenas —explicó, encogiéndose de hombros —. Y que conste que, cuando las tuviera, pensaba llevarte alguna

como buena vecina.

Mario, encantado, asintió. Todavía no se podía creer lo que acababa de ocurrir.

—Ven —le tendió la mano—. Bailemos esta bonita canción.

Sin dudarlo, Nuria se acercó a él y, abrazándolo, bailó aquella canción que siempre le había gustado tanto.

—La línea que marcaste te la has saltado tú. Lo sabes, ¿verdad? —murmuró Mario en su oído.

Nuria asintió. Aquel cincuentón con más paciencia que un santo, sonriente y calvete le había tocado el corazón.

—Pues que sepas que me la voy a volver a saltar otra vez —afirmó.

Y se la saltó. Vaya si se la saltó.

Capítulo 48

Las dos siguientes semanas fueron para Alma caóticas, pero espectaculares.

Caóticas, porque el trabajo en el atelier de novias, por las fechas en las que estaban era una locura. Y espectaculares, porque, aún en la intimidad, vivía plenamente el romanticismo y el amor. Incluso Saem, sorprendiéndola, le había regalado dos entradas para ir el 10 de julio al campo del Atlético de Madrid, el Riyadh Air Metropolitano, a ver a Bruno Mars. Eso a Alma la hizo muy feliz.

Otro bonito detalle de Saem era que todos los lunes cuando Alma llegaba a Diva y Radiante, tenía un precioso ramo de rosas blancas esperándola sobre la mesa con una romántica nota.

Por su parte, Nuria disfrutaba de lo iniciado con Mario ocultándoselo a todo el mundo. ¿Por qué? Ni ella misma lo sabía, pero el caso era que llevarlo en secreto le daba un morbo que era difícil de explicar.

Saem y Alma se veían todo lo que podían. Desayunar, comer, cenar o dormir juntos era algo tan deseado que se convirtió en una necesidad. Disfrutaban con robarse besos a escondidas. Mandarse flores al trabajo, o escribirse mensajes de WhatsApp. Pero todo tenía que ser con extrema discreción, porque Alma sentía que hasta el aire tenía ojos. A excepción de sus amigas, nadie podía saber que Saem y ella estaban juntos hasta que se lo contara a su hija.

En esos días, Elías llamaba continuamente por teléfono a Alma. Estaban ultimando los detalles de la fiesta sorpresa de cumpleaños

de Natalia, que era para primeros de julio, y cada vez que el teléfono sonaba y Alma leía el nombre de Elías, siempre se preguntaba si se habría enterado ya.

Además de las amigas de Alma, conocían el secreto de su relación también Ji Woo y su tío Mario. Saem se lo comentó a ambos. Su felicidad era tal que le resultó imposible de ocultar, aunque no sabía que Mario ya se había enterado. Nuria, dentro de su felicidad, se lo había contado.

Saem estaba pletórico y feliz. Y aunque sabía que debía tener paciencia y discreción porque así Alma lo pedía, su interior bullía de impaciencia. ¿Por qué no podían vivir libremente su amor? ¿Acaso tenían que ocultarse como si hicieran algo malo? Y aunque en ocasiones, cuando estaban juntos, era consciente de algunas miradas indiscretas, las ignoraba. Nadie tenía que decirle a él cómo vivir su vida.

Por su parte, Nuria y Mario vivían algo loco y pasional. Algo inexplicable, pero algo que ambos deseaban continuar.

La última semana de junio, Elías y Natalia se marcharon a Asturias. Natalia tenía una reunión con amigos en una casa rural y allá se fueron los dos. Era un plan que a Elías no le emocionaba, pero al que se apuntó porque no quería que Natalia fuera sola.

Las cuatro amigas se citaron para cenar en la terraza de un bonito restaurante de Madrid. Romina había firmado aquella mañana el divorcio, y aunque no era motivo de festejar, tampoco era para estar de luto.

—Lobas, llegan los brindis —anunció Nuria.

Todas sonrieron.

—Por tu nueva vida, Romina. Porque esté plagada de felicidad y alegría y seas asquerosamente feliz y nosotras lo veamos a tu lado —le deseó Alma, levantando la copa.

Romina, emocionada, asintió.

—Brindo por ti, aunque no debería de hacerlo porque te buscaste a otra abogada —siguió Estíbaliz—. Pero como te quiero, porque eres maravillosa, alzo mi copa por ti, Romina. Por el coraje de volver a buscar la felicidad, aun sin saber si el camino será recto o con curvas.

—Mejor recto. Las curvas ya las tengo yo de serie —bromeó Romina.

—Por tu nueva historia, Romina —levantó su copa una emocionada Nuria—. Espero que cada amanecer te traiga ilusión, que cada paso que des esté lleno de seguridad y que cada sonrisa que recibas te haga entender lo única y especial que eres.

Sorprendidas, todas la miraron.

—¿Quién eres tú y dónde está nuestra loba loca? —preguntó Alma, divertida.

—Pero qué te ha pasadoooo... —cuchicheó Estíbaliz.

—¿Tienes fiebre o te encuentras mal? —preguntó Romina.

Nuria rio a carcajadas. Estaba claro que las hormonas del amor que vivían en su cuerpo le hacían decir cosas como aquellas.

—Y por supuesto, y muy importante, que conozcas a increíbles chulazos que te aceleren el pulso, te suban la bilirrubina y ¡folles! como una loba —añadió, tirando de su ingenio.

Romina se rio a carcajadas.

—Esta si es mi Nuria —confirmó Alma.

Chocaron sus copas y bebieron y charlaron entre risas.

En todos los años que llevaban juntas, la vida no les había dado tregua. Si no era una cosa, era otra. El caso es que la vida cambiaba y ellas con fuerza y tesón se adaptaban. Y estaba claro que esto solo era un cambio más.

—En dos días me voy a la Toscanaaaaaa —canturreó Nuria.

—¡Qué maravilla! —exclamó Alma.

—¿Con quién vas? —preguntó Romina.

Nuria la miró. Se iba con Mario, pero dijo:

—Con uno que me va a hacer una inspección profunda, y con el que espero estar todo el santo día...

—¡Ni se te ocurra decirlo! —la cortó Romina.

Todas rieron.

—El 4 de julio te quiero aquí. Es la fiesta de Natalia —apostilló Alma.

—Por favorrr, Alma. ¡Por nada del mundo me la perdería! Regreso el día anterior —afirmó Nuria con decisión.

—Elías me llama todos los días para hablarme de la dichosa fiesta —explicó Alma—, y cuando me dijo que Saem y su equipo se harán cargo del *catering*, tuve que hacerme la nueva y, ¡joder!, ¡me sentí fatal! Os juro que cada vez que suena el teléfono y veo que es él, me sube el colesterol.

—Es que no sé a qué esperáis para contárselo a él y a Natalia.

—Romina, he de encontrar el momento idóneo para...

—¡¿Momento idóneo?! —se mofó Estíbaliz—. A ver, Alma. Yo te quiero mucho, pero ¿crees que habrá un momento idóneo para decirle a tu hija que tienes un rollito con el hijo de su novio?

Alma suspiró. Aunque le jorobara, sabía que Estíbaliz tenía razón. Cuanto más pensaba en lo que estaba ocurriendo, más loco le parecía.

—Exista o no exista ese momento idóneo, tengo que encontrarlo —señaló.

—Pues complicado lo tienes —afirmó Romina.

—Sé que pensaréis que estoy loca o que he perdido la cabeza, pero no puedo dejar de pensar en Saem —confesó Alma—. Desde que estamos juntos, me siento como nunca me he sentido en mi

vida, y me da una fuerza extra que yo no conocía. Para él, intuyo que no debe de estar siendo fácil vivir esta situación, y si la soporta ocultándola es por mí. Él ya le habría contado a su padre y a mi hija lo nuestro, porque, como él dice, ¿acaso tenemos que avergonzarnos por habernos enamorado? —Sus amigas parpadearon cuando ella añadió sonriendo—: Nuestro amor florece entre silencios y miradas.

—Las tonterías que hacen decir las jodidas hormonas del amor —se mofó Nuria.

—Ohhhh, ¡qué bonito! —afirmó una emocionada Romina.

—¿Desde cuándo eres tan romántica?

Alma suspiró. El romanticismo había irrumpido en su vida de una manera loca e irracional. Se encogió de hombros.

—Desde que siento que me quieren con la misma intensidad que yo quiero—afirmó.

—¡Por favorrr!

Durante varios minutos hablaron sobre amor, sentimientos, sensaciones, vida. Estaba claro que Alma estaba viviendo un momento único y especial.

—Por cierto. En agosto, cuando cerremos la tienda, Saem y yo nos iremos quince días a Fuerteventura —les comunicó—. Hemos alquilado una preciosa villa con piscinita privada junto al mar. Por lo que durante unos días disfrutaremos del sol, el mar, la luna...

—¡Y el folleteo!

—¡Nuriaaaa! —gruñó Romina.

Alma, divertida, asintió. Sin duda disfrutarían de todo eso.

Saem y ella habían decidido irse juntos de vacaciones en agosto lejos de todo y todos.

—¿Con quién le has dicho a Natalia que te vas de vacaciones? —quiso saber Romina.

—Conmigo —afirmó Nuria—. Soy su mejor coartada, puesto que en agosto posiblemente me vaya a visitar a mi amiga Karen a Irlanda.

—Ayer recibimos una buena oferta por el piso —cambió de tema Romina—. Roberto y yo lo hablamos y la vamos a aceptar.

Todas la felicitaron. El divorcio entre Roberto y Romina estaba siendo ejemplar. Ellos lo llevaban bien, y las hijas lo asumieron con madurez. Si aquello era lo que sus padres querían y estaban bien, ¿quiénes eran ellas para opinar?

El teléfono de Alma sonó. Y al ver que era un mensaje, sonrió.

Saem
¿Cómo está mi loba preferida?

Leer eso le hizo sonreír. Saem no paraba de hacerle la vida fácil, y rápidamente tecleó.

Yo
Bien. ¿Tú mucho trabajo?

Saem
Lo típico de un viernes noche. ¿Al final nos vemos en DeLokos?

Yo
¿Lo dudas? Iré con las lobas. Romina y Estíbaliz quieren conocerlo.

Saem
Nos vemos allí. Y que sepas que me muero por verte, aunque no pueda ni acercarme. Besos

Yo
Besos

Cuando dejó el teléfono sobre la mesa, al ver cómo la miraban sus amigas, explicó:

—Era Saem.

—Lo sabemos —afirmó Romina—. Vimos la purpurina salir a borbotones de tu teléfono.

Todas se rieron.

—¿Habéis visto al morenazo que hay sentado a vuestra derecha? —dijo Nuria.

Como un resorte todas miraron. Cerca de ellas estaba sentado un hombre realmente guapo.

—Por Dios, Nuria... No puede tener más de treinta años —dijo Estíbaliz.

—¡Justo como me gustan!

Riendo estaban cuando Alma se fijó en que dos parejas que tenían en la mesa de al lado miraban hacia atrás y cuchicheaban. Ella dirigió, curiosa, su atención hacia el mismo lugar y se encontró con una pareja que reía, se besaban y hablaban cogidos de la mano. Ella era mayor que él.

—Ya sabes por qué los miran, ¿verdad? —dijo Estíbaliz. Incómoda, Alma asintió. Ver cómo aquellas personas observaban a la pareja que estaba feliz a lo suyo era indignante; su amiga insistió—: Y sabes que así te mirarán a ti y a Saem cuando decidáis dar el paso.

Alma volvió a asentir. De sus amigas, Estíbaliz, aunque la apoyaba, seguía siendo la más crítica.

—Lo sé. Y estoy preparada para ello —respondió.

Guardaron silencio unos segundos. En ese momento, Alma escuchó una nueva tontería a los de la mesa de al lado; entonces se levantó y se acercó a ellos.

—Sí. Ella es mayor y él más joven y simplemente son una pareja que se gusta, no un fenómeno paranormal para que los estéis

mirando como lo hacéis —les espetó—. Y vosotras dos —dijo, mirando a las mujeres— deberíais entenderla en lugar de burlaros de ella. ¿No os da vergüenza?

Al terminar, se volvió a sentar en su sitio.

—La madre que te parió, Alma —murmuró Estíbaliz.

Molestas, las parejas de la mesa de al lado la miraron. Pero ¿quién era ella para decirles algo así? Sin embargo, a diferencia de Alma, ellos no se levantaron.

—¿Por qué las propias mujeres somos tan críticas entre nosotras mismas? —preguntó Romina.

—Por envidia —afirmó Alma.

—Exacto, loba —dijo Nuria, y añadió—: Por eso yo me acuesto con tíos más jóvenes que yo. Es mi manera de rebelarme contra el mundo. Y de joder a las pedorras que tanto miran y critican.

—Como mujer fuerte que soy —indicó Alma—, me niego a aceptar la sumisión a la que hemos sido sometidas las mujeres por la sociedad durante años con respecto al amor. Yo, a mi manera, también quiero aportar mi granito de arena para que algo que todavía se ve «raro» se normalice.

—Olé, qué bien habla la loba —aplaudió Nuria. En ese instante, le sonó el teléfono.

—¿Quién te escribe? —preguntó Estíbaliz.

Era Mario. Le decía que tenía ganas de verla esa noche. Nuria con picardía les enseñó el teléfono, y Estíbaliz leyó el nombre:

—¡¿Follamigo de 10?!

—Sí.

Alma soltó una carcajada.

—¿En serio lo tienes grabado como follamigo de 10? —se sorprendió Romina.

—Sí.

—Pero, por Dios, Nuria. Ese chico tendrá nombre.

—Lo tiene. Pero lo recuerdo más por la puntuación que por el nombre y este ¡es un diez follando!

—La madre que te parió —se mofó Estíbaliz.

—Follamigo de 10. Soltero. Español. Militar. 1,86. Deportista —enumeró Nuria—. ¿Me lo follo esta noche otra vez o no?

—¡Cualquier día la mato! —protestó Romina.

—A ver, lobas. Solo os estoy preguntando. ¿Qué hago? ¿Le digo que sí o le digo que no? Y cuidado con vuestra respuesta, porque el tío es un diez en la cama. Ni os imagináis qué manos tiene y cómo mueve ese culito cuando...

—Nuriaaaaaa —la cortó Romina, muerta de la risa.

Divertidas, estaban todavía comentando el asunto cuando el teléfono le sonó a Alma.

—Hola, corazón —saludó ella, feliz.

—Hola, mamá, ¿dónde andas?

—Cenando con las chicas. ¿Y tú?

—Cenando frente a un prado plagadito de vacas ¡monísimas!

Alma sonrió.

—¿A Elías también le parecen monísimas las vacas? —preguntó con cierta picardía.

—No está aquí.

—¿Cómo que no está ahí? —se sorprendió Alma, bajando la voz.

—Pues mira, mamá. Se puso muy pesadito esta mañana. Primero, que si la casa donde todos nos quedamos es pequeña y huele a humedad. Segundo, que si la cama de la habitación que nos ha tocado era de batalla. Tercero, que debo dejar de escalar porque, según él, eso no es ni prudente ni femenino.

—Vaya...

—Sí, mamá, sí, ¡lo que oyes! Ayer hicimos senderismo por la montaña y se empeñó en venir. Al final, tuvo que regresar Javi a por el coche para traerlo de vuelta. Y cuando esta mañana comenzó a criticar a Óscar y a decirme que le molesta la complicidad que tengo con él, me cansé y lo invité a que se fuera a un hotel spa de lo más pijo que hay cerca de donde estamos. Y se marchó. Enfadado, pero se marchó.

—Pero, Natalia, ¿qué plan es ese?

—A ver, mamá. Él fue quien quiso venir. Le dije que no le gustaría nuestro plan porque queríamos hacer escalada y senderismo, pero él se empeñó. Cuando él queda con sus amigos, yo me integro con ellos. ¿Por qué él ni lo intenta? En definitiva, que lo recogeré mañana con el coche cuando regresemos a Madrid. Y si sigue enfadado, es su problema, no el mío.

Por lo que le contaba su hija, Alma entendió que la idílica relación entre ellos comenzaba a tener fisuras.

—Corazón, pero ¿estás bien? —quiso saber.

—¡Perfecta, mamá! —afirmó Natalia con seguridad, aunque tenía que reconocer que las palabras de Saem, de vez en cuando, le rondaban por la cabeza.

Alma asintió. Conocía a Natalia, y aunque no le había comentado lo hablado con Saem, pues eso era meterse excesivamente en su vida, sabía que nunca se dejaría doblegar por nadie. Y entre esos «nadies» estaba Elías, por muy todopoderoso que se creyera.

Tras hablar con ella unos minutos se despidieron y cuando colgó el teléfono, un camarero se acercó y dejó sobre la mesa cuatro vasitos.

—Estos chupitos de orujo son invitación de esos caballeros —les dijo.

Al mirar se encontraron con unos hombres que les sonreían y Nuria, reconociendo a uno de ellos, cogió uno de los vasitos, se lo

bebió y les gritó:

—¡A vuestra salud!

Acto seguido sus amigas hicieron lo mismo, y cuando dejaron los vasitos vacíos Nuria cuchicheó:

—Joder... ya me he hecho un lamparón.

—La Lamparones, te vamos a llamar —se mofó Alma.

—El tipo de azul es Chema —indicó Nuria.

—¿Y quién es Chema?

—Uno con el que hice cuchi cuchi. Un siete raspado.

—¡Nuria, por favorrrr! —protestó Romina.

—¡Pero si he dicho cuchi cuchi y no follar!

Nuria miró a su amiga, divertida. Le encantaba hacerla rabiar.

—Pero vamos a ver, Romina, has preguntado y he respondido.

—¿Y tienes que utilizar esa palabra?

—La tiene que utilizar porque lo que hizo fue ¡follar! —afirmó Alma.

—¡Otra! —se quejó Romina.

Alma, al recordar el sexo con Saem se acaloró, y viendo que las dos parejas rancias que habían prejuzgado a la otra se marchaban, soltó:

—Pues que sepas que yo con mi unicornio follo y hago el amor, ¡depende del momento!

Horrorizada, Romina puso los ojos en blanco mientras sus tres amigas se reían. El tal Chema se acercó a ellas y saludó a Nuria.

—¿Os apetece tomar algo en el Black Jack? —les propuso.

—Gracias, pero tenemos planes —indicó Alma, deseosa de ver a Saem.

Vacilaron unos minutos con él.

—La verdad. No me apetece mucho ir a DeLokos —dijo Nuria cuando Chema se marchó.

—¿Por qué? —preguntó Romina.

—Ver al vecino es lo último que quiero.

Alma y sus amigas se miraron. La antipatía de Nuria por el vecino era tremenda.

—No tienes por qué saludar al madurito potentón si está allí —dijo Estíbaliz—. Nosotras no vamos para estar con él. Vamos para tomar una copa y pasarlo bien.

Nuria sonrió. Por cómo la miraban había interpretado a la perfección su papel.

—Vale. Iré un ratito —claudicó.

—¡Te comoooo! —la abrazó Romina, feliz.

Una hora después, cuando entraron en el DeLokos, Alma viendo a Nuria sonreír no pudo evitar comentar:

—Te juro que no te pillo.

—¿Por?

—Porque tan pronto dices que no quieres venir, como te veo feliz por estar aquí.

Nuria parpadeó. Debía tener más cuidado. Las ganas locas que sentía por ver a Mario casi le delataban. Desde el desastre de las magdalenas, sus encuentros se habían duplicado. De pronto, aquel madurito caballeroso y paciente que no se enfadaba casi por nada, y al que le encantaba el vacile tanto como a ella, había adelantado por la derecha a cualquier jovencito.

—A ver. Si por mí fuera, habría ido a otro local a tomar algo —respondió con indiferencia—. Pero vosotras tres queríais venir aquí y simplemente me adapto a la situación. Me guste o no.

—Últimamente, te noto rara —observó Alma, mirándola de reojo.

—¡Anda ya!

—Que sí. ¡Te siento como dispersa!

—Por favorrr.

—No sé. Tengo la sensación de que me ocultas algo.

—Pero ¿qué te voy a ocultar?

—No sé. Tú sabrás. Pero me lo dice tu mirada.

—Mira, loba —la cortó para que no prosiguiera—. Déjate de tonterías y que sepas que quizá en un ratito desaparezca cuando hable con follamigo de 10.

Ambas rieron y se dirigieron hacia sus amigas. Se lo querían pasar bien.

Capítulo 49

No llevaban mucho en el local cuando Nuria vio a Mario. Estaba apoyado en una barra hablando con una pareja, y con disimulo tomó aire. Mario para ella era, en ese instante, el hombre más tentador del local, y lo observó desde la distancia mientras sentía cómo toda ella se calentaba.

Pero ¿cómo podían las hormonas traicionarla así? ¿Acaso a ella no le gustaban jovencitos?

Pero sí. Mario no solo había adelantado a todos los jovencitos por la derecha, sino que estaba creando en ella una necesidad de estar con él para que la vacilara que le comenzaba a preocupar, y dándose la vuelta dejó de mirarlo. Tenía que bajar las revoluciones de aquello cuanto antes.

Dio un trago a su bebida y vio a Alma sonreír. Saem acababa de llegar. Sin moverse, Nuria vio cómo los ojos de su amiga brillaban. Le delataban. Pero la discreción con la que llevaban su relación les impedía acercarse, besarse y comportarse como una pareja normal. Tenían que reemplazar las palabras por miradas. Eso hizo que volviera a mirar a Mario, y resopló. ¿En serio estaba viviendo lo mismo que su amiga?

Saem se acercó hasta ellas y las saludó una por una con caballerosidad. Nuria le sonrió. Ahora que lo conocía mejor veía en él a un hombre agradable, paciente, caballeroso y simpático que, desde luego, hacía todo lo posible por ver a Alma. Saem, con su personalidad y sencillez, se las había ganado a todas sin

despeinarse. Estaba claro que había tenido un buen maestro. Su tío Mario.

Estaba pensando en ello cuando vio a Saem acercarse a su tío Mario. Se saludaron con afecto y rápidamente el recién llegado señaló hacia donde ellas estaban. Inmediatamente su mirada y la de Mario se cruzaron, pero ninguno se sonrió. Así debían proceder.

Minutos después, Saem y su tío se aproximaron a ellas con una bandeja llena de bebidas. Encantadas, todas sonrieron.

—¿Has aparcado la escoba en la puerta? —le preguntó Mario a Nuria.

—Sí. Al lado de tu andador.

—¡Nuria! —exclamó Estíbaliz.

Boquiabierta, Alma cogió la mano de su amiga.

—Por favor, haya paz —recomendó Saem con gesto apurado.

—Ha empezado él. ¿Y sabes por qué? Porque el que es tonto, es muy tonto. Tu jodido tío, Saem, ¡es muy tonto!

—Respira, que te conozco —susurró Romina.

—Oye, ¿tu escoba es eléctrica o manual? —insistió Mario, divertido.

Nuria lo miró.

—Manual, soy bruja tradicional —replicó, al ver la burla en el rostro de él.

Saem miró a su tío para que se callara, pero él lo ignoró.

—Eres tan intensa que hasta los fantasmas te piden espacio —soltó.

—Y tú tan primitivo que hasta el fuego te parece innovación —contraatacó Nuria.

Acto seguido, Alma, para acabar con aquella guerra dialéctica, sin soltar la mano de Nuria, la alejó. Y al ver que Estíbaliz y Romina las seguían, Saem se encaró a su tío.

—¿A qué ha venido eso? —protestó.

Mario sonrió. Aquella jodida bruja morena y el juego que se traía para que nadie supiera que se veían le encantaban.

—Tenemos derecho de admisión en el local, ¿no? —respondió.

—Tío, por favorrrrr...

—¿Brujas aceptamos?

Saem resopló y le pidió tranquilidad. No quería que la noche se jorobara.

Mientras ellos hablaban, Nuria le lanzaba miraditas a Mario. A su manera se entendían y disfrutaban de aquel teatrillo que los excitaba. Empezó a sonar la canción *Si antes te hubiera conocido*, de Karol G., y las chicas, animadas, salieron a la pista a bailar.

Tío y sobrino las observaban.

—Adoro a esa mujer —susurró Saem al ver cómo disfrutaba Alma.

—Yo también adoro a la bruja de su amiga —indicó Mario con una gran sonrisa.

—Tío, ¿pero qué os pasa?

—Pues lo normal, Saem. Somos vecinos y no nos soportamos.

Con gesto de pesar, él movió la cabeza.

—¿Cuándo le vas a contar a tu padre lo tuyo con Alma? —preguntó Mario.

—De momento, no. Alma no quiere que lo sepan ni él ni su hija.

—¿Por qué?

—Porque creo que teme sus reacciones.

Mario asintió.

—Estas cosas, Saem, se terminan sabiendo —vaticinó, sin dejar de mirar a aquellas cuatro mujeres que lo pasaban de lujo bailando en la pista—, por lo que cuanto antes se digan mejor.

—Somos discretos.

—No dudo que lo seáis. Pero las miraditas os delatan. —Saem resopló. Bastante tortura era no poder comportarse con normalidad como para que tampoco pudiera mirarla—. A tu madre le gustaría mucho Alma —añadió Mario.

—Lo sé —sonrió Saem.

Uno de los camareros se acercó a ellos. Necesitaba reponer varias botellas de güisqui, y Mario se alejó con él, mientras Saem saludaba a unos clientes asiduos del local e intentaba ser más discreto con Alma.

Cuando el camarero cogió del almacén las botellas que necesitaba, y Mario estaba regresando a la barra, vio a Nuria salir del baño. Por ello apretó el pasó y antes de que ella entrara en la sala, la arrinconó contra la pared y la besó.

Aquel furtivo e inesperado beso a Nuria le encantó. Lo disfrutó, y más cuando lo oyó decir:

—Deseo ya estar en la Toscana.

Y sin más, Mario se dio la vuelta y se marchó.

Acalorada por aquello, Nuria quiso ir tras él, pero no podía. Si lo hacía, los verían y quedaría al descubierto lo que tenían. Por lo que, recomponiéndose, se dio aire con la mano y se acercó a una de las barras. Necesitaba algo fresco.

Mientras se bebía la cerveza, buscó a Mario con la mirada y lo vio al otro lado del local. La caballerosidad, impetuosidad y romanticismo de aquel hombre estaban pudiendo con ella. Aquel madurito potentón sin un pelo en la cabeza, pero con un corazón bonito, le gustaba mucho.

—¡Me muero de sed! Una cerveza por favor —pidió Alma, que se había acercado a ella. Ya con la bebida en la mano, Alma señaló—: Mira qué dos.

Al mirar, Nuria vio a Estíbaliz y Romina hablando con Saem, felices y entregadas. Estaba claro que había conexión entre ellos.

—Nunca lo admitirán, pero llevan las bragas por los tobillos —susurró Nuria en su oído. Alma soltó una carcajada, y su amiga preguntó—: ¿Cómo lo puedes soportar?

—¿El qué?

—El ver a Saem y no besarlo ante todos.

Alma suspiró.

—Es complicado —reconoció, sin apartar la mirada de su guapo chico—, pues cuando lo veo, mi parte loca e irracional, te juro, Nuria, que me grita que le arranque la ropa, lo bese y le haga las mayores guarradas que te puedas imaginar, perooooo... mi parte sensata, madura y racional grita más, y me exige que me controle, porque tengo una edad como para ir haciendo el tonto en público y porque tengo que hacer las cosas bien por Natalia.

Nuria asintió. Qué difícil era el control que aquella se exigía.

—Voy al baño —dijo Alma.

Cuando ella se alejó, Nuria volvió a buscar con la mirada a Mario, y entonces vio que se metía en el que sabía que era el despacho del local. Al instante, vibró su móvil. Era Mario. Sin abrir el mensaje y con disimulo, caminó hacia el despacho y cuando comprobó que nadie la veía, abrió la puerta y se metió.

Mario, al verla, sonrió.

—¿Qué hace una bruja contestona como tú por aquí? —le preguntó, acercándose a ella.

Nuria lo besó. En esta ocasión, fue ella la que atacó. Sus bocas. Sus lenguas. Sus cuerpos se encontraron y cuando el momento se les comenzó a ir de las manos, Mario cerró el pestillo de la puerta. Sin hablar y excitada, se subió la falda. Mario se desabrochó el cinturón del pantalón.

—Te cogería en brazos —le dijo—. Pero creo que anoche nos excedimos, y si lo hago, tendrás que llamar al Samur.

Nuria soltó una carcajada. Le encantaba su naturalidad y sobre todo su manera de ser. Y acercándose a la ordenada mesa, con ímpetu tiro al suelo todo lo que había sobre ella.

—Woooo, ¡momento película! —murmuró Mario.

Divertida por aquello, se quitó las bragas y se sentó en la mesa. Mario, hechizado por la sensualidad que ella le mostraba, con una sonrisita socarrona se le acercó. Con mimo, chocó su nariz con la de ella, le quitó el móvil de las manos, y cuando fue a dejarlo sobre la mesa, algo llamó su atención. En la pantalla ponía algo.

—¿Follamigo de 10? —leyó, con cierta confusión.

—Sí.

El gesto de él cambió.

—Toma. Por si quieres ver qué mensaje te manda tu follamigo de 10 —le dijo, entregándole el móvil.

Nuria sonrió y cogiendo el móvil, leyó en alto:

—Pregunta: «¿En tu casa o en la mía?».

Oír eso hizo parpadear a Mario. Aquel era el mensaje que él le había enviado segundos antes.

—¿¡Soy follamigo de 10!? —preguntó, cambiando su gesto.

Nuria, que dejó el teléfono sobre la mesa, asintió, y Mario abriendo sus piernas, encontró lo que buscaba y mirándola a los ojos, la penetró. Aquello hizo que ambos jadearan extasiados. El morbo del momento y lo mucho que se deseaban eran un excelente afrodisiaco y, besándose, se poseyeron con premura. Estaban en el despacho y sabían que Saem o cualquiera de los camareros podrían querer entrar en cualquier momento. Y cuando el clímax les llegó y los dos jadearon extasiados, Mario, con el corazón acelerado, murmuró:

—Me vas a matar... bruja. —Nuria sonrió, y él preguntó—: ¿Por qué nos ocultamos como mi sobrino y tu amiga?

—Porque es morboso y porque no es buena idea que sepan que tú y yo también estamos liados.

—Pues no lo entiendo.

Nuria se incorporó de la mesa.

—A ver cómo te lo explico —señaló—. Natalia, hija de Alma, está saliendo con tu hermano Elías. Alma, madre de Natalia, está viéndose con Saem, el hijo de tu hermano y tu sobrino. Y yo, madrina de Natalia, y amiga íntima de Alma, estoy contigo, que eres el hermano del novio de Natalia y el tío de Saem.

—¡Si es que los Basagoitia somos la hostia!

Nuria se rio. Y tras darle un dulce mimo de esos que solo regalas a alguien especial, se limpió con un kleenex, se puso las bragas y se bajó la falda, luego le guiñó el ojo y cogió su teléfono móvil.

—No sé si seréis la hostia los Basagoitia, pero lo que sí sé es que nos estáis complicando la vida —admitió.

—¡Ahí va la hostia, tú! —se mofó Mario.

—Y esto que ha ocurrido, aquí y ahora, ha sido por provocarme —dijo, asiéndolo de la camisa para acercarlo hasta ella con brusquedad—. Si quieres más y mejor, en una hora te espero en «mi casa».

Dicho esto, lo soltó, caminó a la puerta, quitó el pestillo, y tras una última mirada que a Mario lo derritió, se marchó del despacho.

—¡Será bruja! —murmuró él, con una gran sonrisa dibujada en su cara.

Con paso seguro y sonriendo por lo ocurrido, Nuria se acercó hasta sus amigas.

—¿Y esa sonrisita? —preguntó Alma, al verla llegar.

Nuria, que llevaba su teléfono móvil en las manos, se lo enseñó.

—¡Follamigo de 10! ¡Me pirooooo! —le dijo, guiñándole un ojo.

Alma hizo un gesto afirmativo, y miró a Saem. Ella tendría que esperar un poco, pero luego no se contendría.

Capítulo 50

Cuando Saem se despertó, miró a su alrededor y sonrió. Estaba en casa de Alma y por el olor a café, sabía que se había levantado.

Fue a moverse cuando de pronto se sorprendió. Sugar, aquel perro que solía gruñirle siempre que lo veía, estaba dormido y acurrucado contra él.

—Vaya... vaya... —murmuró.

Al oírle, Sugar lo miró, y Saem con cariño, acarició su cabecita.

—Me gusta que tú y yo finalmente seamos amigos —le dijo.

Instantes después, Saem se levantó y en calzoncillos salió al pasillo. Se encaminó al salón y allí vio a Alma sentada en una de las bonitas sillas de la terraza tomándose un café, mientras retocaba ciertos diseños en un cuaderno que estaba preparando para el catálogo anual.

Estaba tranquila y serena. Aquello se podía ver con facilidad en su rostro y sonrió al reconocer lo que sonaba. Alma estaba escuchando la lista de Spotify que él le había confeccionado con música coreana y de Shakira, como ella le había hecho otra a él, con música de Shakira y coreana. Sonaba Whee In, una de sus cantantes preferidas.

—¡Buenos días, preciosa! —la saludó.

Al oírlo, Alma lo miró. La tentación andante se acercaba a él.

—Buenos días, precioso —murmuró, sonriendo.

Tras un cálido beso de buenos días, Saem se sentó a su lado.

—¿Quieres un café? —le preguntó ella.

Saem asintió, y ya con su taza en la mano, echó una ojeada al cuaderno de Alma.

—¿Qué es esto? —le preguntó.

—El boceto de cómo va a quedar Diva y Radiante cuando la ampliemos. Lo tengo todo planeado y ¡será espectacular!

Sorprendido, Saem lo examinó, y tras pasar varias hojas y encontrarse con dibujos de vestidos de novia, exclamó:

—¡Qué maravilla! ¡Qué bien dibujas!

—Son ideas que se me ocurren para la nueva colección de vestidos de novia.

Con curiosidad, Saem los miró detenidamente.

—¿Alguna vez diseñaste un vestido de novia para ti?

—Sí —afirmó. Quería ser sincera.

—¿Y lo puedo ver?

—No.

—¿Por qué? —Ella se encogió de hombros graciosamente, y él, sonriendo, dijo—: ¿Sabes que en este preciso instante estás muy guapa?

Alma suspiró. Él y su galantería.

—Gracias. Pero recién levantada y sin haber pasado por chapa y pintura, sé que tengo ojeras, los parpados se ven caídos, y se marcan las líneas de expresión. —Saem sonrió cuando ella añadió—: No como a ti, que tienes esa piel tan tersa y luminosa, que no tienes ni ojeras, ni líneas de expresión que arreglar ¡ni nada! Estás perfecto.

—¿Por qué eres tan dura contigo misma? —Sorprendida por aquella pregunta, no supo qué responder, y él, acercándose a ella, murmuró—: Para mí eres bella las veinticuatro horas del día por dentro y por fuera. Cuando vas maquillada, estás increíble. Y cuando

estás sin maquillar, como ahora, eres preciosa porque me muestras tu verdad. Y eso, mi vida, a mí me encanta.

—Uis, mi vida...

—Eres mi vida —afirmó él.

Alma, acalorada, se dio aire con la mano. Las bonitas cosas que Saem le decía a veces le hacían creer que vivía en un sueño.

—Iba a bajar al gimnasio, ¿te animas? —preguntó.

Ya la había acompañado en otra ocasión. Tenía en el coche la bolsa que solía llevar al gimnasio.

—Claro que sí —asintió.

Se tomó el café mientras ella le hacía monadas a Sugar.

—Voy a vestirme y a bajar a mi coche —le dijo—. Allí tengo una bolsa con ropa de deporte. Si quieres, ve yendo tú.

—¡Perfecto! Allí nos vemos.

Alma cogió a Sugar entre sus brazos.

—Si esto es un sueño, mi querido destino o universo, no se te ocurra despertarme —murmuró.

Cinco minutos después, cuando Saem salió de la casa con un juego de llaves, Alma, vestida para la ocasión, se dirigió hacia el gimnasio. Como siempre, estaba vacío. Pocos vecinos lo visitaban.

Diez minutos después, trotaba sobre la cinta de correr, cuando notó que alguien a su derecha se le acercaba.

—Hola, Caramelito —oyó, después de recibir un beso en el cuello.

Al oír la voz de Ricardo, y notar sus labios sobre su cuello, perdió el ritmo.

—Hola, Ricardo —saludó con rapidez.

Él se situó en la cinta de correr de al lado y la puso en marcha.

—¿Dónde te metes últimamente que no te veo por aquí? —preguntó él.

—Estoy muy ocupada en el trabajo —respondió Alma.

Ricardo sonrió.

—Hoy estás radiante y tentadora —le dijo en tono íntimo—. ¿Te apetece venir a mi casa un ratito, Caramelito?

Cuando iba a contestar, notó la presencia de alguien a su izquierda y escuchó:

—No. No va a ir a tu casa. Y se llama Alma. No *Caramelito*.

La ronca voz de Saem al decir aquello la impresionó.

—¿En serio?... No lo sabía —respondió Ricardo, perplejo.

Alma, que corría sobre la cinta con Ricardo a su derecha y Saem a su izquierda, no podía dejar de mirarlos. La antipatía creada en décimas de segundo entre los dos le inquietó. Le dio al botón para que la máquina se detuviese.

—¿Se puede saber qué os pasa? —gruñó, molesta al ver cómo se miraban.

Saem no contestó.

—A mí, nada —dijo Ricardo.

—¿Así te saluda siempre? —preguntó Saem, que al entrar había visto cómo el vecino besaba a Alma en el cuello.

Alma asintió. No quería mentir.

—Mejor vayámonos —dijo Saem, incómodo con la situación.

—Pero si acabamos de llegar.

Saem la miró. ¿En serio le estaba diciendo que no?

—Vete tú —dijo Ricardo—. Ella se queda en el gimnasio conmigo. ¿Verdad, *Caramelito*?

Oír aquel apodo a Saem le estrujó las tripas.

—Te he dicho que se llama Alma. No *Caramelito* —repitió con tranquilidad.

—Tú me vas a decir a mí cómo tengo que llamarla.

—Sí.

—¡Venga, hombre! —se mofó Ricardo.

Alma no daba crédito.

—¿En serio? —protestó—. ¿De verdad que con la edad que tenéis estáis compitiendo a ver quién mea y llega más lejos?

Los dos hombres la miraron.

—¿Pero este tipo quién es? —preguntó Ricardo, ahora molesto.

Alma, desconcertada por aquello, al ver cómo Saem la miraba, sin pensárselo respondió:

—Un amigo.

Aquel simple «un amigo» a Saem le molestó. ¿Solo era eso para ella? Y sin decir nada, se dio la vuelta y se marchó.

—Pues vaya amigos que te echas —apostilló Ricardo.

Molesta, Alma resopló, se bajó de la cinta y corrió para salir del gimnasio. Vio a Saem caminar hacia la salida de la urbanización y, acercándose a él, lo cogió por el brazo y lo detuvo.

—Pero ¿me puedes explicar a qué ha venido eso?

Saem parpadeó. Haber visto cómo aquel tipo la besaba en el cuello y luego le llamaba Caramelito le enfureció. Pensar en la intimidad que ellos habían tenido le retorció las tripas.

—¿Frialdad coreana? —preguntó ella, viendo su gesto serio y duro.

No le gustó oír aquella frase que tanto odiaba porque su padre se la decía muchas veces.

—No vuelvas a decirme eso —siseó.

—Y tú no vuelvas a decirme lo que puedo decir o no —replicó Alma, ofuscada porque lo ocurrido la había desconcertado.

Se miraron, molestos, durante un rato.

—¿Quieres que montemos un numerito? —dijo Saem, queriendo buscarle las cosquillas.

—Vete a la mierda, Saem.

—¿¡Un amigo!? —exclamó él, tras un breve silencio.

—Sí. ¿Qué querías que dijera?

—Cualquier cosa menos un amigo.

—No puedo decir otra cosa. Ni siquiera puedo presentarte por tu nombre, porque Ricardo conoce a Natalia y ¡joder, Saem, entiéndelo! No me vengas con gilipolleces de celos.

—Simplemente imagina la situación al revés —le soltó él en un tono que dejaba traslucir algo más que enfado. El silencio se alargó más de la cuenta. Alma necesitaba pensar para actuar con claridad, y él, viendo que ella no pensaba decir nada, dio por zanjada la conversación—: Me voy. Ya hablaremos.

Y sin más, se dio la vuelta y se alejó. Alma no se movió de su lugar. No pensaba tolerar tonterías como aquella. Ya tenía una edad.

Molesta, se dio la vuelta y caminó hacia su portal mientras sentía cómo todo su cuerpo bullía de rabia y frustración. ¿En serio Saem se comportaba así? ¿De verdad que con la química y conexión que había entre ellos era incapaz de entender por qué lo había presentado así? Y cuando fue a abrir la puerta para meterse en su portal, se paró y maldijo. ¿Pero cómo era tan tonta? ¿Cómo estaba tan ciega? Si el caso hubiera sido al revés, si una mujer lo besaba en el cuello y lo llamaba Caramelito delante de ella y luego él simplemente la presentaba como a una amiga, claro que le hubiera molestado.

—La he cagado...

El enfado se esfumó y una extraña culpa silenciosa apareció. Pero ¿cómo podía haber reaccionado así con Saem? Y dándose la vuelta, comenzó a correr para ir en su busca cuando, de pronto, lo vio caminar hacia ella. En lugar de parar, ella siguió corriendo y cuando llegó a su altura directamente lo abrazó.

—Lo siento... lo siento... lo siento —murmuró.

Saem asintió, y abrazándola, sonrió. Cuando estaba a punto de salir de la urbanización se dio cuenta de lo ridículo de la situación. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué se marchaba sin hablarlo? Así que se dio la vuelta para ir a su encuentro, y cuando vio que corría hacia él, se emocionó.

En silencio y abrazados regresaron al ático de Alma donde, al entrar, Sugar les saludó con devoción. Pero ellos solo deseaban besarse. Devorarse. Lo que había ocurrido les había hecho entender que lo suyo era importante, demasiado importante, y sin prisa, pero sin pausa, hicieron el amor con mimo, lujuria y desenfreno, hasta que un clímax desbordante los envolvió.

Sobre la cama y con los corazones acelerados por lo vivido, Saem, mirándola, murmuró.

—Siento haberme puesto así. Me dejé llevar por los celos y la frustración de no saber por qué te llama por ese ridículo nombre, y eso nunca es bueno.

—No. No lo es. —En silencio se miraron cuando ella dijo—: Me llama así porque dice que soy dulce como un caramelito. Simplemente por eso. —Saem seguía un poco molesto por entender a qué se refería Ricardo, pero ella prosiguió—: Cuando me puse en tu lugar como me dijiste, me di cuenta de mi error. Si yo hubiera visto que otra mujer te... Uf... mejor no lo pienso, porque me cabreo. Además, y esto me da vergüenza decirlo, creo que hubiera reaccionado peor que tú.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Y aunque nunca te he mencionado a Elvira, la amiga de tu padre, he de decirte que nunca me gustó cómo te mira y cómo se refiere a ti. Soy muy loba para lo mío.

Eso hizo a Saem sonreír.

—Tú y yo tenemos un pasado que debemos respetar y aceptar —dijo, abrazándola—. Tú has tenido tus relaciones, yo he tenido las mías, y...

—¿Alguien de tu pasado te ha llamado algo parecido a Caramelito?

Saem, sin dudarlo, asintió.

—Vale. Mejor no me digas quién —prefirió ella, dándose aire con la mano.

Capítulo 51

Varios días después, la mañana para Alma comenzó mal. Al ir hacia el trabajo, un coche no vio que el semáforo se ponía en rojo, y le dio un golpe por detrás. Por suerte, ella había salido totalmente ilesa, pero su coche tuvo que ser remolcado por una grúa. Tenía que ir al taller.

Sin decir nada a nadie, o todos se alarmarían, Alma cogió un taxi para llegar a su trabajo. Ese día lo tenían completo.

Estaba concentrada en su trabajo cuando llegó un repartidor y le dejó un bonito ramo de rosas blancas. Sonriendo lo miró. Tenía el del lunes y ahora le llegaba otro; abrió la tarjetita y leyó: «Deseando que llegue la noche para verte. Porque tú eres mi momento favorito del día». Con una sonrisa, miró el techo. Saem la hacía volar.

Tras una mañana en la que a la tienda acudieron varias novias para recoger sus vestidos y tuvieron que realizar varias entregas en diferentes casas, a Alma le sonó el teléfono. Al ver quién era, no pudo evitar sentir un cierto recelo.

—Buenos días, Elías —saludó.

—Buenos días, Alma. ¿Qué tal todo?

Por el tono de su voz, supo que no sabía nada de lo que ocurría entre Saem y ella, así que se relajó.

—Bien. Todo bien —respondió.

—Qué bueno saberlo. Te llamo por lo del sábado. Estoy ansioso por ver la cara de Natalia cuando vea lo que le hemos organizado.

—¿Has enviado las invitaciones a sus amigos?

—Sí. Teresa lo hizo. Y también tengo la información del *catering* que nos va a servir Saem. Te la pasaré por email.

—Estupendo —afirmó, a pesar de que lo habían preparado juntos para que todo le gustara a Natalia.

—Alma, te agradezco muchísimo lo que te implicas conmigo en todo. No tengo palabras para darte las gracias porque nunca me hayas prejuzgado y que remes siempre a nuestro favor.

—No hace falta que digas eso, Elías. Pero gracias.

Un raro silencio se originó entre ellos. Alma miró embelesada las rosas blancas de Saem.

—Quería comentarte algo —continuó Elías—. Últimamente Natalia y yo hemos tenido varios desacuerdos. Vamos, que está sacando los pies del tiesto y...

—¿Qué está sacando los pies del tiesto?

—Bueno, mujer, ¡es una manera de hablar! —No. Para Alma aquello no era una manera de hablar, y le cabreó. Se callaron durante unos instantes, mientras ella contaba hasta veinte porque con diez no tenía suficiente. Él prosiguió—: Mira, Alma, hay ciertas cosas en la vida de tu hija que... por ejemplo, ¿tú ves normal que, con la edad que tiene, y siendo una mujer, le guste escalar?

—Sí. Lo veo normal.

—¿Y que le guste ir a sitios donde se disparan bolas de pintura? Pero si ahí solo van los machorros.

—Elías —suspiró Alma, intentando no exaltarse—. Natalia es una mujer actual, que hace lo que le gusta sin reparar si es hombre o mujer. Y antes de que preguntes, la respuesta es sí. Yo la crie así. Y la animé a probar y a disfrutar lo que ella quiera.

Elías refunfuñó algo que Alma no entendió.

—Te preguntaría si la animaste a otras cosas —le soltó—, pero, por respeto a que eres su madre, no te voy a decir.

—¿Te refieres a su sexualidad? ¿A que le guste tener parejas abiertas? —Elías balbuceó. Ni en cien años pudo imaginar que supiera aquello cuando Alma sentenció—: He criado a mi hija para que fuera una mujer fuerte, libre, segura e independiente. Y en el tema de su sexualidad, ella decide. Y mientras yo vea que ella es una buena persona, y está feliz, lo que haga o deje de hacer en su intimidad, no es algo que a mí particularmente me deba de importar.

—Me sorprenden tus palabras.

—¿Por?

—Porque, por tu edad, te creía una mujer más conservadora.

Alma sonrió.

—Lo que soy es una mujer del siglo XXI —afirmó—, que con esfuerzo y tesón forjé mi libertad y, por consiguiente, la de mi hija. Y ella es lo suficientemente lista y espabilada como para saber qué hacer con su vida.

—No dudo que sea lista. Pero, para ciertas cosas, como el sexo, la discreción ha de mandar. Y que te gusten las parejas abiertas no es algo muy discreto precisamente.

—Elías, Natalia vive tranquilamente su vida y su sexualidad sin importarle el qué dirán.

—Pero a mí sí me importa.

—Ese es tu problema. No el de ella.

Durante unos segundos se quedaron en silencio. Estaba visto que no se iban a entender.

—Disculpa, Alma. Me suena el otro teléfono. Ya continuaremos hablando en otro momento —se despidió Elías.

—Por supuesto.

Tras colgar el teléfono, sonrió. Estaba claro que sus ideas a Elías no le habían hecho ni pizca de gracia. Aún estaba pensando en la

conversación cuando el teléfono volvió a sonar. Se rio al ver quién era.

—*Buongiorno, signorina* —saludó. Alma escuchó la risa de Nuria—. ¿Qué tal por la Toscana?

Nuria, feliz por los bonitos días que estaba pasando con Mario, contemplaba un paisaje que él estaba fotografiando.

—¡Decirte que bien es poco! —respondió—. Hoy estamos en el valle de Chianti, en un precioso pueblo vinícola de calles empedradas y flores en los alféizares que me tiene enamorada.

Alma sonrió y acercó su nariz a una de sus preciosas rosas blancas.

—¿Y qué tal con follamigo de 10? ¿Apaga tus fuegos? —se interesó.

Nuria miró a Mario. Aquel hombre, que nada tenía que ver con los hombres con los que se acostaba, la tenía loca.

—Los apaga. Los enciende. Y los vuelve a apagar, ¡esto es un no parar! —Se rio.

—Pues yo hoy el día lo comencé fatal —comentó Alma.

—¿Qué pasó?

—Semáforo rojo. Freno y el de atrás no frena. ¡Zasca!, golpetazo.

—Ay, Dios mío. ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila. Pero si hablas con las lobas no se lo digas. Yo no se le voy a decir tampoco ni a Natalia ni a Saem. Son muy alarmistas.

—Pero, Alma...

—Nuria. El golpe se lo ha llevado mi coche. Yo estoy ilesa. Eso sí. Mi coche está en el taller. Ahora toca esperar que pase el perito del seguro y toda la mandanga que tienen estas cosas.

Nuria asintió e intentando que Mario no la oyera, o se lo diría a Saem, musitó:

—Dejé mi coche en la plaza de parking que tengo alquilada, al lado de la tienda.

—¿Y por qué está aquí y no en el aparcamiento de tu casa?

Nuria maldijo. Había hablado sin pensar. Y, omitiendo que Mario fue a buscarla a la tienda, mintió.

—Porque el día anterior al viaje, al salir de trabajar me dolía horrores la cabeza y cogí un taxi. Total, ¿qué más da si está en un aparcamiento o en otro? —Alma asintió. Sabía que cuando a Nuria le dolía la cabeza, no lo pasaba bien—. Te digo lo del coche para que lo utilices mientras yo estoy en la Toscana. Las llaves están en el segundo cajón de la mesa de mi despacho.

—¡Gracias! ¡Las cogeré!

—¿Todo bien con Saem?

Oír aquel nombre la hacía sonreír como una tonta.

—Todo fenomenal —afirmó, mirando los preciosos ramos de flores.

Tras un rato en el que Alma le dejó claro que todo por la tienda estaba tranquilo, que no habían recibido noticias del banco por lo del préstamo y Nuria contarle curiosidades de su bonito viaje por la Toscana, se despidieron y Alma continuó trabajando.

Esa tarde, cuando Alma salió de la tienda, pasó a buscar el coche de Nuria, y, como era martes, y los martes Saem cerraba el restaurante, se dirigió hacia allí. Hoy cenarían a solas en su local.

Al llegar se encaminó hacia el establecimiento. La gente iba a lo suyo, pero con prudencia miró a su alrededor. No quería encontrarse a nadie conocido. Llamó a la puerta de atrás y Saem salió a abrirle. Entró con rapidez y lo besó. Después de varios besos apasionados, Alma se dio cuenta de la música que sonaba.

—Escuchando a Shakira, ¿ehhh?

Saem sonrió.

—Es nuestra lista de Spotify —afirmó, después de darle otro beso.

Para conocer bien sus gustos musicales, habían hecho conjuntamente dos listas en Spotify a las que habían llamado «¡Para mi amor!». Una para el móvil de él y otra para el de ella, donde habían incluido música coreana, canciones de Shakira y, por supuesto, su canción, la de Bruno Mars.

—Por cierto. Gracias por las rosas y tu tarjetita. Me encantaron.

Saem la besó. Le encantaba ser detallista con ella. El beso se alargó más de la cuenta y cuando se separaron, para enfriarse o desnudaría a Alma nada más llegar, preguntó:

—¿Qué tal tu día?

Ella cabeceó.

—Pues si omito que han venido doce novias a hacerse la prueba de sus vestidos, y que hubo que retocar la inmensa mayoría; otras quince a recoger los suyos porque se casan en breve; que hoy he comido un sándwich; que tu padre me ha vuelto a llamar y que esta mañana me dieron un golpe en el coche y que ahora está en el taller, ¡genial!

Al oír eso, Saem dejó lo que estaba haciendo.

—¿Qué te han dado un golpe en el coche? —preguntó.

Alma soltó una maldición en su interior al darse cuenta de que había metido la pata. ¡Pero si no se lo iba a decir!

—Sí —admitió.

Saem soltó el cuchillo.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó, inquieto.

—Estoy bien. Tranquilo —se apresuró a afirmar, al ver su gesto de preocupación.

—Pero, cielo, ¿cómo no me has avisado?

—No me ha pasado nada —insistió.

—¿Pero has ido al hospital? —preguntó, preocupado, tocándola.

—No. Cariño, ya te he dicho que estoy bien. El golpe se lo ha llevado mi coche, pero yo estoy perfecta, ¿no me ves?

Angustiado por imaginar lo que podría haber pasado, Saem movió la cabeza.

—Créeme. —Ella lo abrazó—. Estoy perfecta y hambrienta. Conmigo no puede un simple golpecito.

—Te perdono porque me has llamado cariño —claudicó Saem finalmente, mirándole con esa intensidad que siempre la desarmaba.

Sonrieron, se dieron otro beso, y volvió a concentrarse en sus verduras.

—¿Qué quería mi padre? —se interesó.

—Básicamente, decirme que tú harás un *catering* espectacular y que me pasará el menú por email para que lo vea. Que soy una tía muy maja porque siempre remo a favor de su relación y ha finalizado echándome en cara no ser conservadora y quejándose de Natalia. —Saem la miró extrañado, y ella se explicó—: No le gusta que escale. No le gusta que juegue al *paintball* con sus amigos, y, por supuesto, no le gusta que Natalia sea de tener parejas abiertas

—¿Ha hablado de eso contigo? —preguntó, al tiempo que cogía una botella de vino.

—Ha insinuado que había cosas que yo no sabía, y le he dicho que si se refería a cómo lleva mi hija sus relaciones íntimas, por supuesto que lo sabía. Claro que lo sé. Ahí es cuando me ha dicho que me creía una mujer más conservadora y yo repliqué que está muy equivocado porque soy una mujer del siglo XXI, fuerte, libre y que sabe tomar sus propias decisiones. Y como eso no le ha gustado, ha usado la tontería de que le sonaba el otro teléfono y que otro día continuaremos con la conversación.

—Le habrás hecho enfadar —aventuró Saem, preparándole una copa de vino.

—¡Posiblemente! —Ambos sonrieron, luego ella añadió—: También hablé con Nuria. Está pasándoselo genial en la Toscana con su amiguito y te manda besitos. Y, por cierto, estoy utilizando su coche.

—¿Qué deseas que te prepare de cena? —le preguntó, cogiendo su bolso y poniéndolo sobre la encimera.

—Mmmm... ¡Qué frase más sexi! —Ambos rieron y ella afirmó—: No hay nada más provocador y sexi que un hombre que sepa cocinar.

—Vaya... —sonrió Saem.

Instantes después, mientras ella bebía una excelente copa de albariño que Saem le había servido, se dedicó a observar cómo se movía con seguridad por la cocina. Aquel hombre era un placer para la vista.

—¿Qué piensas? —preguntó él, consciente de su mirada.

—En la suerte que tengo de tenerte en mi vida y en mi cama.

Él soltó una carcajada.

—Entonces, diré que tengo la misma suerte que tú —replicó.

Saem continuó cocinando, y, en un abrir y cerrar de ojos, él solito se había currado unos ricos entrantes y una exquisita carne. Mientras disfrutan de la cena la conversación entre ellos fluía sin esfuerzo. Se contaban cosas. Rememoraban recuerdos y siempre terminaban con risas cómplices e inesperadas. La fluidez entre ellos era maravillosa. De pronto comenzó a sonar la canción *Antología*, de Shakira. Durante unos segundos la escucharon en silencio.

—Siempre me ha encantado esta canción —dijo ella.

—Tiene una letra muy bonita.

—Como dice la letra, creo que «junto a ti aumenté más de tres kilos, con tus tantos dulces besos repartidos».

—¿Eso que dice de las mentiras piadosas te lo enseñó la canción? —preguntó, divertido. Alma soltó una carcajada y él musitó—:

Nosotros, como dice la canción, últimamente reemplazamos muchas palabras por miradas, ¿no crees?

Alma asintió. Mantener lo suyo en secreto ante el mundo les hacía entenderse simplemente con las miradas.

—¿Bailas conmigo? —Le tendió la mano.

Sin dudarlo, él se levantó. En silencio y abrazados, en la cocina del restaurante, bailaron aquella bonita y romántica canción que habla de lo que es amar.

—Cuando me miras con tus preciosos ojos oscuros me haces sentir tantas cosas bonitas, únicas y maravillosas, que no sé ni cómo expresarlas —susurró ella—. No sé cuánto va a durar esto que tenemos, porque el para siempre es muy complicado. Pero lo que dure lo vamos a disfrutar.

Saem sonrió. Le gustaba mucho oír eso. Tener a su lado a una mujer como Alma, que cada día era más cariñosa con él, era lo mejor que le podía pasar en la vida y, sin hablar, la besó.

A las doce de la noche, después de recoger la cocina y de dejarla perfecta para el día siguiente, decidieron irse a dormir juntos a la casa de Alma. Dolores se había llevado a Freya a su casa, por lo que nadie lo esperaba. Al llegar al coche de Nuria se pararon.

—¿Quieres que conduzca yo? —preguntó Saem.

—No. Tú has hecho la cena y yo te llevo a casa.

—Me parece bien.

Ya en la carretera, rumbo hacia el ático de Alma en Boadilla del Monte, sonaba música en la radio, y, curioso, Saem se fijó que de la disquetera del coche salía un CD.

—¿Qué música escucha Nuria? —preguntó.

—Shakira.

Saem empujó el CD, que empezó a sonar a los pocos segundos.

—¿Barry White?

Sorprendida, Alma lo miró. Sabía que a Nuria le gustaba aquel cantante, pero nunca lo había oído en su coche.

—A mi tío Mario le encanta Barry White —observó Seam.

—Lo sé. Nuria me contó que lo escuchaba a través de la pared y que ella le ponía a Shakira para contraatacar.

Se rieron.

—¿Tú sabes por qué se tienen esa manía? —indagó él.

—Por la noche en que fuimos al DeLokos a pedirte disculpas. Al parecer, mientras tú y yo discutíamos, él y ella se tiraban dardos envenenados.

De pronto, Saem se fijó en algo que tenía a sus pies. Se agachó a recogerlo.

—¿Nuria come chicles con sabor a maracuyá? —preguntó estupefacto.

—No. Es más. Dice que los odia porque tu tío se los ofreció.

Saem levantó una ceja.

—¿Estás segura de que los odia? —Y levantó el paquete de chicles que había encontrado.

Durante unos segundos ninguno dijo nada.

—Nooooo —exclamó de pronto ella, confundida. Saem, divertido, sonrió—. ¡No puede ser!

—Pues va a ser que sí.

—¡Pero si no se soportan!

—O eso nos hacen creer.

Alma, sorprendida, no sabía qué pensar.

—Si unimos algunos cabos..., ¿no es curioso que el mismo día que Nuria se fue a la Toscana, mi tío se marchara a Barcelona? —Alma hizo un gesto afirmativo, y él prosiguió—: Y ahora que lo pienso, también es curioso que el último día que estuvisteis en DeLokos se marchara Nuria y al poco rato mi tío.

—Dijo que se iba a encontrarse con follamigo de 10.

—¿Follamigo de 10? —preguntó Saem, sorprendido.

—Si ya decía yo que la notaba rara últimamente. ¡La voy a matar! —exclamó Alma.

—¿Por estar con mi tío?

—No. Por decir mentiras piadosas.

Saem sonrió, y sacando su teléfono, marcó el teléfono de su tío y puso el manos libres.

—Buenas noches, tío —lo saludó, cuando él lo cogió.

—Buenas noches, sobrino, ¿qué tal todo por ahí? —respondió Mario, que estaba con Nuria en la terraza de la casa, disfrutando de la noche y de una buena botellita de vino italiano.

—Por aquí todo bien. Sin novedad al frente. ¿Y por Barcelona? —preguntó Saem.

Mario y Nuria, sonriendo, se miraron.

—Increíble—respondió su tío—. Hace una noche esplendida, y Barcelona, como siempre, maravillosa.

—Dile a la «bruja» que gracias por dejarme el coche y que cuando regrese hablamos —intervino Alma.

Nuria pegó un salto en su silla. Mario la miró sorprendido.

—Chicles con sabor a maracuyá y música de Barry White en el coche de Nuria, ¡blanco y en botella! —aclaró Saem—. Pasadlo bien. ¡*Buona notte*, parejita!

Cuando se cortó la comunicación, Alma y Saem empezaron a reír. ¿En serio, Mario y Nuria estaban liados?

Capítulo 52

La celebración del cumpleaños de Natalia fue una auténtica sorpresa para ella.

Llegar a casa de Elías pensando en que iban a comer solos y encontrarse en el jardín a más de sesenta personas esperándolos fue un subidón de adrenalina para ella.

Alma y sus amigas estaban bebiendo. Con el rabillo del ojo había visto pasar al padre de Natalia.

—Pero te has vuelto loca, ¿cómo te lías con...? —murmuró Romina.

—Sin nombres, por favorrrrr —advirtió Alma.

—Llamémosle madurito potentón o follamigo de 10 —afirmó Estíbaliz.

Romina asintió. Allí no se podían decir nombres. Cualquiera que pasara por su lado las podía oír.

—Creo que le gusta más lo de madurito potentón —dijo Nuria, con guasa.

Alma sonrió. Su amiga era un caso.

—¿Cómo te lías con madurito potentón? —insistió Romina.

—Con una puntuación de 10, ¿cómo no hacerlo? —replicó Nuria, pícara.

—Nuria, ¡te estoy hablando en serio?

—Y yo también.

Estíbaliz, divertida por el humor de su amiga, movió la cabeza.

—Pero ¿es lío o algo más? —quiso saber.

—Estoy llena dopamina y oxitocina. Descríbelo como quieras.

—Pero si ni siquiera es tu tipo —insistió Romina—. Nunca te han gustado los calvos. ¿Cómo puedes estar llena de hormonas?

—No lo sé. Pero creo que me he enamorado como una auténtica perra. Eso sí, de raza fina.

Las cuatro soltaron una carcajada.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Estíbaliz.

—Cincuenta y seis.

—¿Y qué horóscopo es?

—Buenoooo... —murmuró Alma.

—Cáncer.

—Cáncer y Sagitario —indicó Estíbaliz—. Agua y fuego. Perfecto entendimiento en el sexo, pero continuas discrepancias.

—Con lo del sexo me vale —se mofó Nuria.

Romina y Estíbaliz, que seguían sorprendidas, se miraron. A diferencia de Alma, todavía no lo habían digerido.

—Pero vamos a ver, Nuria, ¿qué tiene de especial el madurito potentón para que estés a reventar de hormonas? —insistió Estíbaliz.

Nuria sonrió. Mario, con su paciencia y su manera de ser, le estaba mostrando cosas que nunca creyó que un hombre le mostraría.

—Me encanta cómo me habla, cómo me tranquiliza y cómo nos reímos juntos —reconoció—. Tiene un sentido del humor tan ácido como el mío. Y fíjate lo que te digo. Soportarme a mí no es fácil, ¡y el tío me soporta y sale victorioso!

Las amigas se miraron sonriendo.

—La una con el padre. La otra con el hijo y ahora tú con el tío —señaló Romina.

—Así todo queda en familia, mujer —se mofó Nuria.

Todas se rieron. Al poco rato, vieron aparecer a Elvira, la amiga de Elías, que, al descubrir a Alma y a sus amigas, se acercó a ellas para

saludar.

—Hola, Alma. Qué alegría verte de nuevo.

Alma sonrió. Le presentó a sus amigas y tras un rato de charla insustancial, Elvira señaló con la cabeza hacia donde se encontraba Saem cocinando con su equipo.

—Qué vista más espectacular, ¿verdad? —soltó. Las cuatro amigas se miraron. Con aquellas palabras, pero en especial por sus gestos, se dieron cuenta de que hablaba de Saem. Ella, bajando la voz y humedeciendo sus labios, remató—: Demasiado apetitoso ese *bomboncito asiático* como para solo mirarlo y no volver a intentarlo, ¿verdad?

Ellas sonrieron un poco forzadas. Unos segundos después, Elvira, tras guiñarles un ojo, se encaminó hacia Saem.

—Respira, Alma, respira, que te estás poniendo azul —murmuró Romina.

—¿Volver a intentarlo? —susurró Alma.

—Pero esta perraca ¿quién es? —preguntó Estíbaliz.

—Elvira. Amiga de Elías. ¿Ha dicho volver a intentarlo? —repitió Alma, confundida.

—Antes de que cortocircuites, que te conozco —indicó Nuria mirándola—, te recuerdo que todos tenemos un pasado con aciertos y errores.

Alma asintió. Nuria tenía razón. Pero en su mente se había quedado lo que ella había dicho de volver a intentarlo. ¿Saem y Elvira habían estado juntos?

La fiesta prosiguió. Elvira, después de pestañear y tontear un rato con Saem, se alejó y Alma se relajó. Pero no podía dejar de mirar a Saem. Observarlo era un gusto para la vista, pues iba vestido con su chaquetilla negra de chef y unos pantalones negros. Aquel uniforme

lo hacía tremendamente sexi y al descubrir cómo lo miraban las amigas de Natalia, Alma cuchicheó:

—No quisiera tener que matar hoy a nadie.

Desde su posición, Alma pudo ver que ellas tonteaban, pestañeaban, se tocaban el pelo y sonreían coquetas, para llamar su atención. El hijo del novio de su hija era tremendamente sexi y exótico. Estaba claro que Saem les había impresionado, pero él, impasible, seguía a lo suyo. El trabajo para Saem era tema sagrado.

—Cómo me gusta ver que mis niñas están bien después de todo lo que ha pasado —dijo Romina. Las amigas se miraron, y se dieron cuenta de a qué se refería cuando añadió—: Roberto y yo estamos felices por ver su madurez al entender lo que nos ocurría a su padre y a mí.

—Eso dice mucho de ellas —afirmó Alma.

—Son maravillosas —reconoció Romina, emocionada.

—Qué bien se lo pasan las lobeznas —sonrió Estíbaliz, mirando a su hija—. ¿Os acordáis de cuando nosotras teníamos su edad?

—Claro que me acuerdo —afirmó Nuria—. Alma y tú os acababais de divorciar. A mí la Perla me acababa de romper el corazón y me había dejado el pufo con el banco. También Alma y yo estábamos iniciando lo de los vestidos de novia, y Romina decidió abrir con Roberto la perfumería. Misma edad, pero diferentes preocupaciones y vivencias en la vida, ¿no creéis?

—Y tan diferentes —se mostró Alma de acuerdo, mirando a las jóvenes, para quienes pasárselo bien era su máxima prioridad—. Brindemos por nosotras. ¡Por las lobas!

Riendo chocaron sus vasos y, divertidas, soltaron un discreto aullido. Algo solo de ellas.

—Anda, mira... ¿Esa es la novia de Carlos? —preguntó Romina.

Todas se volvieron hacia donde señalaba Romina. Al fondo del jardín, con Elías, estaban Carlos y su novia.

—Sí —confirmó Alma.

—Qué mona —admitió Estíbaliz.

—Lo es —afirmó Alma.

Elías, Carlos y Jessica, ajenos al hecho de que los observaban, charlaban. Reían. Estaba claro que Carlos estaba feliz por la decisión de su hija.

—¿Qué tal, lobasssssss? —preguntó Natalia, acercándose a ellas.

—¡Bien, lobezna! —sonrió Estíbaliz.

—Bueno... bueno... bueno... mis amigas están como locas con Saem. Por Dios, ¡se lo quieren comer!

—¡Qué monasssss! —se mofó Nuria.

Alma sonrió como pudo.

—Están flipadas de lo bueno que está el hijo de mi novio —añadió su hija—, y no paran de pedirme su teléfono.

—Espero que seas adulta y no des ningún teléfono sin preguntar antes —le recomendó Nuria.

—Por supuesto, tía. Es más, ya le pregunté, y me dijo que no.

A Alma le agradó saber aquello.

—Ya han reservado mesa para mañana por la noche en su restaurante —informó Natalia mirando a sus amigas, que seguían cerca de donde Saem trabajaba.

—La madre que las parió —se mofó Estíbaliz.

Las cinco sonrieron. Aunque todas, excepto la joven lobezna, intuían cómo se sentía por dentro Alma.

—Que sepáis que Lola, Laura y Vane han apostado entre ellas para ver quién es la que esta noche o mañana se lo lleva a su cama —dijo Natalia en bajito.

—Pero, bueno —murmuró Romina escandalizada.

Alma esbozó una forzada sonrisa. Pero sus ganas de coger a Vane, Laura y Lola del cuello se intensificaron. Entre ellas y las miraditas de Elvira tenía la tensión por las nubes, pero respiró. Tenía que hacerlo o se pondría azul.

Durante varios segundos, siguieron bromeando con aquello, hasta que Natalia dijo.

—Mamá, ¿tienes un segundo? Quiero comentarte algo.

Alma asintió y se alejó unos pasos de sus amigas.

—Me ha contado Elías todo lo que habéis trabajado papá, tú y él para que esto fuera realidad —dijo Natalia.

Sorprendida por aquel comentario, retiró la mirada de Saem.

—¿Has dicho tu padre? —preguntó.

—Sí. Eso me ha comentado Elías.

—Pues no es por llevarle la contraria, pero, que yo sepa, tu padre en esto no ha tenido nada que ver, puesto que lo hemos organizado entre Elías y yo. Y todo lo estamos pagando Elías y yo. Y sí, no quiso cobrarme mi parte, pero me empeñé.

Natalia asintió. Si su madre decía aquello no tenía por qué dudarlo.

—Si lo has organizado tú, ¿por qué no has invitado a Óscar?

Alma se sorprendió. Óscar era el mejor amigo de su hija. Se conocían desde la guardería.

—¿Cómo que no está invitado? ¿No está aquí? —Miró a su alrededor.

—No ha venido. Javi me ha dicho que no lo habéis invitado.

—Vamos a ver, Natalia. Elías me pidió un listado con los amigos que había que invitar, y por supuesto que Óscar estaba entre ellos. Es más, el primero.

Ahora la sorprendida fue Natalia.

—¿No les mandaste la invitación tú? —preguntó.

—No. Como voy a tope de trabajo, Elías me dijo que cuando le enviara ese listado, su secretaria Teresa les haría llegar la invitación.

—Entonces, ya lo entiendo y sé por dónde va el tema.

—¿De qué tema hablas?

Sin responder, Natalia abrió su teléfono y tras unos segundos la oyó decir:

—¿Se puede saber por qué no me dijiste que no recibiste la invitación a la fiesta de mi cumpleaños? —En silencio, Alma la observó. Hablaba con Óscar, y haciendo una seña para que sus amigas se acercaran, Natalia añadió—: Te mando la ubicación. Te espero aquí. —Luego cerró su teléfono y explicó—: Solucionado. Óscar viene para acá.

—¡Estupendo! —afirmó Alma.

En ese momento, apareció correteando un perro que Alma supo de inmediato que era Freya.

—¿Y este perro de dónde ha salido? —preguntó Natalia.

Alma, con cara de no saber nada, se encogió de hombros mientras la perra se desvivía en hacerle carantoñas. La había reconocido. Segundos después, Haneul se acercó hasta ellas, y agarrando con la correa a la perra, dijo:

—Es la perra de Saem. La tenía en casa, pero se me ha escapado.

Encantada, Natalia se agachó.

—Holaaaa, bonitaaaaaa, ¿cómo te llamas? —la acarició.

—Freya —respondió la mujer.

—¡Haneul!

Elías llamó a la mujer, que, tras esbozar una sonrisa, se alejó tirando de la perra, que no quería alejarse de Alma.

—Mamá, la perra se ha enamorado de ti —comentó Natalia.

Alma, apurada, sonrió. Las veces que había estado en casa de Saem había podido comprobar que Freya era muy amorosa.

—Normal, ¿quién no se enamora de una loba? —saltó Nuria rápidamente.

Segundos después, Natalia, requerida por sus amigos, se marchó.

—Muy bueno lo de la loba —admitió Estíbaliz.

Las cuatro se rieron. En ese momento, Saem apareció con una bandeja de canapés. Aunque era el cocinero y su cometido no era servir a los invitados, aprovechó el pretexto para acercarse a Alma.

—¿Os apetece probar alguno?

Las cuatro sonrieron.

—Los dos de la derecha los hice especialmente para ti sin hierbajos —le dijo a Alma con disimulo.

—¡Qué pintaza!

—Tú sí que tienes pintaza —replicó él.

—Ohhhhh —murmuró Romina, emocionada.

Riendo, Saem se alejó.

—Piscis y Escorpio. Agua y agua —señaló Estíbaliz—. Relación profunda y apasionada. Vale. Lo reconozco. Este Escorpio cada día me cae mejor.

Minutos después, fue Elías el que se acercó hasta ellas. Venía acompañado de su hermano Mario, que en esta ocasión y sabiendo que Nuria estaría, no se lo quería perder, y de sus amigos. Quería que las conocieran. Con una sonrisa, Mario vio cómo su hermano disfrutaba presentándolas.

—¿Puedo invitarte a una copa? —le preguntó a Nuria uno de ellos, llamado Sancho.

—No gracias. Ya tengo.

Mario se mostró internamente complacido con aquella respuesta. Entonces Gonzalo miró a Alma.

—¿Y qué os parece cenar mañana por la noche los cuatro? —propuso.

Nuria y Alma se miraron.

—Pues también va a ser que no —respondió Nuria con seguridad.

Mario sonrió, y al ver pasar a un camarero con una bandeja, cogió otra cerveza sin alcohol y se sentó en una de las sillas a observar. Estaba claro que los patosos amigos de su hermano le iban a entretener aquella noche.

En un momento dado, Alma se excusó. Fue al baño y, al salir de él, sonrió al ver a Saem esperándola. Este le cogió la mano con sigilo, la arrastró hacia un armario ropero que había en la entrada y se metieron en él. Alma, divertida, se rio. ¿Pero qué estaban haciendo? Una vez dentro, Saem no cerró la puerta, porque desde el interior no se podía abrir si la cerraban, y, sin dudarlo, la arrinconó contra la pared y la besó. Un beso. Dos.

—¿Cómo se lo está pasando mi loba preferida? —preguntó, tras un tercer beso cargado de deseo.

Encantada por aquella demostración de afecto que la hacía sentir que volaba por los aires, Alma contestó, tocando aquel rostro tan adorable:

—Bien.

—¿Los amigos de mi padre están muy pesaditos? —Alma levantó las cejas y él aclaró con seriedad—: Tengo ojos en la cara.

Alma sonrió. Estaba tan pendiente de ella como ella lo estaba de él.

—Nada que no pueda controlar —contestó—. ¿Y tú que tal con las amigas de Natalia y con Elvira?

Saem soltó una risotada.

—Nada que no pueda controlar. —Y le dio otro beso.

—¿*Bomboncito asiático*? —soltó, incapaz de callarse. A Saem le sorprendió que ella supiera aquel apelativo, y Alma, interpretando su gesto, murmuró—: ¿En serio?

—A ver, cielo...

—¿Has tenido algo con ella?

—Lo tuve.

—¿Cuándo?

—Hace mucho. Cuando tenía veinte años.

Boquiabierta y sorprendida, iba a preguntar cuando de pronto oyeron unas voces.

—¿Por qué has llamado a mi amigo Óscar y le has dicho que no venga?

Oír la voz de Natalia, junto a unas pisadas que se acercaban, hizo que Saem y Alma se callaran.

—Porque yo no lo invité —dijo Elías.

Aquello atrajo totalmente la atención de Alma, que miró a Saem. Este, con un dedo en la boca, le pidió que callara.

—Eso me disgusta, Elías —replicó Natalia—. Óscar es mi mejor amigo. Nos conocemos desde la guardería y...

—Y tú eres mi prometida —la interrumpió él, empujando con la mano la puerta del armario para cerrarla—. Yo he organizado esta fiesta de cumpleaños y esta es mi casa, donde solo invito a quien yo quiero. ¿Algo más qué decir o podemos proseguir con la fiesta?

Aquella voz, el tono en el que le hablaba a Natalia, a Alma le molestó.

—Hoy no —contestó ella—. Pero mañana por supuesto que voy a tener algo más que decir.

Y sin más percibieron que se alejaban.

—¿Pero tu padre de qué va? —bisbiseó Alma, molesta. Saem no contestó, y ella insistió—: Esta fiesta es para Natalia. ¡Es su cumpleaños! Y en ella deben estar las personas que ella quiere. Y Óscar es su mejor amigo de toda la vida.

Él hizo un gesto con la cabeza, pero no quería entrar en aquel tema, así que empujó la puerta del armario para salir y no pudo abrir.

—¡Joder, a ver ahora cómo salimos de aquí! —exclamó.

—¿Has oído lo que he dicho? —Alma estaba enfadada.

Saem la miró.

—Entiendo lo que dices y estoy contigo, pero ya te dije cómo era mi padre y...

—Me importa un pepino cómo es tu padre —lo cortó Alma—. Es la fiesta de Natalia. No la suya.

Se miraron unos segundos sin decir nada, cuando de pronto la puerta del armario se abrió y apareció Haneul.

—Liberados. Ya podéis salir. —La miraron con cara de pasmo. Estaba claro que los había pillado, y ya estaban pensando qué decir cuando esta añadió—: Ojos abiertos y boca cerrada. Es lo mejor.

Y se dio la vuelta y se alejó. Alma miró a Saem.

—No se le escapa una —dijo él con tranquilidad—. Luego hablaré con ella. —Alma asintió, y él, dándole un rápido beso en los labios, musitó—: Cielo, claro que es la fiesta de tu hija y no de mi padre. Pero ya te he dicho cómo es él. Y ahora, vuelvo al trabajo.

Cuando Alma salió al jardín, se unió de nuevo a sus amigas. Decidió no contarles nada de lo que había descubierto, pero miró con cierto resquemor tanto a Elvira como a Elías.

Por suerte, los amigos de Elías se habían alejado para coger unas bebidas, y ellas se dedicaron a bromear comentando las jugadas de ellos para ligar con ellas. Romina estaba sorprendida. ¿De verdad estaba el mercado así de mal?

Las bonitas luces del jardín se encendieron al llegar la noche y mientras sobre el escenario se preparaba la DJ contratada para amenizar el momento, los del *catering* procedieron a sacar una

preciosa tarta de cumpleaños y todos alrededor de Natalia y Elías, que la sujetaba por la cintura, le cantaron el cumpleaños feliz.

Natalia sonreía. Bromeaba. Disfrutaba. Pero Alma conocía a su hija y sabía que estaba molesta por no tener allí a Óscar, su mejor amigo.

Llegaron los regalos. Allí no faltó de nada. Y cómo no, el maxirregalo de Elías fue un coche. Un Mini Cooper S en color verde botella que hizo que todos aplaudieran encantados. El que más Carlos, que volvió a ratificar lo lista que era su hija.

La DJ comenzó su sesión y todo el mundo bailoteó animado. Saem y su equipo de cocina terminaron su servicio y después de recoger todos los bártulos, los metieron en la furgoneta y se marcharon. Él subió a la que había sido su habitación y rápidamente se duchó. No pensaba perderse aquella fiesta.

Mario, que era ahora el encargado de que los camareros prepararan las bebidas que los invitados deseaban, en un momento dado se acercó a Nuria, que estaba con sus amigas.

—¿Qué tal lo estáis pasando? —le preguntó.

Todas le sonrieron.

—Bien —respondió Nuria—. La fiesta está muy bien organizada.

Mario asintió. Sabía cómo organizaba la secretaria de su hermano las fiestas, aunque todo el mundo creyese que lo hacía Elías.

—Saem ha sido el encargado de la comida. De la bebida me encargo yo. Por lo tanto, cualquier cosa que queráis beber durante la fiesta, decídmelo a mí. Seré vuestro camarero en todo lo que necesitéis.

—Qué monoooooo... —murmuró Romina.

Divertidos, sonrieron. Mario se acercó a Nuria.

—Para ti, bruja —le susurró al oído—, hay servicio especial, y sin límite de horario.

—Me gustaaaaa —afirmó Nuria.

Segundos después, cuando Mario se alejó, las chicas miraron a Nuria.

—Vaya... con el madurito potentón —comentó Estíbaliz.

Cuando Saem se incorporó a la fiesta, a Alma se le resecó hasta la retina. Parecía un dios asiático con aquel traje oscuro y su pelo aún mojado echado hacia atrás. Con todo el disimulo que pudo lo siguió con la mirada sintiéndose una cría. Las sensaciones que Saem le provocaban la hacían sentirse viva, y sonrió. ¿Por qué no?

Durante la siguiente hora, Alma y Saem se dedicaron a mirarse desde lejos, aunque, en alguna ocasión, gracias a Mario y a las lobas pudieron acercarse. Tenerlos como aliados era lo mejor, pero en silencio se desesperaron al ver lo pesados que eran los amigos de Elías con Alma y las amigas de Natalia y Elvira con Saem.

La diferencia era que mientras Saem, con la mirada y sin miedo a parecer borde y antipático, les hacía saber que lo dejaran en paz, Alma, para no incomodar al novio de su hija, intentaba ser amable con los amigos de este. Mario, que, como todos, veía lo pesados que estaban con cualquier mujer de la fiesta, al ver el gesto de su sobrino cuando se dio cuenta de que Gonzalo le decía algo al oído a Alma, fue hacia él.

—Tranquilo —le recomendó con disimulo—. Ya sabes cómo son.

Él lo miró, y cuando Mario puso un gesto de fastidio al ver a Nuria reír con otro, le dijo:

—Ellas saben defenderse solas.

Romina y Estíbaliz, que habían escapado de aquel grupo, protestaban. ¿Por qué eran tan pesaditos aquellos tipos? ¿Acaso la edad a algunos hombres los convertía en seres absurdos? Se dirigieron hasta donde estaban Saem y Mario.

—Sé que la posición de todos aquí es complicada —reconoció Estíbaliz, incapaz de callar—. Demasiados secretitos sin que se puedan desvelar. Pero las conocemos, y lo advertimos: como esos pesados sigan así, alguno esta noche regresa a su casa sin dientes.

Saem y Mario se rieron. ¡Qué excelente idea!

La actitud de alguno de los amigos de Elías, según avanzaba la noche, dejó de ser graciosa para convertirse en patosa, y la compostura comenzó a brillar por su ausencia. De pronto, vieron que Alma se echaba hacia atrás porque Gonzalo literalmente se le echaba encima y ella con gesto serio le daba toques con el dedo en la frente mientras le decía algo.

—Lo hemos dichooooo —canturreó Romina.

—Esto se acaba aquí y ahora —indicó Saem, dejando su copa.

—Estoy contigo —apostilló Mario, al ver a Nuria fruncir el entrecejo.

Con paso seguro, Saem y Mario se dirigieron hacia ellos. Al llegar hasta el grupo donde Alma y Nuria con gesto serio se encaraban a los amigos de Elías, tras dar un ligero empujón Saem a Gonzalo y Mario a Simón, sacaron a Nuria y a Alma de allí.

Aquel extraño movimiento llamó la atención de todos los de la fiesta.

—¿Qué estás haciendo? —murmuró Alma, sin poder soltarse de la mano de Saem.

—Lo que tenía que haber hecho hace tiempo.

Nuria miró a Mario sorprendida.

—Oye... sé defenderme solita —se quejó.

—Lo sé.

—¿Entonces?

—Aunque no lo creas, lo hice por ellos —señaló.

Eso hizo sonreír a Nuria.

—¿Quieres soltarme la mano? —le pidió Alma a Saem.

—No.

—¡Saem!

Él se detuvo junto a Romina y Estíbaliz. No le gustaba enfadarse. No le gustaba discutir. Pero aquella situación lo había sacado de sus casillas.

—¿De verdad quieres que sigamos actuando como si entre nosotros no existiera nada? —preguntó sin importarle quién estuviera cerca.

—Saem, baja la voz.

—¿Por qué tenemos que pasar un mal rato viendo cosas que nos incomodan? —Boquiabierta, Alma parpadeó. Lo que él estaba haciendo se salía del guion. La gente de la fiesta los miraba con curiosidad, y Saem, enfadado, pero con su habitual calma, continuó —: Intento respetar lo que quieres. Pero todo tiene un límite, porque también quiero ser honesto conmigo mismo. Soy tranquilo. Sabes que no me gustan los numeritos, ni alzar la voz, pero te juro que en este instante estoy tan cabreado que me liaría a puñetazos con esos gilipollas.

—Mal asunto —murmuró Mario al ver a su sobrino tan fuera de sí.

—Y peor que se va a poner... —afirmó Nuria al ver a Natalia y a Elías acercarse.

Alma, tan alterada como él, resopló. Estaba siendo una locura de día.

—¿En serio con ella? —siseó, al ver que Elvira se acercaba a ver qué ocurría.

Sin que dijera su nombre, Saem supo de quién hablaba.

—Sí, cielo. Y si quieres luego te lo explico —respondió. Agobiada por todo, asintió, y él apostilló—: Lo siento, Alma, pero no puedo seguir actuando. Mis sentimientos por ti son tan fuertes, que ver

ciertas cosas que me incomodan y no reaccionar me resulta imposible.

—Dijimos que buscaríamos el mejor momento.

Él hizo un gesto afirmativo. Y tras mirar a su tío Mario, que le pidió calma con la mirada, Saem, volviendo a centrarse en ella, preguntó:

—¿De verdad crees que ese momento existe?

—Eso mismo le dije yo —intervino Estíbaliz.

En silencio, Saem y Alma se miraban.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado, Saem? —preguntó Elías que ya se había unido a ellos.

Alma y Saem se miraban a los ojos. Habían aprendido a reemplazar palabras por miradas. Finalmente ella, comprendiendo la situación, asintió. Saem y Estíbaliz tenían razón. Para lo que tenían que revelar no había un buen momento. Lo que ocultaban era una bomba de relojería que debían desactivar cuanto antes, y acercándose a él, tomó sus manos.

—¿Estás seguro, cariño? —murmuró.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó Natalia.

Saem, que tenía puestos todos sus sentidos en Alma, sonrió.

—Cuando me llamas «cariño», me desarmas —contestó.

—Vaya...

Leyó en la mirada de la mujer a la que amaba que estaban en el mismo punto.

—Estoy tan seguro como para darles las gracias a los Masters del Universo por haberme puesto en tu vida —afirmó—, y decir delante de todos que te quiero, y que si tú quieres la luna yo aprendo a volar para bajártela del cielo.

A Alma le faltó poco para combustionar con aquellas palabras.

—Aisss, que me muerooooo de amorrrrrr —soltó Romina, sin poder contenerse.

Como si flotara en una nube, Alma sonrió.

¿En serio Saem acababa de declararle su amor delante de todos?

Y entendiendo que en la vida había momentos para recordar y momentos para olvidar, decidió que aquel fuera un momento inolvidable, y lo besó.

—¡Sí! —celebró Mario, emocionado, mientras las lobas aplaudían y el resto de los invitados los miraban atónitos.

Capítulo 53

Lo que ocurrió en la fiesta a partir de aquel beso fue puro caos.

Elías y Natalia, tan sorprendidos como casi el resto de los invitados, no daban crédito a lo que veían.

—Por el amor de Dios, ¡qué narices estáis haciendo! —gritó el todopoderoso Elías, enfurecido.

Aquella voz hizo regresar a la realidad a Saem y Alma. Habían tenido su bonito momento inolvidable, y sin soltarse de las manos, Saem miró a su padre.

—Simplemente, beso a mi novia —explicó.

Un ¡ohhhhhh! recorrió todo el jardín.

La sorpresa de todos al saber aquello no les dejaba razonar. Todos los miraban. Cuchicheaban. Alma miró a su hija, y al ver su gesto de total desconcierto, fue a hablar con ella, pero esta se dio la vuelta y corrió hacia la casa.

Elías vociferaba muy enfadado. Decía improperios complicados de gestionar que rozaban la absurdez; entonces Romina, levantando la voz, gritó:

—¡Ehhh, machote!, o bajas la valentonada, o te la bajo yo.

Elías la miró.

—Relájate. La masculinidad no se evapora por ello. —Nuria echó leña al fuego.

—¡Qué bien se expresa mi lobaaaaa! —sonrió Mario.

Caos. Elías seguía dando voces. Carlos, el padre de Natalia, pedía explicaciones mirando a Alma, que a su vez miraba hacia donde

Natalia corría.

—Voy a hablar con mi hija —le dijo a Saem, soltando su mano.

—Ve —afirmó él.

Dándose la vuelta, Alma caminó hacia la casa.

—Has sido rápida y lista —oyó a su espalda. Alma se giró. Allí estaba Elvira, que le dijo, acercándose a ella—: Disfruta del *bomboncito asiático* mientras puedas, pero no te enganches mucho, porque igual que llegó, se irá. Lo digo por experiencia.

Sin responder, Alma siguió su camino. Tenía que encontrar a su hija.

Carlos, el padre de Natalia, tan sorprendido como todos por aquello, dio un paso para ir tras su exmujer, pero Estíbaliz puso una silla en su camino. El hombre se dio contra ella y terminó dolorido en el suelo.

—Ay, qué fatalidad, Carlos —murmuró ella, agachándose—. ¿Te has hecho daño?

Él se doblaba de dolor. Se había golpeado la espinilla contra la silla de hierro y apenas podía respirar.

—Pandilla de brujas... —murmuró Mario, que lo había visto todo.

—Lobas, ¡perdona! Aunque para ti yo sea tu bruja —lo corrigió Nuria.

Apurada y algo angustiada, Alma entró en la casa y miró hacia los lados. No sabía hacia dónde dirigirse.

—Natalia está en el salón de invierno —la informó Haneul—. Al fondo de este pasillo. —Durante unos instantes se miraron en silencio, y Haneul, con una bonita sonrisa, murmuró—: La luna llena es sabia y sabe muy bien lo que hace. Y si mi niño es feliz contigo, su madre y yo lo somos también. En cuanto al padre, ponte unos tapones en los oídos, porque, ante situaciones que se le escapan de las manos, es el ser menos empático del mundo.

Aquellas palabras hicieron sonreír a Alma.

—Gracias, Haneul —murmuró.

Luego siguió las indicaciones que le había dado y llegó al fondo del pasillo, donde descubrió un recargado salón en el que se encontraba su hija.

—Eso que he visto, ¿va en serio? —inquirió Natalia, antes de que ella pudiera hablar.

—Natalia.

—¡Mamáää! ¡Te acabas de morrear con Saem! ¡El hijo de mi novio!

Alma, sabiendo que debía ser sincera, a pesar de que tal y como lo había dicho Natalia sonaba fatal, hizo un gesto afirmativo. Entonces Natalia, enfadada, empezó a vociferar. Sin abrir la boca ni moverse, Alma dejó que su hija se desahogara. Sabía que Natalia, tenía que expulsar todo lo que llevaba en su interior, si quería que la escuchara.

Diez minutos después, cuando la intensidad de Natalia había bajado considerablemente, Alma se sentó frente a su hija.

—Lo siento, corazón —dijo—. Siento que te tuvieras que enterar así, pero...

—¿Estás liada con Saem?

—La palabra liada no es la que más me gusta, pero sí. Hay algo entre nosotros.

—¡Joder, mamá! Joder... joder... joder...

—Natalia...

—¡Saem es el hijo de Elías! ¡El hijo de mi novio!

—Lo sé, corazón. Lo sé.

—Pues si lo sabes, ¿por qué lo has hecho?

Se miraron un rato en silencio, que rompió Alma.

—Me gustaría que me dejaras contarte cómo pasó todo.

—Pues cómo va a pasar, mamá —gruñó su hija—. ¿Acaso crees que soy idiota como para no saberlo?

—No, Natalia, no eres idiota. Pero quizá estaría bien que supieras que Saem y yo nos conocimos antes de que tú me lo presentaras.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes, corazón.

Bloqueada, Natalia movió la cabeza.

—¿¡Antes!?

Su madre asintió.

—Nos conocimos antes de que nos presentaras. De hecho, cuando lo vi en el restaurante, por un segundo pensé que tu novio era él, y te juro, Natalia, que me quise morir.

—¡¿Qué?!

Rápidamente, Alma le explicó la confusión inicial y Natalia la escuchó sorprendida. Y de pronto, una explosión de recuerdos de aquel día acudió a su mente. El gesto y el nerviosismo de su madre. Que Saem acertara su vino favorito. La inesperada marcha de Saem y la frialdad que en aquel momento le demostró a su madre. Todo aquello comenzó a dar vueltas por su cabeza como un torbellino, y entonces supo que su madre decía la verdad.

—Por eso estabas tan pálida y rara ese día, ¿verdad? —aventuró. Alma asintió. Y Natalia, llevándose la mano a la boca, preguntó—: ¿Por qué no me lo dijiste?

Alma suspiró. E intentando explicarse lo mejor que podía, dijo:

—Porque ese día yo también me sorprendí, al saber que el hombre con el que estaba teniendo algo era el hijo del novio de mi hija. —Se alzó entre ellas un tenso silencio. Ambas entendían las circunstancias de la otra cuando Alma, viendo que Natalia se levantaba del sillón, añadió—: Créeme cuando te digo que para nosotros tampoco fue fácil encontrarnos con lo vuestro. Y ese día

decidimos disimular y dejar de vernos, aunque, bueno, siendo honesta, también fue porque fui una tremenda mentirosa con Saem.

—¿Mentirosa?

Alma asintió y tomó aire.

—El día que lo conocí en DeLokos —le contó—, le dije que me llamaba Sara, era viuda, no tenía hijos y era inspectora de policía.

—¡Mamá!

—Sí, corazón. Lo sé. Sé que siempre te he dicho que las mentiras tienen las patitas muy cortas. Pero, en aquel momento, pensé que solo sería el rollo de una noche. Pero seguimos viéndonos, no rectifiqué mis mentiras y en aquella comida de los cuatro, al descubrir Saem la verdad, se enfadó. Esa noche fui al DeLokos con tu tía Nuria para pedirle disculpas por mis mentiras y, por supuesto, para dejar de vernos, pero lo único que hice fue liar más las cosas y terminamos discutiendo.

Natalia, pasmada por todo lo que su madre le contaba, hizo un gesto con la cabeza.

—¿Y por qué estáis juntos ahora? —quiso saber, curiosa.

—Porque los Masters del Universo, el destino o lo que sea, hacía que nos reencontráramos una y otra vez, y la noche en la que Elías organizó la cena para presentarte a sus amigos, cuando me fui huyendo de esos pesados, Saem fue a buscarme. Hablamos. Nos comunicamos. Nos dijimos que nos habíamos echado de menos y decidimos darnos una oportunidad. Saem siempre quiso contar lo nuestro. No ocultarlo. Pero yo le dije que no. Que encontraríamos el momento perfecto para hacerlo. Y sí, Natalia, sé que él es el hijo de tu novio y es dieciséis años más joven que yo, pero...

—Mamá, claro que es raro asumir que tienes algo con el hijo de mi novio. Y en cuanto a la edad, como bien me enseñaste, es un

número —la cortó—. No digas tonterías. A mí lo que realmente me ha enfadado es que me lo ocultaras.

—Temía tu reacción y, en cierto modo, la de Elías. A ti te conozco y sé que hablando contigo siempre llegamos a un entendimiento. Pero a Elías no lo conozco, Saem es su hijo, y...

—Te entiendo, mamá —la interrumpió—. Pero estoy convencida de que cuando Saem y Elías hablen, se entenderán como nos estamos entendiendo tú y yo.

Por aquellas palabras, Alma se dio cuenta de que su hija apenas sabía nada de la relación que había entre ambos.

—¿Crees que Saem y su padre tienen buena relación? —indagó.

—Elías siempre habla maravillas de él.

—¿Y has hablado con Saem con respecto a su padre?

—No —mintió al pensar en lo hablado con él.

Alma asintió, y sin querer enredar más las cosas, se limitó a comentar:

—Solo te diré que no tienen buena relación. Pero eso no es algo que debamos debatir ahora, aunque es bueno que lo sepas.

Natalia se quedó un poco sorprendida. Estaba claro que tenía que hablar con Elías seriamente.

—No te voy a negar —dijo— que enterarme de sopetón de que estás con el hijo de mi novio no ha sido un *shock*, como imagino que lo ha sido para Elías. Pero lo entenderá y os apoyará, como vosotros siempre nos habéis apoyado a nosotros. En cuanto a otras personas, creo que...

—A mí lo que piensen otras personas me da igual, y lo sabes. La única que me importaba eras tú y por eso quería buscar el momento perfecto para contártelo, aunque esta noche todo se ha precipitado. Pero ese momento perfecto no existe, porque, seamos realistas,

¿qué momento es bueno para contarte que estoy saliendo con el hijo de tu novio?

Natalia se sentó. Conociendo a su madre, aquello le había tenido que volar la cabeza.

—¿Tan increíble es Saem? —quiso saber, tomando sus manos.

—Ni te lo imaginas.

—Vaya, mamáááá...

Ver el gesto sorprendido a la par que divertido de su hija la hizo asentir.

—Saem es tremendamente romántico —añadió, con una mirada cómplice—, empático, no es nada egoísta y me dice unas cosas tan bonitas que en ocasiones todavía me sorprendo de que me las diga a mí. No solo es guapo y sexi, sino que es atento, honesto, prudente y altamente caballeroso, entre otras cosas. Con él es fácil hablar y difícil discutir. No le gusta discutir. —Ambas sonrieron—. Desde que estamos juntos me siento más viva y la sensación de bienestar que me ocasiona me gusta, porque junto a él me siento en casa. Saem me hace sentir la mujer más querida y preciosa del mundo. ¡Y encima tiene el plus de que sabe cocinar!

Natalia sonrió. La sorpresa inicial para ella ya estaba olvidada.

—¿Estás enamorada? —preguntó.

—Como una quinceañera, corazón. Como dice tu tía Nuria, las hormonas del amor me han invadido por completo.

Sonriendo, Natalia abrazó a su madre. Si había alguien que se merecía ser feliz en la vida, esa era ella.

—Y yo diciéndote que Vane, Laura y Lola se lo querían tirar —murmuró.

—Por encima de mi cadáver. —Las dos se rieron, y Alma volvió a disculparse—: Siento mucho no habértelo contado antes, y espero que esto no te ocasiones problemas con Elías.

—Tranquila, mamá. Todo estará bien.

Con complicidad se abrazaron.

—Verás cuando se enteren los abuelos —soltó Natalia cuando se separaron.

—¡Ni te preocupes! —afirmó Alma con acidez—. Sé cómo se lo van a tomar. Me pondrán a caer de un burro, como hacen siempre, pero ya estoy acostumbrada. Por lo tanto, no será nada nuevo.

—¿Algo más que deba saber? —preguntó.

—Tu tía Nuria y Mario, el tío de Saem, están juntos.

—¡¿Qué?!

—Sí, corazón. También está plagadita de hormonas del amor, pero eso ya te lo explicará tu tía, que le encantará.

—¡Qué fuerteeee!

Alma sonrió. Saber que su hija ya conocía la verdad, era lo único que le importaba.

—Cuánto amor hay en el ambiente y yo sin darme cuenta —se mofó Natalia.

—Eso es porque estás enamorada y tienes mejores cosas en las que pensar.

Al oír aquello, Natalia movió la cabeza y miró el anillo que llevaba en su dedo.

—Mamá, lo quiero, pero estoy conociendo cosas de él que no me gustan —admitió. Alma asintió. No conocía a Elías, pero sí a su hija, y cuando iba a preguntar ella dijo—: Óscar, al final, no ha venido.

—¿Y eso? —preguntó Alma con prudencia.

—Después de llamarlo por teléfono, le dije a Elías que lo había invitado yo, y él, sin decírmelo, volvió a llamarlo y le dijo que no viniera, porque esta era su casa, y él decidía a quién invitaba.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes. Óscar me mandó un mensaje y me lo contó.

En silencio madre e hija se miraron. La toxicidad era algo de lo que siempre ambas habían huido.

—En una pareja el respeto y la confianza nunca han de faltar —sentenció Alma.

—Lo sé, mamá. Lo sé.

Con pesar, Alma miró a su hija, cuando la puerta del salón se abrió y apareció un furioso Elías gritando a Saem.

—¡Pero te has vuelto loco!

Madre e hija se levantaron.

—Te acabo de decir que no me grites —dijo Saem.

—¡Pero cómo no te voy a gritar, insensato! —Y con rabia en la mirada, le escupió—: Eres un ser débil como tu madre. Te conformas con...

Con un movimiento rápido, Saem lo asió de la pechera.

—¡A mi madre ni la nombres! —siseó.

Aquella tensión alarmó a Alma y su hija, y Mario, que acababa de llegar, se metió en medio y los separó. Con un gesto le pidió a Saem que se relajara, y luego miró a su hermano.

—¿Tú sabías esto? —le espetó Elías.

—Sí.

—¿Y cómo no lo has cortado?

—Porque yo no soy nadie para cortar nada. Saem es un hombre que dirige su vida. Ya no es un niño. Tiene treinta y nueve años. No cinco.

—No me toques los huevos, Mario.

—Tú tampoco me los toques a mí.

Mario y Elías comenzaron a discutir, y Saem, que estaba cerca de Natalia, preguntó:

—¿Esto es lo que quieres en tu vida?

Natalia resopló y no dijo nada. Elías entonces se dirigió a una descolocada Alma:

—En cuanto a ti, te diré que...

—Papá —lo interrumpió Saem, yendo hacia él—, cuidado con lo que vas a decir. Y ahora no solo no vas a nombrar a mi madre, sino que tampoco la vas a nombrar a ella, ¿te queda claro?

Furioso, Elías lo fulminó con la mirada. Después miró a Alma con la misma furia.

—Natalia, ¡ven aquí! —gritó.

—No. Ahora estoy hablando con mi madre.

—Te he dicho que vengas aquí —insistió.

—Y yo te he dicho que estoy hablando con mi madre —replicó, sin soltar la mano de Alma.

A Saem le gustó la actitud de Natalia. Que le presentara batalla era lo mejor que podía hacer. Elías, molesto, se dio la vuelta y desapareció por la puerta. Eso no iba a quedar así.

—Intuyo que sobro en esta conversación —indicó Mario, y se marchó.

Saem cerró los ojos y tomó aire. Su padre, con su manera de ser, conseguía sacar la peor versión de sí mismo. Y Alma, al ver aquello, tras mirar a su hija, le acarició la mejilla con ternura.

—Eh, cariño, ¿estás bien? —preguntó.

Oír aquella voz, su afecto y sentir el tacto de su mano en su rostro a Saem lo relajó.

—Sí, tranquila —respondió él, abriendo los ojos—. ¿Tú estás bien? —Alma asintió. Haber hablado con su hija le daba alas para volar. Saem miró a Natalia y dijo—: Oye, Natalia, siento que...

—Tranquilo. Ya me lo ha explicado mamá y, por mi parte, todo está bien.

Saem miró a Alma, que sonreía, y tomándole la mano se la besó.

—Quiero que sepas que yo no soy mi padre —le dijo a Natalia—, y estoy enamorado de tu madre. La quiero. La respeto. La necesito. Desde que ella llegó a mi vida, a pesar del torbellino de emociones por el que hemos pasado, ha hecho que todo tenga un bonito sentido, y mi intención es quererla, cuidarla y protegerla y, por consiguiente, ese cuidado, esa protección y ese amor se extienden también a ti. —Natalia asintió. Con la mirada lo entendió. Y él prosiguió—: Porque, si tú eres importante para ella, también lo eres para mí.

Natalia, boquiabierta por aquellas palabras, miró a su madre.

—¿Siempre dice cosas tan bonitas? —preguntó.

—Continuamente.

Alma sonrió. Saem también. Y Natalia, con determinación y decidida a que su madre viviera la felicidad que siempre se había merecido, tomó las manos de él entre las suyas.

—Si la quieres tanto como dices, no dudes de que yo también te voy a querer —afirmó con rotundidad.

Capítulo 54

Las dos siguientes semanas para Alma fueron una locura emocional.

Estaba feliz porque había dejado de ocultar algo que para ella era importante, aunque por otro lado estaba tensa. Sabía que Saem y su padre discutían y, por consiguiente, seguro que Natalia también, aunque no le decía nada.

Durante días, Alma esperó la llamada de Elías. Estaba claro que tenía algo que decir, pero no la recibió. La que sí recibió fue la de Carlos. Su ex. Este le reprochó estar liada con el hijo del novio de su hija. ¿Acaso se había vuelto loca? ¿No era consciente de que a su edad aquello ya no era apropiado? Alma no estaba para estupideces y le colgó. No tenía tiempo para tonterías.

También quedaron un día para comer con los amigos de Saem que ya la conocían. Estos, al verla, la recibieron encantados, pero Alma seguía percatándose de que algunos, no todos, la seguían mirando con curiosidad y cuchicheaban. Incluso la novia de Manu, en un momento en el que Saem fue a la barra a por otras cervezas, se atrevió a preguntarle la edad. Alma le respondió sin problema, y por sus reacciones supo lo que algunos pensaban, pero eran los amigos de Saem y, por respeto a él, calló. Ella estaba por encima de sus prejuicios.

Llegó el concierto de Bruno Mars y Alma y Saem, como una pareja más, lo disfrutaron. Durante el tiempo que duró aquella maravillosa fiesta de la música bailaron, cantaron, saltaron. Saem, divertido, se agotó de ver lo activa que era Alma. Lo superaba en energía. Y

cuando Bruno cantó aquella bonita y romántica canción, enamorados, la bailaron mirándose a los ojos.

Días después, Alma estaba contestando diligentemente unos emails en el ordenador de la oficina cuando Nuria entró en su despacho.

—Malas noticias.

—¿Qué pasa?

Nuria dejó sobre la mesa unos papeles.

—No nos conceden el préstamo.

—¡¿Qué?!

—Lo que oyes.

Alma cerró los ojos. No conseguir aquello les frenaba el proyecto que ambas deseaban realizar.

—Según me ha dicho el del banco, tras estudiarlo consideran que es un préstamo arriesgado —explicó Nuria.

Alma parpadeó. Aquella transacción la habían estudiado ellas mismas con máximo detenimiento. Si habían pedido aquel préstamo era porque sabían que lo podían devolver a plazos y sin mayor problema.

—No lo entiendo —dijo, confusa.

—Yo tampoco.

—Creo que deberíamos pedir que lo revisen. Y...

—Alma. Ya se lo pedí. Pero me temo que la respuesta va a ser la misma.

Alma cerró los ojos contrariada. Aquello era una fatalidad. Aquello les rompía la ilusión y el sueño que tenían de ampliar aquel negocio en el que tanto ella como Nuria se mataban a trabajar día a día. Al ver a su amiga con los ojos llorosos, se levantó y dijo:

—Pero bueno, loba mía, ¿qué te pasa?

—Que estoy muy desilusionada. Es nuestro sueño. Nuestra apuesta y pensé que nos lo darían.

Alma la abrazó. La entendía. La desilusión también había entrado en su cuerpo, pero tener los ojos llorosos no era algo propio de Nuria.

—Te entiendo. Yo también pensé que lo conseguiríamos.

—¡Teníamos planes!

—Lo sé. —Alma, al ver cómo le temblaba la barbilla a su amiga, murmuró—: Pues sí que estás blandita hoy.

Nuria asintió. Estaba blandita y cabreada. Alma, sabiendo que su amiga necesitaba positividad y no drama, dejó a un lado su desilusión.

—Es una gran putada que no nos den el préstamo —le dijo—. Eso no te lo voy a negar. Pero, Nuria, no se acaba el mundo porque un banco nos haya dicho que no.

—Lo sé. Lo sé.

—Presentaremos los papeles en otros bancos y...

—Pero, Alma —se desesperó—. Si el banco donde tenemos nuestras cuentas y que conoce nuestros ingresos y movimientos mensuales, no nos concede el préstamo, ¿de verdad crees que otro banco que no nos conoce nos lo dará?

Alma resopló. Sabía que Nuria tenía razón, pero insistió:

—No lo sé, pero no vamos a tirar la toalla. Tú y yo no somos mujeres de tirar la toalla. Primero, porque somos unas profesionales. Segundo, porque creemos en nuestro proyecto. Y tercero, porque somos dos lobas con un par de ovarios bien puestos, ¿entendido?

Nuria asintió. La positividad y el empuje de Alma siempre terminaban contagiándola, y finalmente sonrió. Alma tenía razón.

Capítulo 55

El sábado, durante la comida de madres e hijas, o mejor dicho de lobas y lobeznas, Virginia, Carolina, Natalia y Leyre no podían dejar de preguntar a Nuria y a Alma. El hecho de que las dos solteras por excelencia del grupo ahora tuvieran pareja las tenía locas.

Entre risas y picardía tanto Alma como Nuria respondían, mientras Sugar olisqueaba el piso. Que ellas mismas admitieran tener pareja todavía las desconcertaba y hasta ellas se reían. De pronto Carolina se levantó y sacó de su enorme bolso una caja de manolitos.

—Tengo algo que contaros.

—Ay, Dios —murmuró Natalia.

Las maduras se miraron con complicidad.

—Tu madre por su secretismo no lo hizo, pero si me necesitas para representarte en el juzgado, aquí estoy —se ofreció Estíbaliz.

—Yo también —musitó Leyre.

—Siempre estaremos a tu lado, pase lo que pase, ¿vale, tesoro? —insistió Nuria.

Romina miró a sus amigas con abatimiento.

—Tome el rumbo que tome tu divorcio, te apoyaremos —manifestó Alma—. No te vamos a dejar ni un segundo sola.

Carolina, tras mirar a su hermana Virginia, asintió.

—Gracias a todas. Me encanta saber que puedo contar con vosotras. —Con pesar, tras mirar a una desconcertada Romina, todas asintieron, y Carolina continuó—: Sé que por cómo somos Pablo y yo, el divorcio parece inminente, e incluso puedo intuir que ya tenéis

preparado el kit de supervivencia posdivorcio. Pero, lobas y lobeznas, ¡giro de guion! No me divorcio. ¡Estamos embarazados!

Boquiabiertas, todas miraron a Romina, que, cambiando su gesto de desconcierto por una sonrisa pícara, abrazó a Carolina.

—¡Voy a ser abuela! —exclamó—. Me moría de ganas de que os lo dijera.

Incrédulas y sorprendidas por aquella noticia que no era la que esperaban, felices y emocionadas, se levantaron todas para abrazar a Carolina, mientras Romina y Virginia se mofaban de ellas y reían a carcajadas, pues, como era lógico, ellas ya lo sabían. Acabado el momento de besos y abrazos, todas volvieron a sentarse.

—¿Desde cuándo lo sabéis? —preguntó Estíbaliz.

—Mamá y yo desde ayer —contestó Virginia.

—Pablo y yo desde hace una semana.

Le hicieron infinidad de preguntas a la futura mamá, que con una bonita sonrisa respondía. Alma, viendo la emoción de su amiga Romina, cogió su mano por debajo de la mesa.

—¿Estás bien? —quiso saber.

Romina asintió y como sabía que su hija no la oía, dijo en bajito:

—Cuando nos dijo a Roberto y a mí que tenía que hablar con nosotros, nos preparamos para lo peor, y cuando nos comunicó que íbamos a ser abuelos, ¡casi nos da algo!

Alma sonrió. La vida era imprevisible. Nunca dejaba de sorprender.

—Contad, ¿cómo se lo ha tomado el abuelito? —se interesó Nuria.

—Está chocho perdido —afirmó Virginia al pensar en su padre.

Carolina, la futura madre, sonreía y Romina, cogiendo un manolito de chocolate blanco, explicó:

—De entrada, Roberto se mareó. Tuvimos que tumbarle en el sofá y levantarle los pies. Pero, ya repuesto, está como loco porque nazca su nieto o nieta para hacerlo socio del Atlético de Madrid.

Prosiguieron hablando sin descanso de aquello y de todo lo que surgía. Como era de esperar, Nuria y Alma comentaron lo difícil que estaba siendo conseguir el préstamo que necesitaban. Varios bancos habían rechazado su propuesta, pero pensaban seguir intentándolo. No iban a tirar la toalla. Ampliar Diva y Radiante era su sueño, e iban a luchar como lobas por él.

Hablar y reír. Eso cuando se juntaban se les daba de lujo. Entonces Estíbaliz oyó a su hija preguntar algo indiscreto.

—Pero, Leyre, ¿qué pregunta es esa? —le riñó.

La joven sonrió.

—A ver, mamá, solo quiero saber si ahora las tías follan con Saem y Mario, o hacen el amor —soltó con retintín.

—Pero será sinvergüenza la niña —se quejó Romina, sonriendo.

—Más que sinvergüenza, mamá, diría cotilla —se mofó Carolina.

Nuria y Alma, divertidas por aquella pregunta, iban a contestar, pero Natalia se les adelantó.

—Creo que cincuenta, cincuenta, ¿verdad?

—Verdad —afirmaron ellas.

Tras la comida se fueron todas juntas de compras. Tenían que comprar cosas para el piso que Romina se había comprado frente al parque de la Cuña Verde. Un cuco pisito de dos habitaciones y una bonita terraza con vistas al parque de la que se enamoró Romina tan pronto como lo vio.

Roberto y ella habían vendido el piso de Móstoles. En agosto lo entregaban y tenían quince días para acondicionar el apartamento de Romina y el que Roberto se había comprado en Alcorcón. Algo que todas aceptaron hacer encantadas.

Acabadas las compras, cargadas como mulas, todas fueron al piso de Romina donde les esperaba Sugar y disfrutaron colocando todo lo

que habían adquirido. Alma vio en su hija un gesto extraño después de recibir una llamada de teléfono.

—¿Estás bien, corazón? —le preguntó.

Natalia resopló y bajó la voz para que solo la oyera ella.

—Estoy algo cabreada.

—¿Qué pasa?

—No tengo manolitos para contártelo —se mofó la joven.

—¡Serás tonta!

La joven, que sonrió, cogió a su madre de la mano. Ambas salieron a la terraza acompañadas por Sugar. Allí se encendieron unos cigarrillos.

—Esta noche tenemos la cena despedida de Lola y Lucas, que se van un año a Canadá —empezó a contar—, y ahora me llama Elías y me dice que me olvide de la cena, porque tenemos que ir a otra cena con no sé qué jefazos del banco asiático para el que trabaja, porque están de vacaciones en Madrid. —Alma guardó silencio, esperando a que continuara—: Pero vamos a ver. Si yo tengo una cena programada desde hace tiempo con mis amigos, ¿por qué él programa otra sin preguntarme? Y claro, si no voy, como dice él, le voy a dejar en muy mal lugar con sus compañeros de trabajo.

—Háblalo con él —le recomendó Alma, percibiendo el agobio de su hija.

—Desde que sabe lo vuestro, está insoportable.

—Vaya. Lo siento, Natalia.

Ella suspiró. Elías estaba insoportable y ella no soportaba las cosas que decía relativas a su madre. Pero evitó mencionarlas para no hacerle daño. También omitió comentarle que estaba utilizando su vena periodística con Elías por lo que pudiera pasar.

—Mira, mamá, si de algo me estoy dando cuenta es de que o se hacen las cosas a su manera o se cabrea como un maldito niño

consentido —reconoció—. No sé qué pasa, pero el Elías amable, caballeroso y respetuoso que conocí ya no es así. Desde que me pidió que me casara con él, no hace más que reprocharme cosas que antes le gustaban de mí. Y ahora que sabe lo vuestro, no paramos de discutir, y es agotador.

—Joder.

—Noto que quiere que cambie mi forma de ser. Lo que antes le parecía maravilloso, ahora lo critica, y...

—Natalia —la cortó—. Eso nunca lo permitas.

—Claro que no, mamá. Tranquila.

—Tú eres tú. Y quien te quiera, tiene que hacerlo tal y como eres, porque así te conoció. Corazón, nunca permitas que hagan de ti un monigote ni que te moldeen a gusto de otros.

—Lo sé, mamá. Lo sé. —Y pensó en que se confirmaba su conversación con Saem.

En un silencio cómplice se miraron.

—¿Sigues enamorada de Elías? —se aventuró Alma a preguntar. Sabía cómo eras su hija.

—Sinceramente, no lo sé —admitió.

Conocía a Natalia y sabía que aquello podía pasar. Natalia era una mujer fuerte e independiente, como un campo abierto al que no se le podían poner puertas, y, sin duda, Elías le estaba poniendo demasiadas.

—Mamá. Tengo que contarte otra cosa.

—Dime.

—Hace unos días, estando con Elías y sus amigos en un restaurante, cuando fui al baño, una mujer pelirroja se me acercó y me preguntó si era la novia de Elías. Y cuando le dije que sí, me dijo cosas terribles sobre él.

—Ay, Dios mío. ¿Qué te dijo?

Natalia no quiso decirle a su madre que aquella mujer era la hermana de Verónica, la chica que, según le había contado Saem, había intentado suicidarse.

—Cosas como que no me convenía y que me alejara de él —dijo mirando a Sugar.

Alma procesó aquella información.

—¿Te dijo por qué? —quiso saber.

—Solo dijo que era un tipo muy egoísta —respondió, sin hacer alusión a que Saem ya le había hecho una primera advertencia sobre su padre, y el motivo.

En ese momento, lobas y lobeznas salieron a la terraza, y Alma y Natalia interrumpieron su conversación. Y cogiendo los vasitos con crema de orujo que ellas les entregaban, brindaron por el bebé que estaba en camino y por lo bonita que a Romina le estaba quedando la casa.

Capítulo 56

En la casa de La Moraleja, Saem paseaba con Haneul por el jardín, mientras su perra Freya corría como una loca. Aquellos momentos con Haneul eran especiales, serenos y llenos de paz.

—Debes ser fuerte y guiarte por tu corazón, Saem —le recomendó ella—. No permitas que tu padre te amargue la existencia, como le hizo a tu madre.

—Lo sé, mamá Haneul. Tranquila. Yo no soy mi madre.

Haneul asintió. Entendía mejor que nadie las palabras de Saem.

—El presente que vive tu padre con respecto a ti es la suma silenciosa de todo lo que hizo en el pasado —sentenció ella.

—Pues que lo acepte de una maldita vez, como yo tuve que aceptarlo, aun siendo un niño, me gustara o no —terminó Saem.

La mujer suspiró. Vieron en ese momento que la puerta de la terraza principal se abría y Elías salía con un libro. Él los miró brevemente, y luego fue a sentarse en uno de los butacones.

—No para de llamarme por teléfono y de enviarme mensajes —dijo Saem—. Me desgasta su insistencia.

—Lo sé, hijo. Tu padre, cuando se lo propone, es agotador.

—Sé qué quería que viniera para volver a hablar, necesito zanjar este tema de una vez. Pero él sigue y sigue, y yo tengo que contenerme, porque le prometí a mamá que...

—Saem, hijo. Lo prometido se intenta, pero todo tiene un límite. Incluso tu madre te diría eso.

—Lo sé, mamá Haneul. Y estoy llegando a mi límite —afirmó él—. Me conozco. Tengo paciencia, pero cuando se acaba, rompo con todo.

—Yo también te conozco y sé que eres juicioso y paciente —lo interrumpió la mujer—. Pero en la vida, a veces, se han de tomar decisiones duras y tajantes. Y nunca dudes de que, decidas lo que decidas, tu madre estará orgullosa de ti. —Se miraron con complicidad, cuando la mujer añadió—: Y yo también estoy orgullosa de ti. Pocos hijos, teniendo un padre como Elías, seguirían soportándole. —Y consciente de que Elías los observaba, lo instó—: Ahora, ve con él. Te espera, y que estés conmigo antes que con él le incomoda.

Con cariño, Saem le dio un beso a aquella pequeña mujer en la mejilla.

—Llévate a Freya contigo —le pidió—. Cuando me vaya, pasaré a recogerla y a despedirme de ti.

Cuando la mujer se marchó hacia la casita de invitados que era su hogar, Saem, con paso seguro, se dirigió hacia la terraza donde estaba su padre. A medida que se acercaba, era consciente de la dura mirada de Elías.

—Hola, papá —lo saludó.

—De nuevo, saludándola a ella antes que a mí.

—Sí. Y siempre será así —afirmó Saem, apoyándose en la barandilla.

Molesto, Elías se levantó. Años atrás, aquello no le importaba, pero, con el transcurso del tiempo, le escocía.

—Cualquier día echo a esa mujer de aquí —siseó—. Lleva demasiado tiempo viviendo en la casita de invitados. Y si tú te independizaste, ¡qué narices pinta aquí!

A Saem le molestaron aquellas palabras. Pero procuró no inmutarse, para no agrandar el ego de su padre.

—La casa de invitados ha sido el hogar de Haneul desde que llego de Seúl —respondió—. Si se te ocurre echarla de aquí, tendrás problemas conmigo y con Mario. No solo tú eres el dueño de la casa de los abuelos, ¿te queda claro?

—No me dais ningún miedo.

—Tú a nosotros tampoco.

Padre e hijo se miraron. Elías se removió incómodo con la mirada de su hijo y bajó la vista.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó.

—Cerveza.

—Vayamos a mi despacho.

Saem asintió y en silencio siguió a su padre. Ya en el despacho, Elías abrió la pequeña nevera que allí tenía y sacó una cerveza. Acto seguido, se preparó un güisqui con hielo y le entregó la cerveza a su hijo, que se entretenía mirando los libros de la estantería.

—¿Hasta cuándo va a durar esto? —preguntó a bocajarro.

Saem lo miró. Sabía perfectamente a qué se refería, pero se hizo el tonto.

—¿De qué hablas?

—Hablo de lo tuyo con la... la madre de mi novia.

Con tranquilidad, Saem dio un trago a su botella de cerveza.

—Mi vida privada es mía única y exclusivamente —replicó.

—Pero...

—Papá —lo interrumpió—. Si me has hecho venir para volver a hablar sobre lo mismo, déjame decirte que me está agotando el tema. Por lo tanto, mejor déjalo.

—No voy a dejarlo. Pero ¿qué narices estás haciendo con tu vida? —Saem no contestó y él, con mala baba, le soltó—: ¿Tan zorrita es

en la cama?

Al oírle, Saem dio un paso intimidante hacia él, pero se detuvo y apretó la botella de cerveza que tenía en su mano.

—Cuidado, papá —le avisó—. No vayas por ahí. Te lo advierto.

—¿Y por dónde quieres que vaya? —insistió Elías, sentándose ante su mesa de trabajo—. Tengo solo un hijo y...

—Si vas a empezar con los temitas de siempre, mejor cállate.

—Saem, maldita sea, abre los ojos de una vez —volvió Elías a la carga—. Esa relación no te conviene. Te estás metiendo en algo que va a destrozar tu vida y tus planes a futuro. ¡Y eso sin hablar de la edad! Pero no ves que ella juega con ventaja por su experiencia y...

—¡Quieres dejar de decir tonterías!

—¡Esa mujer no te puede dar hijos! Es mayor. ¡Vieja!

—¡Se acabó! —gritó Saem, y mirándole siseó—: No voy a permitir que le faltes el respeto a la mujer que quiero, ni una sola vez más. ¡Te queda claro! Y en el tema hijos, nunca he querido tenerlos. Por lo tanto, deja de decir tonterías.

—No digo tonterías. Todo hombre quiere tener hijos.

—Te equivocas. No todos los hombres o mujeres quieren hijos.

—Pero un hijo es el legado que aportas al mundo.

—Papá, ¡no quiero tener hijos!

—Eso lo dices porque ella no te los puede dar.

—Te equivocas —afirmó, omitiendo algo que solo él sabía—. Nunca he querido hijos y mi postura no va a cambiar.

—¿Y qué pasara dentro de unos años? —insistió el padre—. ¿Acaso no has pensado que vuestra diferencia de edad se hará más notable y...?

—Creo que deberías de pensar en la diferencia de edad que hay entre Natalia y tú antes de que sigas diciendo tonterías. Pero ¿tú te estás escuchando?

—Lo mío con Natalia es normal. Natural. Lo que no es natural es...

—Lo que no es natural es que pienses así en el siglo XXI, ¡eso es lo que no es natural, papá! —lo cortó Saem, que añadió—: Pero claro, ¡tú!, el todopoderoso Elías Basagoitia, te crees con el derecho a juzgar y criticar lo que hago yo, sin pensar en lo que haces tú. —En silencio los dos se miraron y Saem preguntó—: ¿Le has hablado a Natalia de Verónica?

Elías con gesto ceñudo negó con la cabeza.

—Pues deberías, papá, deberías —le recomendó, y tras un incómodo silencio agregó—: Sabes tan bien como yo que Natalia no es la mujer que quieres en tu vida, porque no se ajusta al concepto de mujer florero que deseas mostrar como un trofeo ante los de tu empresa. Pero te encanta manipular. Te conozco. Y sé qué ella, por su carácter, es un reto para ti. —Molesto, Elías dio un trago a su güisqui. Su hijo lo conocía muy bien, así que prosiguió—: Pero ¿sabes, papá? Natalia no es como Verónica, ni como otras con las que has estado y manipulado. Natalia tiene carácter y es una mujer segura de sí misma porque tiene una madre que le enseñó a...

No pudo decir más. Elías, ofuscado, salió de la habitación y Saem resopló. Su padre lo sacaba de sus casillas.

Tras dar un trago a su cerveza, decidió marcharse. Pero al ir a dejar la bebida sobre la mesa, una carpeta llamó su atención. En ella ponía «Diva y Radiante. ¡Confidencial!». Aquel era el nombre de la empresa de Alma, y, movido por la curiosidad, la cogió, y al comenzar a leer lo que en los papeles ponía, el cuerpo se le descompuso. Hoja a hoja, observaba todo aquello. De pronto Elías entró y Saem levantó la vista de los papeles.

—¿Qué narices es esto? —preguntó. Elías, al ver lo que su hijo tenía en las manos, no dijo nada, y Saem insistió—: Dime que no es lo que creo.

—Si esa mujer me jode estando contigo, ten por seguro que yo voy a joderla —respondió Elías con toda tranquilidad, sentándose a su mesa.

Perplejo, Saem parpadeó.

—¿Tú has intercedido para que a Alma le nieguen el préstamo los bancos? —levantó la voz. —Elías asintió, y Saem gruñó—: ¿Te has vuelto loco? —Elías no contestó y Saem, acercándose a él, siseó—: Te exijo que reviertas y arregles esta situación de inmediato.

—La respuesta es no.

—¿Me puedes decir por qué lo has hecho? —exigió una explicación, consciente de que era el sueño de Alma.

—Blanco y en botella, hijo, ¡por ti!

—¿Por mí?

—Sí. Por ti. No apruebo esa relación.

—Tú no tienes que aprobar nada —siseó furioso.

—Saem, soy tu padre.

—Para mi desgracia.

Oír aquello a Elías lo encabronó más.

—Ahí está la frialdad coreana —remató.

A partir de ese instante padre e hijo se cruzaron duras y fuertes palabras. Reproches que habían estado guardados en la mente de Saem salieron como una cascada desbordante, deseosa de inundar la estancia.

—Todo eso es pasado —dijo Elías.

—Todo lo que he dicho es la vida de mi madre y la mía.

Elías negó con la cabeza. No estaba dispuesto a hablar de aquello, y volviendo al tema principal amenazó:

—Solo hay una manera de que esa mujer consiga el préstamo. Y es que termines la relación con ella y regreses a Seúl.

—¿¡Qué!? —murmuró Saem, incrédulo.

—Sinceramente, Saem, fue un error traerte a España. Con los años, te has convertido en una mosca cojonera que no solo me reprocha mi pasado, sino que se mete en mi presente. Y eso me incomoda mucho.

Saem, apretando los puños, lo observaba. Aquel que por genética era su padre era la peor persona que conocía. No solo le había hecho daño en el pasado, sino que también pretendía hacérselo en el futuro.

—¿De verdad crees que no sé que le pagas la clínica a Verónica? —le soltó.

Saem cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—Que tú sepas eso a mí me da igual —replicó—. Y si lo hago es porque creo que Verónica es una buena persona y necesita recuperarse. Y eso se llama empatía, cosa de la que tú careces.

—¿Acaso su debilidad te recuerda a tu madre? —Saem no contestó—. Menudo dineral me costaron sus psicólogos.

—De mi madre no...

—Dijo su eterno cachorro —lo cortó con desprecio. Saem endureció su mirada. No iba a consentir que dijera nada más con respecto a su madre, y Elías continuó—: Si te marchas a vivir a Seúl, esa mujer no irá detrás de ti. Ella es ambiciosa. Ha luchado por levantar esa tienducha de novias y dudo que se olvide de ella para irse a Seúl contigo. Además, su hija es lo más importante de su vida. No tú. Y mientras Natalia viva en Madrid, y se case conmigo, esa mujer no se moverá de aquí.

—Se te ha ido la cabeza...

—Y en cuanto a ti, venderás el piso, el restaurante y tu parte del local al imbécil de tu tío. Con ese dinero regresarás a Seúl, donde puedes tener una buena vida y abrir ese restaurante que siempre quisiste frente al río Han. En cuanto a mí, cuando vaya a Seúl por

trabajo y tenga tiempo, te iré a visitar. —Y sacando un papel del cajón de su mesa se lo puso delante—. Si me firmas este documento, en donde pone que harás lo que te he dicho, en veinticuatro horas esa mujer y su socia tendrán en su cuenta bancaria el préstamo de un millón de euros que han solicitado con un interés bajísimo y unas condiciones muy favorables. Y si no aceptas, serás el responsable de haber destruido el sueño de su vida.

—¿En serio? ¿De verdad me estás chantajeando y amenazando? —siseó Saem, a cada segundo más impactado, sin poder creer lo que estaba oyendo.

—Si te chantajeo y amenazo es porque puedo permitírmelo, ¿no crees?

Oír aquello y ver su maldad en cierto modo no le sorprendió. Conocía a su padre. Sabía lo que era capaz de hacer por conseguir lo que quería.

—Nunca me he dejado manejar por ti —dijo, intentando no dejarse llevar por la rabia y soltarle un puñetazo—, y créeme cuando te digo que no voy a empezar ahora.

—Tú verás. En tu mano está que tu adorada Alma consiga ese préstamo o no.

Saem, fuera de sí, se acercó hasta él, y cogiéndolo por la pechera, gritó:

—Eres un ser despreciable.

—¿Vas a pegarme?

—Ganas no me faltan.

En ese instante, Haneul entró en el despacho. Los gritos la habían alertado y acercándose a ellos, con todo lo pequeña que era, los separó.

—Otra loca defendiendo a su cachorrito —dijo Elías, mirándola con desprecio.

El derechazo que Saem le soltó a su padre con todas sus ganas hizo que aquel se sentara en su sillón de golpe. La furia, la rabia y la ira por todos los años conteniéndose y todo lo que acababa de oír tenían a Saem fuera de sí. Haneul de un tirón hizo que la mirara.

—Que su oscuridad no te atrape. No lo permitas —le pidió.

Saem tomó aire. Mamá Haneul tenía razón. Miró a Elías, que sangraba por el labio a causa del puñetazo y le señaló con el dedo.

—Tú ya no eres mi padre —sentenció.

—Pero bien que lo fui para pagarte los estudios, para darte un techo, para...

—¡Era tu obligación!

—¿Mi obligación?

—Yo no pedí venir al mundo —siseó con frialdad—. Tú me trajiste.

Elías resopló.

—Ni a ti ni a tu madre os faltó nunca de nada.

—Métete tu jodido dinero por el culo, porque, al parecer, es lo único que te importa —escupió Saem.

De la mano de mamá Haneul, salió de aquel despacho.

—Ningún banco le dará el préstamo que esa ha pedido mientras yo pueda evitarlo. ¡Que te quede claro, Saem! —gritó Elías a su espalda.

Con la tensión por las nubes y de la mano de Haneul, salió de la casa dispuesto a solucionarlo. Lo que no sabía era cómo.

Capítulo 57

El domingo, cuando Alma abrió un ojo, lo primero que vio fue a Saem dormido y sonrió. ¿Pero se podía estar más guapo?

La noche anterior cuando fue a buscarlo al restaurante, lo encontró más callado de lo habitual. Lo comentó con Ji Woo y esta le dio la razón. Saem estaba raro. Pero él, con su bonita sonrisa, cuando se montaron en el coche, le indicó que simplemente estaba cansado, y ella le creyó.

Con tranquilidad miró a su alrededor. Estaban en la casa de Saem. Un piso amplio, cómodo y bonito, pero frío en la decoración y excesivamente varonil. El día anterior, tras pasar el día con sus amigas, por la noche se fue a buscar a Saem al restaurante con Sugar. Hacer aquello, mostrar su relación sin esconderse, era una tranquilidad que le gustaba, pero también una responsabilidad. ¿Estaba dando por sentada su relación?

Un movimiento llamó su atención. Eran Freya y Sugar que, acurrucados, dormitaban sobre la cama.

Sin moverse, observó a los dos perretes. Freya, desde el inicio, lo había puesto todo fácil. La perra era encantadora, sociable y cariñosa. A Sugar, por el contrario, al ser tan gruñón, le costó más. De hecho, cuando iban a su casa, Sugar aún no permitía que Freya se subiera a la cama. Al levantar la mirada vio a Saem observándola. Aquellos ojos. Aquella mirada. Y haciéndole un gesto, le señaló a los perros. Saem miró.

—Freya es una facilona —musitó, sonriendo, y moviéndose dijo—: ¡Vamos, los dos abajo!

Rápidamente los perretes obedecieron. Saem se acercó a Alma y, sin mediar palabra, la besó. Abrazados y pegados podían sentir el calor de sus cuerpos. Saem llevó sus manos hasta el trasero de Alma y se lo estrujó.

—Mmmmm... me encanta —susurró.

Divertida, ella hizo lo mismo con el suyo.

—Mmmmmm... me apasiona —murmuró.

Saem la besó. Pero, de improviso, lo ocurrido el día anterior con su padre le volvió a la mente e interfirió en el momento. Tenía que hablar con Alma. Contarle lo del préstamo y el chantaje que su padre pretendía, pero, al mirarla y verla sonreír, sintió miedo. ¿Y si ella prefería el préstamo a él? Total, solo lo conocía desde hacía unos meses y Diva y Radiante había tardado muchos años en levantarla.

Duda. Miedo. Inseguridad. De pronto aquellas tres emociones se apoderaron de Saem.

—¿En qué piensas? —preguntó Alma.

—En lo preciosa que estás —respondió, acercándola a su cuerpo para que no lo mirara a los ojos.

Alma sonrió. Él no paraba de halagarla de una manera que la hacía sentir preciosa y especial.

—¿Sabes que ayer me preguntaron si hacíamos el amor o follábamos? —Se rio.

—¿Pero qué clase de preguntas son esas? —se mofó Saem, que, tras darle un dulce beso, se interesó—: ¿Y tú que respondiste?

—Pues que depende del día.

—Vaya...

Sonrió al escuchar aquella expresión tan suya, pero notó algo en su mirada.

—¿Te ocurre algo, cariño? —quiso saber.

Saem se apresuró a negar con la cabeza. Estaba claro que no estaba siendo bueno para controlar sus emociones, así que la cubrió de besos para hacerla sonreír.

—¿Y ahora qué quieres, follar o hacer el amor? —le preguntó.

—Follar —respondió ella, tomando el control.

Saem sonrió. Y mientras Alma le mordisqueaba el lóbulo de la oreja y se restregaba contra él como una loba, lo disfrutó. Para Alma, sentir cómo la respiración de Saem se aceleraba y ver que el poco vello de su cuerpo se le erizaba le demostraba que lo que hacía le gustaba, y continuó. No pensaba parar.

Desnudos, excitados y expuestos se observaban cuando Alma llevó su caliente boca hasta los oscuros pezones de él. Con la punta de su lengua los lamió, los ensalivó. Y al notar que se erizaban, con los labios los succionó, y después con los dientes los mordisqueó y estiró. Saem al notar aquella intensidad, entregado, gimió.

Sin dejar de hacer aquello, pero notando la dura erección entre sus piernas, Alma, sentada a horcajadas, se incorporó. Y tras asir su duro y cálido pene, lo colocó en la entrada de su húmeda vagina, y se dejó caer sobre él. El placer que aquello les ocasionó les hizo jadear, y, ella, agarrándolo por las muñecas, colocó sus brazos por encima de su cabeza en la cama y mirándolo, mientras movía las caderas de adelante hacia atrás, le preguntó:

—¿Te gusta cómo te follo?

Saem asintió. Estaba tan poseído por lo que ella hacía que no podía ni hablar.

Durante una maravillosa eternidad, Saem disfrutó del loco goce que ella le ocasionaba acelerando y frenando. Oleadas de placer

iban y venían haciéndole subir y bajar continuamente al cielo, hasta que el deseo de dominarla en la cama le hicieron tomar el control. Para ello soltó sus manos, se incorporó y con una agilidad que a Alma la dejó loca, la colocó debajo de él y no paró de penetrarla con morbosa rudeza hasta que un loco y electrizante orgasmo los invadió a los dos.

Acabado el momento pasional, Saem, tras darle un dulce beso en los labios, se dejó caer en la cama junto a ella, que, con la respiración entrecortada, murmuró.

—Vaya...

Saem sonrió. Era la primera vez que en el juego del sexo subían tanto la intensidad. La dominación. La posesión.

—Me encanta el sexo contigo —afirmó. Alma lo miró y él añadió—: Adoro que seas desinhibida y segura de ti misma, y te guste mostrarme tu lado salvaje o sumiso.

—Mmmmm... qué morbo me das.

Sonriendo se besaron. Lo que estaban viviendo juntos estaba siendo muy especial.

—¿Alguna vez te has planteado vivir en otro sitio que no sea Madrid, incluso en otro país?

Alma movió la cabeza.

—No. Y menos regentando mi negocio y sabiendo que mi hija Natalia vive aquí —respondió ella.

Saem, sin perder su sonrisa, asintió. Elías en aquello acertaba.

—He pensado que si pido un préstamo al banco, poniendo como aval mi restaurante, quizá...

—¿Para qué quieres pedir tú un préstamo al banco? —lo interrumpió ella.

—Para ayudarte en tu negocio.

—¿Para ayudarme a mí? —preguntó, sorprendida.

—Sí.

—Olvídalo.

—Yo podría...

—Saem, no. Pero si apenas nos conocemos. ¿Cómo vas a hacer eso? —Saem la entendió. Lo que estaba proponiendo era una auténtica locura. Ella prosiguió—: Y no solo eso. Yo tampoco quiero que el dinero tenga nada que ver con nuestra relación. Imagina por un momento que mi tienda comienza a ir mal, y no puedo pagar el préstamo. ¡Te quitarían el restaurante! Y no, eso no lo puedo consentir.

Saem no dijo nada. Sin que ella lo supiera, el dinero estaba marcando su relación, mientras él, sin consultar, tomaba decisiones, aun sabiendo que se podía estar equivocando.

—Cariño, te lo agradezco —sonrió Alma—. Pero nunca permitiría que hicieras algo así. ¿Pero te has vuelto loco?

—Loco estoy por ti.

Alma, conmovida por aquello, lo besó con cariño.

—¡Olvídalo y no vuelvas a mencionarlo! —le pidió.

—Pero...

—Saem, ¡no es no! Diva y Radiante es mi negocio. Mi problema. Ya me mataré yo con quien sea para conseguir el dinero.

En silencio se miraron, cuando él, de pronto, preguntó:

—¿Lo dejarías todo por amor?

Sorprendida por aquella pregunta, Alma soltó una carcajada.

—Pero ¿qué te ocurre esta mañana? —se sorprendió.

—Responde.

—Pues no, Saem. No lo dejaría todo por amor. Si algo he aprendido con los años es que en la vida y en el amor, en un segundo, por infinidad de circunstancias, todo puede cambiar. Y no estoy dispuesta a jugarme lo que tengo por nadie. —Él asintió.

Aquella respuesta le dejaba entrever ciertas cosas—. ¿Y tú lo dejarías todo por amor? —quiso saber ella.

—Sí —afirmó con rotundidad, agotado mentalmente por todo lo que rondaba por su cabeza.

Sorprendida por aquello, Alma comenzó a darse aire con la mano.

—Mira qué calor me ha entrado por lo que has dicho.

—Lo siento, cielo.

—Es bromaaaaa. La jodida menopausia me hace tener clima tropical, sin salir de casa y en cualquier momento.

—Solo a ti se te puede ocurrir decir eso —susurró Saem, sonriendo.

Veinte minutos más tarde, ya duchados y mientras estaban en la cocina tomándose un café, sonó el timbre de la casa. Freya y Sugar comenzaron a ladrar hasta que vieron a Dolores, la vecina, que venía a dejarle a Saem unas rosquillas.

Saem la invitó a entrar, y Dolores, al ver a Alma, con quien ya había coincidido en otras ocasiones, la saludó encantada. Durante un rato, los tres hablaron. De pronto, el teléfono de Saem sonó, que se levantó con gesto ceñudo.

—Disculpadme un momento —dijo.

Cuando él salió de la cocina, Dolores miró a Alma.

—Rica, siento no poder quedarme en agosto con Freya y Sugar —le dijo—. Pero es que me voy a Toledo con mi hermana Sagrarito.

—Ah, no te preocupes. Dolores. Ya lo hemos solucionado. Sugar y Freya se quedarán con Mario y Nuria en sus casas.

En ese momento, oyeron a Saem exclamar «¡Elías!», y supieron que hablaba con su padre. Al ver que Alma movía la cabeza, Dolores le dijo en bajito:

—Entre tú y yo. Con lo maravilloso que son Saem y su tío Mario, lo tonto del bolo que es su padre.

—¡Dolores!

—Lo siento, hermosa, pero es lo que pienso. Y no te creas que Saem no lo sabe, porque también se lo he dicho a él. Ese estirado no sabe la alhaja que tiene por hijo.

Alma sonrió.

—¿Sabes que su padre es el novio de mi hija? —le preguntó.

Dolores asintió y, sorprendida, Alma iba a decir algo, cuando ella se adelantó.

—Me lo dijo Saem una tarde en la que pasó por mi casa para dejar a Freya antes de irse a trabajar. Lo vi muy enfurruñado, por lo que lo invité a un refresco y me lo contó. Como también me contó que la madre de esa chica le gustaba, pero que no quería saber nada de él. Por cierto, no conozco a tu hija, pero, hermosa, qué mal gusto tiene.

Alma levantó las cejas cuando oyeron que Saem decía:

—He dicho que no voy a volver. Se acabó.

Alma miró a la vecina.

—¿Crees que nos podemos estar equivocando? —Quería saber la opinión de aquella mujer tan buena.

—¿¡Por quereros!? —Alma suspiró y Dolores, entendiéndola, preguntó—: ¿Te importa si te cuento algo?

—Claro que no.

—Mi marido, Guzmán, que en paz descanse, fue el hombre más guapo que yo recuerdo haber visto en mi vida. Yo vivía en Toledo. Era la solterona de la familia. Y él vivía en Albacete con sus padres. Pero hubo una boda en Toledo y él asistió con sus padres y sus hermanos. Y la verdad —sonrió—, desde el primer instante en que nos vimos, ya no nos pudimos quitar la mirada de encima. ¡Fue un flechazo! Durante los días que estuvo en Toledo, tanto Guzmán como yo hacíamos de todo para encontrarnos, y cuando regresó a

Albacete, nos comenzamos a escribir. Recibir dos cartas suyas a la semana se convirtió en mi ilusión, porque de pronto un hombre me veía como una mujer, y no como a una vieja solterona que solo serviría para vestir a los santos los domingos. Pero entonces mi madre y mis tías se dieron cuenta de con quién me escribía y me lo prohibieron. Como su madre se lo prohibió a él.

—¿Por qué? —preguntó Alma.

—Porque yo era once años mayor que él. —Alma entendió por qué Dolores le contaba aquella historia—. En aquel entonces, ambos hicimos lo que los mayores nos pedían y dejamos de escribirnos. Ellos, con su manera de ver la vida, nos hicieron creer que era una vergüenza que una mujer de cuarenta años tuviera contacto con un hombre de veintinueve. Eso sí, un hombre de cuarenta sí podía estar en contacto con una mujer de veintinueve.

—La doble moral —murmuró Alma.

—Las tonterías de la época, hermosa —afirmó ella, y prosiguió—: El caso es que durante seis meses dejamos de escribirnos hasta que un día, cuando salía de comprar el pan, Guzmán me estaba esperando. Cuando lo vi, ¡Jesusito de mi vida, los calores que me entraron! —ambas rieron—. Resumiendo, nos cogimos la Katanga y...

—¿La Katanga? ¿Qué es eso?

Dolores sonrió.

—Fueron los primeros autobuses urbanos que hubo allí —explicó— y que coincidieron con la guerra de Katanga, y por eso los de Toledo los llamamos así. —Alma asintió y con un gesto la animó a seguir—: Como te decía, hermosa, nos cogimos la Katanga y nos bajamos en una parada donde nadie nos podía ver para hablar. Él me confesó que me amaba. Que le daba igual lo que las familias dijeran, porque

nosotros por querernos no éramos una vergüenza y, sorprendiéndome, ¡me pidió matrimonio!

—Pero buenoooo con Guzmán —rio Alma.

Con la mirada llena de recuerdos, Dolores le enseñó algo que llevaba en el dedo.

—Con anillo y todo que me vino el muy tunante, y sin dudarlo le dije que sí.

—¡Ole por ti!

—Total. Que se lo conté a mi hermana y le dije que, en un mes, Guzmán me vendría a buscar y nos iríamos a Madrid para casarnos. Mi pobre Sagrarito se puso malísima. Menuda descomposición que tuvo la criatura. Hasta calenturas le salieron en la boca, pero me guardó el secreto. Al mes siguiente, con todo el dolor de mi corazón, una noche, cuando todos dormían, me despedí de mi hermana y me fui con Guzmán. Llegamos a Madrid. Nos casamos. Y encontramos trabajo en una casa como sirvientes. No teníamos de nada, pero nunca nos faltó cariño y amor. Con el tiempo, Guzmán consiguió un trabajo mejor, y dejamos de servir. Y aunque la vida no nos dio hijos, te aseguro, Alma, que fuimos tremendamente felices y que volveríamos a tomar la misma decisión tantas veces como naciéramos. Las familias, excepto mi hermana Sagrarito, nos borraron de sus vidas. Éramos los parias que los habían avergonzado por el simple hecho de quererse a unas edades que la sociedad no admitía. Pero nosotros nos quisimos y fuimos felices hasta que una maldita enfermedad se llevó a mi Guzmán, aun siendo once años más joven que yo. —A Alma se le saltaron las lágrimas cuando Dolores concluyó—. Si te cuento esto es para que sepas que, antes que vosotros, otros nos hemos rebelado contra los prejuicios de la sociedad. El amor es amor, da igual la edad que se tenga cuando se es adulto. Por lo tanto, hermosa, no te dejes pisotear por ningún

tonto del bolo y defiende tu amor, como en su momento lo defendí yo.

Conmovida y emocionada a partes iguales por aquella historiaza que le acababa de contar, Alma asintió.

—Te aseguro que defenderé mi amor —afirmó, tomando las manos de aquella cariñosa mujer.

—Más te vale. —Y bajando la voz murmuró—: Porque la alhaja que te ha enamorado, ¡es de lo mejor! Porque vaya ojitos, espaldita y culito que tiene.

—Doloressssss —rio Alma.

—A ver, rica, que una es vieja, pero tengo ojos en la cara.

Cuando Saem entró en la cocina ambas reían a carcajadas, y eso le gustó. No comentó nada de la conversación con Elías, pero como necesitaba despejarse, las invitó a comer al lago. Y aunque Dolores en un principio no aceptó, al final cambió de opinión. ¿Por qué no?

Capítulo 58

Llegó el mes de agosto. La tienda de novias Diva y Radiante y el restaurante Mesa Trece cerraron por vacaciones. Y Saem y Alma se fueron a Fuerteventura. Allí habían alquilado una preciosa villa por quince días y la pensaban disfrutar.

En vacaciones no había horarios. Se levantaban tarde, caminaban por la playa, hacían excursiones, jugaban con el hijo de la pareja que les había alquilado la casa, comían patatas con mojo y simplemente disfrutaban el uno del otro en plena libertad, sin importarles nada más.

Hacer el amor por la noche en la playa. Jugar como cualquier otra pareja de enamorados. Bailar a la luz de la luna. Caminar cogidos de la mano o al atardecer sentarse frente al mar para compartir conversaciones o silencios cómodos les hizo conectar aún más, dándose cuenta de que, a pesar de su diferencia de su edad, ambos estaban en puntos muy parecidos en sus vidas.

A causa de lo que había vivido, Saem, era un hombre responsable y serio. Un hombre que sabía a quién quería a su lado y, sobre todo, que respetaba y cuidaba a quienes quería en su vida. Y Alma encarnaba todo lo que él necesitaba. Ella era en una mujer responsable, independiente, loca y ocurrente, y todo eso a Saem cada día le enamoraba más y más.

Alma, por su parte, disfrutaba de sus primeras vacaciones a solas con un hombre. Para Saem nada de aquello era nuevo, él ya había pasado algunas de sus vacaciones con otras mujeres, pero para ella

todo era especial. Estar las veinticuatro horas del día junto a él era la cosa más fácil del mundo, pero, claro, ¿en vacaciones qué no era fácil?

Durante aquellos días y por costumbre, Alma llamó a sus padres, que estaban en Denia. Disfrutaban del verano en el apartamento que años atrás Alma les había comprado en primera línea de playa. Y aunque sus conversaciones duraban apenas dos minutos y eran frías e insustanciales, saber que estaban bien la tranquilizaba. Con Natalia y sus amigas habló infinidad de veces. Todas se morían por saber cómo estaba. Si lo pasaba bien. Mientras, ella solo se preocupaba de que Natalia estuviera bien junto a Elías. Algo que ella le afirmaba.

En cuanto a Saem, a Alma su sexto sentido le advertía que estaba raro, tenso. Lo había pillado muchas veces observándola como si quisiera contarle o preguntarle algo, pero, al final, nunca lo hacía. Disimulaba. Y cada vez que ella trataba de indagar, él se limitaba a sonreír. Pero algo pasaba. Lo sabía. Y lo que fuera, tenía que ver con su padre. Con Elías.

Pero los idílicos días en la isla, llenos de sol, besos y mar se estaban acabando. Una de las últimas noches estaban bailando bajo la luz de la luna cuando Alma murmuró:

—Me encanta bailar esta canción contigo.

—¿Solo conmigo?

—Sí, cariño. Solo contigo. —Saem sonrió y ella señaló—: Sin pretenderlo, se ha convertido en nuestra canción.

Continuaron bailando en silencio aquella bonita, mágica y romántica canción de Bruno Mars, mientras se miraban, besaban y sonreían. Los días que llevaban juntos en Fuerteventura habían sido un precioso sueño que pensaban repetir siempre que pudieran.

Cuando la canción acabó, Alma, soltándose de Saem, le dio un cariñoso cachete con la mano en el trasero, y dijo:

—Necesito beber. Estoy sedienta.

Sonriendo, se sentaron en unas hamacas donde bebieron sus cervezas Empezó a sonar otra canción y Alma se estiró en la hamaca.

—*Close To You* —dijo—. Qué bonita canción de Los Carpenters.

—Tienes razón, mi vida, es una bonita canción. Pero en este caso la canta una cantante surcoreana llamada Yerin Baek —la corrigió Saem.

—La cante quien la cante, es preciosa.

—Más preciosa eres tú.

—Saemmmmmm.

Ambos se miraron con complicidad y sonrieron. La increíble química que había entre ellos era algo que disfrutaban. De improviso, Alma se incorporó de la hamaca y puso los pies en el suelo.

—Mira, cariño, ya no puedo más —dijo—. Tenemos que hablar.

Aquella frase hizo que a Saem le cambiara el gesto. No quería que nada enturbiara aquel bonito momento que vivían.

—¿Qué pasa? —preguntó, incorporándose también.

Alma tomó su mano.

—Mejor dime tú —le pidió, agarrando su mano. Sabía que no iba a ser una conversación fácil—. ¿Qué pasa con tu padre?

—¿A qué te refieres? —quiso saber, pero se le puso el vello de punta.

—Pues muy fácil, cariño. Me refiero a que no os habláis. Tampoco me llama a mí para reprocharme nada. Y tú no me has contado lo que has hablado con él, que ha provocado que estéis tan distanciados.

—Alma...

—No. Alma, no —lo cortó—. Natalia dice que Elías está insufrible. Y tú, cariño, no estás pasando por tu mejor momento. ¿Hay algo que me quieras contar o preguntar?

—No.

—¿Seguro?

Consciente de lo intuitiva que era ella, y de lo mal que lo tenía que estar haciendo él para que ella se hubiera percatado de que algo ocurría, intentó desviar el tema.

—En cuanto a Natalia, lo que tendría que hacer es dejarlo de una vez —soltó.

—Saem, egoístamente, pienso como tú. Tu padre me desagrada por todas las cosas que te he dicho. Pero conozco a Natalia y hasta que ella no tome la decisión, nada cambiará.

Guardaron silencio unos instantes. Saem, atormentado por lo que sabía y ocultaba, no quiso que ella se enterara.

—No hay nada de que hablar en cuanto a Elías, cielo.

—Pues lo siento, pero me parece a mí que sí —insistió ella.

Saem resopló. Recordar las barbaridades que su padre había dicho con respecto a aquella relación no era algo que le quitara el sueño, pero tampoco era algo que quisiera recordar.

—Alma, por favor, no insistas.

—Pero, cariño...

—Escucha. —En esta ocasión la interrumpió él—. Por mucho que te empeñes, no voy a hablar de ello. Si tú eres cabezota, yo también lo soy. Por lo tanto, por favor, no sigas insistiendo. Y si no quiero que lo hagas es porque lo que piense Elías de mi relación no me interesa. Porque mi vida solo es mía. No de él. —Alma suspiró. Era la primera vez que veía a Saem tan enfadado y cerrado. Él, mirándola de aquella manera tan especial, preguntó—: ¿Confías en mí? —Sin

dudarlo ella asintió—. Entonces ignoremos a Elías y sigamos disfrutando de nuestras más que merecidas vacaciones.

—Vale...

Se miraron a los ojos sin pronunciar palabra. Alma, aunque no había dicho nada, desde hacía tiempo se había percatado de que Saem, al referirse a su padre, le llamaba Elías. Pasara lo que pasara, tenía que darle tiempo para que él se lo explicara. De todas maneras, él fue consciente de que ella necesitaba saber algunas cosas. Así que empezó a hablar.

—Cuando tenía diez años, una mañana al levantarme pregunté por Elías, y mamá, con los ojos llorosos, me dijo que se había tenido que marchar para España. Para mí eso era lo normal. Siempre supe que él trabajaba para un banco hispano-asiático y eso le hacía viajar continuamente. Dos días después de saber eso, el padre de Seo-Geon nos recogió en el colegio a varios niños y nos llevó a un caro y bonito hotel de Seúl, donde se celebraba el cumpleaños Jung Eun, un amigo. Al entrar con el resto de los niños en el hotel, de pronto vi a Elías apoyado en la recepción. Se le veía relajado, sonriente, tranquilo. Mi primer impulso fue gritar su nombre para llamar su atención, pero entonces una azafata alta, joven y rubia de una compañía nórdica se acercó a él y lo besó. Minutos después cogieron el ascensor y desaparecieron de mi vista. Esa noche, cuando llegué a casa, no le dije nada a mamá porque sabía que, aun siendo un niño, si yo le contaba lo que había visto le haría daño. Al día siguiente, le dije a mi madre que quería llamarlo por teléfono a España para hablar con él. Sabía que la diferencia horaria era de ocho horas. Por lo que, si en Seúl eran las cinco de la tarde, en España eran sobre las nueve de la mañana. Mamá lo llamó a la oficina y le indicaron que no estaba, pero que le darían el recado de que había llamado. No pasaron ni diez minutos cuando él telefoneó.

Recuerdo que mamá no quiso hablar con él, y me lo pasó. Al escuchar su voz, le pregunté cuándo regresaba a casa. Elías dijo que, como estaba en Madrid trabajando, tardaría en volver dos semanas. Cuando acabó la conversación, también se acabó el respeto que sentía por él, y entendí por qué mamá lloraba y se apagaba día a día ante mis ojos, por abandono, tristeza y pena. A partir de ese día, y aunque solo era un niño de diez años, tomé la decisión de que tenía que ser yo el que cuidara de mi madre y no darle ni un solo disgusto. Por mí, ella nunca iba a llorar.

Alma lo escuchaba sin saber qué decir y con el corazón encogido. Él continuó con su relato.

—Durante los años siguientes, mi madre continuó con su vida y se convirtió en una sombra sin voz de la mujer que fue y por miedo a que él me arrancara de su lado, nunca le pidió el divorcio. Elías siempre hacía lo que quería. Siempre se salía con la suya. Y mamá, por temor, se lo permitía. Nunca fue violento con nosotros, pero siempre fue exigente, distante y frío. Y eso me enseñó que el silencio y la indiferencia eran otra clase de abandono. Cuando mi madre perdió toda su luz y enfermó, reconozco que nunca le faltó de nada. Gracias a que era la esposa de don Elías Basagoitia, pude llevar a mi madre a los mejores hospitales de Seúl y tuvo las mejores atenciones. Por culpa de Elías, ella perdió la cabeza. Pero antes de morir, y en un momento de lucidez, me hizo prometerle dos cosas. La primera que sería feliz y me convertiría en el hombre honesto que ella educó. Y la segunda, que, aunque mi relación no fuera la ideal, debía de cuidar de Elías. Y la verdad, en ese momento se le prometí porque a ella le hubiera prometido cualquier cosa. Tras el entierro de mamá, cuando Elías, sin pensar en mí, decidió que nos trasladaríamos definitivamente a vivir a Madrid, solo le pedí una cosa. Necesitaba que mamá Haneul se trasladara conmigo. En un

principio, se negó, pero gracias a mis abuelos y a tío Mario, que entendieron que Haneul era mi familia, al final él accedió.

»Reconozco que, en aquel momento, irme a vivir a España y dejar atrás Seúl y a mis amigos me costó mucho, porque Seúl, sus calles y sus gentes estaban plagados de recuerdos de mi madre. Ninguno de Elías. Él nunca me llevó al cine. Ni a comer un *gimbap*. Ni me acompañó al colegio, porque todas esas cosas siempre las hacían mis dos madres. Al llegar a Madrid, fueron mis abuelos y mi tío Mario junto con Haneul quienes se ocuparon de mí. De un adolescente de dieciséis años que los intimidaba con su seria mirada asiática. Elías se ocupó de que fuera a buenos colegios. Tuviera buena ropa. Viviera en una buena casa. Pero personalmente siempre lo estorbé. Si lloraba, me regañaba y me decía que los hombres no lloran. Si lo reclamaba, él me dejaba claro que no tenía tiempo para mí, y si intentaba explicarle algo que me interesaba, él no me escuchaba. Pero tuve la suerte de que mi tío Mario, aunque estaba en el ejército, siempre me escuchó y consoló. Él se convirtió en mi referencia masculina y quien me enseñó a ser la persona que soy. Él es más mi padre que Elías, aunque el título de padre lo lleva quien puso la semillita.

»Hace diez años a Elías le dio un infarto importante que estuvo a punto de costarle la vida. Me ocupé de ser un buen hijo, como le prometí a mamá, y entonces algo en él cambió. Comenzó a llamarme para comer y empezó a interesarse por mí y por mis cosas, pero eso a mí me incomodó. Y me incomodó porque si antes no había querido saber de mí, ¿por qué ahora sí? Por eso, cuando me preguntaste cómo era mi relación con él, te dije que comedida. A su manera, y sin proponérselo, Elías me enseñó el daño que puede causar la ausencia y la indiferencia. La importancia del respeto, el cariño y la empatía. Que el dinero te da lujos, pero no la felicidad. Y,

sobre todo, sobre todo, que cuando uno quiere de corazón, no se hace a medias, sino que se lucha y se está. Si te cuento esto es para que no permitas que ese sinvergüenza te robe un segundo de felicidad, como no se lo permito yo, aunque, por desgracia, mi madre se lo permitió. Que sus ácidos comentarios no te afecten. Y que si yo te he elegido a ti, da igual lo que diga él.

Alma asintió. Conocer aquella parte de la historia que no imaginaba que fuera así, le hizo entender más la relación de ellos dos.

—Gracias por lo que me has contado, cariño —le dijo—. Tu madre, al ver el maravilloso hombre en que te has convertido, tiene que estar muy orgullosa de ti.

Saem sonrió con tristeza. Recordar, en ocasiones, no era fácil, pero haberle contado aquello a Alma le había gustado, aunque sabía lo que ocultaba.

—Te voy a enseñar otra palabra en coreano, ¿quieres? —le preguntó.

—Claro que sí.

Ambos sonrieron.

—*Saranghaeyo* —pronunció él, mirándola a los ojos.

Alma, divertida, la repitió varias veces hasta que consiguió decirla bien.

—¿Qué significa *saranghaeyo*?

—Significa «Te quiero».

Oír eso a Alma le tocó el corazón. Las cosas que Saem decía y le hacía sentir siempre eran especiales. Él sonrió al ver el gesto de sorpresa de ella y le dio un rápido beso en los labios.

—¿Te apetece otra cerveza? —preguntó.

—Sí. Y bien fresquita.

Tras un dulce beso, Saem entró en la casa, y cuando Alma se quedó sola, se levantó de la hamaca, y apoyándose en la barandilla, miró el mar y susurró: «*¡Saranghaeyo!*». Decir aquello le hizo sonreír. Inevitablemente pensó en la niñez de Saem, y en la soledad y tristeza que vivió junto a su madre en aquella jaula de oro. No tuvo que ser nada fácil para los dos. Pero también supo que Hye-Jin se las arregló para hacer a su hijo feliz y le dio la fuerza para que se convirtiera en el hombre fuerte y seguro que era.

Saem dejó los dos botellines de cerveza sobre la mesita, se acercó a ella y la abrazó por detrás.

—Inspectora Santana, ¿bailas conmigo? —le dijo al oído.

Divertida, al escuchar aquel apodo, Alma se volvió y, cuando empezaron a sonar los primeros acordes, preguntó:

—¿Esta es...?

—Sí —asintió Saem. Sonaba la canción *My Destiny*, cantada por la surcoreana Lyn—. Es la canción que aquel día no quise bailar contigo, porque, como te dije, me prometí que única y exclusivamente la bailaría con la mujer de mi vida. Y esa mujer, definitivamente, eres tú.

—Vaya...

—Me encanta tu gesto cuando dices ese ¡vaya!

Ambos rieron.

—¿Dejaras algún día de decirme cosas tan bonitas? —preguntó ella.

—No.

Alma, enamorada, cerró los ojos, y tras darle un dulce beso, apoyó su cabeza sobre el hombro de Saem, y bailó aquella bonita melodía de la que no entendía nada, pero que, sin duda, a partir de ahora sería especial. Muy especial.

Bajo la luna y un precioso cielo estrellado, Saem y Alma en silencio bailaban aquella romántica canción abrazados.

—La canción dice: tú eres mi destino y mi todo —susurró él en su oído, y mirándola a los ojos añadió—: Y que cuando te miro fijamente a los ojos, es mi manera silenciosa de llamarte, porque eres mi único amor y el significado de mi todo.

—Vaya...

—Lo sé. Es rematadamente cursi, pero es lo que dice la canción, y lo que siento por ti, mi vida.

Estremecida por lo que decía la canción y por como la miraba llamándola mi vida, Alma lo besó y supo que él era su destino, su todo y su vida.

—*Saranghaeyo* —murmuró, abrazándose a él.

Capítulo 59

Regresar a Madrid fue fácil.

Volver a la realidad un poco menos, y más recibiendo una nueva negativa del banco. De vacaciones se estaba mejor.

Alma, nada más volver, quedó para comer con Natalia. Necesitaba verla. Mientras comían, a Alma le tranquilizó ver a una Natalia sonriente y segura, aunque ciertos comentarios que supo interpretar entre líneas le indicaban que existían grietas difíciles de reparar entre Elías y ella, y que más pronto que tarde Natalia explotaría.

Saem habló con su tío Mario. Necesitaba desahogarse. Y tras hacerle prometer que nada de lo que le contara se lo podía comentar a Nuria ni a Alma, le explicó la verdad de lo del préstamo y la solución que le propuso Elías para concederlo. Aquello encabronó a Mario. Su hermano era un sinvergüenza. Una malísima persona. Pero ¿cómo podía hacerle eso a su hijo? E incapaz de quedarse impasible, sin decirle nada a su sobrino, al día siguiente se presentó en la casa de Elías y terminaron a guantazos. Sabía que eso no solucionaría nada, pero su hermano se merecía que alguien le diera un par de hostias bien dadas.

Mario, dejándose llevar por el enfado, le exigió que vendiera la casa de La Moraleja. Aquella casa la habían comprado sus padres y cuando murieron se la dejaron en herencia a los tres. A Saem, Elías y a él. Al no estar sus padres, a Mario no le importó que Elías viviera allí, porque también era la casa de su sobrino. Pero ahora, tras lo ocurrido y al saber que Saem había roto su relación con él, le exigió

la venta de la propiedad. Una vez solucionado eso, Mario ya no tendría que volver a ver en su vida a aquel ser despreciable.

Esa noche, cuando Saem lo vio en el DeLokos con un moratón en la barbilla, supo lo que había ocurrido y lo reprendió. Pero ¿por qué había hecho eso? Y Mario le aclaró que por fin se había quedado a gusto y había cumplido un viejo sueño: darle de hostias a su hermano y desvincularse definitivamente de él. También le indicó, que cuando se vendiera la casa, debían buscarle un hogar a Haneul.

En cuanto a Nuria, al ver el moratón de Mario, se asustó. Pero él le mintió y le aseguró que se había dado un golpe con la mesilla de noche, y ella lo creyó. Mario no le contó más.

Mario y Saem estudiaron durante días cómo podían solucionar aquello del préstamo, pero era imposible. El millón de euros que Nuria y Alma habían solicitado al banco no era fácil de conseguir. Y menos con Elías rondando por allí. Y la casa, tal y como estaba el mercado, posiblemente se tardaría en vender.

Saem se encontraba mal por todo ello. Saber que por su culpa el banco le negaba el préstamo a Alma lo tenía en un sinvivir y empezó a considerar su postura de no contarle la verdad a Alma. Comenzó a preguntarse si hacía lo correcto guardándose para él algo tan importante. Y siempre acababa cuestionándose si Alma no preferiría abandonar la relación y conseguir el préstamo. Todo eso no le dejaba dormir.

Pensar en eso le ocasionaba inseguridad. Por primera vez en su vida, la inseguridad lo carcomía por dentro de tal manera que era incapaz de compartirlo con Alma, por miedo a que la decisión de ella no fuera la misma que la de él. Solo lo hablaba con su tío Mario, quien le aconsejó cientos de veces que pusiera las cartas sobre la mesa con Alma. Debía contarle la verdad. Ella se merecía la verdad. Pero el miedo a que eligiera el préstamo a él se lo impidió.

En septiembre, Diva y Radiante y Mesa Trece volvieron a abrir sus puertas. Alma y Saem tenían negocios que atender, pero, si antes de las vacaciones se veían, ahora más. Necesitaban verse, tocarse, besarse. Era tal la necesidad de estar en continuo contacto que no se lo podían explicar, aunque Alma seguía viéndolo raro y, a pesar de que le preguntaba al respecto, él seguía negándolo.

Una de las mañanas, cuando Alma acababa de colgarle el teléfono a su madre, que, como siempre, se quejaba hasta del aire que respiraba, Nuria entró en el despacho.

—Menudo cabreo traigo —dijo.

—¿Qué pasa?

—Fui esta mañana al banco a entregar en persona la documentación para el préstamo, y nada más entrar en el despacho del director con la mejor de mis sonrisas, sin ni siquiera abrir la carpeta dijo que no.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Simplemente me dijo que no podían ofrecernos financiación conforme a su política interna, porque antes de que entrara yo en el despacho ya se había informado en su base de datos.

Alma, descorazonada y mirando el ramo de rosas que Saem le había enviado esa semana, dijo:

—Solo nos queda por probar en un banco más, ¿verdad?

—Sí.

Las amigas se miraron. Nunca habían tirado la toalla, pero estaba claro que, en esos momentos, lo que pretendían se complicaba.

—Tendremos que seguir jugando a la lotería —propuso Alma, tirando por el lado del humor.

Nuria sonrió. A pesar de que con la primera negativa se había venido abajo, como ya llevaban tantas, su pesimismo se había

suavizado.

—Y cuando nos toque, ¡que les den a los bancos! —exclamó. Ambas sonrieron y Nuria, mirando por la ventana, dijo—: Hoy hace un precioso día y nada nos lo va a amargar. Enviaré los papeles al último banco que nos queda y lo que tenga que ser, será.

—Esa es la actitud —afirmó Alma.

Durante la mañana, Alma y Nuria dieron lo mejor de ellas. Cuando se acercaba la hora de la comida, aparecieron Estíbaliz y Romina.

—¿Qué hacéis vosotras aquí? —preguntó Alma, sorprendida.

—Nuria nos dijo que viniéramos para comer con vosotras.

Alma se encogió de hombros. Ella no le había dicho nada, pero le parecía bien. Y cuando cinco minutos después Nuria apareció, al ver allí a las amigas, sonrió y le dijo a Alma:

—Necesitamos su apoyo moral tras la negativa del préstamo.

Alma hizo un gesto afirmativo, y les contó lo sucedido.

Cuando llegó la hora, los trabajadores de la oficina, la tienda y el atelier se marcharon a comer, y Alma cogió su bolso.

—¿En serio, Romina? —preguntó.

—Y tan en serio —afirmó ella—. Terminamos de hacer *fitness*, y como me había invitado a tomar algo al bar del *gym*, pues me pareció bien. Pero luego cuando me dijo que me invitaba a cenar y luego a ir a su casa a hacer cuchi cuchi y le dije que no, se levantó sin decir una palabra y ahí que me dejó. Y esta mañana cuando nos hemos visto en el gimnasio, ¡me ha torcido la cara!

—Será gilipollas.

—El mercado está muy mal —se mofó Alma.

—Pues que le den por donde amargan los pepinillos —indicó Nuria —. Si no te mira, que no te mire, ¡ya otro te mirará!

—Y tanto —sonrió Estíbaliz.

Romina asintió. Desde que se había divorciado y había entrado en el mercado, entendía mejor a sus amigas.

—¿Nos vamos a comer? —preguntó Alma.

—¡Perfecto! —exclamó Nuria.

Las cuatro amigas bajaron del primer piso a la tienda. Estaba vacía. Solo estaban ellas y los preciosos vestidos de novia que las rodeaban. Hablaban sobre lo poco que quedaba para que asistieran al concierto de Shakira cuando, de pronto, Alma vio una cubitera con una botella junto a los sillones que había al lado del último de los probadores.

—¿Hay alguna visita programada a esta hora? —preguntó.

Nuria se encogió de hombros, y cuando las cuatro se acercaron hasta donde estaba la cubitera, sacó una caja de manolitos y soltó de carrerilla:

—El albariño y los manolitos son para deciros ¡que me caso!

—¡¿Qué?!

—El madurito potentón me ha pedido que me casé con él, y le he dicho que sí.

Boquiabiertas, las tres la miraron en un silencio tan absoluto que se escuchaba el zumbido de un mosquito, hasta que Nuria, supernerviosa, descorrió la cortina del probador y señaló un precioso vestido de novia.

—Siempre me gustó el modelo «Escarcha» —admitió—, y pensé ¿qué tal si me lo pruebo? Pero no quería probármelo sola, sino con vosotras. Pero claro, antes tenía...

—¿¡Que te casas!? —le corto Alma.

—Sí.

—¡Imposible! —murmuró Romina.

—Imposible no hay nada. Si yo me caso... confirmado; existen los marcianos.

—¿Con el madurito potentón?

—Romina. Mi lista es corta. El madurito potentón... ¡y ya!

—¿Se te ha descongelado el corazón?

—Completamente.

—Yo alucino —murmuró Estíbaliz.

—Si tú alucinas... —se mofó Nuria—. Yo alucinoflipo de tal manera que incluso me he planteado llamar a la NASA por el tema de los marcianos.

Todas se miraban con asombro cuando Alma preguntó:

—Pero ¿cuándo te casas?

—El 12 de diciembre en el Ayuntamiento de Madrid.

—¿¡En tres meses!? —preguntó Estíbaliz.

—Dos meses y diecisiete días, para ser más exactos.

—Uissss... que me estoy mareando y ya veo hasta a los marcianos —murmuró Romina, llevándose las manos a la cabeza.

Las cuatro amigas se miraron en silencio, cuando, de pronto, Alma, Romina y Estíbaliz, tras dar un chillido de lo más loco, abrazaron y achucharon a su amiga.

Acabado aquel momento de preguntas, risas y locura, las cuatro se sentaron en el bonito sofá beige.

—Lobas —dijo Nuria, secándose las lágrimas—. Sabéis que os quiero a las tres más que a mi vida, pero solo una puede ser la madrina suprema en la boda con mi unicornio.

—Alma —señalaron rápidamente Romina y Estíbaliz.

Aunque las cuatro se adoraban, entre ellas dos siempre había habido algo especial. Alma, emocionada, iba a hablar, pero Nuria, arrodillándose ante su amiga, cogió su mano:

—Alma, loba mía —dijo—, sé que a veces soy insoportable, otras un bomboncito, en ocasiones tengo una lengua viperina que si me muerdo me enveneno, pero, a pesar de todo, sé cuánto me quieres.

Y por eso y porque el padrino de mi unicornio va a ser un increíble dios asiático, te pregunto, ¿quieres ser la madrina de mi boda?

—Sí, quiero —respondió ella, emocionada, sonriente y acalorada.

Divertidas, se abrazaron. Hasta para eso ellas eran diferentes, y la locura se apoderó de ellas otra vez. Entonces Nuria, retirándose el pelo oscuro del rostro, dijo:

—Anoche estábamos Mario y yo en mi terraza charlando sobre la vida, cuando se fue a la cocina a por dos cervezas. Al regresar, me miró con una cara que me hizo pensar que había roto algo, cuando, de pronto, el tío se arrodilla, saca una caja negra de terciopelo y se me declara.

—Ay, Diossss, qué romántico. ¿Qué te dijo? —preguntó Romina.

—No lo séééé.

—Pero ¿cómo no lo vas a saber? —insistió Estíbaliz.

—Yo... yo estaba tan impresionada por el anillo y la situación que os juro que no me enteré de nada de lo que dijo, hasta que de pronto mis oídos escucharon: «¿Bruja, te casas conmigo?». Y... y... yo sin pensármelo ¡dije que sí! ¡Yo dije que sí!

Aquello que Nuria contaba era una locura y Alma, cogiendo la botella de albariño, la abrió. Sirvió cuatro copas mientras ellas hablaban y, tras entregarle una a cada una, levantó la suya.

—Por ti y porque seas asquerosamente feliz —le deseó.

Las cuatro chocaron sus copas.

—Quizá la siguiente seas tú, Alma —vaticinó Nuria.

—Me río yo de las bodas.

—Ya sabes lo que se dice —planteó Romina—. De una boda, sale otra. Por lo tanto, dale el ramo ese día, Nuria y...

—Ni se te ocurra —advirtió Alma.

—Ni caso, Nuria. —Y, divertida, Estíbaliz dijo—: Tíraselo a la cabeza ese día.

—Si yo me caso —apostilló Nuria—, se casa cualquiera.

—Aissss, Nuria, no digas eso —la regañó Romina.

—Lo digo, ¡claro que lo digo! Porque no es que el amor sea ciego, ¡es que está totalmente fuera de control!

—Por lo tanto —se mofó Estíbaliz, mirando a Alma—, ¡ríete de las bodas!

Acto seguido, Nuria se sacó del bolsillo el anillo que Mario le había puesto y se lo enseñó.

—¿Qué os parece?

—Es precioso, Nuria, ¡precioso!

—Tiene buen gusto mi madurito.

—Nunca pensé que este momento fuera a llegar —indicó Romina.

—¡Ni yo! —afirmó Nuria.

A partir de ese instante, las cuatro comenzaron a hablar de boda, organización y demás. Nuria les hizo saber que sería algo pequeñito. Íntimo. Pero oír eso a las lobas les dio igual. Continuaron hablando de todo lo que conllevaba una boda, y Nuria, cada vez más agobiada, se levantó del sofá.

—¿Por qué he dicho que sí, si yo siempre he dicho que no me quiero casar? —murmuró—. ¿Acaso he perdido la cabeza? ¿Desde cuándo yo necesito a alguien a mi lado para vivir? ¿Qué hago yo queriendo probarme ese vestido de novia?

Alma, al ver el gesto de desconcierto de Romina y de Estíbaliz, sonrió. Ella conocía a Nuria mejor que nadie y sabía que ese momento estaba por llegar. En eso ambas eran muy parecidas. Cuando se bloqueaban necesitaban respirar, pensar y encontrarse. Así que tomó aire y le dijo:

—Tienes razón, Nuria. Y la respuesta a todas tus preguntas tiene fácil solución. Devuélvele el anillo. Dile que te lo has pensado mejor

y que no te quieres casar porque eso nunca ha entrado en tus planes, y...

—Pero, Almaaaaa, ¿qué dices? —la interrumpió Romina.

—A ver, lobas, seamos realistas —prosiguió Alma—. Si no se quiere casar, que no se case. Si tiene tantas dudas, ¿qué hace planteándose una boda y pidiéndome que sea su loba madrina? Y, te recuerdo, querida Nuria, que siempre has dicho que no hay que fiarse de ningún hombre que nazca de enero a diciembre. Por lo tanto, ¡devuélvele el anillo al madurito potentón y rompe el rollito que tienes con él!

—Noooooo —gruñó Romina.

De improviso, Estíbaliz captó lo que estaba haciendo Alma.

—Estoy con Alma —afirmó.

—¡Estíbaliz! —se sorprendió Romina.

—No te cases, Nuria —insistió ella—. Con lo que te gusta a ti follar con jovencitos, ¿qué haces con un madurito?

—Eso digo yo. Por qué cerrarte a un solo menú cuando, viviendo como vives, dispones de bufé libre.

—Pero buenooooo, Almaaaaaa —protestó Romina.

—Nuria, piénsalo —insistió Estíbaliz. Y cogiendo la caja de manolitos, señaló—: El mundo es como esta caja de manolitos. Está llena de opciones. ¿Por qué comerte solo uno cuando puedes elegir todos los que quieras?

—Exacto —se mostró de acuerdo Alma, que, cogiendo un manolito de chocolate blanco, indicó—: ¿Por qué reducirlo solo a uno cuando tú no crees en el amor?

—Os juro que me va a explotar la vena del cuello como sigáis diciendo tonterías —levantó Romina la voz.

Nuria, que las había escuchado sin decir una palabra, parpadeó.

—Oíd, lobas, ¿no creéis que os estáis pasando? —dijo.

—Y mucho —afirmó Romina.

Nuria se bebió el albariño que tenía en su copa de un trago, y las miró.

—Mario no tiene nada que envidiar a ningún jovencito y muchísimo menos es un rollito —soltó—. Y Mario, dentro de esa caja de manolitos, sería mi única opción. Y antes de que sigáis, os diré que el madurito potentón es un excelente menú principal porque lo que ves, es lo que es. Es un hombre sin dobleces ni segundas intenciones. Su tranquilidad me da paz. Su coherencia me hace entender las cosas, y desde que estoy con él, siento que hasta soy mejor persona. Ese hombre de infinita paciencia y excelente positividad ¡me soporta! Me quiere tal y como soy. Y me encanta que me rete tanto como sé que le gusta que yo lo rete a él. ¡Y joder! Mi cuerpo está plagado de hormonas del amor hacia él, y eso ha provocado que quiera probarme el vestido «Escarcha», porque estoy loca por mi madurito potentón y por eso me voy a casar con él. ¿Os queda claro?

Estíbaliz y Alma, sonriendo, asintieron. Ahí estaban todas las respuestas a las dudas de Nuria y esta, cuando comprendió lo que ellas habían hecho, murmuró:

—¿Os he dicho cuánto os quiero?

Romina, al ser consciente de lo que Nuria había soltado por su boca, miró a sus amigas y levantó su copa.

—Diploma de honor, lobas —dijo—. Diploma de honor.

Después de eso, miraron hechizadas el bonito anillo que Nuria lucía en la mano, y sin esperar un segundo más, esta se desnudó y, feliz, se probó el vestido «Escarcha». Y, como era de esperar, estaba preciosa y a todas les encantó.

Capítulo 60

A finales de septiembre, entre preparativos de boda y demás, las lobas fueron al concierto de Shakira donde lo dieron todos. Cantaron. Bailaron. Gritaron y disfrutaron como solo ellas sabían disfrutar, dejándose llevar por el momento y por las canciones de su cantante favorita. Días después llegó la respuesta del último banco relativa al préstamo y fue «no».

Un martes, después de comer en la oficina, estaban Nuria y Alma comentando el asunto.

—Nuestro banco de cabecera dijo que no y ningún banco quiere arriesgarse con nosotras —señaló Alma, con los papeles sobre la mesa.

—No lo entiendo. Podemos hacer frente a los pagos.

—Lo sé. Pero está claro que ellos piensan que somos un riesgo.

—Son gilipollas.

—¡Muy gilipollas!

Las dos amigas se miraron. Estaba claro que, de momento, iban a tener que parar.

—Visto lo visto, lo más inteligente es aparcar por un tiempo nuestro sueño y centrarnos en otras cosas —sugirió Alma.

—Con lo bien que nos hubiera venido el local de al lado. ¡Joder! Son doscientos metros que a nosotras y a nuestro negocio nos daban la vida.

Alma asintió.

Durante un rato hablaron sobre eso y otros temas.

—Por cierto, mis tíos de Barakaldo me han dicho que vienen a la boda —comentó Nuria.

—¡Estupendo!

—Mi tía Irati me preguntó por ti y si seguías soltera.

—¡Qué monaaaa!

—Pues que sepas que viene dispuesta a convencerte de que su hijo, mi primo Julen, es el hombre que necesitas —la advirtió, riendo.

Las dos se rieron. Siempre que la veía, la tía de Nuria le venía con el mismo cuento.

—No tengo nada en contra de Julen, pero me quedo con Saem —respondió con tranquilidad.

—¡Y yo!

Feliz, Nuria rio. Se casaba en el Ayuntamiento de Madrid. Mario y ella no eran de iglesias. Y al no ser más de cincuenta invitados, la comida y posterior fiesta se organizaría en el restaurante de Saem. Todo estaba totalmente organizado.

—Lo que me hubiera gustado que mis padres estuvieran aquí.

—Lo sé, corazón. Lo sé.

—Qué pena que tus padres, teniéndote, no te disfruten, y yo, que no tenga a los míos, los quiera disfrutar. La vida es injusta, ¿verdad?

Las amigas se miraron emocionadas.

—Tranquila. Ya sé que a mis padres no los vas a invitar —dijo Alma, al ver su gesto.

—¡Ni loca! —exclamó Nuria—. El día de mi boda no te van a machacar.

Se estaban riendo aún cuando el teléfono le sonó a Alma. Había recibido un mensaje.

Saem
Hola, cielo. ¿Cine y cena?

Alma sonrió. Los martes, el día en el que Saem cerraba su restaurante, les encantaba ir al cine y luego cenaban fuera.

Yo
¿Lo dudas?

La respuesta de él no tardó en llegar.

Saem
Pasaré a buscarte. Te quiero.

Leer eso le hacía sonreír como una tonta y tecleó.

Yo
Saranghaeyo.

—No me lo digas, que lo sé. Por tu sonrisita de loba tontorrona de los bosques, soy consciente de que hablas con el dios asiático que va a ser el padrino de mi boda.

Alma asintió:

—Luego viene a buscarme y nos iremos al cine y a cenar —explicó, y dejó el teléfono sobre la mesa.

—¡Planazo! Si me llegan a decir hace un año que íbamos a estar tan llenas de hormonas del amor y que me caso, nunca lo hubiera creído.

—Ya ves. La vida es rara.

Nuria asintió.

—La vida, el destino y los Masters del Universo están como putas cabras —soltó, pensando en Mario—. Cuando menos los buscas y esperas, ellos van y sin preguntar te hacen el regalo mágico de tu vida.

—Como siempre se dice, la magia llega sin avisar —afirmó Alma, feliz.

—Hablando de magia, me iré hoy antes para casa.

—¿Y eso?

—Viene el albañil para darnos el presupuesto de lo que nos costaría tirar el tabique del salón que hay entre la casa de Mario y la mía. Aunque no hagamos la obra hasta después de la boda, ya nos vamos informando de lo que tenemos que gastarnos. —Alma hizo un gesto de asentimiento y Nuria empezó a recoger sus cosas, cuando, de repente, admitió—: Aún no me creo lo que estoy haciendo.

Con complicidad se miraron. Desde el anuncio de la boda, habían tenido muchas conversaciones al respecto.

—Pues créetelo, loba —la animó Alma—. Porque el 12 de diciembre te casas y esa madrugada te vas de luna de miel una semanita a Madeira.

Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Nuria, y tras guiñarle un ojo a Alma, se despidió.

Aquella tarde, Alma bajó al atelier para ayudar a las costureras a entender uno de los patrones que les había pasado. Durante horas interpretó y trabajó con su equipo, y tras acabar la jornada laboral, cuando todos se marcharon, y ella estaba en el baño, entró Candela, la encargada de la tienda.

—Alma, ya se han ido todos y yo también me voy —le dijo—. Tu hija ha venido y te espera en tu despacho. ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana, Candela.

Encantada por aquella sorpresa, tras lavarse las manos y mirarse al espejo para colocarse el cabello, Alma se encaminó hacia su despacho con una sonrisa de oreja a oreja, que se congeló cuando al entrar vio a Natalia junto a Elías. ¿Elías allí?

—Pero qué grata visita —saludó, intentando parecer normal.

Natalia rápidamente besó a su madre.

—Estábamos comprando unas cosas por aquí —dijo Elías sin levantarse—, y Natalia quiso pasar a saludarte.

Asintiendo, Natalia se sentó y Alma hizo lo mismo.

—¿Qué habéis comprado? —preguntó.

—Unas camisas y corbatas para Elías. Hay una tienda cerca de aquí de su marca preferida y hemos comprado un poco de todo para que vaya guapo a unas reuniones y cócteles que tiene con la empresa.

—Estupendo.

—Y a las nueve —prosiguió la joven sonriendo—, hemos quedado con mis amigos para cenar en un mexicano que está por Nuevos Ministerios. —Alma, con una mirada cómplice con su hija, asintió y ella continuó—: Mamá, Elías quiere decirte algo.

A Alma se le activaron todas las alarmas, pero, con la mejor de sus sonrisas, lo miró.

—Tú dirás —lo animó a hablar.

Elías tomó aire. Con una fingida sonrisa, miró a Natalia, que graciosamente le hizo un gesto. Lo que tenía que decir no lo sentía, pero así se lo había prometido a ella.

—¿Tendrías un poco de agua fresca? —preguntó, tras un ligero carraspeo.

Alma miró en la pequeña neverita que tenía en el despacho. Pero vio que no le quedaban nada más que refrescos.

—Iré yo a la nevera de abajo, mamá —se ofreció Natalia—. No te preocupes.

Cuando ella salió, Elías endureció el gesto.

—Si estoy haciendo esto, que te quede claro que es por tu hija —empezó.

En ese momento, el teléfono de Alma, que estaba sobre la mesa, vibró e inconscientemente Alma y Elías lo miraron. El nombre de

Saem apareció reflejado.

—Debes de ser bien puta en la cama con mi hijo para que esté tan emperrado en estar contigo —siseó él en un tono bajo, al ver quién era—. Mira que Elvira es una gran puta, pero sin duda tú la debes superar.

Alma parpadeó. ¡¿Aquel gilipollas la acababa de llamar puta?! Y encima tenía la poca vergüenza de compararla con Elvira. Y en el mismo tono bajo que él, respondió, apretando su culo contra la silla para no levantarse y darle un puñetazo en la boca:

—No voy a responderte a eso.

Elías asintió.

—¿Cómo le puedes estar haciendo esto a Saem? —soltó, echándose hacia delante.

—¿Qué le estoy haciendo?

—Joderle y arruinarle la vida. —Alma levantó las cejas cuando él, con toda su mala baba, se levantó y cerró la puerta. Ante su sorpresa, echó el pestillo y añadió—: Venía a decirte gilipolleces que no pienso, para no seguir discutiendo con Natalia. Pero, joder, te miro a la cara y me da asco que estés con mi hijo.

—Mira, Elías...

—No, ¡mira tú! —le cortó—. Que se case el tonto de mi hermano con esa amiguita tuya ¡me importa tres narices! Pero tú no me gustas para Saem. Él se merece estar con una joven que esté en su misma etapa de la vida. Una mujer que aprenda con él y no con una que ya está más que aprendida. Eres una mujer con pasado, experiencias, desgaste y cicatrices y...

—¿Y tú qué hombre eres para mi hija?

—Un hombre que le está solucionando la vida —afirmó Elías con superioridad.

A Alma se la llevaron los mil demonios al oír semejante cosa.

—Mi hija no te necesita para tener su vida solucionada —respondió—. Y dicho esto. No tengo nada que hablar contigo.

—Pero yo contigo sí, porque hablo de mi hijo —insistió—. No quiero que eche a perder su vida. No pienso permitir que esté con una vieja como tú. —Oír su desprecio al decir «vieja» la hizo parpadear, y él, con voz sibilina, siseó—: ¡Eres vieja! ¿De verdad no eres consciente de eso?

—¡¿Vieja?!

—Sí. Vieja. Anticuada. Pasada. Fósil.

—¡¿Fósil?! Y eso me lo dices tú, que eres mayor que yo. Pero a ti no te da vergüenza decir lo que dices. De verdad tengo que creer que, en vez de cerebro, lo que tienes en la cabeza es una plantación de guisantes.

—Y a ti no te da vergüenza comportarte como una zorra asaltacunas que...

—¡¿Asaltacunas?! Por Dios, Elías, que tu hijo ya tiene casi cuarenta años.

—Él necesita juventud, no vejez.

—Que doble moral la tuya, Elías —lo cortó, levantándose—. Ahora resulta que yo, por ser mayor que tu hijo, soy una vieja asaltacunas. Y tú, siendo mucho más mayor que mi hija, eres un jovenzuelo.

—No es comparable.

—¿Por qué no es comparable? Porque eres un hombre y la sociedad ve como algo normal y aceptable el que salgas con una mujer más joven. ¿Por eso no es comparable? —Él no respondió, y Alma continuó—: Pues lo siento, Elías, pero no estoy de acuerdo ni contigo ni con la sociedad. Vuestra maldita opinión no limita mis decisiones, porque soy una mujer libre e independiente, que no necesita de vuestra aprobación para amar y ser amada, sin mirar años ni etiquetas.

—Lo que eres es una zorra.

A pesar de que el pulso a Alma le iba a cinco mil por hora, logró centrarse.

—Te aseguro que todo lo que digas me entrará por un oído y me saldrá por el otro. Saem me advirtió sobre ti. Te conoce más de lo que crees.

—Intento proteger a mi hijo de perras como tú.

—Dijo el perro mayor del reino.

Verla con esa templanza, a Elías le sacó de sus casillas.

—Le estás privando de infinidad de cosas.

—Mira, Elías, ¡paso de escucharte!

—Pasa. ¡Pasa todo lo que quieras! Pero le estás privando de tener una familia. De tener hijos. ¿O acaso resulta que ahora con cincuenta y cinco años puedes concebir?

Oír aquello que ella ya había pensado en silencio le escoció. Saem nunca hablaba de ello. Y sí, era un tema en el que ella ya había pensado.

—¡Basta ya!

—¡Cállate, Elías!

Era las voces de Saem y Natalia.

—¡Abrid la puerta! —exigió Saem.

Alma, con seguridad, se acercó a la puerta y Elías, empujándola, la alejó de allí.

—Ni se te ocurra abrir —la amenazó—. Ya la abriré yo cuando te haya dicho todo lo que te tengo que decir.

—¡Elías! Pero qué estás haciendo —gritó Natalia.

—Maldita sea, ¡abre la jodida puerta! —exigió Saem.

Pero él no abrió. Golpearon la puerta mientras Elías gritaba como un poseso cosas indignantes hacia Alma que a Saem le dolían y a

Natalia le enfadaban, cuando Saem, que se estaba dejando la vida por abrir, gritó:

—Vuelve a faltarle el respeto a mi mujer y juro que te vuelvo a dar otro puñetazo.

Pero Elías siguió y siguió. La rabia que sentía hacia Alma no lo dejaba parar. Al revés. Lo embravecía.

En un momento dado, a Elías le dio un ataque de tos. Las voces que estaba dando lo tenían muy alterado, y Alma, acercándose con rapidez a la puerta, la abrió. Inmediatamente entraron Saem y Natalia. Ambos la abrazaron. Se preocuparon por ella, y cuando Elías los miró, Alma sujetó a Saem, que iba a por él.

—Cuando tú necesitaste mi apoyo y mi respeto, lo tuviste. Y te lo di, porque quiero y respeto a mi hija. Pero...

—¿Buscas juventud estando con mi hijo? ¿Él es tu *toy boy* o tú eres su *sugar mami*? Pero ¿no te da vergüenza lo que piense la gente?

—¿Acaso nos ha importado a nosotros eso? —preguntó Natalia sorprendida.

Saem, enfadado, fue a acercarse a su padre, pero Alma, sin soltarlo, no se lo permitió.

—A mí lo que piense la gente como tú, jodido misógino —le soltó, mirando a aquel individuo desfasado—, es algo que no me resta ni un segundo de felicidad. Deberías avergonzarte de decir muchas de las cosas que dices, porque hieren a tu hijo. Y, por supuesto, ir de la mano de Saem no me da vergüenza. Al revés, me enorgullece y...

—Sois el hazmerreír de todo el mundo —insistió él.

Ofuscado, Saem se soltó de Alma, y cogiendo a Elías del brazo, a grandes tirones y sin delicadeza, lo sacó del despacho. Aquello se había acabado.

Madre e hija se quedaron a solas, mientras oían cómo los dos hombres discutían en la planta baja.

—Te lo voy a decir muy clarito, Natalia, ese hombre no te conviene —dijo Alma—. Y no por lo que me ha dicho a mí, sino por cómo es, por lo poco que respeta y la cantidad de prejuicios moralistas que tiene en ese tambor que tiene por cabeza.

—Mamá, estoy tan confundida que ya no sé si lo quiero o quiero quererlo.

—¿Y él te quiere a ti, corazón? ¿Realmente crees que comportándose como se comporta y diciendo las cosas que dice, él te quiere a ti?

Natalia, que entendió las palabras de su madre, asintió, la abrazó y lloró. Hasta hacía poco, había tratado de disculpar lo que le había contado Saem sobre Elías. Pero, con el paso del tiempo, el cambio de Elías en infinidad de cosas, y después de conocer a Almudena, la hermana de Verónica, todo comenzaba a cuadrarle. Elías no era la persona que le había hecho creer. Pero, por no preocupar a su madre, calló. Aunque ella ya había comenzado a protegerse mientras intentaba aclarar el conflicto emocional que tenía.

—Mamá, lo siento. Siento lo que ha ocurrido.

—Tranquila, corazón. Tú no has tenido nada que ver.

—Lo sé, pero tenía que haber estado más espabilada al respecto. Le pedí que te pidiera disculpas por su comportamiento últimamente, pero está claro que ha hecho todo lo contrario, porque está lleno de resentimientos.

Madre e hija se miraron. Lo ocurrido era grave. Muy grave. Oyeron entonces la puerta de entrada de la tienda cerrarse de un portazo.

—Tengo que irme —dijo Natalia.

Alma, resignada, asintió. Le gustara o no, aquel seguía siendo el novio de su hija.

—Ve. Pero a la menor tontería... —le dijo, dándole un beso en la frente.

—Tranquila, mamá. Estaré bien.

Alma asintió y cuando su hija salió del despacho, oyó la voz de Saem que decía:

—Te lo dije y te lo repito. No es la persona adecuada para ti.

Luego, Saem entró en el despacho ofuscado. Hablaba por teléfono y le oyó decir con voz tensa.

—Mamá Haneul, sabías que esto tarde o temprano iba a pasar. Por lo tanto, recoge lo que necesites, llama a un taxi y... no... no, mamá. No quiero que le digas nada ni te enfrentes a él. Lo conoces tan bien como yo y sabes que, en cuanto ponga un pie en la casa, irá donde estás y te echará, porque así me lo acaba de decir. Por lo que recoge lo indispensable. Llama a un taxi, y como tienes las llaves de mi casa, te vas allí. Mañana iré yo y hablaremos. —Alma lo miraba agobiada, y Saem, tras escuchar unos segundos, dijo—: Tú por eso no te preocupes, mamá. Sí. Alma está bien. Pero sal de esa casa y vete a la mía ¡ya! ¿Entendido? —Segundos después, Saem cerró su teléfono y, mirando a Alma, explicó—: Elías ha dicho que, en cuanto llegue a La Moraleja, lo primero que hará será echar a mamá de la casa de invitados, por eso la he llamado y le he dicho que se vaya a mi casa.

En silencio y apurados se hablaron con la mirada.

—Siento lo ocurrido, cielo. Cuando vi el coche de Elías aparcado cerca de la puerta, te llamé, pero no me lo cogiste.

—Tranquilo, cariño. Todo está bien.

—No, cielo. No está bien —musitó, abrazándola—. Ese hombre ya no es mi padre. Me da igual su dinero. Sus casas. Su fortuna. No necesito nada de él, ¡absolutamente nada!

—Saem, por mí no debes... —murmuró Alma, conmovida al oír aquello.

—Es por ti, por Haneul, por mi madre, por mí, por todos —la interrumpió—. Durante años he cumplido lo prometido a mi madre, aunque me costara. Durante años he soportado su egoísmo, egocentrismo, maldad. Pero todo en la vida tiene un límite, y mi límite con Elías ha llegado. Porque, cielo, las oportunidades se dan, la paciencia se agota, pero la felicidad, mi felicidad, no se negocia. Y... y últimamente estoy tan confundido...

Saem se detuvo. Ver la mirada furiosa de ella le dio miedo. Miedo de que tras lo ocurrido prefiriera el préstamo a él y calló. En silencio se miraron. Lo ocurrido había marcado un antes y un después en sus vidas.

—Con lo que ha pasado no me apetece ir al cine —dijo Alma—. Hoy no ha sido un buen día, Saem. Primero, el último banco que nos podía dar el préstamo ha dicho que no, por lo que: adiós, ¡sueño! Y me jode. Me jode muchísimo, porque sé que podemos pagarlo. Y no puedo parar de pensar qué puedo hacer. ¿Cómo puedo conseguirlo? Joder, Saem, ¡necesitábamos ese préstamo!

—Lo siento, cielo. Lo siento mucho —murmuró Saem, sintiéndose culpable.

—Y ya el remate ha sido la visita de tu... de Elías. ¿Qué tal si vamos a mi casa y preparas algo para cenar? —preguntó ella—. Necesitamos hablar.

Saem asintió, pesaroso. Por su culpa, la felicidad de Alma se estaba viendo empañada, y eso no se lo podía perdonar.

Capítulo 61

Al llegar a la casa de Alma, mientras Saem se ocupaba de preparar algo de cena sumido en sus pensamientos, ella cogió la correa de Sugar y lo sacó a la calle. Necesitaba pensar a solas y respirar.

Mientras caminaba por el exterior de la urbanización y Sugar disfrutaba de aquel pequeño paseo, Alma pensaba cómo encarar la conversación que quería tener con Saem. Sabía que hablar de lo ocurrido era abrir de nuevo el melón, pero tenían que hacerlo. Necesitaba saber que él tenía claras ciertas cosas para proseguir con su relación.

Cuando Alma regresaba a la urbanización se encontró con su vecino Ricardo, y este, sonriendo, saludó.

—Hola, Caramelito.

Sugar le gruñó de inmediato.

—No seas porculero, Ricardo —le dijo Alma.

Este asintió. Tras lo ocurrido aquel día en el gimnasio, días después, Alma lo buscó y le confesó que había iniciado una relación, por lo que, por favor, evitara llamarla Caramelito.

—¿Tampoco cuando estemos a solas te lo puedo llamar? —Alma, con gesto serio, lo miró y este entendió—: De acuerdo. Tampoco.

En silencio caminaron por la urbanización.

—Doy por hecho que el juego que había entre nosotros se acabó —preguntó él.

—Sí. Ricardo. Ya te lo dije. He iniciado una relación con Saem y...

—¿Cuánto crees que va a durar esa relación? —Sorprendida por aquella pregunta, Alma se detuvo—. Es demasiado joven para ti —insistió él—. ¿De verdad crees que algo así puede durar? —Oír aquello la incomodó, y él, atento a su gesto, prosiguió—: Odio decirte esto, pero posiblemente solo eres la novedad del momento. ¿Qué años tiene? ¿Treinta y cuatro? ¿Treinta y seis?

—Treinta y nueve.

—¿Ese asiático tiene treinta y nueve años?

—Sí. Y es coreano.

—Parece más joven. Pero qué bien se conserva el tío.

—Lo sé.

—Vamos a ver, Alma, entiendo que estés disfrutando de este momento dulce con el coreano, porque yo disfruto de momentos dulces con mujeres que conozco, pero siendo consciente de lo que es. Y por el cariño que te tengo, no me gustaría que perdieras el norte y no entendieras que algo así pocas veces sale bien. Soy tío y sé de lo que hablo.

—Eso no se puede saber.

—Claro que no se puede saber. Pero deberías ser consciente de que, más pronto que tarde, ese asiático joven y guapito te dejará por otra más joven que tú.

—Joder, Ricardo...

—Esto es así, Alma. Siento ser tan directo. Pero soy hombre y me considero tu amigo, y ojalá me equivoque, porque eres una mujer fantástica y divertida, que a mi juicio te mereces lo mejor.

Alma tomó aire. Desde luego, aquel día no estaba siendo de los mejores.

—Gracias por tu sinceridad —replicó—. Pero si esto dura o no, ya es algo mío y de Saem. Y teniendo esto claro, no vuelvas a llamarme Caramelito, ¿de acuerdo?

Ricardo asintió, sintiéndose fatal por haberle soltado aquel discursito.

Al llegar al portal, se despidieron con una sonrisa tensa, y cada uno siguió su camino.

Cuando Alma entró en su piso, el rico olor a comida inundó sus fosas nasales e inconscientemente sonrió, y más cuando Saem salió a recibirla.

—Con lo que tenías en la nevera, que como siempre es poco, he preparado unas tostas de salmón con guacamole y unas tortillas rellenas de jamón cocido, calabacín y tomate —le explicó el menú.

—Uf, cariño, ¡qué bien suena eso! —afirmó Alma.

Al soltar a Sugar, este corrió a su cuenco a beber agua. Saem estaba disponiendo la mesa del comedor para cenar, porque en la terraza ya hacía fresco.

—¿Has hablado con mamá Haneul? —le preguntó.

—Sí. Me llamó para decir que estaba en mi casa con Freya y que Dolores estaba con ellas.

Alma asintió con cierto alivio.

—Voy a lavarme las manos.

—No tardes —murmuró, consciente de que tenía que hablar con ella.

Fue hasta su cuarto de baño y al entrar suspiró. Deliberadamente se miró al espejo.

—Me quiere y lo quiero —murmuró—. Da igual lo que opinen los demás.

Con las manos limpias y el cabello recogido en una coleta alta, Alma volvió al comedor en donde Saem, con una bonita sonrisa, la esperaba, y tras darle un dulce beso, se sentó, y, encantados, se lanzaron a disfrutar de lo que él había preparado. Como siempre, estaba delicioso.

Después de recoger la mesa y meter las cosas en el lavavajillas, Alma cogió una copa de vino.

—Tenemos que hablar —dijo.

Saem asintió. Él también tenía que contarle algo que le estaba quemando por dentro. Debía ser valiente para saber.

—Sí. Yo también tengo algo que hablar contigo.

—¿Puedo comenzar yo?

—Por supuesto, cielo.

Con sus copas de vino en la mano, se sentaron en el bonito sofá del salón, y Sugar se acomodó entre ellos.

—Escucha, cariño, lo ocurrido era algo inevitable —comenzó Alma —. Sabes cómo es Elías y ese momento tenía que llegar, por mucho que intentaras protegerme. Que me llame vieja de la manera despectiva en la que me lo ha llamado...

—Me avergüenza que dijera eso.

—Lo sé, Saem. Tu padre...

—Elías. Ya no es mi padre —le cortó.

—Elías —corrigió Alma— utilizó la palabra vieja para humillarme. Para hacerme sentir mal mientras él se sentía superior. Pero no. No lo ha hecho. Que me llame vieja de esa manera tan despectiva dice más de él que de mí, porque yo, le guste a él o no, o le pese a él o no, sé quién soy y lo que valgo.

—Vales mucho.

—Me gusta oírtelo decir. —Ambos rieron y Alma añadió—: Con respecto a que somos el hazmerreír de...

—Escucha, cielo —le cortó—. ¿Realmente merece la pena que gastemos nuestro tiempo en hablar de algo tan ridículo?

Alma, que entendió aquella pregunta, negó con la cabeza, pero indicó:

—Nunca he visto que la diferencia de edad entre personas adultas sea un problema, pero está visto que para más gente de la que yo pensaba lo es.

—Pues ese es su problema. No el tuyo ni el mío.

Ambos sonrieron. En eso estaban de acuerdo.

—Pero, Saem —observó ella—, lo que sí es cierto, y no podemos negar, es que estamos en distintas etapas de la vida.

—Alma, somos adultos. Tú has pasado tus etapas como yo he pasado las mías y las seguiremos pasando, pero juntos. Y si en esas etapas tú y yo nos hemos encontrado y estamos bien, ¿qué nos importa lo que piensen los demás? Escucha, mi vida. Si yo estoy contigo y tú estás conmigo es porque los dos queremos. No porque nadie nos obligue.

Dando un trago a su vino, Alma suspiró. Saem tenía razón.

—Elías ha mencionado cosas que tú no hablas conmigo.

—¿De qué no hablo yo contigo?

—No puedo darte hijos —soltó, sabiendo que estaba abriendo el melón a lo bestia.

—Cielo...

—No, Saem. Escúchame, por favor. No eludamos más ese tema, cariño. Tengo cincuenta y cinco años. Estoy maravillosamente bien y te encanto. Pero a mi edad ¡no puedo tener hijos! Es más, es que, aunque pudiera, no querría tenerlos. He criado a una hija. Sé lo que cuesta y el desgaste que ocasiona y...

—¿Yo he insinuado en algún momento que quisiera tener hijos?

—No. Pero...

—No hay peros, Alma —la cortó—. Los niños me gustan. Me parecen seres diminutos encantadores. Pero la responsabilidad que conlleva ser padre no es algo que yo alguna vez deseara para mí.

—Pero, Saem, en las etapas de la vida de las que hablamos, quizá de pronto un día sientas que deseas ser padre y...

—Que no, cielo. Te digo yo que no.

—Saem, eso no puedes saberlo.

—Lo sé, ¿y sabes por qué lo sé? —Alma negó con la cabeza—: Lo sé, porque hace tiempo me hice la vasectomía.

—¡¿Qué?!

Saem asintió.

—Me operé hace años para evitar que algún día alguien pudiera venirme con eso de que vas a ser padre. En eso soy un hombre frío y resolutivo. Si no quiero algo, lo evito. Y como estaba en mi mano el poder solucionarlo, lo hice. Y como imaginarás, al ser un tema más que privado, no se lo conté a nadie. Pero ahora lo sabes tú.

—Vaya...

—Si antes no te lo comenté fue porque nunca salió esta conversación entre nosotros, aunque con el tiempo hubiera salido.

—Pero he visto que te gustan los niños. Recuerdo al hijo de la familia que nos alquiló la villa en Fuerteventura. Las veces que lo vimos, te encantaba jugar con él.

—Alma, jugué con él porque por supuesto que me gustan los niños. Pero que me guste pasar un rato con ellos, o comprarles un helado, no quiere decir que yo quiera ser padre, ni que quiera compartir mi vida con un niño. —Alma parpadeó cuando él añadió—: Sé que lo que digo puede resultar egoísta, pero creo que más egoísta sería tener un hijo sin quererlo de verdad. Alma, voy a cumplir cuarenta años, y te aseguro que, si antes nunca quise ser padre, ahora lo deseo muchísimo menos, porque valoro mi tiempo y mi espacio. Por lo tanto, que ese tema no te agobie, porque tú me das todo lo que necesito.

—Me gusta oír eso —afirmó ella sonriendo.

—Y a mí que te guste oírlo.

Un beso. Dos. Y tras el quinto, Alma preguntó:

—¿De qué querías hablar?

Saem la miró con cariño. Verla sonreír era lo único que necesitaba para saber que ella estaba feliz, y sin ganas de que el humor de Alma cambiara al contarle la jugada de Elías en cuanto al préstamo del banco, dijo:

—De nada importante.

Alma sonrió, lo volvió a besar y cuando la intimidad entre los dos se hizo todavía más intensa, Saem le quitó el vaso de vino de las manos y lo dejó sobre la mesita.

—Que no quiera tener hijos no significa que no quiera jugar a miles de juegos calientes y perversos contigo —dijo, pícaro.

Oír su voz y ver su expresión a Alma le hizo reír a carcajadas y más cuando Saem la cargó a sus hombros y se la llevó a la habitación donde, a intervalos, follaron e hicieron el amor.

Capítulo 62

Los días pasaron sin tener noticias de Elías mientras Saem y Alma continuaban viviendo su amor. El 23 de octubre, Saem cumplió cuarenta años. Esa noche, tras trabajar en Mesa Trece, al llegar al DeLokos se encontró con que Alma y Mario le habían organizado un fiestón en el que también estaban sus amigos. Eso le encantó, sin saber que alguno de ellos miraba a Alma y la prejuzgaba. Pero ¿qué hacía aquella mujer con su amigo?

Saem, como le prometió a Haneul, fue con ella a La Moraleja para recoger sus efectos personales. Desde la ventana, vieron a Elías observándolos, pero eso no les importó. Las cosas de Haneul se tenían que ir con ella, y si él quería guerra, la tendría. Estaba preparado para el ataque.

Haneul, de momento, viviría con Saem. Más adelante y con tranquilidad, buscarían algo para ella, aunque Saem no tenía prisa.

Por su parte, Nuria estaba total y complementa absorbida por su boda. Quería que todo saliera a la perfección y tenía muchas cosas que organizar. Romina estaba centrada en su nueva vida de soltera y, sobre todo, en su hija Carolina, que la iba a hacer abuela. Estíbaliz y su marido Alberto se iban cada dos por tres a su pisito de Menorca. Aquel nidito de amor que se habían comprado era su refugio y, como era lógico, querían disfrutarlo al máximo. Y Alma, aún feliz con Saem, echaba de menos a sus amigas. Aunque las tenía, cada una estaba enfrascada en sus propios proyectos, por lo

que algún viernes de lobas se suspendió, y Alma se guardó sus miedos e inseguridades.

Elías y Natalia estaban tensos. Nada iba bien. Todo, de pronto, era un problema, y si a eso Natalia le sumaba la doble moral de su novio en muchos temas, todo era peor.

El 30 de octubre y para Halloween, en el DeLokos se organizaba la Fiesta del Terror a la que todos irían disfrazados. Pero antes disfrutarían de las despedidas de solteros de Mario y de Nuria, quienes decidieron hacerlas por separado.

Saem organizó una cena para su tío y sus invitados en su restaurante Mesa Trece. Mario invitó a varios de sus amigos militares e incluyó a los maridos de lobas y lobeznas, exceptuando a Elías. Roberto no fue porque tenía otros planes. Con Elías, Mario había roto todo contacto y cuando Nuria le preguntó el motivo, él se limitó a decirle que el comportamiento de su hermano con Alma y Saem le avergonzaba. Nuria lo entendió y no volvió a preguntar.

En el pequeño reservado de Mesa Trece, Mario y sus invitados estaban disfrutando de lo lindo. Saem, tras quitarse la chaquetilla de cocinero, se unió al grupo, no sin antes preguntar:

—¿Os ha gustado la cena?

Todos asintieron. El menú había sido espectacular, y Mario, orgulloso, lo abrazó.

—¡Mi chaval es el mejor! —exclamó.

—Tú eres el padrino de la boda, ¿verdad? —preguntó el marido de Carolina.

—Sí —afirmó Saem, feliz.

Durante un rato bromearon con los detalles de la boda.

—Por suerte para mí, tengo al mejor padrino del mundo —dijo Mario, feliz.

Tío y sobrino se miraron. Su relación era sana y perfecta.

—¿Qué os parece si nos tomamos la primera copita aquí? —propuso el marido de Estíbaliz.

A todos les pareció bien. Hasta la una de la madrugada no habían quedado con las chicas en el DeLokos, y Saem, mientras los demás conversaban, le preguntó a su tío:

—¿Y nuestros disfraces de brujos?

—En el despacho del DeLokos —respondió Mario—. Cuando vayamos, antes de que lleguen las lobas, nos los ponemos. Ya sabes que, aunque soy bastante payaso, no me gusta ir dando el cante por la calle.

—No sabes cómo te lo agradezco —susurró Saem. A él le pasaba lo mismo.

—Hablando de lobas —preguntó Mario—, ¿sabemos algo de ellas?

Saem sonrió. Ver que su tío se preocupaba por Nuria, tanto como él por Alma, le seguía haciendo gracia.

—Si la policía no nos ha llamado, es que todo va bien —señaló Alberto, el marido de Estíbaliz.

Divertidos, sonrieron y, levantando sus copas, brindaron. ¡Mario se casaba!

Lobas y lobeznas, vestidas todas de brujas en honor a Nuria, cenaban en un bonito restaurante griego. La novia así lo había decidido. Y riendo estaban cuando Estíbaliz, sacando una pastilla del bolso, dijo.

—Es la de la osteoporosis. Me la tengo que tomar.

—Uisss... la de mi prima la marimeno, ¡que se me olvidaba! —saltó Alma.

—Me uno a vuestro club —rio Carolina—. Tengo que tomar ácido fólico para el embarazo.

—Por favorrr. Nos hemos convertido en el grupo de las pastilleras —se mofó Nuria.

Divertidas, todas rieron cuando Nuria, mirándose la pechera mojada, dejó su copa sobre la mesa.

—¡Mierda! Ya me he manchado —gruñó.

—¡Cómo no! —rio Alma.

—Tranquila. Es solo agua —matizó Romina, señalando la copa.

Hambrientas, disfrutaron la exquisita comida griega. Allí no faltó de nada. Todo estaba buenísimo, y cuando brindaban por la felicidad de la novia, un grupo de chicas que pasaban por su lado, se pararon y mirando a Carolina le preguntaron:

—¿Te casas?

—No. Yo no. Ella.

Las jóvenes miraron a Nuria, y esta, al entender su gesto, afirmó:

—Sí, chicas. ¡Me caso! A mis cincuenta y seis maravillosos años, tras muchos *castings*, ¡por fin uno pasó las pruebas con matrícula de honor!

Las jóvenes rieron.

—¡Encontró un unicornio *premium de luxe*! —añadió Alma.

Las jóvenes siguieron su camino muertas de risa. Natalia se levantó y fue al baño. La diversión entre las asistentes a la despedida de soltera continuó. Brindis. Risas. Burradas. Todo era divertido.

En un momento dado, Alma vio a su hija salir del baño y ambas se sonrieron. En ese momento el teléfono le sonó a Natalia y, sacándoselo del bolsillo de la vaporosa falda negra de bruja que llevaba, contestó. Era Elías.

Alma observaba a su hija. El gesto de Natalia le hacía saber que estaba discutiendo. Algo pasaba. Se levantó y se dirigió a ella.

Natalia le hizo una seña con la mano a su madre para que esperara. Y cuando cortó la comunicación, avanzó hacia ella.

—¿Qué pasa, corazón? —le preguntó.

Natalia tomó aire. Dudó si contarle el motivo de la discusión, pero finalmente lo hizo.

—Elías, que está muy pesadito —contestó en cambio.

—¿Qué le pasa al fósil?

—Mamáää.

—A ver, hija. Si yo para él soy una vieja, él, siendo mayor que yo, es un fósil en toda regla.

Natalia respiró. Estar en medio de aqcuello no era fácil.

—Dice que me echa de menos. Y que esta noche me vaya a su casa a dormir —mintió. Oír aquello a Alma le repateó. Aquel sinvergüenza, con la pena, quería abducir a su hija. Pero esta dijo—: Lo sé mamá. Sé lo que vas a decir. Y no. No me voy a ir. Voy a disfrutar de la despedida de soltera de la tía hasta que yo quiera, y cuando regrese, lo haré a mi casa. No a la suya.

Alma asintió. Y entendiendo que los pensamientos de su hija no estaban muy alejados de los suyos, sonrió. Natalia estaba despertando.

Acabada la cena, y sabiendo lo que la novia esperaba, las chicas, vestidas de bruja y con escobas incluidas, fueron a una sala de *striptease*. Allí se juntaron con otras despedidas de soltera, y entre el ambiente y las ganas de pasarlo bien, la sala estaba tremendamente animada.

—A mí que no se me acerquen ni me saquen —exigió Romina, escandalizada, viendo la locura colectiva mientras bebía de su *gin-tonic*.

—Pero, tía, ¡si están buenísimooooos! —afirmó Leyre, sonriendo.

Acalorada, Romina miró a Nuria, que en el escenario y sentada en una silla reía a carcajadas, mientras un chico moreno y de precioso cuerpo se contoneaba ante ella.

—¡Lo digo muy en serio! Que estén alejados de mí —insistió Romina, algo mareadilla.

Divertidas por aquello, ninguna dijo nada. Simplemente disfrutaron mirando a Nuria, que, entre risas, interactuaba con aquel muchacho y ponía cara de loba. ¡Menuda era la novia!

Al cabo de un rato, Nuria, acompañada por el chico en cuestión, regresó a la mesa.

—Lobas y lobeznas. Os presento a Fernando —dijo, divertida.

Todas sonrieron a aquel guaperas, y Romina, que llevaba alguna copa de más, murmuró:

—Qué monooooooo.

Fernando, entonces, le tendió la mano a Romina y ella, tomándosela, se levantó, dejándose conducir por él, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Si insistes...

—Mamáááá —musitó Virginia, muerta de risa.

Sorprendidas, vieron como Romina se marchaba con el chico al escenario totalmente abducida.

—Pero si decía que no quería —dijo Estíbaliz.

—El champán encendió la chispa y la curiosidad encendió el fuego —afirmó Nuria.

—Di que sí, mamáááá —gritaban Virginia y Carolina.

Romina, disfrutando del momento, le arrancó el pantalón a Fernando cuando este se lo pidió, y paseando sus manos por sus glúteos estaba cuando Alma, muerta de la risa, al ver que las lobeznas le hacían fotos, dijo:

—Mucho decir, pero al final lo que gana ¡es lo que le pone a mil!

Leyre, Natalia, Virginia y Carolina, encantadas, animaban a Romina a darle aceite por el cuerpo, a Fernando.

—¡Mírala! Abriendo fronteras —exclamó Nuria a carcajadas.

—Mejor me callo la frase que ahora diría ella —rio Estíbaliz.

Disfrutaron de aquel momento que para Romina sería icónico. Por primera vez, ella se dejaba llevar por algo que tuviera que ver con el morbo y el sexo. Romina siempre había sido una mujer muy cohibida. Una mujer a la que hablar de sexo le condicionaba. Pero de pronto ahí estaba. Disfrutando y riendo con un tipo al que no conocía de nada, en el escenario de un espectáculo de *striptease*, dejándose llevar.

Una hora después, cuando el espectáculo acabó, Romina estaba totalmente eufórica por lo que había bebido y reía con sus hijas.

—¿Nos vamos para el DeLokos? —preguntó Alma, mirando el reloj.

Asintieron de buen grado. Tenían ganas de continuar con la juerga.

Capítulo 63

Al llegar las chicas al DeLokos, se encontraron de inmediato con la despedida de soltero de Mario. Con los brujos. Él disfrutaba de la noche cuando las chicas se acercaron.

—¿Aparcaste fuera tu escoba? —le preguntó a Nuria.

—Sí, y con la alarma puesta, que a veces vuelan solas.

Todos rieron y ellos se besaron. Nuria y Mario eran tan para cual.

—¿Todo bien, futura mujercita? —quiso saber él.

—Todo genial, futuro maridito. Sigue así y quizá te deje ganar la ronda final.

Al oírlos, Saem y Alma, gesticularon y se besaron. Hacerlo con naturalidad les encantaba a ambos.

—¿Y tú también has aparcado tu escoba? —susurró Saem al oído de Alma.

—Por supuesto, cariño. Ahora prefiero montarte a ti —respondió ella, con una seductora mirada.

—Pero buenoooo, inspectoraaaaa... —rio Saem.

Se rieron los dos y Alma lo besó. Le encantaba besarle.

El grupo estaba animado. Brindaron varias veces por los novios. Bailaron hasta que les dolieron los pies y disfrutaron muchísimo. En un momento dado, Romina miró a Alma, que estaba sentada sobre las piernas de Saem, y le pidió:

—¿Me acompañas al baño?

—Por supuesto. —Y tras darle un pico a Saem, murmuró—: Ahora vuelvo.

Del brazo de su amiga, las dos se dirigieron al baño.

—Creo que estoy un poco perjudicadilla —admitió Romina.

—Si fuera solo un poco —rio Alma.

En el baño había una cola de chicas.

—Tenemos para rato —dijo Alma.

—Tranquila, ¡me aguanto! —Romina cruzó las piernas.

Apoyadas en la pared, esperaban su turno charlando animadamente sobre todo lo que se les ocurría cuando apareció Saem.

—¿Os apetece otra cerveza o algo de beber? —les preguntó.

—*Gin-tonic* —indicó Romina.

—Otra cerveza, cariño —pidió Alma.

Saem asintió y, tras darle un mimoso beso en los labios a Alma lleno de dulzura y pasión, se marchó. Alma aún estaba sonriendo cuando se percató de que unas jóvenes que estaban esperando su turno para entrar en el baño la miraban, aunque no le dio la mayor importancia.

Minutos después, cuando a Romina le tocó entrar en el aseo, miró a su amiga.

—Tienes que entrar conmigo —le pidió.

—A ver, Romina. El baño es muy pequeño y...

—Almaaaa... estoy perjudicadilla, y como no entres para ayudarme con la falda, me meo en las bragas.

—¿Pero qué dices?

—¡Te lo juro!

—Valeeeee —sonrió, divertida.

Cuando estuvieron dentro, las risas no tardaron en llegar. El cubículo no era muy grande. Más bien era pequeño y estrecho.

—Jodido disfraz de bruja. ¡Pero cuántos metros tiene esta falda! —murmuró Romina desesperada.

—Esperaaaaaa... yo te la sujeto por detrás.

—Me estoy quitando las bragas.

—¿Para qué te las estás quitando?

—No lo sé. Pero ya las tengo en la mano.

Haciendo malabarismos y a pesar de estar empotrada en un rincón, Alma consiguió ayudar a Romina. Aún se estaban riendo cuando llegó a sus oídos una conversación:

—Qué fuerte, pero ¿cuántos años tendrá?

—Mínimo cuarenta y ocho.

—¡Qué dices! Esa tiene al menos cincuenta.

—¡¿Tan abuela es?!

—¡Ya te digo!

—Pero ¿qué habrá visto Saem en ella?

Al oír aquel nombre, Alma supo de inmediato que hablaban de ella.

—Ni caso —murmuró Romina.

Alma movió la cabeza con desagrado por lo que estaba oyendo.

—Con lo bien que tengo yo las tetas, Saem va y se fija en una que me dobla la edad y que, encima, seguro que tiene las tetas caídas.

Alma miró hacia el techo. No iba a entrar en aquello.

—Como dice mi madre, la edad no importa a no ser que seas un queso —soltó otra joven.

—El que está como un queso es Saem, la otra ya es una cuajada.

—Seguro que sin los kilos de maquillaje que lleva es un cromo.

Risas. A Alma aquellas risas la hicieron sentir mal.

—No llego al papel, ¿llegas tú? —le dijo Romina.

Rápidamente, Alma le entregó un trozo.

—Anda que no estará disfrutando la abuela del queso —oyó que decía otra joven.

—¡Abuela lo será tu puta madre! —gritó Romina de pronto.

Alma se asustó. ¿Romina diciendo palabrotas?

De pronto, los metros de falda negra de Romina volaron por los aires mientras furiosa abría la puerta, y les tiraba las bragas a la cabeza.

—Mirad, pedazos de... —gritó, mirando a las jóvenes.

—¡Rominaaaa! —exclamó Alma boquiabierta al ver a una de las chicas con las bragas colgándole en la cabeza.

Romina miró a su amiga que salía del baño.

—Dame un segundito, que tengo que decirles a estas listillas cuatro cositas. —Y volviéndose hacia ellas, viendo como la muchacha se quitaba las bragas de la cabeza y las dejaba sobre la encimera del baño, soltó—: Parece mentira que estando en el siglo XXI y siendo vosotras mujeres seáis tan poco empáticas con otra mujer y la critiquéis por tener más edad que el hombre con el que sale. Pero ¿cómo podéis ser tan malvadas, por no decir perras o crueles?

Ellas boquiabiertas no contestaron.

—Seguramente sois de las que ven normal que un hombre maduro salga con una chica joven, y cuando es al revés, ¡activáis la alarma social! —continuó Romina, desatada—. Porque si es así, quizá el problema no sea la diferencia de edad entre ellos, sino que tenéis una mente muy, pero que muy limitadita, y sobre todo que no estáis acostumbradas a ver a una mujer con los ovarios bien puestos disfrutar de la vida y del amor como le dé la gana. —Las muchachas se miraban atónitas mientras otras mujeres, al oír el griterío, entraban en el baño—: La edad en el amor, cuando se es mayor de edad, es un jodido número. Y es un jodido número porque en una relación lo importante es el cariño, el respeto y el amor. Si lo que os jode, os inquieta u os perturba, como decía mi adorada Esperanza Gracia, es que un hombre como Saem esté con una mujer como Alma, preguntaos de qué carecéis, y qué puede tener ella. ¿Será

empatía? ¿Será respeto? ¿O será que no es una puñetera víbora venenosa?

—Romina...

—Queridas —prosiguió ella, ignorando sus bragas, que estaban sobre la encimera del baño—, no siempre vais a tener la edad que tenéis ahora. Con suerte, cumpliréis años, ganaréis kilos y quemaréis etapas. Sois las jóvenes que en un futuro no muy lejano serán las maduritas. Y si ahora no respetáis, ¿pretendéis que luego las jóvenes que os siguen os respeten a vosotras? —Abochornadas al ver como otras mujeres de distintas edades las miraban y asentían, no se atrevían ni a moverse. Romina concluyó—: Y, por último, os diré que el respeto es algo fundamental y básico en la vida. ¡Aprended a respetar! Porque con vuestros hirientes y desacertados comentarios de víboras habéis demostrado que, de eso, de respeto, os falta mucho.

Tan pronto terminó su discurso, las otras mujeres que atentamente escuchaban comenzaron a aplaudir. Romina sonrió con aplomo, y alargando su mano agarró sus bragas. Por suerte, no todo el mundo pensaba como aquellas tres víboras.

Instantes después Romina y Alma salieron del baño.

—Por ti, tiro bragas, saco uñas y arranco los ojos —dijo Romina, firme.

Eso las hizo reír, aunque a Alma lo ocurrido le pesó más de lo que se atrevía a admitir.

Capítulo 64

Los días pasaron. El incidente con aquellas jóvenes en DeLokos quedó como una anécdota divertida y todo parecía ir bien, pero no, Alma no estaba bien, aunque, como una excelente actriz, lo disimuló. No era la primera vez que tenía que disimular algo incómodo para ella.

El viernes por la tarde, en el despacho de Diva y Radiante, tras subir del atelier donde solucionó unos temas, Alma leía unos artículos en su ordenador donde hablaban sobre las parejas que se enamoraban y entre ellos había una diferencia de edad. También había testimonios, donde la mujer era mayor, y se identificó con muchos de ellos. Estaba claro que lo que ella sentía no era un hecho aislado, sino que lo experimentaban muchas mujeres más.

Ella, que siempre había sido una mujer segura y de paso firme, había comenzó a tambalearse y sabía por qué era. Desde el incidente con las jóvenes en el DeLokos, se analizaba en profundidad al mirarse al espejo. Cosa que antes no hacía. Cuestionaba cada arruga, cada mancha o sus ojeras. De pronto, cada atisbo de madurez y del paso del tiempo jugaba malintencionadamente en su contra, y le pesaba. Sabía mejor que nadie que eso a Saem no le importaba. Que con su cariño, respeto y amor la hacía sentir bella, querida y viva. Pero las palabras de Elías, unidas a las de las jóvenes de aquella noche y a las miradas indiscretas que le echaban en algunos momentos, le comenzaban a pesar.

Alma, sin ser consciente de lo que hacía, comenzó a buscar las miradas desconsideradas y los cuchicheos de otros cuando Saem y ella salían a cenar o caminaban por la calle abrazados y cogidos de la mano. Si quedaban con los amigos de él, aunque eran encantadores con ella, su susceptibilidad le gritaba que la evaluaban en silencio con sus sonrisas ladeadas, y lo confirmaba cuando, en ocasiones, al ella acercarse se callaban.

Intentaba digerir en silencio todo aquello sin decirle nada a nadie. Ni siquiera a Saem. Él seguía como siempre. Vivía el amor con libertad, porque para él su relación no era cuestionable y, por supuesto, no tenía que explicarle nada a nadie, algo que ella también pensaba, hasta que comenzó a cuestionarse. Saem la besaba en público, la miraba con amor, le decía cosas preciosas y aunque ella lo agradecía, también era la primera en soltarle la mano cuando iban por la calle. Y lo hacía porque estaba tan confundida que la inseguridad le hacía sentirse pequeñita.

Se martirizaba en silencio desde que se levantaba hasta que se acostaba. Si algo tenía claro era que amaba a Saem con toda su alma, y estaba aterrada ante la posibilidad de arruinar algo tan bonito como lo que tenían.

Cuando estaban juntos, lo observaba sin que él se diera cuenta. Adoraba a aquel hombre como nunca había adorado a ninguno, pero el hecho de pensar que podía llegar el día en que él comenzara a verla como otros la veían, no la dejaba vivir. ¿Saem despertaría del bonito sueño y la dejaría por otra mujer más joven? ¿Seguiría él mirándola con amor cuando el tiempo hiciera más mella en su rostro y en su cuerpo? ¿La comenzaría a ver con los ojos cuestionables con que la veían otros?

Aquella lucha interna entre la Alma guerrera y la Alma insegura la estaba agotando. Y lo peor era que la insegura comenzaba a ganar

espacio y eso la hacía mirarse ella misma con los ojos con los que la miraban quienes la cuestionaban.

Estaba concentrada leyendo aquellos artículos cuando sonó su teléfono.

—Hola, mamá —saludó.

—Llevas una semana sin llamar.

Su madre siempre tan amable. No le extrañó.

—Estoy a tope de trabajo y si vosotros no llamáis es porque estáis bien —replicó.

Durante los siguientes minutos, Cecilia los dedicó a despotricar contra ella. Le hizo saber lo molestos que estaban ella y su padre porque llevara más de dos semanas sin ir a verlos. También le echó en cara que Natalia siguiera con aquel viejo. Alma escuchaba resignada, sin intervenir.

—Me he enterado por una vecina que tu amiga Nuria se casa —dijo su madre de pronto.

—Sí.

—¿Con quién?

Alma, estuvo a punto de decirle: «Pregunta a la IA», pero se contuvo.

—Con un hombre encantador.

—¿Y qué pasa? ¿No nos va a invitar a la boda a tu padre y a mí?

—Pues no, mamá —respondió con sinceridad—. No os va a invitar.

—¿No lo dirás en serio?

—Totalmente en serio. Y antes de que comiences con tu retahíla de protestas, déjame decirte que ni vosotros soportáis a Nuria, ni ella a vosotros, por lo que...

El teléfono quedó mudo. Su madre enfadada había colgado.

Alma resopló. La paciencia que tenía con sus padres cada vez era más escasa. Recordó que Saem le había dicho que, tarde o

temprano, la paciencia se acababa. Volvió a dirigir su atención al ordenador, y estuvo un rato concentrada en la lectura hasta que la puerta de su despacho se abrió.

—¡Sorpresaaaa!

Esbozó una triste sonrisa. Allí estaban sus tres locas amigas.

—¿Qué te pasa? —preguntó Nuria al ver su expresión.

—Acabo de hablar con mi madre. —Las tres amigas se miraron, y Alma añadió—: Aparte de reprocharme que no la llamo, que no voy a verlos y que Natalia siga con ese «viejo», también se ha enfadado cuando me ha preguntado por tu boda y le he dicho que no los ibas a invitar.

—No me jodas. ¿Me has dejado sin darles la exclusiva?

—Lo siento, Nuria. Pero es que me ha preguntado. —Agotada y sin mucho ánimo, finalmente se levantó y se fijó en sus amigas—. Romina y Estíbaliz, ¿qué hacéis aquí?

Ellas se sorprendieron.

—Es viernes, ¡y es nuestra noche de chicas! —exclamó Romina.

Alma asintió. Estaba tan agotada, preocupada por Natalia y abstraída con todo lo que últimamente le rondaba por la cabeza que no sabía en qué día vivía.

—Creía que hoy lo habíais suspendido —comentó.

—Pues no. Hoy no —dijo Romina.

—¿En serio no te acuerdas de lo que pasa hoy? —se sorprendió Nuria.

Alma parpadeó. Y entonces vio la caja de manolitos que Nuria llevaba en su mano.

—Es verdad —cayó en la cuenta—. Tenemos la prueba de tu vestido.

—Sí. Y al parecer también se te había olvidado.

Con cariño, Alma se acercó a Nuria y la abrazó.

—Lo siento... Lo siento... ¿me perdonas?

—Por supuesto. Pero como castigo, pagas la cena —afirmó Nuria, mirando a las otras dos, que asintieron. Nuria tenía razón, algo le pasaba a Alma.

Las cuatro juntas bajaron hasta la tienda y se dirigieron hacia el probador del fondo. Nuria ya se había encargado de que su precioso vestido de novia estuviera esperándole ahí.

Mientras Estíbaliz y Romina se sentaban y abrían la caja de manolitos, Alma entró con Nuria en el probador.

—¿Estás bien? —preguntó Nuria al ver el entrecejo de Alma fruncido.

—Sí. Alza los brazos, que te voy a pasar el vestido por la cabeza.

Obedientemente, Nuria los levantó mientras sentía cómo aquel precioso vestido de novia resbalaba por su piel.

—En este probador fue donde el dios asiático y tú... —comentó, intentando hacer reír a su amiga.

—Sí. —Y sin entrar en la broma, exigió—: Ponte recta o no podré abrocharte el vestido.

—Eyyyy. ¿Estás tensa?

—No.

—A ver, loba. A mí no me engañas —insistió.

—Que no me pasa nada, pesadita. —Finalmente sonrió.

Nuria asintió. Alma no estaba bien. Pero sin querer atosigarla, ayudó a acoplar aquel maravilloso vestido a su cuerpo y cuando el vestido quedó totalmente en su sitio, Nuria murmuró:

—Por favorrr... Estoy tan impresionante que debería llevar etiqueta de advertencias.

—Loba, estás de diez —afirmó Alma.

Acto seguido, Alma abrió la cortina que las separaba de sus amigas. Romina y Estíbaliz, que estaban charlando, se callaron. Con

la boca abierta, miraron a Nuria.

—Lo sé. Estoy tan impresionante que debería cobrar entrada para verme —se burló ella, divertida al ver su expresión.

Eso provocó que todas rieran.

—Pero Nuria... ¡qué guapa estás! —exclamó Romina, levantándose.

—El vestido te queda espectacular —afirmó Estíbaliz, levantándose también.

Nuria sonrió. La primera vez que Alma le enseñó el boceto de aquel vestido de satén elástico de corte entallado y evasé, con cola barrida en color champán, se enamoró de él. Era un diseño sin mangas, escote drapeado, espalda en V profunda, y con unos delicados pliegues en la cadera que hacían que se adaptara a su cuerpo muy bien.

—¿Qué velo quieres llevar? —preguntó Romina.

—Ninguno. Quiero un moño italiano, decorado con florecitas. Algo sencillo. —Romina y Estíbaliz asintieron, y ella dijo—: Sigo pensando qué ponerme sobre el vestido. Al ser diciembre, hace frío y necesito algo o me voy a pelar cuando salgamos a la calle.

—¿Qué tal un chal o un echarpe? —propuso Romina.

Nuria se encogió de hombros.

—Vuelvo en dos segundos —dijo Alma.

Acto seguido, se marchó por las escaleras del fondo.

—Tienes razón, Nuria. Está rara —confirmó Romina tan pronto como Alma se perdió de vista—. A ella nunca se le olvidaría la prueba de ninguno de nuestros vestidos.

—¡Os lo dije! No sé qué le pasa, pero algo le ocurre.

—¿Le has preguntado?

—Le he preguntado, pero la tía no suelta prenda, y la verdad, no creo que sea por lo del préstamo. Eso ya lo hemos hablado y dejado

para más adelante.

—¿Será porque últimamente hemos cancelado algunos viernes de lobas? —planteó Romina.

—La loba regresa al huerto. Repito. La loba regresa al huerto —musitó Estíbaliz, al ver a Alma bajar por las escaleras.

Las tres comenzaron a ensalzar de nuevo el vestido de Nuria. Alma se acercó con una enorme caja que dejó sobre una mesita.

—Nuria, sin que lo supieras, he diseñado y cosido esta capa de terciopelo forrada en un color muy parecido al del vestido —dijo—. Le he puesto enganches y unos finos cristalitos, porque te encanta el brilli-brilli. ¿Cómo lo ves? ¿Te gusta?

Al sacar aquella preciosa capa en color champán con diminutos cristalitos repartidos por toda ella un ¡Ohhhh! salió de sus bocas.

—¡Qué bonitaaaaa! —exclamó Estíbaliz.

—Es preciosaaaaaa —corroboró Romina.

Nuria, maravillada por aquello que no esperaba, miró a Alma. Sabía que algo le pasaba, y aun así, ella había sacado tiempo para hacerle con sus propias manos aquella maravillosa capa.

—No es que me guste, ¡es que me encantaaaaa! Por favorrr, ¡es preciosaaaaaa! —Y abrazándola, murmuró—: Si es que te quiero. Te como a besos. Eres... eres... ¡increíble!

Alma, divertida, sonrió y cuando se separaron, le colocó a Nuria la capa sobre su cuerpo.

—Tú estarás impresionante vestida así, pero yo soy la puta ama diseñando —soltó, mientras su amiga se miraba al espejo.

—¡Amén! —afirmaron las otras tres al unísono.

Capítulo 65

Una hora después, cuando los ajustes al vestido de Nuria estuvieron acabados, las cuatro salieron de Diva y Radiante para tomarse algo, antes de ir a cenar. Era su noche de lobas.

Mientras charlaban y tomaban algo, Saem la llamó por teléfono.

—Hola, cariño —saludó.

—Hola, cielo. ¿Qué tal todo?

—Bien. Aquí estoy con las lobas tomándonos algo antes de irnos a cenar.

Saem sonrió. Le encantaba que lo pasara bien con sus amigas.

—¿Nos vemos esta noche cuando salga del trabajo en DeLokos y luego te vienes a mi casa a dormir?

Ella sonrió. El día anterior Natalia se había llevado a Sugar a su casa, por lo que podía permitirse hacer aquello.

—¿Os apetece tomar una copa en el DeLokos tras la cena? —les preguntó a sus amigas. Las tres sin dudarlo asintieron, y ella dijo—: ¡Allí nos vemos!

Encantado, Saem se despidió de ella, le dio un beso en la cabeza a su perra Freya y se marchó a trabajar.

—¿Todo bien? —quiso saber Estíbaliz, cuando Alma dejó su teléfono móvil sobre la mesa.

Alma asintió.

—¿Pero bien... bien? —insistió Romina.

—Claro.

—¿Sigues dándole vueltas a lo del préstamo?

Alma negó con la cabeza. Actualmente era en lo que menos pensaba.

—Me jode —admitió—. Pero la realidad es la que es. Por lo que, como le dije a Nuria, lo volveremos a intentar en otro momento.

—¿Y con Saem bien?

—Muy bien —afirmó.

—¿Y por qué ninguna te creemos y te vemos rara? —soltó Nuria.

—Eres especialista en alarmar a la gente, ¿lo sabías? —se quejó Alma.

—Y tú eres especialista en decir que no te pasa nada, cuando sabes tan bien como yo que mientes como una bellaca.

—Pero qué dices, Nuria...

—Digo lo que veo y pienso. Y si te molesta, pues lo siento. Pero si alguien ha insistido siempre en que hablar y desahogarse es bueno para el alma y la salud, esa siempre has sido tú. Por lo tanto, te jorobas, y...

—Aquí todas somos especialistas en algo —cortó Estíbaliz, viendo la situación—. Yo, por ejemplo, soy especialista en colapsar cuando algo no sale como quiero.

—Y yo soy especialista y medalla olímpica en el lanzamiento de tiro con braga.

Aquel comentario les arrancó una carcajada.

—Últimamente os echo de menos —soltó Alma de pronto. Las tres amigas se miraron, y ella prosiguió—: Tú estás liada con la boda. Tú con tus románticos fines de semana con Alberto y tú con Carolina y su futuro bebé. Y yo... yo...

—Y tú con el dios coreano, ¿o acaso miento? —matizó Nuria.

Alma asintió cuando a Romina se le encendió la bombilla y, jugándosela, miró a Alma.

—¿Sigues dándole vueltas a lo que dijeron esas chicas? —probó por ahí.

Alma dio un respingo. Aquel gesto fue tan evidente que las tres supieron que Romina había dado en el clavo.

—No me jorobes, Alma, que sigues pensando en esa gilipollez.

Ella cerró los ojos unos instantes.

—Lo sé —reconoció—. Sé que es una gilipollez. Pero... entre eso, lo preocupada que estoy por Natalia y lo que me dijo Elías, por primera vez me estoy cuestionando si lo que hago es lo correcto, y siento miedo.

—Pero, Alma, ¿qué dices? —murmuró Romina.

—¿Miedo a qué? —preguntó Estíbaliz.

Alma tomó aire. Hablar de aquello era difícil. Mucho.

—Miedo a estar haciendo las cosas mal —empezó a enumerar—. Miedo a equivocarme. Miedo a decepcionar. Miedo a no estar prestando toda mi ayuda a Natalia. Miedo a que Saem me deje por otra, si de pronto se desenamora al verse con una... una... vieja.

—Por favorrr. Pero ¿qué dices?

—Lo sé. Sé que digo tonterías. Pero hay una parte de mí a la que llamo la Alma positiva, que está feliz porque por primera vez en la vida se siente querida y amada por un maravilloso hombre, pero luego está la Alma negativa, que piensa que lo que hago no está bien, porque ese maravilloso hombre se merece a alguien mejor que yo.

—Pero, Alma...

—Lo sé. Lo sé. Lo que os cuento es una ida de olla de las mías. Pero...

—Te lo dije, Alma. Te dije que esto podría pasar.

—Ay, Estíbaliz, cierra ese buzón de correos que a veces tienes por boca —protestó Romina.

—Ehhh, tú. Te estás pasando.

—Tú sí que te estás pasando —siseó Romina.

Guardaron silencio unos segundos. Entonces Nuria, que había permanecido callada hasta ese momento, tomó la mano de su amiga.

—Todas en la vida tenemos dudas y miedo —dijo—. Dudas por hacer algo y miedo por si ese algo sale mal. Y si algo he aprendido es que si tengo miedo por algo significa que me importa, tanto para bien como para mal. En cuanto a Natalia, tranquila. La niña no tiene un pelo de tonta, y con lo que está viendo últimamente, te aseguro que se desenamorará de ese imbécil y lo mandará a tomar viento fresco. Por lo que respecta a Saem, te importa para bien. Ese pedazo de dios asiático llegó de forma inesperada, y soy la primera que entiende que te ha puesto la vida patas arriba. Pero también entiendo que desde que llegó no ha parado de darte cariño, ternura, momentos increíbles, y, aunque Romina me mate, ¡folladas colosales!

—¡La madre que te parió, Nuriaaaa!

Alma sonrió como sonrieron sus amigas.

—Tú siempre has estado a nuestro lado cuando te hemos necesitado —continuó Nuria—. Y ahora nosotras queremos estar al tuyo. Somos las lobas. Y nosotras lloramos y reímos juntas. Como manada y unidas somos más fuertes para buscar soluciones y salir adelante. Lo que no se le ocurre a una se le ocurre a otra, y menuda charla te estoy dando para decirte que, si el camino se te hace pesado y cuesta arriba, aquí nos tienes a las tres para empujarte. Y que, por favor, no dejes de brillar, porque cuando tú nos alumbras, todas nosotras vemos mejor.

Emocionada por aquellas palabras, Alma asintió. Eso era lo que necesitaba. Necesitaba el apoyo de sus amigas. Hablar con ellas.

Desahogarse. De pronto, sonó el teléfono de Nuria. Era Mario. Se levantó y se alejó un poco para hablar con él. En ese instante, Romina aprovechó para enseñar una fotografía de la ecografía de Carolina, y Estíbaliz y Alma, emocionadas, la miraron. ¿Podía haber algo más bonito?

Tras una cena en la que se bebieron tres botellas de vino que les levantó el ánimo y subió el decibelio de sus risas, se marcharon al DeLokos.

Mario las vio y de inmediato se acercó a ellas.

—Qué alegría ver que han llegado las reinas del lugar —las piropeó.

Nuria sonrió.

—Me gusta ver que reconoces que le damos caché a tu local —le dijo, tras darle un beso.

—Como para no reconocértelo a ti —se mofó él, divertido. Las chicas sonrieron, y él preguntó—: ¿Qué quieren mis reinas?

Con diligencia, Mario sirvió tras la barra lo que ellas le pidieron, y, al acabar, tras darle un beso a Nuria, se marchó con uno de los camareros al almacén. Necesitaban más bebidas.

Sobre las doce de la noche llegó Saem después de cerrar el restaurante. Al entrar y cruzarse con varios de los camareros, los saludó, y al ver a Alma sentada se acercó por detrás.

—¿Cómo está mi preciosa novia? —le preguntó al oído.

Alma sonrió al oír su voz y sentir su cariño, y girándose, lo miró y le dio un dulce beso.

—Muchichirriiiiiritísimo mejor ahora que tú estás aquí —afirmó.

Saem se sorprendió. Últimamente Alma estaba más callada de lo normal.

—Sí. Ha bebido un poquito de más —explicó Nuria.

Divertido, él se fijó en el curioso color violeta de los ojos de Alma, que la hacían parecer un hada, y tras saludar al resto de las lobas, al ver a su tío al fondo del local, miró a Alma y dijo:

—Ahora vuelvo, cielo.

Tío y sobrino se saludaron y comenzaron a hablar. Alma vio cómo unas jóvenes se acercaban a Saem y Mario se alejaba. Por cómo le hablaban, intuyó que ya lo conocían y no le importó. Ella no era celosa. Pero a medida que fue pasando la noche, aquello comenzó a molestarle. Eran muchas las mujeres que se acercaban a él y le sonreían con coquetería. Y aunque Saem sabía perfectamente marcar las distancias, Alma no pudo evitar un gruñido.

—Creo que me va a salir una úlcera.

Todas la miraron. Entonces Alma señaló con disimulo a Saem hablando con aquellas mujeres.

—¿Cómo competir con ellas? —se desesperó.

—Tú no tienes que competir con nadie, ¿pero de qué hablas? —se sorprendió Romina.

Alma puso los ojos en blanco.

—No quiero ser la pájara de mal agüero, pero te lo dije, Alma. ¡Te lo dije! —se metió Estíbaliz, levantando la voz.

—Ya estamos —protestó Romina.

—Dije que este tipo de preguntas la podían atormentar. Y antes de que os tiréis a mi cuello, dejadme decir que, por lo que veo, Saem simplemente está siendo amable con ellas. No veo ni que las mire de una manera especial, ni que...

—Pero ellas a él sí —la interrumpió Alma cogiendo su bolso—. Fíjate en cómo lo mira y le sonríe la que va vestida de verde, con gesto de querer arrancarle la ropa.

—¡Qué descarada! —exclamó Romina.

Nuria, que hasta el momento había permanecido en silencio, sonrió. Y tras ver que Alma se había quitado las lentillas violetas que llevaba, dijo:

—Si miráis a vuestra izquierda veréis a Mario. ¿Lo veis, verdad? —Ellas asintieron, y Nuria continuó—: Está rodeado de jovencitas que se mueren por llamar su atención. ¿Por qué? Pues porque es un madurito potentón y es uno de los dueños del local. Y eso llama la atención. Pero sabes, Alma. Confío en él como él confía en mí y...

—Vosotros sois de la misma generación, pero Saem y yo no. —Las amigas suspiraron. Ella seguía con lo mismo—. Sé que lo que digo es una tontería, pero a veces oigo esa vocecita cabrona y negativa en mi interior que me advierte de que Saem en algún momento se fijará en alguien que concuerde más con su edad y me dejará.

—Alma... —murmuró Romina.

—Esa vocecita cabrona que te martiriza es el miedo y la inseguridad de la que hemos hablado durante la cena —matizó Nuria —. Alma, sé positiva. Tú eres una tía muy positiva, y piensa que mientras esas mujeres suspiran por Saem, él solo suspira por ti. ¿Por qué no piensas eso y dejas de imaginar que te va a reemplazar? Madre mía, Alma, si todas las personas que estamos en pareja pensáramos en eso, nadie sería feliz.

Alma asintió. Nuria tenía razón. Ella era una tía muy positiva. Y cuando comenzó a sonar la canción *Soltera* de Shakira, las cuatro amigas corrieron a la pista a bailar.

Desde la distancia, Saem al ver a Alma divertirse, sonrió. Le encantaba que no tuviera sentido del ridículo y que simplemente se permitiera ser ella.

Mario, por su parte, acercándose hasta donde las chicas bailaban, sonrió a Nuria. Esta era expresiva, descarada, loca, y cantándole la canción estaba, cuando lo invitó a acercarse, y él lo hizo. Entre risas,

bailoteó con las cuatro lobas y cuando iba a marcharse, Nuria le dio un azote en el trasero que le hizo reír. Adoraba a esa mujer.

A partir de ese instante y animadas, las cuatro amigas no pararon de bailar y de vacilar a todo el que se le acercaba. Estaba claro que las maduritas de buen ver ¡estaban en alza!

En varias ocasiones, tanto Mario como Saem se acercaron hasta ellas. No eran celosos. Todos se daban su espacio. Pero les gustaba que les quedaran claras ciertas cosas a otros tipos. Allí todo el mundo lo podía pasar bien, pero sin pasarse.

Capítulo 66

A las cinco de la mañana, cuando cerraron el local, Saem y Alma iban en el coche de él hacia su casa.

—¿Lo has pasado bien, cariño? —preguntó ella, que iba bastante contenta.

—Sí.

El resto del camino y animado por ella, los dos fueron cantando ciertas canciones de Shakira que a Alma le hacían venirse arriba y a Saem reír a carcajadas.

Al llegar a la entrada del garaje de Saem, este detuvo el vehículo. Le dio al mando a distancia para que la puerta se abriera.

—Seguro que Haneul nos oye al llegar —susurró Alma.

—Seguro. Tiene el oído muy fino —afirmó Saem, sonriendo.

—Te he dicho que eres mi dios asiático preferido.

—Sí. Y me encanta saberlo.

—Para otra fuiste su *bomboncito asiático*.

—Y tú, para otro, su «caramelito» —afirmó, clavando su mirada en aquellos preciosos ojos verdes.

Ambos rieron. Estaba claro que tenían pasado.

—Ahora eres mío —afirmó ella, humedeciéndose los labios.

—Totalmente.

Saem sonrió. Ni él ni Alma eran personas celosas. Pero aquello que había dicho le gustaba y excitaba. Cuando entró en el garaje y aparcó su vehículo en la plaza correspondiente, Alma abrió la puerta

y se bajó. Acto seguido, abrió la puerta de atrás y metiéndose de nuevo en el coche, se sentó.

—Cielo, ¿qué haces? —preguntó Saem.

—Cuéntame, ¿alguna vez este garaje ha sido tu cuarto secreto de diversión?

—No —contestó Saem, que captó a qué se refería.

—¿Y en tu coche?

—En este coche, no. En otros sí.

—¿En serio?

—Totalmente en serio.

Alma sonrió. Le gustaba saberlo. Y soltándose el cabello, que llevaba recogido en un divertido e informal moño, murmuró:

—¿Y qué tal si inauguramos coche y de paso garaje?

Saem, sin dudarlo, asintió. El sexo con Alma era excepcional en cualquier sitio, por lo que abrió la puerta trasera y se metió atrás con ella. Rápidamente esta se sentó encima de él.

—Odio que te miren con deseo, pero también me pone —susurró —. Sinceramente, no me entiendo ni yo.

Saem la besó. Metió la mano bajo el vestido largo que ella llevaba, y se percató de algo.

—¿No llevas bragas? —preguntó.

Sonriendo, esta negó con la cabeza.

—Ni sujetador —apostilló. Divertido, Saem levantó las cejas y ella cuchicheó—: Me los quite antes de salir del DeLokos. Quería sorprenderte.

—Vaya... —murmuró Saem, encantado.

Un beso. Dos.

—Cariño, quiero follar —susurró Alma al tercer beso.

—Pues, cielo, follemos.

Sus ropas volaron por el coche. Adiós, camisa. Adiós, vestido. Adiós, pantalón. Adiós, calzoncillo.

Con los cristales empañados, totalmente desnudos y solo iluminados por la tenue luz del interior del vehículo, se dejaron caer al pozo de los deseos más salvajes.

Ansiosos y deseosos y conscientes de la diferencia entre follar y hacer el amor, sus manos, que inicialmente se tocaban con suavidad, se volvieron rudas y enérgicas. Y sus bocas, que inicialmente se besaban con cariñito, ahora mordían con morbo y deseo.

Saem, muy excitado, la tumbó sobre el asiento del vehículo y disfrutó de la vista que le ofrecía aquel precioso cuerpo maduro.

—*Saranghaeyo* —susurró, acercándose a su boca.

Escuchar aquel «te quiero» a Alma la volvió loca y más cuando sintió cómo la caliente boca bajaba lentamente por su cuerpo hasta llegar al destino deseado por los dos. Morbo. Deseo. Calentura. Entrega Todo aquello unido provocó que Alma gritara de placer y Saem temblara de excitación.

Acalorados a más no poder por la situación, y Saem sintiéndose como un fórmula uno que está en la parrilla con el motor en marcha dispuesto a todo, se incorporó y colocándose estratégicamente sobre ella, de una placentera estocada la penetró. Alma jadeó. Saem tembló. El placer que se daban el uno al otro con sus jadeos, roces o miradas era tremendo, y ambos enredaron sus dedos en sus cabellos y se besaron.

Sus cuerpos se encontraban con fuerza una y otra vez, mientras se comían la boca como auténticos salvajes. Los bruscos movimientos de ambos hacían que el coche se moviera con descaro. Aunque, por suerte para ellos, nadie lo vio. Era de madrugada y nadie andaba por el garaje. Y cuando el orgasmo les llegó, aquel día y en aquel lugar, dejándose llevar, gritaron de una manera especial.

Saem, agotado por el esfuerzo y el calor, cayó sobre Alma.

—*Saranghaeyo* —susurró ella, apretándole con los brazos y las piernas contra su cuerpo.

Minutos después, cuando la respiración de los dos se normalizó, Saem murmuró:

—Has sido mi primera vez en el coche y en el garaje.

—Me gustaaaaa ser tu primera vez —canturreó Alma, contenta.

Divertido por ver esa sonrisa, Saem, miró aquellos ojos verdes que adoraba.

—Cielo, quedan inaugurados el coche y el garaje —dijo con tono solemne, y con picardía preguntó—: ¿Alguna vez has tenido sexo en un barco?

Divertida, Alma negó con la cabeza.

—Ni en un barco, ni en una tienda de campaña, ni sobre una mesa de billar, ni en una cueva, ni bajo la lluvia... —enumeró ella con la misma picardía.

—Madre mía, cielo. La de inauguraciones pendientes que tenemos.

—No sabes cuánto me gusta saberlo... —canturreó ella.

Divertidos por aquello y tras un nuevo beso, decidieron vestirse y subieron a casa, en donde entraron con cuidado. Haneul dormía o, como susurró Saem, se hacía la dormida.

Capítulo 67

A principios de diciembre llovía a mares en Madrid. Solo quedaba una semana para la boda de Nuria y Mario y todos estaban más nerviosos que los novios, quienes parecían tranquilos y relajados, aunque, como se suele decir, la procesión iba por dentro.

El sábado, Nuria y Alma, para hablar de la inminente boda, organizaron una cena con Saem y Mario. Eso significaba no ir a trabajar ni al DeLokos y a Mesa Trece, algo que ambos hicieron con gusto. Tenían que hablar de la boda como novios y padrinos.

Estaban vigilando el horno mientras fumaban, y escuchando la canción de *La bicicleta*, de Shakira, cuando Nuria preguntó:

—¿Te imaginas que el sábado mi unicornio se da a la fuga?

—Anda ya, ¡no digas tonterías!

—Pero ¿te imaginas que lo hiciera? —Alma negó con la cabeza cuando Nuria insistió—: ¿Te imaginas que me deja plantada con mi precioso vestido «Escarcha» en el ayuntamiento?

Alma sonrió. Si algo tenía claro era que eso nunca ocurriría.

—Si se le ocurre no presentarse, te aseguro que le faltará mundo a ese unicornio vasco para esconderse —amenazó ella.

De pronto, oyeron ladrar a Sugar y una voz.

—¡Mamá!

Sorprendidas, salieron de la cocina y se quedaron pasmadas al encontrarse con Natalia, totalmente empapada.

—Pero, corazón, ¿no llevas paraguas?

Natalia no se movió. Solo la miró.

—¿Qué ocurre, Natalia? —preguntó Alma, alertada.

La joven, muy enfadada, fue hasta el salón. Allí soltó su bolso y, retirándose el pelo empapado del rostro, siseó:

—Pasa lo que tenía que pasar. Elías es un gilipollas machirulo misógino de mierda y he roto con él mandándole a tomar viento fresco.

Alma y Nuria se miraron.

—Te lo dije. La niña de tonta no tiene un pelo —sentenció Nuria.

—Es que lo odio... lo odio... lo odio.

—Lo primero, tranquilízate —le sugirió Alma, al ver la furia en el rostro de su hija—. Lo segundo, ve al armario, coge algo de ropa y cámbiate. Estás empapada.

Natalia asintió. Empapada como estaba, por haber caminado bajo la lluvia, encima podría pillar un constipado.

—Voy a cambiarme.

—Tiraría confeti por la noticia, pero me contengo para no ofenderla —soltó Nuria por lo bajini, cuando se quedaron solas.

—Me acabas de quitar las palabras de la boca. ¡Estoy tannnn feliz!

Ambas sonrieron con precaución y regresaron a la cocina.

—¿Qué ha podido pasar? —preguntó Nuria.

Alma, sacando unas cervezas del frigorífico, le entregó una a Nuria.

—No lo sé. Pero sea lo que sea a Natalia le ha sobrepasado. —Nuria asintió. La conocía. Y tras dar un trago a su cerveza fue a hablar cuando Alma añadió—: Sé que no es bonito ni de buena madre alegrarme por lo que me estoy alegrando. Pero, uf... qué alivio saber que Natalia se ha desenamorado de ese espécimen.

Durante unos segundos no dijeron nada más. Natalia entró en la cocina, y tras quitarle la cerveza a su madre, le dio un trago.

—Estoy tan enfadada, ofendida y cabreada que yo... yo... —empezó.

Alma rápidamente se acercó a su hija y la abrazó.

—Tranquila, corazón, tranquila.

—¿Por qué estás tan empapada? —quiso saber Nuria.

—Porque he estado caminando bajo la lluvia para aclarar mis ideas y saber que mi decisión es la acertada. —En silencio asintieron. La entendieron, y ella continuó—: Definitivamente he roto con ese... ese... Pero ¿cómo me pude creer que él era un unicornio? ¿Cómo pude pensar que un hombre así podía ser el hombre de mi vida?

Las tres se dirigieron al salón y se sentaron en el sofá. Natalia dejó en la mesita las llaves de su coche y viendo la bonita mesa emperifollada hasta con copas de champán, preguntó:

—¿Esperáis a Saem y Mario o a Romina y Estíbaliz?

—Saem y Mario —respondió Alma.

—Joder, y encima os jorobo la cena.

—Tú no jorobas nada, corazón.

—Pienso como tu madre —afirmó Nuria—. No digas tonterías.

Natalia asintió y dio otro trago a la cerveza.

—Cuando conocí a Elías, era un hombre increíble —admitió—. Tan increíble que pensé que podía ser mi unicornio y por eso, mamá, no solo te lo presenté a ti, sino a papá y a todo mi mundo. Pero Elías ha resultado ser todo lo contrario a un unicornio. —Alma suspiró. Nuria asintió y Natalia prosiguió—: Si dije que sí a su propuesta de matrimonio fue por no dejarlo mal delante de sus amigos. Porque, aunque lo quería y me tenía loquita, esa locura no era tanta como para hipotecarme con él el resto de mi vida. Pero, a partir de ese momento, todo comenzó a cambiar. Ya no le gustaban ni mis amigos, ni mis aficiones, ni la casa donde vivía, e incluso se atrevió a cuestionar mi modo de ver el sexo, cuando, hasta el momento, era

algo que había disfrutado y que no contaré por motivos que no vienen a cuento.

—Pues ahora me dejas con la curiosidad y ganas de detalles —se mofó Nuria.

—Y ya, cuando supo lo vuestro —prosiguió Natalia—, todo estalló por los aires, porque yo no estaba dispuesta a escuchar las cosas terribles que decía de ti. Joder, que eres mi madre. La persona que me ha cuidado y más me quiere en el mundo, y a él, como dice la abuela Emilia, ¡lo encontré en la calle!

—Y tanto...

—Y anoche, todo saltó por los aires.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó Nuria.

—Estaba tomando algo con mis amigos y recibí una llamada suya. Me reprochaba estar en el Lulas y me exigía que le dijera con quién estaba. Como no tenía nada que esconder porque no estaba haciendo nada malo, le dije que con mis amigos, Óscar, Javi, Blas, Vane, Vivi... y me exigió que inmediatamente fuera a su casa. Por lo que le corté la llamada muy cabreada. Pero ¿quién era él para hablarme así y para regañarme por estar tomando algo con mis amigos? Y de pronto me di cuenta de algo. ¿Cómo sabía él que yo estaba en el Lulas? —Eso hizo que Nuria y Alma levantaran las cejas y Natalia, tirando su móvil sobre la mesa, preguntó—: ¿Os podéis creer que me había puesto un localizador espía?

—¡¿Qué?! —exclamaron Alma y Nuria.

Natalia hizo un gesto afirmativo.

—Mi amigo Javi, que es un entendido en informática, lo localizó rápidamente en mi teléfono. Al parecer, Elías me había instalado un *software* espía desde el que podía saber mi ubicación, leer mis mensajes, ver fotos, escuchar llamadas.

—Pero qué pedazo de cabrón —murmuró Alma.

—Cabrón es poco —susurró Nuria.

—Total. Que Javi me lo desinstaló y, cabreada como una mona, me fui para La Moraleja donde tuvimos una bronca monumental.

—¿Fuiste sola? ¿Por qué no me llamaste? —la reprendió Alma.

—Tranquila, mamá, Óscar y Javi se empeñaron en acompañarme, pero no se lo permití. Quise ir sola. A mí ese fósil no me da miedo. Y cuando llegué discutimos por el puto *software* espía que me había puesto sin mi permiso en mi teléfono móvil, por sus continuas quejas relativas a nuestra relación, y, como no podía ser menos, por lo que hay entre Saem y tú. Te juro, mamá, que solté por mi boca todo lo que se me ocurrió, tanto como él soltó por la suya, hasta tal punto ¡que lo agoté! Le fundí los plomos y se fue a la cama, dejándome con la palabra en la boca.

—Será mierda el tío —siseó Nuria.

—Pero yo no me marché. Me quedé allí.

—¡Natalia! ¿Por qué hiciste eso? —protestó Alma.

—Porque yo tenía que decirle algunas cosas más. Por lo que me quedé en el sillón del salón a dormir y cuando esta mañana se ha despertado, ¡ahí estaba yo!, para decir lo que me faltó por decir. Teníais que haber visto su cara de sorpresa al verme.

—Pero, corazón, ¿cómo no me llamaste?

—Mamá, pues porque soy como tú. Resuelvo mis conflictos sola.

Alma asintió. No podía reprocharle algo que ella hacía.

—Lobezna, puedes resolver los conflictos sola —dijo Nuria—, pero nunca está de más que...

—Tía, lo sé —le cortó—. Sé lo que me vas a decir. Pero este tema lo quería zanjar yo sola con Elías, como he hecho con todos mis ex. —Nuria no tuvo más remedio que asentir, y Natalia continuó con su relato—: El caso es que cuando se levantó, le tiré el anillo a la cara y le repetí que lo nuestro se había acabado. Que me había cansado de

todas sus tonterías y que yo me merecía a alguien mejor que él en mi vida. —Y al ver las llaves sobre la mesa, añadió—: Por cierto, el coche que me regaló por mi cumpleaños, como está totalmente pagado y a mi nombre, me lo quedo. ¡Que se joda! Y si tiene narices que intente quitármelo.

Alma y Nuria sonrieron.

—¿Y qué le tenías que decir que no le dijiste la noche anterior? —quiso saber Alma.

—Eso digo yo —inquirió Nuria.

Natalia tomó aire.

—Mamá, ¿recuerdas cuando te dije que una mujer pelirroja un día me paró en el baño de un restaurante y me preguntó si era la novia de Elías?

—Sí.

—Esa mujer, Almudena, volvió a contactar conmigo a través de la revista donde trabajo. Hablé con ella y resultó ser la hermana de Verónica, la anterior novia de Elías.

—¿Y para qué contactó contigo? —preguntó Nuria.

—Para advertirme de que Elías es un misógino sinvergüenza y que su hermana, por su culpa, cuando él la echó de su casa siendo una mujer totalmente anulada, intentó quitarse la vida.

—Oh, Dios mío, qué horror —murmuró Alma.

—Almudena —prosiguió Natalia— llamó a Elías. Le contó lo que había pasado y este, sin pensar en los años que habían estado juntos, ni en por qué Verónica había hecho aquello, le dijo que no quería saber nada del tema, que su hermana estaba loca, y le colgó el teléfono.

—¡¿Qué? —se sobrecogieron ellas.

—Lo que oís. El único que se preocupó y preocupa hoy en día por esa chica es Saem, que paga junto con Almudena la residencia

psiquiátrica donde Verónica se recupera.

—¿¡Saem!? —preguntó Alma.

Natalia asintió.

—Mamá, no me mates por lo que te voy a decir. Pero el primero en advertirme sobre Elías fue Saem el día que lo conocí —reveló.

—¿Qué? —exclamaron al unísono Nuria y Alma.

—Tras la comida que tuvimos los cuatro —relató Natalia—, antes de marcharse, Saem, me dijo al oído: «Se lista y aléjate de él», algo que solo yo pude oír. Días después, me presenté en su restaurante y le pregunté el porqué de sus palabras. Y entonces él me explicó lo mismo que os acabo de contar de Verónica. Me advirtió de cómo era su padre, pero... pero yo no lo quise creer.

Boquiabierta, Alma parpadeó.

—Saem nunca me ha comentado nada de eso —reconoció.

—No lo ha hecho porque ese día le hice prometer que bajo ningún concepto te hablaría de ello.

—Pero, Natalia...

—Mamá. Yo no sabía que había algo entre vosotros, pero sí sabía que, si te contaba algo, te meterías en mi relación, y yo... yo no quería. Incluso no creí a Saem. Pensé que exageraba para que no estuviera con su padre.

Molesta, Alma se levantó.

—Y sabiendo la clase de monstruo que es su padre, ¿no me dijo nada a mí? —se soliviantó.

—Mamá, te acabo de explicar el porqué.

—¡Me importa una mierda por qué! ¡Tú eres mi hija! Y...

—Mamá —la interrumpió—. ¿Cuántas veces me ha dicho Saem que deje a su padre y yo no le he hecho caso?

Alma maldijo. Su hija tenía razón. Se lo había dicho tantas veces que hasta la propia Alma tuvo que regañarle para hacerle entender

que cuanto más se empeñara él, menos caso le haría ella.

—Vale. Respira, que te estás poniendo azul —le recomendó Nuria —. Ya lo hablarás con Saem y os entenderéis.

—¿A ti Mario te dijo algo? —preguntó Alma.

Nuria negó con la cabeza. Pero conociendo la devoción que Saem y su futuro marido se tenían, no dudaba de que Mario lo supiera.

Nuria y Alma estaban sobrecogidas por aquella revelación.

—Ay, lobas —continuó la joven—. Lo que os tengo que contar ahora es mucho peor. ¡Os juro que cuando me enteré no me lo podía creer! Y cuando lo sepáis vosotras, ¡vais a alucinar!

—Dispara —soltó Nuria.

—Esta mañana, tras discutir con Elías me marché, pero cuando estaba llegando al coche me di cuenta de que me había dejado las llaves en el sofá del salón donde había dormido. Por lo que, como sé dónde está escondida la llave de emergencia, la cogí y volví a entrar.

—Natalia, por Diossss —se quejó Alma.

—A ver, mamá, me había dejado las llaves del coche, ¿qué querías que hiciera? —Ella no respondió y Natalia añadió—: Cuando entré, oí su voz. Hablaba por el manos libres con alguien desde su despacho y... ¡Joder, vais a flipar!

—¿Qué escuchaste? —preguntaron las dos al unísono.

—Hablaba con Daniel Pedroñeras, su abogado. Y Elías se reía por lo fácil que había sido para él conseguir que ningún banco os concediera el préstamo.

—¡¿Quéééé?! —gritaron las dos, levantándose.

Natalia también se levantó.

—Al parecer, utilizando su poder, ha hecho que ningún banco os conceda el préstamo, y...

—¡Pero qué hijo de la gran puta! —murmuró Nuria.

—¿Él ha hecho eso? —preguntó Alma, sorprendida.

—Sí, mamá. Él lo ha hecho. Y sus palabras literales fueron: «Si esa zorra se creía que se iba a salir con la suya, lo lleva claro. Si me jode con mi hijo, yo la jodo a ella».

Estupefacta, Alma se quedó sin palabras.

—Incluso se jactaba con Daniel de que Saem lo sabía —apostilló Natalia.

—¡¿Cómo?! —exclamó Nuria.

Alma, totalmente descolocada por aquello, parpadeó.

—¿Que Saem lo sabía? —repitió, clavando la mirada en su hija.

—Eso decía, mamá. Pero oí que se levantaba y tuve que salir por patas, por lo que no pude escuchar más.

Alma, con la tensión por las nubes, comenzó a caminar de un lado al otro del salón. Había sido Elías. Aquel sinvergüenza, de la forma más sibilina, había boicoteado su sueño. De repente, se detuvo y pensó en Saem.

—Por eso me dijo que él pediría el préstamo... —murmuró.

—¿De qué hablas?

—Saem, hace un tiempo, me comentó que se estaba planteando pedir un préstamo. Que pondría de aval su restaurante y pediría un préstamo para ayudarnos.

—¡Qué fuerte, mamá!

Nuria, pasmada, parpadeó.

—Sinceramente, no sé si cabrearme o llamarlo loco —repuso, conmovida.

—Y tan loco —afirmó Natalia, pensando en los problemas que en ocasiones ocasionaba el maldito dinero.

—No me puedo creer que Saem lo supiera y no me dijera nada —insistió Alma.

—Mamá, Elías puede haber mentido. De él ya no me creo nada.

A Alma estaba a punto de explotarle la cabeza. Saber, imaginar o creer que Saem le había ocultado lo de la tal Verónica y lo del préstamo, le escocía. ¿Por qué no se lo había dicho? Estaba tratando de tranquilizarse tomando aire cuando sonó el timbre.

—Tan puntual como mi cabreo —masculló, mirando el reloj.

Y se dirigió a abrir la puerta de muy malos modos.

Capítulo 68

Mario y Saem, con su habitual buen humor, sonreían al otro lado de la puerta. Traían dos botellitas de vino rico. Cuando la puerta se abrió, y Mario vio a Alma tan seria, soltó:

—Uyyy, esa cara promete tormenta eléctrica con rayos incluidos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Saem, alertándose.

Alma no contestó. Se limitó a apretar los dientes y a cerrar la puerta de un portazo. Ellos, perplejos, la siguieron. En el salón esperaba Nuria con cara de pocos amigos.

—¿Qué me he perdido? Porque ese gesto tuyo es demoledor —dijo Mario.

Cuando Alma iba a hablar, Natalia se adelantó:

—¡He roto con Elías! —anunció.

—No sabes cuánto me alegra saberlo —confesó Saem entre sonrisas.

Natalia le sonrió.

—Esto se merece una fiesta, no vuestra cara de funeral. ¿Qué os pasa? —quiso saber Mario, tan feliz como su sobrino por la noticia.

—Cielo, ¿qué te pasa? —le preguntó Saem a Alma, que guardaba un obstinado silencio.

Esta vez Alma sí se puso delante de él y lo miró fijamente.

—Dímelo tú. ¿Tienes algo que contarme? —dijo entre dientes. Sin entender a qué se refería, Saem miró a su tío, que se encogió de hombros. Alma insistió—: Vamos, ¡piensa!

Su gesto. Su voz. Su mirada. Todo en ella era colérico.

—No sé a qué te refieres. Pero... —dudó él.

—Me refiero a Verónica... —Saem hizo un gesto de asentimiento, y Alma impidió que hablara y le espetó—: La que estaba con tu jodido padre era mi hija, ¿no crees que me merecía saber qué ocurría?

Saem movió la cabeza. En parte, ella tenía razón.

—Lo sé, cielo —admitió, tras cruzar una mirada con Natalia—. Y sabía que el día que te enteraras te molestarías conmigo, pero...

—Pero nada, Saem, pero nada —lo cortó ella.

El ambiente estaba caldeado.

—Mamá, te acabo de decir que le hice prometer que no te lo diría —intervino Natalia—. Y Saem es un hombre de palabra.

Mario asintió.

—Imagino que lo sabías —quiso saber Nuria.

—Sí.

Nuria no dijo más. Ya lo hablaría con él.

El silencio volvió a instalarse entre ellos. Saem dio un paso hacia Alma y ella se echó hacia atrás.

—¿También le prometiste a tu padre no decirme que, gracias a sus jodidos tejemanejes ocultos, él era el causante de que no nos concedieran el préstamo? —espetó con rabia.

—Ahí va la hostia —murmuró Mario.

—Claro que no, Alma. Pero ¿qué dices? —murmuró Saem, descolocado, porque no esperaba oír aquello.

—Y si es «claro que no», ¿por qué no me lo contaste? —gritó Alma, enfadada y con la respiración acelerada—. ¿Por qué no me dijiste la verdad sobre lo que estaba ocurriendo, cuando sabías que era un tema profesional importante para mí? Para nosotras. ¡Sabías que era mi sueño ampliar el local! ¿De verdad pensaste que nunca me iba a enterar? En serio, eres un jodido mentiroso como tu padre y creías que...

—Yo no soy Elías —la cortó con voz tajante.

Aquella voz, y en especial su expresión la hicieron callar.

—Alma, entiendo tu cabreo. Cuando Saem me lo contó... —soltó Mario, incapaz de contenerse.

—¿Que Saem te lo contó? —levantó la voz Nuria—. ¿Tú también lo sabías?

Mario asintió.

—Sí. Nuria. Yo también lo sabía —admitió—. Y no te lo dije porque no podía. Se lo prometí a Saem y, como él, yo también soy un hombre de palabra. Y ya que estamos desvelando verdades, te diré que el moratón de la barbilla no me lo hice con la mesilla. Me lo hice porque, cuando Saem me contó lo que Elías había hecho y exigía, fui a por él. Y aunque él se llevó más candela que yo, sí que consiguió darme un derechazo.

—No me lo puedo creer —murmuró Nuria.

—¿Fuiste tú el que le partió el labio? —preguntó Natalia.

Mario asintió.

—Y espero que las costillas y el culo le dolieran durante un tiempo —afirmó.

Sin saber qué decir, las mujeres se miraron.

—He sido yo quien les ha contado tanto lo de Verónica como lo del préstamo —confesó Natalia.

Y sin poder callar, les relató todo lo que anteriormente les había contado a su madre y a su tía, mientras Saem observaba a Alma, que lo miraba con desconfianza sin acercarse a él.

—¿Que te puso un localizador espía? —se sorprendió Saem.

—Sí.

Mario y Saem se miraron.

—Qué cabrón es —murmuró Mario.

Todos se miraron en silencio. A Alma le costaba respirar

—¿Cómo has podido ocultarme algo así? —preguntó.

Saem tomó aire, entendía su enfado.

—No lo sé, cielo. Solo sé que no podía... —señaló.

—¿Que no podías qué? —lo cortó—. ¿Qué no podías decirme lo cabrón que es tu padre?

—No, cielo... Para nada es eso.

Nuria, molesta, fue hasta la cocina. Allí abrió la nevera. Sacó una Coca-Cola y cuando se dio la vuelta, Mario estaba tras ella.

—Entiendo que tú y tu sobrino estéis avergonzados porque ese cabrón sea de vuestra familia —siseó—. Pero lo que no entiendo es por qué no fuisteis sinceros con nosotras. ¿Tan complicado era decirnos que ese sinvergüenza había movido sus hilos para que nos negaran el préstamo?

Mario, quitándole la lata de Coca-Cola de la mano, la abrió y tras dar un trago iba a replicar cuando oyó a Alma gritar.

—¿Cómo has podido mirarme todo este tiempo a la cara y no decirme nada? ¡¿Cómo?!

—Mamá..., tranquilízate.

Ignorando a Natalia, Alma, sin apartar su mirada acusadora de Saem, insistía:

—¿Te hacía gracia saberlo y no decirme nada? ¿Disfrutabas con ello?

Incrédulo, Saem la miró. Aunque sabía que Alma era una mujer de carácter, ¿cómo podía preguntarle aquello?

—Alma, por favor, tranquilízate —murmuró, intentando no perder los nervios.

—¿Que me tranquilice? —Y caminando hacia el sillón, cogió el tabaco y el mechero, se encendió un cigarro y tras dar una calada, con ironía no solo en su mirada, sino también en su voz, preguntó—:

¿Te estoy montando un numerito? —La dura mirada de Saem la atravesó. Ella gritó—: ¡Responde!

—A mí no me hables así.

—Te hablo como me da la gana —replicó Alma.

—Eres muy injusta —se quejó Saem.

—¿Injusta yo? —gritó ella fuera de sí, acercándose a él—. Perdona, guapo, pero aquí el que ocultaba cosas tremendamente importantes eras tú. Tú...

—¡Que no me grites! —gritó Saem, alejándose de ella.

Cuando oyó aquel grito tan impropio de él, Alma se calló. Era la primera vez que lo oía levantar la voz de aquella manera y mirarla con aquel gesto tan distante. Sin lugar a duda, Saem estaba muy cabreado.

—¿Frialdad coreana? —preguntó ella, con una sonrisa glacial.

—No, Alma —protestó Mario, al ver el gesto de su sobrino—. Por ahí no vayas.

Aquella frase le repateó. Alma sabía que la odiaba porque Elías se la solía decir.

—Te acabas de pasar, Alma. Y lo sabes.

Alma, con chulería, asintió.

—Oye. Creo que... —Nuria quiso intervenir, acercándose a su amiga.

—Vamos, Saem Basagoitia —lo retó Alma—. Ten narices y cuéntame qué excusa barata te vas a inventar para hacerme entender por qué, sabiendo lo del préstamo, no me lo contabas.

A Saem el gesto se le endureció más. Detestaba que hubiera dicho su nombre y su apellido de aquella manera tanto como su mirada llena de indiferencia. Su tío Mario se acercó a él y le puso una mano en el hombro.

—Si quiere saber, dile la verdad —le recomendó—. Cuéntale eso que no te deja dormir y que le ocultas por inseguridad.

—Vaya... ¡Al parecer hay más! —se burló Alma—. Venga, Saem, ¿no dices que eres tan sincero? Vamos. Cuéntamelo. Estoy deseando saber qué es eso que te quita el sueño.

Aquel tono amenazante con el que le hablaba mantenía a Saem en su mutismo. Mario, ofuscado por el sufrimiento que últimamente soportaba su sobrino, insistió.

—O se lo dices tú o se lo digo yo.

—¿Pero esto de qué va? —preguntó Nuria, descolocada.

—Pues irá de alguna cagadita más que el *bomboncito asiático* ha hecho —replicó Alma, a quien el corazón se le iba a salir por la boca — y no me ha contado. ¿Será que seguía viéndose con Elvira? ¿O será que toda la palabrería romántica que usaba conmigo simplemente ya se le ha acabado?

—Mamá, por favorrrrrr.

Nuria, boquiabierta, miró a Saem.

—No me jodas que la cosa va por ahí —se sorprendió.

—Escuchadme las dos —cortó Mario, cada vez más molesto—. ¡Queréis dejar de decir tonterías! Me parece bien que Natalia os haya contado lo que descubrió, pero ahora vais a escuchar lo que ella no pudo oír y que a Saem le ha estado carcomiendo y por lo que se siente culpable de su decisión.

—¿Qué decisión? ¡Sorpréndeme! —gruñó Alma.

Nuria, al ver el gesto tan serio de Mario, se colocó junto a su amiga.

—Ahora no es buena idea, tío —le recomendó Saem, viendo el enfado de Alma.

—Sí. Sí es buena idea —insistió él—. Si ya saben la primera parte de la película, que sepan la segunda.

Se quedaron unos instantes en silencio, mirándose unos a otros. Saem entendió que su tío tenía razón. Retrasar aquello era una tontería, así que se decidió a hablar, mirando a Alma.

—Efectivamente, fue Elías el que ha causado que os denegaran el préstamo en todos los bancos, pero, cuando me enteré, ya estaba hecho. Él, por su posición laboral y profesional, puede hacer cosas que ni tú, ni yo, ni nadie puede evitar. Y lo hice mal. Muy mal, por no habértelo contado. Pero quiero que sepas que si no te lo dije —miró a Alma directamente a los ojos— fue porque el día que me enteré me dio un ultimátum. Y ese ultimátum era que, para concederos el préstamo, yo tenía que acabar con nuestra relación.

—¡¿Qué?! —exclamó Alma.

—¿Cómo? —preguntó Natalia, boquiabierta.

—Sí, Alma. Lo que oyes. La condición era que te dejara —reafirmó Mario, metiéndose en la conversación—. Pero no le valía simplemente con eso, no. ¡Ese cabrón! Además, quería que Saem le firmara unos documentos en el los que se comprometía a vender su casa, sus negocios y todo lo que tuviera en Madrid, y le obligaba a marcharse a vivir a Seúl.

Conmocionada al saber aquello, Alma apenas podía respirar y mucho menos pensar. Su cabeza era un batiburrillo de información.

—Si firmaba los documentos y rompía contigo —añadió Saem, que en ningún momento había apartado su mirada de ella—, en veinticuatro horas el préstamo os sería concedido.

—¿Cómo? —Nuria no daba crédito.

Mario, ante el gesto de sorpresa de las tres mujeres, asintió.

—Sé que debía haberlo hablado contigo —reconoció Saem—, pero me entró la inseguridad y...

—¿Desde cuándo sabes eso? —consiguió preguntar Alma.

—Cuando nos fuimos a Fuerteventura ya lo sabía.

Ahora entendía qué era aquella rara sensación que ella notaba en Saem y que él negaba. Por fin conocía la verdad, aunque era una verdad que nunca imaginó.

—Ese cabrón le pidió eso a mi sobrino porque intuía que, una vez que rompierais, tú nunca le seguirías a Seúl. Primero, porque tu orgullo de mujer abandonada no te lo permitiría, y, por supuesto, porque no te marcharías lejos de tu hija y de tu negocio, que están en Madrid.

—Será cabronazo —murmuró Natalia muy enfadada.

A Alma le invadió un calor sofocante, y desde luego no era la menopausia. Que Elías hubiera urdido todo aquello, sin que ella hubiera imaginado nada, hacía que se la llevaran los demonios. Saem, necesitado de su contacto, avanzó hacia ella, que dio un paso atrás.

—No. Ni se te ocurra —soltó, con sequedad.

Saem se paró. Verla con aquel gesto serio y distante le hacía saber que lo descubierto le había embotado la cabeza. Él se pasó la mano por la cabeza con preocupación.

—Ahora que lo sabes, Alma, ¿puedes hacerte una idea de lo mal que lo ha pasado Saem? —intervino Mario, intentando echarle una mano a su sobrino—. ¿Eres consciente de sus dudas sobre si contarte la verdad, y con ello poder perderte, por si tú elegías el préstamo antes que a él?

Alma lo escuchaba horrorizada mientras su cabeza, con tanta información, y nada buena, le estaba a punto de explotar.

—Pero ¿cómo no me pude dar cuenta de nada? —se recriminó Natalia.

—Porque Elías es sibilino y sabe cómo hacer las cosas —respondió Saem.

Natalia, incrédula por cómo la había engañado, asintió.

—Si se cree ese sinvergüenza que se va a ir de rositas, lo lleva claro —afirmó, rotunda—. Si pensaba que yo era tonta, se va a enterar de cómo es esta tonta.

—Natalia, olvídate de ese sinvergüenza —apostilló Nuria.

—Estoy con Nuria. Hazle caso —insistió Saem.

Ella no dijo nada, y Alma, acercándose a ella, la cogió del brazo.

—Ni te acerques a él, ¿me has entendido? —le pidió.

Natalia hizo un gesto afirmativo para que su madre se tranquilizara y la abrazó.

La frialdad y el desasosiego se habían adueñado de aquel bonito salón. Nadie sonreía. Nadie hablaba. Todos se miraban con desconfianza. Nuria, al ver el desconcierto de Alma y su necesidad de tranquilidad, miró a Mario.

—Creo que es mejor que te lleves a Saem de aquí —le recomendó.

A Saem se le encogió el corazón. No quería irse. Deseaba hablar con Alma. Lo necesitaba. Mario se acercó a Nuria.

—Siento no haber hablado antes esto contigo, cariño —se disculpó, cogiéndole las manos—, pero Saem y yo siempre hemos confiado el uno en el otro, y si algo nos distingue es que ambos somos hombres de palabra.

Nuria asintió. Estaba molesta. Enfadada. Lo descubierto y lo ocurrido no era agradable para nadie. Pero también entendía a Saem y lo que Mario decía.

—Hablaremos mañana en casa —respondió, apretando sus manos.

—¿Seguro?

Viendo la duda en los bonitos ojos azules de él, le dio un rápido beso en los labios.

—Por supuesto. No lo dudes... tontito —susurró, con una media sonrisa.

Mario asintió y sonrió. Con lo que había hecho Nuria le valía.

Otra vez se instaló un silencio incómodo. Al ver que Alma ni lo miraba, Saem supo que tenía que marcharse. Era imposible hablar con ella en esas circunstancias. Pero antes de llegar a la puerta se detuvo y se giró.

—Alma. —Al oír su nombre ella miró, y él dijo—: Tuve miedo de que prefirieras cumplir tu sueño a mí. Fui egoísta, pensé solo en mí y callé, aun sabiendo que lo que hacía no estaba bien. Y por eso te pido perdón.

Y sin más, salió por la puerta, seguido de su tío.

—Mamá, ¿en serio le vas a dejar irse así? —susurró Natalia.

Alma se retorció las manos. Estaba confundida. Mucho.

—De momento, dejemos que tu madre se airee —sugirió Nuria.

Alma se encendió otro cigarrillo. Al hacerlo vio que las manos le temblaban, mientras su cabeza no paraba de darle vueltas y vueltas a todo lo ocurrido.

—Si yo hubiera estado en su tesitura, no sé qué hubiera hecho.

—Tenía que elegir entre vuestro amor y tu sueño, mamá.

—¿Os podéis callar un momento? —les pidió Alma.

—Pero, mamá...

—Natalia, por favor —insistió.

Nuria y Natalia se miraron y asintieron. La conocían y lo mejor era que la dejaran pensar.

Aunque llovía, Alma abrió la puerta de su amplia y bonita terraza y salió. Hacía frío. Diluviaba. Pero eso le dio igual. Necesitaba serenarse y pensar. El olor a tierra mojada que siempre le gustó inundó rápidamente su nariz y cada gota que sentía que caía sobre su rostro despejaba todos y cada uno de sus pensamientos. Lo

ocurrido aquella noche era desagradable. Horrible. Elías, una vez más, había demostrado lo mala persona que era no solo con su hija y con ellas, sino con su propio hijo. Con Saem. ¿Cómo podía hacerle aquello? ¿Cómo un padre podía rechazar y querer la infelicidad de un hijo?

Estaba pensando en ello cuando miró a su amiga y a su hija, que, desde el interior entre cuchicheos, la observaban. Allí estaban, acompañándola como siempre. Ellas eran su vida. Diva y Radiante era su negocio. Y Saem... su amor.

La tesitura en la que Elías había puesto a Saem no era justa. Él había tenido que decidir y elegir entre jugársela y el amor, y estaba claro que había ganado el amor que sentía por ella. Y aunque a Alma eso le gustó, también sintió cierto rechazo. ¿Acaso ella no se merecía poder elegir? ¿Quién era él para decidir por ella?

Pero, de pronto, como si el frío y el agua hubieran limpiado su mente, entendió el miedo, la inseguridad y la decisión de Saem. ¿Cómo no entenderlo si ella estaba plagada de miedos e inseguridad? Si el caos hubiera sido, al contrario, ¿cómo no elegir el amor, si Saem era su hogar? Y, dejando su cigarrillo empapado sobre el cenicero, entró rápidamente a la casa y corrió hacia la puerta.

—Mamá, ¿qué haces?

Pero Alma no contestó. Simplemente abrió la puerta y salió. Natalia y Nuria al ver aquello corrieron tras ella. Natalia pilló al vuelo a Sugar, que corría detrás de su madre, y Nuria, más cerebral, agarró las llaves.

Alma le dio al botón del ascensor, pero, al ver que este tardaba, decidió bajar corriendo los tres pisos.

—Mamá, ¡ten cuidado!

—¡Que te vas a matarrrr! —gritó Nuria al ver a su amiga saltar escalones.

Al llegar al portal, Alma corrió hacia la puerta. Tenía que encontrar a Saem antes de que se marchara. ¿Cómo había podido tratarlo así? Y entonces, al abrir la puerta, lo vio caminando bajo la lluvia junto a su tío, en dirección a la salida de la urbanización. Sin tiempo que perder y sin importarle pisar los charcos por no ir por la acera, salió disparada hacia ellos. Saem al oír un chapoteo, se volvió a mirar. Y al verla venir hacia él bajo la lluvia, se paró. La esperó. Ella se tiró a sus brazos, y él se limitó a abrazarla con todas sus fuerzas, sin pronunciar palabra.

—Lo siento. Lo siento, cariño. Lo siento —repetía Alma sin cesar.

Oír eso y tenerla entre sus brazos. Saem no necesitaba nada más. Y tras cruzar una mirada con su tío, que sonreía, por fin, una gran sonrisa se dibujó en su cara.

Capítulo 69

El lunes, tras un fin de semana movidito, Saem llevó a Alma a trabajar en su coche. Tras lo ocurrido el sábado, cuando se quedaron solos, hablaron largo y tendido. Saem soltó todo lo que desde hacía meses llevaba a sus espaldas y Alma lo escuchó. Lo que no sabía Saem era lo que Alma llevaba a sus espaldas y no soltó.

Al llegar a la calle donde estaba Diva y Radiante, Saem paró el vehículo para que Alma se bajara, e inevitablemente los dos miraron el local colindante vacío y que tenía un enorme cartel que ponía «Se vende». Se quedaron unos segundos en silencio con la vista clavada en él.

—Mil veces te elijo a ti. Eso nunca lo dudes —afirmó Alma con seguridad rompiendo el silencio.

Saem sonrió. Saber aquello le tranquilizaba. Había pasado meses muerto de angustia por culpa de su egoísmo al decidir por sí solo sin consultar con Alma. Así que oír aquellas palabras era como un bálsamo para él.

—Y yo a ti, mi vida —aseguró, dándole un beso. Los dos sonrieron y él, con delicadeza, le tocó el cabello y le dijo—: Esta tarde vendré a buscarte.

—¿No trabajas hoy?

—Esta semana he decidido tomármela libre.

—¿Y eso?

—Porque soy el jefe, quiero estar contigo y Mario me necesita. Lo conozco y está nervioso por la boda. Piensa que no todos los días

uno se casa con una bruja.

Divertida, Alma sonrió, y tras darle un beso se bajó del vehículo y entró en Diva y Radiante. Tenía que trabajar. Y al entrar en su despacho el corazón se le desbocó. Allí estaba su precioso ramo de rosas blancas. Dejando su bolso sobre la mesa, se acercó a él, y tras coger la notita que siempre traía, leyó: «Si me pides la luna, yo aprendo a volar. Aun así, hice mal y te vuelvo a pedir perdón. Te quiero. Saem».

Alma, enamorada, sonrió. Era imposible no hacerlo.

Durante la mañana atendió a varias futuras novias. Con cariño y paciencia, les enseñaba sus creaciones y disfrutaba de aquel momento tan mágico y bonito para ellas. La decisión del que posiblemente sería el vestido de sus vidas era algo importante y que merecía atención y cariño.

A la hora de comer, Nuria pasó a buscarla y hablaron de todo lo ocurrido durante el fin de semana. Acabada la comida, regresaron a Diva y Radiante, donde cada una en su despacho trabajó con diligencia escuchando de fondo música de Shakira. De repente, la puerta del despacho de Alma se abrió.

—Estarás contenta con lo que has provocado —oyó.

Al levantar la vista, se encontró con Carlos, su exmarido. Por su gesto y su manera de moverse, parecía muy enfadado. Se acercó a la mesa y apoyó sus manos en ella

—Natalia y Elías han roto —siseó. Sorprendida por esa seguridad, iba a hablar, pero él no le dejó—: Y todo por tu culpa. Por estar liada con el chino y...

—Eh —levantó la voz—. ¡Para! —Carlos se calló, y ella, levantándose de su silla, apagó la música que sonaba, y dijo—: No sé quién te has creído que eres, primero, para entrar como has

entrado en mi despacho y, segundo, para soltar por tu boquita lo que dices.

—Me creo el padre de Natalia. Y como su padre, vengo a decirte que le has jodido la vida, porque dudo que vuelva a encontrar a un hombre como Elías.

—Y no sabes cuánto me alegro.

Con una dura mirada Carlos resopló.

—Elías me llamó esta mañana y me dijo que Natalia y él habían roto por tu culpa —explicó.

—¿Que Elías te llamó?

—Sí.

—Vaya... qué buen rollito tenéis, ¿no? ¡Qué amiguitos! —soltó, sarcástica, y en cierto modo sorprendida.

Carlos maldijo. Tener a Elías como yerno era un punto importante para él. Elías movía muchos hilos en muchos lugares que sin duda a él le podrían beneficiar.

—¿Por qué Natalia no me lo dijo? ¿Por qué todo te lo dice a ti? —preguntó, levantando la voz.

—¿Quizá porque yo siempre he estado presente en su vida y tú no?

—No digas tonterías.

—No digo tonterías, Carlos. Simplemente digo la verdad, por mucho que te joda escucharla. Y que te quede claro que, si Natalia te llama los días que te llama, y te tiene en cuenta, no es porque tú te lo hayas ganado, sino porque yo me lo he trabajado para que ella siga recordando que tiene un padre, aunque este padre haya pasado bastante de ella.

—Eso no es verdad.

—Eso es verdad. ¿Se lo has preguntado a ella?

—Nunca le ha faltado un regalo el día de su cumpleaños, ni en Reyes —respondió él, molesto.

—¿De verdad crees que en la vida de tu hija solo importan esas cosas? —Carlos resopló y Alma continuó—: Cuando era pequeña, por supuesto que para ella era importante que tuviera esos regalos en su cumpleaños o Reyes. Pero, por si no te has dado cuenta, los niños crecen, y Natalia también lo hizo. Y entonces comenzó a valorar más a la persona que estaba con ella las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana y los trecientos sesenta y cinco días del año. Valoró que no me perdiera ni una sola función del colegio, fuera a hablar con sus tutores, supiera el nombre de su mejor amiga e incluso el de su enemiga, y cuando fue a la universidad, valoró no solo que me ocupara de que estudiara lo que quisiera, sino que estuviera a su lado en sus berrinches emocionales y en sus alegrías. ¿Tú puedes decir lo mismo?

—¡Tenía que trabajar!

—¿Y yo no? —preguntó Alma. Y al ver que no contestaba, indicó —: La diferencia entre tú y yo es que yo he sido, soy y seré una madre para mi hija toda la vida, porque ella no me pidió venir al mundo. Fui yo quien la trajo. Porque, sinceramente, tú, con tu comportamiento, le has demostrado que solo fuiste el que puso la semillita.

Incómodo con aquella conversación, maldijo. Aunque sabía que lo que aquella decía era la verdad, no estaba dispuesto a aceptarlo.

—Con Elías tenía un buen futuro —volvió al tema.

—No, Carlos.

—Nunca le hubiera faltado de nada.

—Te equivocas

—No me equivoco. Y, por cierto, ¿qué es eso de que Natalia es una mujer de parejas abiertas? —Sorprendida por aquello, Alma no

respondió y él insistió—: Me lo ha dicho Elías. Me ha dicho que ha intentado reconducir a Natalia en ese tema, pero, claro, que teniendo el ejemplo que tiene en ti, poco ha podido hacer.

Aquel comentario hizo reír a Alma.

—Pero qué cabronazo —murmuró, y, tomando aire, preguntó—: ¿Reconducir? ¿Pero ese tipo de qué va? ¿Te ha contado también que su anterior novia se intentó suicidar por su manera de tratarla?

A Carlos le sorprendió esa revelación, pero sin querer dar cabida a aquello, recondujo la conversación al mismo asunto.

—¿Tú sabías que Natalia era de tener parejas abiertas? —Alma asintió, y Carlos, llevándose las manos a la cabeza, murmuró—: Por el amor de Dios, ¿pero qué clase de educación y valores le has dado a mi hija?

—¡Mejores que los que tú le has dado, seguro!

En ese momento Nuria abrió la puerta. Las voces la habían alertado y al ver allí a Carlos preguntó:

—¿Se puede saber qué pasa?

—La que faltaba —se mofó Carlos.

Nuria entró y cerró la puerta.

—¿Desde cuándo dejamos que entren fantasmas? —preguntó, mirando a Alma.

Alma sonrió.

—Mira, Carlos. —Quería acabar con aquella estúpida conversación —. No te voy a hablar de la sexualidad de Natalia porque ella ya es mayorcita para saber con quién se acuesta y con quién se levanta. Y si quieres saber la realidad de lo que ha pasado con ella y ese mentiroso que te llama, llámala y háblalo con ella. Y ahora, por favor, ¡vete de aquí!

Nuria abrió la puerta con rapidez, e hizo un gesto para que saliera.

—Si no te estuvieras follando al chino, Natalia seguiría con su relación —soltó él—. Pero, por tu culpa, por abrir las piernas con quien no debes, le has jodido el maravilloso futuro que tenía con Elías.

—Por favorrr, qué tensión siento en el puño —musitó Nuria, tocándose la mano.

Alma se volvió a levantar y clavó su gélida mirada verde en él.

—Se llama Saem y... —siseó.

—¡Me da igual cómo se llame! Te estás comportando como una... una... Pero ¿qué hace una tipa de tu edad con un hombre de la edad de él? ¿Pero no te da vergüenza?

—Al final, tú pillas —afirmó Nuria, molesta.

Carlos la miró.

—Vergüenza me das tú con lo que dices —replicó Alma con un tono de hastío en la voz—. ¿En serio eres tan jodidamente machirulo que aun estando en el siglo XXI sigues prejuzgando la vida de los demás? Porque mira, si tanto me prejuzgas, ¿por qué me llamas siempre que necesitas dinero? Y, por cierto, a ver si me pagas lo que me debes.

—Alma, lo que estás haciendo no es normal —machacó él, ignorando lo del dinero—. Somos muchos los que pensamos que es una vergüenza. Una inmoralidad.

—Buenoooo... —exclamó Nuria.

—Pues tú y todos esos muchos que pensáis así, a mí, particularmente, me importáis entre cero y nada —dijo Alma—. Por lo tanto, qué tal si te callas, te vas y dejas de decir tonterías.

Pero Carlos siguió y siguió y siguió, hasta que Nuria, cansada, se encaró con él y este le advirtió, levantando un dedo.

—Como se te ocurra tocarme, te denunciaré.

—Habrá merecido la pena la denuncia. —Y golpeó su dedo para bajárselo.

Alma, al ver aquello, se interpuso a toda prisa entre su amiga y él, y empujó a Carlos fuera del despacho.

—Fuera de aquí, ¡ya! Y no se te ocurra volver —le ordenó.

Enfadado y molesto, tras lanzarle una acusatoria mirada, se dio la vuelta y se marchó, momento en el que Alma miró a su amiga.

—¿En serio pensabas zumbarle? —preguntó.

Nuria la miró.

—¿Lo dudas? —le contestó, con una sonrisa pícara.

Ambas sonrieron.

—A Saem y Mario ni una palabra de esto —le advirtió Alma a su amiga—. Bastante tenemos ya.

Nuria asintió y la entendió.

Capítulo 70

El martes Alma decidió tomarse el día libre para estar con Saem. Así que cogieron el coche y decidieron irse a la sierra madrileña y disfrutar del día paseando por la naturaleza. Cuando llegó la hora de comer, se decantaron por un bonito restaurante donde, además de comer de maravilla, Alma se sintió prejuzgada. Cada vez que Saem la besaba, varios de los comensales se miraban y cuchicheaban.

A diferencia de otras veces en las que ella se había levantado para decir cuatro cosas a quienes se comportaban de aquella manera, esta vez no lo hizo. Primero, porque eso posiblemente molestaría a Saem y, segundo, porque no se atrevió. ¿Qué le ocurría?

El miércoles, tras una mañana en la que en Diva y Radiante hubo más afluencia de público de lo normal, por la tarde, Nuria se hizo la última prueba de su vestido de novia con sus tres amigas como espectadoras. La boda era el sábado.

—Sigo pensando —murmuró, mirándose al espejo— que debería llevar etiqueta de advertencia. ¡Estoy impresionante!

—Baja Modesto de las nubes que sube Nuria —se mofó Estíbaliz.

Divertidas, alababan a la futura novia, cuando de pronto apareció Natalia en la tienda.

—Tía, ¡estás impresionannnte! —exclamó al ver a Nuria.

Nuria, encantada, sonrió.

—Lo sé —afirmó, segura de sí misma.

Eso hizo reír a todas.

—¿Tienes un segundo? —preguntó Natalia a su madre, tras darle un beso.

Alma asintió y las dos subieron a su despacho.

—Papá me llamó ayer —explicó Natalia—. ¿Es verdad que estuvo aquí?

—Sí, corazón. Y la verdad, dijo muchas tonterías.

—Joder, mamá lo siento.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Porque, según me dijo, Elías lo llamó pesaroso diciendo que habíamos roto porque yo no podía soportar que Saem y tú estuvierais juntos. ¿Te lo puedes creer?

—Me lo creo, cielo. Me lo creo. Pero le dejé claro que hablara contigo para que tú le explicaras los verdaderos motivos de...

—¿Sabes qué otra cosa le ha dicho Elías?

—Sorpréndeme.

—Le ha dicho que soy de parejas abiertas.

—Lo sé. Me preguntó qué clase de educación te había dado.

—Pero ¿papá es tonto?

Alma asintió. Y entendiendo lo limitadito que era para muchas cosas, no pudo evitar comentar:

—Muy listo no ha sido nunca.

Natalia, indignada, le explicó a su madre la conversación que mantuvieron donde le habló de todo lo ocurrido. De cómo quería que dejara de ser ella para ser quien él quería que fuera. Le habló de sus discusiones. De Verónica. Del odio que Elías le tenía a sus amigos, en especial a Óscar. Le comentó las duras palabras que tenía que escuchar hacia su madre por haberse enamorado de Saem. Pero nada, absolutamente nada de lo que le contó a Carlos pareció importarle.

—¿Te puedes creer que a todo le quitaba importancia? —Natalia estaba pasmada—. ¡Incluso trató de darme una explicación para mostrar a Elías como un héroe y no como un villano! —Alma levantó las cejas. Sin llegar a ser Elías, Carlos siempre había sido una persona egoísta que había ido única y exclusivamente a lo suyo. Natalia continuó—: Según papá, que Elías pusiera ese localizador espía en mi teléfono significa que se preocupa por mí y me quiere con locura.

—¡¿Qué?!

—Sí, mamá. Cuando le conté la manía que le tiene a Óscar, papá dijo que era normal porque Elías me quiere solo para él. Al hablarle de nuestras discusiones porque me coartaba en cosas, papá volvió a quitarle importancia. Y cuando le dije que no soportaba que Elías te insultara delante de mí, por el hecho de estar saliendo con su hijo, su respuesta mejor no quieras saberla. —Alma suspiró. Natalia añadió—: En cuanto a lo de Verónica, según papá, es que hay mucha loca suelta por el mundo que es capaz de cualquier cosa con tal de agarrar a un hombre como Elías.

—Por favorrrr —murmuró indignada Alma—. Lo de tu padre no tiene nombre.

—De lo del préstamo no le he contado nada. No creo que él necesite saber nada al respecto y cuando no me ha dicho nada es porque Elías no se lo ha comentado.

—Te lo agradezco, corazón.

—En definitiva, mamá. Que he hablado con papá. Le he dicho que lo que Elías le ha contado es mentira, pero, viendo que no me cree porque ha decidido creerlo a él, le he dicho que piense lo que quiera, pero que deje de darme por culo.

—¡Natalia!

—A ver, mamá, con esas palabras literales no se lo he dicho. Pero sí le he dejado claro que si no estoy con Elías no es por ti, sino por mí. Y que no es el héroe que se cree, sino más bien el villano.

En silencio se miraron, cuando Natalia, al notar que el teléfono que estaba en el bolsillo de su pantalón vibraba, dijo:

—Elías no para de enviarme mensajes.

Aquello no le gustó a Alma.

—¿No serán amenazas? —quiso saber—. Porque si así es, te juro que voy donde esté, y...

—No, mamá. Son mensajes de puro amor y de cuánto me echa de menos. —Incrédula, Alma miró a su hija, pero ella dijo—: Pero, tranquila, ya no me lo creo. Lo último que haría sería volver con un misógino como él.

—No sabes cuánto me alegra saber que lo tienes tan claro.

Madre e hija se miraron con una sonrisa. Alma, desde el día que nació Natalia, había estado al pie del cañón, y Natalia sabía que ahora le tocaba a ella. Por su madre y porque ella cumpliera su sueño de ampliar la tienda, iba a remover el cielo, y sin decirle lo que tenía pensado hacer, porque si se enteraba no se lo permitiría, preguntó:

—¿Con Saem todo bien?

Alma asintió y, aunque a su pesada mochila se le sumaban también las palabras de Carlos, con una sonrisa, mintió:

—Todo mejor que bien, corazón.

Cinco minutos después, las dos salieron del despacho, y tras pasar por el probador donde seguían Nuria, Romina y Estíbaliz, se despidió de ellas.

—Su padre la ha llamado y han tenido una conversación —explicó, al ver que sus amigas la miraban expectantes, y se sirvió una copa de vino blanco.

Ellas asintieron. Les gustara o no, aquel estúpido era el padre de Natalia.

Media hora después, cuando Nuria se quitó el vestido y se puso su propia ropa, las cuatro subieron al despacho de Alma. Allí les enseñó el menú que Saem, aconsejado por los novios, iba a crear para el día de la boda. Así de entretenidas estaban cuando el teléfono de Alma, que estaba sobre la mesa, sonó. Rápidamente todas vieron que ponía mamá.

—Hombre ¡la reina de la fiesta! —se burló Nuria.

—Seguro que llama para preguntarme por tu boda —aventuró Alma—. Sabe que es el sábado.

—Por favorrr, pon el manos libres para escucharlo —le pidió—. Prometo no hablar. Ninguna hablará.

Romina y Estíbaliz, con gesto pícaro, asintieron.

—De acuerdo —concedió Alma—. Pero calladitas, ¿eh?

Todas hicieron un gesto afirmativo.

—Hola, mamá —saludó Alma.

—Soy tu padre, y vergüenza me da decirlo. —Todas se miraron por aquella entrada, y él, con voz dramática, preguntó—: ¿Qué es eso de que te estás follando al hijo del novio de Natalia?

Oír eso hizo que todas se miraran. Algunas se llevaron las manos a la boca.

—¿Quién te ha dicho eso? —quiso saber Alma.

—¿Es verdad o no? —se oyó la voz de su madre.

Alma tomó aire. Estíbaliz cogió su mano.

—Mamá, la realidad no es esa. Tengo una relación con Saem, el hijo de Elías y...

—¿Lo ves, Cecilia? —se escuchó al padre decir—. ¿Ves cómo era cierto? Si ya te decía yo que esta sinvergüenza era capaz de eso y

de más. Por los clavos de Cristo. Mi hija acostándose con un muchacho que podría ser su hijo.

—Papá. Saem no es un muchacho. Es un hombre de cuarenta años y...

—Pero ¿no te da vergüenza ser tan guarra?

Nuria, ofuscada, iba a intervenir, cuando Alma puso su mano en la boca y respondió con tranquilidad:

—No, papá. No me da vergüenza, porque no soy ninguna guarra. Simplemente soy una mujer que se ha enamorado de un hombre que también está enamorado de mí, y vivimos con libertad nuestro amor. Y ahora, ¿me podéis decir quién os lo ha contado?

—Carlos —soltó su madre—. Nos acaba de llamar para decirnos que Natalia ha roto con ese viejo por culpa de que tú, insensata, te acuestas con el hijo del viejo, ¡que encima es chino! Pero, por Dios, Alma, ¿cuándo vas a dejar de avergonzarnos? Pero ¿qué hemos hecho tu padre y yo para tener una hija así?

Romina negaba con la cabeza. Nunca podría entender por qué Alma soportaba aquello, como nunca podría entender por qué unos padres trataban así a una buena hija. Pero Alma, a quien el pulso no se le había acelerado, preguntó:

—¿Queréis algo más?

—Que te comportes y seas una mujer decente. Deja a ese chino y deja de zorrear, como ha dejado de hacer tu hija con ese viejo. ¡Eso es lo que queremos! —gruñó su padre

—Os dejo. Tengo trabajo. Adiós.

—En serio, ¿por qué no los mandas a la mierda de una santa vez? —siseó Nuria cuando ella cortó la comunicación.

—Porque son mis padres.

—Ya, Alma —afirmó Estíbaliz—. Pero aun siendo tus padres, deberían de guardarte un respeto, ¿no crees?

—Lo creo. Pero ¿alguna vez me han respetado?

—Sinceramente, Alma, todo tiene un límite en la vida —aportó Romina, que estaba horrorizada.

Alma asintió. Las entendía. Y tras meter en su mochila de mierda aquella llamada, miró a sus amigas, y sin ganas de jorobarle la boda a Nuria, preguntó:

—¿Nos vamos a tomar algo? Me muero de sed.

Cinco minutos después, las cuatro salían de Diva y Radiante, y aunque Alma aparentó normalidad, la realidad no era esa.

Capítulo 71

El sábado por la mañana, Romina, Estíbaliz y Alma desayunaban bien temprano en casa de Nuria, que estaba atacada. Se casaba a las doce y cuarto en el ayuntamiento, y todos los nervios que no había tenido anteriormente le habían llegado en tromba en ese momento.

Sus amigas, divertidas, la tranquilizaban.

—¿A qué hora vienen las estilistas? —preguntó.

—A las nueve —respondió y luego preguntó—: ¿Y si Mario no va al ayuntamiento?

—Mira, loba, si algo tengo claro —indicó Romina— es que Mario no va a faltar. Pero ¿todavía no eres consciente de los ojitos con que te mira el madurito potentón?

Nuria sonrió. Romina tenía razón.

—Recuerda que, para mantener la pasión en un matrimonio, no puedes saltarte la regla que te dije —le dijo Estíbaliz.

—¿Qué regla?

—La 777.

—Síguela al pie de la letra —le susurró Romina—. Roberto y yo dejamos de hacerla, y nos desencantamos.

Alma sonrió. No sabía de qué hablaban y Nuria, atacada de los nervios, preguntó:

—A ver, Estíbaliz. Recuérdame cuál es esa regla ¿o tengo que consultarla en la IA?

—Muy fácil, cielo. Una vez que os caséis, debéis tener una cita cada siete días. Una escapada de fin de semana cada siete semanas, y unas increíbles vacaciones románticas cada siete meses. Yo lo llevo haciendo con Alberto desde que nos casamos, ¡y mirad qué bien nos va!

Se rieron. Alma se fijó entonces en un papel que había sobre la mesa.

—¿Ciento veinte euros os cuesta casaros en el ayuntamiento? —quiso saber.

—Sí.

—¿Pero no era gratis?

—De lunes a viernes. Los sábados no.

Las chicas se miraron.

—¡Qué fuerteeeee! —exclamó Romina.

Aún se estaban riendo cuando llamaron a la puerta. Alma abrió y segundos después entraron varias mujeres que se presentaron como las estilistas y se pusieron manos a la obra tras decirles sus nombres.

Aquel grupo de profesionales, además de llevar un extenso material que desplegaron por la mesa del salón, sorprendentemente también les ofrecieron revistas del corazón. La peluquera que estaba con Nuria, que era la más joven y se llamaba Tamara, preguntó:

—¿Segundas nupcias?

—No —respondió Nuria, que ojeaba una revista—. Primeras.

Ambas rieron.

—Pues sí que te lo has pensado —apostilló la peluquera—. ¿Para el novio también es la primera boda?

—No.

—Es un madurito potentón —aclaró Estíbaliz.

Eso las hizo reír.

—Nunca entenderé lo de esa pareja —soltó entonces la peluquera. Nuria miró la foto de la revista que veía y que ella señalaba con el rizador de pelo cuando añadió—: ¿Pero qué puede ver ese hombre en esa mujer mayor?

Escuchar aquello hizo que Alma la mirara y Nuria respondió:

—Pues imagino que, de entrada, amor y le seguirá inteligencia, complicidad e infinidad de cosas más. Aquí pone que llevan tres años juntos y felices.

—¿Amor? —se mofó la peluquera—. Mejor llámalo folleteo. Porque tú me contarás qué hace esa mujer de sesenta años con ese guaperas de cuarenta.

Nuria, al ver cómo Alma resoplaba mientras la maquilladora le daba aire con un papel, pues estaba sudando, fue a responder cuando ella se adelantó:

—El folleteo, como tú dices, divierte un rato, pero si llevan tres años juntos, por algo será, ¿no crees?

La peluquera se encogió de hombros.

—Con lo joven que eres, Tamara, ¿cómo puedes pensar así? —le reprochó Estíbaliz a la peluquera al ver el gesto de Alma.

—¿Así cómo? —preguntó ella.

—De forma tan antigua —intervino Romina, que añadió—. Con lo jovencita que eres y siendo mujer, deberías tener la mente más abierta y defender que tú o cualquier mujer puede estar con quien quiera, tenga la edad que tenga.

—A ver. Tengo la mente abierta.

—Sí, claro. Para lo que a ti te conviene —siseó Alma.

—Pero creo que para todo hay una edad —insistió la peluquera.

Oír aquello a Alma le retorció las entrañas. Los malditos prejuicios cada día le escocían más.

—Años los cumplimos todas, Tamara —señaló con firmeza—. Aunque la diferencia es que algunas llegamos a la madurez con seguridad, y otras llegarán con opiniones.

Romina, Estíbaliz y Nuria se miraron. El zasca que Alma le acababa de pegar a la chica las había dejado sin habla.

—¿En serio creéis que algo así puede funcionar? —insistió la joven —. Porque, vale, llevan tres años juntos. Pero ese tío ¡es un hombre! Y no digo que todos, pero la gran mayoría sabemos con lo que piensan. Y cuando salga a la calle y vea mujeres más jóvenes, seguro que se le van los ojos detrás de ellas. Porque, seamos sinceras, donde esté una piel tersa, unos pechos bien puestos y un culo como Dios manda, ¡que se quite todo lo demás!

—También hay hombres jóvenes que valoran que las mujeres tengamos neuronas, criterio, seguridad, cerebro y no solo filtro de Instagram —apostilló Nuria, cerrando la revista.

—Si tú lo dices —contestó la peluquera callándose, al verlas sonreír.

Cuando la maquilladora que atendía a Alma terminó, esta, mirándose en el espejo, sonrió. Había atendido a las directrices que le había dado. Su maquillaje no era pesado, era suave y casual, y eso le encantó. Mirándose el cabello, que ella misma se había arreglado haciéndose un bonito moño bajo, oyó un pitido en su teléfono, y al cogerlo y ver quién era, sonrió.

Saem
¿Tienes cinco minutos para salir a la puerta?

Sin dudarlo, respondió.

Yo
¡Voy!

Y metiéndose el teléfono en la bata de seda que llevaba, dijo:

—Ahora vuelvo, lobas.

Con una sonrisa fue hasta la puerta, la abrió y cuando sacó la cabeza, allí estaba Saem, en la entrada de la casa de al lado con una preciosa sonrisa.

—Hola, vecino.

Sonriendo, salieron al descansillo.

—¿Pero quién es este bombón de mujer? —la admiró Saem.

Divertida, Alma soltó una carcajada y este, atrayéndola hacia él, la besó. Un beso los llevó a otro, y antes del tercero, Saem preguntó con picardía:

—¿Qué llevas debajo de la bata?

Sonriendo, Alma fue a responder cuando la puerta de la casa de Nuria se abrió. Apareció la peluquera joven. La criticona. Que, boquiabierta, se les quedó mirando.

—Tamara, te presento a mi pareja —dijo Alma sonriendo.

El rostro de la joven se puso rojo como un tomate al ser consciente de que lo que había criticado no había sido precisamente un acierto.

—Encantada —balbuceó, y con gesto desconcertado, consiguió articular—: Tengo... tengo que ir al coche a por algo que me he dejado. —Y se marchó a toda prisa.

—¿Qué le pasa? —preguntó Saem, sorprendido por la reacción de la chica.

—Pues que está tan llena de prejuicios que confunde ignorancia con opinión.

Saem no quiso preguntar más. Con escuchar aquello imaginó por dónde iba el tema.

—¿Todo bien con Mario? —preguntó Alma.

—Dime que Nuria va a ir al ayuntamiento. —Y bajando la voz añadió—: Está preocupado por si ella no se presenta.

Alma sonrió.

—Tranquilo, irá. Ella también está preocupada por lo mismo —murmuró.

—Mario también irá —afirmó Saem, sonriendo.

—¿Será normal el día de la boda preguntarse eso? —inquirió él.

Alma se encogió de hombros. Cuando ella se casó con Carlos, ella no se lo cuestionó.

—Pues no lo sé, la verdad —respondió.

Saem, tras darle un dulce beso en la punta de la nariz, cuchicheó.

—Tú nunca lo dudes. Cuando llegue el momento, yo estaré allí.

Oír eso hizo que Alma se encogiera. ¡¿Qué?! ¿Qué acababa de decir Saem? En ese momento, Haneul y Dolores salieron por la puerta donde besuquearon y piropearon a Alma.

—Alhaja, entra y hazle el nudo de la corbata a Mario —le pidió Haneul a Saem—, que va hecho un Cristo. —Saem sonrió cuando Haneul murmuró—: Está tan nervioso que tiembla como un flan.

Alma no pudo evitar reírse.

—¡Nos vemos en el ayuntamiento! —le dijo Saem, dándole un beso fugaz.

Saem y las dos mujeres desaparecieron, Alma entró en casa de Nuria flotando como si se hubiera fumado un porro. ¿A qué había venido que Saem dijera aquello? ¿Pensaba pedirle matrimonio? De pronto, eso le agobió. Le agobió mucho, y dándose aire con la mano estaba cuando se acercó Romina.

—Vamos. ¡Es hora de vestirnos! —la apremió.

Alma asintió y la siguió. Al entrar en la habitación, Estíbaliz se estaba mirando al espejo y al ver a Alma, algo colorada y dándose aire con la mano, preguntó:

—¿Te está subiendo el calor tropical?

Alma hizo un gesto afirmativo.

—Cada día me sorprendo más por los pensamientos tan antiguos que tienen algunas jovencitas —comentó Romina.

Alma no dijo nada.

—Está claro que la edad es el número que pone en el DNI —dijo Estíbaliz—. Yo misma, aunque tengo cincuenta y seis, sigo sintiéndome como cuando tenía treinta y ocho, aunque mi espalda y mis rodillas tengan otra opinión.

—¿Os acordáis de cuando íbamos una noche de juerga loca loca y al día siguiente estábamos frescas como lechugas? —preguntó Romina.

Alma y Estíbaliz asintieron.

—Ahora si estoy una noche de juerga loca loca, al día siguiente estoy hecha unos zorros y tardo en recuperarme una semana —reconoció Alma.

—Ahí es cuando mi cuerpo me grita que ya no tengo treinta y ocho —apostilló Estíbaliz.

Las tres sonrieron cuando Alma entró en el baño que había dentro de la habitación de Nuria. Desde allí oía a sus amigas hablar.

—Lo que está claro es que para todo hay una edad y a cada edad hay que saber adaptarse, aunque mi DNI y mi espalda no se pongan de acuerdo. Y quien no lo entiende, acaba haciendo el ridículo —dijo Estíbaliz.

Oír aquello la paralizó. Lo que acababa de decir su amiga era una gran verdad. Una verdad que ella últimamente se había empeñado en obviar, y se sintió fatal. De pronto, las dudas, miedos e inseguridades acudieron en masa a su cabeza y comenzó a darle vueltas sobre si estaba haciendo el ridículo con Saem.

Apabullada y acalorada, finalmente salió del baño. Comenzó a ponerse su vestido verde cuando Nuria entró en la habitación y llevándose las manos a la boca exclamó:

—Lobas, estáis tan guapas, que me acabo de mear en las bragas.

—Nuria, por favorrrrr —se quejó Romina, riendo.

Alma consiguió paralizar lo que pensaba y se acercó a ella.

—Hoy es tu día, loba —le dijo—. ¡Disfrútalo!

Emocionada, Nuria asintió.

—Este momento bien merece un buen aullido —propuso Estíbaliz.

Y sin más, las cuatro soltaron un «¡Auuuuuu!» que se escuchó hasta en la Cochinchina, aunque lo de Alma, más que un aullido, fuese un lamento.

Capítulo 72

En el ayuntamiento, el funcionario, que oficiaba la ceremonia con una sonrisa, decía unas palabras mientras todos los asistentes disfrutaban del momento y de la felicidad que se respiraba en el ambiente.

Saem, que ejercía como padrino y estaba sentado junto a su tío Mario, cada vez que podía miraba a Alma. Estaba preciosa con aquel vestido verde, tan parecido al color de sus ojos. Pero, aunque la veía sonreír, ya la iba conociendo y algo le pasaba, pues al llegar al ayuntamiento, cuando le cogió la mano, ella rápidamente se la soltó. No solo una vez, sino varias veces, y eso le puso en alerta.

Romina, Roberto, Estíbaliz y Alberto, junto a Natalia, el resto de las lobeznas y los invitados a la boda estaban sentados en los bancos traseros y atentamente seguían las palabras del funcionario.

—El matrimonio es un compromiso de amor —decía—, apoyo y respeto, por lo que pueden intercambiar los anillos que formalizarán ante la ley y ante sus seres queridos esta unión.

Nuria le dejó a Alma su ramo de novia, y esta y Saem les entregaron a los novios los anillos que ellos guardaban. Y tan pronto como Mario y Nuria se los pusieron entre risas, el funcionario recitó:

—Nuria, ¿aceptas a Mario como tu legítimo esposo, para amarlo, respetarlo y vivir juntos en matrimonio?

Nuria, a quien las pulsaciones le iban a mil, tras cruzar una cómplice mirada con Alma, que estaba sentada a su lado, miró a

aquel hombre que había conseguido que ella diera aquel enorme paso en su vida.

—Sí, acepto —respondió, y asintió con la cabeza.

Instantáneamente, Nuria y todos soltaron una carcajada al ver cómo Mario de broma se secaba el sudor de la frente.

—Mario —prosiguió el funcionario—, ¿aceptas a Nuria como tu legítima esposa, para amarla, respetarla y vivir juntos en matrimonio?

—Por supuesto que sí, acepto —afirmó rápidamente y con seguridad.

Emocionada, Nuria sonrió. Entonces, Alma miró hacia atrás, y al ver cómo su hija y sus amigos la miraban con mofa, se dirigió a ellos:

—Han dicho que sí. ¡Mañana nos invaden los marcianos!

Todos se rieron divertidos, y cuando, instantes después, vieron que los recién casados se besaban, Alma y Saem se miraron y el resto de los invitados comenzaron a aplaudir felices.

Purpurina, arroz, pétalos de rosa. Todo eso fue lo que los invitados lanzaron contra Mario y Nuria cuando estos salieron por la puerta del ayuntamiento.

La palabra felicidad a Nuria y a Mario en aquel instante se les quedaba pequeña. Todos les daban la enhorabuena. Todos les besaban. Y todos querían ser partícipes de su felicidad.

Fotos grupales. Fotos individuales. Y selfis con los teléfonos móviles era lo que tocaba en aquel momento, y, sin perder su sonrisa, los novios lo resistieron.

—Alma, ven un momento. —Ella, al ver que quien la llamaba era Irati, la tía de Nuria, se acercó, y esta, cogiéndola por el brazo, cuchicheó—: ¿Es cierto que ese muchacho es tu acompañante?

Alma miró hacia donde señalaba Irati. Con el gesto supo que se refería a Saem, que sonreía junto a Roberto, el exmarido de Romina.

—Sí. Es mi pareja —respondió.

—¡¿Pareja?! Di más bien un follamigo, como se dice ahora. —Alma no supo reaccionar a aquello, y la tía de Nuria, con una sonrisa picarona, susurró—: No eres tú lista ni nada. ¡Menudo mozo te has buscado! ¿Qué edad tiene? Porque a ese le sacas unos añitos.

Aquella pregunta, en cierto modo, le molestó, y pensó si Irati le haría aquella misma pregunta a un hombre que saliera con una mujer más joven. Pero no quiso ser antipática.

—Cuarenta —contestó.

La mujer asintió.

—Pásatelo bien y disfruta mientras dure —le deseó, después de hacer unos aspavientos con la mano—. Seguro que ese es de los que te llama tesoro, cielito o cualquier monería de esas. Pero cuando ya no estés con él, recuerda que mi hijo Julen, que, por cierto, te manda recuerdos, te va más por edad. No ese mocito.

Alma, sin cambiar su gesto, asintió. ¿Por qué tenía que decirle eso? ¿Tan claro estaba que aquello no iba a durar? En ese momento, Saem se acercó.

—Cielo, nos vamos ya para el restaurante —le dijo, agarrándola por la cintura.

Aquel «cielo» hizo que Irati la mirara con guasa.

—¡Genial! ¡Vámonos! —replicó ella, apresurada.

Cuando se distribuyeron en los coches, se encaminaron hacia Mesa Trece. El equipo de Saem los esperaba para deleitarlos, primero, con un estupendo cóctel y, posteriormente, con exquisitos platos.

En el coche de Saem y Alma iban Haneul y Dolores. Las dos mujeres, emocionadas por la boda, hablaban sin parar. Desde que

Haneul vivía en la casa de Saem, las dos se habían hecho más que íntimas. Al parar en un semáforo, Saem miró a Alma.

—¿Todo bien, cielo? —le preguntó, poniendo la mano sobre su pierna.

—¡Genial! —exclamó Alma, con una sonrisa nada sincera.

Saem asintió. Y sin querer preguntar nada delante de Dolores y de Haneul, cuando el semáforo se puso verde, avanzó.

Al llegar al restaurante, que ese día estaba cerrado por motivo de la celebración, Saem entró directamente en las cocinas para ver que todo estaba preparado, y Alma se marchó con sus amigos. Saem, tras revisar los platos y hablar con Ji Woo y Yeon-Seok y el resto del equipo, regresó a la sala, donde ejerció de perfecto padrino.

Con la aparición de los novios en el restaurante, comenzó el cóctel, y, una hora después, todos se sentaron y se sirvió la comida. Allí se degustaron platos maravillosos donde la cocina española, vasca y asiática se mezcló con una extraordinaria sencillez. Saem era un excelente cocinero.

La tarta que cortaron Mario y Nuria era de chocolate blanco y pistacho. Saem y Alma, como padrinos de la boda, se prepararon unas palabritas, que en ambos casos hicieron llorar no solo a los novios. Y acabados sus brindis, los novios, emocionados, dieron las gracias a todo el mundo, y el personal extra contratado por Saem para la ocasión retiró las mesas y las sillas de la sala, y con la música del DJ comenzó la fiesta.

Cuando empezó a sonar por los altavoces la canción *Tú*, de Shakira, Nuria fue hasta donde el novio hablaba con sus amigos y le preguntó:

—Bailas conmigo o todavía estás asimilando lo que has firmado.

Mario y sus acompañantes soltaron una carcajada, y el novio, tras ver cómo su sobrino Saem se reía, miró a Nuria.

—Bailo contigo, pero solo porque he firmado lo que he firmado y eres mi bruja —respondió.

Salieron de la mano al centro del local, y Mario, al darse cuenta del tema que sonaba, y que con seguridad Nuria había pedido, sonrió. Aquella canción era muy especial para ellos, por el loco momento que les recordaba. Entre aplausos de los invitados al ver cómo Mario besaba a la que era su mujer, acaramelados, bailaron aquella preciosa melodía, mientras Alma, Romina y Estíbaliz contemplaban a su amiga. En susurros cantaban la canción y emocionadas sabían que aquel momento sería un precioso recuerdo para no olvidar.

Tras aquella canción, sonaron muchísimas más. Abba. Shakira. Barry White, y todo el mundo, con ganas de pasarlo bien, bailaba y disfrutaba del momento. Eran cincuenta invitados, pero tan bulliciosos que parecían doscientos. Saem se acercaba a Alma cada dos por tres. Bailaba con ella. Reía. Disfrutaba. Y aunque no lo rechazaba, Saem notaba cierta frialdad. Pero ¿qué le ocurría? ¿Qué había pasado?

Cuando llegó el momento en el que Nuria tenía que tirar el ramo, se pusieron todas las solteras para cogerlo.

—¡Vamos! —dijo Romina, mirando a Alma.

Alma negó con la cabeza.

—Yo no. Ve tú.

—De eso nada. Vamos las dos, que somos las solteras del grupo.

Desde donde estaba subida, Nuria observaba a sus amigas. Quería que Alma se colocara dónde estaban las solteras para tirarle a ella el ramo, pero al darse cuenta de que ella se negaba, dejándose llevar por el momento, contó hasta tres, y en vez de lanzarlo hacia donde estaban las solteras, lo desvió hacia donde estaba Mario hablando con Saem, e inevitablemente le cayó a él en las manos.

—¡La madre que la parió! —rio Romina, divertida, entendiendo lo que su amiga había hecho.

—La voy a matar —susurró Alma al ver aquello, y se escabulló hacia el baño con rapidez. Pero ¿qué narices había hecho Nuria?

Ver a Saem con el ramo en las manos hizo reír a todos a carcajadas y aplaudir. Las primeras, Haneul y Dolores.

—No digo nada, sobrino, pero mi bruja ya ha dictaminado que el siguiente en echar una firmita vas a ser tú —se burló su tío.

Saem soltó una carcajada. A sus cuarenta años recién cumplidos y con la preciosa mujer que tenía a su lado, cualquier cosa era posible. Pero al buscarla con la mirada para entregarle el ramo y ver que se escabullía al baño como escondiéndose, no dijo nada y se limitó a sonreír.

Minutos después, cuando Alma salió del baño, Natalia se acercó a ella.

—Mamá, ¿a que no sabes quién ha cogido el ramo de novia?

—¿Quiénnnn?

Natalia, al igual que Saem, había visto la reacción de su madre.

—Bien sabes tú quién lo ha cogido. Pero ¿qué te pasa? —preguntó, cambiando su tono de voz.

Alma, cada vez más agobiada, cogió a su hija del brazo y la arrastró a la calle.

—Mira, Natalia... —empezó.

—No, mamá, mira tú —la interrumpió ella—. Te llevo observando todo el día y cada vez que Saem se acerca a ti, tú sales por patas. Y te aseguro que, si yo me he dado cuenta, Saem también. Pero, mamá, ¿qué te ocurre?

Alma, abrumada, abrió el bolsito que llevaba, sacó un cigarrillo y tras encenderlo, soltó:

—Es que me ha dicho una cosa que...

—¿Qué te ha dicho?

Alma dio una calada a su cigarro, y luego expulsó el humo de sus pulmones.

—Cuando estábamos en casa de Nuria —murmuró en voz baja—, me mandó un mensaje y salimos al descansillo. Me dijo que Mario estaba nervioso por si Nuria no aparecía en el ayuntamiento, y yo le dije que claro que iba a ir Nuria. Y entonces... hablamos sobre las inseguridades de los novios el día de la boda, y de pronto me soltó algo así como que, si llegaba para nosotros ese día, yo nunca dudara, porque él sí estaría allí.

Natalia abrió los ojos como platos y llevándose las manos a la boca, dando unos saltitos, gritó:

—Mamáááá.

Alma le pidió que se tranquilizara y Natalia murmuró:

—Eso quiere decir que...

—No lo sé —la cortó—. Pero solo me faltaba eso. —Al oír aquello, Natalia frunció el ceño, y entonces Alma se sinceró—: No sé qué me pasa, corazón, pero me siento como una bomba a punto de explorar. Sé que Saem es perfecto. Es el unicornio que siempre he querido tener en mi vida. Pero ¿estar con él es lo correcto?

—Pero mamáááá...

—Mira, Natalia. ¿Y si me estoy equivocando y no estoy sabiendo amoldarme a mi edad? ¿Y si estoy haciendo el ridículo?

—Pero, mamá, ¿qué dices? —Y tomándole las manos, añadió—: Tú eres la mujer más segura y fuerte del mundo. Siempre has pasado de cuchicheos y tonterías. ¿De verdad te estas dejando comer el coco por lo que digan o piensen los demás? —Alma no contestó. Su hija tenía razón. Se estaba dejando influenciar por comentarios que nunca le habían importado. Natalia apostilló—:

Mamá, tú eres la mejor y Saem es el mejor. Olvídate del resto, y vive.

Aquellas palabras de su hija la hicieron sonreír. Necesitaba motivación. Positividad para olvidar la negatividad que en sus hombros llevaba. Tiró el cigarrillo y la abrazó.

—Aisss, qué haría yo sin ti —la achuchó.

Natalia sonrió y juntas volvieron a entrar en el local.

Saem, cuando la vio venir de la calle con su hija, pensó en acercarse a ella para preguntarle qué le pasaba, pero fue hasta el DJ y le pidió que pusiera una canción. Estaba preocupado y necesitaba saber qué le pasaba a Alma.

Cuando comenzó a sonar la música, la romántica canción de Bruno Mars, Alma, que estaba ya con sus amigas, murmuró:

—Ay, Dios... ¡me encanta esta canción!

Romina, Nuria y Estíbaliz asintieron. Lo sabían.

—Creo que un guapo dios asiático te mira —cuchicheó Nuria.

Alma, con el corazón a mil, se dio la vuelta y entonces lo vio. Saem estaba parado donde bailaban acarameladas otras parejas, y le sonrió. Tendió su mano hacia ella a modo de invitación, y Alma, atraída como un imán, fue hacia él y lo abrazó. En silencio bailaron.

—¿Estás bien, cielo? —le preguntó al oído.

Alma suspiró, y a pesar de que bailaban su canción, que estaban en una preciosa y emotiva boda y de que el momento no podía ser el peor, necesitada de ser sincera con él, respondió:

—No.

¿Qué ocurría? ¿Qué pasaba?

—¿He hecho algo mal? —le preguntó sin dejar de bailar.

—No.

—Entonces, ¿por qué no estás bien?

—Por muchas cosas, Saem. Tenemos que hablar.

La frase «tenemos que hablar» no solía traer cosas buenas. Pero Saem, manteniendo la compostura, por el lugar en el que estaban y porque su tío y Nuria se merecían felicidad y no drama, dijo con seguridad:

—Hablaremos esta noche en tu casa.

—No. Hoy no. Otro día.

Saem negó con la cabeza.

—Hoy —insistió.

—Prefiero otro día —replicó ella en busca de tiempo. Necesitaba tiempo para pensar y recolocarse.

—Hoy —exigió—. Yo no puedo vivir sin saber qué te ocurre.

Alma finalmente claudicó. Y ninguno dijo nada más. Solo bailaron aquella canción en silencio, mientras sabían que lo que iban a hablar les dolería.

Capítulo 73

Acabada la fiesta y tras despedirse de los invitados y de los novios, que esa madrugada se iban de luna de miel una semana a Madeira, Saem y Alma se dirigieron al coche.

Alma miró de reojo el ramo de novia de Nuria que iba entre los dos asientos. Al haberlo cogido Saem y para que nadie se percatara de lo que ocurría, este al salir de la fiesta se lo entregó a Alma, y entre aplausos de lobas y lobeznas ella lo cogió.

En el coche, el silencio era tan asolador que Saem puso la radio. Necesitaba que sonara lo que fuera, menos el seco y doloroso sonido del silencio, pero volvió a sonar la canción de Bruno Mars, y él la apagó a toda prisa. Lo último que le apetecía en ese momento era oír aquel tema tan especial para ellos. Alma se percató y no dijo nada. Era lo mejor.

Al llegar al ático de Alma, la tensión entre ellos se cortaba y tras saludar a Sugar, que, al verlos, se deshizo en amor y mimos, Alma se fue a su habitación a quitarse los zapatos. Necesitaba unos segundos a solas para serenarse.

Saem, agobiado, salió a la terraza. Hacía frío, pero necesitaba estar espabilado y activo para lo que Alma le pudiera decir. No sabía lo que pasaba. No entendía cómo, de un día para otro, todo podía cambiar, y pensó si Elías se habría puesto en contacto con ella.

Alma finalmente salió a la terraza. Le ofreció una de las dos cervezas que llevaba en la mano. Él la cogió.

—Hace frío. Mejor vayamos dentro —le dijo.

Obedientemente, Saem entró. Al hacerlo, vio el ramo de novia de Nuria. Estaba sobre la mesa del salón dentro de un jarrón con agua.

Ya sentados en aquel sofá donde habían vivido preciosos besos y bonitos momentos, Saem ya no aguantó más.

—Cielo, ¿qué ocurre?

Alma dio un trago a su cerveza. Estaba agobiada. Tan agobiada que recolocar todo lo que quería decir era complicado. Pero intentando ser la adulta que era, fue al grano.

—¿Por qué has dicho hoy lo que has dicho?

—¿Qué he dicho?

—Cuando comentaste que Mario dudaba de si Nuria estaría en el ayuntamiento, tú dijiste que yo nunca debía dudar porque tú estarías allí.

Saem la miró extrañado.

—¿Estás así porque dije eso? —preguntó.

—¿Por qué cogiste el ramo de Nuria?

—Y que querías que hiciera si me lo lanzó a las manos —respondió, sin dar crédito a lo que oía. —Ella movió la cabeza. Él tenía razón—: A ver, cielo. Lo que te dije fue porque si algún día tú y yo damos ese paso, yo estaría esperándote ante el altar. Y lo del ramo...

—Diosss...

—¿Dios qué?

—¿Por qué has tenido que decir eso? ¿Por qué no te has callado?

—Pues porque eres mi pareja —respondió él, sin entender aquellas preguntas y en especial su tono de voz—. La mujer que amo. Y algún día me gustaría casarme contigo.

Alma negó con la cabeza.

—Eso no puede ocurrir, Saem... no puede pasar.

—Pero, Alma, ¿qué te pasa? ¿Por qué dices eso?

Ella se levantó y se puso a andar por el salón.

—Nunca me voy a casar contigo —soltó. Saem levantó las cejas cuando ella añadió—: Esto es un error. Lo que hacemos es un error. —Saem se levantó y acercándose a ella fue a decir algo, pero ella dio un paso atrás—. Tú quieres cosas que yo no quiero y...

—¿Qué quiero que tú no quieras?

—¿Casarte, por ejemplo?

—Cielo...

—Pero ¿cómo nos vamos a casar? ¡Te has vuelto loco! Por Dios, que tengo cincuenta y cinco años y tú cuarenta. ¿Cómo te voy a hacer eso?

—¿Cómo me vas a hacer el qué? —preguntó él, molesto.

—Mira, Saem. Ya me casé y me divorcie una vez y no estoy dispuesta a volver a pasar por lo mismo.

—Te entiendo, cielo. Pero que una vez saliera mal no quiere decir que tenga que volver a pasar. Ni tú eres la Alma que se casó con tu ex, ni yo soy él. Y ahora, por favor, ven aquí, abrázame y terminemos con esta ridícula situación.

Pero Alma no se movió, y, tomando aire, dijo:

—Últimamente siempre estoy sobrepasada y a unos niveles que no me reconozco ni yo. Lo último que quiero montarte es un numerito. ¡Sé que los odias! Pero, pero... pero creo que debo ser sincera con lo que siento.

Saem asintió.

—De acuerdo, Alma —murmuró sin acercarse a ella—. Dime lo que sientes para que pueda entenderte.

—Siéntate, por favor.

Él se sentó y ella hizo lo mismo.

—Conocerte y pasar tiempo contigo —empezó— es una de las mejores cosas que me ha pasado en la vida. Siempre me he

considerado una mujer fuerte. Una mujer que luchaba por lo que quería o sentía, pero, en esta ocasión, el querer y el sentir han podido conmigo porque me veo juzgada, observada y criticada, y eso hace que me pregunte si merece la pena que estemos juntos.

—Alma, no hagas esto —le pidió Saem, descolocado.

Alma asintió.

—La crítica de tu... de Elías —prosiguió—. La de mis padres. La de mi exmarido. Las miradas indiscretas de tus amigos, de las mujeres o de cualquier persona que me ve contigo, o de cualquiera cuando estamos cenando en una terraza o vamos cogidos de la mano por la calle, han podido conmigo. No aguanto más. ¡No puedo! Y, si te soy sincera, creo que lo mejor que podemos hacer es terminar con esto antes de que esto termine con nosotros.

Saem cerró los ojos. Oír aquello que no esperaba no era agradable. Él no dudaba. Él estaba al mil por mil en aquella relación.

—Creía que lo que pensaran los demás no importaba, siempre y cuando tú y yo supiéramos quiénes somos y lo que queremos.

—Y así era, Saem. El problema soy yo. No tú. De ti no puedo pedir más, porque eres increíble. Nunca imaginé en mi vida que yo pudiera conocer a alguien como tú...

—Y si soy tan increíble, ¿por qué quieres que lo dejemos?

—Porque estoy sobrepasada. Y porque siento que te estoy privando de...

—Tú no me estás privando de nada —la cortó—. Si lo dices por el tema niños, te dije que no quería hijos. Incluso te conté que tengo hecha la vasectomía desde antes de conocerte a ti. Por lo tanto, dime, ¿de qué otras cosas me privas?

—De muchas cosas —contestó, abrumada por todo—. Por ejemplo, privacidad.

—¿Privacidad?

—Siempre nos mirarán por nuestra diferencia de edad. Y aunque nunca dices nada, sé que también te das cuenta. Y según pasen los años, lo harán más, y...

—¿Y crees que eso a mí me importa? —la interrumpió Saem, molesto—. ¿De verdad crees que el hecho de que nos miren a mí me va a restar un segundo de vida o de felicidad contigo?

—¿Sabías que la novia de tu amigo Manu me preguntó la edad? —Él no respondió y ella prosiguió—. Cuando se la dije, de inmediato me prejuzgó con la mirada, como me prejuzgaron algunos de tus amigos cuando ella les fue con el chisme. —Saem no dijo nada. Era la primera noticia que tenía al respecto, y ella insistió—: Es incómodo.

—Lo incómodo es que tú estés pendiente de esas cosas. Eso es lo incómodo.

Se quedaron mirándose en silencio. Estaba claro que cada uno pensaba de una manera.

—Lo siento, pero no puedo continuar —dijo ella, conteniendo las lágrimas.

—Alma, no hagas esto.

—Saem, tenemos que romper.

—Por favor, cielo, no lo hagas. —Y levantándose, insistió—: ¿De verdad rompes conmigo por la presión que ejercen en ti miradas y comentarios?

—Sí.

—Y tan egoísta eres que tan solo piensas en ti y no en mí. —Aquello la destrozó, y él continuó—: Desde que te conocí, siempre he hecho todo lo que estaba en mi mano para conocerte, amarte, sumarte y no restarte. Tú, maldita sea, Alma, eres la mejor conexión de mi vida, y ahora, por lo que digan y piensen los demás, ¿lo tenemos que dejar? —Ella, con dolor, asintió, y él musitó—: Si algo

aprendí desde bien pequeño es a no estar donde no quieren que esté. Y, al parecer, así lo has decidido ya, ¿verdad? —La dureza de sus palabras y la mirada de aquellos fríos ojos rasgados la destrozaban—: Lo he dado todo por ti porque te quiero y lo hubiera seguido dando. Pero si a ti lo que piense la gente te importa más que nosotros y nuestro amor, de acuerdo, Alma. Me rindo. Tú ganas. —Ella no respondió. No tenía la sensación de ganar, sino más bien la contraria. Él advirtió—: Pero si salgo por esa puerta, será para siempre. No volveré. No habrá otra oportunidad. —Dolor. Oír eso a Alma le partía en dos. Saem, al ver que ella únicamente se limitaba a asentir, concluyó—: De acuerdo. Todo se acaba aquí.

Sus palabras. Su mirada. El modo en que su cuerpo se alzaba frente al de ella. Todo aquello le hizo saber a Alma lo herido y enfadado que estaba Saem en aquel momento.

—No quiero jorobarles la luna de miel a Nuria y Mario, por lo que te pediría que no dijéramos nada a nadie hasta que regresen —le pidió.

—Otra vez con secretitos —gruñó él.

Ella no respondió. Molesto y enfadado, Saem finalmente asintió. Él tampoco quería amargarles su bonito momento.

Durante unos minutos los dos permanecieron en silencio. Cada uno a su manera procesaba lo que acababa de pasar. Entonces Alma se levantó, se acercó a él, y al ir a darle un beso de despedida en los labios, este dio un paso atrás.

—No —su tono fue serio.

Sentir aquel rechazo hizo que a Alma se le detuviera el corazón. Era la primera vez que Saem la rechazaba, y al ver su gesto y la dureza que había en él, pensó en aquello de la «frialdad coreana». Pero no lo mencionó.

—Adiós, Alma —se despidió él.

Y dándose la vuelta se marchó de la casa sintiendo una opresión en el pecho, que solo se suavizó cuando llegó al coche y lloró. Porque, aunque era un hombre, los hombres también lloran.

Capítulo 74

El domingo Alma se lo pasó en su casa tirada en el sofá, entre lágrimas y reproches, mientras observaba el ramo de novia de Nuria, en un jarrón con agua sobre la mesita del comedor, y escuchaba en bucle aquella canción de Bruno Mars que le partía una y otra vez el corazón.

Saem era el centro de sus pensamientos y pensar en lo ocurrido le hacía fustigarse para bien y para mal, pues, dependiendo del momento, su corazón le decía que había hecho lo acertado, pero en otros le gritaba que se había equivocado por completo.

Pensó en llamarlo. Durante todo el domingo, abrió su teléfono móvil muchas veces y se quedó mirando su foto sin decidirse. Pero no lo hizo. Era mejor dejarlo estar.

Por la noche la llamaron su hija y Estíbaliz y Romina. Habló con ellas. Les hizo saber lo bien que se lo había pasado en la boda, lo feliz que estaba por Nuria, y, como una excelente actriz, les ocultó su propio dolor.

El lunes, cuando llegó a Diva y Radiante, los trabajadores de allí la recibieron con una sonrisa. Todos habían estado en la boda de Nuria, y durante un rato y entre risas, vio con ellos las fotografías que habían hecho con los teléfonos móviles. En muchas de ellas estaba Saem. Guapo. Sonriente. Divertido. Verlo le gustaba, pero también le dolía, y todo volvía a ser un caos en su mente.

—Arriba tienes lo de todos los lunes —indicó Candela cuando Alma se dirigía a su despacho. Asintió con una sonrisa fingida, y cuando

entró en su despacho y vio el precioso ramo de rosas blancas que Saem todos los lunes le enviaba, suspiró.

Acercándose a él, lo examinó. Como cada lunes, aquel ramo llevaba una romántica tarjetita y, tras unos segundos de duda, finalmente la cogió y al abrirla resistió sus ganas de llorar al verla en blanco. Ya no había mensaje de amor. Ya no estaban las palabras te quiero en coreano o en español. Ya no había nada. Por lo que cerró el sobre, dejó el bolso, y, con profesionalidad, abrió su ordenador y, tomando aire, comenzó a responder emails.

Capítulo 75

El martes, Saem corría por el parque que había delante de su casa junto a su perra Freya, mientras escuchaba con sus auriculares *Puntería*, de Shakira y respiraba con normalidad. Había pensado en suprimir aquella lista de Spotify que Alma y él habían creado, pero eso lo haría otro día. Hoy deseaba escucharla.

Hacer ejercicio le venía bien para soltar tensiones, que falta le hacía, tras lo ocurrido con Alma. El lunes, cuando llegó a trabajar a Mesa Trece, Yeon-Seok y Ji Woo le recibieron con sonrisas. La boda había sido increíble y, aunque trabajaron, lo pasaron bien. Saem no comentó nada de lo ocurrido con Alma. Sabía que, si se lo comentaba a Ji Woo, le pondría la cabeza loca.

Pensando en ello corría cuando la música se cortó porque le había entrado una llamada. Al ver que era de su tío Mario, se paró y tomó aire.

—Pero si es el hombre casado con una bruja —saludó con ánimo.

Mario, que estaba sentado en la piscina privada, tomándose una cerveza sin alcohol, mientras Nuria se bañaba, sonrió.

—Hola, sobrino, ¿cómo va eso?

—Me pillas con Freya corriendo por el parque.

—¿Tu amigo el fotógrafo te ha dicho algo?

—No —respondió, sabiendo que se refería a Januel—. Imagino que cuando tenga las fotos de la boda algo dirá.

—¡Me muero por verlas! —Divertido, Saem sonrió y su tío quiso saber—: ¿Te pasarás esta noche por el DeLokos?

—Claro que sí. Tú por eso no te preocupes, y disfruta de tu luna de miel.

—Qué bien lo pasamos en la boda, ¿verdad?

—Sí. Fue muy divertido —afirmó sin poder evitar pensar en cómo había terminado la boda para él—. ¿Qué tal lo estáis pasando en Madeira?

—Mejor que bien —afirmó, mirando a Nuria, que había salido de la piscina y se acercaba a él—. Mi bruja es divertida y peligrosa.

Nuria, al imaginarse con quien hablaba, acercándose al teléfono, dijo:

—Hola, Saem. Besitos para ti y para Alma. Dile que esta tarde la llamo.

—Se lo diré —mintió Saem, incómodo.

Minutos después, tras despedirse de ellos, Saem, llamando la atención de Freya, reanudó su carrera y con ritmo volvió a correr.

Capítulo 76

El miércoles, Alma estuvo liada en Diva y Radiante.

Muchas eran las novias que acudían con sus madres en busca de un vestido especial para su boda, y ella las atendía porque necesitaba estar activa y entretenida.

A la hora de la comida, tras salir a un local cercano y comprar una ensalada, regresó a la oficina a comérsela. Mientras lo hacía y observaba el ramo de rosas, pensó en Saem. Llevaba sin verlo y sin hablar con él cuatro días y se le estaban haciendo eternos. Pero debía ser así, porque así ella lo había pedido.

Mientras escuchaba música en su Spotify, al comenzar a sonar las trompetas de cierta canción, rápidamente la saltó. No quería escucharla. No podía. Pero inmediatamente abrió el teléfono y comenzó a ver las fotografías guardadas que allí tenía. Con una sonrisa, vio los divertidos y románticos momentos pasados con Saem. Verlo era sentirlo. Sentirlo era quererlo. Y quererlo era desearlo, y decidió enviarle un mensaje por WhatsApp. Aunque segundos después se arrepintió. No era buena idea.

A las nueve de la noche, cuando estaba cerrando la tienda y se disponía a conectar la alarma, el teléfono le sonó. Era Natalia.

—Hola, corazón.

—Hola, mamá, llamo para ver cómo estás.

—Pues cómo voy a estar, ¡bien!

—¡Genial, entonces!

Con el teléfono en la oreja, tecleó la clave de la alarma y salió a la calle. Se fijó en el local de al lado, con el cartel de «Se vende».

—Cada día al entrar o salir compruebo que siga el local a la venta —le comentó a Natalia—. El día que quiten el cartel, creo que será un día triste. —Natalia sabía la ilusión que le hacía a su madre ampliar su negocio y lo mucho que había trabajado durante años para llegar a donde estaba. Y aunque ella y tía Nuria podrían vender el local y buscarse otro más grande en otro lugar, la ubicación actual era inmejorable—. Seguiremos jugando a la primitiva todas las semanas —murmuró.

Las dos sonrieron.

—¿Por dónde andas? —le preguntó la joven.

—Cerrando la tienda. ¿Y tú?

—Con Óscar, Blas Javi, Sofía y Vero. Nos vamos a hacer un *escape room*.

Oír eso le hizo sonreír. Natalia siempre había sido una personita muy movida. Nunca había parado quieta y verla de nuevo con esa energía le gustaba.

—Seguro que lo pasáis bien.

—Por supuesto. Te llamo por si te quieres venir. Como Saem no termina hasta tarde en el restaurante, pues...

—Gracias por la invitación, pero no —contestó, cerrando los ojos —. Lo esperaré tranquilamente leyendo en el despacho de su restaurante.

Natalia se alegró. Saber que su madre estaba mejor tras el bajonazo que tuvo en la boda era lo único que le interesaba saber.

—Dale besitos a Saem. Y mil besitos para ti —se despidió.

—Dos mil para ti, corazón.

Cuando cortó la comunicación, Alma suspiró. No estaba siendo fácil decir aquellas mentiras, pero era lo que tocaba hasta que Nuria

regresara.

Capítulo 77

El jueves, tras un intenso día en Mesa Trece con el restaurante a reventar, cuando Saem salió de allí, se fue directo al DeLokos. Al no estar su tío, él se pasaba por allí por si Marcelo, el encargado en su ausencia, necesitaba algo.

Cuando llegó, los que lo conocían lo saludaron con cariño. Algunos le preguntaban por Alma, y él respondía con una sonrisa que estaba en su casa. Pasarse el día mintiendo le estaba resultando muy difícil y más cuando ella estaba las veinticuatro horas del día en su cabeza. Era su último pensamiento antes de dormir y el primero al despertar.

¿Ella pensaría en él?

Tras comprobar que todo en el DeLokos estaba bien, decidió marcharse a su casa. Mientras se despedía de Marcelo, fue consciente de que muchas de las mujeres de la sala lo miraban deseosas de que dirigiera a ellas su atención. Pero no. Lo último que quería era sonreír a ninguna mujer.

Llegó a su casa a la una y media de la madrugada. Freya, como siempre, acudió rauda a saludarle, y él, encantado, la besó en la cabeza.

Cuando entró en el salón se sorprendió al ver a Haneul. Estaba frente al televisor, viendo una de sus series coreanas que tanto la acercaban a su país. Al verlo llegar, sonrió y le dio al stop.

—Hola, Saem —lo saludó.

Saem, con cariño se acercó hasta ella.

—¿Qué tal tu serie hoy? —le preguntó, después de darle un beso en la mejilla.

—Me tiene un poco desesperada —explicó la mujer, arrugando el entrecejo—, pues Hong Du-Sik, como siga durmiéndose entre las amapolas, va a perder el amor de Yoon Hye-Jim, pues Ji Seong-Huyn está claro que ha regresado al pueblo para conquistarla.

Saem se rio y sentándose junto a ella, se recostó sobre su hombro como cuando era niño.

—Si la historia principal de amor es de Hong Du-Sik y Yoon Hye-Jim te aseguro que terminaran juntos —dijo—. Por lo tanto, tranquila, mamá, que tendrás tu bonito final feliz.

Haneul sonrió y acarició con mimo su bonito cabello oscuro.

—¿Y tú también tendrás tu bonito final feliz? —preguntó.

Saem esbozó una triste sonrisa. Aunque no había dicho nada, estaba claro que mamá Haneul algo había notado.

—Por supuesto que sí —respondió, esquivo.

Sin mirar a Haneul, Saem cogió el mando a distancia y le dio al *play*, y, sin moverse del lado de aquella mujer, se quedó mirando aquella serie, mientras ambos respetaban sus silencios.

Capítulo 78

El viernes Alma intentó por todos los medios quitarse de encima la cena que tenía con Romina y Estíbaliz, pero fue imposible. Ellas no se lo permitieron.

Al llegar al restaurante donde quedaron, Alma, colocándose una careta de felicidad, consiguió engañar a sus amigas, que rápidamente le preguntaron por Saem. Por suerte, Nuria, no estaba. A ella no le hubiera podido engañar.

—Mira qué fotaza os hice a ti y al dios asiático en la boda —le dijo Romina, enseñándole una imagen.

Al mirar, Alma sonrió. En ella se les veía bailando en la pista, mirándose a los ojos. Sin lugar a duda, era una foto preciosa.

—¡Ya me la estás pasando! —le pidió de inmediato.

Con diligencia, Romina a través del WhatsApp se la pasó.

—Mándasela a Saem, seguro que le gusta.

Alma asintió y tomando aire mintió:

—¡Le encantará!

Como siempre, la cena con sus amigas fue divertida, aunque se echaba en falta la locura de Nuria. Por lo que le hicieron una videoconferencia desde el restaurante, y ella al verlas se emocionó.

—Lobas, ¡os echo de menos!

—Por favorrr, Nuria —se mofó Romina—. Que solo llevas cinco días sin vernos y mañana regresas.

—Mañana os quiero a todas en el DeLokos —indicó Nuria.

—Mañana no puedo. Imposible —negó Alma con la cabeza.

Según dijo eso supo que había metido la pata. Le iban a preguntar por qué no podía.

—Yo tampoco puedo. Hemos quedado con el hermano de Alberto —dijo Estíbaliz.

Al oírla, estuvo a punto de lanzarse a los brazos de Estíbaliz. Ella, sin saberlo, le había salvado del desastre.

—Yo he quedado —anunció entonces Romina. Todas la miraron, y ella aclaró—: Es uno del gimnasio, ¡muy mono!

—¡Descríbelo! —la animó Alma.

—Un metro setenta y ocho, moreno, cincuenta y tres años, ojos marrones y simpático.

—Ahhhhh, ¡qué escandalo! Dos años menor que tú —se mofó Estíbaliz, mirando a Alma con complicidad.

—¿Culito? —se interesó Nuria.

—Mono.

—¿Bíceps? —preguntó Alma.

—Normalitos. Nada del otro mundo.

—Dime que tiene excelentes oblicuos —susurró Estíbaliz.

—Vale, lobas. ¡Stop! No quiero seguir escuchando —dijo Mario, que estaba por detrás de Nuria.

Todas rieron.

—¿El domingo comida de lobas en mi casa? —propuso Alma.

—¡Síííí! —gritaron Nuria, Romina y Estíbaliz.

—Me doy por excluido.

—Ay, Dios, lo siento, Mario —se lamentó Alma—. Lo he dicho sin pensar.

—Tranquila. Comeré con Saem —sonrió él—. Me parece bien que comáis las lobas. Seguro que tenéis mucho de que hablar.

Alma asintió. ¡Si él supiera!

Durante un rato hablaron con Nuria y con Mario y tras despedirse de ellos, Estíbaliz murmuró:

—Todavía no me creo que nuestra Nuria se haya casado.

—Ni yo —sonrió Alma.

—Pues vete preparando —indicó Romina—. Que Saem cogió el ramo de la novia, y ya sabes lo que eso significa: ¡boda a la vista!

Sin hacer ver su pesar, ni su dolor, Alma sonrió y le siguió la broma. Era lo mejor.

Esa noche, tras la cena y una copa en una terracita cerrada, cuando Alma regresó a su casa y se sentó en el sofá con Sugar a su lado, abrió su teléfono y miró la foto que Romina le había pasado. Ver a Saem mirándola con aquella ternura y amor le tocó el corazón. Él siempre se había preocupado por hacerla sentir única y especial, y ese bonito recuerdo la hizo llorar.

Capítulo 79

El domingo, cuando Nuria llegó a la casa de Alma, ya estaban allí Romina y Estíbaliz. Felices y encantadas, se interesaron por el viaje de la recién casada y esta, tras entregarles los regalitos que les había traído, les habló sobre lo bien que lo había pasado.

—¿Quién te ha visto y quién te ve? ¡Tú casada! —se mofó Estíbaliz.

—Y centrada —musitó Romina.

—Lo de centrada permíteme que lo dude —se mofó Alma.

—Para seros sinceras —confesó la aludida—, Mario es tan unicornio que estoy aprovechando a tope, por si de pronto desaparece en un arcoíris. —Y mirando a Romina, preguntó—: ¿Y tú qué? ¿Ya has hecho cuchi cuchi con tu cita o sigues en modo santa apostólica y romana?

Romina sonrió, y bajando la voz como si alguien que no fueran sus amigas la fuera a oír, confesó:

—Cenamos. Tomamos una copita y cuando me acompañó a casa, en su coche nos besamos y hubo cierto magreíllo.

—Que sepas que con eso ya has abierto la puerta del infierno —dijo Alma.

—¡Qué sinvergüenza! —se mofó Nuria.

—Si voy al infierno que sea por sinvergüenza y no por sosa y aburrida. Aunque reconozco que paré el momento, porque no me veía yo en el coche haciendo cuchi cuchi como si tuviéramos veinte años. Y, por supuesto, a mi casa no lo iba a subir.

—Pero míralaaaa, ¡abriendo fronteras! —rio Estíbaliz.

Las chicas se reían cuando Alma cogió su teléfono, buscó en él y le dio a enviar.

—Tienes razón —admitió—. Lo del coche y la calle a nuestra edad ya es un poco frustrante. Es preferible la comodidad de una camita y demás, por lo que te acabo de enviar el teléfono del hotel por horas adonde solíamos ir Nuria y yo.

Roja como un tomate, Romina miró el mensaje que su amiga le había mandado.

—Tú a tú ritmo y no te agobies —le dijo Nuria—. Cuando lo necesites, ahí lo tienes.

Eso tranquilizó a Romina. Nuria se fijó en el ramo de flores que estaba sobre la mesa del salón de Alma.

—Qué pena. Ya está chuchurrío —dijo.

Alma asintió. Aunque el ramo no tenía la mejor de las pintas, se resistía a tirarlo.

—Por cierto, Nuria, muy buena tu jugada de tirarle el ramo a Saem —se rio Romina—. Ya sabéis que de una boda sale otra y...

—He roto con Saem, pero estoy bien. Os lo prometo. —Según dijo aquello, Romina y Estíbaliz le atravesaron con la mirada, y Alma, al ver el gesto de sorpresa de Nuria, se levantó y enfrentándose a sus amigas trató de disculparse—: Siento no haberos dicho nada. Y...

—¡¿Que has roto con Saem?! —la cortó Nuria. Alma asintió, y ella indagó—: ¿Cuándo?

—La noche que regresamos de la boda.

—¡¿Qué?! —gritaron las tres al unísono.

Alma volvió a sentarse.

—Estaba agobiada. Sobrepasada. Y cuando, por un comentario, él me dio a entender que se quería casar conmigo. Yo... yo... ¡exploté!

—Pero Almaaaa —murmuró Romina.

—¿Qué te dijo exactamente? —preguntó Nuria.

Rápidamente Alma se lo explicó.

—¿Y dejas tu relación con un tipo encantador por un comentario? —se sorprendió Estíbaliz.

Alma resopló.

—Que sepáis que me estoy sintiendo ahora juzgada por vosotras —contestó.

—Más que juzgarte, yo te mataría —murmuró Nuria.

—Pero vamos a ver, lobas —insistió Alma al ver cómo la miraban —, ¿qué queríais que hiciera?

—Le podías haber preguntado a la IA —soltó Nuria.

Alma la miró con dureza.

—Las miradas indiscretas, los comentarios, los susurros. Las palabras de Elías, de Carlos, de mis padres... y... vosotras —empezó a enumerar.

—¡¿Nosotras?! —preguntaron las tres a la vez.

—Sé que no es justo lo que os voy a decir —murmuró Alma, moviendo la cabeza—, pero en este último tiempo, vuestros compromisos me impedían hablar con vosotras como hubiera querido. Tú con la boda. Tú con Carolina y su embarazo. Y tú con tus viajes a Menorca. Y aunque sé que siempre habéis estado a mi lado, la realidad, mi realidad, es que me he sentido sola. Terriblemente ¡sola!

A Nuria, Estíbaliz y Romina oír aquello les dolió. Ninguna imaginó que Alma se hubiera podido sentir así.

—Siento si por mi boda yo... —empezó Nuria.

—No —la interrumpió Alma. Y cogiéndola de la mano, dijo—: Ni tú ni ninguna de vosotras tenéis que sentir nada. Porque la primera que se centró en la relación con Saem fui yo. No os lo digo para echároslo en cara. Solo para que entendáis por qué no hablé con

vosotras. —Ellas, apenadas, asintieron cuando Alma mintiendo dijo —: Aunque ya estoy mejor. No sois conscientes de lo que he tenido que soportar.

—Me pongo en tu situación y claro que lo imagino —indicó Nuria, que preguntó—: Pero ¿tú sabes lo que ha estado soportando Saem?

Fastidiada por aquellas palabras, Alma miró con dureza a su amiga.

—¡Qué pasa! ¿Te importa ahora él más que yo, porque resulta que es el sobrino de tu marido? —le espetó.

—¡Alma! —protestó Romina.

—No, loba, no —respondió Nuria, molesta—. Me importas tú. Pero él es un tío que te quiere, te respeta, y al que le importa una mierda lo que piensen los demás. Y me importa porque hasta hace siete días él era tu unicornio. La persona que te hacía feliz y conseguía que te levantaras todos los días con una sonrisa. Por eso me importa.

—¿Por qué nos has engañado a Romina y a mí esta semana? —quiso saber Estíbaliz—. Estábamos ahí. ¿Por qué no nos dijiste nada?

—Porque sabía que, si os lo decía, una de las dos acabaría por contárselo a Nuria, y no quería joderle su luna de miel.

Ellas asintieron.

—Entonces, ¿estás bien? —preguntó Nuria con cierta frialdad y sabiendo que Alma iba a mentir.

—Sí —mintió.

—¿Cómo está Saem? —quiso saber Nuria.

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Alma parpadeó, y Nuria preguntó—: ¿Ni siquiera le has llamado para saber cómo está?

—No.

—Pero ¿cómo eres tan jodidamente egoísta? ¡Lo has dejado tú a él!

Romina y Estíbaliz se miraron.

—Bueno. Tranquilizaos. No os pongáis así —pidió calma Romina.

—Y vas tú y le tiras el ramo de novia a sus manos —soltó.

—Oh, perdón, ¡fustígame por hacer algo tan malvado!

—¡Me lo tenías que haber consultado!

—Ni en la peor de mis pesadillas —dijo Nuria, moviendo la cabeza — me pude imaginar que algo así te molestaría. Pero si hubieras hablado conmigo y me hubieras dicho cómo...

—Pero si hasta tu tía Irati me dijo que me divirtiera con él el tiempo que durara, y que luego me buscara a un hombre acorde a mi edad.

—¿En serio, Alma? ¿De verdad vas a discutir conmigo por lo que mi tía dijo?

Alma fue consciente de que estaba pagando con ella su propia frustración.

—Joder, no... claro que no, Nuria —reculó.

Pero Nuria, calentita con una situación que no esperaba, volvió a la carga.

—¿En serio me estás diciendo que por lo que digan o piensen los demás has roto una relación real, bonita y verdadera con un hombre que te adoraba y al que no le importaba lo que los demás dijeran? ¡Pero tú eres tonta, por no decir algo peor!

—Nuria, baja la valentonada —le pidió Romina.

Alma no contestó.

—A ver. Siempre dije de este tema que... —se entrometió Estíbaliz.

—Estíbaliz, si vas a venir con tu charla moralista de lo que está o no está bien, no creo que sea el momento —la cortó Romina.

—Iba a decir —insistió Estíbaliz— que yo era la escéptica del grupo en referencia a ellos. Pero al ver su bonita relación, cambié de opinión.

En ese momento, a Nuria le sonó el teléfono. Había recibido un mensaje.

—¡Estupendo! Mario está con Saem, y se lo acaba de decir —anunció. Oír aquello a Alma le revolvió el estómago. Su ruptura ya era un hecho. Ahora todo el mundo lo sabría. Nuria dejó su teléfono a un lado—. Dice Mario que va a escribir a Spielberg para animarle a que os contrate como actores principales para su próxima película a Saem y a ti. —Alma seguía callada, y Nuria siguió informando—: Saem, según Mario, está bien. Y le ha pedido que nos mantengamos al margen de vuestra historia.

—Me parece bien —se mostró Alma de acuerdo.

—¿Tú piensas lo mismo? —preguntó Romina.

—Por supuesto que sí —insistió Alma, aunque en ese momento ya no sabía ni por dónde le venía el aire.

Las tres amigas se miraron. Si Alma quería eso, así tendría que ser. Pero Nuria pensaba de otra manera.

—Eres consciente de que me he casado con su tío —observó.

—Sí, ¿y? —preguntó Alma.

—Pues que, inevitablemente, en ciertos momentos o celebraciones os tendréis que ver.

Alma asintió. Entendía lo que Nuria decía. Ya lo había pensado.

—Vamos a ver, Nuria. Saem y yo somos personas adultas que sabemos comportarnos —respondió para salir de aquel atolladero, intentando mantener su papel de mujer dolida, pero fuerte.

—¿En serio me estás diciendo que el día de Nochevieja ambos vais a estar como si no pasara nada en mi casa, celebrando, riendo y bailando?

—Pues sí —afirmó ella, horrorizada.

Nuria asintió. Eso no se lo creía Alma ¡ni loca!

—De acuerdo —concluyó, tirando de la misma frialdad de la que hacía gala su amiga—. Tema finiquitado. Dime qué has hecho tu pollo al curri, porque me muero por comerlo.

Alma hizo un gesto afirmativo, y cuando sus tres amigas fueron hacia la cocina, tomó aire y las siguió. Tema finiquitado.

Capítulo 80

El lunes, cuando Alma llegó a Diva y Radiante, al entrar en su despacho, se detuvo. Por primera vez en mucho tiempo no estaba esperándole sobre la mesa el precioso ramo de rosas blancas con su romántica tarjetita, pero avanzó, se sentó en su silla y se puso a trabajar.

Tras comer con Nuria, quien sorprendentemente no habló nada del tema, al regresar a Diva y Radiante, Alma llamó a su hija Natalia. Tenía que comentarle su ruptura con Saem, ya que ahora era de dominio público. Aquello a Natalia le cayó como un jarro de agua fría. Pero ¿cómo y cuándo había pasado eso? ¿Por qué su madre no se lo había dicho antes?

Esa tarde, a la hora de cerrar Diva y Radiante, cuando Alma salía de la tienda, se encontró con su hija esperándola en la calle, y tras un más que sentido abrazo, juntas se fueron a cenar. Tenían que hablar.

—No, mamá. No lo entiendo —apostilló Natalia, probando el postre—. Por más que me lo explicas, no puedo entender que...

—Estaba muy agobiada por todo. Te juro hija que, si en el último mes me hubieran tomado la tensión, hubiera reventado el tensiómetro.

—Mamá, pero por qué no me llamaste y me dijiste lo mal que estabas. ¿Por qué no hablaste conmigo o con la tía Nuria?

Alma suspiró.

—Porque tú ya tenías bastante con lo que te había ocurrido con Elías, y tu tía estaba liada y feliz con la boda y lo último que quería era jorobarle su momento. —Natalia, intentando entender, asintió, y Alma, llevándose la mano a la cara, musitó—: Estaba sobrepasada por todo. El rechazo del préstamo y el saber que era Elías quien movía los hilos. Las malas reacciones de los abuelos, de Elías y tu padre al enterarse de nuestra relación. Las miraditas indiscretas y cuchicheos de la gente al verme con Saem. Tu ruptura. Todo. Natalia, sobrepasada por todo.

—Y creo que lo pagaste con la persona que menos lo merecía.

Alma, a quien el corazón no le había vuelto a latir desde la última vez que vio a Saem, intentando no derrumbarse, pues se había prometido que solo se lo permitiría estando en soledad, reconoció:

—Fui una egoísta con él. Lo sé. Pero creo que tomar la decisión que tomé, aun siendo egoísta, fue la acertada. —Y clavando su mirada en la de su hija, murmuró—: Le iba a privar de muchas cosas.

—Mamá, ¡no digas tonterías!

—Corazón, escúchame. La vida es larga y da muchas vueltas. Y lo que hoy te parece bien, mañana puede que ya no te parezca tan bien. Y aunque siempre he dicho que la edad es un número, hay cosas que...

—Mamá, ¿y la conexión que había entre vosotros? ¿De verdad me vas a decir que esa conexión es fácil de encontrar?

Alma suspiró. La conexión con Saem era perfecta.

—No. No es fácil de encontrar —admitió—. Pero las cosas son como son, tomé una decisión y no hay que darle más vueltas.

—Son como son porque te has dado por vencida. Mamá. Has tirado la toalla y has permitido que las miradas indiscretas y los cuchicheos te dañen y bloqueen, cuando tú no eres así. Porque si

algo siempre me ha gustado de ti ha sido tu seguridad ante las cosas. Eres una mujer abierta de mente que siempre ha luchado contra los prejuicios. Una mujer que siempre se ha comido el mundo, pero que, en esta ocasión, has permitido que el mundo te coma a ti. —Su hija tenía razón. Pero la realidad era la que era. Por primera vez en su vida, había permitido que el mundo se la comiera —. No me gusta verte así, porque tú no eres así —insistió Natalia, cogiéndole las manos— Siempre has sido mi heroína. La supermamá de la que me he chuleado ante mis amigos. Y como quiero seguir chuleándome ante todo el mundo de la supermadre que tengo, necesito que vuelvas a ser la madre que me enseñó a luchar por lo que creo y quiero. —Alma sonrió. La fuerza y el cariño que Natalia le daba eran importantes para ella, cuando escuchó—: Si tu relación con Saem ya es pasado, vale. Lo aceptaré. Pero también te diré que ese hombre me gustaba mucho para ti, porque no solo te brillaban a ti los ojos cuando lo mirabas, sino que también le brillaban a él al mirarte a ti.

Emocionada por aquello, Alma asintió.

—Quiero que me prometas una cosa que hace ya muchos años tú me hiciste prometerte a ti —siguió hablando Natalia.

—¿Qué te hice prometer? —se sorprendió Alma.

—Promete que hablarás siempre conmigo cuando que tengas un problema, sea la hora que sea y esté en las circunstancias que esté, y juntas lo intentaremos resolver.

—Te lo prometo —asintió Alma.

—Y ahora quiero que me prometas otra cosa más —Alma sonrió, y Natalia dijo—: Prométeme que a partir de este instante no vas a permitir que nadie te vuelva a pisotear. Y cuando digo nadie, es ¡nadie! Y que vas a volver a ser la mujer fuerte y segura que

siempre has sido. Y no, mamá. No me vale con un «Lo intentaré». Solo admito un «¡Te lo prometo!».

Alma suspiró. Ante ella tenía el fruto de su constancia. Natalia era una mujer segura y empoderada, porque ella siempre lo había sido.

—Te lo prometo, corazón. Te lo prometo —afirmó, siendo consciente de que quería cumplir con todas sus fuerzas aquello que le estaba prometiendo a su hija.

Capítulo 81

Los días pasaron, y aunque el corazón seguía sin latirle por la ausencia de Saem, tras la promesa que le hizo a su hija consiguió comenzar a vivir. Ya nada era igual. Todo le recordaba a Saem. En mil cosas notaba su ausencia, pero tenía seguir. No debía parar. Como le dijeron una vez: si la vida te da limones, haz limonada. Y dentro de lo que la vida le daba, trataba de disfrutarlo.

Los paseos con Sugar por el campo ya no eran tan divertidos como cuando iban con Saem y Freya, pero los daba.

Las comidas que se preparaba no eran tan ricas como las que Saem cocinaba, pero las hacía.

Al ver películas en su sofá por la noche, notaba el lado vacío que antes ocupaba Saem, pero continuaba viéndolas.

Escuchar música siempre había sido un placer para ella, y lo seguía siendo, pero ahora, cuando oía ciertas canciones que antes le gustaban, ahora las sentía.

Todo, absolutamente todo le recordaba a él, pero la vida seguía, y ella debía de continuar.

Uno de los viernes de chicas, el grupo de las lobas cenaba en una bonita terraza cerrada y con calefacción. En determinado momento, Alma, mirándolas, dijo:

—Me estoy poniendo mala.

—¿Qué pasa? —preguntó Romina.

Alma hizo una seña.

—Que esos imbéciles no paran de criticar a la pareja que está a nuestra derecha. —Sin ningún disimulo todas miraron hacia la derecha. A escasos metros de ellas estaban sentadas dos chicas que se veía que eran pareja—: Como esos idiotas vuelvan a hacer otro comentario absurdo, os juro que me van a oír.

Y la oyeron. Vaya si la oyeron. Fue tal el pollo que organizó tras un comentario de uno de ellos, que al final consiguió que estos, avergonzados, tuvieran que abandonar su mesa para marcharse.

Acabado el numerito, la pareja se acercó a Alma. Le agradecieron el bonito detalle que había tenido con ellas y una vez que Alma se sentó, tras darle un trago a su bebida, iba a hacer un comentario cuando Nuria se adelantó:

—Ya podías haber hecho algo así por ti y por Saem, ¿no?

—Nuria —la recriminó Romina.

Oír eso a Alma le dolió. Pero tomando aire para no derrumbarse contestó:

—Tienes razón. Pero la diferencia está en que ahora me siento fuerte, pero antes no.

—¿Te estás recolocando? —preguntó Estíbaliz.

—Sí. Me estoy recolocando.

—Pues esto hay que celebrarlo —dijo Nuria, y mirando al camarero le pidió—: ¡Cuatro cremas de orujo, por favor!

Días después, cuando Alma estaba comiendo con Nuria en un restaurante de la zona donde estaba Diva y Radiante, recibió una llamada de Carlos, su exmarido. Él, con voz lastimera, le contó que había cortado con su novia Jessi y, como en otras ocasiones, le pidió ayuda monetaria para llegar a fin de mes. Alma lo escuchó. Otras veces siempre lo había ayudado. Pero aquel día, con una seguridad que a Nuria sorprendió, le recordó las feas palabras y acusaciones que utilizó contra ella el día que se presentó en Diva y Radiante, y,

antes de colgarle el teléfono, le aconsejó que se olvidara de ella y que le pidiera ayuda a Elías. ¿No eran tan amigos?

Eso a Nuria le dejó sin palabras, y la felicitó. Esa noche, cuando llegó a su casa, llamó por teléfono a Romina y a Estíbaliz para contárselo. Por fin, Alma le había plantado cara a Carlos. Algo que ella siempre evitaba por el simple hecho de ser el padre de Natalia. Pero, al parecer, eso ya se había acabado. Carlos, en cierto momento, eligió el bando incorrecto, y ahora simplemente debía cargar con las consecuencias.

Con aquellos pequeños grandes triunfos, Alma se sentía de nuevo viva. Y sus amigas la volvían a ver segura y fuerte. Pero Nuria, que la conocía muy bien, sabía que, tras aquella fachada de fuerza, el corazón de Alma aún no latía porque añoraba demasiado a Saem.

Sin querer, un día que Alma le dejó su teléfono móvil para que buscara una cosa en YouTube, vio que seguía escuchando la lista de música que en Spotify Saem y ella había elaborado juntos con sus canciones preferidas, y que llevaba el nombre de «Para mi amor». Nuria corroboró entonces que Alma seguía pensando en Saem más de lo que daba a entender. Lo sabía. La conocía.

Llegó Nochebuena y, como cada año, Alma y Natalia fueron a cenar con Paco y Cecilia a su casa. El recibimiento fue frío, incómodo. Pero cuando se sentaron en la mesa los cuatro, la cosa empeoró.

Paco y Cecilia comenzaron a reprocharles sus vidas y en especial sus relaciones. La una era una asaltacunas, guarrilla, por estar con un hombre más joven. Y la otra era una guarrilla descerebrada por haber estado con un hombre tan mayor.

Como era de esperar, ni Natalia ni Alma se callaron. A todo lo que ellos les decían, ellas les respondían, hasta que, en un momento dado, Paco dejó la servilleta de malos modos sobre la mesa.

—Me habéis quitado el hambre —dijo—. Me voy a la cama.

Al ver aquello, Natalia miró a su madre.

—¿En serio vas a irte y dejarnos aquí? —preguntó Alma.

Paco la miró.

—¿Tú vas a venir a mi casa a decirme lo que tengo que hacer? —contestó él con rapidez.

Alma, cansada de aquello, iba a replicar, cuando su madre metió baza.

—Si por nosotros hubiera sido, esta ridícula cena familiar no existiría.

—Bueno... —murmuró Natalia, molesta.

Para Alma, aquello fue la gota que colmó el vaso. Si su hija y ella estaban allí era para que no estuvieran solos. Había soportado durante años insultos, descalificaciones, ofensas, injurias. Pero, de pronto, aquella simple frase de su madre, unida a la promesa que le había hecho a su hija, la hicieron reaccionar.

—Pues hubiera sido algo fácil de solucionar, mamá —respondió, mirando a aquella amargada mujer—. Me llamas. Me lo dices. Y así Natalia y yo no habríamos venido y estaríamos de lujo cenando con alguna de mis amigas.

—Encima se pone chula —se quejó Paco.

Alma se levantó. Tomó aire y, mirando a su hija, preguntó:

—¿Qué te parece si nos vamos?

—Me parece genial, mamá —afirmó ella levantándose.

Paco y Cecilia se miraron. No se esperaban esa reacción.

—¿Sabéis? —dijo Alma, mientras se ponía el abrigo—. Todo en la vida tiene un límite y mi límite con vosotros ha llegado hasta aquí.

—Ni que eso nos preocupara viniendo de ti —masculló Paco.

—Qué desagradecidos sois—replicó Natalia al escucharlo.

—Mejor no te digo lo que eres tú —replicó su abuelo.

Natalia, cansada de aquello, se le encaró.

—A ver, dime qué soy.

Ofuscado, Paco la miró.

—Una niñata malcriada —respondió él— que se acuesta como una vulgar guarrilla con cualquiera, como hizo y sigue haciendo su madre. ¡Esa es mi verdad!

—De tal palo, tal astilla —añadió Cecilia.

Oír eso a Alma le dolió. Pero ¿cómo podían decirle aquello a su hija?

—Y vosotros sois un par de viejos ignorantes —siseó, plantándose delante de ellos—, amargados y soberbios que nunca supisteis ser padres, y, como era de esperar, tampoco abuelos.

—Pero ¿qué dice esta insensata? —gritó Cecilia.

—¡Mi verdad! —afirmó con seguridad Alma.

Natalia sonrió.

—Mamá, ¡eres mi heroína! —exclamó.

A pesar del incómodo momento, aquello hizo sonreír a Alma y mirando a aquellos dos que les gritaban, levantando la voz, añadió:

—A partir de este instante, quiero que os olvidéis de que mi hija y yo existimos, porque vosotros, en el momento en que salgamos por esa puerta, vais a dejar de existir.

—Lo que me faltaba por oír —se quejó Paco—. Como si nosotros os necesitásemos para algo.

—Desde luego... lo que hay que oír —se mofó Natalia.

—Cállate, sinvergüenza —gruñó Cecilia—. ¡Eres como tu madre!

—Y a mucha honra —afirmó Natalia, que añadió—: Pues esa madre de la que tanto te quejas, bien que os compró un apartamento en la playa cuando se lo pedisteis y...

—Déjalo, Natalia. Da igual —la cortó Alma.

—Eres un palo torcido difícil de enderezar —replicó Paco—. Y...

—¡Y se acabó! —levantó la voz Alma interrumpiéndolo. Y acercándose a aquellas dos personas, que de padres solo tenían el título, soltó—: Llevo años oyéndoos hablar de vuestra verdad. Pues bien, ahora vais a escuchar hablar sobre la mía. Mi hermano Francisco allá donde esté tiene que estar muy, pero que muy enfadado con vosotros, y ojalá sea cierto eso de que las personas en la otra vida se vuelven a encontrar, porque estoy convencida de que, si es así, os estará esperando con muchas ganas, para dejaros clara su verdad. Y en cuanto a mí, he soportado por vuestra parte lo insoportable. He aguantado insultos por el simple hecho de que sois mis padres y siempre creía que os debía un respeto, cuando vosotros nunca me lo habéis tenido a mí. He intentado ser una buena hija para unos pésimos padres que nunca me han querido y que siempre me han hecho la vida imposible. ¡Esa es mi verdad! Pero eso se acabó en este mismo instante. ¿Me habéis entendido? — Cecilia y Paco se callaron. Era la primera vez que Alma les levantaba la voz con aquella firmeza, y ella añadió—: A partir de hoy, no quiero volver a saber nada de vosotros en toda mi vida. Me da igual si tenéis para comer o no. Me da igual si os morís de frío o no. Me da igual todo lo que os pase, porque no me interesa. Porque ya no sois nadie para mí, ¿os queda claro? Y sí, ahora voy a ser la mala hija. Ahora sí que podréis gritar a los cuatro vientos lo horrible, despegada y espantosa persona que soy. Pero ¿sabéis? Me da igual, porque yo sé quién soy y por qué he tomado esta decisión.

Natalia, orgullosa de que por fin su madre les hubiera plantado cara a sus padres, la tomó de la mano.

—Me sumo a todo lo que mi madre ha dicho —afirmó—. Por lo tanto, olvidaos de mí también y resolveos la vida solos, como lo lleva haciendo mi madre toda su vida.

Y sin más, madre e hija salieron de aquella tóxica casa tras decir su verdad, y montándose en el coche, con la seguridad de que acababan de cerrar un capítulo tóxico en sus vidas, se fueron al hogar de Romina, donde las recibieron con amor.

Esa noche, cuando Alma y Natalia se marcharon, Romina llamó por teléfono a Nuria y Estíbaliz. Les contó lo ocurrido y todas se alegraron. Estaba claro que Alma se recuperaba con fuerza mientras soltaba lastre.

Capítulo 82

Llegó la Nochevieja.

Desde que los padres de Nuria murieron, cada año las amigas iban rotando de casa para la celebración, y ese año le tocaba a Nuria. Pero, como ahora estaba casada con Mario, lógicamente a la cena asistiría Saem.

Eso inquietó a Alma, pero no dijo nada. Que Saem cenara donde estaba su tío, que era su familia, era lo normal. Pero el mismo día de la cena, Saem, tras hablar con Mario, no acudió. Prefirió quedarse cenando con Dolores y Haneul y luego irse de copas con sus amigos.

Aquella decisión, en un principio, a Mario le molestó. Saem era su única familia, puesto que con Elías había cortado definitivamente, pero lo respetó. Alma, por su parte, se decepcionó. Se moría por ver a Saem. Pero, como una excelente actriz, rio, participó en la fiesta junto a Natalia y el resto de los amigos, sin darse cuenta de cómo Nuria la observaba.

La segunda semana de enero, un miércoles, cuando Saem estaba en la cocina de Mesa Trece recogiendo tras el servicio de cena, Ji Woo entró y dijo:

—Hay una clienta que quiere saludarte.

Saem, que estaba sumido en sus pensamientos, asintió, y al salir se encontró con Nuria. Inconscientemente, miró a los lados.

—Ella no está aquí y tu tío tampoco —le dijo—. He venido sola.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Saem.

—Me gustaría hablar contigo. Sé que no quieres que nadie se meta en la relación que tuviste, y probablemente Mario y Alma me descuarticen cuando se enteren de lo entremetida que soy, pero, lo siento, no puedo permanecer impasible ante lo que veo.

Finalmente, Saem asintió. Le gustara o no sabía que Nuria no se iría de allí sin decirle lo que había ido a contarle.

—Pasa al despacho —le señaló la puerta—. Enseguida voy.

Obedientemente, ella entró en aquel lugar, mientras Saem se acercaba a Ji Woo.

—¿Por qué no me has dicho que era ella? —le preguntó.

Esta lo miró con picardía. Desde que había terminado su relación con Alma, él estaba de lo más gruñón.

—Porque quizá ella pueda hacer o decir algo para que vuelvas a ser tú —respondió—. Y no el insoportable Saem Basagoitia.

—Te estás pasando.

—Tú sí que te estás pasando.

—Ji Woo...

—Solo te diré que los calabacines y las zanahorias tiemblan cuando entras en la cocina.

Oír eso le molestó. Sabía que no estaba en su mejor momento, y aunque intentaba quedárselo para él, estaba claro que el resultado no era el esperado.

—Vamos. Ve a ver qué quiere —lo instó Ji Woo, ignorando su mirada.

Molesto por la situación, Saem maldijo. No le gustaba que nadie se metiera en su vida.

—Muy bien. Dime qué pasa —le pidió a Nuria, al entrar en el despacho.

—Alma está soltando lastre. —Él asintió con indiferencia, y Nuria preguntó—: ¿Has oído lo que he dicho?

—Ya no es mi problema —replicó con desinterés—. Y, perdona, pero tampoco creo que sea el tuyo.

—Te equivocas, Saem. Es mi problema, porque la quiero y la respeto. Y en cierto modo, me siento culpable de no haber estado más atenta a cómo se sentía. Y no puedo dejar de pensar en que, si yo hubiera estado más pendiente de ella y no tan centrada en la boda, creo que...

—Olvidas que «yo» sí estaba ahí.

—Pero ella se vio sobrepasada por...

—Sé muy bien por lo que se vio sobrepasada —la interrumpió—. Y yo sí estaba ahí para que hubiera hablado conmigo de todo eso que, al parecer, la estaba machacando.

Fastidiado por tener que hablar de eso, movió la cabeza. En todo aquel tiempo, no había querido comentar con nadie, ni siquiera con su tío Mario, lo ocurrido.

—Mira, Saem, voy a ser clarita contigo —dijo Nuria—. Entiendo y comprendo que lo que hizo Alma fue una cagada. Y entiendo y comprendo que estés enfadado con ella. Pero quiero que sepas que Alma se ha desvinculado de sus padres. ¡Por fin, los ha mandado literalmente a la mierda! Y no solo eso, sino que, el otro día, cuando estábamos cenando en una terraza, al ver que unos se mofaban de una pareja de chicas, se levantó y ni te cuento el pollo que les montó. Y, por si eso no fuera poco, también ha mandado a paseo a su exmarido cuando la llamó para pedirle dinero como en otras ocasiones.

Sorprendido por que Alma hubiera hecho todo aquello, se alegró por ella.

—¿Y por qué me cuentas esto? —preguntó.

—Porque está soltando lastre, y aunque suene ridículo decirlo, si quieres recuperarla, el momento de intentarlo es ahora.

—Pero qué dices...

—Digo que, si sigues sintiendo algo por Alma, olvides tu orgullo herido, ¡y ve a por ella! —Él no se movió. Claro que sentía algo por ella, pero su rechazo y su egoísmo le habían producido una profunda herida. Nuria insistió—: Alma está en un momento en que reacciona ante determinadas actitudes, porque comienza a ser de nuevo ella. Y aunque suene a locura, creo que deberías hacer algo que la cabreara, para que reaccionara, y...

—¿Te has vuelto loca?

—Lo sé. Estoy como una cabra, pero créeme que no soy la única en este prado.

A Saem, las palabras de Nuria no le hicieron ni pizca de gracia.

—No pienso hacer nada —se obcecó.

—A ver...

—Le dejé muy claro que si me marchaba sería para siempre.

—Pero, Saem...

—Y ella aceptó —sentenció.

—La cagó. Estaba sobrepasada. Fue egoísta al pensar solo en ella. Pero mira lo que te digo, Saem. Cambiar de opinión o rectificar cuando uno se equivoca y tener la capacidad de reconocerlo es de personas consecuentes y maduras. Y esto va por los dos. Ah, y otra cosa. Tú también fuiste tremendamente egoísta al no contarle lo de Elías, y ella te perdonó.

—Creo que deberías marcharte —con el semblante serio, la invitó a salir.

—Ni «mu» a Mario de que he estado aquí.

Él asintió y cuando ella se marchó, furioso, cerró la puerta de un golpe y maldijo. ¿Por qué no acababa de una vez todo aquello?

Capítulo 83

El sábado, Mario y Nuria, a los que les encantaba organizar reuniones, prepararon una cenita en su casa, para los amigos. Saem no acudió. Tenía que trabajar.

Durante la velada, ninguno de los amigos de Mario mencionó a Saem para no incomodar a Alma. Sabían que habían sido pareja. En la cena el ambiente fue distendido y divertido. Nuria y Mario eran unos excelentes anfitriones y el grupo tenía ganas de reír y pasarlo bien. Pero, sobre las doce de la noche, decidieron ir al DeLokos. En un principio, Alma pensó en desmarcarse. Aunque alardeaba ante sus amigas de que ese tema estaba superado, para no hablar de ello, en su interior no lo tenía claro. Y al ver las miradas silenciosas de ellas, tuvo que cambiar de opinión. Aquello les demostraría que, efectivamente, era un tema zanjado.

Con ganas de pasarlo bien, Alma bailó con las lobas, con Mario, con los amigos de este e incluso con un tipo que había en el local y que no le quitaba ojo. Estaba pasándolo bien cuando, de pronto, por un movimiento de Mario, supo que Saem acababa de llegar.

Nuria, que, como ella, se había percatado de lo poco sutil que había sido Mario, la miró.

—Tranquila. No pasa nada —le aseguró Alma, antes de que ella hiciera comentario alguno.

Nuria, con cierta prudencia, asintió. Conocía a Alma mejor que nadie y sabía que sí pasaba. Por mucho que se empeñara en mostrarles a la Alma fuerte que estaba soltando lastre, su

corazoncito seguía llorando por Saem, pero decidió seguirle el juego. Quería ver hasta dónde llegaba.

Alma, por su parte, intentó aparentar tranquilidad. Llevaba sin ver a Saem desde la boda y sabía que ese momento tarde o temprano llegaría. Se había estado preparando mentalmente para encontrarse con él y no sentir nada, pero cuando lo vio aparecer, tan seguro y arrebatador con aquella camisa negra, la americana y el pantalón vaquero, el corazón que dejó de latir el día que él se marchó, como si lo hubiera olido, se desbocó.

Inmediatamente comenzó a sudar. Y dándose la vuelta para no mirar en la dirección en la que él se encontraba, se quedó frente a Nuria.

—¿Te apetece otra cerveza? —le preguntó, exhibiendo una sonrisa.

Nuria asintió y Alma le hizo una seña al camarero para que se las sirviera.

En silencio, y sin mirar hacia donde Saem estaba, las dos amigas hablaron. Sonrieron al ver a Romina hablando con un amigo de Mario y a Estíbaliz bailando con su marido. De repente, a Alma su nariz se le inundó de la colonia de Saem y supo que estaba cerca. Muy cerca. Instantes después, él las saludó a Nuria y a ella. Les dio dos besos. Pero tan pronto lo hizo, sin mirar ni un segundo a Alma ni dirigirle la palabra se alejó.

—Frialdad coreana —comentó ella.

—Mejor que no te oiga decir eso —le advirtió Nuria con gesto serio.

Alma asintió. Su amiga tenía razón. Eso a Saem le molestaba.

Las siguientes horas, aunque ella disimuló, fue tremendamente consciente de cómo Saem la ignoraba. No la miraba. Acostumbrada

a encontrarse con su sonrisa, con su bonita mirada o con sus atenciones, eso la incomodaba.

Sin poder evitarlo, pues sus ojos lo buscaban, vio cómo hablaba con la gente. Como siempre, infinidad de mujeres se le acercaban y aunque él siempre las había mantenido a raya, Alma ahora se percataba de que esos límites ya no existían. Ahora la actitud de Saem era receptiva hacia ellas, y, sin duda, eso les encantaba.

Con la tensión por las nubes, vio cómo una de aquellas mujeres, por cierto, madurita como ella, tonteaba con Saem. Se tocaba el pelo. Le tocaba a él los botones de la camisa. Jugueteaba mordiéndose los labios. Todo eran señales que Alma entendía. De pronto la música cambió y se volvió más íntima.

—¿Te ha dicho Estíbaliz lo de Menorca? —preguntó Nuria. Alma, confundida, negó con la cabeza, y ella se explicó—: Ha comentado que podríamos irnos un finde de lobas allí. ¿Qué te parece?

Pero Alma no pudo contestar. Había comenzado a sonar aquella canción de Bruno Mars tan importante para ellos y al ver que Saem y aquella mujer salían a la pista a bailar, murmuró:

—¡Perfecto!

Nuria se dio cuenta de la rigidez de su amiga, y sorprendida vio que Saem estaba haciendo algo que podía molestar a Alma.

—¿Te incomoda lo que ves? —indagó.

—No me vengas ahora con esas.

Y cuando Nuria fue a responder, Alma se levantó y se dirigió al baño. Al llegar se metió en uno de los aseos y al cerrar la puerta puso su frente contra ella. Lo que acababa de ver la había destrozado. Él y otra mujer. Estaba claro que Saem ya no pensaba en ella si bailaba con otra aquella canción. ¡Su canción!

Desde la pista de baile, Saem vio a Alma ir hacia el baño con gesto ofuscado. Su intención al hacer aquello había sido

incomodarla. Importunarla. Sin embargo, al hacerlo, se hizo daño él. Pero ¿qué estaba haciendo? Y disculpándose con la mujer con la que bailaba, se alejó y se metió en el despacho. ¿Necesitaba espacio y respirar?

Cuando cerró la puerta, se apoyó en ella, y mientras seguía sonando aquella canción tan especial, se dio un cabezazo mientras se preguntaba ¿qué había hecho? ¿Por qué había entrado en aquel juego tan tonto?

Alterado, empezó a pasear por el despacho. Si Alma hubiera hecho aquello delante de él, le hubiera molestado mucho. Muchísimo. ¿Por qué había sido tan cabrón de elegir aquella canción con todas las que había en el mundo?

Cuando su tío le llamó por teléfono para invitarlo a la cena, al saber que Alma estaría, rápidamente dijo que no asistiría. Lo tuvo claro. Pero cuando, esa noche, Mario le envió un mensaje diciéndole que estarían en el DeLokos y que Alma también los acompañaría, aunque en un principio se juró que no iría, cuando se quiso dar cuenta estaba entrando en el local. Necesitaba verla. Se moría por verla.

Desde que había llegado al DeLokos su corazón se había desbocado y le gritaba que se acercara a ella, pero haciendo caso a su cabeza no lo hizo. Ella lo había echado de su vida. Ella, a su manera, se avergonzaba de estar con un hombre como él. Y eso lo había herido.

Mario entró en el despacho y al verlo Saem hizo como que hablaba por teléfono.

—De acuerdo. Mañana iré —oyó que decía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su tío cuando cortó la comunicación.

Saem cogió un libro, lo abrió y dijo:

—Tenía que hacer una llamada.

Mario asintió y mirando el libro que él había abierto, le recomendó:

—Mejor dale la vuelta. Al revés dudo que encuentres lo que buscas. —Molesto por la tontería que acababa de hacer, Saem soltó el libro sobre la mesa. Su tío, conociéndolo, afirmó—: Te dije que ella estaría.

—Y que esté ella significa que no puedo venir yo.

Mario abrió la neverita que allí tenía, sacó dos cervezas, una con alcohol y otra sin, y le dio la primera a Saem.

—No. Claro que no, Saem. Pero te avisé —respondió.

Ambos abrieron sus botellas en silencio, y tras darles un trago, Saem anunció:

—Me voy a ir un tiempo a Seúl.

—No me jodas, Saem. —Tío y sobrino se miraron—. Un tiempo, ¿cuánto? —quiso saber Mario.

—No lo sé... un tiempo. Ya te diré. —Oír aquello a Mario no le gustó; Saem aclaró—: Creo que un cambio de aires me vendrá bien porque Ji Woo dice que hasta los calabacines y las zanahorias tiemblan cuando entro en la cocina. —Eso les hizo sonreír a ambos. Entonces Saem se sinceró—: He venido porque quería verla.

Mario asintió. Lo sabía. Aunque su sobrino no hablara de ello, lo conocía.

—¿Y vas a hacer algo al respecto? —indagó.

—No.

—¿No vas a hablar con ella?

—No.

—¿Pero no has dicho que has venido para verla?

—Sí. Pero no para estar con ella —respondió con frialdad.

—De verdad, Saem, que no te entiendo —murmuró Mario, moviendo la cabeza.

—Yo tampoco me entiendo, tío, yo tampoco —respondió con pesar.

Cuando Alma se repuso y salió del aseo, mirándose al espejo se lavó las manos mientras se recordaba que ella era una mujer segura de sí misma que podía con aquello y con más. Que Saem hubiera rehecho su vida era lo normal. Para eso terminó su relación. Para que él viviera la vida que le correspondía. Por lo que levantó el mentón y, fabricando una sonrisa en su rostro, regresó con sus amigas.

Romina y Estíbaliz bailaban divertidas en la pista, así que, al ver que Nuria no se había movido, se dirigió hacia ella y, cuando llegó, inevitablemente miró a la pista de baile. Saem ya no estaba allí. ¿Se había ido con la mujer? ¿La habría llevado a la azotea?

—¿Buscas a alguien? —preguntó Nuria.

—No.

—Mientes. Estás buscando a Saem —afirmó, mirándola.

—De eso nada.

Nuria levantó las cejas. Confirmaba al cien por cien lo que llevaba intuyendo desde hacía tiempo.

—Cuando quieras —murmuró, acercándose a ella—, me llamas y hablamos tú y yo. Y, por cierto, a mí no me engañas. Puedes engañar a las otras dos lobas, a las lobeznas, al repartidor de pizza e incluso al florista de tu barrio. Pero a mí no. Y no me engañas porque, además de loba, ahora, gracias a mi maridito, ¡soy bruja! Y mira lo que te digo; esa ojera con aire asiático de la que una vez te hablé, la sigo viendo. —Sorprendida por aquello que Nuria había callado y disimulado durante todo aquel tiempo, Alma no supo qué

responder. Nuria, levantándose, dijo—: Pero ahora vamos a bailar. Ya hablaremos en otro momento.

Sin dudarlo y para cortar aquel incómodo momento, Alma asintió y ambas se unieron a las otras dos, y mientras bailaba, el mundo mejoró.

Capítulo 84

El domingo, Natalia conducía su coche por La Moraleja. Había llamado a Elías. Tenía que hablar con él y solucionar un temita pendiente.

Al llegar, dejó el coche en el exterior y no en el interior como le había indicado Elías. Llamó a la puerta, pero ya no fue Haneul quien la recibió con una sonrisa. En este caso, fue Elías, quien al verla la saludó con su sonrisa de superioridad habitual.

—Me alegra verte, Natalia.

—Lo mismo digo —fingió ella.

—¿Por qué no has metido el coche como te dije?

—Porque mis amigos se han quedado dando una vuelta con él, mientras yo hablo contigo —mintió.

Sorprendido y en cierto modo molesto por saber que los amigos de ella la esperaban, Elías asintió.

—Vayamos al salón —la invitó, una vez que entraron y él cerró la puerta.

De fondo se oía música clásica. A Elías le gustaba mucho aquella música.

—*La habanera*, de Bizet, ¿verdad?

—Así es —afirmó él—. Me congratula que lo sepas.

En los meses que habían estado juntos, ella se había preocupado por fijarse en saber las cosas que le agradaban, pero eso no había sucedido al revés.

—¿Quieres un vino?

—No. Prefiero una Coca-Cola.

—¿En serio prefieres un refresco a uno de los excelentes vinos que tengo?

—Pues sí —afirmó.

Con gesto contrariado, Elías desapareció. Fue a la cocina, donde cogió una Coca-Cola, un vaso, hielo y una rodaja de limón. Después, se sirvió un vino, y, sonriendo, regresó al salón. Allí Natalia lo esperaba, y él estaba expectante por saber cuál era el motivo de aquella llamada y si era porque ella lo había pensado mejor y quería volver con él.

Ya en el salón, le entregó el vaso a Natalia. Él se sentó frente a ella.

—¿Qué haces? —le preguntó él, mirándola.

—Quitar el limón. Nunca me gusto en la Coca-Cola —explicó Natalia.

Tras unos segundos de silencio, Natalia empezó a hablar con tranquilidad.

—Estoy aquí porque ya me he enterado de que has sido tú quien ha boicoteado el préstamo de mi madre y de Nuria. Y no solo eso, sino que has chantajeado a Saem. —Oír aquello a Elías le sorprendió. Natalia prosiguió—: Y, sinceramente, Elías la has cagado. Y la has cagado, pero a base de bien.

—¿De qué hablas?

—Hablo de que lo que hubo entre tú y yo se terminó y aun habiéndote comportado como un auténtico cabrón, para mí era tema zanjado. Pero... ¿sabes? Una cosa es lo que me haces a mí, y otra muy diferente lo que les haces a personas a las que adoro y quiero, como mi madre.

Elías la miró con una expresión fría cargada de superioridad. Natalia había cometido la osadía de presentarse en su casa para

hablarle así a él. A don Elías Basagoitia. Estaba claro que aquella muchacha de clase media había olvidado cuál era su lugar.

¿Quién demonios se creía que era para tratarlo de semejante manera?

Con calma tomó aire. Dio un trago a su exquisito vino. Tocó con sus dedos el oscuro cuero de su sillón y la observó con desprecio.

—Mide tus palabras —escupió—. ¿Quién te crees que eres para hablarme como si fuéramos iguales?

Aquellas palabras la hicieron sonreír. Lo conocía y sabía por dónde iba a salir.

—Si existiera un concurso de idiotas, te llevarías el primero, el segundo y el tercer premio —le soltó.

Escuchar eso y ver su sonrisa a Elías lo encolerizó y por un segundo lo desconcertó. Pero enseguida se volvió a recomponer. En el mundo en el que él vivía, todo tenía su lugar y estaba claro que aquella niñata había olvidado cuál era el suyo. Y cuando fue a levantar la voz, Natalia, con una tranquilidad que lo volvió a desconcertar, le advirtió:

—Cuidado, Elías. No sabes por qué estoy aquí y te puedo sorprender.

—¿Tú a mí?

Natalia asintió y luego dio un trago a su Coca-Cola.

—Te crees muy listo —dijo—, que lo controlas todo, pero, amigo, conmigo no ha sido así. Y no ha sido así porque yo de ingenua puedo pecar, pero de tonta y poco espabilada, te aseguro que no, porque tuve una excelente maestra.

—¿De qué narices estás hablando?

Natalia apoyó su espalda en el respaldo del sofá.

—¿Te imaginas qué pensarían todos esos jefazos asiáticos que veneras, si supieran realmente quién eres? —Elías no contestó, y ella

añadió—: Tú les has mostrado una imagen muy cuidada de ti. Un hombre íntegro. Profesional. Masculino. Con don de gentes para saber estar. Pero ¿qué pasaría si yo les mostrara realmente quién eres?

Elías sin entender nada, movió la cabeza, y Natalia, dejando la Coca-Cola sobre la mesa, se echó hacia delante, y dijo:

—Si no quieres que esos jefazos a los que te encanta impresionar sepan algo de ti que te va a costar tu puesto de trabajo, quiero dos cosas. La primera, que hables con quien tengas que hablar para que mi madre consiga el préstamo que necesita con las mayores ventajas posibles. Y la segunda, que dejes en paz a Saem.

Estupefacto, Elías comenzó a reír. Lo que ella le pedía no tenía la más mínima intención de concedérselo.

—¿Qué te hace pensar que yo me voy a dejar chantajear por ti? —quiso saber—. ¿Por una niñata de barrio?

Natalia movió la cabeza. Su clasismo era asqueroso.

—Porque sé lo importante que son para ti las formas, el qué dirán —continuó— y el que te consideren el macho ibérico por excelencia en tu empresa. Porque sí, los asiáticos en el tema sexo, dependiendo de qué cosas, no las llevan bien. Y tampoco llevan bien que jueguen con su dinero.

Elías parpadeó cuando ella, sacando de su enorme bolso un portátil, se lo enseñó y, para cubrirse las espaldas, dijo:

—Esto que te voy a enseñar, mis amigos, los que me esperan en el coche, también lo tienen. Te lo digo porque si haces la machirulada de estampar el portátil contra la pared, que sepas que hay copias. Y si se te ocurre hacerme algo a mí, o no salgo antes de media hora de esta casa, ellos llamarán a la policía.

Acto seguido, Natalia abrió la pantalla. Tecleó y le enseñó unos documentos.

—Tu cuenta en las Barbados —dijo.

Boquiabierto, Elías miró aquello. Durante años se había estado apropiando de dinero de la empresa, moviendo pequeñas cantidades a aquella cuenta sin que nadie sospechara. Pero ¿cómo había descubierto ella aquella cuenta? Iba a replicar, pero ella no le dejó.

—Lo sé. Soy tremenda. Pero es lo que pasa por ser una chica de barrio. Que somos listas y tremendamente espabiladas.

Elías se levantó y comenzó a gritar improperios, mientras Natalia, haciendo ver que estaba segura y tranquila, aunque por dentro temblaba como una hoja, le sugirió:

—Como diría mi tía Romina, ¡baja la valentonada! —Él se calló y la joven señaló—. Ven. Todavía quiero enseñarte algo más.

Receloso, él se acercó, y ella, abriendo otra carpeta en la que se veían varias imágenes y vídeos, le dio al *play* en una de ellas.

El gesto de Elías inmediatamente cambió. Si lo visto antes era malo, esto era peor. Lo que Natalia le enseñaba era una de sus fiestas privadas. Elías a cuatro patas sobre una cama, tenía sexo anal con otro hombre, mientras le comía otra cosa a un tercero.

—Se ve cómo lo disfrutas, ¿verdad? —se mofó Natalia, cogiendo su teléfono.

Elías, horrorizado, se levantó. Si aquello salía a la luz, hundiría su impecable reputación laboral y personal. Nadie, a excepción de alguna pareja íntima, conocía aquel secreto.

—Eres una zorra —siseó él.

—Lo sé. Pero zorra de barrio, que para todo hay categorías.

—¿Cómo puedes tener esto en tu poder? ¿Cómo?

—Te dije que ingenua puedo ser, pero tonta no.

—¿Y eso qué significa, maldita sea?

—Pues significa que cuando empecé a ver cosas de ti que no me cuadraban, mi lado periodista quiso saber, y rascando un poquito, lo

que encontré me hizo entender que debía guardarlo, por si alguna vez lo necesitaba. Y en cuanto a las grabaciones, fue fácil. Teléfono móvil en excelente sitio para grabar, y listo, ¿a que soy increíble?

Molesto. Furioso.

—¡Lo que eres es una puta, como tu madre! —gritó, rabioso.

Según dijo aquello, como un resorte, Natalia le soltó una bofetada, y cuando este fue a reaccionar, ella, mintiendo, le mostró su teléfono.

—Atrévete a tocarme, y lo vas a lamentar. Porque si tú me pusiste un localizador espía en el teléfono, ahora mismo llevo una cámara espía, que está emitiendo en directo. —Y mirando a su teléfono, saludó—. ¡Hola, chicosssss! Tranquilos, que enseguida salgo.

Elías se quedó paralizado. Natalia cerró el portátil, lo guardó en su bolso y con la mano dolorida por el bofetón que le había soltado, lo señaló.

—Mañana quiero que mi madre y mi tía reciban un email del banco diciéndoles que finalmente les han concedido el préstamo con unas condiciones maravillosas. Y como conozco a mi madre, y se informará del porqué ahora sí y antes no, ya puedes decirle a quien corresponda que se invente una mentira creíble. Por lo que respecta a Saem, déjalo vivir. No te vuelvas a acercar a él. Y en cuanto a lo que tengo en el portátil, ahí seguirá. Y no pienso utilizarlo, a no ser que no cumplas con lo que te he dicho; en caso contrario, será de dominio público. Y si tú en el banco tenías facilidades para hacer maldades, imagínate las facilidades que tengo yo como periodista para vender ciertas noticias. Y, por último, está conversación entre tú y yo se acaba en tres, dos, uno, ¡cero!

Él la miró boquiabierto. Estaba atado de manos y pies. Aquella niñata de barrio lo tenía todo controlado de tal manera que supo que lo mejor era obedecer.

—Adiós, Elías. Diría que fue un placer conocerte, pero mentiría —remató ella.

Y sin más, salió de la casa mientras a su espalda lo oía blasfemar como un loco.

Cuando salió de la finca y llegó a su coche, Natalia, temblando como una hoja, cerró los ojos. Sabía que el chantaje al que lo había sometido no había estado bien. Pero tampoco estaba bien lo que él había hecho. Si su madre se enteraba de aquello, la mataría. Pero, sonriendo, encendió el motor de su vehículo, arrancó y se marchó. Esperaba que toda su temeridad sirviera de algo.

Capítulo 85

Cuando el lunes Alma abrió la puerta de su despacho en Diva y Radiante, como siempre sus ojos fueron directos a su mesa. No estaba el ramo de rosas blancas.

Tomando aire, entró y después de dejar el bolso y quitarse el abrigo, estaba a punto de sentarse cuando apareció Nuria.

—Madre mía, qué frío. Como siga así, va a nevar. —Alma asintió. Febrero para ella era el mes más frío en Madrid y Nuria le preguntó —: ¿Quieres hablar?

—No.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

—No te creo.

—Ese es tu problema.

—Pero tengo que contarte algo, y...

—Nuria —la cortó—, si es de quien imagino, no quiero saberlo.

Durante unos segundos se miraron. Estaba claro que tenían una conversación pendiente. En ese momento, Peláez entró en el despacho.

—Buenos días de frío lunes, ¿tenéis un rato para reunirnos? —les pidió.

—¿Qué pasa? —preguntó Alma.

—Quisiera enseñaros algo que se me ha ocurrido para la web.

Con profesionalidad, las dos mujeres asintieron y sentándose con él, escucharon lo que les tenía que decir.

Una hora después, cuando Peláez se fue del despacho, entró Candela.

—Alma, te necesitamos en tienda un momento.

—Enseguida voy.

Una vez que se quedaron solas, Alma, mirando a su amiga, dijo:

—A ver, Nuria. Sé de lo que quieres hablar y, si te soy sincera, no me apetece. Ese es un tema que ya está finiquitado.

—¿También olvidado? Porque por ciertas cositas que percibo sé que mientes como una bellaca.

Nuria lanzaba a matar. Ella era así.

—Tengo que bajar a la tienda —dijo Alma, esforzándose en sonreír.

Y sin más, salió de su despacho para ayudar a Candela con el vestido de una novia que quería muchos cambios.

A la hora de la comida, cuando todo el mundo se había marchado, Nuria estaba en su despacho contestando emails, cuando de pronto le entró uno del banco. Con curiosidad lo abrió, y al ver lo que en él se decía, se sorprendió, por lo que rápidamente abrió la cuenta del banco que tenía Diva y Radiante y se quedó sin habla.

Corrió a toda prisa al despacho de Alma con su portátil en la mano.

—Tenemos que hablar —dijo nada más entrar.

Alma al escucharla resopló.

—Madre mía, Nuria, ¿otra vez con lo mismo?

Pero esta, acelerada, se acercó hasta la mesa, y posando su portátil sobre ella, le señaló:

—Mira.

—¡¿Qué?! —exclamó Alma al ver lo que le mostraba su socia.

—¿Ves lo que yo? —preguntó Nuria.

—¿Nos han concedido el préstamo?

Boquiabierta, Nuria asintió.

—Y por lo que veo con un TAE bajo —explicó—, flexibilidad para pagar antes, ninguna comisión y condiciones transparentes.

Aquellas condiciones que el banco les otorgaba eran de lo mejor. No entendían nada.

—Pero si nos lo habían denegado. ¿Cómo es que ahora nos lo dan? ¿Qué ha pasado? —murmuró Alma, desconcertada.

Nuria, en un sinvivir, no respondió mientras no quería creer lo que pensaba. Tras la fiesta del sábado por la noche, al regresar a casa, Mario le contó que, al entrar en el despacho, Saem hablaba por teléfono y que justo después le dijo que pensaba marcharse a Seúl. Saber eso le apenó. Pero ahora, al recibir aquello, no podía dejar de preguntarse si por su culpa, por pedirle a Saem que hiciera algo para que Alma se cabreara, este había aceptado el chantaje de su padre.

Acalorada y sudorosa, se dio aire con la mano, y llamó a Mario con toda celeridad mientras que Alma sin entender nada la observaba. Con voz atropellada le contó lo que ocurría y Mario rápidamente blasfemó. Si su sobrino había hecho aquello, lo mataría.

Segundos después, cuando la conversación entre los dos finalizó, Alma, mirando a su amiga, en un hilo de voz, dijo:

—Dime, por favor, que Saem no tiene nada que ver en esto. Dime que no ha firmado eso que Elías pretendía.

Nuria, pálida, se encogió de hombros. Desde luego, si Saem había hecho aquello para que Alma reaccionara, lo iba a conseguir.

—No lo sé, pero... puede.

—¿Cómo que puede?

—Te dije que tenía que contarte algo.

Ver el gesto de su amiga y sobre todo ver que no bromeaba, le hizo entender a Alma que la cosa era seria.

—Cuéntamelo ahora —le pidió.

—Ayer Mario me dijo que Saem se marchaba por un tiempo a Seúl, y recibir hoy esta noticia del banco me hace entender que...

—No quiero el préstamo, ¡deniégalo!

—Alma... Saem se va.

A Alma aquella noticia le cayó como un jarro de agua fría. De la felicidad a la angustia había pasado en apenas un minuto.

—¿Cómo que se va? —preguntó, con un hilillo de voz.

Nuria fue a responder, cuando Alma, cogiendo su teléfono móvil, lo abrió. Buscó a Saem y cuando fue a marcar su número dijo:

—¡Me ha bloqueado!

Nuria se acercó a ella y lo confirmó.

—Efectivamente, te ha bloqueado.

Petrificada y sorprendida, parpadeó. Recordaba haber mirado aquel número de teléfono cientos de veces mientras se preguntaba si lo llamaba. En todas aquellas veces, pudo ver la foto de Saem. En todo aquel tiempo pudo llamarle y no lo hizo. ¿Por qué ahora la había bloqueado?

—Llámalo tú.

Nuria asintió y cuando fue a hacerlo murmuró.

—¡Me ha bloqueado también!

En ese momento, Alma comenzó a llorar. Lloraba desconsoladamente. Por suerte, no había nadie ni en la oficina, ni en el taller, ni en la tienda, porque todos se habían marchado a comer, por lo que Nuria, acercándose a ella, la abrazó.

—Lo ves, cabezota, como tenías que hablar —le dijo con mimo.

Pero Alma no podía hablar. Solo podía llorar. Pensar en que Saem se marchaba de España por su culpa le partía el corazón, y tras un rato de lloros y de desesperación, cuando Nuria consiguió que se calmara, le confesó:

—Creo que yo tengo la culpa de esto.

Y sin más, le explicó que se había presentado en el restaurante de Saem días antes, para hablar con él.

—¿En serio ha aceptado el chantaje para que yo reaccionara?

—Creo que sí. Y es por mi culpa.

Horrorizada, Alma se levantó y comenzó a dar vueltas por la oficina. En ese momento, Mario llamó a Nuria.

—Estoy con Saem en su restaurante, ¿le digo algo de lo del préstamo? —le preguntó.

Alma, que estaba oyendo, arrebatándole el teléfono a Nuria respondió:

—No. Deja que se lo diga yo. Voy para allá.

—Vamos —rectificó Nuria, quitándole el teléfono.

Alma se puso el abrigo.

—Espera que coja mi bolso y el abrigo —gritó Nuria al verla.

Ya en la calle, Alma paró un taxi. No quería ir hasta el garaje a coger el coche, y cuando las dos amigas se montaron y dieron la dirección al taxista, Nuria murmuró:

—Respira, que te estás poniendo azul.

Alma lo intentó. Pero respirar en un momento así era difícil y complicado.

—No se puede ir —confesó, mirando a su amiga—. Le quiero. ¿Cómo se va a marchar?

Nuria asintió. Lo sabía.

—¿Y si lo quieres ¿Por qué lo dejaste? —la regañó.

—Porque fui una egoísta y solo pienso en mí.

Nuria asintió. Por fin su amiga aceptaba la verdad, y mirando al taxista para que se diera prisa dijo:

—¿Este taxi tiene modalidad *fast and furious* o hay que desbloquearlo?

El taxista la miró por el retrovisor y, entendiendo que era una urgencia, aceleró.

Capítulo 86

Saem, que recogía la cocina ayudado por su equipo tras el servicio de comida, miró a su tío.

—¿Quieres un café? —le preguntó.

Mario asintió. Estaba intranquilo, porque sabía que Alma y Nuria iban hacia el restaurante para solucionar lo del préstamo, pero no dijo nada. Si su sobrino había aceptado el chantaje del imbécil de su hermano, iría otra vez a por Elías, y esta vez lo mataría.

Saem metió una bandeja en el lavavajillas y luego se quitó los guantes de látex, y los tiró a la basura.

—Vamos —le dijo su tío.

Saem y Mario salieron a sala. Allí, Ji Woo colocaba manteles limpios sobre una mesa, y, al verlos, se limitó a sonreír.

Mario, inquieto, miró el reloj, y Saem se dio cuenta.

—¿Por qué miras tanto el reloj?

—Porque se me está rompiendo la correa —se le ocurrió decir, consciente de que su impaciencia podía delatar lo nervioso que estaba—, y hasta que no me compre otra, no puedo dejar de hacerlo por si lo pierdo.

De pronto se oyeron unos golpes en la puerta de la entrada.

—Voy yo —se ofreció Ji Woo.

Cuando Saem estaba dejando uno de los cafés sobre la barra, vio entrar a Alma, seguida por Nuria, y antes de que pudiera reaccionar, ella, poniendo su teléfono delante de él, gritó:

—¿Me has bloqueado?

Sorprendido de verla allí, no respondió y ella, nerviosa como nunca en su vida, seleccionó el nombre de Saem en su teléfono.

—Pues bloqueado tú también —soltó.

Nuria se dirigió a toda prisa a donde estaba Mario y le dio un beso.

—Así... no vamos a ninguna parte —le dijo, haciendo un gesto hacia los otros dos.

Nuria asintió. Alma tenía que soltar para luego razonar.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Saem.

Acalorada, Alma soltó su bolso en el suelo.

—¿Por qué lo has hecho? —quiso saber Alma.

Saem levantó las cejas. ¿Había reaccionado como dijo Nuria? E imaginando que se refería a bailar su canción con aquella mujer el sábado en el DeLokos, respondió:

—Porque me apeteció.

—¿Porque te apeteció?

—Soy libre y puedo tomar mis propias decisiones.

—Pero Saem —insistió alma—. ¡Justamente eso no!

—Mira, Alma —dijo, pasmado por sus palabras y por su poca vergüenza—. No tengo que darte ninguna explicación. No entiendo a qué viene este numerito, y lo más acertado es que te des la vuelta y te vayas, antes de que diga algo que verdaderamente te moleste.

—Woooo, está enfadado —murmuró Mario.

Pero Alma no se movió. Sabía que lo que ella hacía Saem lo vería como un numerito, y observando en aquel bonito rostro aquella frialdad coreana que a él tanto le molestaba escuchar, dijo:

—¿Cómo has podido hacerlo? ¿Cómo has podido firmar? ¿Por qué has aceptado el chantaje de Elías? —Saem, sin entender nada, iba a replicar cuando ella balbuceó—: Yo... yo... sabiendo esto... no puedo aceptar el préstamo.

—Yo tampoco —apostilló Nuria.

—¿Os han concedido el préstamo? —preguntó Saem, estupefacto.

Alma y Nuria asintieron.

—Aunque no estemos juntos me niego a que te vayas a Seúl por haber aceptado el chantaje de tu... de Elías —continuó Alma—. Pero Saem, ¿en qué estabas pensando?

Él, tratando de procesar aquella información, levantó una mano para pedirle que lo dejara hablar.

—Me alegro mucho de lo del préstamo. Y antes de que sigas diciendo cosas atropelladas, permíteme que te diga que yo no he firmado ni he aceptado ningún chantaje de nadie.

—Gracias, diosito —murmuró Nuria, aliviada, sonriendo con Mario.

—¿Y por qué el banco nos ha concedido el préstamo? —preguntó Alma.

Saem, tan confundido como ella, se encogió de hombros e, intentando que aquellos bonitos ojos verdes no le hicieran bajar la guardia, respondió:

—Pues no lo sé. Pero por mí no es.

Alma tomó aire y sonrió.

—¿Porque te quieres ir a Seúl? —quiso saber.

—Eso es algo que a ti no te incumbe —respondió, volviendo a marcar distancia entre ellos.

—Menudo borde es el tío —susurró Nuria.

—Ni que tu amiga trajera un certificado de calidad.

Mario y Nuria se miraron.

—Aunque me lances tu mirada de bruja malvada, créeme que no me impresionas —soltó Mario.

—Pues que sepas que puedo subirle la intensidad.

—¡Pero qué me estás contando! —murmuró Mario, dándole un mordisco en el cuello.

Ajenos a lo que ellos se decían, Saem y Alma continuaban mirándose con intensidad.

—Me equivoqué —soltó ella ante la fría actitud de él—. Fui una egoísta y solo pensé en mí, sin tener en cuenta tus sentimientos, ni el daño que podía causar, y por eso créeme que, de todo corazón, te pido perdón. —Saem no se movió. Solo podía mirarla y escuchar. Ella prosiguió—: Siempre he oído que solo nos damos cuenta del valor de las cosas, los momentos o las personas cuando los perdemos. Y sí. Qué cierto es. Porque, aunque intento ser fuerte, y no pensar en ti, te juro que es imposible, porque estás en cada momento y en cada acción del día.

—Muy bien, loba —murmuró Nuria, haciendo sonreír a Mario.

—Qué pena no tener palomitas —cuchicheó Ji Woo, acercándose a ellos.

—Aunque soy mayor que tú —prosiguió Alma—, tú has tenido la madurez que a mí me faltó, porque yo pensé en mí, mientras que tú siempre pensaste en los dos. Cuando nos conocimos y nos dimos la oportunidad, todo era un juego de seducción. El tiempo que vivimos en nuestra burbuja secreta fue algo mágico y divertido. Pero cuando dimos el paso para que todo el mundo pudiera ver que éramos una pareja, todo cambió. Porque mientras tú caminabas de mi mano con la cabeza erguida, yo... yo... la comencé a agachar, al dejarme llevar por mis miedos y dudas. De pronto, me convencí de que yo no era la persona correcta para ti, por cosas que ahora sé que no merecía la pena escuchar ni pensar.

Emocionada, Nuria apretó la mano de Mario, y Alma, conteniendo las lágrimas, siguió adelante:

—Sé que ahora es tarde para nosotros. Y lo sé, porque te conozco, y ante lo que hice, nunca me darás una segunda oportunidad. Me lo advertiste. Pero necesito decirte y me da igual

quien me escuche, que te quiero. Te quiero con todo mi ser, como nunca he querido a un hombre, y significas tanto para mí que no tengo palabras para describirlo. Y sí, cariño. Nos llevamos dieciséis años, pero ¿qué son dieciséis años cuando hay amor y lealtad?

Alma se detuvo para tragar el nudo de emociones que tenía en la garganta. No era fácil decir todo aquello ante un hombre que solo la miraba con distancia. Por lo que, entendiendo que debía terminar, susurró:

—Si en otra vida nos volvemos a encontrar, y me das la oportunidad, créeme que te demostraré todo lo que aprendí de mis errores, y haré que te sientas el hombre más querido y valorado del mundo. Y sí, adoro Diva y Radiante, pero mi gran sueño, desde que te conocí, siempre has sido tú.

—Mira, bruja. El vello de punta —susurró Mario, enseñándole el brazo.

Tan pronto como Alma se calló, un silencio sepulcral los rodeó. Mario, Nuria y Ji Woo se miraban conmovidos, y Alma, viendo que Saem no se movía, y mucho menos pensaba contestar, murmuró:

—Y ahora me voy.

Acto seguido, agachándose, cogió el bolso del suelo. La indiferencia de Saem la estaba matando. Estaba claro que no quería regresar con ella. Que, como dijo, no le iba a dar otra oportunidad.

—Te acompaño —dijo Nuria, moviéndose.

Alma asintió. Y tras mirar una última vez a Saem, que ya se había dado la vuelta y estaba ante la máquina del café cargándola, pensó en decir algo más, pero finalmente calló. Era lo mejor.

El aire congelado de la calle al salir del restaurante le hizo a Alma tomar aire. Había dicho lo que no pensaba decir, pero al verlo sintió que necesitaba sincerarse y decirle cuánto lo quería y lo arrepentida que estaba.

—He hecho el ridículo —se flageló.

—No. Has dicho cosas preciosas.

—Necesitaba decirlas.

—Pues quédate con eso —la cogió Nuria del brazo—. Porque, aunque no lo creas, eso te hará sentir mejor.

—Eso espero —susurró desconcertada.

Dos segundos después, pararon un taxi y regresaron a Diva y Radiante, mientras, en el interior del restaurante, Ji Woo se acercaba a Saem y, tras darle un empujón, le preguntó:

—¿En serio lo más importante es preparar un café?

Saem la miró. En su mirada no había nada bueno.

—Ji Woo. Creo que no es el mejor momento —le recomendó Mario.

Pero ella, ignorando lo que Mario decía, levantó su dedo acusador hacia Saem.

—Usa tu frialdad con quien se la merezca —le soltó—, no con quien se enfrente a ti y te abra su corazón.

Y dándose la vuelta entró en la cocina. Mario, sacando unas cervezas de una nevera, le entregó una a su sobrino, y este, totalmente descolocado, se la cogió.

Capítulo 87

El martes por la mañana, tras una noche interminable en la que Alma no había pegado ojo por lo ocurrido con Saem, cuando se levantó y abrió la persiana, sonrió. ¡Estaba nevando!

De inmediato, llamó por teléfono a Natalia.

—¿Has visto que está nevando?

—Sí —afirmó la joven, que estaba en una furgoneta con algunos compañeros de trabajo.

—¿Quedamos en una hora donde siempre y te cuento una cosa que te va a dejar sin palabras?

—Imposible, mamá. Voy camino de Córdoba para cubrir una noticia. —Saber eso a Alma le apenó. Las pocas veces que nevaba en Madrid, ella y Natalia se juntaban para ver aquel precioso espectáculo. Entonces su hija preguntó—: Pero cuéntame esa noticia. ¡Me muero por saberla!

Viendo cómo caían los copos de nieve desde su ventana, Alma le explicó que el banco les había concedido el préstamo, aclarándole que Nuria y ella habían hablado con Saem y este les había indicado que no tenía nada que ver. Alma omitió que Saem se marchaba a Seúl, que ella le había abierto su corazón y que él ni se había inmutado. Pero sí le comentó que cuando regresara de su viaje a Córdoba le contaría todo con detalle.

Natalia, feliz por saber que le había ganado la batalla a Elías, sonreía. Nunca le comentaría la verdad a su madre, pero, conociéndola y sabiendo que buscaría respuestas, preguntó:

—¿Has llamado al banco para preguntar por qué ahora sí os lo han concedido?

—Pensaba llamar hoy.

—Pues ya me dirás lo que te dicen. Me llama mucho la atención.

Sin dudarlo, Alma asintió y tras acabar de hablar con su hija, llamó directamente al banco. Habló con el director. Y este le indicó, que, después de unos problemas internos, el nuevo comité de riesgos, tras otro análisis financiero de su solicitud, habían decidido aprobarlo y le pedía disculpas por los problemas que les habían podido ocasionar. Saber aquello a Alma le gustó. Quizá Elías no tenía tanto poder como él creía.

Tras llamar por teléfono a Nuria y decirle que llegaría a la hora de comer a Diva y Radiante, se puso unos vaqueros, una camisa con una sudadera y unas botas altas. Una vez que se colocó un gorro de lana y se puso su abrigo impermeable, hizo una llamada y se aseguró de que el marido de Candela estuviera en la garita del parque del Capricho. Después, cogió su coche y se fue hacia allí.

Al llegar al parque, pasó a saludar a Jesús, y este, como siempre, le abrió la puerta. Sonriendo y mientras los copos de nieve caían de un blanco cielo, Alma caminó en silencio y con tranquilidad por aquel parque mientras escuchaba la música que sonaba en sus auriculares. Aunque Shakira la acompañaría toda su vida porque para ella era la mejor, ahora también se había aficionado a Whee In, Jung Seung Hwan, o Hwasa entre otros, pero había vetado a Bruno Mars. No podía seguir escuchando aquella canción.

Mientras caminaba, pensó en Natalia. La recordó de nuevo siendo una niña, corriendo de un lado a otro bajo la nieve con su sonrisa encendida, y no pudo evitar sonreír. Y aunque entendía que su hija ya era una mujer, dueña de su camino y su vida, en ese instante sintió un leve vacío en la palma de su mano. Pasara el tiempo que

pasara, siempre echaría de menos aquella pequeña manita que un día sostuvo y que siempre sería la de su niña.

Cuando alcanzó lo alto de aquella suave colina donde estaba el Templete de Baco, subió sus cinco escalones y tras pasear su mano enguantada por una de sus doce columnas jónicas, se sentó en uno de los bancos de mármol que allí había.

Acomodándose en el banco, miró hacia arriba y, al no tener techo el templete, observó cómo los copos de nieve caían lenta y pausadamente hasta acariciar su rostro. Cerró los ojos. Estar sola en aquel lugar le permitía relajarse. Tranquilizarse. Allí estaba completamente sola y en paz. Nadie iba a estropearle aquel momento.

Durante un rato disfruto de aquello, cuando de pronto notó que alguien le quitaba uno de los auriculares que llevaba puesto y abrió los ojos.

—¿Sabías que, con anterioridad a Baco, la estatua que había era la de la diosa Venus? —oyó decir.

Alma, sobrecogida, asintió. A un palmo de ella, sentado en el banco de al lado estaba Saem.

—Pero ¿cómo sabías que...?

—Porque nieva. Y me dijiste que cuando nevaba siempre vienes aquí. —Sorprendida de que recordara aquello, Alma asintió. Y él añadió—: Por suerte, Jesús me recordaba. En cuanto me ha visto aparecer, sin que yo dijera nada, me ha dicho que tú ya estabas en el parque y me ha abierto la puerta. —Eso hizo a Alma sonreír. Estaba claro que Saem, con su porte asiático, lo había impresionado —: Imagino que esa personita especial con la que venías a este parque cuando nevaba era Natalia, ¿verdad?

—Sí.

Saem asintió.

—Te pido disculpas por mi silencio de ayer —señaló, seguro de lo que había ido a hacer.

Alma, con una triste sonrisa, se encogió de hombros.

—No pasa nada, lo entiendo —murmuró.

Durante unos segundos se miraron.

—Me alegro mucho de que el banco os haya concedido el crédito para que Nuria y tu cumpláis vuestro sueño de ampliar Diva y Radiante —dijo Saem, tratando de controlar sus sentimientos.

—Ha sido una sorpresa. —E intentando no trabarse por lo nerviosa que se había puesto al verlo allí, prosiguió—: Justo esta mañana he hablado con el director del banco para saber el porqué del cambio de opinión y me dijo que había habido ciertos cambios y que el nuevo comité de riesgos, tras un análisis financiero, decidió concedérnoslo. Incluso me pidió disculpas por los retrasos o problemas que nos hubieran podido ocasionar.

—Es lo menos.

Ambos sonrieron. Y sin mencionarlo, por sus mentes pasó Elías. Pero él ya no tenía cabida en sus vidas. Nerviosa, Alma pensó en preguntarle por su viaje a Seúl, pero se contuvo. El día anterior, cuando lo había hecho, él le contestó que no le incumbía, y no iba a volver a caer en el mismo error.

—Alma, ayer hablaste tú. Pero hoy quiero hablar yo. Por eso estoy aquí. —Con la misma seriedad que él tenía en su rostro, ella asintió y se preparó para escuchar lo que seguramente no le iba a gustar—. Desde el primer momento que te vi, mi corazón se desbocó por ti de una manera como nunca lo había hecho, pero no te voy a negar que me has hecho daño. Tu comportamiento y tu rechazo me hirieron. Me destrozaron. Y eso me hizo prometerme que no volvería a ti. Pero verte es querer tenerte. Escucharte es querer besarte. Mirarte a los ojos es querer hacerte el amor. Y algo tan sencillo como que me

llamaras *cariño*, me valió para saber que no quiero, ni puedo, ni deseo estar lejos de ti. Y sí, sé que dije que no había vuelta atrás. Te dije que como saliera por la puerta de tu casa, no la iba a volver a cruzar. Pero cuando tú me llamas *cariño*, me haces sentir bien y sé que todo está en el sitio correcto donde tiene que estar.

Alma, que apenas podía respirar por lo que escuchaba, asintió. Él continuó:

—Aunque ayer me pediste perdón, siempre estuviste perdonada. Y entiendo que mi frialdad coreana, en ocasiones, te haga creer que estoy lejos de ti, cuando no es así. Porque si de alguien no me puedo alejar es de ti. No soy perfecto, como tú tampoco lo eres. Y no sabes cuánto lamento no haber sido consciente de lo que realmente te ocurría para haberte repetido todas las veces que hubiera hecho falta que tú, y solo tú, eres la mujer perfecta para mí. Y lo eres porque el destino y los Masters del Universo así lo decidieron. Y la verdad, cielo, ¿quiénes somos nosotros para llevarles la contraria?

Alma, con el corazón desbocado, sonrió. Quería hablar. Responder. Pero estaba tan feliz, que la propia felicidad no le permitía articular palabra, y Saem, al que los nervios le comenzaban a poder, al ver que no lo interrumpía, siguió hablando.

—Tu edad nunca ha sido un obstáculo para mí ni para nuestra relación, porque el amor no se mide por números, sino por lo que se siente al estar al lado de tu persona favorita. Y tú eres mi persona favorita. Por lo tanto, cielo, lo que digan los demás, es su problema, no el nuestro. No permitamos que sus jodidos prejuicios intervengan en nuestra felicidad. Porque, cuando yo te miro, no veo tu edad. Lo que veo es a la preciosa e interesante mujer que adoro, que quiero y que hace que mi vida sea completa y feliz. Mi vida, yo te quiero tal y como eres, y espero que con esa misma pasión y determinación me

quieras tú a mí. Porque, si mil veces me preguntaran, mil veces te elegiría a ti.

Emocionada, se llevó la mano a la boca, y él, tras secarle una lágrima que le corría por la mejilla, continuó:

—Ayer dijiste que, si nos volvíamos a reencontrar en otra vida, esperabas que yo te diera una oportunidad, ¿verdad? —Alma asintió —. Pues, cielo, no necesito que nos reencontremos en otra vida, porque tenerte aquí y ahora ya es nuestro para siempre.

Emocionada, sobrecogida y tremendamente feliz, Alma, al escuchar aquella preciosa declaración de amor y compromiso, murmuró:

—Acabas de subir tu romanticismo a nivel *premium*.

Divertido, sonrió. Cuánto había echado de menos sus ocurrencias.

—Pues mi intención es seguir subiendo el nivel —aseguró él.

Alma se quitó un guante y tomó la mano de él con decisión. Saem se la apretó. Con la mirada, volvieron a entenderse, mientras sus corazones se acoplaban de nuevo y ambos supieron que su amor era real. Verdadero. Siempre existirían idiotas que al verlos juntos los juzgarían, pero mientras ellos supieran lo que sentían y cuánto se querían, lo que dijeran los demás no importaría.

Saem se levantó del banco de mármol, e hizo que ella se incorporara, y estrechándola contra su pecho, preguntó:

—Y ahora que todo está claro, ¿nos podemos amar?

Y Alma, como respuesta, lo besó, dándole el sí más claro que había dado en su vida.

EPÍLOGO

Madrid, 19 de junio de 2027

Nerviosa, Alma junto a su hija, sus amigas y las hijas de estas, estaban en el ático de Boadilla vistiéndose para el bonito día.

Risas. Nervios. Llantos. Locura. Aquel día que parecía que nunca iba a llegar, allí estaba, y Natalia, ayudando a su madre a vestirse, dijo:

—Te lo juro, mamá, Xavier es un tío impresionante.

—No lo dudo, corazón.

—No es muy guapo, porque tiene una nariz a lo Adrien Brody, ¡pero a mí me encanta! ¡Me tiene loca! y la semana que viene nos vamos a ir de finde a Santorini. —Alma sonrió. Su hija seguía siendo la enamoradiza de siempre. De pronto la oyó decir—: Mamá, eres la novia más preciosa que he visto en mi vida.

Alma tomó aire y mirándose en el espejo se emocionó. Aquel era el vestido de novia que ella hacía muchos años se había diseñado especialmente para ella. Un elegante vestido corte princesa, con el cuerpo de fino encaje, espalda descubierta y amplia falda de tul brillante.

Ver materializado lo que por fin había dejado de ser un boceto, y prácticamente un sueño, la hizo sonreír.

—Madre mía, estoy tan divina que los espejos me van a declarar patrimonio de la humanidad —murmuró, animada.

—Baja Modesto que sube Alma —se mofó Estíbaliz.

—Por favorrr, ¡estás deslumbrante! —exclamó Nuria.

—Lo sé —afirmó con seguridad.

—¿Quién te lo iba a decir? ¡Tú, casándote!

—Los Masters del Universo y el destino tienen la culpa —se mofó Alma.

—Y tanto —se mostró Nuria de acuerdo.

Alma, divertida, asintió y mirándose al espejo propuso:

—Creo que voy a escribir un libro que se llame *¡Ríete de las bodas!* Y se lo voy a regalar a cada mujer que pase por la tienda. ¿Qué os parece?

—A mí, fenomenal —afirmó Nuria, feliz.

En ese instante entró Romina.

—Natalia, lobezna mía, dice Carolina que mires en la IA cómo callar a Adrián o lo estrangula.

Riéndose, Natalia salió de la habitación.

—Adoro a mi nieto, pero, joder, ¡qué niño más llorón! —resopló Romina.

Todas asintieron. Adrián era tremendamente llorón. Romina cerró la puerta y sacó de una bolsa una caja de ricos manolitos.

—Os tengo que contar un secreto del cual mis hijas no se pueden enterar —dijo en bajito.

Alma, Nuria y Estíbaliz se acercaron a ella para coger un manolito.

—¡He folladooooo! —soltó Romina, con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Rominaaaa, esa bocaaa!

—Por favorrrrr. Te quemaran por ¡bruja!

—Te acabas de abrir las puertas del infierno —musitó Alma sonriendo.

—Anoche quedé con Lucas, el militar amigo de Mario, y por primera vez en mi vida, ¡he folladooooo!

Todas soltaron una carcajada cuando Nuria, pidiéndoles que bajaran el volumen, murmuró:

—¿Pero desde cuando haces tú eso?

—Desde anocheee —canturreó con picardía.

—Pero tú no eras más de cuchi chuchi —insistió Alma.

—Porque no sabía lo que me perdía. ¡Pero dónde va a parar, por favorrrrrr! Pero qué morbooooo. Pero qué potenciaaaa. Pero qué todooooo. Y, por cierto, mañana he vuelto a quedar con él. Por lo tanto, ¡follo otra vez!

—¡Rominaaaaa! —la regañó Estíbaliz—. ¡Irás derecha al infierno!

—Tranquila, Romina, el infierno te espera con una alfombra roja —dijo Nuria.

—Y prepárate, porque suele haber unos demonios de lo más interesantes —añadió Alma.

Romina, acalorada por lo vivido y lo que acababa de contar, musitó:

—Fue... fue ¡increíble!

—Vaya con Lucas —se mofó Nuria.

—Ahora entiendo y comprendo la diferencia entre hacer cuchi cuchi y follar.

—Mírala —se rio Estíbaliz—. Qué alegremente dice ahora la palabrita.

Divertidas, todas reían cuando Natalia abrió la puerta.

—Mamá, ya tenemos que salir o no llegamos —la avisó.

A partir de ese momento, el caos se desató. Lobas y lobeznas con sus parejas se reubicaron a toda prisa en los coches, y tras darle un besito a Sugar en la cabeza, Alma murmuró:

—Pórtate bien. Luego nos vemos.

Al cerrar la puerta de su ático, sonrió. Cuando regresara sería la mujer de Saem, y tomando la mano de su hija Natalia, entre risas y

bromas, fueron hasta el coche que las esperaba.

Una hora después, el precioso Templete de Baco en el parque del Capricho estaba rodeado de innumerables flores de colores pastel. Y el motivo era porque allí se estaba celebrando una boda. Tras pedir los permisos pertinentes a los ayuntamientos para poder realizar aquello tan especial, a través de Natalia, consiguieron que su amigo Blas, que era cura, los casara en aquel lugar.

Las lobas junto a las lobeznas disfrutaban del enlace, mientras Emilia, Haneul, junto a Ji Woo y Dolores, emocionadas, se secaban las lágrimas. Saem y Alma se casaban.

—Alma, ¿quieres recibir a Saem como esposo y prometerle tu amor y fidelidad en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarlo y respetarlo todos los días de tu vida?

Emocionada y sonriendo, tras cruzar una mirada con su hija Natalia, que ejercía de madrina, Alma miró con picardía a su guapísimo novio, y cuchicheó:

—Es tu última oportunidad para salir corriendo.

Todos se rieron, y Alma, colocando el anillo en el dedo de aquel hombre tan maravilloso, afirmó:

—Sí, quiero.

El cura asintió, y ahora, mirando a Saem, repitió:

—Saem, ¿quieres recibir a Alma como esposa y prometerle tu amor y fidelidad en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarla y respetarla todos los días de tu vida?

Saem levantó las cejas y tras mirar a su padrino, que era su tío Mario, se giró hacia Alma, y cuchicheó:

—Olvídalo. A ti no te doy la oportunidad de que te lo pienses, que capaz eres de salir corriendo.

Una nueva carcajada se escuchó al oír lo que el novio decía. Y enamorado y seguro, mientras ponía el anillo en el dedo de ella, afirmó:

—Sí, quiero.

Blas, el sacerdote amigo de Natalia, que también se divertía en aquella boda llena de interrupciones, hizo entonces un movimiento con las manos e indicó:

—En el nombre de Dios y de la Santa Madre Iglesia, yo os declaro marido y mujer. Saem, ya puedes besar a la novia.

Y tras mirarla, acercándose a ella, con ese romanticismo tan maravilloso que él manejaba, la besó de tal manera que todos los presentes supieron que aquello sería para siempre, y a Alma se le cayeron hasta las pestañas.

Acabado el romántico beso que se alargó más de la cuenta, pues tras él, fue ella quien lo besó, al bajar del templete todos los familiares y amigos los felicitaron echándoles purpurina, arroz y pétalos de rosas, mientras ellos no se soltaban de las manos. Llegar a donde habían llegado no había sido fácil, pero ahí estaban, defendiendo su amor le pesara a quien le pesara. Por el camino se habían quedado personas que, en lo personal, les hacían más mal que bien, y su ausencia realmente era una bendición.

La comida la celebraron en Mesa Trece. ¿Dónde mejor que en el restaurante de Saem?

Tras el estupendo banquete plagado de risas y de «¡Que se besen los novios!», se retiraron las mesas y las sillas para que los invitados disfrutaran de una tarde divertida bailando. Entonces comenzó a sonar aquella preciosa canción de Bruno Mars, llamada *Risk It All* y con ella los novios iban a abrir el baile.

Alma, que estaba hablando con sus amigas, al escuchar aquella canción soltaron un aullido. Ellas eran las lobas y siempre lo serían.

Alma, al ver que Saem, tan guapo, tan alto, tan asiático y varonil, con su precioso traje negro y la flor en la solapa, le hacía señas para que se acercara, murmuró a sus amigas:

—Madre mía, lobas, me he casado con un paquete completo de sensualidad certificada.

—Lo lleva en el ADN —afirmó Nuria, mirando a Mario.

Divertidas, las amigas se miraron con complicidad, y Alma, sintiéndose la mujer empoderada y segura que siempre había sido, comenzó a caminar con sensualidad moviendo los hombros hacia su guapísimo marido.

Al llegar a la altura de Saem, él la tomo con una firme delicadeza, y envolviéndola entre sus brazos, mientras familiares y amigos aplaudían, comenzaron a bailar, y mirándola a los ojos susurró:

—Como dice nuestra canción, si tú quieres la luna, yo aprendo a volar.

Y Alma, enamorada, lo besó y voló. Porque su amor por Saem la hacía volar.

NOTA DE LA AUTORA

Hola, guerreras y guerreros:

No suelo poner muchas notas de autora en mis libros, pero en este, desde antes de comenzar a escribirlo, supe que quería hacerlo por la temática sobre la que iba a tratar.

¿Y por qué?

Porque soy mujer, soy madura y quiero defender el amor con libertad y sumarme a los miles de personas y en especial mujeres que han gritado ¡que la edad solo es un número y que para el amor no hay edad!

Quiero creer que casi todos pensamos que enamorarnos es de las cosas más bonitas que nos pueden pasar en la vida, y no entiendo los prejuicios moralistas que surgen cuando una mujer se enamora de alguien más joven que ella.

Ser una mujer madura y amar a un hombre más joven, ¿por qué tiene que verse como algo incómodo o antinatural? ¿Acaso no llevamos viendo toda la vida a hombres enamorados de mujeres más jóvenes?

Que nos enamoremos de un hombre más joven que nosotras no nos hace menos dignas, ni menos respetuosas, ni, por supuesto, significa que nuestra historia de amor no pueda ser tan real como cualquier otra.

Si la vida o los Masters del Universo hacen que nos crucemos con alguien que nos enamora, respeta, ama y nos hace sentir vivas, ¿por qué no vamos a vivir libremente ese amor?

Si esa persona nos elige por ser quienes somos y nosotras lo elegimos por ser quien es, ¿por qué, aun viviendo en el siglo XXI, tenemos que soportar cuchicheos y miraditas incómodas cuando simplemente nos hemos enamorado?

Por lo tanto, guerreras, si eso ocurre, escuchadme, no hacemos nada malo, simplemente vivimos el amor. No permitamos que los prejuicios moralistas de otros nos resten un segundo de felicidad, ¡y vivamos! Y si con esto conseguimos que se pongan verdes de envidia, ¡que se jodan!

Somos mujeres con pasado, mujeres valiosas, mujeres con experiencias que nos han hecho aprender. Y, sobre todo, somos mujeres que sabemos muy bien lo que queremos y lo que no. Y si decidimos comenzar una relación sana y real con un hombre más joven que nosotras, será porque entre nosotros hay conexión, complicidad, respeto, estupendo sexo y amor.

Nosotras somos mujeres que ignoramos el ruido de los prejuicios y alzamos nuestra propia voz, porque nos atrevemos y no nos conformamos.

El amor no tiene edad. El amor es libertad. El amor es valentía. Y nosotras somos mujeres seguras, empoderadas y guerreras, que, le pese a quien le pese, hemos decidido que con nuestra felicidad no se negocia.

Con amor,

MEGAN

PLAYLIST

Risk It All, ℗© 2026 Atlantic Records, interpretada por Bruno Mars.

La perla, ℗ 2025 Columbia Records, a Division of Sony Music Entertainment, interpretada por Rosalía.

Soltera, © 2024 Ace Entertainment S.ar.l., under exclusive license to Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Shakira.

You're the First, the Last, My Everything (*Eres el primero, el último, mi todo*), ℗ 1974 UMG Recordings, Inc., interpretada por Barry White.

My Love, ℗© 2020 Stone Music Entertainment, hwa & dam pictures, interpretada por Gummy.

Paraglide, ℗© 2022 The L1ve Label, interpretada por Whee In.

3D, ℗© 2023 Bighit Music, interpretada por Jung Kook y Jack Harlow.

Broken Record, ℗© 2019 H1GHR Music, interpretada por GSoul.

Make Me Happy, ℗© 2022 The L1ve Label, interpretada por Whee In.

Water Color, ℗© 2021 RBW Inc., under license to Kakao Entertainment, interpretada por Whee In.

Te aviso, te anuncio,℗ 2001 Sony Music Entertainment, interpretada por Shakira.

Antología, ℗ 1995, Sony Music Entertainment (Colombia) S. A., interpretada por Shakira.

Music Sessions #53/66, ℗© 2023 Dale Play Records, interpretada por Shakira y Bizarrap.

Love Again, © 2004 YG Entertainment; ℗ YG Entertainment under license to YG PLUS, interpretada por Gummy y Ha Dong Qn.

If It Is You,℗© 2016 Stone Music Entertainment, interpretada por Jung Seung Hwan.

Seven, ℗© 2023 Bighit Music, interpretada por Jung Kook y Latto.

Who Are You, ℗© 2016 Stone Music Entertainment, hwa & dam pictures, interpretada por Sam Kim.

Puntería, ℗ 2024 Ace Entertainment S.ar.l., under exclusive license to Sony Music Entertainment US Latin LLC, interpretada por Shakira y Cardi B.

La tortura, ℗ 2024 Sony Music Entertainment, interpretada por Shakira y Alejandro Sanz.

Standing Next To You, ℗© 2023 Bighit Music, interpretada por Jung Kook.

Easy, ℗© 2018 RBW Inc., under license to Kakao Entertainment, interpretada por Whee In y Sik-k.

Good Goodbye, ℗© 2025 P NATION, under license to Kakao Entertainment, interpretada por Hwasa.

With My Tears, ℗© 2020 Studio MaumC, eggiscoming Stone Music Entertainment, interpretada por Whee In.

Me enamoré, ℗ 2017 Sony Music Entertainment, interpretada por Shakira.

Someday, ℗© 2020 Stone Music Entertainment, interpretada por Kim Jae Hwan.

La bicicleta, ℗ 2016, Sony Music Entertainment, interpretada por Shakira y Carlos Vives.

Tú, ℗ 1998, Sony Music Entertainment (Colombia) S.A., interpretada por Shakira.

Si antes te hubiera conocido,℗© Bichota Records LLC, under exclusive license to Interscope Records, interpretada por Karol G.

Close To You, © 2025 SLL, ℗ 2025 SLL under license to YG PLUS, interpretada por Yerin Baek.
My Destiny, ℗© 2013 Studio S Co., Ltd under license to Genie Music Corporation, interpretada por Lyn.

Ríete de las bodas
Megan Maxwell

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño

© Megan Maxwell, 2026

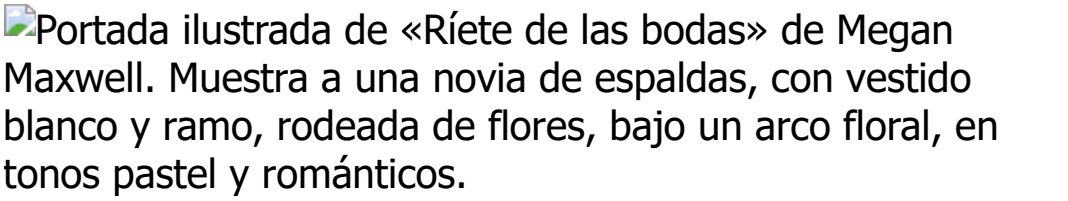
© Editorial Planeta, S.A, 2026
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2026

ISBN: 978-84-670-8265-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta


Portada ilustrada de «Ríete de las bodas» de Megan Maxwell. Muestra a una novia de espaldas, con vestido blanco y ramo, rodeada de flores, bajo un arco floral, en tonos pastel y románticos.